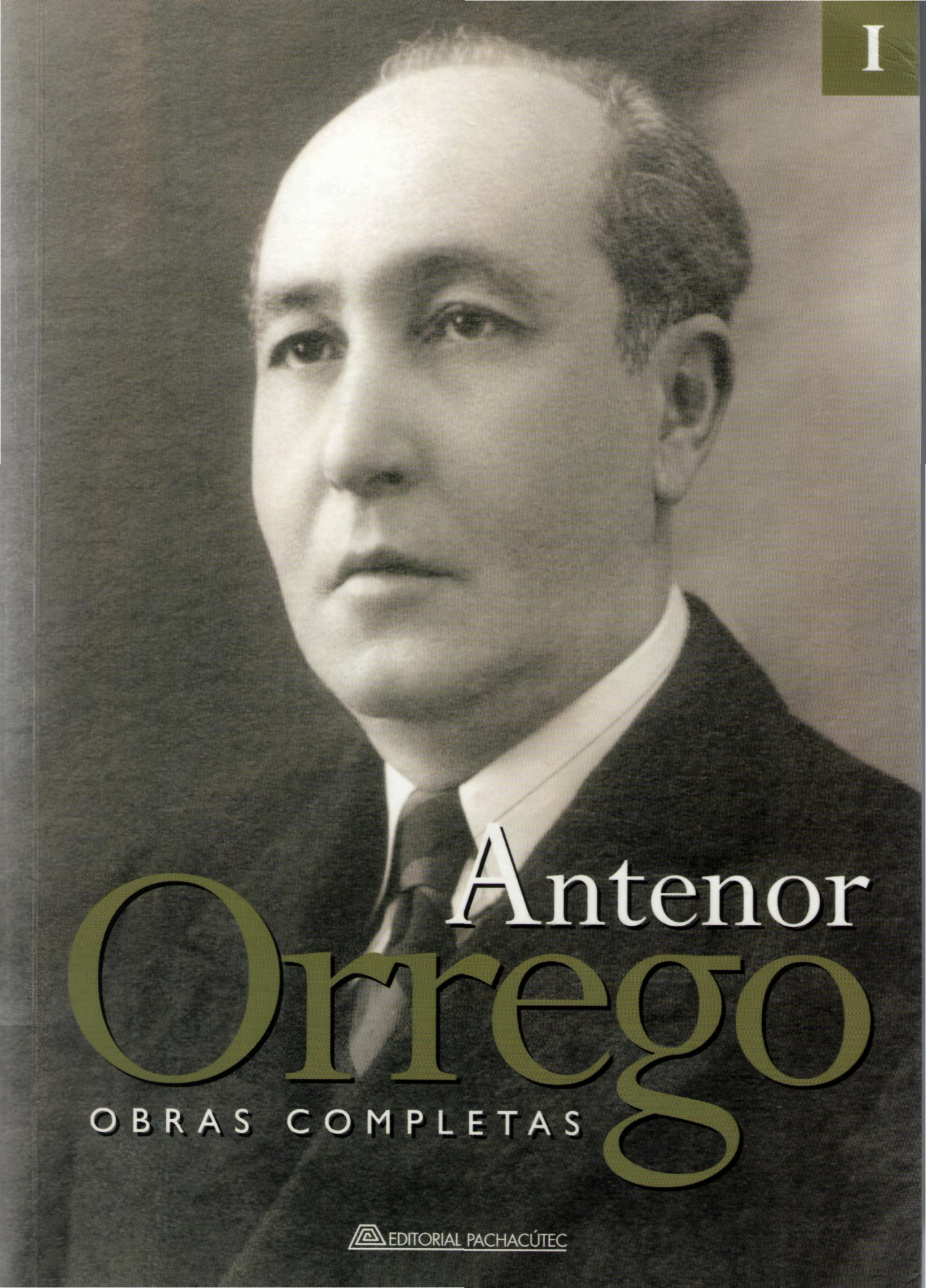
I



Antenor Orrego

OBRAS COMPLETAS

EDITORIAL PACHACÚTEC

En homenaje al Amauta al cumplirse 120 años de su nacimiento
el 22 de mayo de 2012

Simposio vigencia y trascendencia de la vida y obra de Antenor Orrego
Trujillo, del 26 al 29 de octubre de 2011
Universidad Privada Antenor Orrego

UPAO

ANTENOR ORREGO

Obras completas

Tomo I



EDITORIAL PACHACÚTEC



Obras completas de Antenor Orrego

Luis Alva Castro (editor)
Casa Editorial Pachacutec SAC

Queda prohibido la reproducción total o parcial de esta obra sin el consentimiento expreso del editor.

Lima, octubre de 2011

PORTADA: Imagen de archivo fotográfico del Instituto de Investigaciones Cambio y Desarrollo
CORRECCIÓN: Jorge Coaguila
COORDINACIÓN DE PRODUCCIÓN: Ruth Lévano
DISEÑO Y DIAGRAMACION: Gerardo Cristóbal

Agradecemos a todas las personas e instituciones que colaboraron en la publicación de estas *obras completas de Antenor Orrego.*

© Casa Editorial Pachacútec S. A. C.
RUC: 20544122071
Av. Tacna 359 Of. 1002 Cercado de Lima

Impreso en los talleres de Consorcio Villacon S. A.
RUC: 20514060283
Av. San Borja Sur No. 1174 San Borja

Segunda edición
Hecho el depósito en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2011-12030
ISBN 978-612-46097-0-1 (O.C.)
ISBN 978-612-46097-1-8 (t.1)
Tiraje: 700 ejemplares

Impreso en el Perú

Índice

Presentación 15

Notas marginales (Aforísticas) 23

Introducción 25
A manera de pauta ideológica 25
Estética 27
Música 30
Comprensión 31
Historia 33
Creación 35
Máscaras 37
Academia 38
Sectarismo 39
Revolución 40
Clasificación 41
Convencimiento 42
Naturaleza 43
Ética 44
Justicia 45
Estado 46
Originalidad 47
Literatura 48
Afirmación 49
Lógica 50
Exaltación 51
Pequeño mal 52
Contradicción 53
Tragedia 54
Refutación 56
Conflicto dramático 58
Mecanicismo 58
Suscitación 59
Limitación 60
Razón 61

Irreverencia 62
Cultura 63
Renovación 64
Individualidad 66
Política 68

Aforísticas 71
Sentido de revelación 73
Letra y espíritu 73
Amor y conocimiento 73
Lo primero, comprender 73
Vejez del hombre 73
Matrimonio y amor 74
Perseverancia en sí mismo 74
Mujer y amor 74
Legalidad y moralidad 75
Fariseísmo 75
Libertad y lógica 75
Vitalidad y paradoja 75
Autoridad, moralidad y justicia 75
Sentido del límite 76
Debilidad y fortaleza 77
Escribir con sangre 77
Querer amar 77
El hombre, vehículo de pensamiento 77
El "es" y el "debe ser" 77
Estilo y conocimiento 77
Religión, error y mentira 77

El monólogo eterno (Aforística) 81
A manera de presentación 83
Frases liminares 84
Amor y concupiscencia 84
Vaciedad del mundo 85
Autoridad, moralidad y justicia 86
Sentido del límite 86
Pasiones y educación 87
Sentido de revelación 88

Letra y espíritu 88
Amor y conocimiento 89
Lo primero, comprender 89
Vejez del hombre 89
Perseverancia en sí mismo 89
Legalidad y moralidad 90
Modestia y conocimiento 90
Escribir con sangre 90
Querer amar 91
El hombre, vehículo de pensamiento 91
El "es" y el "debe ser" 91
Estilo y conocimiento 92
Religión, error y mentira 92
Dios, conocimiento y círculo 93
Pecado y santidad 95
Historia y justicia 96
Vida y peligro 98
La ceguera del amor 99
Dolor y responsabilidad 100
Voluntad y sabiduría 101
Contradicción y armonía 101
El pensamiento y el ánfora 102
Palabra y espíritu 103
Maneras de conocer 104
Hombre histórico 104
Virginidad y cristianismo 105
Ilusión y esperanza 105
Colofón 105
¿Antenor Orrego ha muerto? 107

PUEBLO-CONTINENTE. Ensayos para una interpretación de la América Latina 117
Ofrenda 119
A las nuevas generaciones del Perú y de América 120
Prólogo a la segunda edición 122
Ideas preliminares (prólogo de la primera edición) 131

PRIMERA SECCIÓN: El biometabolismo psíquico del continente 139
1. Las dos corrientes psíquicas complementarias 141

I. La convergencia de los caminos 141
II. La pugna unilateral y excluyente 142
III. Mexicanización y argentinización de América 145

2. La ruta de la integración 147
I. Hacia la virginidad 147
II. Digestión vital 149

Segunda sección: Buceando en el abismo 153
1. El destino trascendente de América 155
I. Intuición, razón y verdad 155
II. El desgarrón histórico 157
III. Síntesis de razas y culturas 159
IV. América, equívoco de América 162
V. América hacia su americanización 164

2. Hacia una nueva pulsación cultural 165
I. La caldera de vapor 165
II. La vitalidad de las ideas 167
III. El dominio de las cosas 169
IV. Tarea de América 170

3. La gran trayectoria política 173
I. Localismo, nacionalismo 173
II. Nacionalismo y patriotismo continentales 175
III. En el trance dramático 178

4. América, tercera dimensión de la cultura de Occidente 179
I. La absorción del mundo 179
II. La concepción monodimensional 181
III. La función del mito 182
IV. El punto geométrico y la línea geométrica de la cultura occidental 184
V. El volumen geométrico o la dimensión de profundidad 186
VI. La tercera dimensión de Occidente 188
VII. América en la corriente histórica 190

Tercera sección: En el camino de las primeras realizaciones 193
1. El sentido del proceso revolucionario 195
I. El narcisismo de la Tercera Internacional 195
II. El radicalismo del caso americano 197

2. El sentido vital de la revolución indoamericana 200
I. Alfabeto y gramática de la historia 200
II. Sustancia objetiva de la historia 201
III. Idea, personalidad y heroísmo 203
IV. Aprismo: imperativo histórico 205
V. Acción y reacción 208
VI. La mística del movimiento 210
VII. La ubicación marxista antiimperialista 213
VIII. La encarnación vital 216
IX. Victoria política e insurrección 218
X. El hombre-acción 221
XI. El equipo energético 223
XII. El primer alzamiento civil 224

Cuarta sección: El tetragrama racial de América 231
1. Terrenidad, hemofilia y muchedumbre 233
I. La presencia de la masa 233
II. La inversión hemofílica 235
III. En pos de la máxima densidad 236

2. Valor, aventura y heroísmo 238
I. La carabela del espíritu 238
II. Colón, el gerifalte 240
III. La expectativa milenaria 241
IV. Bajo el signo del "inti" 243

3. Plasticidad, color y canto 244
I. El milagro estético 244
II. Bajo el signo de Venus 246
III. Camino de la crucifixión 247
IV. El desquite del África 248

4. Sabiduría, intuición y misticismo 250
I. El alumbramiento del espíritu 250
II. La conquista de la verdad 251
III. Sabiduría y poder 253

Colofón: Algunos juicios y comentarios sobre *Pueblo-continente* y la obra del autor 257

Estación primera (Artículos) 279
Prólogo 281
El personaje y el conflicto dramático en el teatro, la novela y el cuento 284
El canto del hombre 288
Apuntes para una filosofía o interpretación del pensamiento 292
Racionalismo y revolución 295
Americanismo y peruanismo 298
Arte vital 302
Dios encadenado 306
El gran destino de América 308
¿Cuál es la cultura que creará América? 313
La obra poética de Nicanor De La Fuente 316
Prada, hito de juvenilidad en el Perú 327
Cultura universitaria y cultura popular 330
¿Cuál es la cultura que creará América? 337
Civilidad y especialidad
¿Cuál es la cultura que creará América? 339
Mexicanización y argentinización
Algunas notas de andar y ver 341
¿Qué es una filosofía? 349
Dos cartas 352
Sócrates yacente 355

Artículos publicados en *La Reforma* 357
I. Comentarios al cable 359
El desastre del militarismo 359
La abdicación del káiser 361
La terminación de la guerra 363
La solidaridad de la juventud argentina 364

La debacle del militarismo. El triunfo de los países de la Entente 366
Alemania hacia la democracia 366
España neutral 368

Hacia la paz. La Liga de Naciones 371
El principio de neutralidad 371

Las fiestas de la paz. Su significado jurídico y humano 374
El sentido histórico de la guerra 374

Semblanza de Wilson 376
Theodore Roosevelt 384
Liquidación de la guerra 386
Concepción histórica de la guerra 389

El ambiente espiritual de Europa después de la guerra 400
Introducción 400
Sentido histórico 402
El bolshevikismo 404
El nacionalismo 407
Socialismo 407
La derrota de Clemencau 408

II. Impresiones del vivir cotidiano. Primera parte 411
Muerte de un poeta 411
El federalismo 413
Nuestro espíritu universitario 415
El doctor Mariano H. Cornejo y el gobierno peruano 417
Las conquistas espirituales del hombre 419
La vida interior 422
Manuel González Prada 424
Viaje a Europa de un artista trujillano 426
Las reformas constitucionales y el doctor Cornejo 427
Regionalismo, federalismo, nacionalismo, universalismo 430
Abraham Valdelomar. Anteayer en Ayacucho 432
La reforma de la enseñanza superior 434

Glosario lírico
Se acerca ella 437
La espera del futuro 437
Yo te conozco 437
Previsión de la llegada 438
La virgen eterna 439
La obra mejor 440
La historia de nuestro dolor 440
Compendio del Universo 441
El espíritu original 441
La bondad plena 441

Nuestro aniversario 446
La individualidad 448
Las limitaciones 450
Año nuevo 452
Don Benito Pérez Galdós. Fallecimiento del insigne escritor 454
Los bailes de Antonia Merce 455
La iniciación de un gran pintor. El concurso artístico del centenario 457
Una reacción que se hace necesaria 459
La poesía trujillana. "Fogatas", de Eloy B. Espinoza 461
El pintor José Sabogal. Un caso de enérgica vocación artística 464
Glosario lírico 467

La revolución americana y su significado humano 468
Los hombres símbolos del gran movimiento 468
Al marqués de Torre Tagle en ultratumba 475
El mal del tinterillaje en el Perú 477
Las fiestas de las máscaras 478

Prólogo 480

Segunda parte 483
I. Narcisismo 483
II. Mi hermano Julio 486
III. Mi retiro campesino 489
IV. Mi amigo el doctor 493

Presentación

El 22 de mayo de 1992, al conmemorarse el centenario del nacimiento de Antenor Orrego, anunciamos nuestra decisión de publicar sus *Obras Completas*. Razón fundamental de tan vasto propósito fue, y es, emprender la apremiante tarea de rescatar del olvido y de la indiferencia la fecunda y valiosa producción intelectual de uno de los más ilustres pensadores peruanos del presente siglo, injustamente relegado al exilio mental por su insobornable consecuencia con los nobles ideales políticos que profesó y mantuvo hasta el final de su inmaculada existencia.

Las vicisitudes heroicas de su peripecia vital impidieron, precisamente, que viera publicada la mayor parte de su obra escrita. Solo tres de sus libros lograron posarse frente a sus sabias pupilas. Y si, una vez muerto, fueron publicados algunos otros, muchos más se perdieron para siempre consumidos por el fuego de inquisidores y sicarios. En las duras etapas de persecución que padeció el autor, desaparecieron valiosos trabajos listos para su publicación, tales los casos de *Helios* y *Panoramas*, como lo señala el propio Orrego en un reportaje de *La Tribuna*, aparecido en 1947.

El material inédito y/o disperso en diarios y revistas en los que colaboró el insigne filósofo ha sido recopilado gracias a un minucioso trabajo de investigación, cuyos frutos ponemos a consideración del ilustrado lector en las páginas de estas *Obras Completas*.

Paciente y laboriosa ha sido la tarea de rescate. Y a pesar de haber transcurrido tres años desde el centenario de Antenor Orrego –coincidente además con acontecimientos de enorme significación íntimamente vinculados al quehacer de nuestro filósofo–, nos place ahora entregar su pensamiento luminoso para conocimiento de las nuevas generaciones y de cuantos no tuvieron la oportunidad de valorarlo en toda su grandeza.

Es cierto, como decía Einstein, que Dios no juega a los dados, pero no cabe duda que el destino tiene jugadas hermosas. Porque hermosa es la coincidencia del centenario orreguiano con el centenario de nuestro primer poeta César Vallejo, ambos nacidos en 1892, los dos integrantes del Grupo Norte, almas gemelas en el arte y en el espíritu, sin olvidar que fue Orrego quien descubrió a Vallejo y lo catapultó

con su célebre prólogo a la primera edición de *Trilce*, magistral pieza de crítica literaria, guillotinada por tijeras cainitas en ediciones posteriores.

Y fue también 1992 el año conmemorativo del quinto centenario del descubrimiento de América, denominado con mayor propiedad "Encuentro de dos Mundos", tema fundamental en la reflexión orreguiana, de vastas e insospechadas repercusiones en el impulso que se ha dado al espíritu unionista o integrador de América Latina.

Escritas estas palabras evocativas, consideramos indispensable proporcionar una información sucinta sobre la vida y pensamiento del autor, a modo de introducción a la lectura de las *Obras Completas*.

Antenor Orrego Espinoza nació en la hacienda Montán, provincia de Chota, Cajamarca, el 22 de mayo de 1892. Desde 1902 radicó en la ciudad de Trujillo, como estudiante en el Seminario de San Carlos y San Marcelo.

Cursó estudios de Filosofía, Letras, Jurisprudencia y Ciencias Políticas en la Universidad de La Libertad, donde presidió el Centro Federado de Estudiantes de Trujillo. Concluyó sus estudios de Filosofía en la Universidad de San Marcos (Lima) en 1927.

Fue el inspirador y orientador del Grupo de Trujillo –más tarde Grupo Norte– o, como lo denominó Parra del Riego, Bohemia de Trujillo, de enorme resonancia en la cultura peruana, del cual formaron parte, entre otros, César Vallejo, Alcides Spelucín, José Eulogio Garrido, Víctor Raúl Haya de la Torre, Macedonio de la Torre, Francisco Xandóval.

Dirigió la revista *La Semana* y los diarios *La Reforma, La Libertad* y *El Norte* en Trujillo, fundado este último en colaboración con Alcides Spelucín en 1923, cobrando gran prestigio en el Perú y en América Latina.

Fue electo en 1931 representante de la región del Norte en la Junta de Gobierno que presidió David Samanez Ocampo. Desde la fundación del APRA (1924) se erigió en uno de sus conductores más caracterizados, especialmente en las cruentas etapas de clandestinidad, por cuyo motivo padeció largos años de prisión.

En las elecciones democráticas de 1945 resultó elegido, por abrumadora mayoría, senador por el departamento de La Libertad. Intervino en forma destacada en el debate sobre el estatuto, que consagró los principios de la Reforma Universitaria.

Un año más tarde, por decisión del cuerpo de catedráticos y con apoyo unánime del estudiantado, fue electo rector de la Universidad Nacional de Trujillo. La vieja casa de Bolívar y Sánchez Carrión se sacudió de su modorra académica y se abrió al conocimiento e investigación de la realidad nacional. Orrego fundó la Facultad de Educación, la Facultad de Comercio, el Instituto de Antropología y especialmente la Facultad de Medicina, para lo cual contó con la colaboración del sabio Eleazar Guzmán Barrón. Formuló las bases financieras y proyectos de la Ciudad Universitaria, en el terreno que, por gestiones de Víctor Raúl Haya de la Torre, fue donado por Vicente González de Orbegoso.

La dictadura de Manuel A. Odría (1948-1956) lo despojó arbitrariamente de los cargos para los que fue elegido, siendo apresado y recluido en la Penitenciaría de Lima.

Restablecida la democracia en el Perú, Orrego recupera su libertad y asume la dirección del diario *La Tribuna* de 1957 a 1958.

En 1959 participó en el célebre simposio sobre Vallejo, organizado por la Universidad de Córdoba (Argentina), al cual asistieron ilustres estudiosos del poeta santiaguino, como Juan Larrea, Xavier Abril, Alcides Spelucín, entre otros. Antenor Orrego deslumbró con la hondura tremulante de su palabra sustentando su tesis "La esencia del ser" en la poesía vallejiana.

Colaboró con famosas revistas culturales de América, como *La Pluma* de Montevideo; *Repertorio Americano,* de San José de Costa Rica; *Claridad,* de Buenos Aires; *Cuadernos Americanos,* de México; y *La Nueva Democracia,* de Nueva York.

Defendió la libertad y la justicia sin tregua ni desmayo. Falleció repentinamente en Lima el 17 de julio de 1960, dejando en sobre cerrado un conmovedor poema en que canta iluminado a su propia muerte.

Creador y visionario fue, ante todo, Antenor Orrego. Como dice Luis Alberto Sánchez, se aprecia en su obra *un conjunto de larvas, de gérmenes, que no alcanzó a*

desarrollar porque la vida le impidió dar término a lo que, sin embargo, florecerá en sus discípulos. Además, cultivó la belleza en la expresión de un pensamiento denso, cuajado de metáforas y de hipérbatos. De allí su afán –que podríamos llamar perfeccionista–, de someter continuamente a revisión sus escritos para alcanzar forma final hasta el punto que sus dos libros fundamentales resultan verdaderas joyas vitales, con médula palpitante en el núcleo e incandescencia en las aristas.

Desde el primer instante alumbró en Orrego, como preocupación fundamental, la ansiedad de encontrar la autenticidad de la cultura americana como respuesta dialéctica a la influencia dominante de la cultura occidental europea.

Esa respuesta se plasma en su concepción del "pueblo-continente", fruto de sus meditaciones sobre el destino de América. Dice que aquí se está forjando una nueva cultura, con características especiales, distintas a la de otras culturas. Surge ella como síntesis y fusión de los aportes culturales nativos, correspondientes a las organizaciones sociales precolombinas, que se funden con los que trajeron los españoles como producto de la cultura occidental. A estos aportes se añaden los que corresponden a los pueblos y razas que se establecieron después en el continente americano, dando lugar a un "tetragrama racial" o crisol de razas que constituye "el primer pueblo-continente de la historia".

El desarrollo histórico de la cultura occidental, según Orrego, comprende tres etapas definidas: a) el localismo, que se inicia con el Estado-ciudad grecolatino y se proyecta en la Edad Media, cuando los pueblos se desenvuelven en los estrechos marcos de la comarca o el feudo; b) el nacionalismo, que limita a los Estados modernos con una sobrecarga de prejuicios jingoístas; e) el continentalismo, hacia donde marchan los pueblos a través de un largo proceso que caracteriza al presente siglo.

Para fijar el destino trascendente de América, bucea en el abismo de lo desconocido –rompiendo el prejuicio del non plus ultra–, arribando a la conclusión de que América es una nueva posibilidad humana y constituye la encrucijada histórica donde Oriente y Occidente se dan la mano para alumbrar un nuevo mundo superior.

La lectura de *Pueblo-continente* es indispensable para comprender en forma integral el pensamiento filosófico de Orrego. Su culminación se halla en *Hacia un humanismo americano*, que, a nuestro juicio, puede considerarse su obra mayor.

Precisamente en este libro –que el autor no alcanzó a publicar– están desarrollados sus aportes fundamentales al pensamiento universal. Es el caso de la explica-

ción que da a uno de los problemas más fascinantes para la comprensión del proceso cultural que está desenvolviéndose en el continente americano. Se trata de la concepción de los "gérmenes históricos" (así los denominó Orrego anticipándose a Toynbee) procedentes de las antiguas culturas, mexicano-andinas, que están incorporándose a la cultura continental, pese a la creencia hasta ahora generalizada de que la cultura europea invasora se impuso definitivamente desde la conquista española.

Es aún más importante señalar que Orrego asigna una misión universal al pueblo de la Nueva América. A medida que transcurre el tiempo se percibe con mayor claridad este designio, siempre que se proyecte la atención sobre realidades fundamentales. En nuestro continente, a través del mestizaje, se está consumando la "**uni**dad fisiológica del género humano" y se ha constituido ya un solo pueblo forjado bajo la "tensión polar" de México y Buenos Aires.

"La compulsión dialéctica de la historia –dice Orrego– empuja al mundo a juntarse política y económicamente en grandes bloques territoriales, porque las fuerzas históricas actuales rebasan los estrechos marcos de los antiguos Estados nacionalistas". De donde se desprende, como conclusión final, que América Latina debe integrarse política, jurídica y económicamente en un Estado-continente, que es la gran tarea de las actuales generaciones.

La labor de compilación emprendida en 1992 se concreta ahora con la publicación de los cinco tomos que conforman la primera edición de las *Obras completas* de Antenor Orrego.

En el primer tomo están agrupados los libros publicados: tres en vida del autor (*Notas marginales, El monólogo eterno* y *Pueblo-continente*) y uno con posterioridad a su fallecimiento (*Estación primera*). Completan el volumen los artículos periodísticos que publicó en *La Reforma,* de Trujillo, de 1918 a 1920.

El segundo tomo incluye su obra fundamental (*Hacia un humanismo americano*), publicado, asimismo, después de su deceso; y los editoriales y artículos que escribió como director del diario *El Norte* de Trujillo, de 1930 a 1932. Y su obra póstuma, *Discriminaciones.*

La obra literaria de Orrego está recogida en el tercer tomo (*Mi encuentro con César Vallejo*), libro que tuvimos la satisfacción de editar en 1989 y que ha sido enriquecido con la inclusión de documentos y artículos que no fueron considerados en esa primera edición. Completan el volumen los artículos periodísticos, de carácter político y polémico, que el autor publicó, en Lima, en los diarios *La Tribuna*, *Antorcha* e *Impacto* y que abarcan de 1930 a 1956.

El cuarto tomo está dedicado exclusivamente a reproducir los artículos que el autor publicó también en el diario *La Tribuna* de Lima, a través de su célebre columna "Efigie del Tiempo", escritos de 1957 a 1960. Son trabajos caracterizados por la defensa que hace del régimen democrático, la justicia social y las libertades públicas. Asigna gran importancia al rol que corresponde a los partidos políticos con base doctrinaria y condena toda forma de autoritarismo o dictadura.

El quinto tomo recoge tres ensayos hasta ahora completamente inéditos, cuyos originales fueron dejados en custodia a sus familiares, llevando la denominación genérica de *Meditaciones ontológicas*. Están compilados también ensayos y artículos que publicó eventualmente en prestigiosas revistas del Perú y el extranjero; además de una selección de prólogos a obras literarias y políticas; discursos del autor y entrevistas hechas a él por destacados periodistas en diferentes etapas de su vida. Finalmente, hemos considerado necesario insertar lo que se escribió sobre el pensamiento y la acción de Antenor Orrego, al momento de producirse su tránsito a la eternidad y en años posteriores; valioso material que fue publicado en una edición de homenaje hecha en Trujillo en octubre de 1976 (*Antenor Orrego: amauta y profeta indoamericano*). A lo que se han añadido algunos otros artículos incluidos en el *Anuario Bibliográfico Peruano,* que obra en la Biblioteca Nacional y que corresponde a una labor de investigación efectuada en 1964 por María Teresa Otero.

Es pertinente puntualizar, a manera de advertencia, que, en la recopilación de los artículos periodísticos dispersos en diversas publicaciones, se ha seguido un riguroso orden cronológico. Se ha respetado, además, las decisiones del propio autor que efectuó una selección de ellos, en la mayoría de los casos, dejándolos expeditos para su publicación.

Con mucha satisfacción dejamos constancia de nuestro agradecimiento a la familia de Antenor Orrego, en la persona de su hija Alicia Orrego Spelucín, quien proporcionó la documentación inédita y las fotografías que ilustran la presente edición.

Asimismo, nuestro reconocimiento y gratitud a las personas que desinteresadamente proporcionaron valiosos documentos inhallables en las bibliotecas y hemerotecas del país, corriendo obviamente el riesgo de la pérdida.

Es de advertir que, como se ha repetido hasta el cansancio, las obras completas de un autor casi siempre resultan incompletas. Somos conscientes de que ello pueda repetirse en el presente caso, ya que, posiblemente, habrá otros escritos que por comprensibles razones no han podido ser incluidos en la presente edición. Estamos seguros, sin embargo, de haber dejado abierto un derrotero para los estudiosos e investigadores que, en el futuro, se ocuparán de este personaje fascinante y superior al que durante muchos años se ha mantenido relegado por injustos prejuicios de carácter político o mezquinos intereses propios de la envidia intelectual, a pesar de que la luz de su pensamiento, desde la década de 1920, ilumina el panorama cultural del Perú que, con legítimo orgullo, debe considerarlo uno de sus más ilustres representantes en el siglo XX.

Y ahora una confesión personal. Todavía está fresca en mi memoria la última vez que el maestro Antenor Orrego estuvo en Trujillo. Fue en los primeros días de noviembre de 1959, cuando intelectuales, artistas, estudiantes, trabajadores y el pueblo trujillano se dieron cita para recibirlo. Su visita –todo un enorme suceso– dejó honda huella en la juventud.

Como a César Vallejo, lo incomprendían "los de arriba" y lo sentían "los de abajo". Su labor misionera tuvo siempre una significación extraordinaria. Su plena identificación con los trabajadores del valle de Chicama, su vinculación con el claustro universitario fundado por Bolívar y Sánchez Carrión; su permanente contacto con el pueblo, con el Trujillo que tanto amó, constituyen expresiones de una devoción invicta que recuerdan especialmente los más humildes.

Recuerdo que, en esa oportunidad, al recibir el estremecido homenaje de los jóvenes integrantes del Grupo Trilce, les dijo que la soleada tierra de los mochicas les ofrecía una misión que cumplir y, al saludarlos, les manifestó en el Teatro Municipal que su palabra de aquella mañana era un segundo prólogo de *Trilce*.

Ya en Lima, a su retorno de aquella visita, escribió a Haya de la Torre, con desbordante entusiasmo sobre el "último gozo" que tuvo al reunirse con la juventud trujillana, la cual le había demostrado que los grandes ideales que animaron a su generación estaban aún por realizarse. Y esto debido a que se adelantaron mucho a su tiempo. Con energía vibrante había dicho a los jóvenes que *una generación no tiene el derecho a surgir si no es para superar la obra de la anterior.* Por eso los invitaba a superar a su generación, cuya obra se mantenía vigente porque, a pesar del tiempo transcurrido, ahora mismo sigue siendo futuro.

Nadie imaginó, entonces, que ocho meses después de aquella cita de amor inolvidable, el amauta Orrego habría de emprender el definitivo viaje "de Dios hacia Dios".

Lima, noviembre de 1995.

Luis Alva Castro



Notas marginales

(Aforísticas)



INTRODUCCIÓN

El mayor problema, el de mayor prestancia, el problema sintetizador por excelencia es el conocimiento de la vida. Puede decirse que la vida, con respecto al hombre, vive para hacer conciencia la vida, para sorprender el secreto de sí misma. Según entiendo, hay dos caminos para intentar llegar a ello. El camino de la ciencia pura, el del rigorismo experimental que comprueba y analiza el hecho y el camino de la intuición, el de la revelación, cuyo único campo e instrumento es el espíritu mismo del hombre, hacia el cual converge, como centro, la milagrosa unidad universal, la multiplicidad organizada de la sustancia eterna. Mi destino individual, la conformación o estructura de mis posibilidades: la organización de mi conocimiento me señalan el segundo camino. Esto creo con humildad y con orgullo, a la vez, y sigo la ruta que yo no me he señalado, sino que se me ha señalado, no sin dejar de creer en la posibilidad de equivocarme.

Mi estética, es decir, mi expresión personal, tiene como *leit motiv* que la preside, la coordinación de los cuatro costados del hombre con los cuatro costados del universo; la centralización de la multiplicidad vital cósmica en el corazón humano y la dispersión del corazón del hombre en la armoniosa multiplicidad del universo. Ancha empresa para tan flacas y mezquinas posibilidades: de allí mi humildad, mi seriedad y mi unción. Alta empresa en sí misma y excelsos los fines adscritos a ella: de allí mi orgullo, que es el orgullo genérico del hombre.

El hombre, poema de Dios, corporización carnal de la canción eterna, canta, en sí mismo, en su destino y en los fines de su ser, la armoniosa unidad múltiple del universo. ¡Oh, música carnal eterna, eleva cada día más el diapasón de tu poema!...

A MANERA DE PAUTA IDEOLÓGICA

En cada ser la vida total del Universo, la entidad cósmica, intenta realizar la probabilidad de una unificación. La nebulosa, desde lo infinitamente grande a lo infinitamente pequeño, está siempre ávida de una determinación, más propiamente, de su determinación. El devenir vital avanza incesantemente hacia la individualidad, porque el individuo, a

su modo, es el Cosmos concertado, rehecho en armonía integral. Si hay un vértice hacia cuya multifacética concreción aspira el dinamismo vital en conjunto, este vértice es Dios. El hombre, partícula de esta potencia, vehículo de esta eternidad, no puede eludir este destino hacia cuyo cumplimiento conspira con todas las fuerzas de su conocimiento.

Conocer, he allí, la sola empresa digna del hombre y he allí, también, el secreto de su felicidad. Nuestra tristeza es, las más de las veces, carencia de conocimiento; y siempre insuficiencia de conocimiento. ¡Conocer, conocer siempre, conocer más, he aquí suprema voluptuosidad y la entera embriaguez!...

Decir conocimiento es decir máxima pureza y es decir, también, máxima conciencia. Lo uno, siendo fundamentalmente niño; lo otro, siendo plenariamente hombre. Tales los dos extremos en que se polariza el espíritu del creador. Como fuerza interior o subjetiva: pensamiento; como fuerza exterior, dinámica o corpórea: acción.

Pensador o poeta, recompone y unifica el Universo. Lo retrae hacia su primigenia candidez y frescura, como niño; lo proyecta hacia su ulterior unificación y armonía, como hombre.

La naturaleza busca ávidamente esta recomposición, trabaja oscura y tenazmente por la unidad. Los ensayos fracasan o abortan, casi siempre, en el sentido de que no se cumplen todas las posibilidades; pero, en algunos, se produce una faceta en que el todo se recompone dándonos la emoción de una relativa plenitud. Tenemos, entonces, la certidumbre de que ha nacido un creador, de que estamos en presencia de un vehículo de eternidad.

Tal, para mí, el artista: unificador, concertador, armonizador, revelador.

Yo, hombre, estoy dentro del éxito o del fracaso de las fuerzas vitales. Con mis pensamientos y mis acciones ensayo o intento mi manera de Universo. "Nada más que maneras expresan lo distinto", ha dicho Darío.

El hombre-niño que puede haber en mí, mi hombre-niño logrará retraer y proyectar al nombre; más aún, logrará retraer y proyectar a través del hombre, una manera de la Vida y del Cosmos.

¿La manera? Este es el hecho más trascendental, más desolador y trágico de la vida. El Universo al ser expresado se reduce a sus elementos más escuetos: se estiliza. El Universo a través de un hombre es solo un estilo. Toda expresión entraña una limitación. El arte, aún el más puro y el más alto al aprehender una parcela de la vida, prostituye y

rebaja la presencia silenciosa y fluida de ser. ¡Imposible asir el conjunto fluyente y vivo! Cada expresión es un poco de muerte; nuestro conocimiento se alimenta de cadáveres, es impotente para asimilar la desnuda y cruda integridad del Universo. Si miramos con ojos de lujuria no podremos percibir la castidad de una doncella desnuda. Y el hombre al expresar el Universo pone siempre algo de concupiscencia. ¡Oh, el dolor de esta limitación; oh, el dolor de la manera; oh, el trágico dolor del estilo!... Lo que separa al hombre de Dios es el estilo. Si conociéramos sin estilo, seríamos la Omnipotencia, la Omniciencia. Prometeo pervive constantemente en cada uno de nosotros.

¿Mi manera? Acaso la vean mis lectores; acaso nada más que uno, dos, tres... Acaso ninguno. Acaso no la vea ni yo.

¿Quién está dentro de la eternidad y quién fuera de ella?

¿Quién es el elegido que está capacitado para saberlo?...

¿Quién aquel que haya logrado distinguir entre su perspectiva de presente y su perspectiva de eternidad?

Ante esta trágica alternativa, ¿qué me queda sino ir a la busca del comprendedor que me ame, a riesgo de encontrar solo al juzgador que me niegue o a la indiferencia que silencie?

O, tal vez, pese a mi esperanza, ni amor, ni odio, ni silencio.

En ese trance, oh, Dios mío, pídote con todas mis entrañas de hombre que no estreches mi conocimiento hasta el punto de desconocer la grandeza, la bondad y la revelación que pasan junto a mí. Porque, ante todo, ¡oh, Dios mío!, enriquecerme cada vez más, enriquecer mi conocimiento y mi amor.

Así sea.

ESTÉTICA

He aquí el más alto valor humano para llegar al corazón del universo, a la suma de todas las concreciones y de todo conocimiento, es decir, al conocimiento, es decir, a Dios. Instintivamente, por predeterminación eterna, los seres y las cosas se precipitan por este sendero hacia el centro gravitatorio de toda eternidad, independiente

de todo punto de referencia cósmica. La materia viva u organizada, cuyo viaje suele mostrarse, a veces, palpablemente, a nuestras groseras pupilas, y la materia inorganizada, aquella que se aparece a nosotros aparentemente yerta, cuyo viaje en distinto plano de concreción no es percibido nunca por nuestros ojos, buscan su vértice, se afanan por cumplir los últimos fines de su expresión.

Abstrayéndonos hacia un campo exclusivamente antropocéntrico, vemos que el hombre antes que un ser pensante, y antes que un ser ético o afectivo, es un ser estético, lo que vale decir, un ser que aspira a su máxima expresión individual. Cuando parece que es incapaz ya de amar, cuando ha sufrido la total relajación de su sentido moral, no le queda sino un hilillo que lo relaciona con el milagro del universo: su necesidad de realizar la belleza. Este imperativo lo eleva y lo acerca a Dios; le hace recordar constantemente su origen divino. Lo último que muere en el hombre es siempre el artista, el ser expresivo.

Claro, cada hombre ejerce su don estético según su manera personal de concebir la vida, según su posición singular y circunstancial ante el universo. Por eso, nada más absurdo que establecer cánones, pragmáticas o leyes para realizarlo. Toda preceptiva ha sido, es y será siempre el eterno enemigo de nuestro don estético, el cual no acepta más limitaciones que las del propio espíritu que tácita, espontánea e inconscientemente las encuadra dentro de sus posibilidades y potencias que se dictan sus reglas a sí mismas. La ley, pues, nunca tiene un valor absoluto, no es más que la definición de una posibilidad o de un conjunto de posibilidades.

Sucede en algunos casos que esta facultad o potencia sin dejar de ser subjetiva e individual, sin perder su matiz característico y único, se objetiza, se universaliza, trasciende a los demás por su extraordinario poder de expresión, abrazando un conjunto enorme de posibilidades y de realidades. Se da, entonces, el artista en el más puro y propio sentido de la palabra. Expresa y define lo que los demás no llegaron a expresar; concreta y exterioriza lo que estaba latente, vago y soterrado en los otros, hasta tal punto que cada uno se encuentra en él, y él se explica y se encuentra en todos.

Cada artista expresa, pues, una parte de nuestra alma, define nuestra alma, define nuestra vida, la hace conciencia y la relaciona con el dinamismo universal. Reconocemos en él un hermano mayor. Sentimos que interviene en nuestra existencia, que participa de ella, que aclara su sentido, que la engrandece y la eleva. Es, pues,

una fuerza primaria e intrínseca y, por lo tanto, el universo se integra, se sintetiza y se explica en el artista.

El hombre, desde que nace, tiende a expresarse, a definirse, a explicarse ante los demás. Acciones, palabras, voliciones, sentimientos se dirigen a cumplir este fin, a satisfacer esta necesidad vital. "La mitad del hombre –ha dicho Emerson– es su expresión". Yo creo que la expresión es todo el ser humano.

Su mismo proceso físico no es más que un proceso de concreción, una génesis de definición. Al comienzo no es sino una célula casi amorfa; después, por multiplicación, una masa informe de células. Por una múltiple serie de definiciones se produce la figura humana.

La faz del niño cuando nace carece de contorno neto, de líneas rotundas y precisas. Sus facciones, diluidas y vagas, se encuentran como envueltas en una penumbra; anuncian apenas lo que será más tarde. Carecen de expresión, están desprovistas absolutamente de carácter, aún no se insinúa la estilización de la línea. Extremando el aserto, se puede afirmar que todos los niños recién nacidos se parecen.

Luego, los rasgos se precisan, las facciones se acentúan gradualmente, las líneas se toman más enérgicas, el pergenio se afirma y se define hasta que alcanza su mayor expresión, su carácter más rotundo, diferenciado y definitivo; ha llegado a su expresión suma.

Lo mismo ocurre en su proceso espiritual. Acciones, pensamientos, sentimientos se encuentran al iniciarse la vida en un estado de vaga nebulosa. La conciencia aún es incapaz de identificar las cosas. Solo cuando empieza a determinar nexos e identidades es cuando comienza, verdaderamente, a delinearse la posición del hombre con respecto a los demás seres. Esta necesidad fatal de relacionarse con el universo le impulsa a colocarse en su lugar. La forma o manera en que reacciona con respecto al mundo objetivo constituye la esencia de su expresión, y la manera singular de su expresión es su estética.

Todo hombre tiene, pues, una estética; por eso toda vida es, en cierto respecto, una obra de arte. Cuando esa facultad de expresión alcanza su mayor auge, su mayor vehemencia y lucimiento; cuando abraza y compendia el mayor número de estéticas individuales; cuando llega a su máximo poder de síntesis; cuando es capaz de incorporar el universo en su espíritu; cuando subjetiva y traduce su infinito dinamismo; cuando se convierte en centro o nexo de las fuerzas esenciales del mundo; cuando se recompone

en él el sentido completo de la vida; cuando se restablece en su unidad múltiple; dase, como ya lo dije, el artista, el varón estético, por excelencia, el mago de la expresión, el hombre en su plenitud y en su universalidad. La máxima armonía es pues la máxima belleza. De allí que la facultad estética puede definirse como la armonización o síntesis del universo en un espíritu, o como la expresión del universo a través de un hombre.

MÚSICA

La música es la manifestación estética por excelencia porque es la expresión pura. En ella, esta se sutiliza simplificándose hasta abandonar casi por completo y vencer la grosera vastedad de la materia. Rompe las rejas de su cárcel que constreñían su expansión, se liberta y se hace soberana del mundo. Se toma alada, ingrávida, fluídica; se hace vibración. En ella se reconstituye la Naturaleza en su máxima síntesis armoniosa, en su total unidad, en su integridad perdurable. Vierte el mundo, tan esencial y. primariamente, que llega a herir y traducir todas las conciencias, constituyendo, de este modo, el único lenguaje universal. Más aún, parece que es el único valor expresivo capaz de salvar la distancia que separa la conciencia del hombre de la conciencia de los seres inferiores. Prolijas observaciones de los sabios nos han revelado que los animales no son indiferentes a la expresión musical y, quién sabe, cuántas remotas relaciones del universo se conectan en ella que permanecen aún ocultas para nosotros.

Al realizarse la expresión musical, el espacio y el tiempo se reducen a su mínima limitación; sugiere, evoca con prescindencia casi absoluta de la circunstancia, del elemento individual, perecedero y efímero, hasta el punto de que cada uno puede poner en ella su propia tragedia, la propia historia de su corazón. Los valores primarios confunden su ritmo y se destacan acusando su relieve. Nada los define y los explica en su armónica integridad como ella. Constituye, acaso, los últimos datos de la subconciencia que cambian de plano psíquico y nos orientan en el misterio del universo. El espíritu de un gran creador de armonías, es decir, de un músico genial, quizá no es sino el captador inconsciente de las últimas y arcanas constataciones de la subconsciencia que en el corazón del artista se hace nota, ritmo, vibración o

sonido, que son, quizá la esencia misma de las cosas a la cual no alcanza y, tal vez, no alcanzará jamás nuestra razón.

Las estéticas de todas las artes en su más alta, depurada y prístina manifestación se resuelven en música. Solo cuando han llegado a ella alcanzan un concepto emocional primario del mundo, de la vida o del universo. Por eso todo arte, o, mejor, la obra de todo artista creador, es trasunto de un ritmo interno, de una secreta, nueva e inédita melodía. La literatura, la pintura, la escultura, o sea, la palabra, el color o la línea al realizarse buscan su expresión esencialmente musical. El artista no es propiamente tal, no es propiamente grande sino hasta que ha encontrado su expresión estética suprema: la música de su arte.

Todas las artes, en su esencia expresiva, tienen que referirse a la música. En este sentido, podíase definir la técnica artística como el instrumento mecánico o los medios externos que emplea un artista para llegar a la expresión musical de su arte.

COMPRENSIÓN

Por no comprendernos, cada día nos desgarramos mutuamente. Lanceamos el costado de nuestro hermano con una crueldad ciega que se niega a mirar, que repliega las pupilas para encerrar su visión en un cubil inmundo, en un estrecho hueco de gusano. En nuestra vecindad, cabe nuestra cabaña miserable, se levanta un suntuoso palacio, cuyas agujas aladas horadan el cielo y se envuelven en copos de azul, de diáfana y vaporosa evanescencia. Las espléndidas y anchas escalinatas se nos abren como dos brazos y se tienden como dos nervios que quieren conectarse con nuestro corazón invitándonos a participar de su magnificencia. Nosotros, como unos estúpidos, con una suspicacia cerril, con una desconfianza montaraz, con ojos entelerañados, nos detenemos apenas en el umbral y, luego, hidrópicos de vanidad, con el agobio del pasado a cuestas y con nuestra pobre lógica, que a duros esfuerzos logra anudar chapuceramente dos o tres razonamientos de manual, pasamos orondamente satisfechos hacia nuestro cubil oscuro, donde gime la vida baldada y ciega, nostálgica del anchuroso y vasto Universo que pare soles y que nutre dioses.

Nos empeñamos en conformar a nuestra caja cerebral la viviente palpitación, la crujiente efervescencia, la fluídica elasticidad del hermano que habita junto a nosotros y que viene a engrandecemos revelándonos una arista ignorada del mundo. Nos empeñamos en empotrar almas y vidas dentro de nuestra lógica fría y cortante como un cuchillo, rigurosa y exacta como un número. Con nuestro compás geométrico, rodeado de mecánica por sus cuatro costados, medimos ángulos y circunferencias, y condenamos como verdugos oficiosos aquello que no es ni ángulo, ni circunferencia; aquello que rebasa la precisión de nuestro grafómetro y que no se relaciona con nuestros puntos de referencia. Con hitos de nuestra fabricación queremos delimitar una topografía que sale de nuestra agrimensura.

Y así, hermano mío, nos tomamos injustos; empequeñecemos la Justicia que está siempre por encima de nuestras razones, que se desborda de nuestra realidad personal. ¿Quién te ha hecho juez de los demás para que te empeñes siempre en expedir fallos y sentencias condenatorios? Abandona tu actitud de juzgador y entrégate gozoso al milagro que pasa rozando tu corazón, tocando delicadamente a tu emoción, impetrando a tu justicia y buscando la generosa comprensión y el cordial acogimiento de tu hermandad.

En nombre del arquetipo ideal que llevas dentro niegas la riqueza ideal de tu hermano, porque no se conforma a este tu figurón lógico que solo es vital para tu verdad particular. Hermano mío, si solo tu ideal está en ti mismo, ¿por qué te empeñas en buscarlo fuera, haciéndote injusto y mezquino, estrechando tu cerebro como un cubil sin luz, como una guarida soterrada y letal?

Abre tu ventana, querido; que vuele tu comprensión en alado reposo por el azul; que ciña a tu realidad y no que esta la ciña, estrechándola; escucha, querido, el zumbido armonioso de los ritmos fraternales que se cruzan y se entraman, con amorosa y generosa comprensión, y que tejen la malla infinita y divina del Universo.

Aprende, hombre, a mirar el espectáculo de tus hermanos, sal de tu tonel y esfuérzate en asimilar la grandeza de ellos que está llamando a tu amor, en afanosa urgencia, con las manos alzadas al cielo, cual dos antenas trémulas en que se polariza el Infinito...

Tú, pensador, poeta, comerciante, tenedor de libros o zapatero, no esgrimas ni tu lógica, ni tu ritmo, ni tu vara, ni tus tablas, ni tu medida contra la crujiente efer-

vescencia de tu hermano que siempre está esperando que te redimas de tu oficio, de ese tu solícito procurador digestivo, y que llegues, libertado, al amor.

HISTORIA

El ojo del hombre, limitado y unilateral, no alcanza a integrar en su percepción el inmenso panorama que aguarda ser revelado, el primoroso tejido inconsútil que se entrama con el presente y con el pasado. La torpidez de sus nervios no llega a registrar los mensajes de esa nueva realidad que se precipita hacia él. Su cerebro, reptando penosamente en lo presente y efímero, no es capaz de percibir la nueva y caliente sucesión espiritual. Su corazón, aferrado a lo actual, es impotente para anegarse en la orquestal sinfonía del porvenir.

Irremediablemente, somos los hijos del presente: los siempre encadenados al raudo pasaje de las cosas, al estallar efímero de nuestras vehemencias. Nuestras realidades inmediatas devoran nuestra eternidad, reducen y desmedran nuestra proyección en la historia. Nuestra presencia jamás trasciende a lo que se ha de crear y nuestro amor es un punto estático y aislado en el devenir global, impotente para inflamar íntegramente la cadena. Somos un centro de vitalidad y nuestro frívolo interés momentáneo y circunstancial nos imposibilita hacer conciencia los rayos que confluyen en nosotros.

Y esta es la posición trágica del hombre en la historia, el sentido trágico de la historia; la esencia trágica de la libertad humana, que es el resorte de los acontecimientos, el nervio de la acción política.

El hombre se olvida de que es la correlación de una serie, la concatenación de un proceso y se empeña en estabilizarse, en petrificar una sucesión. Se olvida de que no es más que un vehículo del eterno avanzar, una simple relación entre dos infinitos, un mero presente de realización y pretende detener la dinámica universal construyendo un código de normas con la experiencia del pasado para embridar a la vida. Intenta sacrificar el porvenir a su tranquilidad, su función creadora a su reposo, su libertad a su cómodo vivir. Se trueca en un reto permanente a la naturaleza en una conspiración contra el futuro. De allí, su tragedia permanente, la permanente esencia trágica de la historia.

Así se explica que todos los grandes acontecimientos renovadores hayan sido combatidos siempre en nombre de la experiencia del pasado, en nombre de los intereses de un grupo social, en nombre de la costumbre y de la rutina que tienden a retenernos en un punto estático y pasivo.

Empero, la progenie humana engendra en todas las épocas ciertos ejemplares de hombres dotados de segunda vista, de una suerte de sentido del futuro que les permite percibir lo que existe vago y soterrado en la masa. Son los depositarios de la nueva fe, los heraldos vibrantes de la nueva esperanza, las urnas vivientes del nuevo amor. Son aquellas individualidades fuertes y magnéticas que agrupan y condensan en su torno, como polos de atracción, los afloramientos dispersos de la corriente central.

Estas poderosas individualidades surgen especialmente en aquellas épocas que están saturadas de vida, cargadas de creación y de milagro, henchidas de impulsión gestadora y de predestinación. Estos espíritus son los que engendran, en cierta manera, a su época; y a la vez, e intrínsecamente, son engendrados por ella. Padres e hijos, al propio tiempo, del ambiente en que actúan y de la realidad que crean. Plantean ecuaciones vitales ante las cuales la lógica ordinaria de los hechos nada explica quedándose desconcertada y en suspenso.

Las pautas de valoración corriente no abrazan esta prestancia creadora que rebasa y colma sus medidas. Son móviles, muy superiores en excelencia ética a las normas comunes de la conducta humana, los que rigen estas voluntades que corren hacia la culminación de los fines que han concretado su vida. La sensibilidad de estos hombres, cual cordaje de superagudizada potencia perceptiva, registra y recoge las más tenues y amortiguadas oscilaciones. Es semejante a las máquinas sísmicas que marcan con anticipación las trepidaciones de las capas geológicas y que se adelantan a la exteriorización espectacular de la catástrofe.

Solo el pensamiento, que es capaz de animar la materia inorganizada y pasiva; barrena de luz el seno oscuro de los tiempos, sorprende la crisálida del porvenir que guarda su ambiente y su hora para estallar.

El pensamiento, elemento activo, impulsor y dinámico por excelencia, es el único capaz de vencer la pasividad inerte, el pétreo sueño geológico de la materia que tiende a inmovilizarse en formas definitivas. El pensamiento, plan-

tado como un Dios en medio de un vasto panorama inmóvil, acecha desde las neuronas de un cerebro la primera chispa generadora que ha de prender alas, y pies y latido a las moles yertas de la tierra. El pensamiento es el ser, mejor dicho, es todo el ser. Dentro de sus entrañas alienta la vesícula sementadora; en ellas germina las mies primicial; allí palpita la primera célula capaz de amor, el primer arranque de divinidad en la materia, el primer incendio vital que inflamará, luego, el cósmico conjunto. Toda la grandeza y el misterio de la vida residen en el pensamiento. Solo en él se explica la generación de las especies que rebasa los matraces de la química y que burla la precisión mecánica de todos los instrumentos de investigación. Solo el pensamiento explica al hombre y con él a toda la sustancia organizada. El pensamiento es, pues, la vida; es, a lo menos, el protogenerador de ella. La historia no es sino el registro de los giros que ha seguido el pensamiento humano, el memorándum del inmenso proceso vital con respecto al hombre.

CREACIÓN

La mejor y única demostración de mi pensamiento es una creación, es decir, la realización de una vida superada. El cerebro no es factoría de argumentos; es fragua de vida y acciones, yunque de emoción y de lágrimas, forja de amor y de besos. Se demuestra solo lo que no tiene evidencia, lo que carece de presencia y de afirmación vitales. El abogado es el único buscador de razones y de tesis, nunca lo es de la naturaleza y la vida.

Mi pensamiento no es ociosa sutileza doctoral, ni castrado malabarismo de erudito, ni gimnasia bizantina de ergotista. Sangre caliente y humeante es manadero de amor y de dolor; jamás la Celestina de mis pecados y sí la explicación y el sentido de ellos y de mis virtudes.

No el tinterillaje de la vida, sino la evidencia y la expresión de mi ser, el indicador de mis superaciones y el memorándum de mis deficiencias.

"Hermanos –dice a los hombres–, hasta aquí he llegado; haced por superarme".

El único pecado original es la limitación, y el único pecado individual contra la vida es resignarse pasivamente a no vencer nuestras limitaciones. Lo divino en nosotros consiste en aquella alada impulsión para trocarnos en dioses. Solo el ímpetu creador es capaz de diferenciarnos del gusarapo que se regodea en su chacra y de la piedra que se inmoviliza en su sueño de eternidad.

Amigo mío, yo no quiero probar nada; yo no he venido sino a constatarme, a hacer evidencia mi vibración cordial.

No soy un sabio, ni un filósofo, ni un mago; ni siquiera un abogado o un especialista; soy escuetamente un hombre, solidario del Universo y de los demás hombres. Nuestra empresa es vivir y mejorar nuestro vivir, es decir, ser felices.

Los sistemas, las literaturas, las profesiones y los oficios que duerman allá en las bibliotecas; mientras afuera, en el campo aireado y libre, estalla el dolor, repercute la canción, crepita el amor y revienta la vida.

En tanto, en los agrietados y viejos anaqueles se patinan todas las caretas de polvo y de pasado; en tanto, en los encasillados el espíritu se oxida de recuerdo y de dogma, yo voy llorando, amando: intentando ser feliz, sin engañarme y sin engañar a los otros; consciente y jubiloso de mi actualidad que "espera" siempre y que es la desposada del porvenir.

No vale lo que digo, vale lo que tengo en mí de incitación a la vida; ese algo hinóptico que polariza energías vitales; que salta, trisca y piruetea en los ingrávidos senos de mis palabras.

En este momento, que mido y sopeso mi inevitable solidaridad humana, siento que he vencido a la sabiduría y que he cortado sus cien mil tentáculos que tiranizan y fascinan a los mejores y más fuertes de mis hermanos. Espero que mi pensamiento no ha de llegar a castrarme. Pienso y quiero que la sabiduría sea para mi vida y no mi vida para la sabiduría. ¿Hasta cuándo el pensamiento ha de tomar eunucos a los hombres?

Siento, como corren las horas cargadas de polen, de germinación y de mies, portando en su mágica aljaba las nuevas vidas, los recientes vagidos, los frescos destinos y la cosecha y colmo de los porvenires.

MÁSCARAS

Deflagra delirante la risa bajo la máscara. Crepita la alegría loca, contorsiónase hacia la canción, malabariza el amor y gesticula el espíritu. El antifaz hace como que quiere hurtar la Tragedia a la luz. El actor se calza su coturno, esgrime su maquillaje, carga con su personaje a cuestas, se aúpa a la escena y hace cabrillear las lentejuelas de su elocuencia. Detrás de las bambalinas se ha quedado el Dolor dormido. Entre bastidores acecha la lágrima como un salteador de caminos. En el camarín reposa el Amor de sus fatigas. La sala burbujeante, expecta: llora cuando ríe, ríe cuando llora...

Momo pasa mixtificando al hombre. Arlequín pelotea la vida en sus manos. Pierrot y Colombina hacen espectáculo de sus propias almas. La máscara porta jadeante el agobio de su personaje. El apuntador, desde su mísera concha, dando manotadas contra sí mismo, acota las palabras ajenas, recita el drama que no ha llorado.

En la alta y lejana galería hay un solitario que atalaya al actor y a la sala. Está encima de la máscara y el espectador. Otea desde su serenidad la crepitante zarabanda de abajo. El espectáculo se concreta, adquiere su íntegra palpitación humana, solamente por gracia de sus ojos y por gracia de su corazón. Por entre la malla nutrida de las serpentinas, a través del gárrulo laberinto cordial y de la grávida atmósfera humana, su cerebro ordena, su conciencia interpreta, sus labios expresan. Los miembros de la farsa, abismados en la comedia suelen o no percibir su presencia que se denuncia, sin embargo, por evidentes, eternas e irrevocables señales. Convive, a veces, con ellos como buen camarada. Cálzase en ocasiones la máscara, pero su grandeza atraviesa los antifaces, y los plasma a su semblante pero su corazón ama también a sus marionetas...

Prosigue el sonoro jadeo de la sala, las serpentinas despliegan silenciosos y ardorosos mensajes. El apetito, buen acróbata, se precipita por los frágiles hilos. Insiste la farándula en su empeño de epitomizar a la vida. Mas, he aquí, que hay un corazón en la más lejana y alta galería que liberta a la verdad de la máscara que hace de la mentira misma música eterna...

Momo ha cesado de gesticular; se ha tornado grave y pensativo...

ACADEMIA

Quiere el espíritu académico que ajustemos la múltiple paradoja de nuestra vida, la hirviente fluidez de nuestro ser a un arquetipo único y, las más de las veces, a un arquetipo envejecido y pretérito. Quiere, sobre todo, hacernos esclavos de la lógica o, más frecuentemente, de *una lógica.* No tolera la contradicción, porque la contradicción es vital y, por lo tanto, revolucionaria y creadora. Si bien es cierto que la revolución tiene también su lógica, *una lógica superior* o, mejor, *una nueva lógica.*

Lo característico del espíritu académico es la aplicación de lo viejo a lo nuevo, de lo muerto a lo vivo, de lo pétreo a lo orgánico, de lo pasado al porvenir, de lo acabado ya a lo que está fluyendo. El error de la academia estriba, no tanto en formular reglas para juzgar el pasado, sino en formularlas para juzgar el porvenir. Más bien dicho, no solamente pretende *juzgar* sino también que quiere *prejuzgar.* La regla o la ley es el resultado de un proceso, y la Academia se atreve a juzgar un proceso que se está produciendo con las reglas del proceso anterior. Si solamente se limitara a explicamos el pasado, casi nada tendríamos que reprocharle.

La existencia de las academias y del espíritu académico solo se explica por esa tendencia ingénita del hombre a perdurar, a creer en una inmortalidad. No, precisamente, a *perdurar creando,* sino a *perdurar a costa de lo creado* y con desmedro de la nueva creación.

Los menos, los predestinados a la creación, son los que alcanzan su perspectiva de eternidad. Los más, momifican el pasado refugiandose en la Academia y, ante la imposibilidad de seguir creando, adoran la sombra de una inmortalidad. Por ellos se llega a pensar que el hombre es un *animal académico.*

Cuando en un país predomina e impone sus normas el espíritu académico; cuando en el trágico dilema de la conservación y de la creación es la primera que supedita a la segunda, se diviniza el pasado, se le reviste de áureos y espléndidos paramentos. El porvenir está constreñido, estrangulado en una argolla de hierro. Ambiente hostil para los espíritus enérgicos y puros, para los grandes agitadores de la conciencia colectiva, para los heroicos sembradores de ideales y de inquietudes, para los valerosos continuadores de la vida.

SECTARISMO

El enemigo más acérrimo de la libertad es el espíritu de secta. La secta es el dogma actuando, y el dogma es el uncimiento del espíritu humano a una creencia, a una interpretación unilateral y exclusiva de la vida. Para el sectario no hay más que una verdad, una sola certidumbre que excluye todas las demás. No acepta que la verdad en cada hombre tenga una traducción individual y que, por consiguiente, cada uno es el llamado a resolver su caso, a encontrar su solución personal y a explicar su relación con el universo, como ser estético, como ser ético y aún como ser sentimental. Por eso es incapaz de comprender que haya dos soluciones verdaderas que sean antagónicas.

El sectario jamás se contradice, ni se rectifica porque está sometido a una lógica rígida, a un sistema de ideación prefijado ya e invariable. La contradicción sería en él una claudicación, una apostasía; le convertiría en el tránsfuga de su doctrina.

El sectarismo ha sido siempre en todo tiempo el gran forjador de dogmas, el asesino de toda libertad. El sectario católico y el anarquista tienen un estrecho parentesco a pesar de sus diferencias aparentes. Ambos tienden a momificar el pensamiento en una creencia, a petrificarlo en axiomas.

A primera vista parece que hubieran dos clases de dogmatismos: el conservador y el revolucionario. Pero, en verdad, todo dogma, en último término, es conservador, porque tiende a inmovilizar el pensamiento, a quitarle su agilidad ideológica, su fluidez vital.

El espíritu revolucionario está siempre dispuesto a la creación futura, el espíritu conservador retiene y anquilosa lo creado. Una excelsa doctrina comienza y nace con un revolucionario; se acaba y muere con un conservador. Se forja en la generosidad y en el arrebato de una revolución, se extingue en la frialdad y en la estrechez de una academia. Germina en la sangrante y renovadora tragedia espiritual de una vida; se degrada y muere en el incomprensivo y vulgar achatamiento de una corporación o de una grey. De allí que las academias sean el sepulcro, el huesero o túmulo de todas las ideas. Cada una de ellas tiene allí su epitafio y sus enterradores.

La academia, como la secta, no acepta sino una incertidumbre o un conjunto de certidumbres, es decir, una interpretación exclusiva de la verdad. Hay entre ellas una íntima hermandad espiritual; la academia es el sectarismo del pasado; la secta es la acade-

mia del porvenir. Las ideas al degradarse, al hacerse dogma, al perder su viva elasticidad, ondulan entre los dos extremos. El ejemplo más evidente y palpable de esta afirmación es la historia del catolicismo. En la época de las luchas religiosas fue el sectarismo del espíritu cristiano. En nuestra época es el espíritu cristiano hecho academia.

REVOLUCIÓN

Repitamos la experiencia del pasado superándola. Acaso, esta sea la expresión más simple del espíritu revolucionario. En efecto, la revolución entraña conocimiento de lo ya hecho, comprensión del proceso anterior. La revolución es, sobre todo, continuidad vital, se apoya en la experiencia anterior; es la aptitud del espíritu en constante agilidad creadora, el fluyente devenir de la vida, la perenne corriente transformadora. Hasta cuando parece más brusca e inconexa tiene sus raíces más profundas en la realidad precedente. El pasado, en su significación esencial y eterna, no es nunca una redundancia; es la base de las creaciones posteriores.

A veces la revolución se nos presenta en apariencia tan radicalmente desligada del pasado que caemos en el error de creer que todo lo destruye, que ante su violencia lo anterior queda derogado. En realidad, una revolución destruye, confirma y crea. Lo efímero, lo meramente circunstancial y perecedero del proceso anterior es efectivamente aniquilado para siempre. En cambio, lo más hondamente vital, lo que tuvo de esencial, de orgánico y de perdurable, subsiste; recibe su confirmación y sello definitivo. Una doctrina o corriente ideológica, una escuela literaria o artística, una orientación en la vida política de un pueblo solo adquieren su justa significación o prestancia cuando se ha consumado un movimiento revolucionario antagónico que arranca las escurrajas de la circunstancia, los postizos de la moda, los prejuicios y artificios de la época. La revolución es, pues, a la vez, el tamiz del pasado y la creación del porvenir.

Suélese distinguir la evolución de la revolución diciendo que la una transforma creando y la otra transforma destruyendo. Superficial distinción, pues ambas destruyen y crean a la vez. Si, acaso, hay alguna diferencia, esta es su realización en el tiempo, su mayor o menor violencia al producirse. En la una, el proceso se desenvuelve

lentamente, eliminando todo elemento patético o trágico. En la otra, el antagonismo estalla, los términos se plantean trágicamente y, por eso mismo, es más fecunda y eficaz. Lo que la simple evolución obtiene en un siglo, la revolución puede realizarlo en un día; pero ambas son la manifestación de la vida, transformándose y creándose incesantemente.

CLASIFICACIÓN

La enseñanza oficial, la didáctica académica o la ciencia universitaria, tal como se profesa en nuestros llamados institutos de alta cultura, ha fracasado hasta ahora en su empeño de formar hombres, es decir, espíritus verdaderamente creadores, porque la ciencia que se dicta en sus aulas es una ciencia de clasificación.

Se ha tomado la clasificación por la clasificación misma, olvidando que esta no es sino un método o camino para hacer accesible determinado aspecto de la verdad o de la ciencia, y nunca la verdad y la ciencia mismas, puesto que ambas no caben íntegramente en una clasificación.

En rigor, esta crítica de la enseñanza oficial no puede aplicarse enteramente a nuestras universidades, sino con una gran dosis de benevolencia, porque ellas jamás se han propuesto formar "hombres", sino "profesionales" en el más estrecho sentido de la palabra.

La clasificación científica cuando no reviste el carácter provisorio o interino que siempre debe revestir; cuando se la despoja de su carácter de simple guía o lazarillo del investigador o del estudiante, y se hace consistir en ella la ciencia, se convierte en la insalvable rémora de toda iniciativa renovadora y de toda fuerte creación; se torna en el dogmatismo, academismo, o sectarismo de la ciencia, mil veces más funesto que el dogmatismo y el sectarismo religiosos.

La clasificación de un fenómeno o de un conjunto de fenómenos es determinada, en el mejor de los casos, por la ley que los rige, es decir, por la lógica de su realización. La ley, a su vez, no hace sino señalarnos las condiciones o circunstancias en que para nosotros se produce o puede producirse un fenóme-

no, pero nunca nos explica la esencia misma del fenómeno y, de allí, su carácter interino, en actitud siempre de sufrir una rectificación.

Fundar, pues, una enseñanza en el más cerrado dogmatismo de las clasificaciones es despojarla de su fluyente, renovadora y fecunda vitalidad, es oponer una barrera formidable al primigenio y fundamental hecho de la creación: es reducir la enseñanza al más mezquino y torpe "profesionalismo".

CONVENCIMIENTO

No habrás libertado íntegramente tu espíritu cuando hayas aprendido a convencerte de nuevo; cuando hayas llegado a esa cima mental y cordial en que se está perpetuamente dispuesto, no a *una creencia* sino a *la creencia.* El espíritu del hombre, por una extraña aberración de sus potencias vitales, tiende casi siempre a aniquilar su fe, a inmovilizarla en una certidumbre, a enclavarla y mecanizarla en un axioma.

Vitaliza tu fe, renueva tu convencimiento, si realmente quieres ser libre y creador cumpliendo tus altos destinos, si quieres vivir con óptima dignidad humana. Mira que renuncias al goce pleno de la vida, que desechas un sinnúmero de posibilidades que pueden realizarse en ti, sino aprendes a convencerte de nuevo, si no estás dispuesto siempre a rectificar tu fe. ¡Qué importa que te contradigas y que por tu contradicción te objeten y te combatan; qué importa que sufra tu amor propio, si gana tu lealtad con el Universo! Mata tu vanidad y exalta tu orgullo; mata tus honores y exalta tu dignidad. *Creer es crear y creer de nuevo* es estar en aptitud para una *nueva creación.*

A la vez que aprendes a convencerte, aprende también a degollar tu convencimiento. Es el único medio de renovar tu creencia, de rejuvenecer y vitalizar tu fe, de mantener la eterna facultad creadora de tu espíritu, de recobrar tu libertad en toda su íntegra plenitud.

El fanático, el sectario, el académico, el secuaz, el prosélito dejarían de ser malos hombres si aprendieran a convencerse de nuevo.

¡Hombre, aprende a convencerte, aprende a matar tu creencia, aprende a ser libre, aprende a ser creador! Cuando hayas conseguido, a cada instante,

convencerte de una nueva cosa y cuando, a cada instante, también, mates una certidumbre habrás logrado la integridad de tu libertad, de tu conciencia y de tu dignidad humana.

NATURALEZA

En un ensayo anterior se hace consistir la esencia de la estética en la expresión, es decir, en la versión de las cosas a través de un espíritu. El hombre, al ponerse en contacto con lo que le rodea, siente la necesidad de traducir su vibración interna, la fruición subjetiva que le produce el roce con lo exterior y que le revela su propia realidad, la conformación de su ser con el Universo. Por esto es, fundamentalmente, un ser de relación, un ser que solo se conoce y se expresa a sí mismo, cuando ha realizado su conjunción con lo objetivo, devolviendo sus impresiones a los demás.

Este don de expresión o de retorno que existe latente, vago, impreciso y rudimentario, según parece, en todos los demás seres, en él se trueca en una imperiosa necesidad de su organización vital, en él se magnifica hasta el grado máximo de perfección. De allí que el ser estético por excelencia sea el hombre, porque es un ser eminentemente expresivo. Marca un escalón superior en la creación porque la vida ha alcanzado en él una definición integral, el máximo de su concreción; es el mayor esfuerzo especulativo del dinamismo vital.

La emoción estética se torna más precisa, se concreta más, a medida que se individualiza. Al contrario se hace más vaga y sugerente conforme se dilata y se objetiva. La una llega hasta el infinito-subjetivo: el hombre. La otra abraza el mundo, abraza la naturaleza íntegramente, alcanza el infinito-objetivo: Dios.

En la primera la expresión de las cosas se adapta a unas pupilas, a un cerebro, a un corazón, a una sensibilidad. Diríase que se comprime y se compendia el Universo. Aspira a un ritmo: línea, color, sonido, movimiento. Por eso el grado máximo de subjetivación estética es el universo traducido en notas, reducido a música.

En la segunda la expresión se dilata, se universaliza, se disuelve en el conjunto, rebasa los sentidos del hombre, se hace inaprensible, se objetiva completamente. Se hace más vaga porque se hace más compleja.

Puede, pues, definirse la Naturaleza como la estética de Dios, porque ella lo define, porque ella es su expresión. El panteísmo, más que un sistema religioso, es una teoría estética, una metafísica de la belleza, un sumergirse del hombre en el concierto universal; no ya como conciencia, sino como factor, como elemento, como parcela de un todo; porque la conciencia no es sino la misma expresión subjetiva de las cosas, el Universo traducido por el hombre, Dios individualizado.

ÉTICA

Así como no hay una sola verdad, ni una sola lógica, ni una sola estética, tampoco hay una sola ética.

Cada hombre es un ejemplar moral, un tipo de realización ética en sí mismo, un rebasamiento de las anteriores experiencias de la conducta humana. A medida que la conciencia del hombre se amplíe, a medida que vaya incorporando en su sustancia la esencia profunda de las cosas, a medida que interpreta más sutil y noblemente el espíritu global del Universo, la concepción ética de la vida va dilatándose también, va libertándose, gradualmente, de todas las morales y rompiendo la unilateral y arbitraria rigidez de los códigos y de las costumbres.

La estética y la ética solo pueden existir separadas por abstracción y existir contrapuestas por superficialidad o endeblez de espíritu. Ser siempre uno mismo, mantenerse en su íntegra y armónica unidad vital, expresarse y vivir, libre y lealmente, ante la estupefaciente presencia del Universo y ante la rauda carrera de los sucesos, es la máxima enunciación de la estética y de la ética. ¿Quién osará ponerles limitaciones, reducirlas a sentencias o a normas sin rebajar y corromper su excelencia?

Los hombres adoptan una moral en vez de vivir su moral: así como se encadenan a una estética, en vez de realizar su estética. ¿Se puede acaso concebir un lobo

que adoptara la moral del perro? ¿Se puede concebir un comerciante adoptando la mística moral del cenobita? Más aún, ¿se puede concebir un santo adoptando la moral de otro santo?

Basta que un recién nacido abra las pupilas para cumplir una orden del Universo, para realizar una nueva traducción del gran enigma, y, por consiguiente, para ensayar una nueva estética y una nueva ética. ¿Crees tú, acaso, que los hombres son manufacturados como los objetos de una fábrica en un mismo molde y que llevan en la espalda su etiqueta clasificativa: Made in Germany, Made in England o Made in New York?

El sello divino es otro, amigo mío; no indica un género; indica un ejemplar.

Dios, según la frase bíblica, dijo al hombre: "Serás a mi imagen y semejanza", y Dios es infinito y único.

Le castigó después, no porque desobedeciera comiendo del fruto prohibido, sino porque al comerlo desconoció en sí mismo su condición infinita.

Profundo es el símbolo del Génesis.

JUSTICIA

En el perfeccionamiento de la civilización humana hay una ondulación espiritual que oscila entre la ley positiva y la moral. Avance sincrónico de ambas, eslabonamiento de la una al conquistar el horizonte de la otra. La moral, en un grado inferior, es la ley; la ley superándose, alcanzando un plano más elevado, es la moral. La una, tomando carne en los códigos, en las legislaciones, en los tribunales. La otra, en los espíritus más intensos, más fuertes y más profundos de su época. Las dos acopladas, concatenadas en carne y espíritu, constituyen la plena expresión de la justicia en un ciclo histórico.

La primera, hasta cierto punto, realidad corpórea traducida ya y vertida en la conciencia social media. La segunda, trayectoria indefinida y misteriosa en el infinito, vislumbre subjetivo, intuición de una individualidad o de un conjunto de individualidades superiores. Esto explica que la ley sea esencial y exclusivamente, colectiva, corporativa, social: y la moral esencialmente individual, irreductible a toda fórmula, a toda pragmática o norma, a toda codificación.

En realidad, nunca hay un conflicto esencial y profundo entre la ley y la moral, porque esta rebasa siempre a aquella. Lo que hay es conflicto de términos, conflicto de expresiones, invasión espúrea de la una en la esfera de la otra; a lo sumo, colisión circunstancial, externa, epidérmica y momentánea. Las dos se desarrollan en planos fraternales pero diferentes. Cuando se tocan, es para confirmarse; cuando se separan, es para superar su realidad.

ESTADO

La función del Estado se funda en una ficción jurídica, en un título que no tiene realidad legal, que carece de fuerza probatoria instrumental. Su razón de ser es una razón orgánica, una razón biológica. Rebasa todos los códigos, todas las legislaciones y todos los tribunales. Es el pacto social de Rousseau, el tácito acuerdo de las individualidades para defender y garantizar su indeterminada expansión vital. Tiene una génesis notoriamente individualista. Racional e históricamente, el conglomerado existe para el individuo y no el individuo para el conglomerado. La sociedad, como un fin en sí misma, es una monstruosidad antivital, un ente de pura abstracción, producto de la pedantería doctoral, erudita y académica.

Los que han pretendido impugnar la profunda y vital afirmación de Rousseau lo han hecho con un criterio de tinterillo. Exigen del gran pensador que les presente la prueba instrumental de que los hombres primitivos se acercaron a una notaría para dejar testimonio del pacto que habían celebrado decidiendo establecer un gobierno. Y hétenos aquí, abismados en la copiosa sofistería abogadil que hace jadeantes esfuerzos para probar: 1) que la historia no dice nada de ese pacto; 2) que si existiera, no obligaría sino a los que lo suscribieron; 3) como consecuencia ineludible de lo anterior, que la teoría de Rousseau es completamente falsa. Digno razonamiento de un juez de Paz perfecto.

La deformación gregaria del Estado ha tenido su máxima y típica expresión en el imperialismo germano. El individuo uncido tiránicamente a los llamados *Fines del imperio* se convirtió en una simple rueda o resorte de la inmensa maquinaria, como si los humanos fines de la sociedad estuvieran contrapuestos a los del individuo;

como si el racional y supremo fin de una entidad política no fuera la exaltación del hombre a su máxima plenitud espiritual, única razón de su origen y de su existencia.

Por no haberlo comprendido así, la Historia escolla, sangrientamente, en agosto de 1914; la civilización contemporánea penetra en una encrucijada y la individualidad humana, estrangulada, estalla en apocalípticos clamores.

El Estado no puede ser una grey. El gobierno no es sino la gerencia de los intereses comunes. El pacto social de Rousseau se basa en la protección y defensa del individuo, es la expresión natural y biológica de la democracia; no es un producto del derecho; el derecho es un producto de él.

Para comprender esto y para desbrozar toda la nutrida maraña académica de los profesores alemanes y de todos los profesores del Universo, ha sido menester que se vierta la sangre de varios millones de hombres.

ORIGINALIDAD

Lector, amigo, no vengas a decirme que ya han dicho otros lo que yo digo ahora. ¿Qué me importa eso? No has de lograr herir mi vanidad. El objeto de la vida –me parece– no es querer ser original; es, sencillamente, querer vivir; y querer vivir, quién sabe, no es sino, a la postre, expresarse en acciones y pensamientos. Tal vez, queriendo vivir, sea original; pero lo que no quiero es hacer profesión de originalidad. No lo quiero con todas mis entrañas, porque no quiero ser pábulo de la estragada curiosidad de esas polillas de biblioteca: de esos encanijados eruditos, ahítos de literatura, voraces tragalibros. ¡Oh, Dios mío, si lograra interesar nada más que al hombre, es decir, a todos los hombres, sin que en este interés entrara para nada el oficio!...

El único objetivo que busco es definirme, afirmar mi existencia y, al hacerlo, nada me importa que coincida con los otros. Pero si esto sucede, diré: "Hermano que tanto te pareces a mí, buenos días y buen viaje". No haré sino repetir su experiencia, y tácitamente decirte, lector: "Nada de lo que tengas dentro de ti mismo será ajeno, puesto que lo has vivido, puesto que es el hijo de tu dolor".

Lectores una confidencia:

(Solo el literato tiene el hábito histriónico de falsificar emociones y sentimientos; pretende, el muy pillo, expresar lo que no ha vivido, lo que no ha querido siquiera vivir, lo que no ha pensado nunca. De allí su manía obsesionante de retorcer el lenguaje para conseguir un falso aire de novedad. Detesto a esa casta de hombres, a esa abominable taifa de retóricos, a esos inescrupulosos y hórridos mixtificadores de la vida que realizan esfuerzos desesperados para hacerse interesantes, hasta el punto de que crea yo que son muy capaces de asesinar a su propia madre para atraer sobre sí la atención de los demás. No es esto demasiado decir ya que empiezan asesinando su propia lealtad).

–Lo anterior dicho está entre paréntesis y en voz baja para que no se enteren sino ustedes. No está bien que figure en el cuerpo de un libro un tan agrio vituperio.

Hermano, no pretendas ser original, porque es la peor manera de serlo. La originalidad no puede ser un objetivo, no puede ser un fin; es una actitud.

Piensa, obra, realiza y hasta haz arte, si puedes, para definirte, para precisar tu conciencia, para saber lo que eres, para eternizar tu dolor, para enriquecer la conciencia de tus hermanos con la posibilidad de una nueva experiencia. Para eso no importa que coincidas con los otros que vivieron antes que tú, y si es preciso, hasta que los repitas. Pero antes, júrame por tu honor que detestarás a la literatura y a los literatos, a esos insufribles profesionales de la originalidad.

–Esto lo puedes decir a voz en grito, puesto que tú no escribes libros y por lo tanto no estás en la tentación de desear la originalidad.

Si no consigues expresar tu espíritu pensando o haciendo arte, vete a labrar una parcela de tierra, confunde tu sudor con la próvida humedad de la gleba. Tal vez así lograrás definirte y ampliar tu conciencia del Universo. Todo, antes que mentir razonando; todo, antes que ser el asesino de tu vida y de tu lealtad.

LITERATURA

La literatura, en el más lato sentido de la expresión: es el falso arte, el arte de imitación y de segunda mano. Las estéticas, al degradarse, al despojarse de la musical vibración espiritual que las engendró y las hizo posibles en la obra de un creador, se

convierten en huera literatura. La música, la pintura, la escultura, la poesía, caminos diversos por los cuales el espíritu humano expresa el Universo, al rebajarse, se hacen literarias. Ya no traducen el estupendo milagro de la vida y de la naturaleza directamente, sino que hacen una mezquina versión, a través de infolios, de bibliotecas y de museos. A esto se reduce el arte o la creación estética en las épocas de mayor decadencia espiritual o mental: se tornan eruditas.

Cuando el arte no sirve para exaltar la vida y mostrar las omnímodas posibilidades y poderes del hombre; cuando no es sino el pleonasmo de lo que las generaciones pasadas pensaron o sintieron; cuando no amplía y enriquece la conciencia humana con una nueva traducción o interpretación del Universo; cuando sus pupilas están desprovistas de la suficiente potencia creadora para renovar la realidad visible e invisible del mundo, se hace frío, académico, mezquino, tímido, falso y retórico. En una palabra, se hace literatura.

AFIRMACIÓN

Soy un afirmativo porque soy *un hombre,* que vale como decir una estilización del mundo que quiere, con toda obstinación, "perseverar en su unidad". Soy, pues, como todos mis hermanos, una posibilidad de *creador.* Siento en mí, gravemente, la suprema dignidad de este ministerio del ser. Asumo sus potestades y sus responsabilidades con un asombro pleno de estupor. Urgido estoy, a cada instante, por la ansiedad de crear mi certidumbre; *la mía,* la que ha de ser enteramente mía porque la habré trabajado con mis manos y con mi sangre; aquella que será la explicación de mi espíritu y de mi eternidad.

La afirmación o perseverancia de uno mismo en sí no es el dogma. El dogma es la afirmación negativa –valga la paradoja que excluye todas las demás afirmaciones, que pretende neciamente imponer la servidumbre a un arquetipo, el suyo, como única norma de pensamiento o de vida–. Mi corazón, ante las afirmaciones creadoras de los otros, por antagónicas que sean con la mía, se dilata, porque percibe en las demás un enriquecimiento de sí mismo; porque sabe que se ha incorporado en él un alcance y un vigor nuevos. Siento, entonces, que mi certidumbre se destaca, determinándose con más enérgica vitalidad.

Las fuerzas esenciales cósmicas, las realidades del ser y las individualizaciones espirituales son afirmativas, como lo son todos los hechos. Nada más inexorable que un nacimiento. La física, la química y la filosofía no pueden intervenir en el estallar de una vida; apenas si llegan a constatarla. El brote de la mies, la formación de un huevo, la fecundación de un ovario, la germinación de un astro son indiferentes al aplauso o a la censura, a la aprobación y a la negación de los hombres.

En un país medular, como el mío, en que la absoluta ausencia de pensamiento, de reflexión o de sutileza mental confunde al afirmativo con el dogmático, al creador con el negador de la vida, fuerza es que el *ingenioso,* el despreciable confeccionador de colmos y de retruécanos, el malabarista verbal, se atreva a desdeñar y –lo que es peor– a supeditar en la estimación pública al hombre superior.

En el Perú, raro es el hombre que en el sentido afirmativo haya sabido vivir. Podría citar a Manuel González Prada. Sin embargo –deplorable hecho–, este tampoco pudo cumplir la plenitud de su creación. Ocupado toda su vida con apostólico encendimiento en afirmar ante su ambiente ciertos planos primigenios e inferiores de mentalidad y de acción, no tuvo tiempo ni reposo para traducir en obra sus posibilidades superiores. He aquí el mayor crimen vital de la pasada generación.

LÓGICA

¿Por qué has hecho este monstruo con mayúscula; ¡oh, razonador, oh, constructor de geométricas pirámides dialécticas! Este monstruo inhumano, este engendro antivital, este dragón mecánico sin corazón, sin pasiones y sin amor; este gendarme del cerebro, este dómine del alma, este andrógino sin ansias, este eunuco que custodia la fidelidad de las ideas como a las hembras de un harén?

¿Qué mal espíritu forjó este rebenque del pensamiento que castiga y humilla nuestra humanidad; que deprime y estrangula nuestra grandeza trágica; que desprecia y fustiga nuestra piedad; que rebaja, reglamenta y mecaniza nuestro amor; que macera y desgarra nuestra carne; que esteriliza y degrada nuestra procreación espiritual, que chafa las alas de nuestra locura y de nuestro heroísmo?

¿De qué lúgubre y ominosa sima, antro o sumidero salió este monstruo que succiona la sangre de nuestra fe, que afloja los eléctricos nervios de nuestro coraje, que enhollina la azul audacia de nuestros sueños, que aleja nuestras quimeras, que degüella nuestras posibilidades, que asesina la Verdad y crucifica a la Justicia?

¿De qué calabozo, gehenna o albañal se escapó esta arpía que encharca nuestra realidad, que nos aleja del futuro, que nos entrega atados al pasado, que ahorca nuestro fervor, que pervierte nuestras esperanzas, que prostituye nuestra inocencia, que amansa nuestra rebeldía, que hace suspicaz nuestro candor, que achata y mediocriza nuestra vida?

¡Salve a ti –oh, *lógica*–, providencia de los tontos, abogada y refugio del sentido común, madre del sistema, de la clasificación, del partido y de la ley!

¡Salve a ti, oh voraz y frenética enemiga del hombre!

¡Salve, mi vencida, y estrecha esta mano juvenil en que tiemblan y cantan mis audacias, mis locuras, mis esperanzas, mi corazón, mis pensamientos libres y mis años mozos; estrecha esta mano fuerte que no has podido encadenar todavía!

EXALTACIÓN

Hombre soy y en mí se realizan estupendas posibilidades. Vivo y asisto a la maravilla de mi ser. En él se exalta, como en un poema revelado, una escala de Dios.

Clave soy del Universo; cauce profundo de la vida. Trazando voy, henchido de estupor, una ruta de Infinito. ¡Conductor y vehículo de la Divina sustancia!

Balbuciendo mi asombro, afino y entono el cordaje de mis nervios; distiendo y dilato, en perpetua adaptación, la fragua cósmica de mi cerebro; agrando y supero la gama sinfónica de mi corazón.

Soy el Supremo Obrero del Conocimiento; el infatigable amasador de una nueva conciencia.

Como *rex nullius* del Infinito incorporo, a la propiedad de los hombres, parajes inhollados y desconocidos. Ebrio de esta emoción, excedo a mi conciencia, rebaso mi realidad de hoy, y en mi ser, como en un inmenso caracol, repercute el estallido apocalíptico de los siglos.

Valeroso y heroico, me echo confiado en brazos de la aventura, y mi corazón, dispuesto a toda grandeza, se adelanta a mi estupor.

Punto convergente del Universo, me lanzo resueltamente hacia mi origen y expresando voy lo que de Dios puedo traducir.

Como un soberano, asumo los máximos poderes de la Creación asaltando los pudorosos y herméticos senos de la Vida y mi embriaguez delirante quisiera intentar, también, la máxima y heroica experiencia de la Muerte.

Supremo conciliador de religiones, vinculador de creencias y de cosmogonías, expreso el asombro de mi propia eternidad.

¡Soy un nexo; un punto de inevitables realidades; una convergencia inesperada de experiencias y de intuiciones!

¡Señalo una ascensión de la vida, soy la constatación de un avance, el título de una superación: el aletazo mayor hacia el Infinito!...

En mí, el ímpetu ciego de la vida se ha hecho pensamiento; el azar se ha hecho determinación: ha quedado aclarado lo confuso, ordenado ha quedado lo disperso.

¡Soy la síntesis carnal de una etapa!

¡Soy el Hombre!; ¡soy una parcela de Dios!...

PEQUEÑO MAL...

Pequeño mal, grima cotidiana, desazón del minuto y de la hora, deja ya de robarme la miel divina, la miga de infinito que se amasa en mis entrañas, cual sangre de Dios, cual pan de eternidad, cual fragancia de trinos.

Minúsculo cuidado de siempre, procuración diaria de mi pan carnal, molesta solicitud doméstica, humilde pinche de la costumbre, voraz sorbedor de mis néctares celestes, cesa ya de picarme los talones, esclavos de tu desazón; que no son talones, amigo mío, que son alas de astrales ansias, que son crisálidas de incógnitos vuelos, clamorosos de su libertad.

Cascada maritornes de celo prolijo, vieja criada regañona que no comprendes el devaneo azul del señorito, ordenada y fiel ama de casa que todas las mañanas pones

el caliente desayuno en los labios fatigados del lunático cazador de estrellas, doncella guardadora de mis llaves que todo lo abres y lo cierras a su debido tiempo, entrégalas al diablo de una vez y no me importunes con tu pequeña piedad y con tu minúsculo escándalo, liliputiense y ciego, como escrúpulo teológico de hermana terciaria.

Momento pasajero y fugaz, circunstancia efímera y breve, sesuda preocupación de mi fama y de mis honores, buen ecónomo de mis rentas y de mi oficio, lógico ordenador de mis menesteres y de la acción de mis manos, deja que la paradoja de irisados colores y de elásticas formas dé la mano a mi corazón como buena hermana y que me conduzca a ese incógnito país en que cada día se revela una inédita forma de amor.

Comodidad, buena y pasiva comodidad, no quiero ya tu balumba de cuidados que aflojan mi tensión heroica y que me sirven, en áurea copa, el beleño de olvido; que me procuran mullida cama para mis huesos crujientes y blanda almohada para mis sienes febriles. Buena vieja parladora, fiel amiga de mi hogar y de mi tradición familiar que me enervas contándome historias del tiempo viejo, deja que el torrente musical de mi corazón abra el cauce de la vida y se precipite, de peñasco en peñasco, hacia los abismos de la eternidad. Deja que fustigue mi pobre carne pasajera, donde ha plantado su morada no sé qué demonio alado, no sé que Dios diabólico, que la hostiga siempre con sutiles venablos de amor.

CONTRADICCIÓN

Me contradigo ante las lógicas, pero no ante *mi lógica* que explica mi unidad. ¿Qué culpa tengo yo de que la concordancia racional y sentimental que se da en mí, se produzca como contradicción o dislocación en el cerebro, y en el corazón de los otros?

La historia de la civilización humana es una ininterrumpida serie en que van disolviéndose las más opuestas y paradojales contradicciones. Ha sucedido siempre que aquella afirmación que venía a contradecir las afirmaciones amontonadas y consolidadas por los siglos era la única que nos traducía una más verdadera unidad del Cosmos y de la Vida. Copérnico tuvo razón sobre Tolomeo y hoy parece que Einstein tiene razón sobre Newton. ¡Y cuántos más tendrán todavía razón sobre ellos!

Siento que consumaría el más grande crimen contra mí mismo si renunciara a priori, antes de verificar mi experiencia, a intentar mi posibilidad personal, a mi rol de creador.

Me contradigo con respecto a las razones de los demás porque soy un organismo vivo; porque la vida no puede reducirse a un silogismo, so pena de amputarla y hacerla mezquina.

No quiero convertir mi pensamiento en oficio que me obligue, a cada instante, a hacer la demostración de mis acciones. El dialéctico casi nunca prueba lo que piensa sino lo que le conviene. Trueca la función cerebral en función abogadesca, en una suerte de Celestina razonadora. Es la mentira y el fraude mental haciéndose doctrinarios. El encubrimiento ladino y vergonzante, erigiéndose en sistema.

Hay, además, en toda vida muchos hombres sucesivos y, en algunos casos, varios coetáneos. Cada uno de ellos encuentra su verdad, su unidad, su certidumbre y la afirma como necesidad vital. Frecuentemente, estas afirmaciones parecen ser radicalmente antagónicas. ¿Cómo poder reducirlas a la lógica ergotista sin incurrir en flagrante mentira, en vergonzoso delito de celestinaje mental?

La paradoja cuando es orgánica, cuando es sustancial y profunda, cuando no es un malabarismo retórico y externo; cuando no es una mera acrobacia verbal, es esencialmente creadora. Las acciones y los pensamientos humanos no se demuestran; solamente afirman su existencia, solo se explican y se justifican por sus creaciones.

¿Quién os ha dicho que las lógicas crean nada? Si las acciones y los pensamientos de un ser se contradicen –¡oh, razonador incorregible, oh, ergotista ingenuo!– tanto mejor.

TRAGEDIA

La depuración incesante de los seres y de las cosas, ascendiendo siempre hacia su máxima expresión, se cumple mediante una ininterrumpida solución de oposiciones. La vida al superarse, alcanzando una nueva forma, cumple un dolor, una tragedia, al abandonar la forma anterior que tiende a retenerla y a estabilizarla. El instante trágico de la germinación es aquel en que la semilla abrasada por las entrañas ardorosas de la tierra abre su maternidad para que surja la planta. El ins-

tante trágico de la procreación es aquel en que abrazados los sexos, los padres pierden por un momento la conciencia y se precipitan en la muerte abandonando su vigor a la nueva criatura.

Todo el universo está envuelto en un sudario trágico porque todo él tiende a alcanzar una fórmula más concreta, más simple y más divina. La historia de la ciencia y del pensamiento humanos no es sino el conjunto de los anhelos del hombre para sorprender el secreto de la simplicidad de la vida, el camino que sigue esta para llegar a su unidad, a través de la contradicción, de la tragedia, del dolor. Nuestras indigentes pupilas hechas solo para las pequeñas perspectivas no son capaces de abrazar las perspectivas universales y así marchamos a tientas en medio del milagro armonioso del mundo.

El hombre es tragedia porque es contradicción. La vida no se sujeta jamás a una sucesión lógica y externa de razones, de móviles, de acciones o de sentimientos. Es más bien una conjunción violenta de términos antinómicos que busca la unidad del ser. El hombre que quiera hacerse la expresión de un sistema, que se convierte en la fórmula de una doctrina, miente o se deforma. En ambos casos se rebaja, se empequeñece, degrada la dignidad de su condición natural.

Cada acto humano para ser verdaderamente vital tiene que ser el resultado de una contradicción, es decir, de una tragedia. La vida, mostrándose en toda su grandeza, en toda su cotidiana sublimidad, se ve precisada a optar entre los dos extremos de un dilema, de los cuales uno de ellos debe perecer para su acción o para su pensamiento al realizarse. Mientras más grandes sean al equipararse, al ponerse uno frente a otro para combatir, mientras más vehemente y encendida la lucha, más intensificada será la tragedia. Quizá el personaje más grandiosamente trágico que haya creado el genio humano sea el Hamlet de Shakespeare, porque en el máximum de su expresión espiritual queda suspendido en la duda, oscila entre el ser y el no ser, flota entre los dos términos inexorables de un dilema. Las épocas más hondamente vitales y fecundas de la historia son aquellas en que se extrema la tensión trágica del espíritu humano: el Renacimiento, la Reforma, la Revolución francesa, la Guerra de 1914; para no citar más que lo más inmediato a nosotros.

Uno de los más sugestivos pensadores españoles, suscitador de una vigorosa generación espiritual, don Miguel de Unamuno, al hablar de la condición trágica del hombre, la sitúa en la irreductible antinomia entre la razón y el sentimiento. La

verdad es que el conflicto se produce no solo entre el cerebro y el corazón, sino también entre el pensamiento y pensamiento, entre acción y acción, entre sentimiento y sentimiento, entre vida y vida.

El sectario, el prosélito, el académico, el fanático, el profesional; el hombre de una idea, de una fe, de una disciplina o de una acción, elimina de su vida el elemento más fecundo, el elemento heroico, el elemento de libertad por excelencia: la contradicción, elimina la tragedia, constriñendo y deformando su vida hasta hacerla perfectamente lógica.

En tales espíritus se levanta, como un espectro aterrorizante, la claudicación o la apostasía. Carecen de suficiente grandeza y de suficiente humildad para hacerse dignos de una rectificación, de una enmienda o de un nuevo rumbo. En una palabra, no son lo suficientemente fuertes para soportar la verdad y prefieren aturdir a trastazos dialécticos o a trastazos sentimentales los gritos de su lealtad. He aquí, la mentira y el fraude razonados; el abogado que racionaliza su causa, el sofista que ergotiza su vanidad o su astucia, el filósofo que se hace esclavo de su sistema; en último término, el hombre que anula, deforma y mixtifica su vida.

Si queremos ser verdaderos hombres, lo que se llama *un hombre*, en toda la libre y heroica virilidad de su afirmación y de su desenvolvimiento, en toda la plenitud y dignidad de esta palabra, en toda la íntegra y bravía lealtad de su ser, nutramos en nuestro espíritu nuestra liberadora facultad de contradicción, fomentemos nuestra excelsa condición trágica, que hace posible cada día al hombre nuevo; que mata al rutinario y que exalta al héroe.

REFUTACIÓN

Una razón se refuta con otra razón, así como los efectos de un veneno se amortiguan o se anulan con un antídoto. La razón es siempre el antídoto de la razón. A una sucesión lógica se puede oponer otro ordenamiento lógico. Una estructura dialéctica es vencida por otra estructura dialéctica. Una tesis puede ser combatida por otra tesis. Todo aquello que no es dolor, ni es nacimiento, es susceptible de ser impugnado.

Lo que no puede ser impugnado jamás es la esencia profunda del ser, la trágica realidad del nacimiento, el fluir mental y cordial de una vida por más absurdo que parezca, la realización armónica de una individualidad: en una palabra, la filosofía de un hombre, lo que es un hecho en sí, independiente de toda enseñanza: como el crecimiento de un árbol, como la eclosión de una yema, como el brote de una rosa.

Los hechos no se impugnan jamás; los hechos hay que comprenderlos. La más ingeniosa y hábil argumentación es incapaz de eludir la existencia de una hormiga. Los hechos son los que engendran las filosofías. Kant no puede impugnar a Pascal, ni Pascal puede impugnar a Descartes, ni Descartes puede impugnar a Platón. De la misma manera que yo no puedo impugnar a mi amigo, ni mi amigo puede impugnar a su hermano, ni una rosa puede impugnar a otra rosa.

¿Qué pensarías tú del hombre que impugnara el crecimiento de un árbol porque nace con el tallo erguido al azul o con el tallo abatido hacia el suelo; que impugnara un crepúsculo porque tiene demasiado rojo o porque tiene demasiado gualda?

Y, sin embargo, por necio que parezca, este ha sido el empeño de la pedantería académica objetando todas las filosofías, haciendo dialéctica y lógica a la vida; rechazando el hecho, el nacimiento, el dolor, y extrayendo solo la argumentación y las razones. Las filosofías no quieren ser defendidas ni demostradas; solo quieren ser comprendidas.

Amigo mío, no objetes jamás, tú has nacido para vivir, y yo también, y, mi amigo, y el amigo de nuestro amigo, y todos, absolutamente todos, hemos nacido para comprender.

El nacimiento, el dolor, el amor y la muerte no pueden ser impugnados; solo pueden ser superados.

Mi pensamiento ama, sufre y sangra porque es vida; y la vida solo aguarda una comprensión y, por lo tanto, una superación.

¿Dónde está ese hermano mío que me ha de exceder comprendiéndome?

¡Porque yo ansío esa aparición, porque yo reclamo esa realidad, porque yo la llamo y la grito, porque yo quiero estrecharla contra mi corazón, porque mi vida es solo una espera de esa otra vida superior, superación de mi superación!

CONFLICTO DRAMÁTICO

El drama es necesariamente social, político, en el sentido aristotélico. El hombre aislado solo es capaz de impulso lírico o de creación ideológica. La interferencia de dos o más pasiones, de dos o más situaciones, de dos o más razones vitales opuestas, engendra el *drama, el conflicto dramático.* Si cabe una solución o salida, se da el drama propiamente dicho. Si no la hay, llegamos a la *tragedia,* cuyo más alto sentido de fatalidad nos lo ofrece el espíritu griego.

La convivencia humana no adquiere su plena realidad sino cuando intervienen la mujer y el hombre conjuntamente. El hombre solo nunca es dramático, la mujer sola tampoco lo es. Adán puede llegar a ser Prometeo o Hamlet, cuando siente incorporada en su vida la existencia de Eva.

Sin asignar un carácter exclusivo y extremo a esta concepción, solo cuando el hombre se escapa de su concha mental o lírica, objetivándose en la mujer, o esta objetivándose en él, hace posible el *conflicto dramático.*

¿No habrá dicho alguien que el drama o la tragedia tienen sexo?

MECANICISMO

Se ha dicho, y se dice con demasiada frecuencia, que quien afirma determina inmediatamente una limitación. Que si digo que una cosa es azul, implícitamente he excluido de ella a todos los demás colores. Desde un punto de vista material o, mejor decir, sensual, puede que esta lógica del razonamiento llegue a tener cierta justificación. Nuestros sentidos son esencialmente simplistas.

Empero, tratándose de cosas y hechos puramente espirituales, el método resulta pueril por demasiado grosero y basto para ser aplicado a la sutil y complicada trama del pensamiento y del alma humanos.

El hombre, animal de costumbres por excelencia, se encariña con los procedimientos más rutinarios, tiende a mecanizar hasta su mismo pensamiento y pretende aplicar a su espíritu los métodos y certidumbres de su sensorio. Para este, por ejemplo, un color excluye a otro, una cualidad se contrapone rectilíneamente y sin matiz a otra.

Mas, la vida espiritual o del pensamiento no siempre sigue este camino sino que se produce con una lógica distinta, con una lógica lo menos matemática posible.

Aplicar, pues, por acción traslaticia o de metáfora a un plano de realidades, la lógica de otro plano distinto de realidades, es la prueba mayor de nuestra torpe necedad. Yo no puedo afirmar sin cometer una tontería, que tal hombre es humilde y, por consiguiente, que no es orgulloso; que este otro es bueno y que, por lo tanto no puede ser malo, etc. La vida espiritual es más compleja; el bien y el mal, la humildad y la soberbia, la cobardía y el heroísmo se dan mezclados, sin que lo uno haya de excluir a lo otro.

En lo que tiene de más profundo la vida, y no en lo que tiene de puramente mecánico, de sensorial, de fenoménico o de visual no se dan estas entidades lógicas contrapuestas, estas abstracciones rivales e indeclinables que están siempre dispuestas a darse puñetazos, tan luego como se enfrentan en el estadio de combate.

SUSCITACIÓN

Hermano menor, hermano adolescente, hermano niño, hermano que llevas todavía pegado a los labios el sabor de los senos matemos, ven y ayuda a mi pensamiento con tu rebelde disconformidad con el presente y con el pasado, con tu anhelo a divergencia del mundo viejo. El nuevo ordenamiento que traes plantea ante mi creación sutiles interrogaciones y vuelve el Universo, como un dado, presentándome nuevas caras del Infinito. Tu inquietud barrena el estatismo de las cosas, taladra la roca virgen adherida al lomo de la tierra desde el principio de los tiempos, lanzando informes y duros bloques de piedra a la rotación universal en afanosa busca de Dios.

Ven, querido niño, y hablaremos como dos hermanos, cabe el saucedal rumoroso y junto al agua clara y vertiginosa, de este estallar incesante de la vida y de la muerte, de esta cosecha cotidiana de revelación y de inmortalidad.

Ven y toma mi mano que ha vibrado un poco más tiempo que la tuya, que no quiere morirse nunca, y sumerjámonos en este piélago umbroso en cuyas ondas surca el misterio, como una barca incierta. Acaso, entre los dos, pescaremos una verdad más, anclada en un fondeadero desconocido.

Ven y vamos riendo de la presuntuosa convención, de la sabia costumbre y del provisorio arreglo en que hemos nacido, al cual nos echaron nuestros padres porque no hubo otro espacio, sin sospechar que durante nuestra vida habíamos de ser los procuradores de un nuevo predio, a la busca del refugio en que cupiera nuestra inquietud. Ven, y vamos a hacer chirigotas con lo establecido. Oye, ¿no gustas hacer un poquito de alado y acrobático humorismo?

LIMITACIÓN

Esta mañana he visto al ingeniero correr repantigado en su auto, que avanzaba a manera de un mastodonte mecánico y monstruoso como queriendo engullir el horizonte. Le he visto con su frente deprimida y chata, con su nariz aguzada y resuelta, con sus ojos voraces y sin piedad, con su precisión matemática, con sus miradas frías y duras como puñales, con sus números que corren desalados tras del dinero y del éxito; con su injusticia, a cuestas, que quiere hacer ingenieros de todos los hombres; con su cerebro firme, como axioma geométrico, que me desconoce y que quiere despreciarme.

Toda la piedad del mundo se asienta en mi alma. Tiemblo como un niño azogado ante la miseria ciega del hombre. Quisiera regalarle un poco de amor a esta criatura que va pegada a su auto, claveteada, cual una plancha pasiva con sus billetes, bufando de limitación y de inmotivado rencor.

El pobre pasa ante mí, y ante la grandeza del mundo como un topo, con su subterránea ceguedad, reventando de presunción, satisfecho su sexo, henchidas sus tripas de gustosas y espesas viandas y más llenos todavía su corazón y su cerebro de ceguedad y de limitación.

Mis ojos, millonarios de ilusión, millonarios de amor y de infinito, millonarios de grandeza y de milagro, quisieran prenderle un pedazo de Dios, pero rebotan en esos pedernales sin corazón que brillan en su frente, como dos bolas de vidrio. El acogimiento de mis pupilas estalla en celestes chispas vivaces que recogen los ángeles del cielo y que alumbran los antros negros del infierno.

Satanás mismo, emperador de las lúgubres tinieblas, hurta su rabo a la vergüenza, se quita su chistera, me saluda reverente y me agradece; pero el hombre-ingeniero pasa en su auto, cargado de injusticia, agobiado de limitación y de rencor, mientras mis lágrimas me tocan suavemente los hombros, ensayando llamadas eficaces a golpes breves y nerviosos, como un nuevo alfabeto morse.

Entre tanto, mi esperanza se fatiga, pletórica de paciencia, grávida de amor...

RAZÓN

La razón viene a explicar el sentido de nuestro amor. Amamos porque sí, pero vivimos por nuestros pensamientos. Y la vida es esencialmente amor, amor explicado. De nuevo el viejo símil: la cometa vuela a condición del hilo que la limita. Frágil cometa, caja de infinito, nuestro corazón necesita explicarse, limitando su amor.

La vida no solo es impulsión, no solo es latencia de oscuras fuerzas esenciales, sino también creación de razones. Nuestro amor, nuestro instinto, nuestro corazón ambulante y caprichoso no puede eludir el conocimiento porque él solo es capaz de expresarlo y, por ende, de relacionarlo con el mundo.

Las razones nuevas nos dan y señalan al hombre nuevo, porque nos dan, también, los sentidos nuevos de la vida.

La historia del mundo es la historia de sus especulaciones, la constatación especulativa de la progenie humana desde que nació. El hombre tiende inevitablemente a definirse, y el cumplimiento de esta función engendra su tragedia interior de cada día. Si queremos revalidar los títulos de cada civilización para la eternidad y definir su prestancia creadora, examinemos las razones que ha hecho valer, los pensamientos que ha puesto en circulación. Ellos nos dan la clave de su potencia vital.

El hombre vive explicándose, es decir, creando razones nuevas.

IRREVERENCIA

Jovencito que empiezas a vivir, tu gallarda irreverencia no me hiere, ni me humilla. Estás en el umbral de todas tus posibilidades y, dentro de ellas, debe estar la posibilidad de superarme. El hecho solo de que emparejes tu posibilidad a mi realidad es una evidencia de que yo te marco el punto más avanzado, más allá del cual debes dilatar tus anhelos, si quieres ganar mi estimación, obtener mi respeto y justificar tu orgullo.

Hermano mío, bien haces en tragarte el Universo, en estar dispuesto a la máxima grandeza. Aunque tú lo creas, tú no vienes a derogarme. Una vida no puede derogar a otra vida. Solamente la moda, la convención y el prejuicio son derogables. Tú vienes a comprenderme, es decir, a recibir mi herencia espiritual, mi riqueza interior, el conocimiento que colonizó mi conciencia; y si tus esfuerzos te bastan, vienes a superarme, a continuarme, a ser un instrumento de la ascensión dinámica de la vida.

Tú no me impugnarás, porque tú no eres una negación. Tú representas una afirmación porque eres una continuidad. Vienes a construir sobre mi realidad. ¿Cómo vas a impugnar la base de tu edificio?

Allí está mi grandeza y la grandeza de cada uno de los hombres. Solo se puede llegar a ser una cúspide cuando se está dispuesto a ser, inmediatamente después, un pedestal. La vida solo se expresa, se define y se intensifica por escalas. El que nace irremediablemente viene a cumplir una jornada. El que no la cumple es un miserable; traiciona las expectativas de su destino, es un defraudador de la Eternidad.

Tu irreverencia es una comprobación de que no puedes eludirme, de que tu vida no puede evitar la mía, de que mi ser es una expresión superada de la vida humana. Así como yo soy para ti un punto de partida; tú eres para mí la constatación de mi llegada; la certidumbre de que mi individualidad se ha expresado y se ha definido en una meta.

Cuando hayas empezado a realizarte, cuando hayas incorporado mi alma a tu alma, cuando hayas vivido mi dolor y mi belleza, para crear tu dolor y tu belleza, cuando hayas ascendido mi calvario y, luego, empieces a ascender el tuyo, entonces, amigo mío, tu irreverencia se trocará en amor y sabrás cuánto pesan mis lágrimas y mis pensamientos sobre tu vida.

¡Solo entonces sentirás cuán ineludible y cuán inevitable he sido para ti!...

CULTURA

Cuando miro, en el seno de la noche nutrida y vasta, el sonámbulo parpadeo de una estrella que está invitando a mi corazón a una nueva concordancia esencial y que abre su broche de infinito para darme un pedazo inédito de Dios, veinte siglos de espíritu, cuarenta generaciones de peregrinos se asoman a mis pupilas, se aposentan en mis nervios, llaman a mi cerebro, y levantan los brazos clamorosos para acoger al porvenir que rasga el velo súbitamente y a la creación nueva que rinde su primer latido.

Amigo mío, cuando te estrecho contra mi corazón y te comprendo, la cavernaria bestezuela humana se redime en mi amor y en el tuyo. El pasado atisba las posibilidades que pudo alcanzar, y cómo sus broncos instintos de destrucción y de presa se han tornado en enérgicos y armoniosos poderes de la vida.

Mujer, cuando aceptas mi integración, cuando tu ser se abre para acoger el mío, cuando tu espléndida morada se franquea a mis pasos resueltos y a mis varoniles ansias de perdurar, las edades empozan toda su miel de siglos, y es posible ese candor celeste y esa ternura divina con que nuestras entrañas se precipitan a fundirse para continuar nuestro sentido de perduración, y proyectar nuestra esperanza hacia Dios.

Cuando trato de explicarme ese perpetuo milagro que se planta ante mis ojos y este cotidiano asombro de nacer y morir, no es ya que me sirvo de aquel primitivo y basto instrumento con que mi hermano troglodita fabricaba un fetiche para adorarle; es este un fino y sutil registrador que ha perfeccionado la humanidad en su pensar de veinte siglos; complejo, elástico y vital que busca en la verdad sus sentidos más profundos, maravilla de Dios, remate del ser en sí mismo, radiante y gloriosa coronación de la vida.

Nada de lo que puedo representa una desnuda y escueta potencia individual, hablan y obran en mí las generaciones humanas que vivieron y se precipitaron hacia la muerte. Mi destino es solidario de todos los destinos.

La herencia que traigo tiene una perentoria correlación de continuidad. Esta correlación asume toda la tremenda responsabilidad del ser. ¡Ay del que intenta estafar al pasado a costa del futuro y de la vida!...

La cultura es un bien hereditario que trae una relación de continuidad vital, una correlación de responsabilidades eternas. El hombre en sí mismo es una responsabilidad ante el Universo.

RENOVACIÓN

Para el niño el mundo es siempre una sorpresa. Sus ojos, joyel de todas las virginidades, renuevan el espectáculo cotidiano y le hacen, perpetuamente, amable. Todas las cosas tienen candor y son inmaculadas mientras nos acercamos a ellas con un corazón sencillo. El vientre de la Naturaleza se conserva siempre puro cuando en vez de nuestra coima es nuestra esposa. La posesión no hace la impureza, lo que hace la impureza es la malicia. Solo el vicio es viejo; solo él está agobiado por todos los cansancios y por todos los hastíos.

Para el frecuentador de burdeles, la alborada es una negra sima de desengaños; para el niño es un trino. Si nuestro espíritu es juvenil, la vida nos incitará a vivirla con plenitud armoniosa, nos invitará a la diaria superación, y cada esfuerzo será paladeado con trémulo deleite. El camino será melodioso, las tristezas trocáranse en canciones y los obstáculos serán los trampolines de nuestro coraje. Rimaremos nuestro dolor, y allí donde debieron nacer abrojos medrarán los rosales. Nuestra cosecha de optimismos depende de nuestra siembra de candores y nuestras posibilidades de dicha pueden medirse por el acervo de nuestras purezas. Cuando seamos capaces de beber el agua cristalina en el cuenco de nuestras manos que no hayan sido manchadas por una mala acción, seremos dueños del mundo y de los hombres, y habremos encontrado la fuente original de la vida.

"Todo es nuevo bajo el Sol", para aquellos que tienen límpida el alma. Cada vida es una experiencia hacia una posibilidad más perfecta. He aquí el éxtasis perpetuo de nuestra existencia. Cuando nuestras pupilas son puras, somos creadores a cada instante, nada se repite, la realidad visible e invisible del mundo nunca es redundancia, nuestro corazón jamás se fatiga, las cosas son como si acabaran de desprenderse de las manos de Dios. Estaremos entonces en aptitud de admirar la gracia de la ola que se deshace abismándose en la playa; la curva leve y melodiosa de un ala que hiende el espacio; los desfallecidos adioses de la tarde temblorosa; el desgaire cadencioso de una flor que ha apresado en su corola los matices del iris...

Jamás se extinguirán nuestros deseos y nuestra vida será una perenne novedad. Beberemos siempre con sed de nuestro vaso. La vida será nuestra novia y en la intacta castidad de su amor nos dará sus labios eternamente nuevos. Nuestro tálamo,

será el tálamo de la ilusión y de la esperanza. Nos acostaremos con la *paz* de Dios y la paz de Dios será en nosotros. Como la lluvia cae a la tierra sedienta, así caerán a nuestras manos los dones del Cielo.

Nuestros nervios ignorarán el hastío y, a prima luz de la mañana, vibrarán cual un arpa, como si acabaran de nacer. Se aposentará en ellos el ritmo del Universo. El mundo caerá rendido a nuestras plantas porque le habremos sorprendido en toda su prístina desnudez. Nuestras pupilas habrán penetrado en su secreto y nuestra pureza habrá abierto la puerta sellada de sus entrañas.

Rehagamos nuestra vida diariamente y la luz del Sol que se rehaga también en nosotros. Cuando nos sintamos como el día anterior, es que habremos envejecido. Con cada vigilia es necesario que muera un hombre y que nazca otro. Tenemos que sorprender a la Naturaleza en todos sus instantes y para eso es menester nacer todos los días. Vivir vale tanto como descubrir, y el instante en que no sorprendamos una revelación, es que habrá terminado nuestra misión y se habrá cerrado la curva de nuestro destino. Seremos entre los demás hombres y entre los demás seres meros pleonasmos inútiles y enfadosas repeticiones; nos habremos convertido en ripios de la vida. El presente fecundo y el futuro radioso se habrán muerto para nosotros, y solo la memoria machacando recuerdos, injuriando la integridad y la fidelidad de nuestro pasado, proyectará una mezquina y desmedrada sombra de nuestra personalidad. Antes de resignarnos a esta desdicha que se yerga nuestro orgullo para abismamos en la muerte definitiva y armoniosa. Morir en pleno éxtasis es mejor que morir estrangulado por el hastío y por la impotencia. Nada más hermoso que deshacerse cuando todavía nuestra esperanza corre tras una nueva posibilidad y cuando nuestro corazón esta entonando una férvida canción de amor.

Solo podremos superarnos cuando volvamos la mirada hacia el origen divino de nuestro ser, hacia el primer vagido de las cosas libertándolas del grueso orín que han acumulado nuestros prejuicios, nuestras mentiras, nuestras hipocresías, nuestras insinceridades y nuestros hastíos. El pecado de Adán fue el primer bostezo ante la maravilla del Paraíso. Pecó contra la juventud eterna de la vida y se hizo viejo. El mejor símbolo del pecado original es un anciano con las pupilas fatigadas, incapaces de descubrir el candor de la Naturaleza, como si hubiera agotado ya todas sus virginidades.

Hombre quiere decir creador y no ha de despojarse, sin desmedro de su ser, de su varonil atributo de progenitor. Su corazón es el grande artífice de todas las probables perfecciones. El Universo se trasfunde en él y del áureo yunque de su espíritu sale engrandecido y renovado. ¿Quién podrá medir todas las posibles creaciones de su energía? ¿Qué mago podrá prever hacia adonde será el giro de su porvenir?

Su realidad futura es incierta como el vuelo de un ave, porque carece de modelo, porque a nadie tiene que imitar, porque su fin lo lleva en sí mismo. Modelo de modelos él ensaya y crea a cada instante un Dios y le adora en su corazón.

Y el hombre volverá a ser verdaderamente un soberano en el momento en que haya recobrado la cándida frescura de su sensibilidad, como cuando Dios lo puso en el Paraíso aquella primera mañana de la Tierra encendiendo todos sus deseos y prestando alas a todas sus ansias. Será el día de su gran apoteosis cuando arroje a fustazos airados y vengadores del sacro santuario a los siete pecados capitales.

INDIVIDUALIDAD

Los libros son nuestros servidores, no nuestros amos. Menguado espíritu es aquel que se deja esclavizar por unas líneas impresas, así estuvieran allí palpitantes las palabras de Dios. La admiración intelectual, la efusión de espíritu ante una obra de genio, debe cesar donde el fervor se torna servidumbre. Los grandes hombres son los libertadores de nuestro espíritu; trabajaron para ampliar nuestra conciencia del Universo, no para enfeudarla a un sistema o a una ideología. La Belleza y la Verdad son hembras hermosas y orgullosas que no se dan sino al fuerte varón que jamás llevó librea.

Sigamos nuestro impulso original y todo se nos dará por añadidura. La vida supera siempre a los libros. Todo lo que ellos nos puedan decir no es sino un mezquino comentario, una simple metáfora de la realidad. La fuente viva e inextinguible la llevamos en nosotros.

Somos los supremos creadores de nuestra vida, y los libros por sí solos jamás enseñaron a vivir. El espíritu humano se resiste siempre a seguir el camino trazado de antemano. Nadie nos podrá decir una palabra sobre nuestro destino y sobre

nuestra verdad. Es fuente sellada a la que no llegan sino los pasos profundos de nuestra individualidad y de nuestra intuición personal. Con frecuencia nuestra conciencia misma no registra la más tenue vibración de nuestros pasos futuros. Ellos surgen y se producen casi de improviso, y solo son presentidos vagamente en los más herméticos repliegues de nuestro corazón forjando vocación y fe que vencen los más angustiosos azares del camino.

Cada uno de nosotros es el resultado de una nueva combinación espiritual. Es imbécil querer repetir, tomando por modelo, una vida que se extinguió o que se desarrolla paralela a nosotros. Las almas no se repiten jamás; cada una es un ejemplar que trae predeterminado infinitamente el círculo de sus posibilidades. Cada nombre polariza un tal cúmulo de energías naturales unidas de manera tan inédita que sería de todo punto imposible encontrar una coincidencia perfecta desde que nació el primer hombre. Cada espíritu es una definición del Universo y un epítome de las fuerzas esenciales de la vida. Hostil a todo mecanismo sistemático, se crea y se produce a cada instante; fluye sin cesar con proteica multiplicidad atropellando soberbiamente todas las normas rutinarias y pedantescas. La expansión de su ubérrima energía hace estallar fatalmente el círculo inexorable y se desborda libremente fluyendo en el cauce que se crea él mismo, cauce hecho de voluntad, de intuición, de amor y de esperanza. Esa es su realidad, esa es su vida y su voluntad y hacia ella camina, tácitamente, expresándose tan solo cuando los acontecimientos le obligan a surgir, como aflora la roca viva en las convulsiones geológicas.

El conocimiento del Universo será siempre inagotable porque este en cada hombre se expresa. Cada criatura trae una emoción singular para el espectáculo que miran sus pupilas y que siente en su corazón. Una sensibilidad es una creación del mundo y un cerebro es un nuevo ordenamiento de valores. Nunca se repite un dolor porque nunca es igual la reacción que se produce al choque de nuestros nervios con las cosas, de nuestros deseos con nuestras limitaciones. Nunca tampoco se repite una filosofía porque nunca es semejante la colisión de nuestro cerebro con el mundo exterior, de nuestra inteligencia con nuestra experiencia.

Somos un compendio de la vida y no hay mejor manera de intensificarla y dignificarla que esforzándonos por asumir el máximum de conciencia universal.

Las más sutiles palabras de los sabios apenas nos harán entrever el tesoro que llevamos dentro y que solo nosotros podremos desarrollado y cultivarlo con plenitud. Cada uno trae consigo los elementos de su realidad que va creando y transformando todos los días, a medida que los hilillos invisibles de su ser se prenden a las entrañas de la vida universal, Desconectad cualquiera de ellos y habréis roto la armónica palingenesia de vuestra existencia, la melodiosa transformación de vuestro espíritu.

El hombre es una interpretación de lo que le rodea. Las cosas al ponerse en contacto con su sensibilidad dejan en su espíritu una huella inconfundible, ellas, a su vez, se enriquecen con una nueva traducción de su sustancia. El cuadro que tenemos en nuestra habitación vive con nuestra vida personal, y el conjunto de nuestras emociones que se producen al contemplarlo lo rodean de una vibrante y ágil aureola que es la prolongación de nuestro ser.

Nuestras pupilas son las ventanas abiertas hacia el Universo. Son los canales por donde fluye el alma de la vida exterior. Son los instrumentos de subjetivación de las cosas. Por ellos se incorpora en nosotros la Naturaleza, y el más ligero parpadeo cierra o abre un sistema de vasta y rica sabiduría.

POLÍTICA

El sentido aristotélico de la convivencia humana deriva, por fuerza, hacia la necesidad de un gobierno. No puede existir convivencia sin una autoridad, sin un conjunto o sistema de normas que la fundamenten y la organicen, esto es, sin una legislación o modalidad jurídica. El acratismo más radical no tiene, ni puede tener una significación absoluta. Es vitalmente aspiración hacia un nuevo derecho, hacia una nueva justicia, hacia una nueva forma de convivencia jurídica. No es oposición negativa; es por el contrario fuerza constructora, sentido creador.

¿De dónde emana o debe emanar la autoridad; dónde reside la soberanía que la delega? ¿Quiénes deben ser los investidos del atributo y quiénes los que deben investir? He aquí el problema político. La política es, pues, el problema del gobierno.

Históricamente, el problema hasta nuestros días se ha resuelto en dos direcciones, cronológicamente correlativas: primera, la autoridad es una investidura divina, proviene directamente de Dios: *dirección teocrática;* segunda, la autoridad proviene del pueblo que es el soberano, el sufragio delegando la función, la voluntad de la mayoría expresada: *dirección democrática.*

Dentro de estas dos direcciones centrales se han producido, como es natural, múltiples matices, tendencias o variaciones; situaciones transitivas, evolucionismo experimental, sincrenismo histórico. Desde la revelación, la conquista, la casta, la dinastía, el colegio electoral hasta el voto del individuo.

La primera dirección no puede discutirse ya dentro del plano político y racional que hemos alcanzado. La perspectiva sacerdotal o teocrática del gobierno está ya bastante lejana de nosotros.

La segunda se encuentra en pleno proceso de vitalización: inmenso panorama que se abre del presente al porvenir, pero, actualmente, ¿el sufragio expresa la voluntad de la mayoría? ¿No se trata solo de una simple convención legalizada?

Por otro lado, ¿es la voluntad de la mayoría ignorante la que debe dar origen al gobierno o, es más bien, la voluntad de una minoría selecta la que debe determinarla?

He aquí formulada una contraposición que parece irreductible entre la realidad histórica y las extremas conclusiones racionales.

Históricamente, el sufragio, en su realización global, no ha sido sino la mentira democrática. El organismo jurídico ha sido incapaz de abrazar y expresar íntegramente el principio ideal. No es realmente la mayoría la que designa al gobierno.

Racionalmente, la voluntad de la mayoría debe originar la autoridad. La voluntad de una minoría selecta nos conduciría nuevamente a la casta, a la concepción de un gobierno determinado por el privilegio, cualquiera que sea.

De nuevo, la eterna y hasta cierto punto, nada más que aparente contradicción entre la razón y la realidad, entre lo absoluto y lo relativo, entre el principio y la acción que lo limita y lo prostituye, entre el pensamiento y la vida. Hecho trágico y, por eso, profundamente vital. La historia esforzándose por acoplarse al pensamiento; la acción aspirando a la pureza de la idea; la razón conduciendo inmanentemente a la Historia. Sin ella, ¿tendría algún sentido la vida de los pueblos?

La mayoría, se ha dicho, se da el gobierno que merece, porque no puede, ni quiere otro. A ello tiene perfecto derecho, aunque sea malo.

¿Qué es pues la política? ¿Cómo debe ejercerla la minoría del pensamiento?

Pensando y haciendo pensar a la masa; defendiendo nuevos sentidos de libertad; incorporando en la sensibilidad y en el pensamiento colectivo la necesidad de nuevas superaciones. La política no es dar un gobierno perfecto idealmente; es hacer que el pueblo merezca una autoridad mejor; es procurar que la colectividad sienta la urgencia de un gobierno más perfecto.



Aforísticas[1]



[1] Nota del editor: La mayoría de estos pensamientos se reproducen en el libro *El monólogo eterno*, con algunas variaciones y diferente secuencia. Debido a ello, se ha optado por mantener la estructura de los dos libros, en la forma en que fueron publicados por el autor.

Sentido de revelación

–Artista: No pongas la naturaleza en tus ojos; pon tus ojos en la naturaleza. Esta es impasible y silenciosa, solo tú eres el verbo y la embriaguez.
–Artista: Tú eres uno de los infinitos cauces de la divinidad que revelan los infinitos "modos" de Dios. Conduces las cosas a Dios y este a las cosas.

Letra y espíritu

–Hombre: ¿No has descubierto todavía que el pensamiento es el espíritu?
–El ciego del espíritu interrogaba al ciego de nacimiento: ¿Dónde están tus ojos?

Amor y conocimiento

–Cuando preguntes algo, debes estar siempre a la altura de la respuesta.
–No pretendas conocer y amar nada si eres incapaz de asumir, en plenitud, la responsabilidad de ese conocimiento y de ese amor.
–Oye, Pedro, ¿cuántas veces todavía te negarás a asumir la responsabilidad de conocer y de amar a Cristo?

Lo primero, comprender

–La mañana, las estrellas, el rocío, la luz y el hombre mismo esperan que el hombre los comprenda.
–La vida no es un juzgamiento; la vida es una revelación.

Vejez del hombre

–El sol muere todas las tardes porque tu corazón se fatiga.

Matrimonio y amor

–La Iglesia romana ha cometido el error de tratar el amor como "un caso único", resolviéndolo en la fórmula del matrimonio, cuando el amor es "casos infinitos" que exigen cada uno su fórmula.
–Nadie puede resolver el caso de tu amor sino tú mismo.
–Hombre, has querido legislar sobre tu corazón.
–El espacio que separa un amor de otro amor es un espacio de superación y de bondad.

Perseverancia en sí mismo

–Oye, mono, ¿por qué no tienes el valor de tu ser, y siempre estás imitando las gesticulaciones de tus hermanos?
–Oye, literato, ¿por qué te empeñas en no ser como todos tus hermanos?
–¡Valor, valor, para que puedas arribar a la plenitud de tu hombría!
–Hombre, ni mono ni literato, que tu "presencia" sea como la rosa, como el agua, como la luz, y que puedas decir sencillamente, sin cobardía y sin vanagloria: "Soy".

Mujer y amor

–Hay mujeres que nos conducen a todos los amores; otras hay que nos conducen al Amor. Las primeras nos disgustan del amor, las segundas nos hacen amar el Amor.
–No hay hombre de cierta delicadeza cordial que al comienzo de una pasión no se haga la ilusión de estar ante el Amor.
–¿Será verdad que el amor, ante el refinamiento cada vez mayor de la vida, está perdiendo toda su patética, cómica y sublime dramaticidad?
–¿Son los celos los amorosos o es el amor el celoso? He aquí, una suerte de adivinanza de charada psicológica o puramente verbal. Como queráis.
–El "honor" de algunos hombres es cosa de buena presentación, de formalismo decorativo. Algo así como el "chic" o el buen tono de la moda.
–Después de veinte siglos no hemos podido todavía resolver la encrucijada de los celos. Va despacio nuestra ética.
–¿Hasta cuándo el hombre no situará su felicidad en horizontes de mayor expansión cordial?

Legalidad y moralidad

–Oye, querido, ten ejercicio de qué poderes niegas tu mano a ese hermano tuyo que acaba de cometer un robo o de consumar un asesinato? ¿Cuándo tu corazón será más dilatado que la moral, más ancho que la ley?

Fariseísmo

–Piensas que soy el más pecador de los hombres, y me abominas. Eres el fariseo que intenta tirar la primera piedra.
–¡Tiraste la piedra, fariseo!... ¿Dónde está el Cristo?

Libertad y lógica

–La mujer no es sino hasta cierto punto un "animal racional". Por eso es el más libre.
–¿Hay algo que encadene más al hombre y estreche su mente hasta la imbecilidad que la lógica?
–Sin embargo, fuerza es convenir que, algunas veces, la lógica es al hombre lo que el hilo a la cometa. Sin él no hay vuelo posible.

Vitalidad y paradoja

–Oye, estúpido, ¿dónde encuentras la paradoja?
–Ningún signo evidencia mejor tu vitalidad que el necio te encuentre contradictorio.
–Hace falta revelar al hombre antes que juzgarle.

Autoridad, moralidad y justicia

–A menudo en la historia se ha condenado al orden nuevo en nombre del desorden antiguo que ha usurpado su nombre.

–El hambre y la necesidad de justicia no entienden el llamado "principio de autoridad".
–Querido gobernante, ¿no ves que hierven las entrañas del pueblo?
–Con frecuencia la moral condena a la Moral.
–¿Será posible que avance tanto la ley que llegue a confundirse en su vibrátil elasticidad con la Ética? He aquí la esperanza de los oprimidos y de los mejores.
–Reprime, gobernante, reprime la justicia. Así encorajinas a tu pueblo contra ti y le redimes.
–Nada asume mayor grandeza moral que la venganza colectiva contra la injusticia organizada por la rutina del tiempo.
–La Autoridad, la Ley y la Moral alcahuetean muy a menudo a la Arbitrariedad.
–¿Cuándo los gobernantes se estimarán tanto a sí mismos como hombres para no ejercer este celestinaje?

Sentido del límite

Ama tu propio límite, porque sino tu límite te devora. Sé tan humilde hasta estar orgulloso de tu pequeñez. No hay sino una manera de vivir y de expresar las cosas: amar tu limitación. No hay sino una manera de no Vivir y de no llegar nunca a la expresión: *eludir tu limitación.*
–El infinito solo es en nosotros como parcela. Que tu corazón esté siempre dispuesto a recibir su parcela cuotidiana.
–Dios es en cada hombre un estilo. Ama tu estilo.
Sin embargo, escucha: no vayas a amar tanto tu límite que tus ojos queden ciegos para siempre.
–Quien ve demasiado no mira nada. La clarividencia no es sino la insistencia, la perseverancia de la mirada en una perspectiva. En el orden puramente dialéctico los escolásticos ya lo dijeron: *quien prueba demasiado nada prueba.*
–Solo hay una clase de individuos que ven demasiado y que no miran nada; que jamás pueden amar su propio límite: los idiotas. Carecen de humildad y están incapacitados para el orgullo.
–Amar el infinito, querer beberlo en un solo sorbo y no poder darse este a nosotros sino gota a gota, limitándose cada día, prostituyéndose en una técnica: ¡he aquí la opresora tragedia de la vida!

Debilidad y fortaleza

–Por lo general, lo que literalmente dice la obra del hombre como afirmación es aquello que aspira a ser. Lo que es realmente está más en lo que combate y abomina, Nietzsche, profundamente cristiano, escribe el *Anticristo*, precisamente por su impotencia para asumir la verdad y la belleza del paganismo.
–Con mucha frecuencia es el débil el que hace el elogio de la fuerza. En el orden de la conciencia el cardiaco es el que se da cuenta de que tiene corazón.

Escribir con sangre

El hombre suele nacer mintiendo, pero es menester que muera solo después de haber dicho la verdad.
–La verdad existe para la conciencia humana únicamente porque hay hombres capaces de gritarla a las cuatro aristas del Universo.
–No hay más cobardía que no hacer tu acción o no decir tu palabra. Que esta sea tu Moral.
–"Escribe con tu sangre", dice Nietzsche, y la sangre es acción.
–Amor es decir y hacer verdad. Es más leal quien es más veraz.
–Amor no quita conocimiento: añade conocimiento.
–Solo porque amas el mundo es más nuevo y más verdadero.
–"Nada hay nuevo bajo el Sol" –gritó de cansancio, de mentira y de desamor.
–Salomón, te llaman sabio y no tienes ya corazón para renovar la verdad.

Querer amar

–Dios dice a la Creación: Conóceme y llégate a mí, para que *yo*, a mi vez, te reconozca y llegue a tu corazón.

El hombre, vehículo de pensamiento

–Mío es mi pensamiento, dices presuntuosamente, y nada es tuyo. Todo viene de los demás y todo va a los otros. Que vehículo y nada más que vehículo eres. Motivo de

creación y no causa de creación. Te escogieron, tú no escogiste. Cuando descubras esto ya no te sentirás grande sino a condición de hacer solidaria tu grandeza.

El "es" y el "debe ser"

–En la formación y desarrollo de las sociedades hay un "es" y un "debe ser". El "es" está constituido por el fondo estructural inmutable y eterno del hombre; y el "debe ser" por las posibilidades de superación. Quien se sale del "es" navega en el mar de la irrealidad y de la utopía. Quien no llega al "debe ser" se petrifica en el ayer. Ninguno de los dos alcanza la superación.
–El "debe ser" cuando se hace "es", se hace eterno e inmutable.
–El problema capital para el que *conoce* la vida está constituido por ¿qué cosa es "es"? y por ¿qué cosa es "debe ser"?

Estilo y conocimiento

–Más propio que decir que la vida tiene *formas,* sería decir que tiene solamente *estilos.*
–El hombre está incapacitado para conocer sin *estilo.*
–El hombre es una estilización de la Naturaleza, y esta, a su vez, puede ser una estilización de Dios. Los indios decían que la Naturaleza era Dios, sí pero un Dios estilizado.
–Lo que va del lenguaje al estilo, va del estilo a la vida.
–El estilo forja su forma, pero la forma no forja su estilo.

Religión, error y mentira

–Las religiones no son verdaderas, son más o menos veraces, en el sentido de que dan al hombre una mayor o menor elevación metafísica o ética.
–La religión no tiene nada que ver con la mentira; con quien tiene que ver, y muy de cerca, es con el error.

–El error puede ser religioso; la mentira nunca lo es.
–El error no ha prostituido a Dios; quien lo ha prostituido siempre es la mentira.
–El sacerdocio organizado ha sido la mentira en todos los tiempos y en todos los pueblos.
–La esencia de toda religión es un estilo expresado de Dios, es decir, una mayor o menor fidelidad en la versión, un mayor o menor plano de perspectiva desde el cual se sitúa la visión.
–Dios en el hombre es limitado; la ilimitación de Dios está fuera del hombre.
–El esfuerzo de una nueva religión se dirige siempre a colonizar para el hombre la ilimitación de Dios.
–Aunque históricamente parezca paradójico, los nuevos conceptos de libertad y de justicia se desprenden de los nuevos sentimientos religiosos. Ética y justicia no pueden caminar sino agarradas de la religión.
–En las entrañas de las más grandes revoluciones humanas ha habido siempre un ardiente sentido religioso.
–El hombre vive o, lo que es lo mismo, sueña, gracias a la limitación y a la ilimitación de Dios.
–¡Oh, Dios, si te limitas absolutamente, suicidas al hombre; y si en absoluto te limitas, ¡te suicidas!

Dios, conocimiento y círculo

–Más allá de la materia el espíritu; más allá del espíritu la materia. ¿Dónde está el cíclope capaz de romper el círculo, marcar el diámetro y ganar la tangente?
–¿Dónde estará Dios, dentro de la rueda o fuera de la rueda?
–Al borde de la rueda cesa el conocimiento.
–El pesimismo intelectivo se ha generado siempre que el caso de intelección se ha situado fuera de la rueda.
–Dentro de la rueda ¡qué variedad y qué voluptuosidad para la intelección!...
–El que no ama su límite se pone en trance de dispararse y de hacerse trizas fuera de la rueda eterna.
–Sin embargo, soñemos siempre en salir fuera de la rueda.



El monólogo eterno

(Aforística)



A manera de presentación

A solicitud del Instituto de Altos Estudios Antenor Orrego, de nuestra universidad local, presento la tercera edición del pequeño gran libro del maestro inolvidable que hasta ahora no ha sido debidamente valorado en todo cuanto significa como alerta, como rebeldía, como revelación y como anuncio.

Se trata de *El monólogo eterno*, dictado fulgurante de una juventud excepcional, quizá el breviario del nuevo sentimiento americano y el esquema del pensamiento singular en la apertura hacia un nuevo destino de nuestro continente y de nuestra vida.

es el mensaje, es la voz del hombre nuevo, hijo y maestro de sí mismo, y guía de su pueblo que nos dona un semillar de ideas que irán germinando, desarrollándose, floreciendo y cumpliéndose al paso constante de las generaciones.

Es la palabra del hombre que de tanto buscarse se encuentra en la meditación y en todo cuanto la realidad y la vida figuran y transfiguran, como obligándonos a definir el modo y manera de no llegar, al último día, sin dejar un hito, una huella, un rastro, una luz que animen los pasos desgarrados o melodiosos del porvenir...

El monólogo eterno, aparte de todo cuanto significa como fruto de inteligencia y de serenidad, como floración adivina e intuidora, como aliento precursor, como signo de redención, es una sinfonía de profundidades humanas, tan profundas y transparentes que por eso mismo llegan a ser casi divinas. Es la armonía que se desenvuelve como el vuelo de cósmico sonido rondándonos el corazón y el alma, salpicándonos de estrellas y sembrándonos de luceros que de tanto dolernos terminarán siendo flores de milagro y de futuras alboradas...

Que esta edición devota la reciban el amor y el recogimiento por lo tanto que el gran maestro dijo para nosotros que andamos en pos del camino que nos conduzca al nuevo día de la paz, del amor y la justicia, de la verdad.

Y que *El monólogo eterno* se reedite en el diálogo entre nuestro corazón y nuestro pensamiento; tal podría ser más alto y bello destino de este hermoso libro abierto, nuevamente, para todos...

Trujillo, 19 de mayo de 1977.
Julio Garrido Malaver

FRASES LIMINARES

Van estas frases liminares al frente de un libro que ha ido articulándose sin premeditación ni plan alguno. Su armonía es interna y, sin duda alguna, es una armonía en el sentido de que nos habla Van Uexküll.

Sentencias sueltas y deflagrantes, cortadas a pico, como agujas solitarias, en la llanura de la conciencia. Ensayos de articulación unitaria en medio de la heterogeneidad caótica de nuestro contorno americano que está clamando por organizarse y *expresarse en cada vida individual.*

El éxito de esta articulación depende de la potencia intuitiva del escritor. Vivimos dentro de una nebulosa en la cual no hay traza ni sendero para el caminante. Las viejas experiencias periclitadas no nos sirven sino como asidero para no despeñarnos en el abismo. El escritor americano de hoy, cualquiera que sea su categoría mental, no tiene sino una palabra de orden: crear. Imperativo tiránico que, las más de las veces, supera nuestras humildes capacidades.

Tengo la remota esperanza de que en el curso de estas páginas alguna frase estremecida, algún pensamiento encendido, alumbre algún sector de nuestra vida informe y lo ayude a articularse en alguna conciencia de América.

Solo con ello este librito habría cumplido su misión.

A. O.
Trujillo, diciembre de 1929

AMOR Y CONCUPISCENCIA

–Cuida de que tu amor no se trueque en concupiscencia. El amor es fuerte, clarividente y libre. Aclara y revela la bondad de las horas y los días; diafaniza la entraña oscura de los dioses. La concupiscencia es el yugo, la debilidad y las tinieblas del conocimiento.

–El justo reconoce el delito y la imperfección aún en el ser de todas sus complacencias. Conociendo perdona y perdonando eleva, depura y engrandece.

–La concupiscencia, como, un perrillo babeante, se tiende a los pies de su pasión. Aunque viera el torvo y sesgado rictus de Satanás, daría manotadas contra su justicia y, engañándose a sí mismo, vería el rostro de un ángel. No perdona el delito porque perdonar es conocer y ella es incapaz de conocerlo. Su deleite es la celestina de la mentira y de la injusticia.

–El amor es bondad en acción y nada ostenta porque todo lo tiene en sí mismo. Bondad erguida, indeclinable y sacerdotal.

–La concupiscencia es un capricho, un goce epidérmico que se eclipsa cuando acaba el deleite. Es torpe, ciega, turiferaria y embustera.

–Acércate a las cosas y a las almas con amor. Así descubrirás el espíritu eterno que mora en ellas; así te las apropiarás y expresarás su alta, su inédita categoría armoniosa.

–Es mentira que haya una fría objetividad personal más allá de ti mismo y proyectándose en la esencia diversa del mundo.

La única salida posible es la salida del amor porque es rendimiento, don y enajenación de si propio. Solo amando te proyectarás a otro ser, y proyectándote le conocerás. Esta es la sola objetividad: flama, ardimiento y lumbre.

Todo lo demás es concupiscencia, mentira del deleite y egoísmo vegetativo, incapaz de franquearse a las clamorosas persecuciones del Cielo y de los hombres.

–¡Cómo vas a vivir, alma mía, en medio de este sediento fragor de afecciones sino te contagias de esa embriaguez total, de esa simpatía cósmica, de esa atracción universal de las sustancias que se revela desde los matraces de la química y que se eleva hasta los planos celestes de la desencarnación y de las presencias sin formas!

VACIEDAD DEL MUNDO

–Para quien no tiene sensibilidad el mundo está vacío. La naturaleza es muda a las interrogaciones del que no tiene orejas.

–La profundidad de un pensamiento solo puede ser percibida por un alma profunda. El tonto solo descubre y admira las realidades de Perogrullo.

–¿Cómo queréis que Gedeón encuentre significado a las fórmulas matemáticas de Einstein?

–El hombre es una caja de vibraciones altas y bajas, una escala serial de mayor a menor y solo percibe el diapasón de su onda vibratoria.

–No hay un mundo; hay muchos estilos o versiones del mundo.

Hay innumerables mundos.

AUTORIDAD, MORALIDAD Y JUSTICIA

–A menudo en la historia se ha condenado al orden nuevo en nombre del desorden antiguo que ha usurpado su nombre.

–El hambre y la necesidad de justicia no entienden el llamado "principio de autoridad".

–Querido gobernante, ¿no ves que hierven las entrañas del pueblo?

–Con frecuencia la moral condena a la Moral.

– ¿Será posible que avance tanto la ley que llegue a confundirse en su vibrátil elasticidad con la Ética? He aquí la esperanza de los oprimidos y de los mejores.

–Reprime, gobernante, reprime la justicia. Así encorajinas a tu pueblo contra ti y le redimes.

–Nada asume mayor grandeza moral que la venganza colectiva contra la injusticia organizada por la rutina del tiempo.

–La Autoridad, la Ley y la Moral alcahuetean muy a menudo a la Arbitrariedad.

–¿Cuándo los gobernantes se estimarán tanto a sí mismos como hombres para no ejercer este celestinaje?

SENTIDO DEL LÍMITE

Ama tu propio límite, porque sino tu límite te devora. Sé tan humilde hasta estar orgulloso de tu pequeñez. No hay sino una manera de vivir y de expresar las cosas: amar tu limitación. No hay sino una manera de no vivir y de no llegar nunca a la expresión: eludir tu limitación.

–El infinito solo es en nosotros como parcela. Que tu corazón esté siempre dispuesto a recibir su parcela cotidiana.

–El espíritu es en cada hombre un estilo. Ama tu estilo.

–Sin embargo, escucha: No vayas a amar tanto tu límite que tus ojos queden ciegos para siempre.

–Quien ve demasiado, no mira nada. La clarividencia no es sino la insistencia, la perseverancia de la mirada en una perspectiva. En el orden puramente dialéctico los escolásticos ya lo dijeron: Quien prueba demasiado nada prueba.

–Solo hay una clase de individuos que ven demasiado y que no miran nada; que jamás pueden amar su propio límite: los idiotas. Carecen de humildad y están incapacitados para el orgullo.

–Amar el infinito, querer beberlo en un solo sorbo y no poder darse este a nosotros sino gota a gota, limitándose cada día, prostituyéndose en una técnica: ¡he aquí la opresora tragedia de la vida!

Pasiones y educación

–Para matar la ambición inferior, la pequeña ambición, no hay sino un camino: superar la ambición hasta hacerla positiva y creadora. Solo así la apetencia hedonística se hace heroicidad virtual. En la médula de las más grandes santidades hay una pasión o varias pasiones desordenadas que al superarse y vencerse se hacen humildad virtuosa por amplificación y anchura de panorama.

–El problema de la educación no es suprimir las pasiones que son el impulso creador del hombre. El problema consiste en enseñar la superación de las pasiones hasta la máxima nobleza y en servirse de ellas como instrumentos del espíritu. El concepto común sobre el aplastamiento o extirpación de las pasiones es un sentimiento suicida que tiende a convertirnos en eunucos morales. El hombre vale por sus más fuertes impulsos, es decir, por sus más fuertes pasiones. Las más de las veces estas se tornan negativas porque no se ennoblecen. He aquí el pecado.

–Hombre sin pasiones es un ex hombre, un ex ser. La educación no es inculcar y modelar; la educación es revelar, conducir y ennoblecer. El alma humana es demasiado sagrada para que nadie tenga la pretensión de modelarla a su capricho. Un poco más de reverencia ante ella hace falta. El alma de cada niño tiene demasiado porvenir para que el pasado pretenda formarla.

–El único pecado de la vida es la infidelidad de cada cosa o de cada ser a sus fines. Las pasiones se hacen pecados cuando traicionan a su destino. Se truecan, entonces, en apetito, es decir, en negación vital. La negación en medio del espectáculo del Cosmos en que todo se afirma por la propia gravitación del destino es lo monstruoso.

–Si el hombre supiera que el destino es libertad, estaría salvado para siempre.

SENTIDO DE REVELACIÓN

–Artista: No pongas la naturaleza en tus ojos; pon tus ojos en la naturaleza. Esta es impasible y silenciosa, solo tú eres el verbo y la embriaguez.

–Artista: Tú eres uno de los infinitos cauces de la divinidad que revelan los infinitos "modos" de Dios. Conduces las cosas a Dios y este a las cosas.

LETRA Y ESPÍRITU

–Hombre: ¿No has descubierto todavía que el pensamiento es el Espíritu?

–El ciego del Espíritu interrogaba al ciego de nacimiento: ¿Dónde están tus ojos?

Amor y conocimiento

–Cuando preguntas algo, debes estar siempre a la altura de la respuesta.

–No pretendas conocer y amar nada si eres incapaz de asumir, en plenitud, la responsabilidad de ese conocimiento y de ese amor.

–Oye, Pedro, ¿cuántas veces todavía te negarás a asumir la responsabilidad de conocer y de amar a Cristo?

Lo primero, comprender

–La mañana, las estrellas, el rocío, la luz y el hombre mismo esperan que el hombre los comprenda.

–La vida no es un juzgamiento; la vida es una revelación.

Vejez del hombre

–El Sol muere todas las tardes porque tu corazón se fatiga.

Perseverancia en sí mismo

–Oye, mono, ¿por qué no tienes el valor de tu ser, y siempre estás imitando las gesticulaciones de tus hermanos?

–Oye, literato, ¿por qué te empeñas en no ser como todos tus hermanos?

–¡Valor, valor, para que puedas arribar a la plenitud de tu hombría!

–Hombre, ni mono ni literato, que tu "presencia" sea como la rosa, como el agua, como la luz, y que puedas decir sencillamente, sin cobardía y sin vanagloria: "Soy".

LEGALIDAD Y MORALIDAD

–Oye, querido, ¿en ejercicio de qué poderes niegas tu mano a ese hermano tuyo que acaba de cometer un robo o de consumar un asesinato? ¿Cuándo tu corazón será más dilatado que la moral, más ancho que la ley?

MODESTIA Y CONOCIMIENTO

–Si el hombre supiera hasta donde es sagrado sería más puro.

–La modestia auténtica es amplificación del panorama vital. El hombre modesto no es que ignora sus méritos –¡cómo podría ignorarse la propia luz!–; es que lo que los demás llaman méritos los ubica dentro de una vasta armonía cósmica en que el hombre es solo el instrumento.

–Si el arado fuera consciente, no estaría orgulloso de roturar la tierra porque esa es su ley. El hombre, de la misma suerte, para extirpar su necia vanidad debe hacerse consciente de su ley. En esto el animal es superior al hombre porque pasa por la vida con eterna fidelidad a su destino, sin envanecerse por ello.

–La inteligencia y el pensamiento humanos no tienen más función que el hombre descubra y reconozca su divinidad. Esta es su diferencia capital con el animal. Ambos están hechos para cumplir con su destino, pero el uno lo cumple sin saberlo; el otro debe cumplido sabiéndolo. Para saberlo es que el nombre es libre, porque el conocimiento es esencialmente libertad. Por eso el animal que no es libre carece de inteligencia superior, a pesar de tener un destino. Este es el grande sentido de la vida humana. Es su clave.

ESCRIBIR CON SANGRE

–El hombre suele nacer mintiendo, pero es menester que muera solo después de haber dicho la verdad.

–La verdad existe para la conciencia humana únicamente porque hay hombres capaces de gritarla a las cuatro aristas del Universo.

–No hay más cobardía que no hacer tu acción o no decir tu palabra. Que esta sea tu Moral.

–"Escribe con tu sangre", dice Nietzsche, y la sangre es acción.

–Amor, es decir y hacer verdad. Es más leal quien es más veraz.

–Amor no quita conocimiento: añade conocimiento.

–Solo porque amas el mundo es más nuevo y más verdadero.

–"Nada hay nuevo bajo el Sol", grito de cansancio, de mentira y de desamor.

–Salomón, te llaman sabio y no tienes ya corazón para renovar la verdad.

Querer amar

–El Espíritu dice a la Creación: Conóceme y llégate a mí, para que yo, a mi vez, te reconozca y llegue a tu corazón.

El hombre, vehículo de pensamiento

–Mío es mi pensamiento –dices presuntuosamente, y nada es tuyo. Todo viene de los demás y todo va a los otros. Que vehículo y nada más que vehículo eres. Motivo de creación y no causa de creación. Te escogieron, tú no escogiste. Cuando descubras esto ya no te sentirás grande sino a condición de hacer solidaria tu grandeza.

El "es" y el "debe ser"

–En la formación y desarrollo de las sociedades hay un "es" y un "debe ser". El "es" está constituido por el fondo estructural, inmutable y eterno del hombre; y el "debe

ser" por las posibilidades de superación. Quien se sale del "es" navega en el mar de la irrealidad y de la utopía. Quién no llega al "debe ser" se petrifica en el ayer. Ninguno de los dos alcanza la superación.

–El "debe ser" cuando se hace "es", se hace eterno e inmutable.

–El problema capital para el que conoce la vida está constituido por ¿qué cosa es "es"? y por ¿qué cosa es "debe ser"?

ESTILO Y CONOCIMIENTO

–Más propio que decir que la vida tiene formas, sería decir que tiene solamente estilos.

–El hombre está incapacitado para conocer sin estilo.

–El hombre es una estilización de la Naturaleza, y esta, a su vez, puede ser una estilización de Dios. Los indios decían que la Naturaleza era Dios, sí, pero un Dios estilizado.

–Lo que va del lenguaje al estilo, va del estilo a la vida.

–El estilo forja su forma, pero la forma no forja su estilo.

RELIGIÓN, ERROR Y MENTIRA

–Las religiones no son verdaderas; son más o menos veraces, en el sentido de que dan al hombre una mayor o menor elevación metafísica o ética.

–La religión no tiene nada que ver con la mentira; con quien tiene que ver, y muy de cerca, es con el error.

El error puede ser religioso; la mentira nunca lo es.

–El error no ha prostituido a Dios; quien lo ha prostituido siempre es la mentira.

–El sacerdocio organizado ha sido la mentira en todos los tiempos y en todos los pueblos.

–La esencia de toda religión es un estilo expresado de Dios, es decir, una mayor o menor fidelidad en la versión, un mayor o menor plano de perspectiva desde el cual se sitúa la visión.

–Dios en el hombre es limitado; la ilimitación de Dios está fuera del hombre.

–El esfuerzo de una nueva religión se dirige siempre a colonizar para el hombre la ilimitación de Dios.

–Aunque históricamente parezca paradójico, los nuevos conceptos de libertad y de justicia se desprenden de los nuevos sentimientos religiosos. Ética y justicia no pueden caminar sino agarradas de la religión.

–En las entrañas de las más grandes revoluciones humanas ha habido siempre un ardiente sentido religioso.

–El hombre vive o, lo que es lo mismo, sueña, gracias a la limitación y a la ilimitación de Dios.

–¡Oh, Dios, si te limitas absolutamente, suicidas al hombre; y si en absoluto te ilimitas, ¡te suicidas!

Dios, conocimiento y círculo

–Más allá de la materia el espíritu; más allá del espíritu la materia, ¿dónde está el cíclope capaz de romper el círculo, marcar el diámetro y ganar la tangente?

–¿Dónde estará Dios, dentro de la rueda o fuera de la rueda?

–Al borde de la rueda cesa el conocimiento.

–El pesimismo intelectivo se ha generado siempre que el caso de intelección se ha situado fuera de la rueda.

–Dentro de la rueda ¡qué variedad y qué voluptuosidad para la intelección!...

–El que no ama su límite se pone en trance de dispararse y de hacerse trizas fuera de la rueda eterna.

–Sin embargo, soñemos siempre en salir fuera de la rueda.

PECADO Y SANTIDAD

–Hermano mío, no te diré que aprendas de mis flaquezas: son ellas tan vergonzosas y mezquinas. Aprende de mis virtudes y de mis heroicidades. Solo ellas pueden enseñarte algo de la bondad eterna de todas las horas de Dios.

–Nada hay más cobarde que premunirse de los vicios de otro o de las flaquezas y deslices de un santo y de un hombre superior para justificar los propios extravíos. Si precisamente ellos cayeron para que nosotros nos sirvamos de su experiencia y no tropecemos.

–Si no hubiera un aleccionamiento ético hacia la perfección, ¿para qué entonces la vana experiencia moral de cada vida? ¿Para qué si no vamos a esforzamos en no repetir la misma cadena del pecado?

–No te diré que no peques porque jamás conocerás el dolor –sabio, fuerte y lúcido maestro–, y porque con el pecado se sube a la virtud iluminada; pero sí te digo que jamás trates de rebajar las vidas generosas por sus flaquezas y, menos aún, que te sirvas de ellas para justificar el mal en ti mismo.

–El pecado es la escarpadura, el camino, el crisol, el calvario y la prueba.

–Si no te quemas y te sangras alguna vez, ¿cómo vas a evitar, alma mía, el fuego y la espina?

–La virtud solo vale como virtud cuando es una larga experiencia dolorosa.

–Así como el castramiento físico no produce generación alguna, el castramiento moral o espiritual no produce nunca obras eternas y buenas.

–Tu virtud, por fuerza, tiene que sufrir su pecado.

–¿Cuál es virtud y cuál es pecado? Nadie puede decírtelo, en verdad. Ríete de quien pretenda imponértelos, así sea un hombre, un libro, una sociedad o una religión dogmatizada. Solo en ti está la luz, adéntrate en tu propia intimidad, en los más oscuros senos de tu conciencia personal y de allí brotará la voz, la auténtica voz de tu eternidad.

–Y no vivas en cobardía. No es el temor sino el amor de Dios el que salva.

–El temor solo lo engendran los tiranos y los déspotas, y lo sufren solo los esclavos. Pero Dios no es un tirano, y tú, hombre, no eres un esclavo.

–La virtud temerosa es la moral de los publicanos y de los negociantes que esperan una recompensa por sus buenas obras. Tú llegas a la virtud por el camino del amor que todo lo reviste de belleza, de dulzura y gracia.

–Ámate a ti mismo, pero, ámate.

–El mal y el pecado no existen en verdad; solo existen como tránsito y como puente hacia la virtud, hacia la gracia que es el conocimiento de ti mismo.

–El hombre que no ha pasado por el pecado es el hombre neutro, jamás el virtuoso y el héroe.

–Cada vida tiene su pecado y su mal y ¡ay! del cobarde que tema las encrucijadas, los malos pasos y los abismos.

–Es preciso haber salvado abismos, encrucijadas y malos pasos para ser un hombre, es decir, criatura divinizada que sabe todos los secretos de la tierra y del cielo, precisamente porque ha pecado y ha sufrido el mal.

–Cae al abismo solo el que teme el abismo.

–Desconfiad del hombre que no ha pecado nunca, o es un hipócrita redomado o un monstruo en que la vida se ha negado a sí misma, en que la santidad se ha tomado neutra y negativa.

–¿Comprendéis el absurdo moral de una virtud sin esfuerzo, sin vencimiento y sin victoria?

–No temas el pecado, pero véncelo y aprovéchalo cuando llegue, porque si no serás la hoja seca y la veleta de todos los azares y de todos los vientos.

–Virtuoso significa: guerrero, vencedor y héroe.

–Y cuidado conque trates de justificar tu pecado con los recursos de tu razón. No solo perviertes así a otras almas sino que te tomas en la celestina de tus vicios, en la comadrona de tus errores. Perviertes además, a la inteligencia usando una de sus potencias como abogado o intermediario del mal.

–Que toda tu lealtad viril, que todo tu valor moral esté en gritar arrepentido: "¡He pecado!".

¡Cómo queda de límpida y tranquila el alma después de este grito!

–Acaso, todo el mal del mundo esté en el extraviado uso que hacemos de la razón. Si tuviéramos el valor de no engañamos y de no engañar a los demás, abusando y prostituyendo la inteligencia, no habrían ya tiranos, ni sistemas, ni injusticias.

–Una epopeya espantosa falta crear al ingenio humano, una epopeya infernal y satánica que explique la tragedia de la inteligencia humana desplazándose de sus fines divinos, de sus excelsos fines de belleza y de verdad, haciéndose el instrumento

y el vehículo pasivo de los vicios, errores, extravíos y concupiscencias del hombre. Goethe, acaso, tuvo vagamente esta intuición en el *Fausto*, pero le faltó pintar la tragedia de la inteligencia con todo su lúgubre colorido, la tragedia del hombre al deponer a los pies de Satán precisamente su más alta investidura, su oriflama o signo divino que le levanta por sobre toda la Creación.

–El hombre es un Dios caído, pero caído precisamente por tener un pensamiento puro, una razón que ha enlodado en sus más bajos instintos extraviándola de sus fines supremos.

–Si no razonáramos nuestros vicios para justificarlos, asumiendo valerosamente nuestra responsabilidad, casi los habríamos vencido, pero razonamos. Porque es mentira, en un sentido absoluto, que haya pecados y vicios irreflexivos, que haya pecados y vicios injustificados...

–No toda la vida es el ejemplo. El ejemplo es después de la caída, cuando se es el conocedor del peligro y la víctima del mal. ¡Escúchalo bien juzgador implacable de las santidades y de las predicaciones generosas!...

HISTORIA Y JUSTICIA

–Cada época tiene su justicia, porque la justicia –una de las fuerzas esenciales y supremas del Universo– solo se vierte y se expresa por estilos, por facetas, según la sensibilidad del órgano histórico que la capta.

–La justicia abstracta y pura apenas existe para el hombre, apenas es capaz de concebirla la inteligencia humana.

–La justicia se da al hombre mediatizada, traducida, solubilizada por la conciencia de una moral, atemperada y humanizada por cada época histórica llega, a veces, a diluirse tanto en las costumbres y en la razón del hombre que con frecuencia sucede que la justicia de una época, de una raza o de un pueblo, es la injusticia de otra época, de otra raza y de otro pueblo.

–Cada época, cada hombre, cada pueblo y cada raza tienen la responsabilidad de una justicia perfeccionada.

–La función de la historia se cumple definiendo nuevos y superados sentidos de justicia.

–La tragedia de la historia se origina por las resistencias que opone la justicia pasada al devenir de la justicia nueva. Por el choque de ellas estallan las grandes convulsiones sociales.

–El problema de la libertad social e individual es un problema de justicia.

–Una clase asume, espiritualmente, el papel director en la sociedad cuando se hace el órgano de la nueva justicia.

–Una justicia no es el producto de los códigos, leyes y medio social de una época; son estos productos y consagración de la nueva justicia.

–Cuando la justicia nueva se vierte en los códigos y leyes de un pueblo, tiene ya la fuerza a su servicio, la fuerza coactiva de una organización política que completa su eficacia.

–Cuando la fuerza continúa al servicio de la justicia pasada, se rompe el equilibrio social, se hace injusticia.

–Los pueblos en lugar de organizar la justicia deberían organizar la renovación de la justicia. Se acabarían entonces las sangrientas perturbaciones de la historia y la humanidad entraría en un periodo fecundo de madurez y de serenidad espiritual.

–Un sistema de gobierno perfecto es la expresión de la justicia de su época, pero ha sucedido siempre que cayendo en manos de una clase se ha anquilosado tomándose en privilegio, haciéndose facciosa por la violencia.

–Después de cada ciclo histórico sobreviene un periodo transitorio de violencia que engendra la dictadura; es el momento en que la justicia pasada ha perdido su fuerza organizadora y la justicia nueva aún no se ha organizado en un sistema político que sea eficaz como fuerza directriz.

–Las dictaduras serán siempre posibles mientras subsistan los gobiernos de clase.

–La democracia pura, ya no como abstracción racional sino como realidad histórica, es y debe ser siempre la meta. ¿Lograrán alcanzarla y organizarla las fuerzas avanzadas de este momento histórico, tan agitado, tan rico y tan vivaz?

VIDA Y PELIGRO

–Has de estar cuarenta veces al día en peligro de muerte para que tu espíritu no se ablande como la cera. Es preciso que al borde del naufragio, al borde del sumidero definitivo, te salves, también, otras cuarenta veces definitivas.

–Aquel que construye su tienda y se pone al abrigo de las inclemencias y de las traiciones de la naturaleza será el victorioso del primer peligro y el vencido de las treinta y nueve restantes. Pero eso no es vivir, sin eludir el vivir. Vivir es ser el vencedor de las cuarenta veces definitivas y, al día siguiente, comenzar de nuevo.

–El peligro es para el espíritu como el temple para el acero. Hay que sumergimos siempre en este baño que conserva nuestra juventud eterna.

–El azar es el padre del peligro y el fuerte cuenta con el azar para su victoria.

Existieron cierta vez dos hombres que habitaban la orilla derecha del río eterno de la vida. El torrente era caudaloso y había peligro en atravesar la corriente. Pero, en la orilla izquierda, manaba de la roca viva la fuente de la eterna juventud que estaba guardada en la noche por un dragón voraz, y era accesible solo en pleno día.

Los dos hombres, después de trabajosas meditaciones, obtuvieron el secreto.

Hiciéronse fuertes, vigorizaron sus músculos, aceraron su voluntad y un día estuvieron en actitud de tentar la peligrosa aventura, y así lo hicieron con éxito.

Pero uno de ellos encontró que el esfuerzo diario, además de peligroso era demasiado duro y, para ahorrarse de ambos, construyó un puente para su uso exclusivo. De esta suerte pasaba fácilmente de una orilla a otra todos los días, mientras el otro se esforzaba y desafiaba el peligro. Mas llegó un día en que las aguas de las montañas se precipitaron hasta el valle y el torrente arrebatado descuajó el puente de la comodidad y de la vida fácil.

Los dos hombres, cumpliendo su menester cotidiano, encontrábanse en la orilla izquierda. El sol se ocultaba allá tras los altos picachos fragorosos. Acercábase la hora en que el monstruo salía de su guarida.

El hombre que había vivido siempre en peligro y que conservaba sus músculos ágiles y fuertes, pudo atravesar victoriosamente la corriente.

El otro, debilitado por la comodidad de su puente, fue arrastrado y despedazado contra las rocas. Por haber eludido treinta y nueve veces definitivas el peligro, fue devorado definitivamente al encontrarse por segunda vez frente al azar.

En verdad, los hombres han perdido la memoria del paraje en que brota la fuente de la eterna juventud. Sus linfas fluyen reflejando el azul puro del cielo y están esperando que el hombre las encuentre de nuevo.

La ceguera del amor

–Los concupiscentes han inventado la ceguera del amor para consolarse confundiendo con él su apetencia mezquina. El amor es la torre de las cien mil ventanas iluminadas que alumbran todos los misterios y que revelan todas las gracias.

–¡Qué vengan a decirme que el amor es ciego para ponerles a los ojos la linterna mágica de las revelaciones!

–¡Ciego el amor, Dios mío, ciego aquel que te ha encontrado!...

–Salió Ruth una tarde con su cántaro a la fuente y aquel lazarillo ciego la condujo a las eras de Booz, donde encontró la miel de la vida, la dulzura eterna de las horas sin eclipse.

–¡Nació Jesús en Nazaret, y ese niño sin pupilas mostróle el Reino de los Cielos, por el camino del Templo y por la escarpadura del Calvario!

–¡Maravillosa ceguedad la del amor en la que se proyectan, como en un espejo divino, todas las imágenes y claridades de la tierra!

–¡Frío razonador, a fuerza de perfecta lógica desapasionada, has empañado el único reflejo de la eternidad que te salvaría!

–Las pupilas del amor son herméticas y sutiles, pero no son ciegas, miran ciertas imágenes que tus pupilas no alcanzan y por eso dices que aquellas no existen, que son vanas alucinaciones de la esperanza, pero no, yo te digo que son realidades eternas y te invito, hermano mío, a ejercitar tu mirada, a disciplinar y despertar tu bondad que está dormida.

–El amor, te advierto, tiene sus tremendas responsabilidades, cuando hayas mirado con sus ojos tienes ya que alzar con tu carga hacia tu calvario.

–Pero te advierto, también, que aunque sudes sangre y se desgaje tu carne en los guijarros, la carga no te pesará; te será ligera, como una pluma.

No se han hecho para los temerosos los ojos del amor. Hay escarpaduras, hay calvarios, hay crucifixiones, hay azotes y hay mofas.

DOLOR Y RESPONSABILIDAD

–Así como no debes eludir tu dolor, tampoco debes usurpar el ajeno. La lágrima no es nada abstracto y racional. La lágrima es el destino irrecusable, de pura esencia personal, es la responsabilidad de nuestra tragedia. Nuestro dolor hace nuestro camino; es un instrumento o vehículo de ascensión y depuración. Cada cual debe sufrir el suyo; es intransferible e insustituible. Querer sufrir el dolor ajeno es no solo una necedad generosa, sino un pecado contra el espíritu. Por desgracia pocos hombres alcanzan a sentir la majestuosa responsabilidad de su lágrima.

–Con el dolor no cabe beneficiencia, sustitución ni filantropía alguna. Hay que sufrirlo.

–Por mucho que quieras eludir tu dolor no lo alcanzarás. Es fatal como el destino, es el destino mismo.

–Mis palabras solo quieren que hagas consciente tu responsabilidad y que conserves la buena disposición de tu alma para que aproveches el don de tu lágrima.

–Nada hay más criminal que esterilizar el propio dolor. Es como si cambiáramos la ruta que lleva a la tibieza del hogar por la ruta que lleva al desierto o al páramo.

–Quien asuma la máxima conciencia de la responsabilidad de su dolor es el hombre que ha arribado a la suprema sabiduría de la vida; es aquel que marcha, derechamente, hacia la fuente de la gracia.

Voluntad y sabiduría

–No es tanto la verdad y la justicia lo que renueva y fortalece a los pueblos, sino el ansia de la verdad y de la justicia.

–La sabiduría no es tanto la posesión del conocimiento sino el esfuerzo y el camino al conocimiento.

–No hay sabiduría infusa, sino sabiduría sufrida, conquistada y vencida.

–El atributo que mejor define al hombre es su voluntad hacia la virtud y hacia la sabiduría.

–No hay esfuerzo estéril y perdido; por mezquina que sea su proyección sus resultados son siempre positivos y eficaces.

–Acaso Dios, en su más alta esencia, no es sino una inagotable voluntad de crear.

–Si nuestra voluntad no flaqueara, nunca llegaríamos a la muerte.

Contradicción y armonía

–Sé que en lo que he dicho hay o parece haber innumerables contradicciones. Si no fuera sincero, buscaría una puerta de escape para conciliarlas. Pero no. Sé con certidumbre que mi espíritu es una unidad y prefiero esperar a que él mismo, sin violencia, algún día encuentre y exprese su armonía vital dentro de sus contradicciones aparentes.

–Todos somos unidad. Nuestras contradicciones no son sino el resultado de nuestra limitación verbal o expresiva que corrompe la fuente original de la armonía.

–La unidad es multiplicidad. Cuando comprendas esto, no ya como mera experiencia sensorial o como simple acrobacia racionalista, sino como intuición iluminada de las fuerzas esenciales del mundo, habrás comprendido una parte del secreto de Dios.

EL PENSAMIENTO Y EL ANFORA

–Si no sientes aletear la palabra nueva y desnuda en tus labios es mejor que te calles y que selles tu boca con las siete clausuras del silencio.

–Cuando hayas dicho lo que tuviste que decir, rompe, alfarero, el molde en pedazos para que no circulen las ánforas falsificadas y se convierta en tráfico o vil comercio el espíritu de Dios.

–Tu pensamiento ha de ser, de tal suerte, ascua encendida que fluidice las paredes del ánfora para que sin salirse de la forma trascienda la forma.

–El día que la nébula de tu pensamiento sea vencida por el ánfora se habrá muerto para siempre tu enseñanza.

–Huye de los honores y de los aplausos por que las palabras cortesanas del agradecimiento y la complacencia de tu amor propio satisfecho embotarán la fluidez de tu espíritu.

–El artista, habitante de las Tebaidas, solo conserva la integridad de su pensamiento en las vastas soledades. Haz de tal suerte que conserves tu Tebaida dentro del barullo de la ciudad.

–¡Soledad dentro de la feria, esta es tu norma, artista, Unigénito de Dios!...

–No es la forma que capta al pensamiento, es el pensamiento que crea su forma.

–Si subviertes esta ley, verás cómo tu espíritu se avillana y se diluye en las viles elegancias y en las ociosas bizarrías de la novedad y de la moda.

–No es la palabra, es el espíritu de la palabra, lo que hace la enseñanza.

–Salí un día en busca del poder, de la riqueza y de la fama, pero me encontré con la Belleza y con el Amor y me dijeron al oído tales palabras especiosas que me hendieron las entrañas.

–Que tu pensamiento esté de tal modo desasido de la palabra que parezca siempre dolerse de su cárcel. Así estará siempre presto para encarnarse en las palpitaciones de una vida.

–Debes amar con tal reserva a la forma, aceptándola solo como una limitación inevitable.

–Cuida de espiritualizar tu vaso, más que de encamar o materializar tu pensamiento. Más peligro hay en anquilosar, congelando la palabra de Dios, que en dejar de expresarla, o expresarla a medias por falta de gravitación material.

–Porque el pensamiento está demasiado agarrado a la forma, porque está demasiado literalizado es que se han dogmatizado las religiones, se ha traficado con la belleza y se han aglutinado los hombres en partidos doctrinarios.

PALABRA Y ESPÍRITU

–Rompe la densidad de la palabra; desnaturaliza la voz que sale de tu boca para que tu pensamiento llegue siempre vivo al corazón del hombre.

–Date tal maña para que lo que dices nunca pueda literalizarse. La letra ha sido, en todo tiempo, la enemiga del espíritu porque, de ordinario, va cargada de gravitación material.

–La función del escritor es volatilizar la palabra sin que ella pierda su virtual concisión expresiva.– Cárgala de pasión y de grito, cárgala de amor y de justicia.– Hazla deflagrante y magnética para que nadie pueda prostituir el ánima encendida que lleva en su entraña.

–No hay procedimientos técnicos para renovar y vigorizar la expresión.– Tu palabra ha de salir de tu pecho, palpitante de frescura porque ha estado sumersa en la fragua y en la aurora de tu fe.– Ha de vitalizarse primero en tu corazón antes de articularse.– Desdeña esa labor de taraceo o de carpintería literaria con que suele falsificarse la originalidad de la expresión; desdeña, sobre todo, al estilista profesional que se ocupa en hacer mezquina alfarería verbal.– La palabra del estilista es saco vacío que no contiene nada.– No olvides que tu expresión es simple vehículo de tu espíritu.

–Apodérate, eso sí, del lenguaje; enseñoréate de sus recursos y de sus secretos para que hagas de él un instrumento maleable y flexible a todos los matices de tu pensamiento.– Perfecciona, enriquece, depura, agiliza y embellece tu vehículo expresivo hasta donde alcance tu genio de artista, pero nunca juegues al esteta con la palabra, miniaturizando necedades, sino, al contrario, llénala, hasta los bordes, de pensamiento y de espíritu.

–Escritor que no respeta la santidad de la palabra es un alma espúrea.– La palabra es un tabernáculo adonde deben acercarse los oficiantes perfectamente puros y ardidos de fe amorosa.

–No solo se peca contra la palabra haciéndola vehículo de la mentira o de la injusticia, sino también, haciéndola vana, superflua y vacía; extraviándola y arrancándola de sus fines vitales.

–Hay un signo que revela degeneración y decadencia de los pueblos y de las razas: la incontinencia verbal.

–La raza que ha perdido el respeto a la santidad de la palabra ha perdido también la práctica y la fe de los supremos valores vitales.– Se truecan los hombres en habladores superficiales.– Ciencia, Arte, Pensamiento, Ética, Religión e Historia se convierten en simples verbalizaciones estériles.– La palabra, entonces, es un monstruo que lo devora todo.

–Hay virtud de la palabra; pero hay también el peligro de la palabra.– Llega a la una como puedas; pero sálvate también, como puedas, del otro.

–No hay antro ni sumidero más pavoroso que aquellos a que nos conduce el mal ejercicio de la palabra.

MANERAS DE CONOCER

–Hay tres maneras de conocer:

1º– Una lejana o de perspectiva, en que relacionamos la cosa conocida con el paisaje y con las demás cosas. Conocimiento por ubicación.

2º– Otra directa o formal, en que percibimos directamente la forma de las cosas, intrínsecamente, por lo que es en sí misma. Conocimiento por contacto.

3º– Una última, profunda y esencial, donde opera el espíritu, la segunda vista del observador. Conocimiento por intuición.

HOMBRE HISTÓRICO

–La historia no es prestidigitación, no es manipuleo de intrigas palaciegas en que el hombre asume el papel de director de orquesta. La historia es inexorable, sacerdotal predestinación; y el hombre, órgano, vehículo de esta predestinación.

– Si el hombre superior crea la historia, en cierto modo, es porque antes la historia lo ha creado, se ha encarnado en él.

–El hombre histórico cumple una función que él no ha escogido, que ni siquiera ha calculado ni razonado y, con frecuencia, ignora sus proyecciones ulteriores y definitivas.

–Hacer voluntaria y consciente hasta la heroicidad su predestinación es la más alta y grande responsabilidad del hombre superior sobre la Tierra.

–La libertad política, social y religiosa es la justicia en función de la historia.

Virginidad y cristianismo

–Hay en nuestra moral cristiano-farisaica una ominosa gravitación hacia la mera fisiología del cuerpo, hacia el egoísmo grosero de la carne. Moral brutal y cavernaria, llena de violencia oscura. Los pecados contra el espíritu casi no son pecados. Apreciamos más la doncellez de la demi-virge, que la virginidad del alma cuando la carne está maculada.

¿El honor del hombre en relación con la mujer qué otra cosa es sino esta moral cristiano-farisaica de nuestra época?

Ilusión y esperanza

–Suele haber una confusión, muy frecuente por cierto, entre las palabras ilusión y esperanza.

–Si esta confusión hubiera sido puramente verbal y no hubiese trascendido a la realidad misma de la vida, no habría importado gran cosa. A lo sumo, habría importado una impropiedad gramatical o de lenguaje, o una confusión conceptual.

Pero ha sido tremendamente trágico para la historia y para la norma vital del hombre.

–De ilusión a esperanza va la misma distancia que hay del hombre ilusionado o iluso al nombre esperanzado.

El iluso se dispara fuera de la realidad, fuera de toda posibilidad humana. Aspira a imposibles, a simples espejismos.

El esperanzado espera porque sabe lo que espera. Está dentro del devenir armónico de la vida que asciende y quiere superarse.

–La ilusión siempre va al fracaso porque se desplaza fuera de toda concordancia vital.

–La esperanza siempre va, tarde o temprano, al éxito o a la victoria porque se apoya en la fe, que no es ciega, como se dice, sino despierta, avizora, aguda intuición del porvenir.

–La posición mental del iluso es racionalista. Es el vano orgullo del pensamiento puro que pretende conducir a la vida y al hombre a su albedrío, desdeñando su conformación humana.

–La posición mental del esperanzado es vitalista, hombre que marcha cauteloso descubriendo los secretos de la vida, acechando los pasos del porvenir.

–Para el iluso las realidades son amargos desengaños, negaciones constantes de su propio ideal.

–Para el esperanzado las realidades son confirmaciones de sus ideales, acicates de victoria.

–El iluso, cazador de utopías, acaba en escéptico y en reaccionario.

–El esperanzado, forjador de realidades, es siempre un creador, un espíritu militante de la belleza, de la bondad, de la perfección y de la justicia.

–La esperanza es sabiduría que cada día se acrecienta, se afina, se agudiza.

–La ilusión es la locura que se ha desglosado de la realidad, de toda vibración vital.

–El decir popular que considera al iluso como un alienado o loco no anda tan equivocado, como nos parece.

–La esperanza nunca se hace sospechosa porque siempre es eficaz; en cambio, la ilusión muestra siempre un elemento equívoco o ambiguo.

–La ilusión es el chantaje o el *bluff* del ideal porque es utopía. La esperanza es el mismo ideal que cada día eclosiona, se afirma y se cuaja en realidades.

–Nadie ha cantado a la ilusión con un fervor más falso o hipócrita que el romanticismo. Especie de treno o lloriqueo de heroicidad bufa.

–En tanto, la esperanza es siempre la médula de todo fuerte pensamiento y de todo arte superior verdaderamente humano.

–La ilusión es negativa, superflua y falaz porque es la mentira de la realidad.

–La esperanza es el impulso vital mismo porque es la videncia del porvenir, porque en sus entrañas se procrea y se sazona la vida misma.

–La ilusión es hija del desvarío; la esperanza es hija de la fe y del ensueño.

–El dolor de la vida no se hace soportable por la ilusión; el dolor de la vida se hace soportable, grande y bello por la esperanza. Se toma en frenético gozo de crear.

–Solo a fuerza de metáfora, la ilusión se ha convertido en esperanza y la esperanza se ha trocado en ilusión.

Colofón

Alrededor de *El monólogo eterno*, última obra de Antenor Orrego.

Ha llegado a mis manos *El monólogo eterno*, libro de Antenor Orrego. He abierto la primera página, la he saboreado, y he aquí que el preludio magnético, anunciación de lo que vale la obra, me ha llevado hasta el fin. Me he sentado a leer y solo después que la última gota del contenido había sido absorbida por mis ojos, diré, he cerrado el libro. Una tras otra han pasado las hojas del diminuto volumen y en cada una de ellas he encontrado cada clarinada, cada cosa que ha hecho vibrar adentro de mí un eco tan colosal y desbordante que, rompiendo el dique que hombreaba a mi entusiasmo, este empezaba a derramarse cuando yo le he puesto el mal molde de esta crónica, donde –ya lo creo– solo se ha vaciado en parte. En parte, porque después de todo, descontada mi impericia para lograr una traducción que siquiera se acercara al acerto, he creído –¡avaramente quizá!– que ese desborde debe ser para cada uno y que no hay por qué ni para qué hacer partícipe al lector de sus sedantes efectos. Que todo aquel que quiera saturarse de algo legítimamente espiritual vaya al libro, léalo y, si también siente que en su corazón responde un eco, que se vuelve marejada y luego inundación que con

sedante emoción se desparrama por la última molécula de su ser, el solo –solito– paladee, goce el efecto sedante hasta cuando y como quiera. Mejor así porque todo le vendrá de la fuente misma, ya que el canal imperfecto no haría llegar lo que quisiera y como quisiera de la sustancia del libro.

Pero la tentación de llenar el falto y estrecho molde de esta crónica es tan grande, tan irresistible y avasalladora que no me puedo resistir no a un comentario global de la obra, sino a las subrayas de tales o cuales capítulos. Más he aquí el conflicto: ¿qué capítulos escojo? ¿Este del "Amor y concupiscencia", con que se abre el libro, que nos arrastra muy por encima de los hombres y de las cosas de este siglo XX, de fiebres y eclosiones rastreras, de este siglo XX con tan poco en las estrellas y tanto –o totalmente quién sabe– a ras del suelo, agarrado con garfios –¡y qué garfios!– a la materia? Cierto el libro. Vuelvo a abrirlo al azar y me encuentro con este capítulo de "Modestia y conocimiento", tan agua clara, tan contundente y enrostrador para tanto fariseo. Vedlo por esta muestra: "Si el arado fuera consciente, no estaría orgulloso de roturar la tierra ¡porque esa es su ley. El hombre de la misma suerte, para extirpar su necia vanidad, debe hacerse consciente de su ley. En esto el animal es superior al hombre porque pasa por la vida con entera fidelidad a su destino, sin envanecerse por ello".

El capítulo "Religión, error y mentira" merece divulgación y divulgación. Es el enuncio de una gran verdad, sin ambages, sin énfasis, llana y sinceramente, que pide y, más que pide, obliga a la dilación de la pupila espiritual que siempre padeció el mal de constreñirse a un lamentable horizonte de prejuicios, conveniencia, tolerancia, etc.

"El sacerdocio organizado ha sido la mentira en todos los tiempos y en todos los pueblos".

Esta frase del mismo capítulo tan sencilla y silenciosa –y sin embargo tan atronadora– ha sido hecha, lanzada, como ninguna, para esta circunscripción del mundo de América, siempre tan infantil y tímida tan anegada al molde primero que le llegó, fija la vista en los "mayores", atenta y avizora de sus menores gestos para luego repetidos–, y ojalá exactamente sino de grosero modo. Más claro, para esta América donde "otros" sembraron sus prejuicios y sus ideas, que criaron un arraigo excepcional en la virgen tierra –¿incauta estaría bien?– del continente el que felizmente ya parece sacudirse de elemento extraño y bastarse a sí solo. Frases como las que dejamos consignada, del libro que nos ocupa, que son una colaboración eficasísima

para esa obra de sacudimiento deben ser imbuidos en todo espíritu noble, sediento de libertad y de renovación.

Y este comentario se alarga. Es que en la obra encuentro infinitos caminos y por uno de ellos he tomado, para luego, de haber avanzado mucho quién sabe, volver, constreñirme al plan que traje a esta simple expansión de mi espíritu.

Pero no puedo terminar sin una subraya especial al último capítulo de la obra, "Ilusión y esperanza". Broche final digno del libro. Pero esta subraya estaría demás quizá. Mejor es ir a ella, succionar su contenido, amigo lector.

Y fin. Mas, antes de rubricar este llano comentario, permítaseme una declaración. No me senté a trazado con humos de crítica. No sentí la necesidad de trazado, como una expansión fraternal, solo con las miras de que sea un "ojo", una llamada hacia la obra, en nuestro medio frío y sordo, ya arrollado por la ola de materialismo, comercialismo, utilitarismo, etc, de este siglo que si bien nos ha traído el avión y el rayo de la muerte, nos ha traído también una espantosa miseria espiritual que avanza por siniestra escala ascendente.

Trujillo, 4 de enero de 1930.
Luis Valle Goicochea

¿Antenor Orrego ha muerto?

"... Ayer supe, de fuente autorizada, que Antenor Orrego fue asesinado hace dos días en los algibes del Callao, donde se encontraba preso desde hacía meses...".

Párrafo de una carta.
25 de octubre de 1932.

***

Recibimos la noticia como un golpe en mitad de la frente. Nos aturdimos, nos abismamos en un caos de confusión; queremos reaccionar para morder una maldición

de protesta, pero el peso del dolor nos doblega y abruma. ¿Será posible? ¿Será posible tamaño crimen? Antenor Orrego, el más simpático intelectual, la más fuerte mentalidad del Perú, uno de los más altos prestigios de América asesinado en el fondo de una ergástula. Un corazón tan noble, tan generoso que cese de latir entre las manos de un bandido. Otra vez la tragedia del Calvario con este Jesús redivivo. ¿Es que la justicia se acabó para los hombres, Dios del Cielo?...

Ayer no más. Hora apacible y silenciosa. Una suave luz viste de serenidad el ambiente. El cuerpo descansa perezoso y el alma se da una tregua a su lucha consigo, y se eleva sobre las miserias de la realidad. ¿Qué reclama nuestro deseo? Acaso un espíritu afín para la fuga cordial; un pensamiento superior que nos redima el minuto. Tomamos un libro del anaquel. Es *El monólogo eterno*, de Antenor Orrego. Libro de corte fino, como pomo de exquisito perfume. ¿Qué dice a mis ansias de plenitud, de elevación, de eternidad? Allí la meditación profunda sobre el humano destino; allí la concepción metafísica sobre el plano aterrador de la relatividad; allí la intención ética clavada en la carne muerta. Trapense laico, mira a la vida como un proceso de muerte, y exclama: "Al nacer comenzamos a morir y solo al morir nacemos". Y Galileo de una edad sabia, que forza las puertas del misterio, nos ordena: "Ama tu propio límite, porque si no tu límite te devorará". Cuán lejano el campo de sutiles percepciones adonde Orrego nos lleva. Asombran sus pasos seguros por el dédalo que conduce a la verdad suprema. Él marcha impasible por el enmarañado sendero y desde muy adelante se vuelve a nosotros, para gritarnos: "¿Dónde estará Dios: dentro de la rueda o fuera de la rueda?", y después de un largo sueño, tenuemente murmura: "Einstein tiene razón: si el mundo es finito, espanta pensar que todo puede haber tras de su término...".

Antenor Orrego ha sido la hipotenusa en un triángulo admirable formado con Víctor Raúl Haya de la Torre y José Carros Mariátegui, dentro del cual ha quedado encerrado en líneas de juventud y con raíces fecundas la mentalidad del pueblo peruano. Al derrumbarse en la conciencia de las nuevas generaciones el castillo gótico de los novecentistas García Calderón, Riva-Agüero, Belaúnde; al llegar el viento de la revolución a barrer los oropeles de Valdelomar, Clemente Palma y Gálvez; al ofrecerse ante los ojos de la juventud el campo de la lucha social que otrora regara el verbo redentor de González Prada, surgió en el Perú el apóstol de la palabra nueva

encarnado en Antenor Orrego, quien comenzó a clamar justicia y regar la simiente, ocultándose con timidez nazarena. Una pléyade formó filas para la lucha, con Mariátegui, Haya de la Torre, Magda Portal, Elmore, Seoane, Sánchez, Herrera, Spelućin, Saavedra, Cornejo, Heysen, Serafín Delmar, Arévalo, Sabroso y mil más, cada día más. Intelectuales y obreros convergieron hacia el centro de un mismo y supremo ideal, y brotaron raudales de luz entre las sombras de la vida peruana. Mariátegui tomó su decisión en el marxismo integral. Haya de la Torre creó con instrumentos marxistas una nueva doctrina que consultaba los problemas propios de la América. Y Orrego, después de serena reflexión, pidió a su pueblo seguir a Haya, y tras él fueron todos los hombres libres del Perú. Más tarde la historia, triste y dolorosa historia, es demasiado conocida. El peso del dinero envileciendo las almas, hasta detener la obra de salvación. Cataratas de sangre brotando de las abiertas venas de la juventud, en las "masacres" horribles. La defensa salvaje de media docena de familias privilegiadas y otras tantas compañías extranjeras, para impedir que sean rotas las cadenas de la esclavitud proletaria. La burla cruel como norma de política para entrabar su actitud creadora.

Y, por último, tras la pantomima revolucionaria de un ejército de autómatas, el crimen convertido en institución. Mariátegui muerto, Haya de la Torre cegado en un oscuro presidio y Orrego tal vez asesinado. ¡Resignado, Antenor, yo que no albergo en el corazón tu infinita piedad, solo puedo exclamar: Castígalos, Padre, que sí saben lo que hacen!

***

Pero Antenor Orrego no puede haber muerto. En la plenitud de la vida, vigoroso en su fina constitución, con su cerebro hecho llama sobre su pequeño cuerpo, acostumbrado a todas las sobriedades como un Ghandi de Occidente es imposible que el Destino pueda haber arrebatado cual débil hoja su existencia. ¿Y cómo podría haberse perpetrado aquel asesinato? En verdad es malsana la prisión del Real Felipe. Posee ese tétrico castillo colonial de Casasmatas, horrendos calabozos en catacumbas horadadas bajo los algibes. La oscuridad de esas tumbas vivientes y la humedad que resumen quebrantan el espíritu y minan la salud. Pero demasiado fuerte es el

organismo de Orrego para resistir todas las torturas pues a él lo ha templado al acero como un estilista y ha gozado de todas las abstinencias como un faquir. ¿Se ha fingido tal vez un altercado en la prisión para que cualquier villano delincuente clave un puñal en su pecho? Se asegura que nombres lombrosianos de atroces taras tiene el "civilismo" peruano a su servicio, se dice que poderosos magnates del dinero se han convertido en enemigos de Orrego por los golpes de su pluma; pero no creemos, con todo, que haya quien se atreva a arrebatar su vida, que sería cortar la flor del intelecto sudamericano; herir en el corazón a la juventud del Perú, destrozando su futuro: ¡No! Antenor Orrego no puede haber perecido así, anodinamente. Él no es una cifra cualquiera que se borra en los registros de una cárcel. Su muerte oscurecería los cielos y tumbaría las montañas, como en la trágica tarde del Gólgota. Su sacrificio haría correr una tremenda vibración por los Andes y en Lima faltarían árboles para que se ahorquen los Judas. Debe haber un grave error en la noticia. Acaso se ha lanzado para probar la indignación del mundo. Pero si un siniestro intento hubiere, ya clamaban posesos de rabia los Waldo Frank, Romain Rolland y Henri Barbusse, los Nicolai, Keyserling y Krishanamurti, los Ludwing, Goldchmidt, Unamuno, Zangwill, Eastman, Palacios y todos los hombres representativos de la cultura universal. ¡No! Puede que esa noticia sea la mano de Caín levantada sobre las cabezas de Orrego y Haya de la Torre, pero ha de bajar inerte que, no en toda época, se puede victimar a Séneca.

***

Orrego tiene que vivir porque su obra no está terminada. Yo creo en la ley marxista del determinismo histórico; y, por eso, estoy seguro de que Antenor Orrego podría sufrir los avatares de las más crueles dragonadas, sin que su existencia se quiebre en tanto no haya realizado su excelsa misión social. Ha abierto el surco y vertido en él las proficuas simientes de sus ideas; pero tienen sus finas manos de abate que enseñar a las manos callosas del obrero a realizar la siega. Si vuelven los ojos atrás, asombra la extensión de la senda recorrida por Orrego, pero él piensa que más lejos está el término. En *La Reforma* primero: en *La Libertad*, después; por último, tantos años, en *El Norte*, Orrego ha sido el cincel que, día a día, rompiera la dura roca del

viejo criterio perricholesco de la sociedad peruana para insurgir hacia una nueva conciencia. Con qué paciente labor fue educando a su pueblo, haciéndole abrir los ojos ante las oscuras realidades, obligándolo a una aquilatación de valores, abriendo su comprensión a las modernas aspiraciones de vida. Ya el "doctor" más estirado que un Chagas y más necio que un Pacheco, a quien tanto se respetaba, quedó como globo desinflado con el pinchazo de la pluma de Orrego; el "literato" de retóricos versos clásicos o cursis narraciones romancescas, que fingía ser un hijo de Apolo, fue convertido en un pelele de burlas; el "científico", que simulaba talento y mentía sapiencia con citas de segunda mano y mascadas lecciones de cátedra, pasó a ocupar su sitio de mercader de la ciencia o a la categoría de maestro Chacleta; y, así, todos los comediantes de la farsa social desvestidos por Orrego en el camarín de la verdad. Pero no se crea que Orrego era un panfletario, estilo Rochefort, que demolía reputaciones; no se piense que era un escritor como Clemenceau, que mostraba en carne viva las individualidades lacerias y llamaba imbécil al imbécil y ladrón al ladrón. Orrego no hizo jamás un ataque personal ni puso a nadie en berlina. Él se limitó a mostrar lo que es verdadera ciencia, verdadero arte, verdadera política, lo que son verdaderas economía, pedagogía o sociología, a mostrar los campos floridos de la moderna cultura, a revelar cuál es la sensibilidad, cuál la inquietud y cuáles las ansias de los hombres superiores. Bastó eso para que se derrumbaran los falsos ídolos, y para que una enorme legión de jóvenes se lanzara a predicar las palabras buenas que habían escuchado del apóstol. Y él siguió, sencillo, modesto, limpio de vanidad con su caracol bajo el brazo metido en su pequeño pueblo de Trujillo, batallando sobrehumanamente con las dificultades económicas de sus empresas editoriales, zaherido por las unánimes hostilidades de un ambiente provinciano, realizando su obra y viendo gozoso cómo poco a poco se extendía su doctrina de luz sobre la nación peruana. Y no quiso honores, ni siquiera ocupar la curul legislativa para la que fue postulado, pues creía mantener mejor el ritmo isócrono de su corazón en su amado lar de la dulce tierra trujillana. Hasta que un día, en plena lucha, la garra policial lo aprehendió, para lanzarlo al fondo de la espantonsa cárcava del Real Felipe.

Orrego vive: me dice el corazón que tiene que vivir. Siento que alienta hoy su espíritu; lo siento en mí, en el que se ha adentrado su alma, como en toda la juventud de Hispanoamérica. "Tal vez no se descubra jamás el misterio de la vida, pero hemos de

llegar a saber un día cómo y hasta dónde se halla proyectada la psiquis de cada hombre sobre el universo entero", nos dijo Orrego en uno de sus admirables estudios de teosofía. Y explicaba su pensamiento así: "Si hay ondas hertzianas que llevan nuestra voz a las antípodas, debe haber otras ondas que conduzcan sentimientos, ideales, voliciones y todas las manifestaciones espirituales a través del planeta, y quién sabe si penetren en las cosas y actúen sobre todos los fenómenos vitales: con lo cual el hombre no vive en el sitio donde está parado, sino en todo el cosmos, y solo hace falta el aparato de un radio ignoto que dirija y capte las ondas, sometiéndolas a la humana voluntad, para su armonioso ordenamiento. Qué alto el vuelo mental que alcanzaba Orrego en todos sus escritos, y qué admirable su comprensión de los ocultos fenómenos de la naturaleza y las maravillosas relaciones de la vida". "Mi estética, es decir, mi expresión personal –dice– tiene como *leit motiv* que la preside la coordinación de los cuatro costados del hombre con los cuatro lados del universo, la centralización de la multiplicidad vital cósmica en el corazón humano y la dispersión del corazón del hombre en la armoniosa multiplicidad del universo". En nuestra mano está su obra *Notas marginales*, y, a través de los capítulos de esta ideología poemática, vemos desenvolverse el pensamiento de una fresca filosofía, más optimista que la de Bergson y menos convencional que la verdad de Einstein; filosofía de concertación que plasma su unidad vital y edifica su conocimiento. "Decir conocimiento –expresa– es decir máxima pureza y es decir también máxima conciencia. Lo uno siendo fundamentalmente niño; lo otro siendo plenariamente hombre. Tales los dos extremos en que se polariza el espíritu de creador. Como fuerza interior o subjetiva: pensamiento; como fuerza exterior, dinámica o corporeacción". Así, con tan fuerte impulso, extravierte su yo para mostrarnos lo que él llama "su manera"; y, en realidad, nos enseña, la manera del universo, en su concertación de suprema armonía y expresión de máxima belleza. Y así nos prueba la verdad de su concepto de que "la facultad estética es la armonización o síntesis del universo en un espíritu o la expresión del universo a través de un hombre".

***

En las páginas de *Notas marginales*, de *Panoramas*, de *Helios*, de todos su libros vive Orrego y por eso no puede un plomo asesino cortar su existencia. Su *El monólogo*

eterno hablará por siempre a los cerebros que piensan sus varias obras aún inéditas de las cuales solo ha ofrecido primicias, como esa admirable interpretación de la vida de Cristo. Tienen que levantar tremendas tempestades en las conciencias de la juventud. No ha muerto, pues, Orrego. Pero ni aún podemos creer en que haya cerrado sus ojos una mano nostálgica. Hay que confiar en que pronto se desmentirá el atroz aserto. Así me lo anuncia y así lo espera mi corazón.

Adolfo H. Simonds

Pueblo-continente

Ensayos para una interpretación de la América Latina

OFRENDA

Se gestaron y nacieron estas páginas en un ambiente desgarrado de odio acerbo y de amor efusivo y radiante. El odio lo puso el despotismo que avergüenza y oprime a mi patria; el amor, un hijo humilde y grande del pueblo, inteligencia lúcida y bravo corazón de héroe que hizo a su país la noble ofrenda de su sangre. ¡Cuánta efusión fraternal prodigó Manuel Arévalo, el hermano mártir, al mecanografiar estas páginas que él comprendió y amó tanto, y que –sarcasmo del destino– no vería nunca publicadas!

¡Que la luz inmortal de esta alma generosa cobije estos pensamientos que también fueron los suyos y que agitaron su inteligencia y su inquietud espiritual en los postreros días de su vida!...

Trujillo, 1937.
Antenor Orrego

A LAS NUEVAS GENERACIONES DEL PERÚ Y DE AMÉRICA

Dedico este libro a las nuevas generaciones del Perú y de América que sienten el acendrado, el vivo apremio de encontrar su propia alma. A los 20 años hice la primera salida de este viaje en que estoy casi por completo de vuelta. Iba a la busca de nuestra América, de esa América que latía aún bajo los paños mortuorios de un remotísimo ayer y que no acaba todavía de romper la crisálida sepulcral para resurgir hacia un nuevo ciclo de vida.

Entonces nuestras tierras estaban ancladas del todo en las aguas feéricas de Europa. Nuestros buzos más conspicuos y atentos habían fondeado sus escafandras en aquellos golfos donde se escuchan las voces alucinantes de las sirenas áticas, el aullido imperial y cesáreo de la loba romana, el trémolo escolástico y metafísico del doctor Angélico, el pesimismo racionalista y crítico del filósofo de Königsberg, que nos decía, con el particular acento del que ha encontrado la meta definitiva de una cultura: ¡Non plus ultra!; ¡Non plus ultra! Era un itinerario fascinante, pero un itinerario que no era el nuestro. La sirte procelosa no es solo abismarse en los sumideros de los maelstroms frenéticos y siniestros; es, sobre todo, la equivocación de la ruta. Se extravía y naufraga, también, el viajero, en un país de maravilla, donde el alma desolada, sin conexiones vitales con la tierra extraña no puede encontrar la sabiduría profunda de sí misma. Un paisaje dorado y riente bien puede ser un sepulcro. Se vive entonces, como un cascarón flotante, vacío de toda gravitación espiritual, cual una libélula es pos de los castillos multicolores del ensueño.

¡Estábamos deslumbrados y, por ende, estábamos ciegos!

¡Era el agudo resplandor de la fantasía del niño ante los bengalas policromos de la ilusión! América no era, porque no éramos, tampoco, nosotros: porque habíamos sido arrebatados de nosotros mismos. Ciertamente, esta evasión excéntrica producíase como en aquellas leyendas infantiles en que la princesa resplandeciente de juventud y hermosura tomábase, bajo el embrujamiento de un mágico hechizo, en la viejilla desmedrada y enteca de la conseja.

Vosotros, también, jóvenes del Perú y de América, habéis emprendido este viaje, que es toda una aventura peligrosa, porque no hay sendas conocidas que guíen vuestros pasos. Pero, antes que la pérdida definitiva, es preciso, por lo menos, inten-

tar la salida. Revestíos de la valerosa audacia necesaria a que el destino de vuestra progenie os empuja. La estridencia trepidante del Viejo Mundo os ha descubierto sus rajaduras irremediables, y descubriéndolas ha desvanecido vuestro deslumbramiento. Sois una promoción histórica privilegiada porque el desencanto de lo ajeno y de lo extraño ha traído la fe y la esperanza en vosotros mismos. Sé que esto solo se alcanza a través de profundas y dolorosas desgarraduras; pero es preciso que cada hombre y cada pueblo asuma la majestuosa responsabilidad de su lágrima y de su dolor, porque la mariposa no surge hacia la luz sino después de romper y desmenuzar en cendales el sudario que la envolvía. A lo largo de mi camino, modesto pero valeroso, también he ido dejando ciertas señales para vuestro servicio. Algunas de ellas las consigno en este libro y abrigo la esperanza de que contribuirán en algo al mejor y más acrecido éxito de vuestra ruta. Por eso, desde lo más hondo de mi fe, os lo dedico, porque mi fe está ansiosa del porvenir de nuestra América.

Trujillo, enero de 1937.
Antenor Orrego

PRÓLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN

En 1939, la Editorial Ercilla, de Santiago de Chile, hizo una edición privada y, por lo mismo, muy restringida de este libro. Con esto está dicho que tuvo una difusión limitadísima. Solo unos pocos escritores trabaron conocimiento con las ideas que entonces, por primera vez, se exponían. Algunos de ellos formularon juicios francamente elogiosos, y otros lo hicieron con ciertas reservas críticas que se publicaron en esa época en periódicos y revistas americanas. Posteriormente, el gran escritor y crítico uruguayo Alberto Zum Felde, entre otros, hizo un magnífico y agudo análisis del libro, que compromete mi reconocimiento, También el fino crítico catalán Luis Monguió ha publicado otro juicio muy sugerente, puntualizando su influencia en las nuevas corrientes poéticas del Perú. Sería abusar de la paciencia del lector hacer referencia aquí a los diversos comentarios que se han producido.

En el Perú, desde el primer momento, fue puesto en el *Índex* policial y se dictaron órdenes rigurosas para evitar su ingreso al país. Sin embargo, la habilidad de algunos libreros burló al cancerbero gubernativo –muy pocas veces, por cierto– y así se logró introducir unos cuantos volúmenes que se vendieron clandestinamente a peso de oro. Por azar, yo mismo asistí un día a una de esas ventas furtivas en que un conocido catedrático de San Marcos pagó cien soles peruanos por un volumen que la editorial vendía a doce pesos chilenos.

Prácticamente, este libro es desconocido en el Perú y en los demás países latinoamericanos. Puede decirse que es un libro inédito que se publica hoy por vez primera. En 1948 se hicieron los arreglos editoriales necesarios para la verdadera edición de la obra, pero tuvo que aplazarse de nuevo, a consecuencia del golpe cuartelario del general Odría, quien restableció, automáticamente, el *Índex* policial. Solo ahora es posible a la Editorial Continente hacer la auténtica edición, tantas veces planeada y, por vez primera, también, puede venderse libremente en este país. Trabajoso y accidentado ha sido el alumbramiento. Puede ser que esto sea un signo de feliz augurio y que, al fin, alcance el libro lo que con él me propuse al meditarlo y escribirlo: ser la suscitación viviente, en la juventud de mi patria y en las del continente, de los temas centrales y fundamentales que plantea la realidad de nuestros pueblos ante la conciencia nueva de América.

MISIÓN Y DESTINO

En su raíz más profunda este libro fue un mensaje a las juventudes de América, mi primer mensaje personal que resumía veinte años de meditación angustiosa, pero, rebosante de esperanza, al mismo tiempo. Por fuerza, tuvo que ser una expresión esquemática, en la que apenas se esbozan los temas fundamentales de mi pensamiento. El segundo mensaje lo constituye mi libro, próximo a publicarse *Hacia un humanismo americano*, en el que se desarrollan y se precisan algunos de los temas ya tratados en esta obra, pero en el que se plantean, también, nuevos puntos de vista que abren una perspectiva que se dispara íntegramente hacia la meditación de las generaciones futuras. El panorama que se vislumbra es tan vasto, que, por fuerza, tiene que ser también un mero bosquejo esquemático, como el anterior. La vida y las ásperas circunstancias en que la he vivido no me han dado para más. Lo sabio es que cada uno se atenga a sus propios límites porque, de lo contrario, su límite lo devora. Ya lo dije en un pensamiento de mi primera juventud, como si presintiera desde entonces las barreras que se alzarían ante mí y ante la realización de mi obra de escritor.

Llega el apremio de esta edición definitiva de *Pueblo-continente*, cuando estoy totalmente sumergido –más intensamente que en ninguna otra época– en la meditación de nuestro destino americano. Por esta razón quiero hablar hoy de la *tensión polar* que existe entre el destino y la misión de una agrupación humana, que en este caso es la nuestra. El destino –que es alineamiento en el presente de fuerzas que emergen desde las más profundas raíces históricas de un pueblo– no se convierte en auténtica misión sino por una decisión radical, consciente, voluntaria, luminosa y heroica de hombre que pertenece a ese pueblo. Esclarecer esta decisión creadora, punzar a mi pueblo y a mis contemporáneos con mis meditaciones incisivas y empujados a tomarla con resolución es el propósito más recóndito de mi modesto pensamiento, cuyas limitaciones insalvables soy el primero en reconocer. Nunca alcanzaré a comprender bien qué hado irónico me ha lanzado a tamaña y descomunal empresa.

El destino nos viene del pretérito ya hecho y consumado, como impulsión y base de nuestro arranque histórico. La misión nos llega del futuro, es el flujo torren-

cial del porvenir que se precipita para que lo forjemos y lo hagamos consumación humana y concreta, sacándola del limbo fluctuante de la imaginación y trasladándola a la dimensión firme y viviente de la fe. El destino es, en gran medida, la coerción invisible, pero cierta, del pasado que vive y aún opera en nosotros y que no podemos eludirlo, y que no es saludable y vital eludirlo. Nuestro destino surge del pasado maravilloso de la Vieja América, cuyos gérmenes vitales se han incorporado a nuestro ser, y, luego, de Europa, cuyas esencias dinámicas se han transfundido en nuestra vida, pero que, para nosotros, es pasado también. No olvidemos esto –¡pasado!– por deslumbrante y palpitante que aún sea su magisterio. El destino contiene en su seno –digamos– las letras del alfabeto histórico con las cuales tenemos que componer las frases –hechos, acciones, ciencias, arte, filosofía– que constituyen la expresión gramatical de nuestro mensaje. Este mensaje es nuestra misión, la cual es enteramente obra de la iniciativa, de la libertad humana, del genio potencial de nuestro pueblo. Vale decir, pensamiento alumbrado y alumbrante en permanente y agónico despliegue creativo, decisión valerosa de consagración y ofrenda; plasmación constante y doliente de un futuro que nos llama desde las zonas más abismales y hondas de nuestro ser histórico. El porvenir está como fértil presencia viviente en cada uno de los instantes de nuestra existencia de hoy. Es el clamor de la vida que está buscando desde la Eternidad, la franquía y aceptación del hombre para hacerse realidad concreta, para cuajarse en drama y acontecimientos visibles y tangibles: belleza, poema, pensamiento, faena y hazaña históricas.

En la medida en que convertimos el destino en instrumento y expresión de la libertad, lo habremos convertido, también, en la magnífica herramienta de nuestra misión. El destino es la piedra en bruto que tenemos que tallar; habremos de tajarla y bruñirla, faceta por faceta, antes de arrancar la refulgencia que nos alumbre y alumbre a todos los hombres con su destello. Esta reverberación es la cultura que estamos obligados a crear desde América, como oblación de nosotros mismos al hombre eterno, al hombre de todos los tiempos.

Los americanos de hoy estamos viviendo uno de los momentos más alucinantes de nuestra historia y de la historia del mundo. Estamos sumergidos en una crisis planetaria, ecuménica, total del hombre y, dentro de esta crisis, estamos asistiendo, también, al brote palingenésico, al renacimiento de la Nueva América en su ingreso

a la historia, como factor decisivo de cultura, en el dintel mismo de un paroxismo espiritual que nos sacude, igualmente, a nosotros desde nuestras raíces más remotas, desde ese plano lejano en que comenzó a modelarse nuestro destino. El parangón de semejante coyuntura no podríamos encontrarlo sino en aquellos momentos abismáticos, en aquellas instancias herméticas y acezantes en que la humanidad inicia nuevos virajes creativos. Nuestro destino histórico nos ha llevado al borde de esta tremenda responsabilidad que es nuestra misión. Debemos alzarnos espiritualmente hasta esa altura a que nos ha levantado el misterioso oleaje de la historia. Desde América debe surgir, está surgiendo ya un nuevo humanismo que, por la pulsación ecuménica de la hora en que nace, incluye a todos los pueblos de la Tierra en una apertura integral y universal de la conciencia humana, venciendo y superando todas sus limitaciones y oclusiones anteriores, causantes de la presente crisis mundial.

No es un secreto esotérico lo que la humanidad espera y ha esperado siempre de nosotros. Lo he reiterado en varias ocasiones. Desde los días iniciales del descubrimiento, aquí proyectó el hombre del Viejo Mundo, transido de inenarrables tribulaciones, sus esperanzas de liberación. Aquí proliferaron las utopías más generosas y aquí se soñaron los falansterios de la felicidad humana.

Que nuestro pueblo-continente no sea un descarnado destino ciego, donde imperen estrictamente las fuerzas muertas y sepulcrales del pasado, sino misión alumbrada y esclarecida en beneficio de todos los pueblos y de todas las razas del mundo, depende exclusivamente del uso que hagamos de nuestra libertad. Depende de las generaciones inmediatas que tomarán, en seguida, el timón firmemente asentado en la rosa universal de los vientos y que orientarán, en definitiva, el rumbo de la nave hacia el próximo amanecer de la historia, cuyo umbral estamos hollando ya con los pies.

RASTACUERISMO INTELECTUAL

Pocos son los escritores de América Latina que no luzcan sus citas bibliográficas, como el *fazendeiro* brasileño, como el estanciero argentino o como el hacendado o gamonal peruano luce sus alhajas y sus joyas. Es regocijante abrir buena parte de las revistas o de los libros latinoamericanos para mirar la cintilación cegadora de toda suerte de chismes, artilugios y referencias eruditas. De pronto, el lector queda deslumbrado por ese resplandor de biblioteca que destaca el saber del escritor, como en un escaparate de sabiduría. Pero, a poco que se intente atrapar el pensamiento o la idea personal del autor, se da uno de bruces contra la atonía del vocablo yerto, acaso porque como esos cendales de nubes que se desgarran en las ramas que se encuentran en la ruta, el pensamiento queda prendido hecho jirones en las zarpas acuchillantes de las citas. El lector tiene que renunciar a la inquisición de lo que se quiere decir en el texto porque en lugar de una reflexión trabada y orgánica se encuentra con una antología bibliográfica.

Todo ello no es sino infantilismo mental con el mismo valor psicológico del rastacuero que intenta hacer creer a los otros lo que pretende ser, pero que, en realidad, no lo es todavía. Si el uno ostenta leontinas y sortijas, el otro ostenta citas y referencias, ambos elementos absolutamente externos con que se disimula la vacuidad de la propia alma. El escritor latinoamericano es, por lo general, proyecto de gran escritor que se queda sin serlo. La *parada* mental, los gestos sibilinos, el ademán docto y estirado sabe ejecutarlos con perfecta habilidad. Carece en absoluto de autenticidad humana y pocos hombres se mienten tanto a sí mismos como a los demás. Llegan a falsificar su propio ser hasta un grado inconmensurable. Nos encontramos frente a ellos, no con un semblante, sino con una máscara. Mimetismo casi zoológico que da la razón a Keyserling cuando afirma: que en el principio no fue la verdad sino el disimulo y la mentira. No solo ostenta sus joyas eruditas, sino, también, como el rastacuero, sus amistades célebres. Rastacuerismo social y rastacuerismo intelectual del hombre que no se siente seguro de sí mismo, que es incapaz de asentar a plomo los pies sobre la tierra que pisa.

Ya hemos visto cómo los movimientos ideológicos, estéticos y religiosos se agostan en América, se deforman, se descomponen en légamo escolar, erudito y

académico. Así ocurrió con el romanticismo y el positivismo. Así ocurre, también, ahora, con el marxismo dialéctico, acaso en mayor grado que los anteriores. Todo escritor lizquierdizante en nuestros pueblos se siente –con *El capital* a cuestas, bajo el brazo, o con el *Anti-Düring* sobre las espaldas agobiadas–, en la obligación imperativa de darnos una versión ortodoxa del auténtico pensamiento marxista. Y así gran parte del comentario de nuestra realidad política se ha convertido en un vasto coro de escolares ganosos de demostrar ante el mundo que han aprendido bien su lección de dialéctica.

Naturalmente, en esta frenética zarabanda de textos cercenados, de citas, de referencias y de asteriscos bibliográficos, el *élan* vital de Marx se volatiliza, como se volatilizaron antes todos los otros movimientos ideológicos. En medio de este eruditismo de taraceo, entre los muñones sangrantes de las citas librescas, entre los cangilones de este mosaico bibliománico en que se retacea, sádicamente, a los autores, no queda ya lugar para ningún pensamiento personal. Es incalculable el estrago mental que el prurito marxista ha producido en la juventud de América. En las capillas literarias es de buen tono citar a Marx, como en nuestros salones criollos es de buen tono recibir a cualquier noble de España. Extensos sectores de la juventud están perdiendo toda curiosidad y autonomía mentales, toda libertad interior de pensamiento, porque bajo el agobio de un dogmatismo de nuevo cuño, el cerebro se paraliza y es imposible pensar por cuenta propia. En medio de la fumarola polémica que se ha levantado en torno de *El capital* y *El imperialismo, última etapa del capitalismo*, la juventud ya no piensa sino cita. Cuando a la iniciativa del pensamiento reemplaza la referencia autoritativa, el cerebro ya no puede hacer otra cosa que juego de palabras y frases vacías, es decir, pura, monda y lironda logomaquia.

Todo ello no es más que pereza mental, miedo al esfuerzo individual y penoso. Más fácil que pensar es el escarceo o picoteo en las páginas ajenas, el taraceo abigarrado de retazos y de muñones de textos. Crear es algo doloroso y urticante, mucho más difícil y angustiante que levantar un escaparate de citas y lucirlas, luego, como el rastacuero luce sus cadenas, sus sortijas y sus diamantes. La ostentación de la llamada, de la cursiva o del asterisco se ha hecho entre nosotros una enfermedad intelectual, tanto más destructiva cuánto más congelante de nuestras potencialidades espirituales. Si América es un continente nuevo, tenemos que mirarla con ojos

nuevos y no a través de centones o de infolios. Asimilemos el pensamiento europeo –¡cómo no!–, tan asimilado que se convierta en carne viva, en tejido entrañado y congénito, pero no lo troquemos en mimo o mueca grotesca, en mera anteojera deformante de nuestro desgarrado y vernacular dramatismo. ¡Qué podremos extraer de nuestra realidad si nos empeñamos en cribarla a través de la retícula de los textos ajenos! ¡Cómo vamos a ser universalmente valederos si nos empeñamos en repetirlo como tautología de citas muertas! El relleno con guijarros librescos no ha dado jamás con una veta original. Esta lección hemos debido aprenderla ya, si hemos cursado con provecho cuatro siglos de historia. La imagen del rastacuero que traigo a estas páginas no es una imagen improcedente y baladí, porque es el remedo y el tutelaje mental que esteriliza nuestras potencialidades creadoras, que se aploman sobre nosotros y nos abruma.

Política y culturalmente no seremos libres, sino simplemente libertos y manumitidos mientras sintamos la añoranza de las palabras y de los ademanes extraños. Si sentimos el pensamiento europeo como yugo y no como sustancia nutricia y alumbradora ¿cómo habremos de alcanzar nuestra autonomía, nuestra soberanía y mayoría espirituales?

La mera información libresca –mientras más abundante, más corrosiva– acaba siempre en batiburrillo o *popurrí* ideológico o estético. En un solo artículo sobre marxismo se hacían cierta vez doscientas citas con referencias a igual número de libros. Desde luego, el lector caminaba a trompicones porque cada cita se levantaba como un bache, y lo que quiso decir el escritor se esfumaba entre sus aristas tajantes. Como el fluido eléctrico, el pensamiento –si es que lo había– tendía a escaparse por las puntas bibliográficas.

En América hemos subvertido los términos del pensamiento como en tantas otras cosas. La información o la referencia no son un fin en sí mismos, sino vehículos y medios para pensar, contenidos y realidades Inmediatas. Mucho más que para pensar, para transmitir y hacer entender nuestro propio pensamiento, mediante el cotejo con el pensamiento ajeno. Si las desplazamos de esta función subsidiaria y humilde, función auxiliar de la que no debe abusarse, las ubicamos en el centro mismo de la meditación individual y corremos la suerte de *fazendeiro* brasileño que se disuelve entre sus sortijas, sus amistades y sus brillantes. Quiere decir esto que el

hombre, como tal hombre, desaparece y queda solo el escueto mono mimetista y gesticulante.

El hombre que encarna las fuerzas vivientes y creativas de su ambiente bien puede pasarse sin información, pensaba Lao-Tsé. Lo esencial no es acumular datos, ni apilar documentación bibliográfica abundante, sino pensar con profundidad, hacerse uno mismo, mediante una faena lenta, trabajosa y penosa siempre, el órgano histórico y espiritual de su pueblo. La función del escritor es una función social y tiene que encontrar su propia expresión personal, si quiere ser un valor significativo de liberación, alumbramiento y cultura colectivos. No puede transferir a los otros –y menos a los pensadores extranjeros– la faena que por natividad imperiosa le toca cumplir inexorablemente. Las realidades concretas solo pueden encontrar su expresión adecuada en el hombre que las vive. Las referencias, en ciertos casos, pueden ayudar a definirlas, pero solo las imágenes y los símbolos que emergen en el ámbito mismo del que piensa, las transmiten en su virtual, congénita y auténtica integridad.

Buena parte de la labor universitaria de América, se congela en los textos. Rara vez surge una entonación audaz que, a su vez, promueva vocaciones originales. Naturalmente, no me refiero a esa audacia del mulo, que decía Nietzsche, que bordea el abismo porque es incapaz de sentir el vértigo, sino a esa audacia consciente y valerosa de una vida abnegada en servicio del conocimiento. Pero a una vida de semejante porte espiritual no se llega con el rodrigón de la papeleta bibliográfica. Un ratoncillo puede devorar una biblioteca –cuando es cierto que la devora–, pero es incapaz de acuñar un solo pensamiento que llegue al corazón de los hombres, que lo ilumine y lo estremezca.

Cuando el escritor está siempre en postura de sabiduría y en mueca cristalizada de celebridad, puede alelar a los tontos o deslumbrar a los mentecatos, pero, con toda certeza, ahoga sus vivencias más profundas y personales. El pensamiento diáfano y creador no surge entre los escombros de los textos, ni entre las piezas anatómicas muertas de una morgue de citas. Necesita friccionarse, encandecerse, siempre dolorosa y trágicamente, con los filos abrasivos de la vida. El pensamiento más lúcido y sereno tiene a sus espaldas y a sus flancos, como montándole la guardia, un esfuerzo bronco, oscuro y agónico. De la estridencia exhibicionista no surge nunca nada sustancial. Es, casi siempre, un signo seguro para hacer, a primera vista,

un diagnóstico acerca de la vacuidad y mediocridad de un escritor. La chispa que fulgura, brota del frote áspero con la existencia humana, pero el pedernal que la enciende queda con las aristas tajadas y rotas. Tal es el precio ineludible que hay que pagar por un fruto tan opulento.

Si América ha de surgir con una significación universal, surgirá a través de sus cuitas y de sus grimas más angustiosas; jamás de los escaparates y de las ferias de sabiduría. Habrá de tajarse los costados en las zarpas de su tragedia. Esa América solo será de una manera tangible en el doliente drama personal de cada uno de sus pensadores, de sus poetas y de sus artistas. Porque en el proceso vital de una cultura solo cuenta la potencia individual y personal como encarnación de las fuerzas históricas y sociales. América es una de las tierras más exuberantes en incitaciones para forjar una egregia misión humana, pero, si no surgen los órganos adecuados para captarla y expresarla en toda su original grandeza y profundidad, ¿cómo podrá incorporarse en la historia y en el acontecer espiritual del mundo? El brillante que destella, como una rosa de luz, ante el resplandor del sol, solo puede ser porque hubo una mano que descendió, tremulante y transida, a las entrañas de la Tierra y lo extrajo para tallarlo y bruñirlo con su decisión de sacrificio, de amor y de belleza.

Miraflores, 20 de abril de 1957.
Antenor Orrego

IDEAS PRELIMINARES (PRÓLOGO DE LA PRIMERA EDICIÓN)

Este libro nace en medio del fragor de la batalla, cuando es más agudo el estridor del choque. Debajo de la serenidad que aflora a la superficie, como dominio de la explosividad y del vocerío jadeante del palenque bélico, subyace la permanente angustia del perseguido político, la dilaceración del ciudadano que ha sido cercenado, por la fuerza brutal de su convivencia jurídica y civil, la agrura violenta del hombre que se ve forzado a mirar la calle por el ojo clandestino de un tragaluz. Así se explica que, a veces, la contención interior se resquebraje, por momentos, y que la equilibrada llanura mental se alce en aristas turgentes, como reacción encoraginada frente a la barbarie despótica.

En este ambiente he escrito, íntegramente, las páginas que siguen. Muchas veces, ante la inminente y brusca irrupción de la "brigada policial", las frases se han roto o han quedado suspendidas en el aire, como estuporadas y sobrecogidas. ¡Las cuitas que me estremecieron, no tanto por mi persona, cuanto por salvar este entrañable hijo de mi espíritu, que bullía a medio nacer en mi corazón, sabedor, como lo era, de la brutalidad exasperada de mis perseguidores! Después de cada asalto he tenido que rehacer capítulos enteros y, en algunos casos, redoblar el esfuerzo de concentración para reproducir e insertar, nuevamente, en el cuerpo del texto, algunas cuartillas que quedaron presas, como único galardón para la vesania rampante de las cuadrillas represoras.

Hago referencia a estos detalles, como simple dato de información, para dar a comprender el ambiente psicológico en que he trabajado, comprensión que, quizá, dé la clave para el mejor entendimiento de ciertos capítulos en que el grito airado surge irrefrenable. No sé si este tono encendido que tienen algunos pasajes le escatime o le añade algo al libro, pero, en verdad, así ha nacido porque el cordón umbilical ha estado sumerso en una fragua.

***

Este libro abre, también, para mí una perspectiva que, antes de ahora, estaba solo latente, como en bosquejo, en una imagen difuminada. Hoy ha comenzado a concretarse en línea precisa y en contorno resuelto. Perspectiva que emergió desde los

años mozos y que, únicamente, en estas páginas inicia su corporización. Las ideas principales que dan significación a estos ensayos no tienen, en realidad, una partida de nacimiento próxima. Ya en *Notas marginales,* mi libro juvenil, están todas esbozadas. Allí se pueden encontrar sus plasmas germinales con solo una cierta lectura atenta. Después han reaparecido como esquemas a lo largo de toda mi producción posterior. En *El monólogo eterno,* no obstante su forma aforística y breve, se perfilan, muchas de ellas, con plena concisión y nitidez. En *Amauta,* la revista de Mariátegui, publiqué los primeros ensayos que han servido de base al presente libro y de allí reprodujeron, casi la mayor parte de ellos, muchas revistas latinoamericanas y hasta algunos órganos de la prensa continental, a pesar de quedar *outside* de la actualidad periodística. *La Pluma,* de Montevideo, que dirigía Zum Felde, publicó el ensayo que, ampliado después y con nueva redacción, aparece ahora con el título "Las dos corrientes psíquicas complementarias de América Latina". He querido dar, a vuelo de pájaro, la filiación del presente libro para que se comprenda mejor su organicidad dentro de mi producción total.

***

Los pensamientos, en realidad, no se improvisan ni surgen como un *fiat lux,* sino que constituyen el fondo de una individualidad determinada, de una estructura espiritual y anímica, de una conformación orgánica. Es únicamente la expresión de ellos la que recorre el camino y la que nos da con sus desarrollos y desenvolvimientos sucesivos la impresión de esa movilidad fluyente que vemos en la trayectoria de un creador. En verdad, solo esperan el "¡sésamo, ábrete!" para actualizarse y hacerse presentes, para cobrar carnatura tangible y echarse a andar solos, por su cuenta y riesgo, como criaturas libres y vivas que han llegado a ser. Un pensador nato, de ingénito poder creativo, no sospecha ni puede medir las consecuencias y las repercusiones –buenas y malas– de sus pensamientos, como no sospecha ni puede medir el padre, la vida y los actos de sus hijos carnales. Hay tanto o más responsabilidad en engendrar pensamientos que en procrear criaturas. De allí que pensar no puede ser un entretenimiento ocioso y superfluo sino una responsabilidad sagrada: un servicio, una vocación, una misión.

Pero lo que antes fue un esbozo ahora es ya una realidad que ha comenzado a vivir por sí misma. Apenas he caminado los primeros pasos en esta perspectiva que, en adelante, va a reaccionar sobre mí, urgiéndome a una mayor precisión, empujándome hacia un panorama cada vez más amplio, sugiriéndome como indeclinable compulsión su propio robustecimiento y el acabado de sus detalles para lograr así una vida más integral y completa. Le ocurre al pensador, en cierto modo, lo que al industrial capitalista con su máquina: así como esta reclama, cada vez, mayor producción y nuevas máquinas, de igual manera, los pensamientos reclaman nuevos pensamientos, nuevas realizaciones, nuevas expresiones. Solo con la diferencia no despreciable de que mientras lo primero es la esclavización perenne, lo segundo es la liberación indefinida, aun después de la muerte corporal.

Por eso, este libro, más que un compromiso banal y literario, es un pacto responsable con América. Esta va a volver en nuevas modulaciones, va a tornarse más exigente, va a ejercitar a mayores, más eficaces y quizá más vivas compulsiones. Tomará una y otra vez porque ella aspira a lograr, en cada uno de sus hijos –mucho más en esta época de iniciación y de forja–, una vida más enérgica, más precisa, más completa.

***

No se comprende la trabazón y organicidad unitarias de una cultura sino por esa reacción constante de sus plasmas germinales sobre sus instrumentos de expresión. Reside en los gérmenes una cierta carga de energía que pide con urgencia su desplazamiento, su actualización corpórea, su realización. Ni más ni menos que las células germinales de un organismo biológico que lo compelen cada vez a una mayor definición y precisión y que organizan así la totalidad de su existencia. Y si nos atenemos a la concepción de Pirandello, los gérmenes son como aquellos seis personajes que han encontrado ya su autor y que luego lo empujan con imperativo requerimiento para que los defina y les dé la plenitud de vida objetiva y autónoma que necesitan.

Cuando un pensamiento o un conjunto de pensamientos han agotado su carga biológica, la estructura que los tradujo y los actualizó finaliza su trayectoria orgánica y se cristaliza, se torna rígida, porque los gérmenes que los determinaron han realizado

su completo desplazamiento. Entonces comienza a cadaverizarse y morir por desintegración, existiendo después solo como entelequias abstractas, como larvas mentales o cánceres lógicos que reaccionan letalmente sobre la vida. Vemos ejemplos elocuentes de este proceso a cada paso en las iglesias, cristalizaciones cadavéricas de las religiones; en las instituciones o corporaciones que se han reducido al rito y al mero ceremonial; en los Estados que se han tomado simples burocracias administrativas.

América, como lo digo en algunos de los capítulos de este libro, es el caso más inmediato y acabado en que la organicidad histórica se torna cristalización rígida y, luego, desintegración atómica. Lo que ha sido y lo que es vivo, orgánico y flexible en Europa acaba por cristalizarse y desintegrarse en América. En este sentido he afirmado que Europa viene a morir en ultramar; que América es el hipogeo de las fuerzas que organizan la vida europea, para tomarse en humus, en limo que recobra su potente y plasmante energía vital. Y así tenía que ser. Ahora estamos en aptitud de poder comprender este proceso. Una nueva versión y un nuevo sentido del mundo no podían arrancar de lo viejo sino de una nueva fecundación germinal. Con esto no se quiere afirmar que se rompa la continuidad progresiva de la civilización universal, sino que lo viejo debe refundirse en lo nuevo para seguir viviendo. Ya he dicho, también, que la infancia de América no es la misma infancia del comienzo del mundo, así como la infancia del niño civilizado no es la misma infancia del niño primitivo y salvaje.

La América de las centurias posteriores al descubrimiento y a la conquista es –para buscar un símil gráfico que nos ayude a comprender el proceso–, una admirable pieza anatómica en la que se pueden seccionar, como hace el anatomista con los tejidos, los diversos aspectos de un fenómeno cultural que, trasplantado a una atmósfera telúrica extraña, se agosta, se cristaliza y muere. Pero muere fecundando, como fecunda la carroña el terreno en que se deposita, ya que es una ley general de la vida que lo anterior fecunde a lo posterior, que lo fenecido fecunde a lo que deviene.

***

Un comentarista colombiano –muy inteligente, por cierto–, que hizo algunas glosas a un artículo mío publicado en Bogotá, se extrañaba de que mi pensamiento sobre la cultura de América partiera del concepto del caos, que, para él, es antinómico al

concepto de continuidad. Una vez más se cumple aquello de que la paradoja no está en las cosas sino en la expresión de ellas. El caos no es la nada, porque la nada no existe en la Naturaleza, porque de la "nada" no puede surgir nada. Solo puede hablarse de ella en sentido metafórico y en términos relativos. El caos no es sino el remate final de un proceso de desintegración, cuyos elementos van a recomponerse en una nueva síntesis, en un nuevo organismo, en una nueva estructura vital. Cuando un organismo dado –cultural, biológico, psíquico– no puede ser ya instrumento de evolución, es decir, de progreso, es preciso, para que sea posible la continuidad del espíritu o de la vida a través del cual se expresa, que se descomponga, que se desintegre, que involucione. Solo así surgirá desde sus entrañas una nueva organicidad superior. Es decir, precisa que vuelva al caos, que no es *destrucción,* en el sentido absoluto, que no es la *nada,* sino un proceso de revitalización para cumplir mejor sus propósitos de superación y de continuidad.

Las culturas anteriores, y especialmente la europea, no pueden ser con respecto a nosotros sino gérmenes históricos para que así sea posible su continuidad. El organismo de un niño no puede surgir de los huesos ni de los tejidos ya rígidos y cristalizados de un hombre adulto, porque eso, sí, significaría la quiebra y la destrucción de la vida. Es necesario que se cumpla en el hombre adulto; en cierta manera, ese misterioso proceso de involución tomando al óvulo y al esperma germinal que tienen en potencia todo lo mejor del organismo de que proceden y que hace posible el nacimiento de una nueva criatura, apta para expresiones y realizaciones superiores.

Es absurdo pensar en una continuidad rectilínea sin involuciones ni revitalizaciones sucesivas. La naturaleza no nos ofrece nunca nada parecido. Apenas podemos imaginarla como esquema racional o como abstracción intelectualizada, producto de la concepción racionalista de los siglos XVII, XVIII y XIX. Entonces, se creyó en un proceso unilateral, ininterrumpido y rectilíneo, a cuya luz resultaban inexplicables los eclipses y los surgimientos de las culturas. La historia, dentro de este concepto, era una pesadilla arbitraria y los acontecimientos, una demencia.

El americano tiene que "surgir y partir desde el caos", si quiere articular un mensaje vivo para el mundo, si quiere vivir y ser algo, si quiere ser la continuidad de Europa y de las culturas anteriores. La cultura americana tiene que surgir, como en todo proceso de fecundación, del esperma germinal que tiene latente y en potencia

las superaciones y las conquistas anteriores. El americano debe saber que surge desde el caos, pero no con un mero saber racionalista e intelectual, sino con ese *saber* de la fuerza creativa que surge de la plenitud de su ser racional, emotivo, telúrico, psíquico, biológico e intuitivo. Debe ser un *saber* y un *poder,* puesto que solo de él depende la expresión de su esencia más acendrada y recóndita.

***

Si con mirada aguda penetramos en lo que podríamos llamar el espectro de América, percibiremos, en seguida, tres rayos o haces de luz que coexisten y que nos dan la explicación de algunos de los aspectos fundamentales de la vida americana. Primero, comprobaremos la presencia de un elemento, europeo principalmente y de elementos asiáticos y negros, cuya organicidad vital ha resistido o está resistiendo aún el enérgico proceso de desintegración a que, por fuerza, tienen que estar sometidos al ponerse en contacto con la potencia telúrica del continente. Segundo, un elemento absolutamente caótico en el que se ha cumplido de una manera completa el proceso desintegrativo y que procede de todas las razas que pueblan el continente, principalmente de la india y de la europea. Tercero, un elemento nuevo, que procede del segundo, elemento de recomposición y de síntesis, elemento que es el instrumento o vehículo del nuevo espíritu y de la nueva cultura de América. El primero es el tipo del *civilizado* o *refinado,* a la manera europea o asiática que, desplazado de su contorno vital y en fricción permanente con el nuevo ambiente, constituye un tipo trágico que no siente vitalmente a América. Abunda entre los literatos, los artistas, los pensadores, los políticos, en los estratos de la "alta sociedad" dominante, entre los *esnobs* del arte y de la galantería de "buen tono". Es un tipo semicadavérico, un tipo en decadencia que no tiene porvenir. El segundo es un tipo transitivo, amorfo, neutro, involutivo, sin ruta directriz alguna, que carece de organicidad espiritual y psíquica y que, siendo un elemento inestable, carece, también, de porvenir. El tercero es el tipo vital del continente, el tipo que surge de su entraña misma, tipo infantil todavía pero que está destinado a las mayores realizaciones y expresiones de América. Este es el tipo del futuro, por excelencia. El tipo en que las antinomias que parecían irresolubles se funden en una unidad superior.

Esta realidad "anatómica" o espectral de América nos explica con perfecta claridad esa extraña impresión que recibe entre nosotros el extranjero al percibir la coexistencia, inexplicable y absurda para él, del hombre "civilizado" y del hombre primitivo, que se refleja en las costumbres colectivas, en los gestos y en los hábitos de los individuos, en las formas del pensamiento y del arte, en las reacciones sentimentales y hasta en la arquitectura de las ciudades y el aderezo suntuario de las personas.

Esta contigüidad etnológica y cultural de los tipos más dispares y antagónicos, se encuentra, igualmente, en la realidad geográfica. A dos pasos de Río de Janeiro se halla la selva misteriosa y potente, y junto al *refinado* de las grandes ciudades conviven el salvaje y el hombre primitivo en el corazón mismo del continente.

***

"Si el pensamiento no sirve para superar y mejorar la vida, ¡abajo el pensamiento!". Esta frase de mis 20 años, continúa siendo la divisa de mi modesta actividad creadora. Todo pensamiento que no tenga virtualidad pragmática y realizadora, en el sentido de que se haga carne y se corporice en la acción y en la conducta de uno mismo o en el pensamiento y en la acción de los otros, es un pensamiento ocioso y superfluo. Aun el pensamiento más abstracto debe cobrar carne y hacerse tangible, por decido así, en una realización concreta. El hombre, en su esencia más acendrada, es un pensamiento carnal que actúa, que opera, que transforma, que fecundiza. Nuestro mundo es un mundo de formas, pero de formas penetradas y traspasadas de pensamiento. Pensar y obrar no son términos antinómicos sino correlativos y complementarios. Ambos señalan la escala serial de un solo proceso que es la expresión de la vida.

Este libro –si logra sus propósitos últimos– aspira a tener una actividad pragmática, realizadora, fecundante. Volviendo otra vez a la expresión socrática, quiere *partear* ciertas ideas fundamentales que existen latentes en el proceso biológico de América y que todavía no han llegado a expresarse con precisión. Parteando las ideas, partea, también, los hechos y las almas de América que sienten ya en sus entrañas el temblor del futuro. No invento las ideas sino que las descubro; ellas

no son mías sino que están penetrando la vida de todos nosotros los americanos. El único mérito personal que puedo atribuirme es el esfuerzo de concentración hacia nuestras propias realidades y la única cuita trágica que puede ocurrirme es que este esfuerzo de concentración no sea tan poderoso para cumplir debidamente su servicio.

Dicho está con ello que no quiero envolverme en ociosas discusiones ergotizantes ni en el gárrulo atuendo de polémicas estériles, salvo el caso de que contribuyan al mejor entendimiento y precisión de estas ideas. Me dirijo hacia los nuevos órganos de comprensión de América que hayan tenido la misma experiencia espiritual y que sean capaces de percibir el sentido fundamental de nuestras realidades. Con aquellos en quienes no existan esos órganos de comprensión, toda discusión es inútil, porque ambos nos movemos en planos diferentes. Hablamos dos lenguajes extraños porque nuestra percepción es distinta y no puede traducirse la una en la otra. Entonces, la discusión, como ha dicho alguien, no es luz sino humo.



Primera sección

El biometabolismo psiquico del continente



1. Las dos corrientes psíquicas complementarias

I

La convergencia de los caminos

La historia nos enseña, con múltiples ejemplos, que cuando nace un nuevo pueblo a la vida de la cultura y, por lo tanto, a la vida de la historia, hay una colisión, en los estratos iniciales de dos o más pueblos, de dos o más culturas, de dos o más espíritus colectivos. Es rey de la historia que los pueblos se fecunden unos a otros y que, solamente, chocándose y fundiéndose puedan engendrar una continuidad y una superación biológicas. Cuando el cuerpo de una nación, la forma material y tangible a través de la cual se expresa un aspecto del espíritu universal no se halla ya en condiciones de ser un instrumento maleable y flexible a las nuevas exigencias; cuando se ha anquilosado y endurecido hasta el punto de estar imposibilitado para permeabilizar las renovadas impulsiones de la historia y continuar el proceso evolutivo, ese cuerpo debe perecer para dar paso a una nueva estructura orgánica que sea capaz de responder por su flexibilidad y por su juventud a la articulación de destinos superiores.

En algunos casos –en los más–, si atendemos solo a la perspectiva histórica conocida, no pasa de un mero sacudimiento dramático, pero en América son tales los caracteres de violencia en el choque, tales las trepidaciones con que se produce que alcanza las proporciones de una verdadera catástrofe, de una tremenda deflagración psíquica que no puede compararse siquiera con la más grande colisión del mundo occidental: la invasión del Imperio romano por los bárbaros. La avalancha de las tribus germanas del norte sobre las tierras del Mediodía nos ofrece un campo de estudio, rico en incitaciones, para comprender algunos de los aspectos más sugestivos de la conquista española.

La amplitud de la catástrofe americana está en relación con la amplitud de la construcción futura. No se aventura nada al decir que no es ya un simple matiz de raza o de cultura el que va a expresarse en el nuevo continente, sino un aspecto fundamental y

nuevo del espíritu universal. En verdad, una nueva criatura cósmica es la que está estructurándose en sus entrañas; un nuevo mensaje humano, el que está surgiendo de sus senos juveniles. América importa para la cultura del mundo contemporáneo lo que Europa importó para la cultura del mundo antiguo: lo que el cristianismo significó, como transformación espiritual, para el mundo de la Antigüedad. Mas, como todo gran proceso histórico no es rectilíneo sino en espiral, como lo pensó Goethe, en que cada círculo concéntrico abraza una mayor y más dilatada trayectoria. América está destinada a una más amplia proyección cultural y humana. No se trata de un simple mesianismo colectivo: se trata de una correlación dialéctica que se hace patente a poco que observemos con ojos profundos la vida continental presente en relación con el porvenir, a poco que la inteligencia del pensador valúe el sentido total y racional del proceso.

América fue y es todavía un punto crucial del mundo, de donde había de arrancar una nueva modalidad superada con respecto a las épocas anteriores. Todo nos revela este significado trascendente de su misión.

II

La pugna unilateral y excluyente

Era lógico que la pugna de dos razas y de dos culturas consumadas con tanta distensión explosiva, engendrara, también, dos maneras friccionantes en el sentimiento y en el pensamiento de los latinoamericanos. De allí las dos tesis opuestas y en abierta beligerancia que se plantean desde el coloniaje y que aún hoy contienden en airado palenque ideológico y estético: la tesis indigenista y la tesis europeizante.

El hecho de que esta pugna aún se produzca en los planos intelectual y estético cuando ya se ha extinguido casi su vigencia histórica nos revela hasta qué punto los intelectuales y artistas latinoamericanos están impregnados todavía de una mentalidad colonial, regresiva y desactualizada.

Hay escritores y artistas indigenistas que preconizan el advenimiento de una América indígena, en el sentido regresivo de la resurrección de las culturas

pasadas. En esta tendencia interviene cierto sentimiento nostálgico que busca una evasión o escape de la vida presente. Los sostenedores de dicha tesis esgrimen aparentes y superficiales buenas razones. Dicen que en cada país –en Bolivia, Perú, Ecuador y México, principalmente– la raza blanca alcanza apenas a unos millares, en tanto que el indígena se cuenta por millones y que, a la larga, esta inmensa mayoría indígena habría de ahogar a la europea.

Olvidan que no es la masa cuantitativa la que determina el futuro de una raza, sino los elementos y factores psíquicos que están transformando, día a día, la contextura mental, espiritual y física de los pueblos. La piel, blanca y cobriza, no tiene, en realidad, importancia, sino lo que está actuando por detrás, por debajo o por encima de esa piel y que es lo que, en realidad, determina las transformaciones decisivas.

Si algo ha evidenciado la conquista con carácter axiomático, es que el indígena había llegado a un estado de decadencia, perfectamente diagnosticable, y que, a la llegada de los españoles, solo vivía y se nutría, espiritualmente, de su grandeza pasada. El indígena se había hecho, por su falta de flexibilidad, por su cristalización psíquica, por la rigidez de sus medios expresivos, un instrumento inadecuado de evolución y progreso. Lo prueba el hecho de que la estructura de los imperios incaico y azteca se rompiera en mil pedazos, como un vidrio frágil, a los primeros impactos de una cultura extraña. Lo que queda hoy para la admiración maravillada de la ciencia arqueológica fue creado probablemente muchos siglos atrás por civilizaciones anteriores, de las cuales eran un mero reflejo, debilitado, amortiguado y decadente, los imperios que sojuzgaron los europeos. Para ilustrar este agónico periodo indígena, es particularmente significativa la rivalidad entre Huáscar y Atahualpa, en la que pereció, ahogado, el primero. La conseja que cuenta este crimen en sus detalles es de tal crueldad, de tal codicia y de tal refinamiento que lo hace digno de una típica intriga palaciega de bajo imperio. Era el bizantinismo de América, en momentos muy semejantes a aquellos en que el graznido de los gansos del capitolio, al escuchar las pisadas y los relinchos de los caballos de los bárbaros, anunciaban la ruina del Imperio romano.

Gran parte del arte indigenista latinoamericano de hoy carece de valores estéticos esenciales, salvo excepciones aisladas y geniales que no cuentan en una pers-

pectiva de conjunto. Carece de un gran estilo estético, de un estilo vigente, vivo y de amplia trayectoria humana. Arte decorativo, de copia y de estilización a detalle, en el que falta aquel soplo creador que insufla potencia vital a una cultura. Arte que no acierta a rebasar los límites mezquinos de lo pintoresco, que carece de vibración cósmica verdadera, y que sirve de material exótico de exportación para los esnobs de Europa, como los chulos, los majos, los toreros y el barrio de Triana en lo que se refiere a los españoles. América no está allí, como no lo está España en la literatura chulesca y desgarrada de Théophile Gautier. Se trata de una falsificación de cromo, de una simple baratija de bazar para uso del turismo cosmopolita.

Se olvida, igualmente, que la historia nunca da paso atrás, aunque haya sedicentes teorías que lo sostengan, y que si América Latina ha de expresar un mensaje original para el mundo, tiene que ser hacia el porvenir, hacia adelante: obra de creación y no de copia regresiva; tarea epigenética y no de mimetismo automático. El estudio y la comprensión del pasado ha de servir únicamente como alumbramiento del porvenir, como basamento del futuro.

Empero, si es absurdo el prurito indigenista, es más absurdo y antibiológico el prurito europeizante a ultranza. Aparte de que América reclama ante Europa su autonomía mental y espiritual, sabemos por la experiencia vivida durante más de cuatro siglos, que el ambiente telúrico americano obra sobre el europeo como un corrosivo disolvente, tanto en lo físico, como en lo psíquico y en lo mental. El criollo latinoamericano, producto de la colisión de las dos razas y de las dos culturas, es la degradación de ambas, hasta un grado increíble. Es la ganga humana que toma al caos, para resurgir de allí como un organismo más adaptable y flexible a las nuevas condiciones. Ni el indígena, como indígena puro; ni el europeo, como europeo puro, tienen porvenir en América. Pero ellos constituyen los factores complementarios de una nueva conformación física, psíquica y mental que ya comienza en el Nuevo Mundo a dibujar sus perfiles. Como lo repetimos, que la piel sea blanca o que la piel sea cobriza no reviste trascendencia alguna; lo importante es el nuevo juego de fuerzas que se estructuran en el continente como un todo unitario y que será el instrumento de una nueva expresión del espíritu universal.

III

Mexicanización y argentinización de América

La vida más profunda de Latinoamérica se verifica, como ya lo hemos dicho, mediante estas dos corrientes poderosas que son complementarias y que se las descubre a poco de mirar con cierta videncia panorámica. Dos corrientes que marcan su presencia vigorosa y que realizan, en todos los aspectos de la vida continental y por sobre la algarabía de cancillerías y gobiernos, una evidente labor constructiva. Ellas son la clave que esclarece el significado de nuestro pasado después de la Conquista y que incluye el sentido más hondo y, por eso, el sentido primordial del porvenir. Dos corrientes vitales que son como la savia o la sangre de un organismo, cuyo problema biológico se planteó para la civilización humana, hace cuatro o cinco siglos. Problema que importa, como antes lo expresáramos, no solamente la continuidad histórica de la cultura occidental sino la definición inédita de un nuevo aspecto del espíritu humano.

Una corriente centrífuga que va del corazón hacia los contornos, que fluye del centro hacia las extremidades, que se dilata de la médula hacia los términos fronterizos: la *corriente vernácula,* indígena o telúrica del continente. Otra corriente centrípeta o periférica que viene de las arterias al corazón, del esperma al óvulo, del exterior a la matriz, de las extremidades fecundantes al centro vitalizador: la corriente europea, occidental o foránea.

La una se expansiona y se abre como los radios de una circunsferencia. La otra se contrae y se centraliza como el punto generador de un círculo.

Podemos tipificar estas dos corrientes en los dos países que representan la esencia más pura de cada una: México para la corriente indígena o vernácula, Argentina para la corriente europea u occidental. La una, que corre de norte a sur, y la otra, de sur a norte. Doble palpitación vital que llena y colma de porvenir los lomos turgentes de los Andes. Movimiento de irradiación hacia afuera y movimiento de concentración hacia adentro. Movimiento de absorción hacia el centro; movimiento de dispersión hacia la periferia. Si México es la antigua y potente sangre india, Argentina es la aireación y oxigenación europea. La capital azteca, como el Cuzco en

el Perú, es la matriz, el óvulo eterno de toda americanidad. Buenos Aires, la capital Argentina, es el gran ventanal del continente que descubre los amplios horizontes del mundo; es el germen fecundante de la masculinidad, es el eslabón que nos une, como el cordón umbilical de un continente, al espíritu universal de la Tierra. Sangre indígena, pulmones europeos, he aquí la forma esquemática de nuestra auténtica vida psíquica.

Y esta doble corriente general se repite, como epítome y compendio de la vida latinoamericana, en cada uno de los países tomados aisladamente, aunque en algunos el matiz sea tan tenue que se necesite para distinguirlo de una cierta perspicacia en la mirada. En Argentina, movimiento de la Pampa a Buenos Aires y retorno de Buenos Aires a la Pampa. En el Perú, movimiento del norte hacia el centro y movimiento del Cuzco hacia Lima. En México, movimiento de la capital hacia las provincias, y de las provincias hacia la capital. El cholo, el gaucho, el llanero, el charro, el mestizo de toda América, son tipos étnicos y culturales que emergen del fondo de la vida continental, como productos de la actuación de estas poderosas corrientes vitales. Son ellos el testimonio vivo y potente de un proceso que radica en las profundidades de las entrañas americanas. Nada comprenderemos de nuestro pasado y nada podremos comprender de nuestro porvenir, si no acertamos a incorporar a nuestra conciencia vigilante la sustantividad de esta doble corriente que opera en los planos o bases primordiales de América. Allí encontraremos el hilo de Ariadna, que nos explique los días pretéritos de la Conquista y de la Colonia, y que ponga en nuestras manos los poderes constructores del presente y las potencias creadoras del futuro.

Con la frase "mexicanización y argentinización de América" no queremos expresar la expansión absorbente de dos imperialismos rivales, económicos y políticos. Queremos, solo, remarcar el perfil de dos símbolos que constituyen los vehículos espirituales de una posible y auténtica cultura latinoamericana. Invitamos a agitar y articular en este momento decisivo y, por lo mismo, dramático y trágico de nuestra historia, las ideas y realidades básicas del continente. Debemos elevar nuestra conciencia cívica, emplazándola en los planos superiores, donde se forja el sustrato permanente de nuestros pueblos y, del cual, los hechos concretos y visibles no son sino el alfabeto gramatical de una vida más profunda.

2. La ruta de la integración

I

Hacia la virginidad

En el capítulo anterior hemos estudiado la colisión formidable de la cultura europea con las culturas autóctonas del Nuevo Mundo. Este choque significó una trágica desgarradura en los senos de América, pero no, en unos senos vírgenes, como acostumbra decirse, sino en unos senos que encerraban toda la riqueza ingente de un pasado milenario. Nada más contrario que la idea de virginidad aplicada a las culturas americanas, muchas de las cuales se encontraban, en varios aspectos, en un estadio superior de civilización a los pueblos europeos. Para encontrar paridad cronológica habría que recurrir a la remota cultura de los egipcios o a las viejas culturas del Oriente, como lo están probando los recientes estudios arqueológicos. Los sacerdotes del Tahuantinsuyo y el imperio de Moctezuma podían parodiar lo que dijo de los griegos a Herodoto el gran sacerdote egipcio, al ser interrogado acerca de la cronología de su pueblo: "Vosotros, los europeos sois unos niños". La matriz de América era, pues, una matriz llena de experiencia. De ella había surgido un majestuoso pasado, pleno de fascinación, que aún hoy comienza apenas a sospecharse.

Para que América arribara a su virginidad y a su juventud, era preciso que los dos elementos principales de la colisión, el indígena y el europeo, tomaran, por descomposición, al caos primordial, al limo informe, al humus original y primitivo. Esta descomposición debía alcanzar, también, a las demás razas, como la asiática y la africana, que se fundieron, luego, en este inmenso crisol telúrico. De allí ha surgido el mestizo o criollo, forma o etapa de transición hacia el nuevo tipo o nuevo hombre de América. El mestizaje es un camino de los pueblos, pero no un objetivo y una meta. El mestizo es un puente, un eslabón o un estado transitivo, pero nunca una forma estable y orgánica de vida. Así se explica que el criollo o mestizo colonial sea un producto híbrido, no solo en su constitución física, sino, también, en su estructura espiritual y psíquica. A este hibridismo fisiológico corresponde ese hibridismo cultural y ético que observamos en todas las manifestaciones de la vida latinoame-

ricana. Así como el mestizaje es una yuxtaposición de sangres, es, igualmente, una yuxtaposición de estados anímicos que no han llegado todavía a ligarse en un conjunto coherente y unitario. De allí también esa noción pugnaz interna que caracteriza el alma del latinoamericano durante la Conquista, el Coloniaje y la República, y que se resuelve en un ser neutro, híbrido, pasivo y subalterno, con respecto a todas las valías espirituales, morales y psíquicas del hombre.

En los pueblos y las razas no hay esa discontinuidad biológica que se observa en el hombre, considerado como individuo, cuando este se desintegra. Es muy cierto aquello de que a una muerte y a una decadencia sucede siempre un nuevo brote, un nuevo nacimiento. Muere y se descompone el indígena, pero, también, muere y se descompone el europeo para que surja, luego, una nueva estructuración, una nueva conformación fisiológica y espiritual del hombre americano.

No hay muerte ni desintegración absolutas, ni en la Naturaleza ni en la Historia. Se disuelven y mueren las formas de expresión de un ciclo cultural, pero la modalidad cósmica, el sentido espiritual, y aun la estructura psíquica que esas formas realizaron, se transmiten como continuidad hereditaria hacia el porvenir, más bien dicho, hacia el devenir del espíritu. La equivocación de Spengler consiste en no ver en las culturas sino simples formas y estructuras morfológicas pasajeras, y ese es el significado vano, quimérico y pesimista de su pensamiento global. Spengler no veía el porvenir en su conformación original y viva, sino como mera repetición, casi mecánica y muerta, del pasado, aplicándole el cartabón rígido de este. Así se explica ese reaccionarismo cerrado de sus últimos libros.

Este proceso de desintegración y descomposición está en América, finalizando. Se encuentra en sus últimos estadios y ha comenzado, también, el proceso correlativo de integración, de recomposición, de síntesis. América está encontrando, otra vez, su virginidad y su juventud; está encontrando su porvenir y su mañana porque el pasado autóctono y europeo está abismándose en las entrañas remotas del tiempo. El pretérito ha perdido ya su virtualidad y su fascinación. Se ha desvanecido para siempre el mágico hechizo.

La comprobación más efectiva de este aserto es el hervor, el dinamismo galopante de que es ahora vasto escenario el nuevo continente. Esa beligerancia encendida, esa disconformidad pugnaz de las juventudes latinoamericanas lo revelan

con definida claridad. No se trata de movimientos anárquicos que desarrollan una acción incongruente y atomizada, sino de un inmenso esfuerzo constructivo, de una luz fulgurante y creadora que busca, en afanosa y dilacerante brega, el punto focal de su expresión histórica y humana.

El europeo, por lo general, no es consciente de este proceso que arranca de un estrato profundo del alma latinoamericana Y que, por eso, está destinada a una extraordinaria proyección histórica. El europeo no percibe sino el aspecto superficial y pintoresco de América Latina. Se comporta frente a ella como un auténtico esnob, ganoso de exotismo y emociones epidérmicas. América existe para el europeo como un inmenso museo o pinacoteca arqueológica, pero no como una cultura en marcha, como una vida colectiva en devenir, como una existencia fluyente, móvil y creadora. La mentalidad y sensibilidad europeas, con respecto a América, han quedado inmóviles, petrificadas, yertas, como la mujer de Lot, bajo el alucinante hechizo del pasado. La tabulación racionalista del hombre del Viejo Mundo es incapaz de comprender, en toda su amplitud vital, el sentido de las nuevas valías espirituales, emocionales y psíquicas que han comenzado a surgir en nuestros pueblos.

II

Digestión vital

Si nos preguntamos cuál es la característica fundamental que diferencia la presente generación de las anteriores, nos responderemos lo siguiente: en las actuales generaciones está empezando a realizarse la asimilación, la conjugación, la digestión telúrica y cósmica de dos mundos y de dos culturas que han coexistido, no solamente extrañas y aisladas, sino, recíprocamente, hostiles y pugnaces. Desde los primeros días de la Conquista este divorcio profundo se hace evidente en todos los órdenes de la vida latinoamericana. Por un lado, el mundo descubierto por Colón y, por otro, el mundo que vino con Colón. La América autóctona y la Europa invasora. El Perú de Atahualpa y el México de Moctezuma, frente a la España de Cortés y de Pizarro. Ambos eran entre sí

factores excluyentes y divergentes. Ninguno de los dos pudo asimilarse y conjugarse. Fue precisa una larga y trabajosa digestión de siglos para que surgieran los órganos biológicos necesarios, capaces de transfundir en un nuevo conjunto homogéneo y unitario estos dos elementos excluyentes y negativos entre sí.

En los primeros siglos tuvo que triunfar, aparentemente, la fuerza de las armas y de la técnica europea. Y decimos aparentemente, porque el otro mundo se mantuvo, indeclinable y señero, orgulloso de su grandeza pasada y consciente, en mayor grado de lo que generalmente se cree, de sus propios valores espirituales. De esta suerte, se estableció en nuestros pueblos el hibridismo colonial como sistema de gobierno, como sistema político y religioso y como realidad cultural y étnica. Ya hemos dicho que el criollo latinoamericano fue el producto de la degradación de ambas culturas y de ambos órdenes espirituales y morales. Desde entonces, América fue un continente híbrido y sin valores propios, característicos y esenciales. Ningún mensaje original fue posible que articuláramos para el mundo.

La revolución de la independencia fue el primer intento de revalidación del hombre latinoamericano, pero, desgraciadamente, un intento fallido. La independencia nos trajo meras formas políticas y jurídicas, que no habíamos digerido, que no podíamos digerir y que fueron la simple proyección mimética de los pueblos europeos en plena revolución liberal. Se hizo la independencia, reclamándose con las frases de la Revolución francesa y acabó afirmando y consolidando el sistema feudal de la propiedad con todos sus vicios y degeneraciones y sin ninguna de sus virtudes y excelencias. De allí, esa monstruosa desarticulación de nuestra realidad jurídica, política, social y económica que se prolonga hasta los días actuales. Mientras se multiplicaban las Constituciones avanzadas, de un liberalismo de similor, el cacique, el gamonal y el latifundio eran las auténticas instituciones continentales y sobre las que descansaba toda la economía latinoamericana. El latifundio romano, al cual Plinio atribuía la decadencia del imperio, era un juego de niños si se le compara con las haciendas latinoamericanas que abrazan enormes extensiones de tierra, que permanecen, en su mayor parte, improductivas y que alcanzan, a veces, provincias enteras. El esclavo o el siervo de la gleba nunca sufrieron la explotación, el trato inhumano y la bestialización sistemática a que está sometido el indígena en nuestros países.

El valor continental de las presentes generaciones consiste, precisamente, en haber hecho la digestión de América, en haber refundido en su acción, en su pensamiento y en su impulso emotivo esa intuición oscura y profunda de ser la concepción y la expresión de un nuevo y vasto mensaje de la vida universal, América afirma, en sus actuales generaciones, el propósito de encontrarse a sí misma, de definirse en sus caracteres propios, esenciales y permanentes. Keyserling le llama "el continente del tercer día de la Creación" y, ciertamente, de este vasto reservorio de fuerzas primitivas y desaladas debe estructurarse una nueva expresión del espíritu.

Y dicho está que los hombres, como los pueblos solo son en el sentido esencial de la palabra, cuando surgen de sus propias entrañas. El espíritu es autófago porque únicamente vive, se manifiesta y se realiza, nutriéndose de sí mismo. Las aportaciones extrañas sirven nada más que como fuerzas catalíticas, cuya presencia provoca, facilita y despierta la autocreación. Esta experiencia cósmica fue olvidada por el indio, y también, por el europeo, en el fragor de la contienda. En puridad de verdad, este olvido hizo posible el hallazgo de un nuevo camino para el hombre.

La cultura colonial, que ha sido, también, la cultura de la República, es el calco, el mimo, la escurraja de la cultura europea. Los hombres cultos de América han sido cultos por inducción, por galvanización indirecta, por mimetismo libresco y literario, y no por asimilación y digestión vitales. El alimento que permanece extraño dentro del aparato digestivo, al descomponerse, se torna destructivo y tóxico. Hemos tenido todas las toxicómanas filosóficas y literarias del Viejo Mundo. El veneno es la sustancia que no se asimila, que no se incorpora como tejido, como célula, como sangre, dentro de un organismo. Y ya sabemos hasta qué punto hemos estado y estamos envenenados de esnobismo europeo. No hemos querido ser sino el *parvenu* de la cultura y del espíritu europeos.

Pero... acabemos parafraseando a uno de los poetas más grandes de América Latina: "¡Mas es nuestra el alba de oro!".



Segunda sección

Buceando en el abismo



1. EL DESTINO TRASCENDENTE DE AMÉRICA

I

Intuición, razón y verdad

No creo que haya nada más importante para un pueblo, para una raza, para un continente, que precisar en su conciencia vigilante –hasta donde esto sea posible– la nota característica que viene a emitir en el acorde del mundo. *Saber su melodía* en la vasta armonía de lo humano es haber comprendido el sentido de su destino. Mas, el destino está constituido y determinado no solo por las fuerzas racionales sino, también, por las potencias irracionales que actúan en planos adonde no podemos llegar sino con el poderoso garfio de la intuición. La asociación conceptual corriente no nos conduce jamás a las metas, a los alumbramientos totales. Se revuelve sobre sí misma, como la serpiente simbólica que se muerde la cola. Actúa dentro de una constelación dada de verdades que la intuición ha hecho accesibles a la conciencia, pero no es el rayo que produce el resplandor en las tinieblas, ni la inteligencia o el logos que reorganiza el caos, que hace surgir del espacio y en el espacio, el cosmos. Nuestra razón, en puridad de verdad, en un sentido irrestricto, no es un instrumento de investigación, sino un instrumento de realización y de expresión, un vehículo transmisor de verdades, una potencia transitiva y de contagio para el entendimiento de los otros. Una suerte de pionero que abre la vía y rotura el camino en la aventura peligrosa y problemática de la sabiduría.

Conocer una cultura y comprenderla es haber precisado las intuiciones capitales en que se funda y es, también, precisar las razones nuevas que ha puesto en circulación. Que la razón es una potencia independiente de la verdad o verdades que expresa nos lo revela de una manera deslumbrante la prodigiosa aventura de los sofistas griegos que probaron el pro y el contra de una cosa y que manejaron, con una gallardía que no ha vuelto a repetirse en la historia, la facultad razonante o racionalizante del hombre. En la Edad Media el continuador de la tradición sofística fue el teólogo escolástico, y en la vida contemporánea, el abogado y el rábula son los únicos que han mantenido la flexibilidad de la razón como instrumento expresivo.

En los últimos tres siglos, nunca el poder del sofisma racional alcanzó la eficacia y la universalización dogmática que en 1914, cuando cada grupo de beligerantes se disputaba la opinión favorable del mundo.

La potencia racional del hombre actúa en círculos cerrados, como la serpiente de la fábula, y nunca es capaz de traspasar su propia frontera. El loco razona con admirable destreza dentro del círculo cerrado de sus obsesiones o ideas fijas, pero jamás intuye ninguna verdad acerca de su propio destino o del destino del mundo. Dentro de su constelación racional privativa, el demente es irrebatible por el hecho sencillo de que las razones de los unos no sirven para los otros; porque el valor convincente de un determinado género de razones está en relación y correspondencia directa con el temperamento del sujeto que razona. Ya Pitágoras dijo que el vicio de la razón era la locura.

La América necesita crear sus propias razones; necesita dar un vehículo racional a sus intuiciones sobre la totalidad y significación de la vida. Las verdades que afloran en la conciencia tienen que racionalizarse para ser eficaces, para construir la sólida y tangible armazón de una cultura. La razón es como el sistema óseo de un organismo, en torno del cual toman forma y consistencia las intuiciones, las verdades, las emociones, las reacciones vitales de una raza, de un pueblo, de un continente.

El destino de un pueblo es la resultante de una ecuación de factores biológicos, psíquicos, telúricos e históricos que se organizan y se conforman en un sentido determinado, en una modalidad vital, en un *destino*. La verdad de una raza es solo y únicamente su estilo, y la grandeza de ella depende de la mayor o menor profundidad con que realice y exprese este estilo. No hay verdades impalpables, etéreas y objetivas, en el sentido absoluto, sino verdades que se *encarnan* en formas racionales, en armazón vital, en plasmas germinativos.

Ahora bien, América no ha tenido un estilo porque no ha tenido una verdad o conjunto de verdades originales que expresar ante el mundo encarnadas en una organización biológica, en una forma concatenada y congruente, en un todo tramado y contexturado para su expresión adecuada.

Mas es preciso que lo tenga. De un caos parecido salieron todos los pueblos en que florecieron las más grandes culturas de la historia. Caóticos fueron siempre todos los principios. Una y otra vez ha de cumplirse la ley cósmica que establece que de una involución emerja un nuevo proceso evolutivo.

Ningún organismo –pueblos, razas, hombres– es de una manera fija *y* conclusa. Todo organismo se hace y deviene perpetuamente. Tanto está el presente en el ayer, como el ayer en el porvenir. El presente es el trampolín y el *élan* del mañana.

En la historia no hay pleonasmos, no cuenta la peripecia superflua. Lo que fue hecho una vez está siempre haciendo y creando. Cada hecho está cargado de consecuencias y él mismo es una consecuencia de otros hechos anteriores. El instante histórico engendra y es engendrado. Es paternidad y, a la vez, filiación.

En América ha faltado el ojo histórico. Por eso no ha surgido todavía una conciencia histórica, una conciencia continental. Su realizarse ha sido una realización instintiva, sin intención ni propósito alumbrado.

Pero es preciso acelerar y acrisolar el destino, racionalizándolo, haciéndolo conciencia; rigiendo, en cierto modo, el pensamiento que presidió su nacimiento. Así encontraremos el estilo de América, la versión del espíritu universal que torna estructura y encuentra cauce vital en su historia. Así América será una *coherencia* y tendrá un *sentido* en el universo humano.

Hasta aquí el azar o lo que aparecía como el azar, porque aún no se había expresado en razón histórica. De hoy en adelante, la conciencia, el propósito trascendente, el sentido histórico.

II

El desgarrón histórico

Desde la Conquista, América ha tenido una historia periférica y extravertida. El mundo se ha insertado en ella, como una avalancha que rompe el dique de contención y permanece extraña al área invadida. Sus acontecimientos eran acontecimientos europeos, extraños, exóticos; letras de un alfabeto que pertenecían a un lenguaje distinto; signos y símbolos impuestos desde fuera y, por lo tanto, incapaces de expresar ningún estilo, ninguna intimidad entrañable y congénita.

Cuando Roma somete a Grecia, la cultura griega conquista, a su vez, al invasor; pervive dentro de él y se continúa en floraciones magníficas. Más aún, la cultura griega a través de Roma se universaliza, toma un vuelo poderoso y gana el imperio del mundo. Conquistadora de su vencedor hace de él el mejor vehículo de su expansión universal. Hasta Roma, la cultura griega no fue sino una cultura provincial, una cultura mediterránea, hasta cierto punto localista y circunscrita. Con Roma, el mundo se heleniza y la abeja ática prende sus panales en Britania, en la Galia, en Germania, en Hispania, centros de donde se irradia después al porvenir. Ninguna conquista, como la romana, sirvió mejor los designios más profundos, el destino esencial de una raza "vencida". Roma jugó un papel decisivo para Grecia y, tal vez, sin ella, su cultura habríase extinguido sin repercusión mundial, a orillas del mar Egeo. El mundo habría tomado, entonces, otros caminos. En realidad, la conquista romana no fue para Grecia, en último extremo, una tragedia, sino un florecimiento, una expansión vital, una continuidad histórica.

Para América, la conquista europea fue una *catástrofe*, una tragedia de proporciones cósmicas, ya que ella significó no solo el hundimiento y el eclipse de una raza que había llevado a un estadio resplandeciente de civilización, sino, también, la inserción de un alma extraña que vino, a su vez, a trizarse o, cuando menos, a deformarse dentro de las poderosas fuerzas geobiológicas que actuaban en la tierra continental como un disolvente, como una energía letal y corrosiva. De este choque salieron moribundas y cadáverizadas, como sombras espectrales, el antigua alma indígena y el alma invasora de Europa.

En la historia del mundo, América es un gran desgarrón. El desgarrón de una raza vigorosa por obra de la conquista y la violencia de la barbarie occidental. Esta raza cumple un ciclo de vida y de cultura superior, sin el concurso ni la aportación de las otras razas. Caso único en que se abre el seno de un continente como un hipogeo cósmico, para que vinieran a cadaverizarse y podrirse todos los pueblos de la tierra, dejando un humus humano, rico en elementos fecundantes y en posibilidades inauditas.

Por eso, América ha vivido sin su propia experiencia. Toda su vida histórica, es decir, toda aquella parte de su vida que se inserta en el acontecer del mundo, ha sido un *abismarse* de Europa en ella, una fusión de todas las razas en sus tórridas entra-

ñas. Caso en que una prehistoria es superior, es más que la historia, porque lo que conocemos del Imperio incaico era ya, desde hacía mucho tiempo, una decadencia, y porque Europa, que en el sentido vital de la palabra, no ha creado todavía nada en América, no ha hecho sino repetirse mal, y repetirse destruyendo lo que había de vivo, orgánico y fuerte en esta parte del mundo. Y este es el desgarrón de América. Un desgarrón que se cumple hasta en el hecho simbólico de que un navegante sale en busca de una cosa y, de súbito, se encuentra con otra. América es, pues, la aventura, el gran tropezón histórico de Colón y, por eso, en cierto sentido, la hija de lo fortuito y de lo inesperado. América constituye el recomienzo de una vida nueva para la cual no sirven, en su significado concreto y particular, ni la experiencia, ni las leyes, ni las normas que ensayaron el hombre europeo y el hombre oriental a través de los siglos. América es una nueva posibilidad humana.

Mientras el resto del mundo se encuentra, ya en formas cristalizadas y fijas, ya en plena fusión disgregativa, América es, todavía, un plasma móvil, un fenómeno en plena refundición vital. Mientras todas las demás culturas se hallan en su madurez o en su declinación porque han encontrado el sentido de su solución humana, América es todavía una infancia, una incógnita problemática. Y, si hasta hoy ha sido un sepulcro, es indudable que ya comienza a ser una cuna.

III

Síntesis de razas y culturas

Desde hace cuatro siglos todas las razas están derritiéndose en la hoguera de América. Para ayer, necesaria fusión disgregativa; proceso de integramiento y de reconstitución, para mañana. El ojo miope y retrasado no ve sino el caos, la heterogeneidad momentánea y epidérmica, de la cual casi no puede hablarse sino en pretérito, puesto que ha comenzado el proceso de integración. El indígena, el blanco, el asiático, el negro, todos han traído su aporte y se han podrido o están acabando de podrirse en esta inmensa axila cósmica, para libertar sus respectivas

superioridades integrantes, que harán el *hombre americano*, cumplido ya para el porvenir de la humanidad.

Ha sido precisa esta encrucijada de América para que todas las razas no encuentren el ultra, el más allá del hombre sino desintegrándose. Parada o involución de un proceso que habría de seguir, después, su continuidad, América está cumpliendo o ha cumplido ya su función de osario o pudridero para ser la macrocósmica entraña del porvenir.

Hasta este momento las razas se han desarrollado unilateralmente, aisladas, circunscriptas, ignorándose y despreciándose mutuamente. La palabra *ostys*, con que el ciudadano romano designaba al extranjero, continúa definiendo todavía la actitud que, en el fondo, un pueblo adopta con respecto a otro, por más que se disimule este sentimiento, bajo las ceñidas fórmulas de la cortesía internacional. Los nacionalismos deflagrantes que han generado el ambiente explosivo de Europa no solo han surgido de causas puramente económicas –aunque estas sean los factores principales–, sino, también, de la abismal incomprensión e ignorancia que hay entre pueblo y pueblo, entre raza y raza. Es particularmente significativo que dos pueblos vecinos y fronterizos como el francés y el alemán se odien hasta el exterminio y que la palabra *ostys*, el enemigo, tenga casi el mismo sentido destructivo que en la vieja Roma. Y este ejemplo puede multiplicarse en la vida contemporánea.

Hasta cierto punto era necesaria esta desconexión hostil. Los pueblos no alcanzan un estadio superior, desde sus planos inferiores, sino chocando y negándose entre sí. Si es cierto que esta desconexión fue negativa, en cierto respecto, cobijaba, sin embargo, por contraste, a cada raza en sus respectivas afirmaciones y posibilidades vitales dentro de su propio ser. Realización o expresión, tanto como libertad es límite. No se puede vivir sin limitarse porque significaría la disgregación antes de la madurez, la dispersión periférica antes de encontrar y definir su propia alma. La palabra y la acción expresan el pensamiento y lo matan, para seguir viviendo. Vivimos muriendo. Es el sentido agnóstico.

Pero, a diferencia de los demás continentes, América es un nudo. En ella se cruzan, confluyen y conectan, como en el centro de una rosa náutica, los caminos de todas las razas. Arrastradas por fuerzas biológicas superiores, obedeciendo

a sus más profundos designios de continuidad vital, a la manera como ciertos peces de los mares del norte, atraídos por fuerzas telúricas irresistibles, emigran a las aguas del sur para cumplir el acto supremo de la fecundación, los pueblos de toda la tierra buscaron la confluencia de América para superarse e integrarse recíprocamente.

Es la confluencia del Oriente y del Occidente en una tierra nueva. El Oriente nos trae el conocimiento del hombre en su totalidad subjetiva, en su yo trascendente, en su concordancia con el cosmos, en su fusión o sumersión en "Dios". Gracias al Oriente, el hombre sabe que, a la vez que un centro, es un punto periférico del Universo. El Oriente, por sobre las razas y las diferencias, nos da el hombre universal, el hombre cósmico. De allí su profundo, su acendrado sentido religioso, su comunión mística y física con la Naturaleza.

Ninguna filosofía, como la oriental, llegó a la síntesis suprema de su pensamiento, al alumbramiento de los grandes y totales panoramas del espíritu, a la armonía del alma interna. El pensamiento europeo es analítico, anatómico, disgregativo. No supera jamás la razón que constituye su realidad, su vida y su fuerza, pero que también es su cárcel. El pensamiento oriental comienza donde acaba el occidental, donde este encuentra su barrera intrasmontable, su frontera última. El filósofo de Königsberg señaló con admirable precisión, el límite del conocimiento europeo. El pensamiento occidental es racional y consciente; el oriental, supraracional y supraconsciente. En el Oriente la facultad intuitiva se hace constatación experimental por medio de los órganos internos. No hay conflicto entre la religión y la ciencia.

Europa, en cambio, aporta sus técnicas, nos da el hombre concreto y colectivo, el hombre en convivencia mutua, el hombre político y posesivo por excelencia. Mientras el Oriente nos da el hombre genérico a trueque de *gasificarse* por falta de contención terrestre, el Occidente nos da el hombre de carne y hueso, la criatura telúrica enfocada en sus inmediatas realidades vitales. Su filosofía, su arte, su industria, su política, su economía son un reflejo de estas características esenciales.

Hombre político o externo, en el sentido que decía Aristóteles, y hombre subjetivo e interno, he aquí los factores de la síntesis que darán el Oriente y el Occidente en América.

IV

América, equívoco de América

Como América es un hipogeo, cumple su acción funeraria aun en aquellas porciones del continente, como Estados Unidos, en que se nos aparece bajo una superficie progresiva y brillante. Paramento vistoso con fúlgicos alamares que cubre un esqueleto sin alma. El estucado perfecto de una civilización que disimula y oculta la fermentación corrosiva de un pudridero cósmico. Este fenómeno se explica diáfanamente por el hecho de que en Estados Unidos la invasión europea no tuvo que chocar con la poderosa resistencia espiritual de una cultura superior, como en el Perú o en México. Los pieles rojas al contacto con el europeo retrocedieron hacia los lugares desolados y abruptos para ser, luego, cazados como fieras. El puritano y el bandido europeos se establecieron sin chocar con ninguna fuerza indígena pugnaz. Política y económicamente se organizaron *a su gusto*, para emplear una gráfica expresión popular, mientras que en México y en el Perú los españoles, para establecer sus instituciones políticas, religiosas y económicas, se encontraron con serios problemas que resolver. Por eso, en Norteamérica pudo realizarse la yuxtaposición casi perfecta de una cultura extraña, y los utopistas europeos de la época pensaron en la tierra nueva para instituir, como en *tábula rasa*, sin tradición cultural alguna, sus falansterios y sus Repúblicas platónicas. Más de un presunto o efectivo discípulo de Campanella o de Fourier, soñó en las "tierras vírgenes" de América para sus realizaciones ideales. Para el puritano el territorio invadido fue *res nullius*, en sentido absoluto; para el español, significó una lucha tenaz y desgarrada contra una organización jurídica milenaria y perfecta en su nivel y en su época. Tuvo que trizar y romper violentamente un sistema económico, social, político y religioso que, dentro de sus condiciones peculiares, era superior al europeo.

Porque Europa se estableció sin resistencia cultural alguna en América sajona, Estados Unidos es un *equívoco* de la americanidad. Europa no quiere reconocerse allí y, sin embargo, nunca se definieron con mayor nitidez los valores occidentales en su proyección excéntrica *y* externa. Contemplar a Estados Unidos es contemplar, con nítida rotundidad, la defunción de la antigua Europa. Todos

los males que han herido de muerte al Occidente, en su estadio actual de cultura, se reconocen al escudriñar, profundamente, la vida norteamericana. El industrialismo manufacturero, el maquinismo, las tendencias económicas y financieras, la actividad febril de los negocios desplazando toda intimidad espiritual han alcanzado su máxima tensión. Es la muestra de todo lo que ha podido dar el Occidente en este sentido. No hay ya mucho que forzar para que la cuerda reviente. Es una organización que ha entregado toda su elasticidad, es decir, toda su capacidad de absorción. Como el Imperio romano fue la máxima floración del mundo antiguo antes de extinguirse, Estados Unidos es, a su vez, el postrer resplandor maravilloso del Occidente industrialista, antes de hundirse carcomido por los disolventes de sus propias contradicciones.

Como lo repito, Europa no quiere reconocerse en su hija de carne y hueso. No solamente los hombres, sino, también, los pueblos, suelen estar ciegos para reconocer los signos evidentes de su decadencia y ruina final. Si a algo puede llamarse pleonasmo en la historia, aun a trueque de violentar la realidad de las cosas, Estados Unidos es el pleonasmo de Europa. No es al acaso que Lindberg, un norteamericano, sea el primer aviador que cruza el Atlántico en vuelo directo hacia Europa. Una civilización esencialmente *hazañosa* tenía que señalarse por una desorbitada hazaña mecánica. Estados Unidos aplica en grande lo que Europa inventó e hizo en pequeño. El rascacielos es la hazaña de la arquitectura sin alma que se desmesura hacia el espacio para disimular su abismática oquedad interna. Organización de *raids* y de *récords,* acabará de morirse en el país supremo de los *raids* de los *récords.*

Pero no vaya a entenderse, por lo que acabamos de decir, que en Estados Unidos no esté naciendo un pueblo nuevo, una raza de superiores destinos humanos. Bajo la Norteamérica europea y yuxtapuesta, existe la Norteamérica del porvenir, la Norteamérica macrocósmica que está generando y nutriendo en sus entrañas el hombre americano del futuro, el hombre universal del mañana. Eso nos explica por qué, para el observador atento, Estados Unidos da la impresión de una coexistencia extraña entre el tipo supercivilizado y el tipo primitivo de hombre que, con frecuencia, se produce en el mismo individuo. Hecho paradójico y, sin embargo, cierto. En Estados Unidos, como en Sudamérica, hay una infancia y una tumba; un réquiem funerario y una diana de nacimiento.

V

América hacia su americanización

Toda cultura, para ser ella misma, precisa entrañarse en sus ingénitas raíces vitales. Un pueblo o una raza no llegan a ser órgano de expresión histórico, mientras no penetra, con ojo buido, en la intimidad secreta de su propio ser. Intimidad que, por serlo, no puede prestarse a otro y que es inalienable en absoluto. Intimidad no es más que *estilo,* ritmo privativo de una existencia, valía circunscrita de un cosmos que se vierte a través de un especial organismo psíquico y biológico.

Los pueblos *y* los hombres en su infancia no comprenden el secreto de su intimidad. Viven imitando las intimidades ajenas, que confunden con la suya propia. Solo después de una larga experiencia dolorosa se descubren a sí mismos. Conocerse a sí mismo es ser uno mismo, es tocar las alas de su espíritu. El conocimiento es consustancial a la existencia y al ser de una criatura. Es lo que quiere expresarse en la sentencia del oráculo de Delfos: Conócete a ti mismo. Esto lo ha ignorado el hombre americano durante cuatro siglos.

América –lo repetimos– ha vivido extravertida, recogiendo la resonancia periférica de Viejo Mundo, como el infante que convierte en modelo a su padre. Nuestros pueblos han convertido en mueca los estilos ajenos, que buscaban un mercado de ideas y una proyección narcisista en ultramar, que se convertían por ello en mero reflejo, en deformación grotesca. De allí que América haya sido una vacua gesticulación, a la manera como el eco de una voz es la gesticulación cadavérica e hiperbolizada de la palabra viva. Nada más ni nada menos que lo de la caverna de Platón.

–¿Verán algo más que la sombra de los objetos que pasan detrás de ellos?

–No.

–Si pudieran conversar, ¿no convendrían en dar a las sombras que ven los nombres de las cosas mismas?

–Sin duda alguna.

–Y si tuviesen en el fondo de su prisión un eco... que repitiese las palabras de los transeúntes, ¿no se imaginarían oír hablar a las sombras mismas de los que pasan delante de sus ojos?

–Sí.

–En fin, ¿no creerían que existe otra cosa real que esas sombras?...

–Les será preciso largo tiempo para acostumbrarse a ello [los seres reales]: primero, discernirán más fácilmente las sombras; en seguida, las imágenes de los hombres y de los demás objetos reflejados en la superficie de las aguas y, por último, los objetos mismos".

Y esto es la americanización de América, el hecho inaudito que significa en la vida de un pueblo que este llegue a discernirse a sí mismo, que alcance el fondo de su ser logrando la expresión de su alma, que salga de la "caverna" –donde no percibe sino sombras–, a plena luz del Sol, donde está el alumbramiento y la percepción directa de sí mismo. Y esto no puede ser si no discierne entre las sombras y su ser esencial, entre los ecos y su voz viva; si no distingue entre los espectros de los otros y su inalienable intimidad.

2. HACIA UNA NUEVA PULSACIÓN CULTURAL

I

La caldera de vapor

La historia de los pueblos, de los hombres y de las cosas nace a su debido tiempo y con su verdadero e intransferible sino. No antes ni después, sino en su hora justa. No distinto ni permutable, sino dentro de un signo inconfundible y de un riguroso sentido de realización. No se trata de una fatalidad providencial y metafísica, sino de la determinación orgánica de un proceso que, como todo lo que vive, está sujeto a las leyes internas de su expresión. Para que un pensamiento sea algo vivo y se concrete en hechos significativos es preciso que se encarne en el sentido de su época, en el dramatismo personal de la vida del hombre, que es el sujeto de la historia. Nada más equivocado que el punto de vista del racionalismo, que atribuía a las ideas puras e *inmateriales*, por decirlo así, una suerte de potencia mágica que operaba milagros. La *idea* era una especie de teúrgo que creaba de la nada, que no necesitaba insertarse en la vida e impregnarse de ella para ac-

tualizarse como hecho, como fenómeno histórico, como peripecia humana. Se pretendía transformar el mundo desde fuera, es decir, desde la periferia de las cosas; cuando el camino es inverso, porque las cosas se expresan y realizan desde dentro; cuando los pensamientos se hacen vida y se actualizan surgiendo desde la entraña de los seres. Se creía transformar la vida con programas externos, cuando los programas solo son capaces de influir sobre ella e inclusive, orientarla, cuando surgen de su esencia más íntima.

Este error de los siglos XVIII y XIX, que tuvo tan decisiva influencia en la vida contemporánea y del cual se desprende su carácter catastrófico, se explica porque la intelectualización del hombre llegó a un límite desmesurado, hasta desplazar todas las valías espirituales, morales y biológicas del ser humano. Se sobrestimó la facultad racional, que solo es un instrumento de expresión, con tanto o menos valor que los otros instrumentos o potencias del espíritu. A costa del desarrollo estrambótico de una facultad se deformó el resto orgánico de la vida y, así, hemos asistido al espectáculo satánico de que simples entelequias abstractas y muertas intentaran crear y gobernar la historia: el cadáver ideológico rigiendo el calor y la multiplicidad de la vida.

Y aquí llegamos a un hecho simple e insignificante, al parecer, desde el punto de vista racional, pero que entraña un profundo significado histórico, hasta adquirir la categoría de un símbolo. Queremos referirnos a la invención de la caldera de vapor, que revoluciona la industria contemporánea y que cambia, de un modo radical, las condiciones externas de la vida humana. Para que la invención de la caldera de vapor se hiciera *histórica*, para que se insertara en los acontecimientos como expresión del espíritu de una época, fueron necesarias las condiciones determinadas en que apareció. Fue preciso que surgiera el sistema capitalista y que la economía salvara sus etapas anteriores convirtiéndose en economía industrial. La caldera de vapor fue ya inventada una vez por Arquímedes. Sabido es que este sabio descubrió todas las leyes mecánicas del vapor y construyó un aparato o marmita para aprovechar su fuerza de impulsión. Pero el invento, la idea quedó como una simple curiosidad o juguete sin aplicación práctica y sin llegar a constituirse en instrumento de expresión histórica. La caldera de vapor se inventó, realmente, cuando Watt y Stephenson la convirtieron en vehículo histórico, cuando el sentido de los tiempos tornó carne en ella. Lo que ocurrió con la caldera de vapor ocurre, también, con innumerables inventos de ahora, sumamente ingeniosos, que quedan relegados a la categoría de simple juguetería infantil. Y es que

la Idea, el Pensamiento, la Razón o como quiera llamársele no crean nada desde fuera, como teúrgos periféricos e independientes; igual que las demás potencias de la vida, son simples instrumentos de expresión que operan desde dentro y que se actualizan a condición de encarnarse en la cuita dramática y vital del hombre.

Por no haber comprendido esta verdad, el hombre contemporáneo ha sido un extraviado, y gran parte de su historia, una catástrofe. Los más eminentes pensadores de hoy lo han comprendido con indudable claridad y no resistimos a la tentación de trascribir un párrafo de Ferdinand Fried a este respecto: "Después de la guerra el alma reacciona; asistimos al cambio de frente, de lo *fuera hacia lo dentro,* del *tener* hacia el ser"... "Cuando lo irracional ataca a lo racional, y el contenido a la forma, tanto la razón como la forma al principio llevan ventaja. La forma es sólida, pero carece de alma: es la fórmula deslumbradora. Lo irracional en sí debe antes dar con la forma en qué llegar a encarnarse. En política este elemento irracional anda buscando con titubeos sus formas de expresión...".

"El desasosiego de los jóvenes señala este retorno hacia el alma de una manera más clara y más pura, pues el mundo de la razón no ha tenido tiempo aún de embeber a la juventud, todavía no del todo deformada. Los partidos políticos se descomponen en sentido vertical: los jóvenes se separan de los viejos o se rebelan contra ellos. Lo esencial para este movimiento es no contraer compromisos con lo que ha existido: pues para él sería el suicidio. Lo irracional no puede contraer compromiso alguno con lo racional, el alma con la inteligencia, y en caso de que, a pesar de todo, lo contraiga, viene a experimentar su propia insuficiencia y a desmentirse a sí mismo".

II

La vitalidad de las ideas

Así como las cosas tienen su inserción histórica precisa, cual el ajuste de una pieza dentro de un todo, las ideas tienen, también, una ubicación viva que es lo que les da su fuerza creadora. Cuando no ocurre así, se quedan en simple juguetería ra-

cional, en mera gimnasia dialéctica. No se trata de que el hombre sea una máquina facturadora de ideas, sino de que las ideas sean la expresión del hombre. No este el esclavo de las ideas, sino estas al servicio del espíritu humano y de la historia. Sin embargo, por absurdo que parezca, la humanidad occidental, durante más de dos siglos, ha partido de esta premisa falsa que, por serlo, era, también, deformadora de la vida: "todo lo que es real es racional y todo lo racional es real". He aquí el esquema cadavérico y exhaustivo de todas las demás categorías vitales en que llegó a formularse la unilateralidad de una etapa superintelectualizada hasta el suicidio. *No es que el hombre de hoy quiera renegar de la razón; es que la razón debe ocupar* su lugar y nada más que su lugar; debe ser un simple resorte o instrumento del ajustamiento total de la vida.

El desplazamiento de la razón fuera de su lugar nos dio esas etapas insensatas y crueles en que la violencia alcanzó el máximum de su poder destructivo. Los excesos y la barbarie de las Cruzadas –aunque en otro sentido tuvieran estas un valor simbólico–, la noche de San Bartolomé, los crímenes de la Inquisición, las explosiones sanguinarias de la Revolución francesa, los programas antisemíticos y la inconcebible barbarie de la guerra mundial que acaba de terminar, son el resultado directo de las entelequias racionales que circulaban y regían al mundo en cada una de esas etapas. Pero el desplazamiento de la razón no solo tiene como resultado la violencia ciega y destructiva, sino, lo que es peor, el agotamiento de todas las demás potencias vitales, el rebajamiento del valor integral de la vida, a la manera como una planta no puede medrar dentro de una atmósfera cargada de emanaciones tóxicas y venenosas. La razón ejerce, entonces, una acción depresiva y se torna infernal y destructora, como cualquiera de las otras manifestaciones de la vida que se desmesurara más allá de su función específica. La vida crece y se vigoriza en el equilibrio, en el armónico engarce de todas sus facultades y potencias.

Las ideas, para que puedan asumir su eficacia vital y creadora, deben estar ubicadas dentro de la entraña de la vida y de la historia; deben surgir de dentro hacia afuera, del alma hacia las cosas. La inversión racional ha costado caro al hombre de todas las épocas y, singularmente, al hombre contemporáneo, en el que ha adquirido, por su virtualidad de intelectualización, el máximum de su virulencia.

III

El dominio de las cosas

Puédese teorizar cuanto se quiera, que las ideas, si no tienen detrás de ellas la palpitación de un alma, si no son ellas la encarnación de una poderosa voluntad de ser, si no cabalgan dentro de una realidad histórica y si no se infiltran en las alas de una emoción vital, se quedan yertas, cadavéricas, inocuas y estériles para un sentido positivo y creador. Pero llega a veces el caso en que se reaniman y viven artificialmente, como verdaderas larvas mentales que se nutren de los demás órganos biológicos y, entonces, se tornan en poderes maléficos y represivos, porque pretenden embridar o regir desde *fuera* el vasto y rico complejo de la vida. Así se explica que los teorizantes y los ideólogos puros nunca alcancen una efectiva capacidad creadora y que las ideas que parecen más hermosas y brillantes quédense flotando en el espacio, como grumos de nubes que se dispersan al viento.

Acaso una de las ideas que surge más poderosamente vitalizada de la cultura occidental y que está destinada a marcar, como realización histórica, una etapa decisiva en la evolución espiritual y moral del hombre, sea la proyección del ser humano hacia el dominio absoluto y pleno de las cosas, del mundo exterior y periférico: en una palabra, hacia el dominio de la Naturaleza. Por eso, la ciencia, que en Oriente estuvo envuelta en los mitos, en las teogonías y en las cosmogonías fabulosas y simbólicas, en Europa adquiere una prestancia y una categoría extraordinarias. Toda la vida occidental se hizo científica y aun las fuerzas irracionales se sometieron a su dominio. La revolución industrial fue un producto neto de la ciencia, y la técnica no es sino la aplicación práctica de los principios y descubrimientos científicos. Hubo, inclusive, una religión científica: el positivismo de Comte. Y así como en la Edad Media toda la vida se hizo teológica, en los siglos XVIII, XIX y XX se convirtió en principios, teoremas y dogmas científicos. Nació, entonces, esa ingenua concepción cientificista del progreso, que desplazó las valías internas del alma y del espíritu.

El auge de las ciencias naturales y el materialismo filosófico y económico contribuyeron poderosamente a que el hombre occidental cumpliera con su extraordinaria misión histórica. Sin el "materialismo", que se concretó en pensamiento y en acción precisos, plenos de energía creadora, el hombre europeo no habría podido

dar ese prodigioso salto que necesitaba la civilización humana para poderse integrarse en una nueva síntesis de la vida.

El confort, la higiene, todas las facilidades de la vida material; la locomotora, el automóvil, la radio, el aeroplano, el telégrafo, la televisión, los caminos terrestres y las vías marítimas, el teléfono a grandes distancias y todas las demás aplicaciones científicas que evidencian el esplendor de una civilización jamás alcanzada, en su plano, por el hombre de las culturas anteriores, constituyen la proyección del ser humano hacia afuera, hacia el dominio de la Naturaleza y de las cosas por el hombre.

El Occidente no pudo alcanzar este poderío sino a costa de los otros valores espirituales. Es la ley de compensación. Tras de un ciclo fulgurante de ascensión, desatáronse las fuerzas irracionales y, rotos los dogmas epidérmicos que las reprimían, Europa desembocó en esa tremenda catástrofe apocalíptica que fue la última guerra. Desde entonces, cesa todo impulso creador de gran estilo en los diferentes órdenes de la vida y se inicia, ostensiblemente, un movimiento de declinación. Y mientras el hombre oriental fue el dueño de sí mismo y el vencido de la Naturaleza y de las cosas, el hombre occidental es el dueño y soberano de la Naturaleza y de las cosas, y el esclavo de sí mismo.

Nos encontramos en una verdadera encrucijada de la historia y es preciso que el hombre busque una salida. En esa tarea estamos. Entre terribles convulsiones trágicas, entre letales sobrecogimientos de angustia, en medio de un mundo que deflagra por todas partes, estamos recogiendo en nuestros oídos agudizados, como en una inmensa caracola, las trepidaciones de una época que se desploma.

IV

Tarea de América

En momentos en que esta cuita del mundo contemporáneo se hace más aguda y trágica, América, especialmente América Latina, toma conciencia de sí misma y se inserta en el acontecer histórico. Ya hemos dicho y se ha dicho muchas veces que América era un reflejo de Europa y que sus acontecimientos no eran acontecimientos *americanos*

sino acontecimientos europeos, porque no estaba aún madura, ni estaban maduros los tiempos, para que pudiera expresarse a sí misma. Como las notas tónicas de América eran distintas de las notas tónicas de Europa, que eran el producto de una distinta conformación vital y telúrica, la cultura europea tuvo que expresarse mal, tuvo que deformarse y degradarse a través de América. Una lengua no puede escribirse con un alfabeto extraño ni puede organizarse en una expresión con una gramática ajena. Si lo hace, es a costa del desmedro de sus modulaciones más finas y recónditas. América apenas comienza a crear sus propios instrumentos de expresión, a través de los cuales no solo podrá revelarse ante el mundo, sino, ciertamente, superar las realizaciones anteriores.

Si por un procedimiento de abstracción nos figuramos como un todo las culturas orientales –cada una de las cuales tiene, claro está, sus matizaciones exclusivas y propias–, descubriremos un propósito de realización, un objeto vitalizador, un sentido general; el dominio del mundo interno por el hombre, el dominio de sí mismo. El esfuerzo que realizó en este sentido el mundo antiguo y los resultados que obtuvo son, efectivamente, extraordinarios y magníficos. Con las culturas antiguas la humanidad salvó, quizá, su etapa más importante y difícil. Superó los milenios de animalidad prehistórica y arcaica, y se convirtió realmente en una humanidad. El hombre se hizo efectivamente hombre. Lo primero era adquirir la conciencia de sí mismo, al alumbramiento de su propio ser y, con ello, la conciencia de sus posibilidades ulteriores. La conciencia de sí mismo es, también como consecuencia vital correlativa, la conciencia del mundo exterior y, por consiguiente, el comienzo de su dominio. La misión de Europa no podía emprenderse antes de que terminara la tarea del mundo antiguo.

Es pura necedad afirmar la superioridad absoluta del Oriente sobre el Occidente, y lo mismo es hacer la afirmación inversa. Cada uno es superior, en verdad, al otro, dentro de su respectiva pendulación vital. En esta necedad han incurrido muchos de los grandes hombres de Europa y no pocas de las grandes figuras contemporáneas del Oriente. Para Europa, el Oriente ha sido la ignorancia, el atraso, la superstición. Para el Oriente, Europa es el materialismo brutal y ciego, la degradación moral, el eclipse del espíritu y de la más profunda sabiduría humana.

Así como Europa no pudo emprender su misión: el desarrollo de la inteligencia racional y el dominio del mundo externo, sin que el Oriente hubiese cumplido la suya, América tampoco podía empezar a realizarse, a buscar la expresión más pro-

funda de sí misma, a insertarse en la historia, sin que Europa y Asia hubieran articulado sus respectivos mensajes.

El destino de América es resolver, en una superior unidad humana, la cuita angustiosa, la encrucijada trágica en que ha desembocado el mundo contemporáneo, y ser ella misma una continuidad y la continuidad del mundo. No queremos decir, como Spengler, que haya llegado la decadencia definitiva del Occidente, sino que la pendulación espiritual y cultural del mundo tendrá que pasar a América, así como antes estuvo en Asia y después en Europa. América será como la partera cósmica de una cultura integral, cuya máxima expresión se dé tal vez en Oriente, tal vez en Europa. Es el secreto del destino y de los tiempos.

Pero la *salida* de esta encrucijada es América. Las antinomias de Europa parecen irreductibles dentro de su clima espiritual y moral. Los imperialismos y nacionalismos rivales; las incomprensiones y los odios de raza; los dogmas nacionalistas, tanto o más explosivos que los dogmas religiosos; la fricción violenta de las jerarquías dominantes con los intereses y las aspiraciones de los pueblos; las contradicciones de un sistema económico que se hunde; la atomización cultural en cenáculos nacionales; la hipertrofia del poder público en dictaduras permanentes; el montaje total de la industria y de la economía para la guerra; la deshumanización casi total de la vida y del hombre europeos; la desarticulación de toda la estructura moral, política, social y jurídica de sus pueblos, que se refleja en la impotencia de la Liga de las Naciones[1], nada de esto encuentra solución en el Viejo Mundo.

Europa se encuentra, salvadas las distancias y las condiciones históricas, en una situación semejante a la del mundo antiguo en sus años postreros. El mismo tumulto galopante de los acontecimientos, el mismo sobrecogimiento del hombre que ha perdido su brújula espiritual, el mismo crujido de las instituciones tradicionales que se derrumban.

Y así como el mundo antiguo hizo necesario el surgimiento de un hombre nuevo, la creación de nuevos órganos biológicos, capaces de resolver en una unidad superior sus antinomias irreductibles de entonces, la crisis actual reclama, también, el nacimiento de un nuevo tipo de hombre, nuevo desde su base telúrica y biológica, hasta la función de su inteligencia, de su actitud moral y de su espíritu.

[1] Esto se escribió en 1936.

3. LA GRAN TRAYECTORIA POLÍTICA

I

Localismo, nacionalismo

Estamos ya bastante lejos de las culturas y de los gobiernos localistas, que fueron, por excelencia, las culturas y los gobiernos medievales. El torreón y la almena fueron todo el castillo feudal e importaban, desde el punto de vista del espíritu, la restricción absoluta y plenaria de toda universalidad. El *señor*, el castellano, era el señor en el sentido más alto de la palabra: administraba la espada y la horca que constituían los signos y los instrumentos efectivos de su dominio. Sabemos que la monarquía fue, entonces, solo una abstracción moral o jurídica y que el soberano era tan abstracto y tan débil en el terreno de las realidades políticas y militares que su actitud natural y habitual era una actitud defensiva, frente a las insolencias y a los latrocinios de sus vasallos. El poder concreto, el poder de facto, el poder hecho carne de realidad tangible, residía en el *señor.*

No quiere decir esto que el espíritu medioeval careciera de un espíritu unitario y congruente ni que participemos de la leyenda oscurantista de la Edad Media. Nunca fue más cierto, si cabe, el aforismo de que la multiplicidad se da siempre dentro de la más rigurosa unidad. Lo distinto, lo dispar, lo inconexo, en el sentido absoluto del concepto, no puede ser órgano de expresión histórica, porque es negación y contraposición, porque carece de concatenación biológica y, por consiguiente, no alcanza jamás a ser el vehículo y la expresión de una época. El localismo provincial y parroquial de la Edad Media constituyó una etapa necesaria y lógica dentro del proceso de la cultura occidental y tuvo, en algunos aspectos, sus espléndidas floraciones espirituales. Entonces, el mundo europeo no pudo ser sino localista y provincial. Como todo organismo comienza a generarse por la célula, el organismo político y cultural europeo debió generarse por la célula política y cultural que es la parroquia, la provincia o la marca territorial. A la restricción del espacio tenía que corresponder, por correlación lógica, la restricción del espíritu. Es el incoercible proceso dialéctico. El feudo, el señor y el castillo desempeñaron una función biológica y edu-

cadora de enorme trascendencia, porque, sin ellos, lo que ahora conocemos por el mundo contemporáneo, no habría podido nunca constituirse.

Con el hundimiento del sistema feudal comienza la era de los nacionalismos; comienza, también, en realidad, la era de la monarquía. A la unidad celular de la parroquia, sucede una unidad de más amplio circuito: la unidad de la Nación. A la congruencia biológica del fundo sigue una congruencia biológica de más dilatada envergadura. Solo, entonces, la monarquía, teórica y abstracta, se hace tangible y concreta. Entonces, también, el soberano es el *soberano* en carne de la realidad política, económica y militar. Reside en él el poder de facto, el poder concreto, y la soberanía jurídica se traduce en dominio.

Mas la modalidad o el clima de la Edad Media debía prolongarse hasta la Revolución francesa, no obstante haberse constituido desde hacía algunas centurias todas las nacionalidades europeas. Las fechas de los manuales no logran jamás encasillar una sustancia tan móvil y fluida como la de la historia. Nada tan falso como las casillas cronológicas. Ocurre que los hechos precedentes tiñen, impregnan con su sabor a los hechos posteriores y subsiguientes, a la manera como la cauda de un cometa va dejando una ruta de esplendor aunque su masa cósmica se encuentre a millones de leguas de distancia. En verdad el espíritu del castillo feudal trasvasándose a la monarquía personalista y al absolutismo del derecho divino de los reyes, cayó en la Bastilla. "El Estado soy yo" pasó a ser el Estado es la Nación. Es ya el nacionalismo europeo que destaca netamente sus perfiles, pero es un nacionalismo que todavía no ha rebasado el espíritu parroquial.

Desde entonces acá, toda la cultura occidental es una cultura nacionalista, pero el patriotismo europeo no tiene aún otro sentido que el de la restricción localista. La parroquia medieval se prolonga, un poco más dilatadas sus fronteras, hasta nuestros días. El objetivo paneuropeo de Napoleón choca contra la parroquia feudal, y ella es hasta el presente el gran obstáculo para la unidad política y económica de Europa. El nacionalismo restrictivo de cada nación arrastra al mundo a la guerra de 1914. La pugna presente de Europa es la pugna desgarrada de sus nacionalismos. Jadeo entre la energía gravitante de su pasado histórico y las fuerzas dinámicas y creadoras del porvenir. El patriotismo parroquial o patriotismo nacionalista lucha, con patetismo trágico, por hacerse patriotismo paneuropeo. En este forcejeo, surge, a veces, la

petipieza o el paso de comedia que anuncia, sin embargo, la madurez y el logro del futuro. La historia contemporánea está llena de estas zarzuelas u operetas bufas que contienen, no obstante, un germen de sustantividad biológica. No es que queramos hacer una paradoja. ¿Hemos aludido, acaso, a la Liga de las Naciones?

II

Nacionalismo y patriotismo continentales

Ya Guillermo Ferrero apuntaba, tácitamente, que el nacionalismo europeo, no solo era parroquial en el sentido político, económico o militar, sino en el sentido geográfico, territorial o topográfico. Basta viajar, expresaba el publicista italiano, unas pocas horas en Europa, para que el paisaje, la forma de gobierno, la lengua, la religión, las costumbres, la raza y el espíritu cambien de un modo radical.

Efectivamente, de París a Berlín o a Londres hay más distancia psicológica que de México a Buenos Aires, y hay más extensión histórica, política y etnología que entre el río Bravo y el cabo de Hornos. Mientras en Europa la frontera es, hasta cierto punto, natural, porque obedece a un determinado sistema orgánico y biológico, en América Latina es una simple convención jurídica, una mera delimitación caprichosa, que no se ajusta ni a las conveniencias y necesidades políticas, ni a las realidades espirituales y económicas de los Estados. Mientras en Europa, con frecuencia, los pueblos originan y construyen los Estados, en América, el pueblo es una gran unidad y los Estados son meras circunscripciones artificiales. Mientras pueblo y Estado en Europa son casi sinónimos porque hace referencia a las mismas realidades, porque este es la traducción política y jurídica del estado económico, físico y anímico de aquel, en América Latina pueblo y Estado tienen un sentido diferente y, a veces, hasta antagónico, porque Estado es una simple delimitación o convención que no designa una parcela sustancial de la realidad. En Europa, el Estado fue una fuerza unificadora y constructiva; ejemplo patente

de ello es la constitución de la monarquía francesa que ligó los feudos dispersos y rivales en una entidad política y vigorosa. En América Latina es una fuerza atomizadora y disgregante. Las diferencias entre los pueblos de Indoamérica son tan mínimas y tenues que no logran nunca constituir individualidades separadas, como en el Viejo Mundo. De norte a sur los hombres tienen el mismo pulso y la misma acentuación vitales. Constituyen, en realidad, un solo pueblo unitario de carácter típico, específico, general y ecuménico.

Así se comprende que, mientras el nacionalismo parroquial en Europa tiene que vencer formidables barreras naturales, históricas y biológicas para superarse y hacerse patriotismo paneuropeo, el nacionalismo lugareño de América, el patriotismo restrictivo de cada Estado no tiene ningún obstáculo natural, tradicional o atávico para ascender y alcanzar un nivel superior.

En Europa, hasta cierto punto, el nacionalismo restrictivo es el resultado de un sistema orgánico de coordenadas históricas, raciales, económicas y geográficas; en América Latina, es el engendro del caos, del mundo inferior y abisal, de las fuerzas ciegas y negativas, de la ausencia de un gran estilo político constructor que sea consciente de los supremos objetivos continentales.

Hubo un momento en la vida del Viejo Mundo en que el nacionalismo fronterizo desempeñó una gran misión histórica y, por eso, sus raíces más profundas están sumergidas en la savia biológica de su crecimiento. Como el feudo, la nación fue una realidad educadora y constructora: constituyó un estadio o etapa necesaria en el proceso de la cultura europea. En el Nuevo Mundo el nacionalismo parroquial es extranjero y foráneo, es ilógico y antinatural, es una redundancia y, por ende, un retroceso de la historia misma, un paso regresivo; es la escurraja o el material de acarreo que el calco irracional y servil de la vida europea nos impuso. Si en Europa, la pugna de los nacionalismos es una tragedia conmovedora porque encierra todo el drama de su pasado, en América es una estupidez y un crimen inexcusable contra el porvenir.

Somos, pues, los indoamericanos el primer "pueblo-continente" de la historia y nuestro patriotismo y nacionalismo tienen que ser un patriotismo y un nacionalismo continentales. Todo nos impulsa, visiblemente, hasta para los ojos menos zahoríes, a crear y constituir una cultura más universal que la europea.

El mismo estándar del hombre latinoamericano, que tiene una misma pulsación cósmica, determina su destino histórico. Europa nos ha educado y tiene aún que educarnos, pero, nosotros tenemos la responsabilidad de rebasar sus limitaciones inherentes, alumbrando, clarificando y definiendo nuestra misión histórica y humana. No es por el camino de la imitación simiesca que la cumpliremos, sino por el camino de la diferenciación y de la creación original. Sería insensato no comprenderlo.

Solo para el villano y el siervo de la Edad Media resulta una paradoja hablar de patriotismo continental porque es un concepto que cae fuera de sus realidades económicas, políticas y sociales; así como para el chauvinista contemporáneo, usufructuario de las banderas nacionales, resulta paradójico que se hable de patriotismo revolucionario.

El pequeño *panneau* del patriotismo parroquial de Juan sin Tierra, por ejemplo, fue negado dialécticamente y rebasado por el *panneau* mediano del patriotismo nacionalista de Clemenceau, pongamos por caso; y este, a su vez, debe ser superado por el gran *panneau* del patriotismo continental del Pueblo-continente que es América. La espiral tiene en su base un círculo pequeño y remata en un gran círculo que abraza un horizonte histórico más vasto. Es preciso conservar la justa perspectiva de estos *panneaux* de expresión histórica, si se quiere comprender, también, en su justa proporción, la entraña viva de los acontecimientos. La perspectiva mal enfocada da por resultado que el enano aparezca como un gigante o que este aparezca como un enano. De allí esa miopía, cuando no daltonismo completo, de nuestros estadistas y hombres públicos frente a los acontecimientos capitales de nuestros países y frente a los movimientos políticos, culturales y sociales de gran envergadura continental.

Del nacionalismo europeo al nacionalismo latinoamericano hay la misma distancia que del sepulcro a la cuna, del pasado al porvenir, de lo abolido y muerto a lo que está en plena vigencia histórica y en toda su poderosa ascensión vital. El uno, es el de *profundis* de una tumba; y el otro, es la diana y el vagido de un nacimiento. Para nadie más que para el hombre americano de hoy existe la responsabilidad y la urgencia de establecer la justa perspectiva del patriotismo contemporáneo.

III

En el trance dramático

No queremos hacer de augures con respecto al destino de América Latina. No se trata de una profecía o de un rapto adivinatorio, extraídos del curso de los astros o de las entrañas de las víctimas. Se trata, ciertamente, de un imperativo y gravitante proceso dialéctico que surge, con limpia transparencia, de un análisis racional, verificado con todo rigor científico.

Como el niño, en su primera edad, el hombre latinoamericano ha vivido hasta hoy regido solo por el instinto que regula las ciegas fuerzas biológicas de su estructura orgánica. Empero, los pueblos, como los hombres, no pueden quedarse en esa etapa infantil del instinto so pena de renunciar a sus destinos superiores. Prolongar la edad pueril más allá de los límites naturales significa el mancornamiento o la represión de la vida ulterior y de consiguiente, es un llamamiento apresurado a la disolución y a la muerte, en un estadio que ni siquiera puede llamarse de vejez, puesto que ha carecido de virilidad creadora.

América Latina atraviesa, quizá, el instante más crítico y dramático de su vida y está en el trance de sus decisiones vitales que asumen mayor trascendencia. Nada define mejor esta cuita trágica que el *to be or not to be* de Hamlet, aunque el símil sea resobado. Anquilosamiento, regresión y muerte o ascensión biológica, vigencia histórica y continuación progresiva. Esta es la alternativa de nuestros pueblos. Detenerse es el retorno al caos, es tanto como morir y disolverse.

La contextura de nuestros pueblos, el sentido interno y profundo de la vida continental, el carácter unitario y ecuménico de nuestra alma colectiva, la compulsión dialéctica de nuestra estructura histórica, nuestros grandes intereses políticos y económicos nos llaman a la solidaridad, a la mancomunidad y a la unión. Pero no a una solidaridad romántica y discursiva, tema adocenado y vulgar de las cancillerías entre copa y copa de champán, sino a la constitución de un vasto organismo concreto y tangible, de un organismo que rija, en carne de realidad política, económica y cultural, nuestros destinos superiores.

En suma, podemos formular, esquemáticamente, la trayectoria futura de América Latina: nacionalismo lugareño, regresivo, antidialéctico; nacionalismo atómico y parroquial a la europea, impregnado de la pugnacidad disgregante de la Edad Me-

dia. O nacionalismo continental, unitario, congruente, constructivo y de una más amplia pulsación cultural y humana.

4. AMÉRICA, TERCERA DIMENSION DE LA CULTURA DE OCCIDENTE[1]

I

La absorción del mundo

El espíritu humano no ruede expresarse sino apropiándose, absorbiendo el contorno materia y psíquico en que opera, incorporando en su dominio la sustancia neutra de la Naturaleza. En términos racionalistas, el *yo* no es sino el *no-yo,* el mundo exterior, aplacado, vencido, subyugado por la inteligencia. Comprender es tanto como *aprehender y absorber* y la eficacia del cerebro, como instrumento de creación, depende de su capacidad responsiva ante los impactos de la realidad.

La cultura no es otra cosa que esa capacidad dinámica de aprehensión que el hombre pone en juego en el acto de conocer. Capacidad absorbente de esponja que incorpora dentro de su conciencia, es decir, dentro de su ser, la vasta y rica multiplicidad del Universo. Por eso, la cultura consiste, esencialmente, en la mayor o menor sensibilidad para sentir como *Una,* como propia e individual, la existencia total del cosmos. Por eso, también, el hombre culto frente al paisaje lo profundiza y se lo *apropia,* lo hace carne de su conciencia y de sí mismo, mientras el salvaje o el hombre primitivo, se desliza, resbala sobre él, como sobre una superficie impermeable, sin comprenderlo ni aprehenderlo. Todo el proceso íntegro de la vida, desde el mineral hasta el hombre, es una gradación de respuestas, cada vez más agudizadas y afinadas, ante los impactos del mundo. La conciencia no es sino una concatenación

[1] Nota del editor: Este ensayo fue también publicado en la revista *La Nueva Democracia,* en Nueva York (Estados Unidos), en junio de 1937.

de respuestas al Universo, el diálogo que el hombre entabla con las cosas. Este diálogo comienza con lo que se conoce en biología por la *irritabilidad* de los organismos inferiores y remata con el canto, la música, la poesía, la filosofía en el hombre.

Cultura es, pues, sinónimo de sensibilidad y, por eso, el cerebro se constituye como una antena fina y vibrátil y aprehende y traduce en pensamiento y en acción los mensajes múltiples del cosmos. Desde que hay una sensibilidad actuante, cesa el caos porque ella aglutina, a la manera del imán, las fuerzas dispersas y heterogéneas que antes carecían de congruencia; porque ella liga, en una síntesis, las cosas y los hechos más lejanos que, de súbito, se acercan y encuentran su conexión y su sentido. El *fiat lux* bíblico es la aprehensión de las cosas por la conciencia.

Solo entonces es posible la *luz* porque esta es, ante todo, y sobre todo, alumbramiento interno.

A este respecto, podemos definir, genéricamente la cultura, como la congruencia de un determinado orden de cosas ante la conciencia del hombre. Empero, esta congruencia selectiva que agrupa cosas, hechos y fuerzas afines, no es una clausura absoluta e intransferible, como lo quiere Spengler en su concepción de los ciclos u organismos culturales. Si la forma cultural muere –ya lo dijimos en otra ocasión–, el espíritu cultural, la vibración anímica que la forma expresó, persiste y se transfiere a la vida total de la historia.

Mas la captación de la Naturaleza por la conciencia tiene, también, como las cosas, una realidad dimensional. Conocemos en longitud, en latitud y en volumen. Es decir, como *punto geométrico*, como *línea geométrica* y como *espacio geométrico.* Cuando la inteligencia ha captado el mundo en su tercer aspecto o de profundidad, entonces comienza, también, a aprehenderlo como función, como sustancia móvil y fluida, como actividad continua, como conjugación y fluencia perennes. De aquí, igualmente, tres formas de pensar. Por la primera, las cosas son, sin relación ni choques posibles; es decir, sin discernimiento y sin dubitación, sin investigación comparativa. Manera primitiva, simplista e ingenua. Por la segunda, las cosas *son y no son* en absoluto, se establece una dualidad irreductible, una negación intransitiva, sin transferencia posible. Por la tercera, las cosas *son y no son* a la vez, están haciéndose y deshaciéndose continuamente; es el sentido de la fluencia y del devenir perpetuos. Manera dialéctica, viva, conocimiento en volumen y en profundidad.

II

La concepción monodimensional

Como fenómeno o hecho experimental completo hasta el estadio actual de su desarrollo, no conocemos sino un ciclo de cultura, el ciclo histórico llamado de Occidente. Es también el más inmediato a nosotros y, por ello, el más accesible a nuestro análisis. La cultura árabe no es una realización tan vasta y universal como la nuestra. Las culturas griega y romana no podemos precisarlas todavía en toda su rigurosa significación, y de las otras culturas antiguas: la asirio-babilónica, la egipcia, la china, las indostanas, las culturas americanas y africanas, apenas tenemos de ellas meras referencias literarias, arqueológicas y geográficas. Y si hubo una cultura o varias culturas atlánticas que alcanzaron, tal vez, mayor universalidad que la nuestra, solo poseemos la vaga y lacónica alusión del Timeo platónico.

El campo experimental sobre el cual van a operar estas meditaciones es, pues, la cultura europea, tanto por su proximidad, cuanto porque nosotros mismos, en cierta manera, somos actores de ella. Esto, que es una enorme ventaja subjetiva, es, también, una desventaja, por aquello de que no se puede conocer el bosque en su integridad objetiva estando dentro, sumergido en la espesura. Empero, al conocer, no podemos prescindir de nosotros mismos y debemos sufrir las limitaciones inherentes a nuestra naturaleza.

Cuando decimos que una cultura se desarrolla en tres estadios geométricos, y deducimos de tal afirmación conclusiones generales, somos absolutamente conscientes del compromiso demostrativo que asumimos con nuestros lectores. Pero esta labor que supone tiempo, documentación y referencias precisas no podemos realizarla en estos ensayos que están destinados a trazar, a grandes rasgos, el perfil esquemático de América Latina, la visión rápida y lacónica de sus destinos. No se trata de un apresuramiento inmotivado. Buscamos un objetivo pragmático: el planteamiento ante la inteligencia de las juventudes latinoamericanas de un vasto campo de meditación y de acción inmediata.

El hombre de la cultura occidental, aun en sus ejemplares más eminentes, ha sabido ser el sujeto de una sola dimensión. El filósofo, criatura especulativa, ence-

rrábase en su gabinete de estudio y clausurábase para la vida: hombre de entelequias abstractas, se dedicaba a generalizar a costa de las realidades concretas, y deshumanizaba su corazón a costa de las realidades del amor. El hombre de acción, sujeto del poder político y de las realidades inmediatas y tangibles, desmesurábase en las actividades externas y superficiales, tomábase egocentrista, despótico, frío, cruel y estrechaba su razón y su sensibilidad hasta el nivel inferior del homínido geológico. El hombre de ciencia, sujeto de una disciplina particular, cuando la vida es toda una disciplina unitaria y total, no veía más allá del hecho experimental y de fenómeno, y ahogaba en su especialización el resto de sus posibilidades y las demás potencias de sí mismo. El hombre del apostolado o del amor solía convertirse en el sujeto ritualista y dogmático de una confesión mística y religiosa, y trocaba su razón, su cerebro y su pensamiento en el hecho simplista, ingenuo y nativista de la infancia, rehusándose a toda explicación, a toda expresión racional y trascendente de la vida. Todo esto puede sintetizarse como la monocultura o deformación del hombre en sus partes. El hombre ha nacido para ser una criatura integral, ya que es un ser integral en la esencia más íntima de su naturaleza. Estamos destinados a conocer, a obrar y a vivir en tres dimensiones. No significa esto un sueño ni es imposible o utópico, porque está dentro de nuestra naturaleza, porque es inherente a la conformación privativa de nuestro ser, porque, inclusive, como excepción, se ha producido en ciertos espíritus –muy raros por cierto– que nos revelan la extensión y la potencialidad del hombre y que, como adelantados de la humanidad, marcan su camino futuro.

III

La función del mito

Los hombres de las culturas primitivas solían condensar en narraciones simbólicas, en leyendas alegóricas, en apólogos significativos, en parábolas docentes la sabiduría colectiva de su progenie, los conocimientos y descubrimientos científicos de sus mayores, el acervo de su experiencia política y religiosa, la dirección y el sentido de

sus destinos. Los mitos han sido, por mucho tiempo, los conductores y maestros supremos de la humanidad. Ellos guiaban a las diversas agrupaciones humanas y les señalaban la tarea que les tocaba realizar en el curso de la historia. Alumbraron el camino del hombre y definieron, consciente o supraconscientemente, el significado de su trayectoria vital.

Cuando al latinoamericano le toca iniciar su misión histórica, el nivel general del hombre ha alcanzado un extraordinario desenvolvimiento de conciencia intelectual. Las condiciones del mundo han cambiado radicalmente. La infancia de América no es la misma infancia del mundo primitivo, así como la infancia de un niño civilizado no es la misma que la de un niño salvaje. La humanidad ha tenido y tiene muchas infancias. Tras un periodo de involución ha comenzado siempre un proceso de desenvolvimiento evolutivo. No podemos explicarnos de otra manera los florecimientos y los eclipses de las grandes civilizaciones. Como en las leyes cósmicas, en la historia, también, de la inadaptabilidad y de la vejez se marcha al caos o a la nebulosa, y de esta a un nuevo nacimiento y a una nueva infancia. El nuestro ocupa el piso más alto de la espiral evolutiva de los pueblos. Somos los sucesores de todas las culturas precedentes y los herederos directos de la cultura europea, cuyo tercer estadio dimensional estamos destinados a desarrollar en su plenitud.

Queremos decir que los medios y los instrumentos antiguos no pueden ya servimos. Nuestros *mitos,* si es que preferimos seguir llamándolos así, tienen que ser mitos racionales, intelectuales, científicos. Tenemos que crear instrumentos apropiados que definan, de un modo preciso, el sentido de nuestros pasos presentes y que iluminen el sentido de nuestros pasos futuros. Debemos forjar los vehículos necesarios de nuestras intuiciones generales, debemos perfilar los lineamientos que definan el carácter y la esencia específica de la tarea que habremos de desarrollar en la historia del mundo. Es preciso poner a contribución los esfuerzos de los guías presentes de América, de aquellos espíritus conductores que entrevén el camino y que son capaces de precisarlo. Los pueblos no pueden vivir sin tener una tarea por delante. Esta fue antiguamente la función de las profecías, de las leyendas y de los mitos. Ellos estructuraban su pensamiento y su acción cotidianos y, en torno de ellos, como en torno de un sistema vertebral, adquirían dirección y sentido los acontecimientos, los sucesos y las acciones de los pueblos. De allí surgieron, como

de una fuente común, las costumbres, los códigos morales, la ciencia, el arte, los sistemas religiosos y las legislaciones. En suma, todo aquello que constituye la vida total de un pueblo en el lapso de un ciclo histórico.

IV

El punto geométrico y la línea geométrica de la cultura occidental

Al trazar la trayectoria de América Latina ya hicimos notar cómo las nacionalidades modernas se originan de la célula política, que es el feudo o parroquia medieval, *y* cómo los organismos nacionales de hoy están destinados, por impulsión dialéctica, por la energía inherente a su crecimiento, a desenvolverse en vastas agrupaciones continentales. Política y económicamente, el feudo es el *punto geométrico* de la cultura de Occidente, es la restricción localista llevada a sus máximas consecuencias. El castellano o el señor se comporta como un pequeño soberano independiente. Hace la guerra, concierta alianzas, verifica cesiones de tierras, preside la economía de su comarca, administra el derecho y la justicia de los siervos. La monarquía –ya lo dijimos, también– es una entidad puramente jurídica y moral, débil, militar y económicamente. El monarca es solo el primer señor feudal y su dominio efectivo solo se ejerce sobre sus tierras feudales, como los otros señores, sus iguales. Para el caso, recordemos la forma ritual y significativa con que la nobleza ungía a los reyes francos. La monarquía medieval anuncia y es la precursora de la nacionalidad moderna, tanto como la Liga de Naciones –débil, abstracta, jurídica y moral, como la monarquía de entonces– anuncia y es la precursora de las vastas agrupaciones continentales del futuro.

La economía y la producción son de carácter esencialmente local y comarcano. Se produce solo para consumir e inciden de tal modo para cambiar. Economía de consumo, de trueque y de intercambio de especies. La economía no tiene significación periférica sino centrípeta, no se universaliza sino que se restringe. Solo cuando aparece la manufactura, se produce, también, la segunda dimensión de la economía,

la línea geométrica de la producción comercial. Entonces, se produce no ya para consumir y trocar sino para vender. La moneda y la máquina son los factores principales de este segundo plano económico. La célula de producción se ha convertido, dialécticamente, en un organismo de producción. El productor individual y aislado se ha diluido en el compañero y en el artesano. El punto señero del individuo se dilata en la agrupación de puntos económicos, en la línea gremial de producción. Estamos ante la alborada de las nacionalidades modernas.

La ciencia, el arte y, sobre todo, la filosofía, son eminentemente teológicos en el Medievo. Es sintomático que Santo Tomás de Aquino escribiera una *Summa filosófica* desde el aspecto exclusivamente teológico. Se decía que la teología era la madre de las ciencias y, desde el plano biohistórico, es absolutamente cierto que la teología y la metafísica constituyen la célula generadora, el punto geométrico de la mentalidad occidental. La *Summa* tomística fue el intento poderoso de reducir el conocimiento humano a la tología, de centralizarlo en un punto, de reducirlo a una dimensión especulativa. La Iglesia es la administradora y el guardián celoso de la ciencia medieval. El sacerdote y el convento son los mejores vehículos de las actividades culturales en aquella época, y en medio de la ignorancia general de los pueblos bárbaros son los únicos maestros que fundan y sostienen escuelas, que ilustran y adoctrinan a los hombres.

Para el hombre medieval, la cristiandad era el centro y el ombligo del mundo; los demás eran pueblos paganos, indignos de la gracia divina y del ingreso al Paraíso de los justos. Las cruzadas fueron vastas empresas teológicas; se sostuvo que el indígena de América no tenía alma, y el más serio obstáculo que encontró Colón a su paso fue que la redondez de la Tierra era contraria a las enseñanzas de la Biblia. Galileo, por su parte, tuvo que abjurar públicamente de sus errores sobre la rotación de la Tierra, y muchos investigadores eminentes fueron las víctimas del concepto monodimensional del mundo que entonces imperaba. Astronómicamente, la Tierra era el centro del Universo; el Sol y los planetas giraban alrededor de ella.

El descubrimiento de América y los viajes de los navegantes dan a la geografía una segunda dimensión, y el concepto de la lejanía se incorpora a la mentalidad general del hombre medio. El punto se hace horizonte y perspectiva. Es el momento en que se inicia el movimiento renacentista, cuya expresión prototípica es la enciclopedia, visión panorámica y en superficie del conocimiento, de la ciencia, del

arte, del hombre, de las cosas y del mundo. Pico della Mirándola es un mar pleno de erudición y de saber y Leonardo da Vinci es escultor, dibujante, pintor, naturalista, ingeniero, mecánico, arquitecto y filósofo.

La ciencia militar comienza fundándose en la célula de combate, en el individuo, en el caballero armado de punta en blanco. Los escuderos o asistentes no entran en la lucha y son simples auxiliares de los guerreros. El valor individual es decisivo en la batalla, y la Edad Media está llena de los hechos hazañosos de los caballeros. Don Quijote sale solo a la conquista *y* a la redención del mundo. El torneo, el combate singular es la forma típica que define la guerra medieval y la batalla no es sino la lucha de millares de parejas individuales y aisladas. No era raro el caso de que el combate de una selección de caballeros decidiera la suerte de los pueblos. Era una lucha celular en que la batalla se desenvolvía en innumerables torneos particulares. El concepto del honor y de la cortesía personal llega a un desmesuramiento increíble. "Tirad primero, señores ingleses", dice un capitán francés a sus adversarios. "Por mi honor, por mi rey y por mi dama", era la fórmula sacramental del juramento caballeresco.

Solo algunos siglos después los ejércitos se organizan en grupos, en masas movibles de combate. La táctica y la estrategia de los capitanes, comienzan a cobrar una importancia de primer plano. El valor individual es reemplazado por la organización y la eficiencia colectiva del grupo. El *punto* miliar se ha convertido en la línea militar, la célula en organismo. Es el brote primigenio de la guerra moderna. No insistiremos más, en esta rápida sinopsis, porque rebasaríamos el carácter esquemático de estos ensayos. Bástanle al rector las ideas apuntadas para orientarlo en el sentido de nuestras conclusiones generales.

V

El volumen geométrico o la dimensión de profundidad

Hacia fines del siglo XIX y principios del XX, se inicia el movimiento de profundidad o de volumen geométrico en la cultura de Occidente. Ya no se toman las cosas, los hombres, los sucesos, los pensamientos y las acciones en su aspecto dualístico,

en sus antinomias intransferibles e irreductibles, sino en su movimiento y en su función, en su fluencia viva y en su moción dinámica. Nada existe aislado y señero, todo existe como relación funcional, como congruencia orgánica, como devenir constante y perpetuo. Cada ser es con respecto a otro un simple punto de referencia, un eslabón que lo une al todo, lo explica y lo define. Entre cosa y cosa, entre ser y ser no hay muros inabordables e insalvables; todo está en contacto perenne, en correspondencia mutua y recíproca. Todo puede ser centro y periferia del Universo a la vez, según la función que desempeñe en la realización y expresión total de la Vida.

Conocer la vida en volumen es conocerla en su complejidad, en su profundidad y en su actividad funcional. Ni el chofer, ni el motor, ni las ruedas, ni la carroza son el automóvil, sino la correlación dinámica, la congruencia funcional, el ajuste preciso y matemático de todas las piezas en marcha. El automóvil es una expresión orgánica e imponderable, cuyo cerebro reside en el piloto y cuya moción integral surge de una perfecta concordancia mecánica. Si nosotros solo lo conocemos en sus múltiples piezas o resortes, o si solo establecemos dualidades irreductibles entre el motor y el chofer, entre las ruedas y la carroza, jamás llegaremos a aprehender su sentido vital. Es la misma dualidad que estableció la filosofía racionalista entre el bien y el mal, entre la verdad y la mentira, entre el espíritu y la materia, entre el pecado y la virtud, entre la libertad y el destino, entre la vida y la muerte, entre Dios y el mundo, seccionando la vida en sus partes, reduciéndola a resortes o ruedas aislados, sin su íntima trabazón o concordancia funcional.

El conocimiento aislado de las piezas separadas es lo que hemos llamado el punto geométrico de una cultura, el conocimiento incompleto y unilateral de las dualidades es lo que hemos denominado su línea geométrica. Cuando una cultura comienza a conocer en volumen, cuando comienza a aprehender las cosas y los seres en su función, es entonces cuando penetra en su estadio de profundidad, en su tercera dimensión. En el primero, la cultura es analítica o anatómica; en el segundo es deductiva o fisiológica; en el tercero es sintética o vital.

Conocer las cosas en función es conocerlas dentro de una perspectiva, desde un determinado punto de vista que está presto, sin embargo, a transmutarse, inmediatamente, en uno nuevo. Lo absoluto, lo fijo y lo inmutable como valoración arquetípica está fuera del conocimiento actual del hombre. Conocemos por rela-

ción, y cada ser o cada cosa es una simple referencia al Universo. La mentalidad del hombre contemporáneo, no contrapone ya la cultura y la vida, la razón y la realidad, como valías separadas y distintas. Constituyen un solo proceso y, de esa suerte, conocemos la vida en función de la cultura y esta en función de la vida.

VI

La tercera dimensión de Occidente

La expresión positiva y de mayor plenitud hasta hoy en esta etapa que podíamos llamar también la etapa funcional de la cultura se produce con el pensamiento de Einstein, que representa la tercera dimensión del conocimiento científico europeo, así como el de Newton representó, de manera acabada y conclusa, la etapa anterior, la segunda dimensión, la que hemos llamado cultura de *línea geométrica* y que corresponde, en su expresión última, a la etapa racionalista. En la filosofía, Spinoza, Descartes y Kant representan esta etapa.

En correlación simultánea, la filosofía de la historia y la investigación arqueológica, inician esta misma expresión relativista en el pensamiento y en los trabajos de Spengler y Frobenius. Las culturas pasadas surgen así, a la vez, como organismos conclusos, como facetas de un todo fluyente y como puntos de referencia en la expresión del espíritu universal. De idéntica manera, las ciencias naturales y biológicas abandonan las irreductibles dualidades anteriores y avanzan una explicación más sintética, cabal y profunda de la vida.

La genial teoría de Marx nos da, por primera vez, una concepción biológica y dialéctica de la historia. Como prolongación y consecuencia de sus estudios comprendemos, claramente, que la economía capitalista entra en su etapa de imperialismo monopolista, que Lenin estudia con certera precisión. El capital rebasa los mercados nacionales hacia las "zonas de influencia". Aparecen las contradicciones internas del sistema, es decir, las dualidades irreductibles entre producción y distribución, entre capital y trabajo, entre circulación y cambio; se acentúa, dentro del Estado la beligerancia de las clases económicas que está llegando, en estos días, a su

máxima virulencia. Ha desaparecido la producción individual y aislada del artesano, es insostenible la producción social y de grupo frente a la apropiación individualista y privada de la plusvalía; la interdependencia económica del mundo, lucha contra la dictadura financiera de la gran industria. Desde distintos ángulos, es el alborear de la etapa revolucionaria, es decir, de la tercera dimensión de la economía en que la producción debe entrar en función de la distribución y esta en función de aquella.

A la perspectiva geográfica que amplió el mundo por el descubrimiento de América, los viajes de los navegantes y la navegación a vapor, sucede el sincronismo geográfico del mundo contemporáneo por el empleo del teléfono a larga distancia, de la radio, del telégrafo, de la navegación aérea. Lo que ocurre en Londres, Addis Abeba o Buenos Aires, repercute, inmediatamente, en la conciencia de todos los hombres de la Tierra. Cada país vive en función del globo entero científica, artística, económica y políticamente. Un crac en la Bolsa de Nueva York, un golpe de Estado en Serbia, la formulación de una teoría científica en Alemania, el auge de una escuela literaria en Francia, una guerra civil en España y un movimiento revolucionario en Rusia tienen repercusión e influencia mundiales[1]. En rigor del término, no hay ya acontecimientos locales sino acontecimientos de una extensa proyección universal. Cada hombre de hoy, cualquiera que sea su raza o su país, va siendo moldeado, en cierto modo, por el planeta entero. El pensamiento, la emoción y la acción del hombre se realizan en la dimensión de todas las razas y, por consecuencia, en la plenitud de su profundidad funcional.

Y si nos hemos de referir al aspecto negativo de este estadio de la cultura de Occidente, la guerra actual es del todo diferente a la guerra medieval y a la guerra de la llamada época moderna en los siglos XVIII y XIX. Ya no solo la constituyen las masas del ejército, sino, también, las poblaciones civiles, la población industrial, el equipo de la ciencia, la potencia económica, los tanques, la radio, las ferrovías, las escuadras marítimas, el aeroplano, los gases químicos, las ondas eléctricas. Todos los recursos de la civilización concurren al efecto destructivo de las masas armadas. Ha desaparecido completamente el factor individual del soldado aislado y la lucha se ha socializado. La guerra es ahora una actividad eminentemente funcional, como todas las otras actividades en la vida de los pueblos contemporáneos.

[1] Esto se escribió en 1936.

VIII

América en la corriente histórica

Podemos vislumbrar ya las ingentes consecuencias para el hombre del futuro de esta etapa de la cultura que apenas empieza y que está destinada a un amplio y maravilloso desenvolvimiento. Sería demasiado complejo si nos detuviéramos a examinar los multifacéticos aspectos de este desarrollo. Bástenos indicar las valoraciones de proyección capital:

1) Dimensión intelectual e histórica, que resolverá en una totalización unitaria como fuerza vital y pragmática, la dualidad hasta ahora irreductible entre el enciclopedismo renacentista y la especialización técnica del siglo XIX, energías ambas que hasta hoy se chocan, se contraponen y que, sin embargo, rigen el metabolismo psíquico, si se permite la expresión, de la historia y de la mente contemporáneas. Se trata del conflicto entre el hombre de la generalización y el de la especialidad, entre la capacidad panorámica de la inteligencia y su capacidad concreta y específica, entre el filósofo y el experto, entre el estadista y el técnico.

2) Dimensión fisiológica y étnica, que ha de realizarse por el abrazo y la fusión universal de las razas humanas, surgiendo, así, un nuevo tipo de hombre ecuménico que constituya un vehículo o instrumento humano más flexible, apto y permeable a la expresión multidimensional del espíritu.

3) Dimensión política y social, que resuelva en vastas unidades jurídicas y económicas, las antinomias o antagonismos indeclinables que existen hoy entre los nacionalismos aislados, negativos y atómicos del mundo, que impiden las vastas síntesis políticas a las que se encamina la historia contemporánea.

4) Dimensión ética, que venga a romper los patrones rígidos, dogmáticos y antivitales de las morales de tribu, que desempeñaron una función disciplinadora en la infancia de los pueblos, pero que ahora obstruyen y embarazan la superación espiritual del hombre. Instauración de una moral amplia, en función de la vida contemporánea, que haga de la conducta una actividad móvil, libre, fluyente y espontánea, y no un código de inhibiciones en el que la prohibición desempeña el principal rol de la existencia ética. En suma, una moral positiva del "obrar" y del "hacer", reemplazando a las morales negativas del "no hacer" y de la represión.

5) *Dimensión estética,* que ha de realizar la expresión total del hombre y de la vida, no ya a través de los cartabones clásicos de las razas aisladas, de los cánones preceptivos, de las agrupaciones celulares, sino a través de una estética libre que actúe en función de todas las estéticas particulares, en función de todos los temperamentos y climas espirituales de las razas; de una estética que, por ser profunda y por haber buceado los estratos primordiales y comunes del hombre, sea accesible a la comprensión, a la emoción, al entendimiento y a la sensibilidad de todos los hombres del planeta.

Por lo menos, dos de estas valoraciones se hallan en trance de realización en América de modo visible e indiscutible: la que hemos llamado "dimensión fisiológica y étnica" y la que hemos denominado "dimensión política y social". Ambas constituirán el receptáculo material, el aparato o vertebración tangible y sustancial de las otras valoraciones inmateriales e imponderables que deben sustentarse en ellas.

América ha sido el lugar de cita de todas las sangres. Los innumerables vertederos de las razas han venido a juntarse en esta fuente caótica, en esta cuenca ecuménica del planeta. La fusión se ha realizado o está realizándose en partes en Estados Unidos y, de una manera completa y absoluta, en los países de América Latina.

De idéntica suerte, los nacionalismos restrictivos y atomizantes de Europa se han resuelto en Estados Unidos en la vasta coordinación federal de veinte estados, que pudieron disgregarse individualmente, como en el Viejo Mundo, y que han constituido una unidad económica, política, cultural y social. Es la primera agrupación continental que ha tenido éxito en la historia en toda su plenitud orgánica. A esta seguirá una segunda agrupación, de carácter continental también, en los pueblos de América Latina que van salvando, con un forcejeo inaudito, los escollos atávicos de la influencia europea.

Estos dos hechos capitales bastan para perfilar el futuro destino de América, sobre todo, entre los pueblos indoamericanos, que surgen de una más plenaria integración universal. Los pensadores no han sabido valuar, en la amplitud de sus proyecciones humanas, estos dos fenómenos, exclusiva y típicamente americanos, que son, sin embargo, los indicios evidentes de una nueva etapa en la historia del mundo.



Tercera sección

En el camino de las primeras realizaciones



1. EL SENTIDO CREATIVO DEL PROCESO REVOLUCIONARIO[1]

I

El narcisismo de la tercera internacional

La Tercera internacional y el movimiento ruso se comportan[1] frente a los demás pueblos como un niño sin experiencia histórica y espiritual, que quiere verse a sí mismo reflejado en el exterior, quizá con aquella ansia inconsciente y voraz de conocerse, de inquirir su propia imagen, de *autoverse,* como proyección y reflejo, en los otros. Mas este conocimiento indirecto y de resonancia, que solo puede desear la puericia inmadura, es siempre falso y deforme, como es falsa la imagen que devuelve el espejo. En el mejor de los casos, para lograr una imagen aproximada y leal que no nos mienta, o que nos mienta menos, precisa bruñir una superficie, alisarla de todas las aristas y asperezas, azogarla con tan perfecto cuidado que la proyección o reflexión de la imagen se produzca con la máxima verdad posible. Empero, esta es empresa vana tratándose de los pueblos y de los hombres, que tienen aristas broncas y ondulaciones profundas, codos replegados y salientes cimeras, prominencias empenachadas de lumbre y cimas o cavernas precipitadas y envueltas en tinieblas, perfiles rectilíneos y claros junto a quingos y zigzags sinuosos y fortuitos. Por eso, la autovisión que pretende el niño es siempre falaz y engañadora, pueril y desvalida.

Todos los grandes errores del movimiento ruso y el fracaso temporal del socialismo en Europa, como lo demuestra el triunfo del nazismo en Alemania y del fascismo en Italia, se deben, en gran parte, a eso que podríamos llamar su narcisismo infantil, que pretende pulir y *azogar* a los demás pueblos para que le retornen su propia imagen, proyectándose en los otros. Hasta qué grado es ridícula y desvalorada esta proyección se revela en las directivas estratégicas y tácticas del comunismo, impartidas desde Moscú, en las que se olvida que cada pueblo es un todo concluso, una ley en sí mismo, un proceso autonómico, un caso. Para los efectos de la terapéutica capitalista y de la realización del socialismo es, también, cierto

[1] Recuerde el lector que esto se escribía en 1936.

aquello de que no hay enfermedades sino enfermos, aunque todas las enfermedades sociales de los diferentes climas encajen dentro del amplio cuadro general del diagnósistico marxista.

Y si esto es cierto para Europa, mucho más cierto es con respecto a América y, especialmente, a América Latina, cuyo sentido vital y profundo es totalmente ignorado, no digamos por el ruso y la Tercera Internacional sino también por el europeo que ha tenido y tiene contacto más inmediato con nuestras realidades concretas. El europeo –hay que repetirlo una vez más– tiene de nosotros una percepción de hipogeo remoto, de museo y de pinacoteca. La propaganda comunista en América Latina es una suerte de galimatías libresco, de caló revolucionario, de monserga simiesca sin repercusión encendida y operante en las masas, pues que no hace sino repetir, calcando las cartillas europeas, conceptos y frases, a veces literalmente traducidos del francés o del alemán, de la propaganda revolucionaria de ultramar. Asombra comprobar una ausencia tan completa de sentido político, una incomprensión tan absoluta del sentido profundo del marxismo y una ignorancia tan crasa de las condiciones privativas de América Latina.

El movimiento socialista seguirá fracasando mientras no aprenda la gran lección de la historia, la honda y vital enseñanza de que cada pueblo tiene sus especiales caminos y que la revolución no se puede estandarizar, como los productos en serie de una fábrica. Entonces habrá llegado a su madurez *y* habrá dejado de ser narcisista, ese vicio infantil que busca en los demás la devolución de su sombra, desconociendo esa inexorable ley universal cuya norma es que cada individuo o grupo humano exprese y analice su vida sin corseletes extraños, sin ninguna cohibición externa, represiva y absurda.

Solo entonces –y no antes– los partidos socialistas comenzarán a construir el socialismo asumiendo el supremo poder del Estado y haciendo intervenir a la inteligencia como elemento acelerador de la etapa política, porque, como dijo Marx, "no solo se trata de conocer el mundo sino de transformarlo". En esta frase se encuentra toda la praxis revolucionaria marxista y su sentido pragmático más radical. No se trata del ocioso y bizarro alarde de pura especulación, como si esta fuera un fin en sí misma y no un medio o instrumento al servicio de la vida; no se trata del conocimiento por el conocimiento mismo, sino de una ciencia que

señala un camino y un método, de un conocimiento para la acción revolucionaria y transformadora, del hombre consciente de la tarea que tiene por realizar como principal factor dinámico de la historia. Mas, para ello, es preciso que el movimiento socialista mundial haya salvado la etapa de autorreflejo, es decir, que haya entrado en sazón y que haya dejado muy atrás ese nativismo pueril que se busca a sí mismo en las fuentes, en los regatos y en los arroyos del contorno como los hombres infantiles y primitivos.

II

El radicalismo del caso americano

Es preciso conocer América y ser un latinoamericano, consciente y pensante de sus realidades, para comprender con la necesaria diafanidad que en América la tarea revolucionaria no es solo, como en Europa, destrucción de un régimen político, social y económico para reemplazarlo con otro más adaptable y más flexible a las nuevas condiciones del hombre contemporáneo. Quien plantee la cuestión, como en este último extremo, con ese simplismo mental que busca generalizar a costa de las realidades concretas, no habrá comprendido en su esencia la amplitud y la significación del problema, y, por consiguiente, estará incapacitado para orientar y conducir un movimiento tan rico, frondoso y sorpresivo. De este simplismo adolecen todos los partidos comunistas y socialistas de América y, de allí, su fracaso irremediable, como lo han reconocido importantes publicistas.

Necesario es comprender que el proceso revolucionario latinoamericano es, sobre todo, el surgimiento, desde el caos, de un mundo nuevo; el nacimiento de una modalidad política, social y económica que, por primera vez, debe darse en la historia del mundo y que, sin embargo, se ciñe de una manera maravillosa a la genial sistematización científica de Marx. En Europa, la revolución, por más radical que sea, tiene que asentarse sobre la tradición viva y fluyente del hombre

europeo, es decir, sobre la experiencia secular de una cultura ya realizada y madura. Hay un sedimento espiritual y político del cual no puede prescindir y que condiciona y determina sus realidades presentes y futuras. En América, no hay tradición alguna original y propia, porque la vida latinoamericana, durante los cuatro o cinco siglos de su existencia, no ha sido sino el espectáculo del europeo y del indígena moribundos, disolviéndose y descomponiéndose bajo la acción y la presión de las fuerzas telúricas del continente. Ya hemos dicho en páginas anteriores que por eso América ha sido un mimo, un calco, es decir, un bluf de la vida institucional y cultural de Europa. Y no puede haber tradición en América, como no la hay en una criatura que emerge apenas del claustro materno.

Es curioso que las llamadas extremas izquierdas de América sean las que menos hayan comprendido este sentido radicalizado de la revolución latinoamericana, este sentido creativo que va mucho más allá de todos los extremos verbales y teóricos de su propaganda, porque es un sentimiento eminentemente fundamental. Es paradójico que el marxismo reformista, oscilante y dubitativo, esté representado por los partidos comunistas –bajo la égida y la tutela de la Tercera Internacional– que creen que la revolución latinoamericana puede seguir el mismo camino, como una simple variación de etapa económica, que en los países europeos. Leed, si no, para comprobar este aserto, los documentos de los congresos y asambleas comunistas, testimonios de una ingenuidad tan simplista que ni siquiera sospechan la ingente magnitud de la revolución latinoamericana.

Hasta aquí, el orden cultural de América ha sido una yuxtaposición superficial y mimética de la estructura cultural de Europa. Ha constituido una presión externa y periférica, una compulsión impuesta y proyectada desde fuera y no surgida y emergida desde el fondo anímico y profundo de nuestros pueblos. En realidad, lo único vernacular y auténtico de América ha sido y es, en cierto sentido, la estructura cultural pretérita que dejaron las civilizaciones autóctonas, lo que vale decir, una estructura anacrónica, sin correspondencia directa con la actualidad, sin acción ni reacción contemporáneas, sin recíproco juego de influencias, sin vigencia histórica. Constituye el resplandor mortecino del ayer, la energía inducida del pasado que todavía nos galvaniza, constriñendo y

ahogando todas las vivencias dinámicas del presente, todas aquellas fuerzas de potencia forjadora. Este hecho –que para nosotros es capital– se ha traducido en nuestra vida como una dislocación, como una quiebra oscilante y discontinua, como una incongruencia que ha repercutido siempre, negativamente, en la existencia global de América.

Este hecho nos revela, también, con definitiva claridad, por qué la vida americana ha sido tan epidérmica, tan carente de una verdadera sustantividad espiritual. La contraparte americana de las corrientes y movimientos culturales del Viejo Mundo han sido grotescas falsificaciones, sin vitalidad y sin fuerza creativa alguna. Hemos constituido, como se ha dicho tantas veces, el continente–reflejo por excelencia, que ha deformado, hasta un grado inverosímil, las imágenes que se proyectaban del otro lado de los mares. Hemos tenido una vida superficial porque no hemos sido capaces de llegar hasta nuestra alma. Nuestra infancia, como todas las infancias, ha sido una etapa desvalida que se ha nutrido de sombras simiescas.

En ninguna parte, como en América, la revolución tiene un tan pleno sentido de creación. Debemos extraer desde el caos un orden social, económico, espiritual y jurídico, sin ningún sedimento cultural previo como en Europa, que pueda servir de basamento. Hablamos en el sentido más profundo de la frase. No bastan la perfección y la eficiencia técnica, que, para serlo en su sentido real, deben surgir de los estratos más hondos del espíritu, deben tener su raíz en la actitud cósmica y en el contorno telúrico de una raza, de un pueblo y de una cultura.

La conciencia de este hecho fundamental debe ser el punto de partida de nuestra revolución. Sería fatal para nosotros que no llegara a impregnarse en el pensamiento y en la acción de las nuevas generaciones. Esa conciencia servirá, como alma de hierro, como esqueleto acerado, que ha de imprimir el impulso energético necesario y en torno del cual se aglutinarán los hechos subalternos y menores, las acciones y los pensamientos que sirven de vehículo al ingente proceso creativo de América. A veces la responsabilidad de una generación se resume en la menor o mayor claridad con que percibe y comprende un hecho capital, una idea-fuerza directriz, porque ellos la conducen, con entera seguridad, sin dubitaciones peligrosas, en el vasto y complejo laberinto de la historia.

2. EL SENTIDO VITAL DE LA REVOLUCIÓN INDOAMERICANA

I

Alfabeto y gramática de la historia

Se ha dicho y se ha repetido, luego, con bastante insistencia, que existe en el proceso de la historia y, singularmente, en aquellas etapas de gran tensión creadora, una recíproca acción, una interacción constante entre el hombre y su época, entre el individuo y su contorno histórico, entre la personalidad y su ambiente social. O hablando en términos más concretos, que tanto como el hombre suscita los acontecimientos, cuanto estos plasman las personalidades individuales.

Esta afirmación es cierta en determinado sentido. En el sentido de que épocas y hombres, acontecimientos y personalidades son la expresión directa, la traducción morfológica de una posibilidad histórica, de una realidad en potencia, cuya consumación puede acelerarse o retrasarse según la cantidad y la calidad de acción inteligente y significativa que involucren los hechos o que desplieguen las individualidades eminentes. No pueden caminar señeros y aislados dos elementos complementarios que realizan la misma tarea, los cuales, por fuerza, tienen que accionarse, penetrarse, como los líquidos en los vasos comunicantes, influirse mutuamente, como vehículos que son de una misma energía creativa. No hay historia independiente y objetiva del hombre, ni hay hombres, en principio, y en el sentido absoluto del concepto, intemporales, desligados del acontecer histórico. Cuando se habla de hombres *ahistóricos*, se quiere expresar, simplemente un sentido de relatividad, significando que son mejores o peores, más finos o más groseros instrumentos de expresión de su tiempo. Y cuando se habla de hombres *antihistóricos*, se habla de casos patológicos que se niegan a *sí* mismos, a la manera cómo las células enfermas que son *antiorgánicas* dentro del conjunto funcional de un organismo y que, por lo mismo, confirman la regla general que debe ser la salud.

Y en cuanto a que pueda existir una fuerza histórica objetiva aparte del hombre, como un todo colectivo, con existencia periférica e independiente, es una cuestión que no puede resolverse porque no conocemos más historia que la que se realiza y se

expresa a través del hombre y, en todo caso, carecemos de los órganos de conocimiento o de percepción necesarios para aceptarla. Más adelante volveremos sobre otros aspectos de este tema, que contribuirán a aclarar y precisar nuestro pensamiento.

Quedamos, pues, en que, gracias a los hombres y a los hechos que son sus órganos de expresión, se realiza la historia, como gracias a la existencia de los seres y de las leyes cósmicas y universales se realiza la vida en toda su vasta significación. Hombres y acontecimientos son el alfabeto, la gramática de la historia. Así como reuniendo las letras se forman las palabras y reuniendo estas se expresan los pensamientos, así, también, los acontecimientos, los hechos, los hombres y las personalidades hacen la composición gramatical que expresa una época, una etapa, una modalidad histórica dada.

II

Sustancia objetiva de la historia

Pero si en la realidad viva y fluyente no podemos separar la historia de sus instrumentos de expresión, podemos, sí, por un esfuerzo de abstracción metodológica, como opera la Anatomía con los tejidos, o como hace el microscopio con las células, desligada, por un momento, de su fluencia y, en este sentido, se puede afirmar que acontecimientos y personalidades son meros instrumentos de la historia y no la historia misma. Ambos se suscitan, se aclaran, se definen, se realizan porque ambos son órganos de una misma energía creadora. Tanto como las personalidades *partean* a los hechos, estos partean a las personalidades. Tanto como engendramos a los acontecimientos, estos nos engendran a nosotros. Somos a la vez filiación y paternidad; hijos de los sucesos y padres de ellos. Procreamos y nos procrean espiritualmente.

Empero, ¿cómo se engendra lo que expresan los acontecimientos y las personalidades? ¿Cómo se engendra la posibilidad y la potencia misma de la historia?

Podemos encontrar un símil que nos lo explique en la dialéctica marxista y más particularmente en el fenómeno económico. Así como las relaciones de producción

y de cambio son independientes de la voluntad aislada de los hombres, no obstante de que son la creación de ellos mismos como estructura colectiva, toda la sustancia íntima de la historia, toda la trama esencial del espíritu, toda la superestructura del pensamiento y de la inteligencia son autónomas del hombre mismo como voluntad individual, como fuerza operante, aislada y unitaria. La personalidad está sujeta a este determinismo que ha sido engendrado por el hombre como colectividad, como energía orgánica, como espíritu grupal, como herencia universal y humana. No somos, pues, creadores ni lo son los hechos, sino en el sentido de que somos fieles *traductores o expresadores de estas fuerzas dinámicas que son la médula perennemente* fluyente de la historia.

No podemos negar, sin embargo, que hay épocas en que la iniciativa espiritual de una individualidad o de un conjunto de individualidades creadoras se perfilan con una acentuación extraordinaria sobre el devenir de los acontecimientos. No se trata de una teoría o de una hipótesis sino de un hecho observable hasta para los entendimientos menos penetrantes. Son aquellas etapas o momentos en que se cambia el ritmo ordinario de la vida colectiva y la fluencia histórica parece enderezarse hacia una ruta desconocida. Asistimos, entonces, a una mutación radical que parece contradecir la inspiración colectiva de los acontecimientos.

A nuestro entender hay aquí un equívoco que es preciso discriminar. Existe la sugestión colectiva de la rutina, sugestión siempre epidérmica, consagrada en el carácter de las instituciones y en los tópicos circulantes de la literatura y de la filosofía, que revela la esencia íntima de un pueblo que está pugnando por expresarse y que no acierta a encontrar sus instrumentos de expresión. Esta esencia íntima permanece soterrada, pero operante, sin embargo, de un modo invisible, hasta que surge una personalidad o un conjunto de personalidades que ponen en evidencia y que articulan con entera claridad lo que antes parecía vago, impreciso y desarticulado. No es difícil demostrar el carácter eminentemente popular de todos los grandes genios de la historia y algo nos dice acerca de esto la obra de Dante, de Shakespeare, de Cervantes. Ellos son, pues, los órganos biológicos de una época, que verifican una realización histórica que se concreta no solo en ideas, como suele creerse, sino en emociones, en actitudes vitales, en instintos, en fuerzas irracionales, en reacciones telúricas. Es decir, son la expresión de un nuevo hombre integral, en su carne y en su espíritu, en sus pasiones y en su alma.

El ejemplo más ingente de la sugestión antivital que ejerce sobre los pueblos el tópico cultural circulante nos lo ofrece la vida de América, durante los cuatro siglos posteriores a la Conquista. El hombre culto americano ha sido un ser excéntrico, desplazado de su núcleo telúrico y de su contorno biológico, de alma agostada y sumergida en una atmósfera cultural que no era la suya. El pueblo, todo lo rudimentario que se quiera, no participaba hondamente en ella, porque la estructura racional del ambiente no traducía ni expresaba sus más profundas preocupaciones vitales que permanecen aún vagas, imprecisas, pidiendo una articulación que ha de llegar a su hora. Su acento vital íntimo se dislocaba ante los órganos de expresión que eran extraños, que habían sido impuestos desde fuera.

El genio siempre es el resultado de la vitalización de la masa, sin cuya impregnación energética carecería de toda virtualidad creadora y, por consiguiente, de toda articulación histórica, verdaderamente profunda.

III

Idea, personalidad y heroísmo

Insistimos en lo que hemos expresado en ensayos anteriores. Las ideas, para ser vivas, para tener vigencia contemporánea, para ser viables, es decir, para tener beligerancia histórica, es preciso que surjan de las condiciones económicas, sociales, biológicas y espirituales de la época y que, luego, se encarnen, como energía emotiva y racional, como voluntad de realización, como proselitismo político, como creación ética y estética en las individualidades y temperamentos mejor dotados y capacitados para su expresión. Quiere decir que las ideas para tener eficacia histórica y creativa deben correr la aventura personal, deben, realizar la peripecia dramática y aun trágica de una vida o de un conjunto de vidas, deben impregnarse y sumirse en las vidas individuales y heroicas. De lo contrario, son ideas muertas, congeladas en la teoría y en el sistema, ahogadas en la mera especulación ideológica. Y esto marca la distinción entre la idea revolucionaria o realista y la idea utópica; entre la idea que

surge de la realidad social y, a la vez, la transforma y la supera, y la idea que queda flotante en el aire, sin tomar carne en el dolor y en la tragedia de la historia.

Toda idea viva tiene que ser una aventura problemática y carnal, y tiene que ser una heroicidad porque arranca del ser total del hombre como impulso de expresión y de realización. Se suele tener ideas, como se poseen zapatos, muebles o automóviles, sin que el hombre se comprometa en su totalidad. Ideas como baratijas que en un día de fiesta se exhiben cual cosas "preciosas", ante la puerilidad y la tontería de las gentes y, otro, se dejan, olvidadas en el desván más astroso de la casa. De estos "hombres de ideas" ha habido, siempre, en América Latina, cosecha abundante. Ideas pegadas a ellos como costras o como pringue, que nada tenían que hacer en el drama de una vida. Y si generalizamos un poco, la vida cultural latinoamericana ha sido, también, un muestrario de baratijas europeas que, un día u otro, dejábamos en las pinacotecas de las universidades, muertas, bien muertas, porque nunca vivieron en nosotros. Ideas que no arrastraron un dolor, que no suscitaron una cuita, que no empavesaron un entusiasmo o un frenesí creativo, que no se rajaron –para usar un mexicanismo expresivo– en las angustias de la acción; que no envolvieron una gota de sacrificio y de sangre y que no "rompieron" su verdad en las baldosas de la calle multitudinaria.

Pero volvamos a nuestras reflexiones. Creemos firmemente que sin las contradicciones económicas, sociales, políticas y espirituales de la época, no hubiera surgido un temperamento político como Lenin, pero, creemos, también, que sin él no se habría consumado la Revolución rusa, pese a las contradicciones profundas y radicales de la época. Es cierto lo que dice Zinóviev en el prólogo a *El comunismo de izquierda*: "Lenin ha dicho la palabra decisiva en casi todas las cuestiones. La Revolución de Octubre, en la medida en que en tiempo de revolución puede y hasta debe hablarse del papel de la personalidad, la Revolución de Octubre, digo, y el papel que en ella ha desempeñado nuestro partido son, en las nueve décimas partes, obra de mano de Lenin" y luego añade: "Yo no puedo figurarme lo que hubiera sucedido si no le hubiéramos tenido en aquel momento... Solo Lenin podía soportar este peso y los que al principio vacilaban tuvieron que seguirle. Él solo salvó a Petrogrado, a Rusia, a nuestra revolución. Hoy habrá ya pocos sabios que se atrevan a reírse todavía de la teoría de la espera de Lenin. Hoy estamos seguros de que era el único camino bueno: ceder espacio al enemigo para ganar tiempo".

No quiero vigorizar con esta cita el fetichismo del grande hombre el mesianismo del caudillo. Es preciso afirmar, hasta la saciedad, que el genio nada puede hacer surgir de la nada, si no se hallan en su contorno social los elementos necesarios e indispensables para su expresión o autorrealización. En este sentido, es apenas el ejecutor, si así puede hablarse, de los designios de su época y de su pueblo. Simple vehículo, a su vez, de expresión y de realización de una etapa; simple coordinador del pensamiento y de la acción de numerosas personalidades; simple fuerza aglutinante y convergente en el sentido de un objetivo social.

El hombre superior lo es, en tanto se mantiene fiel en pensamiento y en acción, en ideas y en sacrificio, en conducta y en responsabilidad a los imperativos de su misión histórica. El hombre superior es siempre cronológico; no es un ser intemporal en el sentido de quedarse al margen de los acontecimientos, a la vera del tiempo y de la historia. Su grandeza, su única grandeza, reside precisamente en eso. De allí que todo hombre realmente grande sea el hombre de una disciplina interna en su significado creativo; de una fe, de una pasión ejecutora, de una emoción operante, de un servicio humano colectivo...

Esta pasión y esta emoción son objetivas, aunque parezca ello una paradoja. Objetivas, en el sentido de que trascienden al servicio y a la liberación de los otros. Es lo contrario del hedonismo personalista y subjetivo del hombre ordinario que es incapaz de rebasar su placer y sus intereses inmediatos, sus deseos y apetencias más cercanas y próximas. Mejor dicho, lo personal, lo que embarga el ser entero del hombre superior, es lo ultrapersonal, lo social, lo colectivo, lo humano.

IV

Aprismo: imperativo histórico

Llega el movimiento aprista en circunstancias en que la nacionalidad peruana estaba sazonada, grávida para su nacimiento. Las condiciones económicas, sociales, morales y políticas lo habían engendrado en las entrañas mismas del

pueblo, en los senos profundos de la intrahistoria latinoamericana. El aprismo no es una teoría intemporal que haya surgido de la imaginación abstracta de un ideólogo; no es una teoría o un sistema académico que haya brotado, por obra de conjuro, como el *fiat lux,* de la nada. La inteligencia no ha hecho sino constatar la realidad trágica y sangrante que urgía su expresión inmediata. Por ser un movimiento histórico, condicionado por un determinismo económico, social y moral, se nos aparece como una inexorable necesidad o fatalidad biológica. Movimiento profundamente vital que engendra, igualmente, sus propios instrumentos de realización y expresión, como producto de su pueblo, de su raza y de su época. Y hablo de raza en el sentido cósmico de América y no en el estrecho significado de una tabulación antropológica. Haya de la Torre, en su momento culminante, es el aglutinador político, el punto de convergencia de una generación que polariza el pasado en lo que tiene de vital y el porvenir en lo que tiene de trayectoria humana; en una palabra, la tragedia pretérita y presente, y las posibilidades de transformación. Es el *presente* social operante que interpreta y realiza la acción inmediata, eficaz y necesaria. Porque el hombre de una misión histórica es eficaz siempre. En su eficacia y en su *necesidad* reside toda su virtualidad. Puede no tener el éxito espectacular que el oportunismo simplista reclama a cada paso, o que la codicia burocrática anhela como único fin y sentido de una "revolución", pero es eficaz porque ha definido una larga trayectoria histórica, una trayectoria ineludible, un proceso biológico del cual no se podrá ya prescindir en lo sucesivo.

Esto es lo que no quieren o no pueden comprender los "exterminadores" criollos a *outrance,* los exterminadores bufos o siniestros que se figuran que organizando una *razzia* o un progromo, organizando la persecución y el asesinato colectivo de algunos millares de militantes apristas, se puede matar un movimiento que ha hecho nacer la fe ciudadana en un pueblo dolorido y sin esperanza de salvación; de un movimiento que por la torpeza política y la crueldad cavernaria del "civilismo" peruano, se ha convertido en una suerte de impulsión mística que, a la larga, más tarde o más temprano, cumplirá sus objetivos históricos.

Demuestran una falta absoluta de experiencia histórica y una ausencia también absoluta de perspicacia quienes se figuran, ingenuamente, que el movi-

miento aprista es el resultado de la propaganda de sus líderes y conductores. Es pueril afirmar que se puede crear un movimiento artificial del volumen del aprismo solamente con discursos, conferencias y voces de orden por muy elocuentes que fueran. Es como si se tratase de hacer fructificar una simiente en el aire, sin enraizamiento en el terreno social que lo nutre y lo sazona. Más torpe es, todavía, pensar que una prédica demagógica y entusiasta, cuyos efectos son siempre pasajeros y explosivos, tenga la virtualidad de crear héroes y mártires, poseídos de sí mismos, que van a encontrar la muerte con una fe incontrastable; que sea capaz de generar un dinamismo multitudinario que se prolonga ya en un lapso de varios años y que, en lugar de disminuir con el terror, acrecienta su energía impulsora y creativa. La propaganda aprista ha tenido un éxito clamoroso en las masas porque definía y expresaba un estado de conciencia latente en el pueblo. Las personalidades de los capitanes y dirigentes del movimiento no son el producto del acaso sino una imperativa necesidad histórica; son aquellos instrumentos que forja el tiempo y que aparecen con carácter inexorable.

Ha llegado el aprismo, como llega la primavera o como llega el verano; como brota la flor en su tallo o como madura la espiga. El "civilismo" había colmado la medida y no podía ni puede tener ya virtualidad de gobierno. Fue incapaz de rebasar, en todos los aspectos de la vida nacional, el espíritu de la colonia. Coloniales eran sus hombres, coloniales eran sus métodos, coloniales eran su acción y su pensamiento políticos, si puede hablarse de "pensamiento" al tratarse del "civilismo" peruano. La prueba de esta caducidad irremediable se encuentra en que frente a la acción dinámica y transformadora del aprismo, los gobiernos que se han sucedido hasta aquí no han acertado a oponer sino un programa policiaco, de persecución sistemática, de obturación y de exterminio. Ya sabemos que la debilidad y la incapacidad de los gobiernos que no pueden generar una política constructiva se amparan, en América, detrás de las bayonetas y de la metralla. Esta es la demostración más evidente de la vitalidad de un movimiento que rebasa la algarada del club político y de la agencia electoral.

V

Acción y reacción

La nueva generación peruana ha sido autora y actora del movimiento aprista. Entendemos por nueva generación las promociones juveniles que se suceden desde el año 14 y que comienzan a agitar el espíritu público desde distintos ángulos, pero que convergen hacia un objetivo: la transformación material, política y cultural de la República. *La nueva generación es el producto de las condiciones espirituales*, morales y económicas del país, y, a la vez, la energía impulsora, encauzadora y directora de la nueva etapa. Un determinismo histórico la ha conformado, tanto como ella conforma y plasma los acontecimientos. La caducidad histórica del "civislimo" no solo no puede resolver ninguno de los problemas capitales de la nacionalidad porque tiene ante sí la fuerza dinámica del aprismo, que rompe su ritmo al ralentí que se confunde casi con la inercia, sino porque este ha planteado, desde el punto de vista contemporáneo, el vasto problema de la Revolución indoamericana. Era una distensión o atirantamiento insólito que venía a quebrar la línea trillada y muelle de su rutina política. La lucha se planteó de súbito, cuando menos lo esperaban las dominantes facciones tradicionales, fuera del marco del mero turno electoral. Fue para el "civilismo" una suerte de colapso mental o psicológico –del cual aún no se repone–, que le impidió asimilar el nuevo impulso que surgía. *El Comercio*, al dar cuenta, en unas pocas líneas, de las primeras manifestaciones apristas, lo hizo en un tono de marcada sorna conmiserativa, como si se tratara de una simple algarada juvenil y explosiva sin repercusión ni contagio posible. Pronto hubo de rectificarse, iniciando entonces una campaña artera, rebosante de saña siniestra, como si descubriera de pronto una fiera rampante en trance del salto poderoso. Pero el "civilismo" no asimiló las fuerzas morales y espirituales del adversario y, por consiguiente, no pudo combatirlas eficazmente. Tomó el peor camino en las circunstancias políticas del momento: la represión violenta. Era lo que le faltaba al aprismo para acrecentar su fuerza multitudinaria y asentar en los brazos de la masa su trayectoria revolucionaria. En este sentido, se puede afirmar que lo mejor de la obra, la tarea decisiva, la cumplieron, inconscientemente, sus adversarios. Se ahorraron varios años de adoc-

trinamiento y de lucha pertinaz. Desde entonces, la victoria política del aprismo fue incuestionable. Lo que los partidos revolucionarios en otros países logran a través de varios lustros de brega, el aprismo lo obtuvo en un año, más aún, en unos cuantos meses. Desde el gobierno, las oligarquías mismas plantearon la insurrección civil.

Desde 1923, Haya de la Torre habla de que "ha de llegar la hora de la gran transformación". Haya no se engañaba porque sabía la forma primitiva en que el "civilismo" reaccionaría frente a un vasto movimiento nacional. La mentalidad feudal y colonial de las facciones dominantes, carentes de toda flexibilidad política, no era la mejor garantía para una transformación histórica incruenta. A partir de la guerra europea, la inteligencia peruana, en sus personalidades más representativas, que figuran ahora en los cuadros militantes del aprismo, revelan una inquietante y profunda emoción social. Ya en Trujillo, en el año 16, los universitarios y la juventud intelectual se sienten solidarios de las reivindicaciones proletarias. Desde entonces, se suceden los primeros choques con la Policía en las calles y se organizan las primeras grandes huelgas en el valle de Chicama.

El aprismo viene a precisar, a servir como punto magnético de fuerza, a transfundir en un vasto estremecimiento multitudinario, este nuevo estado de conciencia. Al caudillismo militar y personalista sucede el héroe civil, que es innumerable, que es la masa misma que se deja matar heroicamente en las trincheras de Trujillo, que se triza en las mazmorras de El Frontón, de la intendencia y del Real Felipe, que agoniza en las selvas infernales de Satipo y del Madre de Dios, que cae en los fusilamientos clandestinos bajo los muros de Chan Chan, que se abate en los asesinatos de Huaraz, Cajamarca, Cajabamba, Ayacucho y Huancavelica; que muere, en fin, cantando "La Marsellesa" en los fusilamientos de los marineros de la Escuadra en San Lorenzo. Es el héroe civil de la nueva América.

Nunca creemos, que la ergástula, en ningún país de América, aun bajo el despotismo tenebroso de Juan Vicente Gómez, haya realizado una tan salvaje acción represiva. Lo que ha ocurrido en el Perú, durante estos últimos años, está esperando aún su narrador, su poeta y su trágico, para ser transportado al plano del arte. Y su Goya, para revivir y eternizar en el lienzo los gestos y las escenas macabras de los fusilamientos ante los muros milenarios y prehistóricos de Chan Chan, con todo su horrible y grandioso simbolismo histórico.

Un nuevo factor ha entrado en la escena nacional y este factor es el pueblo. La presencia del pueblo, como fuerza dinámica en la historia de un país que no ha salvado su etapa feudal, es la presencia de la libertad y de la justicia en marcha. Cuando esta fuerza adquiere sus lineamientos definidos y el suficiente volumen operativo, la transformación social llega, tiene que llegar arrollando todos los obstáculos. Se habla de la volubilidad de las masas en política y esta volubilidad es cierta cuando se trata de simples turnos electorales, pero no cuando se trata de un gran movimiento histórico, de una fe profunda en los destinos superiores de un pueblo, de un movimiento que envuelve una empresa cultural y que es comprendido y sentido por la masa como una tarea de salvación nacional. La mediocre miopía "civilista" confía demasiado en esta volubilidad de las masas para sus fines de predominio y esa es su tremenda tragedia. Los grupos dominantes se encuentran ciegos y sordos ante los signos y las voces del tiempo. Hay una poderosa fuerza en marcha que solamente es invisible para aquellos que están atacados de irremediable daltonismo histórico. El "civilismo" tiene un concepto estático de la política y esa incomprensión o negación de la historia como fuerza dinámica, lo llevará, lo está llevando, de modo irrecusable, hacia su caída definitiva.

Y este despertar de la masa, este equipamiento ideológico y emocional para la lucha por su liberación, esta discriminación y precisión de sus objetivos históricos, ha sido la obra de la juventud aprista. Tanto como ella es la resultante de las más hondas aspiraciones y reivindicaciones del pueblo, es, también, la forjadora de la nueva conciencia.

VI

La mística del movimiento

No hay ni ha habido nunca una tarea de gran envergadura histórica, no hay siquiera una obra puramente individual si esto es posible en el rigor de término con cierta profundidad, fecundidad y trascendencia humanas que no haya sido movilizada, aventada, impulsada por una fuerza espiritual, por una mística. Cuando el cristiano

del Imperio romano se lanzaba al sacrificio y a la muerte en las fauces de las fieras del circo; cuando organizaba clandestinamente su acción apostólica y proselitista en las catacumbas; cuando desafiaba la represión brutal de los pretorianos y la prepotencia de los Césares, estaba inspirado y movilizado por una fuerza o conjunto de fuerzas internas que representaban, buscando un símil físico, la tensión impulsiva del arco sobre la flecha.

En la época contemporánea el caso más extraordinario de una fuerza mística que impulsa un gran movimiento de transformación social, nos la da, sin duda alguna, el pueblo ruso y allí reside, ciertamente, su dilatada trayectoria histórica. Para el ruso de hoy día, la construcción del socialismo, la realización de una sociedad sin clases, la liberación del hombre del sistema capitalista que lo entraba en su expansión vital, en beneficio de una clase periclitada ya históricamente; la educación y forjamiento de un nuevo tipo de hombre para el porvenir, son algunos de los resortes internos que, unidos al temperamento especial del eslavo, a los instintos vitales más hondos de su raza, a su actitud espiritual y cósmica, a todas las fuerzas irracionales, telúricas y biológicas que estructuran su organismo psíquico, constituyen la tensión creadora de la Revolución de Octubre. La gran obra de Lenin y de los revolucionarios de octubre ha sido encarnar la teoría marxista en el alma del pueblo moscovita, hacerla llegar a los estratos psíquicos más profundos de la masa y darle su movilización dinámica y creadora. Si los principios marxistas no hubieran traspasado el plan racional y lógico del sistema, si Lenin no hubiera sido la encarnación del marxismo en el pueblo ruso, no habría sido ese oportunista genial que sale de Suiza con el propósito de "realizar la etapa pequeño burguesa del liberalismo democrático" y que, al pisar la tierra rusa, convulsionada y acezante, proclama la dictadura del proletariado y firma la paz de Brest-Litovsk. Tan ruso era el caudillo de la Revolución de Octubre que un camarada extranjero dijo de él "que llevaba siempre consigo el olor de la tierra rusa". Solo un ruso pudo realizar, en verdad, la transformación rusa.

Si nos preguntamos ahora, pasando de la esfera histórica o empírica a la del concepto racional: ¿qué es una mística?, nos responderemos en seguida: es el conjunto de móviles o fuerzas internas que impulsan a los pueblos y a los hombres a realizarse en su plenitud; a consustanciarse a cada paso, con su misión personal o colectiva, con el objetivo ideal que se han propuesto. Cuando Jesucristo dice: "Sed

perfectos como lo es mi Padre que está en los cielos", señala la trayectoria de la mística cristiana. Idéntico valor tiene la aspiración del hindú al sumergirse en el Todo y, también, el anhelo del budista para alcanzar el Nirvana.

Ciertamente, lo que nos revela la gran pulsación histórica del movimiento aprista es la presencia en su seno de un conjunto de fuerzas internas que operan, volviendo al símil anterior, como la tensión del arco sobre la flecha. Es lo que constituye su poderosa entraña vital y lo que lo ubica dentro de las grandes empresas históricas. El aprista se siente como un instrumento histórico de la nueva América, como el forjador del nuevo hombre que necesita el continente para alcanzar su expresión más íntima y original, como el adalid antiimperialista del Nuevo Mundo; como el órgano biológico necesario para trasmutar en una unidad las contradicciones y antinomias más profundas del continente; como una fuerza constructora en medio del caos y de la dislocación jurídica, social, económica, moral y política de nuestros pueblos; como una energía combativa contra el estacionarismo suicida y la rutina feudal de las oligarquías dominantes, como el instrumento histórico de una nueva cultura que inicia su marcha creadora.

Es absurdo pretender que unos cuantos demagogos sean capaces de crear artificialmente este conjunto de fuerzas internas, si no respondieran a una realidad esencial; fuerzas internas que han comenzado a movilizar las masas en una formidable mística de la acción, que las lleva a aceptar la muerte cantando. Claro que las masas no pueden delinear racionalmente en su conciencia, con toda precisión, estas fuerzas que las impulsan; pero ellas las llevan en alas de su emoción, ellas las viven en la lucha y las sufren en el sacrificio cotidiano; ellas las intuyen con la aguda penetración del pueblo que esa es su misión histórica; ellas, en fin, les dan vida, les dan carnatura vital con una fe honda en que ese es su destino trascendente.

Sin estas fuerzas internas hubiera sido imposible en un país tropical que ha pasado siempre por veleidoso y tornadizo, por escéptico e indolente, crear un movimiento que, desde hace varios años, es objeto de la represión más terrible y siniestra que se registra en la historia de América Latina. El aprismo ha creado una fe y eso es lo importante. Crear una fe dentro de un pueblo y de una raza sin brújula, es demarcar una derrotero cierto; es canalizar la totalidad de sus fuerzas espirituales y materiales hacia un objetivo.

VII

La ubicación marxista antiimperialista

No se puede plantear hoy la revolución, cualquiera que sea el pueblo de la Tierra, desde el punto de vista contemporáneo, sino dentro de los marcos teóricos y prácticos del marxismo, así como no se puede plantear, para la ciencia astronómica ningún problema que no parta de la concepción heliocéntrica del Universo. Las ciencias sociales y económicas han superado ya sus antiguas concepciones y, por eso, el marxismo es el camino y el método científico de la revolución. Es la poderosa arma racional y lógica de lucha puesta en manos de las masas revolucionarias. Es el esclarecimiento preciso de la marcha de la historia por el juego racional de las fuerzas de producción y de cambio. Pero el marxismo no es cartabón rígido, ni receta congelada, sino instrumento flexible y elástico que rebasa toda fórmula o plantilla cortada a patrón y medida geométrica. Para nosotros, la prueba de fuego que ha sufrido el marxismo –y de la cual ha salido airoso– es su adaptabilidad o aplicación a la realidad de la América Latina y de los demás países, económica y políticamente coloniales, de Asia y de África. Y decimos que ha sido la prueba de fuego, porque, científicamente, las etapas económicas no se han desarrollado en estos países, dentro de un proceso normal y correlativo, como ha ocurrido en Europa. Ya se ha dicho y se ha demostrado hasta la saciedad, que América Latina, y, dentro de ella, cada uno de los países que la integran, es un mapa de economías contiguas y coetáneas, que se extiende desde la etapa primitiva del salvaje hasta la etapa industrial del imperialismo, pasando por las etapas intermedias con todas sus variantes y matizaciones exclusivas. De esta suerte, el capitalismo no llega a América Latina, como en Europa, dentro de un proceso natural, sino por rebasamiento imperialista, por derrame y compulsión periférica de los grandes países industriales sobre las "zonas de influencia". Y de esta suerte misma, el capitalismo que en Europa consuma la revolución democrática-liberal, en América Latina es el aliado del oligarquismo y feudalismo políticos, que no son sino desorden económico, desorden moral, dislocamiento jurídico, caos y atraso sociales. Este hecho comporta problemas privativos y específicos de América Latina y, por consiguiente, la revolución no puede plantearse, como

en Europa, sino en distinto plano teórico y práctico. El cambio y las tácticas de la revolución latinoamericana tienen que ser, por ello, distintas de las que preconizan el socialismo y el comunismo en los grandes países capitalistas, generadores de la máquina y de la gran industria.

Sin duda, la aportación doctrinaria y crítica de Haya de la Torre en este sentido ha sido decisiva. Es el primero que estudió y vio, con admirable precisión, el problema marxista de la revolución latinoamericana. Apartándose de la delicuescencia académica y libresca con que pretendió mimetizar en América la plantilla revolucionaria de Rusia: apartándose del verbalismo maquinal y automático del trópico que ha tendido siempre a una imitación literal. Haya de la Torre se pone a estudiar seriamente la realidad económica, política y social de nuestros pueblos y solo entonces surge la doctrina aprista que se encarna, luego, en una vasta fuerza multitudinaria.

Nadie que tenga la frente despejada puede negar hoy que el imperialismo es el hecho central de la economía latinoamericana, de una manera mucho más exclusiva, absorbente y específica que en el resto del mundo. El imperialismo es un fenómeno mundial, pero en ninguna parte de potencia más absoluta y esclavizante para la producción nacional como en nuestros países. Por lo tanto, el problema de la revolución en América Latina tiene que comportar una teoría y una praxis antiimperialistas. Es el arma científica que el marxismo pone en manos de sus masas revolucionarias. Hasta hoy, el Estado seudo liberal latinoamericano, Estado democrático de similor, Estado-pastiche, no ha sido otra cosa que el imperio del oligarquismo feudal, que se ha cotizado incondicionalmente a las inversiones imperialistas. El imperialismo ha puesto y ha quitado Congresos y gobiernos, como marionetas de escenario bufo, según convenía a sus intereses y a sus planes de penetración. No ha habido, pues, democracia liberal y parlamentaria en nuestros pueblos en el sentido europeo, salvo tal o cual intento tímido, débil y temporal.

Y si hace falta el testimonio imparcial de un extranjero calificado oigamos lo que dice el francés André Siegfried, en diversos pasajes de su obra *América Latina...*: "la arbitrariedad se inserta, sin obstáculo, en un cuadro verbal de arbitrariedad"..., "la historia política de América Latina, aun la actual, está llena de violaciones constitucionales, de las que no puede decirse que sean únicas, ya que parece son

cometidas lo más fácilmente del mundo". "La América tiene demasiadas [Constituciones] porque el texto libera a las conciencias, más aún desde que no las liga, y desde que se siente satisfecha de lo que está escrito, sin preocuparse mucho de lo que ello es en el fondo. Yo no he oído hablar de la Constitución sino en esos países donde diariamente se la viola. Eminentes juristas discuten seria y concienzudamente la significación de los textos de los cuales se burlan los políticos, y si uno se sonríe, los doctores señalan con el dedo los artículos que son garantía del derecho"..., "el ejercicio del gobierno consiste en algunas operaciones esenciales, a la vez simples y brutales. No hay allí ningún sentimiento de interés general, nada de opinión pública". "Para realizar un programa de gobierno hay dos condiciones indispensables: Artículo primero, tener a la fuerza armada y asegurarse su fidelidad, pagándole bien. Artículo segundo, poseer los recursos financieros suficientes para aplicar el artículo primero". "Son impresionantes las ruinas morales que los regímenes tiránicos dejan tras de sí. Uno piensa a pesar suyo, para transportarla al dominio civil en la famosa frase: *"Ubi solitudinem faciunt, pacem apellant"* ["donde hacen un desierto dicen que han establecido la paz"].

El sentido esencial de la revolución latinoamericana tiene que ser de un carácter democrático antiimperialista. De allí la concepción del Estado antiimperialista, que no sea un Estado aliado y cómplice del imperialismo industrial, el cual, no encontrándose en estos países resistencias vitales que lo condicionen y mantengan dentro de sus límites naturales y biológicos, absorbe totalmente las energías de nuestros pueblos, practicando algo así como un drenaje económico que los succiona, y dejando a su paso un pauperismo que apenas puede concebirse en países tan ricos, tan vastos, tan poco poblados y tan ingentemente dotados por la Naturaleza. El Estado antiimperialista tiene que ser, pues, un Estado defensa de las masas productoras latinoamericanas, porque el imperialismo es una etapa de la economía mundial capitalista a la que no es posible suprimir por decreto, como tantas veces se ha dicho. Su desaparición está íntimamente ligada a la revolución mundial, es decir, a la revolución de los grandes centros industriales.

No cabe, en los límites de este ensayo, la exposición detallada de la teoría aprista sobre tópicos tan interesantes como la función revolucionaria de nuestras clases medias, por ejemplo, tan radicalmente distintas de las clases medias europeas y nor-

teamericanas. Quien desee conocer, en toda su amplitud y significación, el concepto filosófico aprista, debe remitirse a los numerosos estudios que se han publicado al respecto y, sobre todo, al libro de Haya de la Torre *El Antiimperialismo y el APRA*, obra fundamental en este sentido[1].

VIII

La encarnación vital

Se ha afirmado que el simple planteamiento de un problema envuelve su solución. El punto de partida lleva implícito el camino e incluso la meta, como la semilla contiene el árbol y el fruto. Un ser vivo es problema que se plantea al momento de su nacimiento, pero un problema que arrastra dentro de sí todos sus desenvolvimientos ulteriores y finales. En las transformaciones de la historia ocurre lo mismo. El gran hombre es el que acierta con la fórmula precisa, con el planteamiento exacto de una época, cualquiera que sea su forma de expresión: estética, ética, social, científica o política. Gracias a un buen planteamiento, los movimientos colectivos, los acontecimientos, adquieren un sentido definido y creador.

Una ideología cualquiera podrá ser el instrumento, el método o el camino de una transformación, pero no la transformación misma. Muchos espíritus superficiales creen, ingenuamente, que con *El capital* 'de Marx' en la mano, se pueden hacer todas las revoluciones del mundo. Confunden el instrumento o herramienta con la obra. Una ideología no es sino el fundamento racional, el emplazamiento lógico y científico de una revolución. Lo es, también, con respecto a una cultura, pero no es la cultura misma. Se suele confundir la parte con el todo, el instrumento de expre-

[1] Haya de la Torre acaba de publicar su libro *Espacio-tiempo histórico*, que avanza una explicación más profunda de la realidad indoamericana y que, partiendo del marxismo y de la teoría de la relatividad, formula la filosofía política más original que se haya producido en nuestros pueblos. Véase para mayor información mi artículo "La teoría del espacio-tiempo histórico", publicado en *La Tribuna*, el 17 de abril de 1948.

sión con la cosa que se expresa. Una revolución es algo más complejo y siempre ha rebasado los linderos racionales que se le asignaban de antemano. De allí sus sorpresas súbitas, y las frecuentes desilusiones de los mismos revolucionarios al consumar y concretar en realidad lo que se proponían.

Ya hemos dicho que para que una idea o conjunto de ideas tengan eficacia revolucionaria deben encarnar en el alma y en la vida total de un pueblo. Deben asimilar su vibración interior y consustanciarse con su pulsación vital. De lo contrario, son ideas cadavéricas que penden en el aire, como pompas de jabón. Que el planteamiento racional del aprismo ha sido exacto nos lo revela la experiencia de varios años de lucha, en que el movimiento ha adquirido un volumen y una fuerza creadora que no sospecharon las oligarquías dominantes. El aprismo no es solamente un partido político sino una empresa espiritual y de cultura. Es, también, un movimiento ético de vasta envergadura multitudinaria. Esa es la prueba irrecusable de su acertada ubicación lógica. Las ideas corren dentro de los sentimientos y estos dentro de las ideas.

El fracaso de los partidos socialistas y comunistas en América Latina se debe a que no han sabido insertar el marxismo en las condiciones privativas de América, en el alma del continente. Así lo ha confesado Bunge en Argentina con respecto al Partido Socialista. Han buscado adaptar la plantilla europea a la realidad latinoamericana y, claro, era imposible plasmar dentro de un cartabón exótico, la movilidad y la fluencia de nuestros pueblos. Cometieron el mismo error que todos los partidos "tradicionales" que trasladaron los patrones europeos, sin lograr infiltrarlos en el alma de América. Recordemos otra vez el ejemplo ya clásico de la revolución de la independencia que se hace bajo la advocación de los principios de la Revolución francesa, que en Europa realiza la democracia liberal, y en nuestros países consolida el feudalismo político y económico. No bastan las ideas y teorías; es preciso que estas vivan en los hombres y tomen cuerpo carnal en la tragedia, en la estructura emocional y vital de los pueblos.

Los partidos han sabido formular programas excéntricos y periféricos, programas que pretendían, *desde fuera* –¡loco intento!– transformar las realidades. Y así cada programa se convertía en una excrecencia ideológica que vivía a costa de la salud vital de los pueblos. En el Perú –y el ejemplo vale para toda América Latina–,

cada faraute universitario volcaba en sus programas políticos, con una pedantería enciclopédica, todos los principios más *avanzados* del derecho constitucional de la hora y se figuraban que con ello hacían una revolución. No hemos olvidado, todavía, el caso típico de *avancismo* ideológico y académico, que se dio con el Partido Nacional Democrático o Futurista de Riva-Agüero, para acabar en el ultramontanismo cavernícola de la Acción Patriótica.

El éxito del aprismo hay que buscarlo en el hecho profundo de haber acertado con el planteamiento racional exacto de la revolución latinoamericana y en haberlo movilizado con el conjunto de todas las fuerzas biológicas, culturales, históricas, morales, psíquicas, emocionales y telúricas del Nuevo Mundo. Es decir, que la acción del aprismo surge de adentro hacia afuera, del centro hacia la periferia. Sin este hecho quedaría sin explicación plausible un movimiento –el primero de tal envergadura en nuestros pueblos– que ha sido capaz de realizar en pocos años una transformación tan radical y de tan potente energía en las juventudes y en las masas de un país que parecía sumido para siempre en el colapso colonial. No, los grandes hechos históricos no se producen por casualidad, sino que obedecen a un conjunto de fuerzas, de las cuales ellos son la traducción y la expresión visible, tangible y externa. Constituyen, lo repetimos, el alfabeto, la gramática que emplea el lenguaje cultural y espiritual de una época, de un pueblo, de una raza, de un continente. Quien sepa leer en ellos con la suficiente clarividencia tiene, en realidad, en sus manos, la clave del porvenir.

IX

Victoria política e insurrección

Cuando surge el aprismo, a la caída de Leguía en 1930, no tiene frente a sí un verdadero adversario político en el sentido propio de la palabra. La pugna política es la fricción de dos o varias concepciones del Estado o del gobierno del Estado. Es decir, la fricción política se produce por concepciones diferentes del derecho y la justicia

sobre las que se fundan y giran las instituciones del Estado, o por simples métodos que deben emplearse en la administración pública.

En el primer caso, nos encontramos ante una transformación o revolución. En el segundo, ante un mero proceso o turno electoral en el gobierno. El "civilismo" peruano carece de una concepción del derecho y no tiene, tampoco, un método de administración pública; sencillamente, con él no hay gobierno ni administración. El democratismo liberal de que hacen gala sus hombres representativos y que vegeta como letra muerta en el texto de las Constituciones es algo hipotético y gaseoso, un simple *bluf* jurídico que no tiene realidad práctica ni ha tenido nunca realidad histórica viva en las instituciones del Estado. Solo hay apetitos desalados y primitivos, venalidad desapoderada y voraz. El privilegio y la holgura de un grupo de familias; la miseria y la explotación de la gran masa del pueblo. No hay estructura legal alguna que rija en la práctica la vida colectiva. Es el caos primordial.

La victoria política del aprismo fue inmediata, casi instantánea. De norte a sur de la República corrió, con eléctrica celeridad, un gran estremecimiento multitudinario. Movimiento espontáneo que surgió de la entraña misma de la masa, como el brote gallardo de un surtidor, al romperse la pétrea resistencia de la superficie. Hubo una fruición mística en el corazón de las multitudes oprimidas. La ciudadanía entonó, en extensas masas corales, "La Marsellesa" de la libertad civil. En realidad, no fueron los líderes del partido los que crearon este galope dinámico del espíritu nacional. Ellos fueron instrumentos pasivos, casi sin autonomía mental, de ese hervor que emergía del centro a la periferia de la Nación. Su valor histórico consiste, precisamente, en haber eliminado, en ese momento supremo, sus personalidades individuales, constituyéndose, de esa suerte, en dóciles vehículos del movimiento.

La victoria política del aprismo tuvo, desde el primer momento, un carácter tan ecuménico que el "civilismo", para llevar al poder a Sánchez Cerro, hubo de mixtificar, en gran escala, el sufragio electoral; y Benavides, para sustituirlo, tuvo que ampararse, contra los preceptos expresos de la Constitución vigente, en una Asamblea Parlamentaria amputada y estrangulada. La fuerza política del aprismo se revela y surge con más nítida claridad, cuando, pocos meses después, el gobierno de "la paz y la concordia" apelaba a los mismos métodos que su antecesor y retrocedía ante la fuerza política de su adversario, cuyo volumen electoral le obligó a dilatar, varias

veces, con medrosa reiteración, los plazos señalados para las elecciones. Fue el signo y la demostración más evidente de la debilidad del "civilismo" ante la voluntad y el sufragio populares. Una vez más el aprismo había vencido políticamente a la vieja casta oligárquica.

El "civilismo" impotente no tuvo otra alternativa que apelar a la persecución policiaca y a las bayonetas del Ejército. Eran los únicos instrumentos que podían prolongar, todavía, por algún tiempo, su agonía en el poder, mientras se organizaba y estructuraba la insurrección civil. A todas las prefecturas de la República, que habíanse convertido en meras oficinas ejecutoras del plan represor del Gobierno Central, se impartió la consigna del exterminio. La consigna se cumplió a sangre y fuego. Millares de hogares peruanos fueron hollados y estropeados por la Policía. Innumerables víctimas han pagado con su sangre, su fervor revolucionario; centenares de apristas han sido violentamente deportados; las cárceles y las prisiones se colmaron literalmente de presos. Toda prensa de oposición fue suprimida; cancelados los derechos de reunión y asociación.

Durante varios años el clima revolucionario del Perú fue vigorizando su tensión operante. En el Perú ha ocurrido un proceso inverso al de otros países. Han concurrido para ello factores históricos complejos. Y el caso del Perú es el caso, a nuestro entender, de toda América Latina. Efectivamente, durante las dos pasadas décadas, los golpes de Estado revolucionarios en todo el mundo vinieron siempre a culminar y completar la victoria política de los partidos insurreccionales. Desde el poder, por compulsión de la fuerza, se ha consumado el triunfo político de la insurrección. En el Perú, la victoria política ha precedido al golpe de Estado y a la captura del poder. En la actualidad, el problema del aprismo no es ya un problema político sino un problema de distinto orden.

Este hecho es muy significativo para la futura estructuración del Estado peruano. No se trata de una minoría revolucionaria, como lo fue, al comienzo, en Rusia o en Italia, la que debe dictar la ley a la Nación. Es la Nación misma que se yergue para romper el privilegio, la usurpación y el abuso de una minoría sin fuerza política alguna. En puridad de verdad, no puede tratarse de la dictadura de una clase, porque la revolución ha sido consumada por una alianza de clases, sino de una democracia con miras y orientación colectivistas, muy lejana, por cierto, del sistema típico de

la democracia liberal al uso. Ni Rusia, ni Italia, ni Alemania; ni Stalin, ni Mussolini, ni Hitler, sino América. América Latina con sus condiciones excepcionales y específicas en la cual los partidos revolucionarios no tienen, precisamente, que destruir una estructura jurídica secular o un partido o conjunto de partidos que representen una realidad política y una ideología conservadoras, porque no existe ni lo uno ni lo otro, sino que tienen que crear, por primera vez, una ordenación jurídica frente al caos primordial; frente a la arbitrariedad, al desorden y a la explotación feudales; frente a las fuerzas ciegas, negativas y casi zoológicas del continente.

X

El hombre-acción

Si el ergotismo sudamericano, ergotismo escolar y pueril que juega con las ideas, como el hombre primitivo o salvaje juega con los espejuelos y baratijas de la industria quiere darse todavía el gusto de discutir la formulación racional y lógica de la doctrina antiimperialista, puede imaginar toda las réplicas racionales posibles. No hay sistema racional o lógico que no pueda ser objetado. El curialista de aldea lo sabe demasiado bien cuando defiende una mala causa o cuando quiere despojar de su terrenito al campesino ingenuo. Contra la doctrina aprista de Haya de la Torre se sigue y se seguirá aún ergotizando en América Latina. Se erguirán lo que he llamado, en un ensayo anterior, las viejas y las nuevas "larvas mentales", congeladas, estáticas y cadavéricas, que circula el esnobismo académico y europeo en las pinacotecas de las universidades. Pero lo que nadie podrá negar es la acción trascendente y fulgurante que desarrolla desde el año 23. Allí está con su dilatada reverberación para las pupilas de menor tabulación óptica. Cuando la marea de ergotismo subía y rebasaba la medida en algunas ocasiones, Haya de la Torre exclamaba siempre, a pesar de su gran talento polémico: "Yo no discuto, yo hago". Y efectivamente Haya de la Torre ha hecho. No hay otra réplica para la acción del jefe del aprismo que otra acción de igual o superior nivel vital.

América Latina ha encontrado en Haya de la Torre su hombre de acción. Desde hace cien años no se ha producido, entre nuestros pueblos, una actividad operante de tal trascendencia y de tal envergadura. Para encontrarle su par, es preciso ir hacia los grandes capitanes de la Independencia. Y –hecho profundamente simbólico de la época– él no moviliza, como fuerza esencial, las bayonetas y los cuarteles; moviliza, en primer término, las fuerzas civiles de la Nación, hace surgir, como ya lo hemos dicho, el héroe civil. El martirologio aprista está rebosante de héroes de la masa anónima, que están reclamando su Plutarco para una nueva serie de Vidas ejemplares.

En la Independencia se movilizaron, principalmente, las armas y los batallones; luego, el criollismo aristocrático de los terratenientes, en cuyo beneficio se cumplió la revolución y, después, por contagio sentimental, las masas civiles. Fue, ante todo, una empresa militar contra España. El héroe o el caudillo hubo de salir de las filas cuartelarias. El militar estuvo, entonces, a la altura de su misión histórica, se consustanció con las aspiraciones del pueblo. En esta vez, se movilizan las masas, las fuerzas políticas y productivas de la Nación y se traza un plan económico y de cultura. La segunda independencia no puede realizarse de otra manera. Que esta lucha es más larga y quizá más cruenta que la otra no cabe duda. Allí están los hechos para atestiguarlo y las manchas de sangre que tiñen ya el país de norte a sur. En América nos ha perdido siempre la acción mimética del pasado y los espíritus superficiales y apresurados esperan la solución, la *salvación*, de donde no vendrá, de donde no puede venir.

En otra oportunidad hemos señalado cómo Haya de la Torre es, en su individualidad más profunda, como todos los hombres representativos de América Latina, la trasmutación en un todo unitario, de las contradicciones y antinomias del continente. Dijimos también que el nuevo hombre de América era –para buscar un símil fisiológico– el resultado de la asimilación, de la conjugación, de la digestión vital de dos mundos antitéticos a través de cuatro siglos de fricción pugnaticia. El nuevo hombre de América es el nuevo órgano biológico que necesita el continente para articular su destino. Poco a poco se puede afirmar con igual certeza que encarnen y realicen esta concepción como del jefe del aprismo. No es cosa ya de insistir más sobre estas ideas expresadas en otro lugar y que bastan para arrojar suficiente luz y comprender una de las personalidades más interesantes y sugestivas de América.

XI

El equipo energético

Una empresa de cultura no puede ser ni ha sido nunca la obra de un hombre. Son precisas muchas capacidades para plantear, abrazar y recorrer una trayectoria histórica. La eficiencia vital de un movimiento se mide por su virtualidad de suscitación, de procreación y de fecundidad espirituales. Cuando un pensamiento permeabiliza las conciencias juveniles impulsándolas a la creación, es signo cierto de que encierra dentro de sí una vigorosa continuidad histórica. Esta tarea de fecundación la realiza el movimiento aprista en un grado extraordinario. Lo prueba el fervor creativo de la juventud peruana de hoy. Y no la juventud de una clase social determinada sino la juventud de todas las clases. El despertar de la conciencia juvenil obrera, sobre todo, es un espectáculo de intensa fuerza emocionante. En el transcurso de estos últimos años han surgido jefes y conductores obreros que han demostrado, en el pensamiento y en la acción, una singular capacidad operante y creativa. Esta es la mejor comprobación de que nos encontramos ante un movimiento de larga y extensa resonancia histórica.

Nada revela más la energía juvenil del aprismo que el fervor y la disposición docentes que se concitan en las prisiones y en las cárceles entre los presos políticos. Todos estudian y todos enseñan. Apenas llega una etapa de persecución y las prisiones comienzan a colmarse de presos, automáticamente se organizan grupos pedagógicos, asociaciones de estudio, círculos de lectura, planes de conferencia, seminarios de cultura. En *El Frontón,* donde las condiciones de los presos eran peores que en cualquier otro presidio, conocimos a un adolescente, casi un niño, que cubierto de harapos, estudió y aprendió el inglés y el francés durante quince meses. En los últimos días del internamiento saboreaba con delectación su Shakespeare y sus clásicos ingleses y franceses. Cito este caso no porque sea único, sino porque es frecuente. Se dictan cursos enteros de historia, economía, literatura, filosofía.

Ocurrió el caso simbólico, durante el mando de Sánchez Cerro, que mientras la Guardia Republicana deambulaba por los claustros silenciosos de San Marcos, en El Frontón, en la intendencia, en el Real Felipe y aun en las prisiones selváticas de

Satipo y de Madre de Dios, se abrían los estudios. Durante esos quince meses siniestros y vergonzosos, los únicos órganos de alta cultura en el Perú fueron las cárceles. Hecho paradójico, pero, también, preñado de significación y de energía.

Había entre los internados un tal *élan,* un tal impulso de "capacitación", que a veces tocaba las lindes del frenesí. Se juntaron varias promociones de hombres que sentían no solamente en su espíritu, sino hasta en su misma carne, el imperativo de prepararse para la construcción futura. Parecía que el tiempo venía corto y que era preciso ganar las horas de la vida; que el porvenir los llamaba a la construcción y a la forja de un pueblo. Este estado de tremenda tensión interna acabó por hacerse natural y cotidiano, un verdadero clima de la cárcel.

Así se explica el estoicismo con que los presos soportaban el terrible régimen carcelario. Hay escenas que la pluma se resiste a describir para no retrotraer la angustia de esos días de pesadilla. Ha de venir, sin duda, el narrador que gane para el arte y para la ejemplarización de las generaciones futuras, toda la grandeza dramática y trágica de esta vida que dejó, que está dejando aún, tan copiosas y tan hondas enseñanzas.

XII

El primer alzamiento civil

No puede faltar en un estudio del aprismo, aunque esquemático como el presente, una interpretación del primer alzamiento civil, que da la nota tónica del movimiento. Interpretación que sirve, en sus lineamientos generales, para todos los alzamientos sucesivos que se producen después. Nos referimos a la insurrección del 7 de julio de 1932 en Trujillo y a las insurrecciones de Cajamarca, Huaraz, Ayacucho y Huancavelica. Si es preciso tomar un símil de la revolución de la independencia, debemos proyectar nuestra atención hacia las rebeliones precursoras de Pumacahua y Túpac Amaru. Semejante, el escenario dramático y grandioso de la insurrección; semejante, el heroísmo y el denuedo de los rebeldes; semejante, la tremulación trágica, la

represión brutal y salvaje, el desencadenamiento de los instintos inferiores y crueles de los represores. Baste recordar que el mismo día de los fusilamientos y asesinatos en masa se realizaba en la prefectura de Trujillo, en un ambiente de pávido terror, un baile orgiástico sobre la sangre humeante y los sesos aún palpitantes de las víctimas.

Necesidad de una interpretación

La historia, más que relación escueta de los hechos, significa experiencia colectiva, experiencia social. Los acontecimientos nada nos dicen, si no sabemos trabados y concordados en un sentido determinado. Los hechos para constituir significado histórico deben ser como eslabones que se engarzan en una cadena que, a su vez, une los extremos de una ruta. El hilo interior que los traba es imponderable e invisible a los ojos físicos, pero es sustancial y positivo a los ojos de la inteligencia, a la segunda vista del espíritu.

Si prescindimos de esta médula íntima que da coherencia al acaecer, los hechos no significan nada por sí mismos. Son como las cuentas sueltas de un rosario, muertas y estériles en su aislamiento, o como los paisajes que se reproducen atropelladamente en una cámara fotográfica.

La experiencia histórica presupone una interpretación de los hechos. Sin interpretación, no hay experiencia. Por eso, para el hombre primitivo no había historia porque era incapaz de discernir los acontecimientos. Poseía únicamente una memoria pictórica de los sucesos, a la manera como los distintos aspectos de un paraje se reflejan en la lente fotográfica. Conciencia rudimentaria de imágenes sucesivas *y* aisladas que se desvanecían o se deformaban sin dejar la decantación de su esencia significativa.

Para el hombre primitivo o para el hombre actual sin sentido histórico, los hechos no se relacionan ni se conectan unos con otros. Diríase que están separados por tabiques impermeables y que la presencia de cada uno de ellos fuera brusca, señera, intransferible.

Los acontecimientos del 7 de julio están clamando por una interpretación, están pidiendo su interpretación histórica. Debemos definir y esclarecer la médula vital que engarce los diversos hechos y les dé una coherencia y una significación globales.

Los factores económicos

En ninguna región del país se da, como en Trujillo, la realización más típica del fenómeno imperialista. Grandes latifundios y concentraciones de tierras por el capital extranjero para el cultivo de la caña de azúcar. El azúcar, en un momento dado, adquiere precios exorbitantes y la mano de obra es sumamente baja en relación con los salarios que se pagan en los demás países. La explotación capitalista adquiere entonces caracteres extremadamente álgidos. La guerra europea que en la industria mundial, salvo en algunas ramas de la producción bélica, determina una depresión considerable de las ganancias, en el Perú significa la multiplicación de los panes y de los peces. Es el país de El Dorado auténtico, el país del ensueño capitalista. Algunas compañías extranjeras, alemanas principalmente, amenazadas por el bloqueo de los Aliados, toman una nominación jurídica nacional. De esta suerte se salvan de la "lista negra" inexorable. Y mientras los países vencidos en la contienda mundial se precipitan en la crisis económica, las compañías amparadas antes bajo sus banderas encajan en sus arcas ganancias ingentes. Mientras muchos presupuestos nacionales latinoamericanos arrojan déficits considerables por la incapacidad de sus sistemas administrativos de gobierno, los capitales privados de origen extranjero centuplican sus intereses.

El gobierno de Leguía que debió aprovecharse de las condiciones excepcionales que le brindaban las circunstancias, no acertó a hacer otra cosa que contratar empréstitos. El empréstito, entonces, era fácil, sobre todo en Estados Unidos, que salió de la guerra de 1914 realizando un espléndido negocio. La riqueza de un mundo que se desangra afluyó a Norteamérica. Su problema capital, a diferencia de los demás países, no era ya de adquisición sino de inversión. No se trataba de un problema económico, propiamente dicho, sino de un problema financiero. Así como el problema negativo de inflación fiduciaria estaba matando a los demás países beligerantes, el problema positivo de inflación de oro era una seria amenaza para Estados Unidos por exceso de riqueza metálica. Se hacía preciso invertir el oro acumulado.

En tales circunstancias, para Leguía fue fácil la contratación de fuertes empréstitos. Es cosa elemental en economía que capital que no se invierte refluye en pérdida segura. El capital, como Saturno, si no prosigue su impulsión dinámica, se devora a sí mismo. El capitalista se ve obligado por su máquina a comprar otra máquina, a desarrollar su producción en una manera indefinida, a ser el esclavo de su producción.

Trotski ya dijo, en los albores de la Revolución rusa, que en tanto los países europeos se agotaban por inflación fiduciaria, Estados Unidos agonizaba por inflación de oro. El empirismo y la ignorancia criolla crearon la leyenda fantástica del talento financiero de Leguía, que no hacía otra cosa que obtener empréstitos onerosos.

El trabajador de Trujillo estaba señalado por condiciones especiales de la región a soportar, también, de una manera específica, la explotación imperialista. Los salarios, con la guerra del 14, no experimentaron ningún mejoramiento apreciable y las condiciones de trabajo se mantuvieron en un nivel inferior.

El imperialismo capitalista no fue, entonces, con respecto al trabajador de Trujillo, una simple teoría sino una tragedia en carne viva. Antes que la idea entró en él la experiencia realista, una serie de huelgas y luchas por sus reivindicaciones generó y preparó en él el espíritu revolucionario. Si en torno a la fábrica se agrupa el campesinado de la sierra, en tomo a la fábrica, también, se genera el espíritu de rebelión.

Dos generaciones antagónicas

Al lado de los factores económicos de carácter privativo, específico y acaso regional en su máxima exacerbación, existen, también, los factores espirituales, intelectuales, vitales de una nueva conciencia. La misma inquietud espiritual que surge en la Reforma Universitaria de Córdoba se traduce, igualmente, en la juventud de Trujillo a partir de 1916. Inquietud que totaliza una articulación continental. Las nuevas generaciones latinoamericanas sienten, frente a la cultura del Viejo Mundo, la necesidad, la inexorabilidad de que América se exprese a sí misma; de que América deje de ser el antagonismo de dos culturas para presentarse como un todo unitario y original, para trasfundirse y permutarse en un nuevo hombre y, por consiguiente, en una nueva modificación del espíritu.

La juventud universitaria de Trujillo fue uno de los primeros equipos que sintieron agudamente este imperativo en el Perú. Allí surgieron Haya de la Torre y muchos de los que después formaron en las vanguardias más dinámicas y combativas del movimiento. Es la primera generación con auténtica emoción social en el Perú. Después, como proyección de este foco inicial, se agrupan, en una acción y un ideario comunes, las juventudes de Lima, Cuzco, Arequipa, Puno, Cajamarca, Chiclayo.

Esta generación tiene como precursor el pensamiento de Manuel González Prada. Tiene, más que todo, la ejemplarización de su vida inmaculada, enérgica, infatigable. Es una generación anticolonial y, por consiguiente, anticivilista. Representa la reacción de una nueva conciencia contra los viejos métodos, contra las viejas rutinas, contra los vicios inveterados y la explotación de la Colonia, cuya proyección en la República está constituida por el "civilismo" oligárquico.

A partir de este momento, dos modalidades de conciencia, distintas y antinómicas, se colocan frente a frente en la vida total del país. Se orientan, desde un ángulo nuevo de visión, todos los problemas de la nacionalidad: el problema político, el problema social, el problema económico, el problema universitario, el problema cultural, el problema agrario y del indígena, el problema financiero.

Es ya la juventud aprista que comprende y siente su vinculación espiritual, económica y política con todos los demás países de Indoamérica; es la nueva generación que asume su tarea, su misión y su significado continentales.

A partir de 1916 asistimos a la discriminación, a la expresión y fijación de sus postulados políticos y éticos; a la formulación y precisión de sus objetivos concretos e inmediatos, a la vez que a su vinculación multitudinaria, a su vinculación profunda con la masa peruana.

El pueblo de Trujillo que había asistido a la eclosión de este movimiento desde sus primeros pasos vacilantes, que lo había visto crecer y fortalecerse, que le había dado la semilla vital primigenia, fue, también, el pueblo, en cierta manera predestinado a rendir su primer contingente de sacrificio y de sangre. Solo así se comprende, en su significado más profundo, el fervor con que millares de nombres del pueblo dieron su vida. Los mismos jefes y oficiales de las tropas que asaltaron la ciudad reconocieron la bravura indomeñable y casi sobrehumana con que se batieron en las trincheras los revolucionarios del 7 de julio. Verdaderos héroes civiles que murieron por una idea, por una doctrina, por una empresa ideal.

Con tal calidad de material humano se puede construir uno de los pueblos más grandes de la historia. Todos los elementos necesarios se encuentran en ese plasma heroico que es capaz de alcanzar las mayores expresiones del espíritu. El levantamiento de Trujillo nos trajo esta revelación formidable. Fue, en verdad, el escenario epopéyico de mucho dolor y de la más desgarrante tragedia, pero, también, el canto,

la diana de la nueva América, que anunciaba al mundo las posibilidades maravillosas del nuevo continente,

Los hombres que de alguna manera fuimos los primeros vehículos de este movimiento, sabemos ahora, con entera certidumbre, con prueba experimental irrecusable, su formidable y positiva trayectoria hacia el porvenir. El resto son los episodios y contingencias de la lucha que no nos inquietan mayormente. Un nuevo hombre y una nueva conciencia están en marcha. Y este es y será nuestro principal objetivo.



Cuarta sección

El tetragrama racial de América



1. Terrenidad, hemofilia y muchedumbre

I

La presencia de la masa

La única forma de vida que conoce el hombre se expresa desde las raíces, crece y medra de abajo hacia arriba; antes de alcanzar y bordear el cenit, precisa que absorba y beba las fuerzas oscuras y las potencias gravitadas del nadir. Como el cohete, debe arrancar de la apretada tiniebla de abajo antes de florecer en luz y sonido en el espacio. La mejor concreción de la vida terrena es el árbol que pende, como una membrana, entre el suelo y el cielo, y que solo es capaz de nutrirse lanzando sus raíces buidas y elásticas a las entrañas de su madre. Solo a este precio la savia adquiere su potencia tonificante y vitalizadora para alimentar y acrecentar la copa. Es significativo el mito griego de Anteo, quien para adquirir vigor necesitaba tocar el nadir con sus pies, y es de un simbolismo profundo la tara hemofílica de los reyes en que la sangre se dispersa de los vasos fisiológicos hacia la periferia por ausencia de contención interna, de coagulación adherente, y se esteriliza por falta de gravitación popular, por haber perdido su contacto con el impulso vitalizante de la multitud. La sangre azul tiende a volatizarse y a tomar a la nada.

Por eso, la política, que es por excelencia la ciencia y el arte de la terrenidad, tiene que ser realista, concreta, específica; tiene que manejar las fuerzas del nadir y prenderse a las necesidades y anhelos de la multitud para que esta pueda alzarse hacia el Espíritu. Por eso también toda política inteligente tiene que ser económica, debe fincarse en las relaciones de producción y de cambio, debe estructurar en su acción las necesidades primarias de la masa. Toda política "idealista" y "romántica" en el sentido negativo de estos vocablos, que no ha contado con el satanismo de la tierra, con las fuerzas infernales del nadir, con las energías abismales de la vida telúrica, ha fracasado siempre en la historia. Nada más superficial ni más necio que ignorar las fuerzas inferiores que sostienen al mundo. Valdría tanto como el filósofo que no contara con su estómago para pensar. Un gran movimiento político se hace siempre con toda suerte de gentes y de espíritus, y el genio del estadis-

ta consiste en crear una ecuación vital con todas estas fuerzas, cuya incógnita, al despejarse, sea un poderoso vuelo hacia el Espíritu. América Latina, en su aspecto social y humano, es un infierno, y en ninguna parte el estadista necesita un genio más poderoso para coronar una obra de luz. El político debe realizar una labor de congruencia entre fuerzas inferiores y las fuerzas superiores, si quiere hacer una obra creadora. Solo cuando se establece una verdadera congruencia vital entre las funciones digestivas y las funciones del pensamiento, solo cuando el estómago nutre las células cerebrales se produce, en realidad, una criatura, un ser auténticamente creativo.

El hombre no es un ser angélico, aunque las viejas metafísicas y teogonías del Oriente digan que está en trance de serlo, pero lo importante es que ahora no lo es y que tiene que trabajar, pensar y vivir en la tierra y con la tierra. La esencia del ser actual del hombre es de un carácter ascensional: se proyecta, como una flecha carnal, viva y fulgurante, de abajo hacia arriba, del nadir al cenit, de la raíz a la copa.

Empero, este acoplamiento, este contacto absoluto entre el hombre y la tierra no ha sido logrado aún en su máxima realidad. Todo el esfuerzo de la historia, desde los más remotos tiempos, ha tendido hacia esta meta que importa para la criatura humana la acomodación de su ser al punto focal de su propia vida, que debe alcanzar así la plenitud de su sentido ascendente. Si no ha estado del todo abajo y absorbido toda la esencia de su densidad, no puede estar, tampoco, nunca completamente arriba, no puede fulgurar y florecer en el espacio.

Los éxitos de las espléndidas civilizaciones del pasado se deben a la medida en que el hombre se acopló, se unió hacia la tierra, entró en mayor y más apretado contacto con ella. Anteo no podrá alzar los ojos hacia el cenit mientras no hunda el pie con plenitud de gravitación en el nadir.

Las culturas y las civilizaciones se descomponen y se disuelven cuando han perdido su contacto con la tierra, cuando la jerarquía y el núcleo dirigente de su estructura pierden su conexión con el pueblo, con la potencia enérgica de la multitud, con el limo fecundante de la llanura. Tórnanse, entonces, culturas y civilizaciones hemofílicas, en las cuales la jerarquía y el gobierno son como excrecencias parasitarias, que han perdido su función orgánica y que succionan las energías vitales de la masa en lugar de dirigirlas, conducidas e incrementarlas.

II

La inversión hemofilica

La realidad catastrófica de la cultura contemporánea se debe al esfuerzo convulsionado y gigante que está realizando el hombre de hoy para vitalizarse de nuevo con los jugos de la tierra; para restablecer el equilibrio, la retroversión ascendente de abajo hacia arriba. La jerarquía hemofílica ha matado la salud humana porque ha invertido el proceso de la Naturaleza; porque ha vuelto del revés la doble corriente directora del mundo. Los gobiernos se han tomado en oligarquías de clases; los organismos de la cultura, en cenáculos; las leyes, en reglas de excepción; la moral, en códigos de fuerza al servicio de grupos minúsculos; el arte, en camarillas de iniciados; la riqueza, en explotación de banqueros; el trabajo, en esclavitud, en vez de ser liberación de necesidades; la escuela, en un privilegio. Nuestro mal es la casta hemofílica que se ampara en la subversión capitalista y que necesita para sostenerse organizar la metralla y la matanza colectiva, levantándose, como un muro de hierro, ante las vastas intuiciones y los anhelos vitalizantes de la multitud. ¿Qué estructura jurídica es esa que mantiene minorías cuyos intereses no son los intereses de la multitud, del pueblo, de la tierra? ¿Qué hay detrás de esa mampara de fuerza que se ruega a traducir en la vida pública del mundo las aspiraciones y los anhelos de la masa? ¿Qué significan esos gobiernos que se olvidan de *gobernar,* de conducir y dirigir para solo usufructuar el privilegio?

La respuesta es el hemofilismo de nuestras organizaciones políticas, económicas y sociales; la inversión de la jerarquía que ha renunciado a todas sus responsabilidades de dirección y de gobierno y que ha multiplicado sus privilegios y sus gajes. Es el renunciamiento a la función que la justifica. La sangre se dispara fuera de las arterias porque se ha empobrecido y se ha tornado hemofílica.

Así como la inversión sexual es un caso patológico del individuo que si llegara a generalizarse echaría a perder el porvenir de la progenie humana, la inversión de la jerarquía es, también, un caso patológico en la historia y no puede prolongarse más allá de cierto límite sin poner en peligro el planeta entero como fuerza ascendente y progresiva. Necesario es que vuelva el equilibrio, que surjan esos periodos de revulsión como el que vivimos actualmente; que se haga reversible la desviación en enmienda, el dislocamiento en rectificación saludable.

III

En pos de la máxima densidad

No es una casualidad que el antiguo indígena peruano haya vivido, en cierta manera, bajo el signo de la *pachamama,* la Madre Tierra, toda nutridora y paridora de todo. Hasta el sistema de su alimentación fue esencialmente terrestre. La papa, el camote, el olluco, la yuca, la oca son, más que ningún otro alimento, fruto de la entraña de la tierra, raíces y tubérculos que extraen de la gleba, del limo geológico, sus cualidades nutritivas. El más grande agricultor del mundo ha sido, sin duda, el indígena peruano, porque ningún pueblo entregó al disfrute del hombre una tan inmensa variedad de productos alimenticios, pero, la mayor parte, productos terrestres, en contraposición a los alimentos esencialmente solares, que fructifican al aire y al sol, envolviéndose en los fluidos de la atmósfera.

El hombre latinoamericano es el hombre que se encuentra más pegado a la tierra, a la capa mineral del globo, a ese estrato duro y pétreo en el que parece que la materia hubiera alcanzado el nadir de su densidad. *Hombre-mineral, le* llama al latinoamericano una de las mentalidades más potentes del mundo, es decir, criatura alimentada, sostenida y procreada por los jugos terrestres. En ninguna parte como en América el mundo abisal e inferior ejerce un tan poderoso imperio sobre el hombre; mas, en ninguna parte, tampoco, del mundo, el nombre tiene la posibilidad de expresar en mayor grado la potencia inmaterial del espíritu, porque se ha apoderado y está dominando el material más denso y, por eso, el más rico en capacidad de expresión humana, en potencia traductora de esencia terrestre. Es la antigua fábula de Anteo, el cual se vigoriza a condición de su terrenidad; es el símbolo de la cometa que se remonta al espacio, gracias al hilo que la retiene pegada al ombligo vital de la tierra.

Y el signo de la *pachamama* es, también, el signo del destino latinoamericano. Aquí el abrazo de todas las razas ha sido más apretado, más estremecido y más estrecho que en ninguna parte del planeta; aquí han venido todas las sangres a hundirse y abrirse en el limo fecundante de la tierra, a entremezclarse para curar la hemofilia del mundo y, aquí será, también, donde la multitud, con la poderosa fuerza de su gravitación, revierta la jerarquía hacia sus funciones conductoras y directoras; aquí volverá el árbol humano a nutrirse desde sus raíces hacia la copa, desde el nadir hacia el cenit. Ningún continente ha

acogido con más ancha recepción a las multitudes de toda la tierra. *Continente-multitud* se puede llamar a América y, especialmente, a América Latina. De esta contigüidad y entremezclamiento telúricos de todas las progenies está surgiendo –ha surgido ya– un gran pueblo con posibilidades inauditas de nuevas y superadas expresiones espirituales. La *multitud,* organizando y estructurando sus instrumentos de expresión humana, se ha hecho *pueblo,* un *pan-pueblo,* un *pan-mundo,* un *pan-universo.*

La planta de la civilización humana, que es la planta del espíritu inmortal, se nutre impregnándose del humus de la tierra, que es el limo de la multitud, absorbiendo sus esencias vitalizantes, hundiendo sus raíces tan profundamente como le sea posible para que la florescencia sea en el espacio un vivo y fulgurante encaje de luz.

Si examinamos los últimos movimientos latinoamericanos, políticos, culturales, sociales, no podremos dejar de ver el soplo multitudinario que los anima, síntoma evidente de que la masa no está anarquizada, sino conducida y empujada por un ímpetu constructivo, y que dentro de ella se forjan los hombres que en este momento son los hombres representativos de Indoamérica. Todos ellos *hombres-masa,* en el sentido positivo de la palabra, hombres de multitud y de *élan* colectivo, el tipo radicalmente diferente al hombre ingrávido de gabinete, al hombre hemofílico de academia, al hombre de invernadero literario y filosófico que esteriliza su espíritu en su torre de marfil, sintiéndose separado y distinto del *demos,* es decir, del pueblo, de la tierra.

En estos países, actualmente, el hombre de acción forja su obra y se forja él mismo con la masa; el hombre de pensamiento encuentra su discipulado en el pueblo y dialoga socráticamente con la multitud; el hombre de sacrificio y de apostolado encuentra sus hermanos en el tugurio y, junto a ellos, encuentra, también, muchas veces, el martirio, mientras las oligarquías invertidas y hemofílicas levantan con metralla la cortina de fuego que pretende impedir el ascenso vitalizante del pueblo hacia la nueva jerarquía directora y conductora de los destinos humanos; mientras el intelectual burocrático y mercenario teje zalemas retóricas a la organización del asesinato colectivo; mientras el sacerdote que se llama sacerdote de Cristo –ese ser de proyección multitudinaria, por excelencia– se alía a la violencia y justifica el privilegio de la ineptitud; mientras el corchete llamado del *orden* impone con el fusil que el pueblo puso en sus manos, la injusticia, la subversión y el desorden organizados desde arriba por las clases dominantes.

El espíritu necesitaba que el cuerpo del hombre adquiriera su máxima densidad terrena para que el ala del pensamiento hendiera vigorosamente el espacio. Por eso, el latinoamericano se ha puesto en contacto con toda la gravidez del planeta hasta *mineralizarse;* con todas las amarguras y tristezas abismáticas de los estratos geológicos; con todas las lacraduras de la carne macerada y martirizada por la violencia; con todas las lacerias de la inteligencia invertida y satánica, hecha casta dominadora; con todas las desgarraduras cósmicas de la miseria y del hambre que no encuentra otro alimento que la carne de la llama y la corteza seca y exprimida de los árboles silvestres; con toda la ferocidad de la Naturaleza y del hombre mismo que azotan sus huesos hasta la crepitación y el colapso de la muerte. Hijo martirizado del dolor terreno, sabrá ascender hasta las supremas creaciones del Espíritu.

El Anteo de carne y hueso redivivo, el Anteo arrancado al mito y echado a la vorágine quemante de la Vida, es el indoamericano porque ha consumado el descenso terreno hasta sufrir todas las angustias lancinantes de la materia, y de su mismo dolor extrahumano arrancará y extraerá su salvación. Solo él supo vencer el sobrecogimiento primordial de la máxima terrenidad y solo él supo hundir el pie sin miedo y con absoluta plenitud en la caverna negra y abismática de la tiniebla geológica.

2. VALOR, AVENTURA Y HEROÍSMO

I

La carabela del espíritu

Cuando La Santa María, La Pinta y La Niña hincharon sus velámenes en el puerto de Palos, rumbo a las Indias Occidentales, en verdad rumbo a lo desconocido, el Espíritu, como en los días del Génesis, se asentaba sobre las aguas de España. Si la vida terrena asciende desde sus raíces y se expresa del nadir al cenit, la vida del Espíritu desciende desde arriba, por inspiración vertical y, luego, se alumbra por iniciativa interna del hombre. Cuando el salvaje abandona los bosques y construye

su cabaña para comenzar a vivir *históricamente*, recoge los cantos de las riberas y la pedrisca de los roquedales y los alinea bajo el signo de la plomada que da su voz de orden de arriba hacia abajo. La plomada levanta la ciudad, forja el ágora y permite al pensamiento que venga a insertarse en la conducta y en las acciones de los hombres.

Cuando el hombre está ya impregnado de los jugos de la tierra y ha recogido todos los materiales de expresión y está listo para cumplir su destino último, se cumple, también, entonces, una obra de sacrificio y el Espíritu desciende para insertarse en una nueva concordancia cósmica y elevar a la Creación hacia una escala superior. Surge, en tan dramático trance, el valor con toda su formidable energía creativa y ayuda al hombre a romper con su miedo, con su hambre, con su seguridad, con el egoísmo inmediato y cómodo de su contorno; le ayuda a romper sus ataduras terrenas y próximas y a lanzarse en brazos de la aventura para conquistar un nuevo mundo. El valor hace que el hombre someta a sus fines superiores su miedo animal y biológico y, solamente así, puede arrancarse de la pura terrenidad mineral, vegetal y zoológica. Por eso Cortés quema sus naves al desembarcar en las tierras de la Nueva España y Francisco Pizarro traza, en la isla del Gallo, la línea decisiva, señalando, hacia el sur, lo desconocido, la riqueza; y hacia el norte, la miseria de la tierra ocupada y exhausta. El valor es la prístina manifestación del espíritu.

Mas como el espíritu no se expresa sino con los materiales de la Tierra, el valor se disfraza de codicia de oro, de fanatismo religioso y proselitista, de sangre que borbota en el choque de las espadas, y solo en las grandes altitudes de su expresión se hace apostolado e íntegro don de sí mismo. Se alza, entonces, un padre De las Casas que se enfrenta a la poderosa Corona de España en favor del indígena y se yergue, como en el *Baghavad-Gita* el legendario y simbólico Arjuna que en la contienda contra el Mal, por mandato de Krishna (el Espíritu) tiene que sacrificar en la batalla a sus hermanos, tíos, primos y parientes.

La obra del Espíritu es obra de sacrificio y no puede cumplirse sino abandonando, a veces, lo más caro a uno mismo, reemplazando totalmente con un hombre nuevo, el antiguo. De allí que la abnegación conmueva profundamente las entrañas de los hombres y, por eso, será siempre la ley suprema del Universo, porque es la fuerza de la superación, de la ascensión y de la creación. Se adquiere para dar, se recibe para servir, y si el instinto adquisitivo y de la propiedad es tan hondo y tan

fuerte en el hombre, es que este obedece, inconscientemente, a ese designio cósmico, que se traduce aún en los planos inferiores, de enriquecerse para dar sus frutos, es decir, para rendirse después a una misión superior, para *sacrificarse.* Y esta ley se cumple aún desde los procesos meramente fisiológicos. El alimento ingerido no se convierte en quimo y, después, en quilo, listo para asimilarse en la sangre y en los nervios, sino a condición de que la sangre misma y los nervios *desciendan,* en cierta manera, se *sacrifiquen,* le rindan su energía y su fuerza para transmutarlo y elevarlo a un nivel superior.

La plomada gravita de arriba hacia abajo, conduce y dirige del cenit al nadir; pero el cimiento del edificio, como la Vida, asciende, piedra tras piedra, de la tierra al cielo, desde abajo hasta arriba. Y solo gracias a esta doble corriente se construye la arquitectura de las culturas, el hogar vital del hombre, su realización y su expresión en el espacio y en el tiempo.

II

Colón, el gerifalte

En un ensayo anterior hemos dicho que América es el gran tropezón histórico de Colón, es la hija de lo fortuito y de lo desconocido, es decir, de la aventura y, por eso, la hija del valor y de la heroicidad. Si el Espíritu no hubiera tomado la iniciativa desde el hombre interno, si no hubiese descendido para vencer el complejo elemental y animal del miedo, América no habría sido descubierta y el mundo ignoraría su otra faz, el lado opuesto y complementario de la tierra que aliara comienza a fulgurar para el hombre.

Ante la ciencia de la Rábida, cónclave de sabios y eruditos, Colón despliega la certidumbre de su intuición, que ha tornado carne en la totalidad de su ser, que surge desde adentro y que organiza y da sentido a su Vida. Él no *cree,* como el investigador y el científico, que la Tierra es redonda; él *sabe* que la Tierra es redonda. Es un saber positivo y fecundante, un saber creador que moviliza con el tiempo todas las fuerzas de España. Él no va desde las hipótesis y los razona-

mientos científicos hacia la verdad. Su camino, como el de todos los creadores, es inverso: va desde su verdad directa hacia las hipótesis y las razones. Se sirve de estas para expresar, para explicar su intuición. La famosa demostración del huevo, ante el estupor un tanto escéptico y burlón de los eruditos, es el esfuerzo creador para inducir, para impregnar en los otros el carácter genial de su certidumbre. A nadie se le había ocurrido navegar hacia las Indias Occidentales, como tampoco a nadie se le ocurrió chafar el huevo por el vértice para mantenerlo derecho sobre la mesa.

Y la prueba de que él *sabía* y no *creía* simplemente la vemos en todo el trayecto dramático de la navegación. Las tripulaciones, cuando se encuentran ante la soledad insondable y amenazadora del mar, se rebelan varias veces contra ese loco y soñador que las conduce hacia el sacrificio y hacia la muerte. Pero el *saber* de Colón impone su autoridad y su fe, los velámenes avientan su turgencia audaz, como el anhelo del caudillo, hacia Occidente; unos pocos días más y aparecerán las aves, mensajeras de la nueva tierra.

Colón es el primer gerifalte de España y es, también, el prototipo de toda esa progenie de gerifaltes ultramarinos que levantan el ala, hacia el otro lado de la tierra, para insertar en el Nuevo Mundo, resignado en su insularidad milenaria, la iniciativa aventurera del Espíritu, que crea lazos insospechados y que liga a la ínsula remota con el mundo. Un nuevo elemento, el elemento del Espíritu, va a incorporarse en América buscando nuevos y mejores instrumentos de expresión y va a esperar la hora que advendrá, la hora rica, sazonada e ingente del porvenir.

III

La expectativa milenaria

El mundo hasta Colón fue un mundo contiguo; sus aristas se ligaban y se prolongaban en trayectoria ambivalente. África, con respecto a Europa, no era sino la prolongación de las tierras mediterráneas y viceversa. Europa, con respecto a

Asia, no era sino la prolongación de Rusia hacia Occidente. Desde muy antiguo, desde la Prehistoria, el Espíritu ensayó y realizó todas las posibles concordancias en gran estilo que podrían darse con los factores combinados de esta área conexa de la Tierra. Las civilizaciones marcharon ora de Oriente a Occidente, ora de Occidente a Oriente. Las diferentes tierras estaban unidas en un sistema de vasos comunicantes, material y culturalmente.

Con América se abre una nueva perspectiva para el planeta, No todas las tierras eran contiguas; más allá de los mares conocidos existían las regiones de los antípodas, que los iniciados hindúes denominaban *Ptala*, la tierra de las sombras, y que la Edad Media presentía en sus vastos y clarividentes ensueños.

Todo el mundo antiguo vivió bajo este presentimiento y en Occidente, en la Edad Media, la existencia de América se hizo realmente un estado premonitorio. Los vaticinios proféticos se multiplicaban día a día. Algunos de los códices más curiosos de las ermitas medievales forjan extensas y nebulosas disquisiciones acerca de las tierras desconocidas. Colón se hizo el instrumento, la antena más sensible de este mensaje que surgía de toda la humanidad conocida y que llegó a él por el camino directo de la intuición. Solo él *supo*, entonces, con entera certidumbre, que la nueva tierra existía.

El mundo vivía, pues, con la expectativa de América. Hacia ella confluían todas las esperanzas y todas las interrogaciones del hombre. Era el secreto milenario del planeta, que a su tiempo debido abriría sus entrañas de Esfinge. Cuando Colón pegó sus velámenes a las costas de El Salvador, el nuevo continente comenzaba a vivir en la historia bajo el signo de la *confluencia universal.* Todos los pueblos y todas las razas se apresuraron a encontrarse en esta cita cósmica que los iba a fundir en un solo pueblo, presurosos de llegar a tiempo, como si corriesen el albur de no encontrar sitio en su retraso. Solo, entonces, comprendieron, también, que su trabajo aislado y sus rivalidades circunscriptas tenían un objetivo común, un profundo y vasto sentido humano. Diríase que un demiurgo omnipotente, en esa hora decisiva de la confluencia, reunía en un nódulo mancomunado todos los hilos dispersos de todas las razas, para luego, proyectarlo en conjunto, ligados ya y soldados los pueblos en su ajuste preciso, hacia la tarea del futuro.

IV

Bajo el signo de "Inti"

Si el antiguo indígena peruano vivió bajo el signo de la *pachamama,* toda nutridora y paridora de todo, también vivió bajo el signo de "Inti", el Padre Sol, que todo lo vivifica desde arriba, que todo lo preside y rige, y que desciende en *sacrificio* hacia la tierra para fecundarla con su energía creadora. Si el cuerpo y el ánima del latinoamericano están amasados con los materiales que han alcanzado la máxima densidad terrena, si la tierra los ha procreado con sus jugos más entrañados y si de sus abismos geológicos han surgido, tras de angustias sin cuento, hacia los bordes de la luz, el Espíritu que preside su destino creativo, su *Logos Spermátikus,* que decían los griegos, procede del Sol, de *Inti,* que a su vez fecunda a todo el Universo.

Espíritu solar y, por eso, espíritu universal. Bajo el fuego de *Inti* se han fundido todos los dioses particulares y todos los localismos hostiles de las razas. Al fundirse ellos se han fundido también sus incomprensiones, sus rivalidades nacionales y de tribu, sus querellas domésticas, sus abismos de odio y de exterminio. Han quedado abolidos Odín y Jehová, Krishna y Rama; Shiva y Zaratustra, Júpiter y Mitra. El Padre Sol, *Inti,* se levanta para abrazar, en círculo ecuménico, a toda la Tierra y a toda su progenie.

Nunca, como en este caso, la función docente y conductora de los mitos de una raza se proyectan con tan largo alcance hacia el porvenir. En realidad, ellos encierran una sabiduría tan profunda que el tiempo se encarga de realizar y descubrir su sentido simbólico. Si no tuviéramos ya otros ejemplos aleccionantes en la historia de los diversos pueblos, la vida de América sería un caso extraordinario de esta verdad, tomada a veces por los espíritus superficiales con harta ligereza.

La fiesta del Inti Raymi era la fiesta principal del Incario porque ella simbolizaba la fuerza fecundante, bajo la cual vivía y se desarrollaba el imperio.

Por eso, el descubrimiento de América se hace, también, bajo el signo del valor, que es la primera manifestación del Espíritu, venciendo la terrenidad circundante del hogar materno, es decir, venciendo el miedo elemental y biológico, el miedo animal y próximo del egoísmo. El valor se echa en brazos de la aventura, porque el

hombre, al buscar algo nuevo que rebase el límite de su horizonte familiar, va hacia lo ignorado, hacia lo desconocido, hacia el peligro. Y después cumple y remata la obra de creación, solamente gracias al heroísmo que vence la flaqueza de la carne, que salva y sortea el peligro; que sabe mantenerse erguido contra los abrojos y las espinas del destino.

Valor, aventura y heroísmo, he aquí lo que trajeron a América esos gerifaltes de la Península Ibérica, que hendieron el mar hacia la caza de un nuevo mundo. Valías absolutamente viriles que raras veces y en raros momentos de la historia se encarnan íntegramente en el alma colectiva de un pueblo.

En verdad, cuando La Santa María, La Pinta y La Niña zarparon del puerto de Palos, el Espíritu, como en los primeros días del Génesis, flotaba fulgurante sobre las aguas de España.

3. PLASTICIDAD, COLOR Y CANTO

I

El milagro estético

En ninguna raza como en la negra el cuerpo es la traducción más cercana del alma, de la *psiquis* interna, de la estructura emocional, pasional y sensitiva del hombre. En ella el ritmo interior se hace línea ondulante y gallarda; se hace masa plástica y viva en la elegancia de la cabeza, en el esguince airoso del torso, en la melodía columnaria de los brazos y de las piernas; se hace color en el juego múltiple y complejo de la luz, que envuelve y fluidiza el cuerpo, que le torna cambiante y flexible, elástico y dúctil, imprimiéndole el sello supremo de la gracia. La línea y el color trasmutados al plano de la música, se hacen vibración, se hacen nota, se hacen canto, ese grito interior del alma que se esparce hacia los cielos como florescencia melódica del sonido.

Ortega y Gasset ha dicho, con penetrante inteligencia, que en el español el alma está más ligada al cuerpo que en las otras razas europeas y que a ello se debe que este

tenga una mayor impregnación de vida, que sea más fluyente y armónico, y que no haya en él esa dislocación, esa quiebra, ese desgarbo corporal que se observa, con frecuencia, en las razas del norte. Y ello es cierto por la cantidad de sangre africana o árabe que hay en el pueblo ibérico. No en balde los franceses piensan que Europa acaba en los Pirineos. Y lo que se dice de España puede afirmarse, en mayor o menor grado, de todos los pueblos meridionales o mediterráneos cuyas aristas litorales se rozan con las aristas africanas.

La estética en los otros pueblos es una proyección objetiva del alma en la obra. Tiene una realización periférica y externa que, luego, se torna estática porque se ha desprendido de su centro vital hacia fuera. Es la realización estética hecha para la contemplación y el goce fuera del hombre mismo. Es el valor estético congelado, fijado en un límite intrasmontable, en el límite que le fijó el poder creativo del artista. Es la belleza pasiva y sin iniciativa ya para superarse, para transformarse, para seguir creándose y viviendo en cada instante. En las otras razas la estética es literatura, es pintura, es escultura, es arquitectura, es música. Siempre una obra técnica que se desplaza fuera de sí, pero no el hombre mismo que se fluidiza en su cuerpo y en su alma, incesantemente, a cada paso, en una perenne improvisación creadora. La obra estética del negro es su ser mismo que no se desplaza jamás de su centro vital y que vive perpetuamente, vibra y se construye en todos los instantes, se expresa movilizándose siempre al porvenir. Es un presente eterno que no muere porque está ubicado entre el "acaba de ser" y el "no es ya", para ser, luego, otra cosa distinta y viva, impregnada de expresión y, por tanto, de belleza.

Por eso el arte supremo del negro es la danza y el canto, ambas formas estéticas que no pueden cumplirse sino con el concurso del cuerpo, como qué surgen de sus tejidos y de sus células mismas. La danza que es ritmo haciéndose línea y movimiento, tornándose en armonía plástica, trasmutándose en color y en luz, realizándose viva en el espacio, trocándose en nota musical, en sonido melódico. Notas, línea, plasticidad, movimiento, color, luz: he aquí la gama estética del negro a través de su cuerpo, instrumento dúctil y vibrátil, como la cuerda de una lira.

Es la raza que realiza en plenitud el milagro estético por excelencia. La plasticidad estatuaria de su cuerpo resurge de la entraña misma de la vida y muestra cómo puede llegar a ser el cuerpo del hombre un instrumento armónico, dócil y dúctil a las más profundas irradiaciones del Espíritu.

II

Bajo el signo de Venus

La pura terrenidad biológica, la estructura pasional y sensible del hombre en el negro ha logrado equilibrarse, de tal suerte, que ha llegado a construir una ecuación estética, una expresión de belleza. La *libido* primitiva ha encontrado una fórmula en que los diversos elementos de la existencia animal se han trabado armónicamente, se han hecho equidistantes y orgánicos, han hallado una conformación equilátera y concordante. Gracias a esta maravillosa coordinación biológica, reverbera en la parte física y esta, a su vez, es la fulguración de aquella. Si el indígena peruano vivió en su terrenidad biológica bajo el signo de la *pachamama,* la terrenidad del africano ha vivido bajo el signo de la Venus griega, la Venus Afrodita, en su encarnación de ébano y dentro de la atmósfera caliginosa y ardiente del trópico. Ha elevado la terrenidad a su máxima expresión estética. Raza procreante, pero, armoniosa y bella, raza de una lujuria potente, pero de una lujuria que se torna melodía y canto.

Cuerpo troquelado en las selvas ubérrimas de África y que se ha plasmado, a lo largo de los siglos, envuelto y penetrado por los efluvios de la tierra canicular. El Sol vertical se ha infiltrado en sus tejidos, los ha hecho elásticos y flexibles; tejidos cenitales que se despliegan reverberantes en su modalidad expresiva.

Raza en que la forma lo es todo, porque, como en ninguna otra, la forma humana es alma. El negro no comprende el mundo por abstracción sino como realización concreta y tangible. Para él, el espíritu es materia, tanto como la materia es espíritu. Hasta sus concepciones trascendentes están penetradas de vida y encerradas y realizadas en una forma. El mundo es una vasta coordinación de formas que revelan su sentido último. No existe el espíritu independiente, abstraído, desplazado y proyectado fuera del mundo. Hasta sus dioses mismos son dioses concretos, percibibles al tacto y a los sentidos ordinarios. El africano es de un agudo sentido realista y trascendido de vida por todos sus lados. Sus tabús y sus tótems, si bien provistos de formidables potencias mágicas son, eminentemente, formas actuantes que operan tangiblemente, como con la mano.

El negro ha vivido bajo el signo de Venus, la diosa del amor y de la belleza porque es la diosa de la forma. La Verdad para el negro es la Belleza, y el mundo es

solo verdadero y tiene un sentido porque es bello. Donde hay una dislocación y una quiebra no hay Vida para él, porque la Vida es concordancia, es armonía, es ritmo que se actualiza y se hace plástico en una forma.

III

Camino de la crucifixión

La hora en que zarpó Colón del puerto de Palos hacia las Indias Occidentales fue, también, la hora cósmica de la crucifixión del negro africano. Llegada fue la tercera hora de la agonía para el Cristo de ébano y encendida la hoguera en el ara del sacrificio. En esa hora debió estremecerse el alma colectiva de la raza con sobrecogimientos inauditos y pavorosos, allá en el continente de los trópicos y cercada por sus selvas milenarias que parecían inaccesibles a las pisadas del blanco.

Para el indígena, fue la esclavitud y el aherrojamiento en su propio suelo; para el negro, la esclavitud y el aherrojamiento en el exilio. El buque negrero colmaba sus sentinas de abundante cosecha humana e hinchaba sus velámenes, rumbo a las Indias, donde trocaba su pesca con las riquezas de El Dorado fantástico. Galeras cargadas de gemidos y de angustias; trenos y lloros por la tierra amada que, cada vez, se alejaba, más y más, perdida en las brumas del horizonte. Núbiles doncellas que dejaban allá sus amores y sus hogares, niños adolescentes que apenas habían tenido tiempo para recoger en sus pupilas el esplendor de la luz africana. Era el éxodo de un pueblo hacia la esclavitud dentro de una sociedad regida y presidida por la cruz cristiana.

Fue inmenso el sacrificio del negro, pero fue, también, inmenso su aporte a la nueva progenie. Llevó lo que nadie podía llevar, el milagro vital de la estética, el milagro de su sangre destilada en el ritmo, en la armonía y en la gracia del mundo. Él rindió en el seno prolífico de América lo que le había costado milenios de trabajo en el plasma del hombre. Él fue a poner esa floración maravillosa de su cuerpo y de su alma en el crisol ardiente del planeta que iba a fundir el metal humano de la nueva progenie.

Y así, una vez más, se cumplió el sacrificio de la terrenidad para la expresión del espíritu. Llegó para el negro la tercera hora de la agonía, pero llegó, también, para América, una categoría vital que ha de volver para el mundo en nuevas, superadas y espléndidas floraciones.

Bajo el látigo inmisericorde del caporal que levantaba túrdigas dolorosas a cada golpe de la fusta, el milagro del torso armónico y vibrante se alzaba en los vastos campos de arroz o se perfilaba en los sembríos rumorosos de la caña de azúcar para notificar la presencia del África estética en la vasta obra humana que comenzaba.

IV

El desquite de África

América inició su vida nueva dentro de la algarabía y de la muchedumbre de todas las razas del planeta; bajo la babélica confusión de todas las lenguas y de todas las sangres. Las diversas filiaciones étnicas comenzaron a convivir bajo la fusta imperiosa y tiránica del blanco. Comenzaron a forjarse los pueblos, se roturaron los campos, se abrieron las selvas y los bosques, y se levantaron las ciudades. La obra de fusión, imperceptible, invisible casi a los ojos físicos, pero, segura, eficaz y cierta, también comenzó su grandiosa tarea cósmica de creación.

El blanco no había aprendido a dominar su cuerpo, como el negro, hasta convertido en la expresión directa y fiel de su conformación psíquica interna. Sobre todo, el blanco sajón y el francés que ocuparon Estados Unidos y Canadá. Por eso, su cuerpo no podría trasladar íntegramente su alma, cuya modulación principal y más fina se quedó en Europa, pegada al claustro materno de la raza. El negro, en cambio, tenía una estructura psíquica completamente individualizada y un vaso corporal que la contenía en integridad y en plenitud. Verdad que el alma del blanco era más compleja y, por ello, más difícil de encarnarla en su totalidad, pero, dentro de su nivel, la realización del negro era mucho más perfecta. Así se explica que el alma del negro se traslade a América junto con su cuerpo y que sea en Estados Unidos una realidad viviente de mayor potencia creativa que la del blanco.

Así se explica, también, que el arte norteamericano denuncie, al primer golpe de vista, su filiación africana, y que en Cuba y algunos otros países de América Latina el acento negro haya llegado a traducirse, a veces, en expresiones poéticas verdaderamente profundas.

La música norteamericana es casi por completo africana, música selvática y primitiva, música sincopada que refleja el contrapunto de la Naturaleza y el traumatismo sinfónico del Trópico. De hecho, la intimidad del norteamericano no tiene, por ahora, otra traducción que el ritmo del *jazz* y del *fox*, ritmo sincopado y traumático, que carga en sus baterías la estridencia de las selvas. El norteamericano en el amor dice, con la gramática y con el léxico inglés: "I love you", "Give me a kiss", "I give you my heart", nombres, también, de algunos de sus *fox* más populares; pero el alma, la vibración interna, la acentuación íntima que pone en sus palabras, es negra, africana: angolas, mozambiques, congos, ugandas... Y ese es el desquite del negro tras varios siglos de crucifixión, desquite cósmico, como su sacrificio, desquite en el momento mismo en que los *ku klux klanes* consuman crímenes repugnantes e ignominiosos, y en que los restaurantes, los ferrocarriles y los hoteles, los teatros y las universidades se dividen en secciones de blancos y en secciones de negros.

Solo su hermano de esclavitud y de dolor, el indígena, comparte con el negro la estructura, la conformación psíquica de América. Pero es porque el indígena se quedó con su cuerpo y con su alma en su propia tierra. Y los dos ritmos son los únicos instrumentos y las únicas valoraciones acendradas de la América moderna. Ambos se destacan ya, hermanados en la tragedia, en la floración del tango. La melancolía y la nostalgia doliente del indígena, junto con la lujuria triste y plástica del negro. Música que se habla y se articula como una frase en una oración gramatical, articulación lenta y cansada de angustia; o hablar que se musicaliza y se arrastra, se glisa y se enerva en el dolor y en la voluptuosidad de los sufrimientos y de la tragedia.

Es el buen desquite de África. No el desquite brutal y torpe de la fuerza, sino aquel otro, más sutil pero más poderoso, de imponerle la modulación de su alma, de regalarle su riqueza expresiva para sus propios amores y decirle a su opresor y despreciador secular: "Te notifico que cuando estés ya en la capacidad y en el trance de crearte un arte propio, un arte tuyo que no se confunda con el europeo, tendrás que partir de mí y solo de mi".

Y, en verdad, no hay otra salida para América que partir del arte indígena o partir del arte negro, porque el blanco fue incapaz de trasladar el alma de Europa, por falta de maduración y gravitación corporal y anímica.

4. SABIDURÍA, INTUICIÓN Y MISTICISMO

I

El alumbramiento del espíritu

Durante largos milenios en que las edades galoparon en la Tierra, durante evos innumerables *y* distantes, el Oriente fue preparando los instrumentos de su expresión, afinando su cuerpo y su alma con los materiales más acendrados, más dúctiles, más vibrátiles, como si se tratara de una celeste arpa eólica, presta a traducir las armonías más sutiles de las otras esferas. De ciclo en ciclo, la tarea fue perfeccionándose, entre angustias y sobrecogimientos desgarrados, ascendiendo, paso a paso, la espiral simbólica, la fúlgida "escala de Jacob" que dice la Biblia. Tras evoluciones e involuciones sucesivas, resurgía del caos hacia la vida y tomaba de la vida hacia el caos, llevando siempre latente todas sus adquisiciones anteriores y todas sus posibilidades y potencias futuras. Así construyó Oriente el instrumento más flexible y rico que haya tenido hasta ahora la humana progenie para alcanzar una de las expresiones más recónditas y maravillosas del nombre.

Durante los primeros milenios la lucha contra la animalidad primordial, que acababa de surgir potente de los senos del Cosmos, ocupó toda la energía legendaria de la criatura humana. El hombre trabajó incansablemente; primero, en su plasma físico, adaptándolo a todas las modalidades de temperatura y clima, haciéndolo resistente a todas las vibraciones telúricas, aguzando sus sentidos para las percepciones más sutiles, construyendo un sistema nervioso capaz de traducir el registro íntegro de su estructura pasional y sensitiva. Después, perfeccionó su alma que estaba destinada a ser un instrumento superior de expresión, pero, en íntima concordancia, en ligamen correlativo y profundo con su cuerpo físico. Esta segunda tarea fue más larga, más

onerosa y más difícil porque el elemento que manipulaba era frágil, quebradizo, evanescente, impalpable.

Pero la concordancia del alma con el cuerpo en el oriental aspira a una síntesis superior y más profunda de la vida. En el negro fue una síntesis de primer plano, una síntesis plástica, inmediata y tangible. Para el negro, el mundo principia y acaba en la belleza, es decir, en la forma; para el asiático, el mundo principia y acaba en la verdad, es decir, trasciende de la forma. Y así como el negro tuvo a través de su cuerpo y de su alma la experiencia estética, el oriental hizo de su cuerpo y de su alma, instrumentos experimentales capaces de darle la certeza de la verdad y del espíritu. Por eso, el *yogui* aspira al dominio absoluto de su cuerpo físico y de su estructura emocional, pasional y sensitiva, no para aniquilarlos, sino para convertirlos en vehículos directos y flexibles de su más íntima y recóndita realidad espiritual. Esa es la experiencia mística de que nos hablan los iluminados de todas las confesiones religiosas.

Solo cuando los instrumentos corporal y anímico hubieron alcanzado un determinado nivel de perfección, comenzó a alumbrarse en la conciencia el tercer elemento del hombre, el elemento creador de la historia, el elemento fecundante por excelencia, el elemento que toma la iniciativa en las grandes transformaciones del mundo. Surge, entonces, lo que se ha llamado la conciencia de vigilia, la conciencia absolutamente despierta, y el hombre alcanza una nueva dimensión del conocimiento y de la vida.

Este hecho inaudito ocurre, por primera vez, a lo que alcanza nuestra información histórica, en las tierras milenarias de Asia, destinadas a dar el primer paso en esta empresa decisiva.

II

La conquista de la verdad

Si para el negro africano el mundo es la belleza porque su ser logra una plena encarnación formal, para el asiático el mundo es la verdad porque la forma es ilusoria, es maya, es un simple vehículo, una mera revelación, un reflejo empañado de ella.

"De lo irreal llévame a lo real" es la plegaria por excelencia de la religión hinduista, porque la forma es apenas el débil destello y, por lo tanto, la versión engañosa y precaria de la recóndita realidad del espíritu. No quiere decir esto que la forma no exista en el plano objetivo o que no debemos contar con ella, sino que no puede nunca traducir completamente la esencia profunda de la verdad, a la manera como el virtuoso no alcanza a traducir en su plenitud el sentido último que puso el artista creador en su obra.

Así se comprende que el centro vital de Oriente resida íntegramente en la sabiduría. Para su ser es una necesidad vital alcanzar el sentido último, la fuente primigenia, no solo de la existencia humana, sino de la existencia total del Cosmos. Tiene hambre y sed de conocimiento directo porque el hombre en su esencia es un pensador, un conocedor de la sabiduría; porque, según el oriental, el verbo creó el mundo y el Universo es hijo del logos, porque el hombre mismo es una emanación del logos, que preside las evoluciones y las involuciones de los mundos, a través de los *kalpas,* a través de todas las edades y ciclos de evolución. Mas para el oriental, el espíritu no es producto de la mera disquisición intelectiva, de la mera especulación teórica y racional del cerebro; para él es una verdad experimental, un hecho vivo, él ha visto como ve el científico el microbio a través de su microscopio; solo que su instrumento de comprobación es su campo psíquico que ha logrado dominar y manejar, como el anatomista domina y maneja el estilete y el microscopio para sorprender la constitución de los tejidos y la estructura de la célula.

El oriental afirma la realidad del espíritu a través de la experiencia. El éxtasis, el samadhi, no es sino la plenitud de la comprobación y de la visión directa. De allí que él hable siempre de una ciencia del espíritu, y no de una mera especulación o divagación metafísica y arbitraria, a la manera como se entiende generalmente en Occidente. De allí, también, que los grandes fundadores de religiones tengan un agudo sentido realista, un extraordinario sentido político, porque ellos jamás suprimieron las realidades corporales y psíquicas de hombre sino que las incluyeron en su doctrina y en su acción proselitistas. Así constituyeron el cuerpo de sus Iglesias y estructurar sus enseñanzas en el mundo, como hechos vivos e históricos.

El dominio de sí mismo, el sometimiento de las fuerzas corporales y psíquicas, como medio de llegar a su expresión última y suprema, he ahí el objetivo principal

de todo Oriente. La ciencia del yoga, es decir, la ciencia de la unión con el todo, la trasmutación de lo particular en lo universal, que es la ciencia de la sabiduría, es, también, la ciencia de Patanyali cuyo sutilísimo y penetrante análisis del yo, no ha sido aún superado, en algunos respectos, por el psicoanálisis. Y este dominio de sí mismo que hace al hombre dueño de sus fuerzas interiores es predicado y enseñado a sus discípulos, lo mismo por Buda que por Confucio, lo mismo por Lao-Tsé que por Ramakrishna, lo mismo por el Vedanta que por la filosofía Sankhya y por todos los demás sistemas filosóficos de India.

El oriental ha logrado, sin duda, construir un organismo psíquico hipersensible, no ya en sus personalidades excepcionales –que nos han dado las versiones más profundas y panorámicas del Universo que haya alcanzado el hombre–, sino en el cuerpo colectivo de sus pueblos, en el individuo ordinario y anónimo que se pierde en el plasma de la multitud. A este hecho incomprendido e incomprensible para nosotros porque carecemos de la realidad y de la experiencia correspondientes, se debe, también, la dificultad que existe en Occidente para penetrar y comprender los hechos significativos y las modalidades genuinas y privativas de Oriente.

III

Sabiduría y poder

En Occidente la sabiduría consiste más que en la posesión de la verdad, en la investigación, en la rebusca de ella. Más que la meta, que sabe ya de antemano que es inaccesible, al científico le atrae la voluptuosidad del camino hacia el conocimiento. El sabio occidental siente la embriaguez del camino. La ciencia es, hasta cierto punto, hedonista, sensual, voluptuosa y, en algunos casos –en aquellos que encarna mejor este espíritu–, es casi báquica y orgiástica. De allí, que la facultad racional haya sido elevada hacia el pináculo de la inteligencia y que haya usurpado todas las otras valías esenciales del ser humano. Más que la verdad, a Europa le ha interesado siempre la demostración de ella, el camino lógico, la prueba y la contraprueba del

proceso. Nunca el mundo discutió más, con mayor superficialidad y esterilidad, que en el llamado Siglo de las Luces o en el Medievo con la escolástica. Todavía se sigue ergotizando sin alcanzar verdad sustancial alguna en el orden de la creación, de la superación y de la vida misma. El único tipo de realizador en Occidente ha sido el técnico, y el técnico industrial sobre todo, que ha sabido aplicar a la vida colectiva, hacer carne cotidiana y sabiduría práctica, los descubrimientos de la ciencia. Los inventos más eficaces han sido realizados, no por científicos puros en los laboratorios, sino por el tipo del hombre técnico en el tráfago cotidiano y en la vorágine práctica de la vida. El técnico es el verdadero constructor del mundo de Occidente, el realizador de su espíritu y de la misión que le asignó la historia. En el futuro, cuando se quiera comprender esta etapa de la vida humana, se verá en el técnico el hombre representativo de nuestra época, el hombre que la define y la significa en su máxima totalidad.

La sabiduría en Oriente es, sobre todo, poder. El saber oriental no solo es información externa y eruditismo impotente; es capacidad práctica de realización, es facultad vitalizante y creadora. La sabiduría arranca desde los estratos más profundos del ser y lo compromete en su totalidad interna y en su contorno periférico. La verdad para él no es algo externo, como la verdad científica occidental, que se puede encontrar en los libros y en las enciclopedias, sino una determinada conformación del ser mismo con el Universo. El sabio oriental no busca la verdad sino que la posee, la lleva en sí mismo. El temperamento religioso en Oriente, por ejemplo, realiza en la vida su concepción de la divinidad, su verdad religiosa, y cuando se trata de personalidades excepcionales, funda religiones y encarna doctrinas. Lo mismo se puede decir del artista, del estadista, del apóstol, de todas las actividades creadoras del hombre.

El oriental encuentra la verdad en sí mismo, en las profundidades de su ser, en su propio espíritu, que es la gran fuente creadora del hombre. Es una sabiduría intransferible porque es la coordinación, la ecuación vital de su espíritu con el mundo. Los libros no le dan la verdad sino que, a lo sumo, le facilitan su comprensión y su alumbramiento en sí mismo. El maestro no trasmite la verdad, como un don, sino que pone al discípulo en el camino de hallarla en su propio ser. El antiguo lema del oráculo de Delfos, "Conócete a ti mismo", antes que en los griegos, era practicado y

vivido en todos los pueblos orientales, porque en realidad, de allí emanaba su más profunda sabiduría.

En Occidente hemos tardado algunos milenios para comprender esta enseñanza y aún no está del todo comprendida; por eso, muchas de las llamadas verdades de Oriente las calcamos al pie de la letra, porque no hemos comprendido el espíritu de la enseñanza. Oriente tuvo su verdad como conjunto colectivo, tuvo realizaciones espléndidas en sus pueblos y en sus razas, pero la verdad nuestra es distinta que la de Oriente, porque nosotros tenemos otra misión histórica, tenemos otro ser y otras realizaciones.

Por eso, el grito que surge de Oriente hacia América es: "Conócete a ti misma", apodérate de la realidad íntima de tu ser, coordina tu alma y tu vida con el alma y la vida universales y solo por ese camino llegarás a tu verdad, que nadie te la puede dar, que Europa no te la puede transmitir como regalo de maestro, sino que tú debes hallar en tu esencia más acendrada, en tu fibra más recóndita, en tu seno más íntimo. Por ese camino llegarás al conocimiento y a la realidad de tu misión histórica; solo por allí alcanzarás la sabiduría y con la sabiduría la verdad, y con la verdad el poder. Solo, entonces, serás una raza creadora, es decir, una raza que sabe y que puede; solo entonces no serás una redundancia en la historia del mundo porque lo habrás enriquecido con una realización nueva, y tu mensaje será una palabra sagrada y prolífica para los hombres de todos los tiempos y de todas las latitudes.

Solo así América surgirá del estado de involución caótica en que se encuentra todavía, a la claridad y a la precisión de una cultura que será la expresión más profunda, más entrañada, más viva de su ser.



Colofón

Algunos juicios y comentarios críticos sobre *Pueblo-continente* y la obra del autor



PUEBLO-CONTINENTE

Ensayos para una interpretación de la América Latina por Antenor Orrego. Santiago de Chile, Ediciones Ercilla. 1939.

Luis Alberto Sánchez

La figura de Antenor Orrego es familiar a cuantos se preocupan de temas indoamericanos. Desde las páginas de *Amauta,* la gran revista que dirigiera José Carlos Mariátegui en Lima; desde *El Norte,* de Trujillo, diario de ideas y combate que Orrego piloteó en compañía del insigne poeta peruano Alcides Spelucín, y, además, desde *La Pluma,* de Montevideo; *La Nueva Democracia,* de Nueva York; *Repertorio Americano,* de Costa Rica; *Claridad,* de Buenos Aires, y otras altas tribunas del pensamiento continental, Orrego ha ido dejando destilar su pensamiento unitario en lo que respecta a los intereses del Nuevo Mundo y profundamente espiritual en lo que concierne a los rumbos de la cultura americana.

En este punto surge una cuestión digna de ser muy tenida en cuenta. Orrego, militante del aprismo peruano, tiene una sólida formación filosófica y lector de Hegel y Marx igual que Croce y Pareto, sabe que aunque las corrientes filosóficas hoy en pugna o en boga no están absolutamente puras la una de la otra, mantienen una estrecha correlación y se mezclan en la realidad del mundo, ya que no se puede decir que haya una incomunicación absoluta entre lo económico y lo cultural. Profesa, por tanto, un marxismo lúcido, de ojos abiertos. De ninguna manera un sectarismo cerrado e incomprensivo, como suele estar de moda entre algunos sectores sedicentes intelectuales que de la noche a la mañana, aparecen renegando de cuanto ayer adoraron.

Orrego mantiene dos tesis fundamentales: somos un pueblo todos los países que constituimos el continente hispanoamericano; tenemos raza, cultura e intereses comunes los indoamericanos o latinoamericanos; nos separan barreras ficticias; nuestro funcionamiento mental y nuestra posición o posibilidad mística nos alinea en una misma hilera; nuestra realidad económica es, con salvables discrepancias, pareja; por tanto se debe reconocer la existencia de este "pueblo-continente", cuya

vigencia salvaría a América de muchos peligros, y cuya contribución a la historia de la cultura universal sería decisiva.

Propuesta así, despojándola de su notable aparato filosófico y de su deslumbrante ropaje literario, la tesis de Orrego no admite discusiones, pues en su planteamiento se rozan temas importantes que afectan direcciones vitales del pensamiento. Orrego, que es un agonista, como diría Unamuno, presenta con respecto a lo dicho, una contradicción visible a simple vista. No obstante su ímpetu doctrinario, su rumbo realista, se deleita con las formas estéticas y presenta sus ideas con carnadura repujada y a veces excesiva. Se le advierte gozoso de "decir" tanto de como "de expresar". Su pensamiento discurre por pistas erizadas de obstáculos verbales, que él mismo concita para darse, acaso, el placer de vencerlos. Los que han seguido con atención recordarán que Orrego se enfrentó a la tesis de Ortega y Gasset sobre la deshumanización del arte, lo que también hizo Luis David Cruz Ocampo como oportunamente lo "ha recordado Hoy en su número anterior. Orrego habló de la "humanización" creciente y necesaria de la cultura. Sin embargo, se le advierte complacido cuando reviste sus ideas con opulencia, en, a ratos, cierto asiatismo de lenguaje.

Pero hay una circunstancia que imprime a este libro una inusitada vigencia: es uno de los pocos esfuerzos serios por desentrañar con altura, honestidad y profundidad el meollo de nuestra esencia americana. Y es, en el Perú, en donde la actividad filosófica parece como empezó a crecer solo desde que apareció Bergson, pues Spencer llegó con retraso, dando un grito de alarma a los pensadores para que no se deleiten excesivamente tras la pista de Heidegger, devotos de la novedad, sino que sigan senderos más concordes con nuestra sustancia, es decir, con nuestra verdad.

El libro de Orrego va dedicado a Manuel Arévalo, quien mecanografió sus páginas. Arévalo fue, según se ha dicho en un número de Hoy, hace dos años y medio, uno de los dirigentes apristas más prestigiosos de extracción obrera, y que terminó sus días trágicamente bajo la "ley de fuga" que le aplicaron sus captores en febrero de 1937. Para entonces ya habla copiado los originales de *Pueblo-continente*. Esta ofrenda demuestra, así, desde la antesala del libro la palpitación humana que lo inspira y la pulpa vital que sostiene el pensamiento del autor.

Pueblo-continente es un libro destinado a larga discusión y a durar mucho.

Juicio del escritor uruguayo Alberto Zum Felde sobre *Pueblo-continente*, de Antenor Orrego, en su libro *Índice crítico de la literatura hispano-americana*. El ensayo y la crítica.
México D. F. Guarania, 1954.

El movimiento ideológico indigenista iniciado en el Perú por González Prada, a fines del siglo XIX, y cuyas profundas repercusiones polémicas en el campo intelectual durante el primer cuarto de este siglo anotamos ya en páginas anteriores ha proseguido en el segundo cuarto, asumiendo nuevas formas, sin perder su identidad ni su vigor, antes bien, con derivaciones más concretas hacia el plano de la realidad político-social.

Una de sus manifestaciones significativas se halla en *Pueblo-continente* (1939), del pensador y ensayista Antenor Orrego, autor también de los trabajos de crítica y reflexión *Notas marginales* (1922), *El monólogo eterno*, (1929), *Helios*, *Panoramas*; ya posteriores, ninguno tan importante. Integran este ensayo, de dúplice faz, dos términos categóricos, perfectamente discernibles y separables tal como aquí aparecen.

Hasta la mitad, el libro, comprendiendo sus dos primeras secciones subtituladas "El biometabolismo psíquico del continente" y "Buceando en el abismo", es un estudio general de la realidad histórica americana (así social como espiritual), en relación con las condiciones de la historia de la civilización universal moderna. Este carácter del libro vuelve a aparecer en la cuarta y última sección, "El tetragrama racial de América", de las que componen la segunda mitad del volumen; pero la tercera, llamada "En el camino de las primeras realizaciones", es una exposición doctrinaria y un alegato en pro del movimiento sociopolítico peruano contemporáneo, conocido por el APRA o aprismo.

El autor, gran militante aprista, considera que la ideología de este partido es la consecuencia y la concreción práctica de los conceptos fundamentales (en sentido histórico-filosófico), que desarrolla en las otras secciones del libro. De modo que, hallándose esta situada topográficamente (aunque no lógicamente) en el centro del libro, parecería que las otras conducen necesariamente a ella (como todos los caminos a Roma o a Cuzco) y fueran sus fundamentos teoréticos generales. Así concebido el libro, sería pues, sobre todo, un exponente ideológico del aprismo, tal vez

su más alto exponente, lo que ya sería algo, dada la significación e importancia que este movimiento tiene en la historia contemporánea del Perú y, en cierto modo, de toda aquella parte del continente. Y si decimos de toda aquella parte, es porque si bien tiene su origen y su campo más concreto de acción política en el Perú mismo, y su doctrina, que tiene por fin teórico la reivindicación social de las masas indígenas –mediante un cambio estructural del régimen político económico del país– alcanza igualmente, por similitud, a los otros países andinos cuya población es indígena en mayoría y cuyas condiciones étnico-sociales son casi idénticas, como Ecuador y Bolivia, integrantes territoriales del antiguo incanato.

Pero, por más que esta importancia representativa del aprismo diera ya de por sí al libro un gran interés, su valor como ensayo sociológico americano se vería fatalmente restringido, comprometiendo el alcance de sus conceptos –su espíritu mismo dentro del campo de una definición político-ideológico demasiado determinada–. Y ello máxime si se tiene en cuenta que los principios teóricos del aprismo son notoriamente marxistas como consta en *El antiimperialismo y el APRA,* la obra de su teorizante y fundador, Haya de la Torre, en la cual se declara: "La doctrina del APRA significa dentro del marxismo una nueva y metódica confrontación de la realidad europea, a mediados del siglo pasado...". Item más: "... el contenido doctrinario del APRA, dentro de la línea dialéctica del marxismo, interpreta la realidad indoamericanas"... No afecta a tal identidad de principios el hecho de que apristas y comunistas sean enemigos políticos dentro del Perú; ello es natural, puesto que el aprismo con su nueva fórmula del "Espacio-tiempo histórico" importa una derivación disidente de la ortodoxia universal de la línea Marx-Lenin, que es la oficial, con santa sede en Moscú. Mas, a pesar del plausible intento de "emancipación mental indoamericana de los moldes y dictados europeos" que señala esa adaptación del marxismo ortodoxo a la realidad de estos países, tal como lo expresa en su libro, el heresiarca no puede admitirse esa implícita identificación entre aprismo y americanismo, tal como ambos términos aparecen en el libro de Orrego, puesto que se opera sobre la base del marxismo. Antes, habría que admitir como premisa apodíctica y a priori el materialismo dialéctico de la escuela, condición a la cual la crítica no puede someterse. De ahí, la discriminación lógica que proponemos.

Los conceptos contenidos en este libro acerca del problema historiológico americano –especialmente en el plano de la cultura– son de entidad suficiente para requerir y merecer su autonomía. Independizarlos de su compromiso con el marxismo-aprismo, asignándoles su valor propio, es tanto más imperativamente lógico, cuanto que el autor del mismo lo autoriza, de modo involuntario, al prescindir de esas tres secciones aludidas de toda referencia al marxismo-aprismo, cuyos precisos postulados no intervienen –no interfieren– absolutamente en su exposición. Esta ideología política –no mencionada en el resto del libro– solo aparece, sorpresivamente, en esa sección tercera; de modo que, si se la desglose, el libro no pierde unidad y estructura lógica sino que, al contrario, gana mucho en tal sentido, ya que aquella interferencia le afecta. El autor es dueño de pensar que lo uno y lo otro se necesitan y complementan en una unidad dialéctica; el lector y el crítico, que es un lector activo, son dueños, a su vez, de pensar lógicamente lo contrario; y en consecuencia, hacer la separación. Por lo demás tampoco el autor tiene derecho a reclamar; un libro, cuando ha salido a luz ya no pertenece al autor sino al lector, al mundo. Es la crítica quien da destino al libro.

Ha de advertirse, empero, que esta simple operación no implica tampoco una refutación expresa del aprismo, ni en cuanto doctrina ni en cuanto partido. En el propio aprismo habría también de reparar su parte de verdad histórica y ficción teorética, del mismo modo que cabe hacerlo con el propio marxismo, su base; y así con casi todo sistema ideológico, los cuales, como ya sabemos, son paralogismos inductivos totalizantes de algún o algunos conceptos valederos, a su vez vinculados a algún o algunos hechos verídicos. Dejaremos de lado por ahora lo que se refiere al marxismo en sí, como teoría universal para comprobar que, en el caso del aprismo (heterodoxia americanista del marxismo), el sofisma específico consiste en esa identificación doctrinal de dos elementos distintos, como lo son el indigenismo y el marxismo. Conviene aclarar que, si en rigor lógico reconocemos como legítima la aspiración del aprismo a la reivindicación social de la masa indígena americana, no admitimos que ella deba necesariamente fundamentarse en la teoría marxista de la historia. Y así queda también formulada, para dentro del propio aprismo, la misma discriminación lógica conceptual que aplicamos al libro de Orrego, tema preciso de este comentario.

Es de tenerse en cuenta con respecto a este libro una circunstancia biográfica: no ha sido escrito en la calma y el confort de un gabinete de estudio, sino en medio de la urgencia y la angustia azarosa del perseguido político. "En este ambiente –dice en el prólogo– he escrito íntegramente las páginas que siguen. Muchas veces, ante la inminente y brusca irrupción de la brigada policial, las frases se han roto o han quedado suspensas en el aire, como estuporadas o sobrecogidas. Las cuitas que me estremecieron, no tanto por mi persona cuanto por salvar este entrañable hijo de mi espíritu, sabedor como era, de la brutalidad exasperada de mis perseguidores. Después de cada asalto he tenido que rehacer capítulos enteros, y en algunos casos redoblar el esfuerzo de concentración para reproducir e insertar nuevamente en el cuerpo del texto algunas cuartillas que quedaron presas, como único galardón, de las cuadrillas represoras". Siendo Orrego uno de los más esforzados líderes de su partido, comprometido todo él en la acción política revolucionaria sufre condena en cárceles y exilios, cuando la dictadura militar asume el gobierno del Perú, y así aparece este ensayo; escrito "en medio del fragor de la batalla", como dice en la nota preliminar.

Sin embargo, no se trata de un libro improvisado en sus conceptos; y ello explica que tampoco lo parezca, dadas las circunstancias de su parte. "Las ideas principales que dan significación a estos ensayos no tienen, en realidad, una partida de nacimiento próxima. Ya en *Notas marginales,* mi libro juvenil, están todas esbozadas. Después han reaparecido como esquemas a lo largo de toda producción posterior. En *El monólogo eterno,* no obstante su forma aforística, se perfilan muchas de ellas con plena concisión y nitidez. En *Amauta,* la revista de Mariátegui, publiqué los primeros ensayos que han servido de base al presente libro. *La Pluma,* de Montevideo, publicó el ensayo que, ampliado después y con nueva redacción, aparece ahora con el título 'Las dos corrientes psíquicas complementarias de América Latina'".

He aquí los conceptos fundamentales del libro (efectuada la antedicha discriminación): "Lo que ha sido y lo que es aún vivo, orgánico y flexible en Europa acaba por cristalizarse y desintegrarse en América. En este sentido he afirmado que Europa viene a morir en ultramar; que América es el hipogeo de las fuerzas que organizan la vida europea para tornarse en humus, el limo, que recobra su potente y plasmante energía vital". "Un comentarista colombiano se extrañaba de que mi pensamiento sobre la cultura de América partiera del caos... El caos no es sino el remate final de

un proceso de desintegración, cuyos elementos van a recomponerse en una nueva síntesis, en un nuevo organismo, en una nueva estructura". "El americano tiene que surgir y partir desde el caos (de ese caos de la desintegración) si quiere articular un mensaje vivo para el mundo, si quiere ser la continuidad vital de Europa y de la culturas anteriores" ("Ideas preliminares").

Ninguna forma, ninguna estructura, nada hecho, ni ideológico, ni objetivo llegados del Viejo Mundo deben servir a la cultura de este continente. Todos los elementos importados deben descomponerse, desintegrarse, convertirse en plasma vital, para ser restaurados, reformados, ordenados según nuevas síntesis. ¿Cuáles? Las que surgen de la propia imperativa necesidad de su naturaleza. De ahí que cierta barbarización sea estado natural imprescindible, de la nueva futura civilización, propia del continente. En lo primitivo está, pues, el futuro vital de América y el secreto de su destino histórico. Hasta aquí llega la tesis americanista del libro que informa sus dos terceras partes. En la otra el autor procura encarar esa posible renovación de lo universal y en esa forma del futuro americano, aplicando el criterio del marxismo revolucionario, en su adaptación aprista. "Necesario es comprender –dice– que el proceso revolucionario latinoamericano es sobre todo el surgimiento, desde el caos, de un mundo nuevo; el nacimiento de una modalidad político-social y económica que por primera vez debe darse en la historia del mundo, y que sin embargo se ciñe de una manera maravillosa, a la genial sistematización científica de Marx". Parece extraño que el autor no se dé cuenta de que incurre en una fundamental contradicción al admitir como base del nuevo orden original una "sistematización científica" típica del siglo XIX, proveniente del concepto materialista de la historia, ya superado por la conciencia filosófica de este tiempo. Y lo parece, tanto más cuanto que, casi a renglón seguido (tercera sección, "El camino de las realizaciones", II: "El radicalismo del caso americano"), expresa esta aguda visión: "En América no hay tradición alguna original y propia; porque la vida latinoamericana durante los cuatro o cinco siglos de existencia no ha sido sino el espectáculo del europeo y del indígena moribundos, descomponiéndose bajo la acción y la presión de las fuerzas telúricas y espirituales del continente. Ya hemos dicho en páginas anteriores, que, por eso, América ha sido un mimo, un calco, un bluf de la vida institucional y cultural europea". Y en otro párrafo, completando el concepto: "Este hecho nos revela

también con definida claridad por qué la vida americana ha sido tan epidérmica, tan carente de una verdadera sustantividad espiritual. La contraparte americana de las corrientes y los movimientos culturales del Viejo Mundo han sido grotescas falsificaciones, sin vitalidad y sin poder creativo alguno".

En realidad, debe entenderse que, sea incongruencia de las "grotescas falsificaciones" que denuncia Orrego generalizando empero, demasiado se ha producido frecuentemente, es cierto, aunque no siempre, por falta de intuición directa del escritor con respecto a la realidad (externa, e interna, social y espiritual) de su propio país; y que ello, ese "mimetismo" cultural, proviene a su vez, de la etapa juvenil del discipulaje que han atravesado estos pueblos en el siglo siguiente a su desprendimiento colonial. Probablemente se trate de un fenómeno histórico de adolescencia, en gran parte normal, y que ya se va superando en gran parte.

El alto interés que atribuimos a los conceptos transcritos –apenas señales en el trazado argumental de esa tesis– se refiere exclusivamente a la profundidad históricofilosófica de su planteamiento, en cuanto atañe a ese complejo y fundamental problema de la cultura de América, el cual, no obstante sus términos variables según las regiones (no es igual en el Perú y en el Plata), consiste, de modo general, en el arduo proceso de trasplante y adaptación, a las condiciones geohumanas del medio, de la cultura universal, antiguas y modernas, que es su herencia y patrimonio, y en ella tiene históricamente su devenir.

Si consideramos este ensayo de Orrego solo como una exegesis del aprismo, deberíamos reconocerla como su interpretación más profunda en el campo de la filosofía de la historia, sin perjuicio de mantener el libro de Haya de la Torre *El antiimperialismo y el APRA* como su exposición doctrinaria más concreta, en el plano de la sociología política. Pero ya hemos declarado y razonado nuestro criterio de separación de tesis, por el cual *Pueblo-continente* adquiere una mayor y más libre valorización, superando la exégesis aprista, por la entidad de sus conceptos a fondo acerca del problema historiológico americano, contenidos en las tres partes del libro, ya indicadas.

Solo tendríamos que agregar precisando, para una mejor comprensión del juicio, si bien aquellos conceptos tienen un valor general para toda América, no ha de olvidarse que el autor está situado en un punto de vista peruano, y que su perspecti-

va participa de esa posición. Hemos dicho que el problema es de términos variables según las regiones, por presentarse estas mismas en condiciones muy distintas. El Perú y toda la región continental incaica tienen dentro el problema social de la masa indígena, los tres cuartos de su población nativa; y ello influye muy fundamentalmente sobre el problema de la civilización. Tal factor no existe o existe en grado mínimo en las otras regiones: el Plata, Chile, Colombia, Venezuela, etc. Y aún cuando Orrego habla siempre de América Latina, ha de entenderse que en gran parte detrás de sus conceptos está implícito ese carácter propio de la región incaica, lo cual es evidente que dé mayor sentido a su tesis de la incongruencia morfológica de la cultura importada. En el Plata o en Chile, esa incongruencia se produce en grado mucho menor, y en ciertos aspectos casi no existe, porque en su mayor parte la masa social es eurocriolla, con un porcentaje muy bajo de factor indígena ya incorporado por el mestizaje. Por tanto y sin mengua del valor general de sus ideas, su posible vigencia con respecto al conjunto de América ha de interpretarse en los términos concretos y relativos de la tesis, advirtiendo que tal posible vigencia debe ser entendida en el plano crítico del estudio y la discusión del problema.

Luis Monguió escritor y crítico catalán, en su libro *Poesía postmodernista peruana*, publicado en 1954

La aparición de un nuevo grupo de poetas nativistas vino a coincidir también con la difusión de otra manera de entender la realidad peruana. Esos poetas, que comenzaron a publicar a partir de 1940, se distinguen, en el tono y en la manera, tanto de los indigenistas como de los cholistas que vimos surgir desde 1926 y 1930, respectivamente. Parece ser el pensador Antenor Orrego quien representa más adecuadamente la ideología que va implícita en el nuevo nativismo poético. Orrego había sido uno de los orientadores del grupo literario renovador en Trujillo por los años de la Primera Guerra Mundial. Por su amistad personal y su coincidencia política con Víctor Raúl Haya de la Torre, fue más tarde uno de los líderes del aprismo. Dentro de ese movimiento Haya dio forma especialmente

a la ideología político-económica y Orrego fue desarrollando doctrinas filosóficas con constante referencia a los, problemas de la cultura. Aparte de otros textos menores, la obra suya más importante para descubrir su pensamiento sobre americanismo, peruanismo, indigenismo, etc., así como sus ideas sobre "el nuevo hombre de América" y su cultura es el libro *Pueblo-continente* (1939). Para Orrego "ni el indígena, ni el europeo, ni el mestizo, como tales entes étnicos y culturales son el americano, que ha de crear una cultura original". Según Orrego, "es absurdo pretender el advenimiento de una América indígena y una resurrección de sus antiguas culturas porque la historia nunca da paso atrás"... "Si América Latina ha de expresar un mensaje original para el mundo ha de ser hacia el porvenir y hacia adelante. Ha de ser obra de creación y no copia regresiva... Empero, si es absurdo el prurito indigenista, es más absurdo y antibiológico el prurito europeizante a ultranza... Ni el indio como indio, ni el europeo, como europeo puro tienen porvenir en América". ¿Y el mestizo? En América el indígena, el europeo, el africano y el asiático se han descompuesto y se han fundido en el "mestizo o criollo, forma o etapa de transición, hacia el nuevo tipo o nuevo hombre de América. El mestizaje es un camino de los pueblos, pero no un objetivo y una meta. El mestizaje es un puente, un escalón, un estado transitivo, pero nunca una forma estable y orgánica de vida". Es la inmersión en el medio, en la realidad americana de hoy, lo que crea espiritualmente al "nuevo hombre de América", por encima del indígena, del europeo, del mestizo, como tales: "América está cumpliendo o ha cumplido ya su función de osario o pudridero [de razas y culturas] para ser la macrocósmica entraña del porvenir". Mientras que Uriel García, por ejemplo, ve en el hombre de "alma mestiza" la tipicidad americana, Orrego repudia la idea del mestizo étnico o cultural como base de una cultura americana original, como el deseable paradigma de lo americano. Y mientras que para los indigenistas el telurismo era parte del mito étnico indianista, resultado del panteísmo, del antropocosmorama del indígena, para Orrego, al contrario, el continente americano es el dato primordial que fuerza la realidad americana. Es decir, que Orrego desecha el *ethnos* –ya en su aspecto indianista, ya en su aspecto europeísta, ya en su aspecto mestizista– como base de la americanidad. La base de nuevo macrocosmo americano Orrego la percibe, más bien, en la elaboración de un *ethos* original al que imprime carácter

el *geos* americano. América de hoy es para él el vaso que da forma a la realidad, el continente que se impone al contenido. Por eso, al referirse específicamente a la poesía peruana, busca en ella "la emoción, la visión y la sensibilidad de la América actual y contemporánea" y aplaude cuando percibe que el poeta (indudablemente influido por sus ideas) "habla y traduce directamente lo que ve, trasmuta el paisaje enhestado de conciencia y, en nota musical, recrea su mundo dentro de sí mismo y logra un arte personal, una versión singular de la realidad, sin caer jamás en ese chapucero descripcionismo escolar, de que tanto se ha abusado en nuestra literatura". Eso es para él "auténtico y contemporáneo indigenismo" y no el que vimos, al que califica de "sepulcral", antihistórico, necrolátrico y "arqueológico", así como también califica de "mimo simiesco" a lo que únicamente imita al arte europeo.

La poesía que vaya infundida de las concepciones filosóficas, estéticas de Orrego puede esperarse que sea una filosofía de apariencia paisajista, de sentimiento de la naturaleza peruana, de "trasmutación del paisaje en estado de conciencia", de comunión del poeta con esa naturaleza y con las gentes (de acuerdo con la misma teoría) que esa naturaleza conforma. Además, como Orrego había también indicado en su *Arte vital* que era enemigo del pensamiento, el arte y la literatura puros, esa poesía incorporará, a veces, expresiones de la problemática nacional peruana, pero ya no con el sentimiento de simple protesta, de odio, de triste desesperanza (como el indigenismo), ni de macho aguante de los infortunios (como el cholismo), sino con el afán de resolución de la ideología porvenirista orreguiana.

Decisiva me parece la influencia sobre el neonativismo, principalmente representado en lo intelectual y literario por Antenor Orrego. Los poetas que lo practican Julio Garrido Malaver, Guillermo Carnero Hoke, Felipe Arias Larreta, Mario Florián y otros fueron y son todavía (o como Florián y Carnero dejaron de serlo hace poco) miembros de la organización en la que Orrego lideraba; en su mayoría pertenecen también por su edad a lo que pudiera llamarse la segunda generación del aprismo, en la cual la ideología de sus caudillos había tenido tiempo de filtrarse más espaciosamente, incorporándose a su manera de pensar y de expresarse. Por otra parte, la difusión de esa ideología de Orrego, precisada en 1936 y 1939, coincide con el momento en que su partido principalmente de clase mestiza y abundantes partidarios entre la clase obrera mestizada, recién cesado en el poder el general Ós-

car Benavides (1939), durante la presidencia de Manuel Prado (1939-1945) en los años de lucha mundial contra el hitlerismo y el fascismo y de difusión de eslóganes democráticos, tenía la esperanza –que realizó en 1945– de obtener el triunfo político en el Perú. En consecuencia, el mestizo peruano, teniendo a la mano el prestigio y la autoestimación que el acceso al poder produce, no necesitaba ya, psicológicamente, valorizarse sobre la base del indigenismo o reafirmarse sobre la del cholismo. Podía despojarse de todo complejo de inferioridad, estimar que en el Perú la etnografía no era ya obstaculo a ninguna conquista. Por ello, podía darse el lujo de estimar el cholismo, la teoría del mestizaje, como una etapa superada y proclamar una nueva etiología de la sociedad peruana al amparo de cuyos principios podía él mirar al Perú a su alrededor y expresarlo artísticamente como lo viera y lo sintiera, sin ambages. A partir de 1940, el cholo (sobre todo si era aprista) pudo empezar a pensar que no solo era él el verdadero Perú, como afirmaba el cholismo sino que el Perú era suyo y que pronto iba a serlo el aparato estatal, como en efecto lo fue por algunos años (1945-1948). Así no necesitaba más excusas psicológicas: el "mestizo" podía dejar de serlo y, efectivamente, enraizado en la tierra que acababa de concederle ese privilegio, podía pasar a sentirse, según las palabras de Orrego, un nuevo hombre dentro de su peruano mundo. A desprenderse, a beneficio de aquella circunstancia histórica y de su racionalización de sus problemas contra los que sus antecesores se habían armado con las teorías del indigenismo primero y del cholismo después, el nuevo poeta nativista peruano así libertado no tiene ya que escribir con tema y pie tan estrictamente forzados, y puede tras realizar poéticamente la vida y el mundo peruano, según espontáneamente los vea y sienta, expresando su propia subjetividad dentro de estos límites. No deja, pues, el poeta neonativista de encerrarse, también, dentro de ciertas fronteras –el medio y el momento, señalados por su sustrato teórico– ,pero, basta compararlas con las del indigenismo y el cholismo para darse cuenta de su mayor amplitud.

En resumen: en el segundo cuarto del siglo XX se observa la existencia en la poesía peruana de un movimiento que genéricamente puede llamarse nativista, surgido –no sin antecedentes– con la pretensión de que la poesía peruana exprese lo peculiarmente peruano, el hecho diferencial peruano. Primero, este movimiento se perfiló en la poesía por 1926 en el especialmente llamado indigenismo,

que reivindicó como lo único auténticamente peruano, al indio y a lo indio. Las formas de la poesía indigenista derivaron, sin embargo, de las del vanguardismo internacional entonces a la moda. El nativismo poético tomó, luego, hacia 1930, otro aspecto específico en el llamado cholismo, afirmación del mestizo y de lo mestizo como lo verdaderamente peruano. Hubieran podido ser paralelos suyos el zambismo, el blanquismo o el criollismo, etc. Las técnicas de la poesía de esta segunda etapa se inspiran principalmente en el romancismo de la variedad lorquiana y en algunas formas folclóricas. En un tercer momento, posterior a 1940, abandonando amarras étnicas trata de expresar un nuevo etos peruano de contenido humanista, pero, moldeado por la realidad ambiental. En materia formal este último nativismo, para verbalizar su visión de la realidad local y actual, aprovecha toda clase de formas poéticas con cierta preponderancia de las retóricamente más estrictas. Estos tipos básicos de la poesía nativista peruana se sucedieron cronológicamente en cuanto a su iniciación, 1926-1930-1940, pero, como es natural, coinciden parcialmente en el tiempo de su difusión, y así existe hoy día en el Perú quien escribe en indigenista, al lado de quien versifica en cholista y junto a quien poetiza en la última manera nativista, y existe también, quien ha pasado de la una a la otra. La iniciación de cada una de esas maneras parece haber obedecido a actos de voluntad por parte de poetas intelectual o emocionalmente imbuidos por determinadas concepciones de la historia y de la sociedad peruanas; es decir, por parte de los poetas ha habido voluntad de hacer indigenismo, de hacer cholismo, de hacer zambismo, de hacer nueva poesía nativista. Incidiendo a priori de lo peruano que coinciden y se enlazan en el tiempo con la aparición de cada uno de aquellos tipos de poesía nativista, han sido, respectivamente, el incaísmo o indianismo, el neoindianismo o mestizismo y el nuevo humanismo americano (de Orrego). Y tanto aquellas variedades de la poesía nativista como estas distintas teorías de lo nativo, de lo peruano, parecen haber respondido simultáneamente a motivaciones y necesidades psicológicas e intelectuales de grupos de la clase media letrada peruana, preponderantemente "meztiza" o "amestizada" en circunstancias de sucesivos cambios de la relación de fuerzas de la vida social, económica y política del Perú de este siglo. Habrá de ser interesante observar la siguiente evolución de ese pensamiento por parte del grupo que lo produjo.

Carlos Manuel Cox en el artículo "Semblanza de *Pueblo-continente*", publicado en 1948, algunos de cuyos fragmentos se transcriben

Si la interpretación filosófica del aprismo descansa en la diferenciación de cada espacio-tiempo-histórico y que esto se debe a "un proceso de expansión del mundo social", ninguna filosofía de la historia podrá ser más autóctona y nacional, vale decir americana, que la posición ideológica, política e histórica aprista. Antenor Orrego, en uno de los libros de más atuendo intelectual, *Pueblo-continente,* fisonomiza el presente y el futuro de nuestra América. Allí establece la relación telúrica del hombre, el suelo y la historia con estas brillantes palabras:

"La esencia del ser actual del hombre es de un carácter ascensional: se proyecta como una flecha carnal, viva y fulgurante, de abajo hada arriba, del nadir al cenit, de la raíz a la copa".

"Los éxitos de las espléndidas civilizaciones del pasado se deben a la medida en que el hombre se acopló, se unió hacia la tierra, entró en mayor y más apretado contacto con ella".

"Las culturas y las civilizaciones se descomponen y se disuelven cuando han perdido su contacto con la tierra, cuando la jerarquía y el grupo dirigente de su estructura, pierden su conexión con el pueblo, con la potencia energética de la multitud, con el limo fecundante de la llanura. Tórnanse entonces civilizaciones y culturas hemofílicas en las que la jerarquía y el gobierno son como excrecencias parasitarias, que han perdido su función orgánica y que succionan las energías vitales de la masa en lugar de dirigirlas, conducirlas e incrementarlas".

Recordemos que la nueva física refuta la concepción copernicana de un universo regido por leyes universales y que la tesis de Espacio-Tiempo-Histórico, aplicando las conclusiones relativistas a la historia, a la sociología y a la política, adopta el principio de los campos gravitacionales que se determinan por sus propias coordenadas. "Podemos llegar a definir y deslindar los espacio-tiempo-históricos dentro de la expresión de cada *Pueblo-continente,* escribe Haya de la Torre, como los campos gravitacionales de procesos sociales similares, en los cuales el drama y el escenario histórico –espacio, tiempo y proceso o devenir de fenómenos– presentan intransfe-

ribles características de continuidad que, indesligables de la conciencia de los pueblos, son así observados y concebidos por ellos.

Por consiguiente el concepto de *Pueblo-continente* rebasa el marco estrecho de la geografía física y no cae tampoco en las limitaciones de la geopolítica que, como se ha visto ya, es solo relación entre espacio y Estado o entre geografía y política. Antenor Orrego, al fundamentar su concepción del pueblo-continente, sostiene que Indoamérica es el primer pueblo-continente de la historia. Y añade: "Todo nos impulsa, visiblemente, hasta para los ojos menos zahoríes a crear y constituir una cultura más universal que la europea...".

Esta es la razón, por la que el aprismo ha insurgido, doctrinariamente, para afirmar la personalidad de nuestra América como un pueblo-continente. "Continente-multitud, se puede llamar a América y especialmente a América Latina", exclama Orrego. Del mismo modo, que lo son China, Australia, Rusia o India y, en la parte norte del hemisferio, Estados Unidos, con sus 48 estados sin incluir a Alaska.

Las concepciones de Espacio-Tiempo-Histórico y pueblo-continente se conjuncionan en un vínculo indestructible que nos permite, con la interpretación de cada realidad, el acertar con fórmulas que resuelven nuestros más vitales problemas...

Víctor Raúl Haya de la Torre: fragmentos de un artículo publicado en la revista *Ercilla* en 1943

El nuevo equilibrio del mundo parece desplazarse hacia un "balance continental", de pueblos-continentes, digamos, para recordar la profunda tesis de Antenor Orrego, expuesta en un libro admirable y, por contingencias de nuestra frivolidad mental, poco difundido.

Entre el nacionalismo racista y brutal de los nazis y el proyecto ideal de un mundo democrático, organizado bajo los tres poderes de Montesquieu –entre el jingoísmo hostil y el universalismo generoso–, puede que quedemos en la síntesis de una humanidad coordinada, siquiera, por largo lapso en el balance de grandes confederaciones mundiales.

Los pueblos-continentes, según la profunda observación de Orrego, caben dentro de los "países continentes" o no. Rusia, China, India son, dentro de la dimensión geográfica continental de Asia o de Eurasia, pueblos-continentes. Lo es Estados Unidos y lo será más el día que sume a su confederación a Canadá".

Recordemos al pasar que la geopolítica, tan alemana como inglesa en sus orígenes, considera a las Américas como "islas-continentes". En realidad, todo pueblo-continente es una isla, ya sea rodeada por agua o por estepas, por océanos o por altiplanicies o montañas. Pero *Pueblo-continente* es aquel que sobre el escenario de países con fisonomía, volumen, recursos y ubicación de continentes desplazan una o varias razas afines, una o varias lenguas afines; una tradición, un espíritu y una común necesidad.

¿Somos nosotros los indoamericanos un pueblo-continente?

Sí.

Somos un pueblo-continente desarticulado y sin cohesión, pero con todas las características y posibilidades de una gran expresión coordinada, dentro del nuevo equilibrio del mundo. ¡Somos un pueblo-continente sin dirección!

Serafín del Mar, fragmentos de un artículo escrito en la Penitenciaria de Lima y publicado en la revista *América* en mayo de 1940

Pueblo-continente es una serie de ensayos para una interpretación de la realidad indoamericana. Ensayos de conocimiento, donde la inteligencia funciona en sentido de superar y mejorar la vida. Y para Orrego, solo hay una inteligencia: la que crea y da vida a un orden de cosas superior, que beneficie directamente al hombre americano. ¿Y cuál es el hombre americano que propugna Orrego? No es el indígena; tampoco el mestizo, tipo que se produjo por la colisión de dos elementos principales, el indígena y el europeo, tomándose, por descomposición, en el caos primordial, en el limo informe, "el humus original y primitivo". El mestizo, para Orrego, es solo una etapa de transición hada el nuevo tipo de América. Dice: "el mestizaje es

un camino de los pueblos, pero no un objetivo y una meta. El mestizo es un puente, un eslabón o un estado transitivo, pero nunca una forma estable y orgánica de vida". Señala que el mestizo o criollo es un producto híbrido, no solo en su estructura física, sino también en su vida espiritual y psíquica. "A este hibridismo fisiológico corresponde ese hibridismo cultural y ético que observamos en todas las manifestaciones de la vida latinoamericana. Así como el mestizo es una yuxtaposición de sangres, es, igualmente, una yuxtaposición de estados anímicos que no han llegado todavía a ligarse en un conjunto coherente y unitario. De allí, también, esa moción pugnaz interna que caracteriza el alma del latinoamericano durante la Conquista, el Coloniaje y la República, que se resuelve en un ser neutro, híbrido, pasivo, subalterno con respecto a todas las valías espirituales, morales y psíquicas del hombre".

No siendo el indígena ni el mestizo el hombre propugnado por Orrego, su personaje está en camino. Todavía no lo vemos, pero viene.

***

El nuevo tipo de hombre –dice– ha de expresar un mensaje original para el mundo, como obra de creación y no de copia regresiva. Tiene que ser "tarea epignética y no mimetismo automático", sirviéndole al pasado únicamente como alumbramiento del porvenir, como un basamento del futuro. "El hombre americano tiene que ser sangre indígena y pulmones europeos". Y pienso, que justamente el mestizo puede ser el hombre del porvenir, la voluntad de Indoamérica, cuando sienta que tiene una misión histórica que cumplir.

Refiriéndose a la cultura indoamericana, dice que tanto la de la Colonia como la de la República, es el calco de la cultura europea. "Los hombres cultos de América han sido cultos por inducción, por galvanización indirecta, por mimetismo libresco y literario, y no por asimilación y digestión vitales. El alimento que permanece extraño dentro del aparato digestivo, al descomponerse, se torna destructivo y tóxico. Hemos tenido todas las toximanías filosóficas y literarias del Viejo Mundo. El veneno es la sustancia que no se asimila, que no se incorpora como tejido, como célula, como sangre, dentro de un organismo. Y ya sabemos hasta qué punto hemos estado envenenados de esnobismo europeo. No hemos querido

ser sino el parvenu de la cultura y el espíritu europeo". Es exacto lo que Orrego apunta en su libro, *pero* Indoamérica, desde hace pocos años, ha insurgido contra una realidad degradante y vergonzosa. Y ahora crea su personaje histórico, con espíritu y culturas propias. Y la cultura en América no es sino sensibilidad que capta y traduce en pensamiento y en acción los mensajes múltiples de la tierra y del hombre. Indoamérica tiene que ser el crisol donde todas las ideas se alquitaren y se humanicen.

***

Pueblo-continente termina con dos hermosísimos capítulos: "Plasticidad, color y canto", y "Sabiduría, intuición y misticismo". El primero es un delicado ensayo estético sobre la raza negra, cuya alma está más ligada al cuerpo que en cualquier otra raza. "El cuerpo en el negro –expresa Orrego– es la traducción más cercana del alma, de la psiquis interna, de la estructura emocional, pasional y sensitiva del hombre. En ella el ritmo interior se hace línea ondulante y gallarda; se hace más plástica y viva en la elegancia de la cabeza, en el esguince airoso del torso, en la melodía columnaria de los brazos y de las piernas, se hace color en el juego múltiple y complejo de la luz, que envuelve y fluidiza el cuerpo, que lo torna cambiante y flexible, elástico y dúctil, imprimiéndole el sello supremo de la gracia. La línea y el color, trasmutados al plano de la música, se hacen vibración, se hacen nota, se hacen canto, ese grito interior del alma que se esparce hacia los cielos como florescencia melódica del sonido". Bello, realmente. Es que Orrego es un alto poeta, una sensibilidad depurada por el conocimiento de la sabiduría.

El último capítulo, "Sabiduría, intuición y misticismo", es un grito que conmueve lo más hondo de nuestro ser. Dice "Conócete a ti mismo, apodérate de la realidad íntima de tu ser, coordina tu alma y tu vida con el alma y la vida universal y solo por ese camino llegarás a tu verdad, que nadie te la puede dar, que Europa no te la puede trasmitir como regalo de maestro, sino que tú debes hallar en su esencia más acendrada, en tu fibra más recóndita, en tu seno más íntimo. Por ese camino llegarás al conocimiento y a la realidad de tu misión histórica; solo por allí alcanzarás la sabiduría y con la sabiduría la verdad, y con la verdad el poder".

Terminado de leer *Pueblo-continente,* uno piensa que Indoamérica tiene cuatro grandes libros para el conocimiento de sus problemas y de su alma. Y estos libros son: *El antiimperialismo y el APRA,* por Haya de la Torre; *Meditaciones sudamericanas,* por el Conde Herman Keyserling; *América Latina,* por André Siegfried, y *Pueblo-continente,* por Antenor Orrego.

ANTENOR ORREGO[1]

Pueblo-continente

Por: Andrés Townsend Ezcurra

Ensayos para una interpretación de la América Latina. Buenos Aires: Continente, 1957.

Este inquietante y sugestivo libro circuló en una primera edición, de tiraje limitado, en 1939. Conocido por un grupo selecto de estudiosos, dio a Orrego el valor singular que le corresponde en las letras y en la filosofía peruanas. En el tomo que acaba de publicar la editorial Continente será posible, a muchos, conocer el pensamiento del notable escritor norteño y medir cuánto debe, a su aporte orientador, la formación de una nueva conciencia histórica y política en el país.

Orrego pertenece a la generación fundadora del nuevo movimiento peruano y en esa fila excepcional (en el "equipo energético", como él lo llama) se ha singularizado por su vocación filosófica y su amor al buceo y a la especulación. Al comienzo del primer capítulo ("El destino trascendente de América"), Orrego anuncia una proposición que podría compendiar su propio intento: "No creo que haya nada más importante para un pueblo, para una raza, para un continente, que precisar en su conciencia vigilante hasta donde eso sea posible la nota característica que viene a emitir en el acorde del mundo. Saber su melodía en la vasta armonía de lo humano,

[1] Nota del editor: Publicado en la revista *Presente,* el 13 de noviembre de 1957.

es haber comprendido el sentido de su destino". El libro que comentamos señala a Orrego como uno de los más afanosos y más finos présagos de la emancipación espiritual de nuestra América, la que Haya de la Torre llama Indoamérica y la que Orrego prefiere designar con el término cultural característico del siglo XIX y del idioma anglo sajón: América Latina.

De los aciertos perdurables de este libro, ninguno estuvo llamado a mejor fortuna que el nombre mismo bajo el cual se ampara: *Pueblo-continente.* Engarzado dentro de las construcciones filosóficas del jefe del aprismo, la expresión ha servido para designar los nuevos y vastos bloques supernacionales en que tiende a dividirse el mundo contemporáneo. Siempre que sea preciso aludir a la circunstancia geográfica, histórica y humana de los pueblos al sur del río Grande se dirá, con Orrego, que forman un pueblo-continente. Y la frase sirve igualmente para identificar a aquellas grandes unidades de población que se encuentran en situación análoga a las nuestras: hay un "pueblo-continente" hindú (indio, debería decirse, con riesgo de anfibología), otro pueblo-continente chino, otro ruso y otro norteamericano de Estados Unidos. La expresión acuñada por el pensador norteño habrá de sobrevivir en el horizonte semántico de nuestra sociología y nuestra política.

Orrego revela en este libro, dentro de cierto hermetismo técnico de su estilo, un don particular para la imagen. Prefiere las de tipo biológico. ("Digestión vital". "Pulsación") y sabe presentar con intenswa graficidad su pensamiento ("Desde hace cuatro siglos todas las razas están derritiéndose en la hoguera de América"). Vigorosamente sostiene la necesidad de un nacionalismo o patriotismo continental. "De París a Berlín o a Londres afirma hay más distancia psicológica que de México a Buenos Aires y hay más extensión histórica, política y etnológica que entre el río Bravo y el cabo de Hornos. Mientras en Europa la frontera es hasta cierto punto natural, porque obedece a un determinado sistema orgánico y biológico, en América Latina es una simple convención jurídica... Mientras en Europa, con frecuencia, los pueblos originan y construyen los Estados, en América, el pueblo es una gran unidad y los Estados son meras circunscripciones artificiales...".



Estación primera

Artículos



PRÓLOGO

"Tenía padre y madre, pero había nacido de la entraña doliente del pueblo, de la única entraña en que se han gestado todas las auroras humanas...", "como dijo ante su tumba Julio Garrido Malaver, el hermano poeta, guía del grupo Norte, forjador de los pasos de Haya de la Torre, Spelucín y Macedonio, verdaderas simientes de la nueva creación que ha delineado América, a Orrego le cupo ser el demiurgo, el modelador de la nueva conciencia. Desde los días aurorales en que por la redacción del periódico trujillano daba oportunidad a Vallejo para que publicara sus poemas, que promovían a escándalo en el conservadurismo provinciano y decadente, hasta las épocas de gesta política de estos últimos cuarenta años, en la recia personalidad intelectual de Antenor Orrego se consustanciaron los pensamientos que ennoblecieron y dan sentido a la lucha y a la comunión de un pueblo en trance de alumbrar su propia felicidad hecha con la sangre y las lágrimas de tantos años de opresión. Pero ya no, ninguna réplica aquí, ningún reproche. En el recinto amplio del olvido generoso se van perdiendo los sollozos que al borde de cualquier madrugada pretérita pudo vertir una madre o el pueblo mismo que con saña se castigó, por tener la vocación de ser libre. Este pueblo que parece repetir todos los días como en aquella carta de Vallejo a Antenor: "Si no he de ser hoy libre, no lo seré jamás. Siento que gana el arco de mi frente su más imperativa fuerza de heroicidad".

Los artículos reunidos para esta publicación guardan una unidad interior y un hilo conductor que los equilibra. Aparecieron primigeniamente en *Amauta,* la revista de Mariátegui, de 1926 a 1929. En ellos hay ya una nueva" estimativa"; son el borrador de lo que más tarde sería *Pueblo-continente.* El pensamiento de Orrego que debuta poéticamente, que continúa con sabor nietzscheano en densos aforismos, encuentra en estos años el cauce que jamás torcería: su preocupación apostólica por América. Al iniciar la lectura de estas páginas –a ras que no por azar hemos titulado de *Estación primera–,* se verá que son nota singular en el quehacer humanístico de nuestro medio. Trata Antenor Orrego con vigorosa prosa y hondura filosófica la crítica, el arte y la política. Esboza una filosofía de la historia de nuevo cuño, con mensaje y esperanza. Laborioso y profético, incansable perseguidor y buceador de nuestras esencias, Orrego no perteneció en vida a cenáculos intelectuales de corte

oficial, pero bien podría decirse que fue guía y peón en dos movimientos que imprimieron nuevos rumbos: el grupo Norte de Trujillo y el círculo informal, inquieto y catequista agrupado en torno a la excelente revista *Amauta*.

Apasionado de la causa reformista como estudiante, el más tarde brillante Rector de la Universidad de La Libertad, nos brinda, en la conferencia –que hemos querido incorporar al texto por su importancia– "Cultura universitaria y Cultura popular", el sentido auténtico y la razón de ser de la responsabilidad de los estudiantes y de la conciencia del maestro hecha con una renovada afectividad; con apego por todo lo que se está forjando. Recoge, pues, Antenor Orrego, en perspectiva, la nueva dimensión educacional la que puso en el centro mismo del interés pedagógico no al maestro como en la vieja tradición, sino al alumno; a la semilla y no al surco. Fue este, como dice José Jiménez Borja, "el sentir primero del nacimiento de la Reforma en nuestro suelo y las Universidades Populares, que aquí germinaron y que más tarde encontraron campo fértil en otras tierras, son expresión de lo que se quiere entre la juventud y de lo que se puede cuando en estrecha colaboración se olvidan dividendos *y* se hace una conjunción de ideales, con fortaleza y buena fe en la razón".

En el gran mundo de posibilidades que es América, la patria que él escogió para que fuera entonado "El canto del hombre", surcada hoy como nunca por la inquietud revolucionaria, volvamos los ojos hacia nosotros mismos, "para abrir juntos –como dice Victor Hugo– el Evangelio por la hoja más augusta, la que ordena a todos los hombres amarse como hermanos". Y que sea este el imperativo "Hacia un humanismo americano" en el que las cuentas del quehacer y la pasión sean puestas en la balanza que afinará cada conciencia que juzgue, y no cada bala que ciegue. Para que al conjuro del ideal que nos alumbra, que nos comunica y hasta nos separa podamos discutir entre nosotros "una nueva posibilidad humana, realizándola".

Hace falta un sacudimiento hondo del alma popular, en esta América que como el personaje de la novela de Miró está pidiendo un alma para su alma, y la escuela será su gran instrumento plástico. Que lo digan sino los partícipes de la empresa revolucionaria de 1918, aquellos sembradores de ideales, esos maestros de veinte años de que nos habló hace poco Arturo Frondizi, presidente de Argentina, cuyos sueños, que algunos abonaron con su sangre, siguen siendo el punto de referencia de toda empresa de renovación cultural en América. Y ahí están Mariátegui, Haya

de la Torre, Raúl Porras y otros, entre los que nunca podría faltar el viejo celador González Prada.

El joven poeta nacional Claudio Saya ha querido ofrecernos para la presente edición el inspirado poema "Sócrates yacente", que leyera en el homenaje rendido al maestro Antenor Orrego en el primer aniversario de su desaparición.

Lima, 17 de julio de 1961
José Caciano Chiri

EL PERSONAJE Y EL CONFLICTO DRAMÁTICO EN EL TEATRO, LA NOVELA Y EL CUENTO

I

Ni episodio ni anécdota

Quizá parezca osada y paradójica la disconformidad de mi pensamiento con la teorización, crítica y filosófica y con la realidad artística de lo que en el teatro, la novela y el cuento se denomina *caracteres dramáticos.* Trataré de precisar en este ensayo, con toda la penetración de que soy capaz, lo que pienso sobre un asunto que considero fundamental para la vitalidad del arte.

Una advertencia previa necesaria para aclarar mis puntos de vista. Mi posición no es relativista, es decir, no considero tanto lo que se ha realizado cuanto *lo que ha debido realizarse.* Me refiero, sin duda, al arte occidental, a la actividad literaria que arranca desde la extinción de la cultura romana, cuando los germanos del norte comienzan a establecerse en las regiones mediterráneas de Europa.

La tesis fundamental *que* planteo es que el arte dramático occidental se asienta en una concepción o, mejor en una *realidad,* no precisamente falsa o errónea, sino amputada, estrecha, mezquina.

El dolor y la vida humanos están fuera de toda convención, fuera de las unidades de espacio, de lugar y de tiempo. Nunca son un episodio o una historia, son un nacimiento y una muerte que presiden las estrellas y que decretan los dioses. La tragedia moderna la hacen los burgueses desde sus gabinetes muelles, frente a sus tablas de cotizaciones y ante las posibilidades de la taquilla. La tragedia antigua la hacía Edipo mismo. Nuestro drama clásico adolece, pues, de toda la falsedad del retoricismo occidental, de toda esa farandulesca garrulería que nos advierte, pero que no vitaliza nuestros actos, ni nuestra conducta, ni nuestra vida. "El arte por el arte", concepción de juglar y de cómico. Mero *metier,* escenificación y espectáculo puro.

La acción novelesca y dramática en nuestra literatura ha sido, hasta ahora, esencialmente episódica y anecdótica. No son caracteres enteros los que ha creado el

arte occidental; son girones, fragmentos de caracteres; parcelas aisladas y descuajadas de un conjunto. Lo único entero es lo negativo, la novela de Proust en que se presenta al personaje ordinario, aquel totalmente descaracterizado.

La médula central de un carácter, su alma máter, es el destino, el sino que gravita sobre sus espaldas. Nuestro arte nunca lo ha presentado íntegro y trabado, sino que ha tendido a descomponerlo en piezas, en simples episodios desarticulados, sustraídos de su ambiente, de su hogar, de su contorno vital. Por lo general, son caracteres *anatomizados y atomizados*, polvo y átomos de caracteres.

Podemos citar, sin embargo, aciertos bastante logrados hacia un arte dramático integral en los que, por milagro del genio, se ha conservado el ambiente dramático: algunos tipos de Shakespeare, el Quijote de Cervantes, el Juan Cristóbal de Romain Rolland, algunos personajes de Pirandello.

El arte europeo ha hecho anecdótico el destino. La culpa es de esa irremediable frivolidad occidental que nos lleva hacia él por simple holganza o divertimiento insustanciales, por aturdirnos como nos aturdirnos con un espectáculo; por oficio o por acrobacia retórica y dialéctica. Nos falta la seriedad atenta, la unción estremecida del creador. No sabemos todavía lo suficientemente que el arte es un ministerio sagrado y que, a cada paso, debemos pronunciar un ardido y trascendente *fiat lux;* todavía no hemos encontrado que somos dioses y que en nuestras manos tenemos todas las potencias que actúan en lo increado.

II

Realidad y no copia, posibilidad y no repetición

Si el arte no sirve para superar y rebasar la vida, no sirve para nada. El verismo artístico no puede ser copia o calco, sino una interpretación simbolizada y superada de lo real. No necesitamos repetir la naturaleza y la vida porque es comprenderlas y ganarlas para nuestra conciencia y para nuestra sensibilidad, engendrando nuevas categorías vitales. Precisa crear la nueva posibilidad de lo humano. La realidad

es una posibilidad vencida y hecha ser y de lo que se trata es de vencer una nueva posibilidad humana, realizándola. El arte es fragua de criaturas que acaso no existan para nuestro tacto todavía, pero que son y que serán de carne y hueso cuando lleguen a infundirse en una envoltura corpórea. Quizá los héroes y los prototipos espirituales de mañana, antes de vencer su realidad extrahumana, antes de eclosionarse en un cuerpo o en una vida necesitan ser pensados y sufridos por el cerebro y el corazón del hombre. ¡Cuántos Quijotes después del Quijote, cuántos Werthers después de Werther! Si bien es cierto que ambos son de una entrañada y eterna médula humana.

Y ese misterioso trasvasamiento de lo increado a la forma visible y palpable o, por mejor decir, a la realidad sensorial, es no solo espiritual y ético, sino también plástico y pictórico. Algo hay de evidente en aquello de que la silueta del cuerpo humano varía en cada época, en cada grado de civilización y en que es pensada y realizada antes idealmente por los artistas. Es preciso restablecer para el arte, de una manera consciente, esto es, *sabida,* esa potencia o capacidad procreadora que se nos antoja, con frecuencia un delirio imaginativo, porque nuestro raciocinio solo se puede mover con certeza en los planos inferiores o físicos.

El hecho de la vida, es decir, la eclosión morfológica en lo que respecta al hombre, es apenas una categoría, la más sensible o perceptible, pero no la vida en toda su rica integridad. El pensamiento y el arte, el impulso vital que palpita dentro de ella, son una anticipación a la forma fisiológica, a la percepción de nuestras pupilas o de nuestro tacto.

III

Libertad y fatalidad

Nuestro arte no ha hecho sino crear muñecos porque ha trocado en episódico y anecdótico el destino. Libertad y fatalidad son los elementos primarios de un carácter. Los artistas occidentales han pecado por defecto y por exceso, han sido unos *ratés* del arte, no han acertado a dar en el blanco. Personajes cargados de libertad

hasta la anarquía y la dispersión caótica. Personajes cargados de fatalidad hasta la petrificación y congelación espirituales. Personajes inflados de aire, vacíos, ingrávidos y descarnados como peleles, flotantes como pompas de jabón. El carácter es ajuste orgánico de libertad y necesidad, acoplamiento sincrónico y gravitante. No puede haber conflicto dramático sin plenitud de caracteres, sin plenitud de destino. El hombre es trágico porque a la vez es libre y limitado. Hace su dolor y su dolor lo hace, fatalmente. En el arte griego se pecó por fatalidad. El hombre era esclavo de los acontecimientos que le conducían atado hacia su condenación o su felicidad. En el nuestro, es esclavo también de su libertad, que le arrastra y le hace trizas en la dispersión.

Es preciso ir hacia un arte dramático integral en que el carácter esté presidido por el destino, el cual es libertad y determinación. Libertad y determinación no se dan sino dentro de su ambiente y de su contorno vital. El ambiente dramático ante todo, íntegro y no cercenado, en episodios y en anécdotas. El ambiente no cabe en las unidades de lugar, de tiempo y de espacio, tampoco cabe en las bambalinas y tramoyas convencionales de nuestro teatro o de nuestra novela. Para renovar el teatro hace falta libertad del personaje de la tremenda carga que arrastra sobre sus hombros. Libertarlo de todo lo convencional, pegadizo y extraño a su esencia vital: de la *mise en scéne,* del *savoir faire* y del *métier* del oficiante. Especialmente, el teatro francés que se ha reducido en gran parte al juego escénico y a la habilidad del autor.

Y sobre todo, acción, impulso dramático y envolvente. No intriga, ni trama, sino personajes, personajes que generen acción espiritual, vida interior enérgica y reveladora. El *Peer Gynt* del inmortal noruego y algunos personajes de Dostoiewski son los prototipos de lo que hemos alcanzado, como dinamismo vital, en nuestro arte de Occidente.

Amauta, año I, nro. 1, pp. 9-10, Lima, febrero de 1926.

EL CANTO DEL HOMBRE

I

Vida

Vive en conocimiento, en amor, en dolor y en belleza sin pretender eludir, por jamás de los jamases lo inalienable de tus responsabilidades.

Solo tú, tú mismo en individuo y no en grey eres la inexorabilidad armoniosa de un orden. Preexistente para tu destino; libre para tu armonía.

No serás cobarde para el pecado; tampoco lo serás para la virtud, porque esta no escala sus cimas sino con el pecado. Haz tu virtud y tu pecado con todas las morales.

El pecado es el riesgo moral y, es menester, correr el albur de todos los riesgos.

Tú eres según tu destino: es necesario que alguna vez no seas según tu libertad...

¡Solo a este precio serás!

II

Conocimiento

Todo está hecho para conocer y para que lo conozcas. Que la audacia de tu pensamiento se levante sobre la majestad y la reverencia de los dioses.

Cada día las cosas están abriendo su seno, y no es al apocamiento de tu corazón ni a tu pupila temerosa que rendirán su esencia, su latido, su ritmo y su sabor.

Que la palabra te sirva de instrumento y nada más que de instrumento. Vaso peligroso es si no la matas en el momento mismo que nace. Ánfora letal es si no la desgarras en el instante en que tu idea sale del parto.

Esta debe devorarla, como aquellas hembras de algunos insectos que se comen a su macho en el trance mismo que se produce el paroxismo de la procreación.

¡Que la audacia de tu conocimiento exceda a tu verbo y al verbo de los dioses!

III

Amor

Sal en busca del amor y no te asusten ni las cortesanas.

Fuerte con tu simplicidad entrégate, desarmado y en plenitud a lo que, siendo bajo, te parece alto.

El ojo de una estrella en el fango brilla mejor y tiembla con no sé qué divina revelación de altura.

Amigo, hemos de caminar este camino y cuidado con que receles demasiado y seas temeroso, porque, entonces, la lágrima no sanará jamás y tu corazón se secará para siempre.

Una y otra vez, acepta la suerte y sal a la aventura. Al fin llegarás a tu esposa, compañera de tu tálamo y de tus ansias inmortales.

¡La virgen no será para ti sino a condición de que hayas dormido en los lechos impuros, como un confiado y generoso león que se amputa las garras y ofrece, en la mano, las entrañas ardidas!

IV

Dolor

No busques ni eludas el dolor.

Acepta tu lágrima y tu alegría con aquella serenidad con que las montañas aceptan la sequía y la lluvia.

El gozo pleno es después de la plenitud del dolor. El varón fuerte no quiere las medias penas, ni las medias alegrías.

Debemos tener el coraje de gozar nuestra grande alegría porque la grande alegría trae también el grande dolor.

Sé sereno y desesperado, pero que tu desesperación traiga tu esperanza y que tu serenidad traiga tu desesperación.

Tu corazón no ha de olvidar el pasado porque el recuerdo constata tu depuración dolorosa y hace tu justicia; pero que tu corazón, desplegadas todas sus fibras, se adelante siempre al porvenir.

V

Belleza

Y realiza tu armonía en la belleza.

Varón estético eres, es decir, expresión de lo divino, centella de Dios, emanación de lo infinito.

Cumple el fin de tus fines llegando a los hombres, y a los animales, y a las cosas, y a las apariencias, y a los soles, y a las eternidades como si fueran –que lo son– hermanos tuyos.

Tu estética es la depuración de tu amor, porque solo ella señala la categoría de tu corazón. Alcanza tu categoría, hermano, porque el Universo está ávido de saber quién es, en ti o en los tuyos. Aquel: hombre, pájaro, león, lobo o montaña.

¿No sabes quién eres? Pues debes serlo por tu corazón, por tu esperanza, por tu pensamiento, por tus pasos y por tu palabra.

¡Así habrás expresado hombre, pájaro, león, lobo o montaña, la esperanza de toda la tierra en la categoría de tu corazón!

VI

Religión

Y ya que tienes la categoría de tu corazón, estarás a un paso de Dios. Le verás, le pensarás, le conocerás y le amarás.

Las cosas, los sentidos y las objetividades serán los trampolines de tus pasos. Habrás arribado a la cima de los Cristos y de los Franciscos, a esa cesárea miel que envuelve al mundo y a los pecados del mundo en un efluvio de dulzura.

Y hasta la piedra misma tendrá un temblor místico; y hasta la arcilla, donde fermentan las gusaneras y hierven las podres, se tomarán en la axila caliente de sus eternidades.

¡Y hasta el vientre de la mujer, asiento de tus turbulencias y de tus concupiscencias, que encandila tu carne y tus sentidos, santificado será porque de su fuente brotarán las generaciones y las greyes, lustralizadas y purificadas por el amor!

Así, hermano, habrás alcanzado a materializar el espíritu hasta tocarlo; y a espiritualizar la materia, hasta soñarla.

¡Y entonces, que la paz, la religión y la categoría de tu corazón estén contigo!

Amauta, año I, nro. 2, pp. 3-4, Lima, octubre de 1926.

APUNTES PARA UNA FILOSOFÍA O INTERPRETACIÓN DEL PENSAMIENTO

El error de la filosofía

El error capital de la filosofía sistemática ha sido valerse de la razón para construir conceptos, cuando la razón es instrumento para suscitar o transmitir intuiciones. El concepto es muerto y por eso una petrificación del pensamiento desde que se formula; en tanto, que la intuición es viva y es siempre una fluencia en aptitud de realizarse o verificarse constantemente.

Lo que comúnmente se llama filosofía es el aparato o encadenamiento de razones o de conceptos para expresar una intuición o conjunto de intuiciones. Pero la filosofía no es eso, la filosofía es la intuición misma que ilumina o aclara un sector de la vida o el cosmos.

La filosofía o la intuición de un hombre nunca se gasta o envejece, lo que se gasta es su expresión racional o conceptual que es debida a la circunstancia o a la época en que se produjo. Las llamadas contradicciones de las filosofías, es decir, las intuiciones que no se contradicen nunca, se integran en razón de que cada una de ellas se incorpora al acervo del conocimiento humano y son eternas como la verdad que revelan.

Pondré un ejemplo citando las dos intuiciones sobre unidad y multiplicidad del Universo. La simple formulación racional ya establece de hecho una contradicción verbal evidente y esta contradicción se produce porque desviamos a la razón de su actividad funcional. Tomamos la razón como la intuición misma cuando es mera conductora de ella.

Si al estudiar o comprender una filosofía fuéramos directamente a la intuición o intuiciones que expresa sin curarnos de su expresión racional o, mejor, asignando a la razón su mero papel de vehículo, llegaríamos a la armonía integral y jamás a la contradicción.

La función de la razón

No se trata del desplazamiento de la razón en el proceso que sigue la inteligencia hacia el conocimiento. Se trata, más bien, de rehabilitarla hacia su verdadera y propia

función conductora, hacia su ejercicio *vehicular,* si me es permitido el adjetivo.

En efecto, la razón en la filosofía occidental ha excedido con frecuencia su virtualidad legítima para confundirse con el conocimiento o con el pensamiento mismo. La razón es vehículo expresivo, es vestimenta, es instrumento del pensamiento y nada más. Es la mediadora que lo humaniza, lo transmite, lo moviliza a la conciencia de los hombres.

La razón cambia y se transforma con las culturas y con las épocas; es la gran adaptadora, en tanto que el pensamiento permanece el mismo en su esencia, aunque sea distinta su vestimenta o envoltura racional.

La razón no vale por sí misma, vale por el pensamiento que moviliza. La razón conduce la verdad, pero no nos conduce a la verdad. Razonamos para transmitir el pensamiento, pero no para encontrarlo o percibirlo.

Cuando hemos encontrado una verdad, encontramos razones para expresarla pero nunca llegamos a ella razonando si nuestro espíritu no la ha percibido directamente. Las razones más sutiles no nos convencen de nada si somos incapaces de descubrir y comprender determinada verdad. La lógica es una ordenación para expresar bien un pensamiento pero nunca para crear o descubrir el pensamiento.

Elastizamiento o dilatación del concepto "razón"

Es preciso considerar la razón ya no solo como simple instrumento especulativo, cual se ha considerado hasta ahora en la filosofía, sino como instrumento de expresión vital e histórica que se desplaza fuera de la conciencia del hombre. Tal vez esto llegue a escandalizar a cierto puritanismo de la filosofía doméstica y profesional, pero no encuentro otro término más adecuado y apto para expresar esta idea.

Tan razón es una catedral gótica del pensamiento gótico, porque es un símbolo, como la reminiscencia que Sócrates pone en el *Fedón* como una de las razones de la inmortalidad del alma. Nuestras razones son los símbolos de nuestros pensamientos porque los expresan, los revelan a los otros. Del mismo modo, el aeroplano, los estadios deportivos, la radio, la filosofía pragmática y vitalista, el ideario social y el

periodismo son las razones que expresan el ideario contemporáneo.

Hasta ahora se ha dado carta de naturaleza a la razón subjetiva, a la vestimenta que sirve de envase transmisor a nuestros pensamientos que no llegan a objetivarse morfológicamente, a nuestro conocimiento que se organiza en un sistema o en alegato o argumentación.

Es preciso restablecer a la razón en su plenitud funcional. La construcción de un puente, de un edificio o de un aparato mecánico es la revelación de un pensamiento o una serie de pensamientos y, por lo tanto, la presencia morfológica de estas obras es la razón del pensamiento que las concibe y las realiza.

La rutina nos ha acostumbrado a considerar a la razón como una existencia únicamente verbal, amputando su realidad, cuando ella es más dilatada y rica. Sin el puente o el aeroplano el pensamiento que lo concibió no se transmitiría en toda su viva realidad. Ellas son las razones de los pensamientos que los conciben porque son sus vehículos transmisores. La razón tiene pues una función tanto sugestiva y verbal como morfológica física y táctil.

Registrado el error capital de la filosofía, determinada la función expresiva de la razón y dilatado el concepto ordinario de esta última, no queda sino examinar el pensamiento como historia, el pensamiento como ética, el pensamiento como estética, cada uno de los cuales será objeto de capítulo aparte.

(De *Helios,* libro en preparación)

(*Amauta,* año I, nro. 4, p. 17, Lima, diciembre de 1926).

RACIONALISMO Y REVOLUCIÓN

Lo que mejor denuncia al pensador nato no es tanto su facilidad para moverse entre categorías puras que, a la postre, es solo gimnasia lógica, sino esa su capacidad para ascender de la circunstancia o anécdota cotidiana hacia la categoría especulativa. Es decir, esa facultad casi divina de arrancar al pensamiento de la sucesión cronológica, del acontecer, del tiempo en una palabra.

Este es, precisamente, el espíritu socrático, juego ágil de la mente que descubre en las cosas vulgares su unidad última, su ritmo secreto, sus valoraciones eternas, en conformación universal.

Crear pensamiento no es crear sistemas sutiles, desplazados de toda palpitación cósmica, sino descubrir las categorías inéditas que nos revelan las esencias de las cosas y de los sucesos; colonizar para el conocimiento zonas inexploradas de la sabiduría en estado de *res nullius.*

Esta atenta curiosidad de la mente, a la que antes aludimos, es la sabia posición socrática frente a la vida y el universo. No es la razón pura y deshumanizada que se alza como conductora de la vida; es la realidad fluyente categorizada que busca razones nuevas para expresarse y plasmarse como superación vital.

Creo que la docencia académica y universitaria nos ha dado un Sócrates falsificado y subvertido. El héroe de la cicuta no murió racionalizando la vida, sino vitalizando la razón, que es radicalmente distinto. El hombre que cercano ya de la muerte se ocupa de aprender en la flauta una melodía nueva para morir sabiéndola no puede ser el esclavo de la razón sino su soberano.

La razón raciocinante nos lleva a la utopía o, lo que es lo mismo, a la esterilidad o a la locura. La razón vitalizada que tiene sus raíces en la fluencia de la realidad nos lleva a la fe, es decir, a la heroicidad porque conforta nuestra esperanza.

La razón pura florece mejor en el manicomio porque el loco está desprendido de toda realidad vital, porque su cerebro no reacciona sobre la objetividad del ambiente, porque su razón es la máxima agravación de una subjetividad cerrada, porque es impermeable a todo estímulo objetivo. Sócrates no fue un

alienado que almenó su razón en una subjetividad indeclinable y señera; fue el héroe típico del pensamiento que supo darse pródigamente al mundo y que buscaba en su cerebro y en el corazón la persecución incesante y fecunda de su contorno. Por este camino llegó a la pulsación plena de su propia intimidad y, sobre todo, a la sellada intimidad de los demás, esto es, del hombre.

Conviene por higiene mental lograr esta distinción con toda claridad posible. Cuando se llega a ella, ya no se confunde tanta marquetería razonante, –que solo ha servido y sirve para nutrir las listas bibliográficas, de la filosofía sistemática–, con el pensamiento auténtico que sirve a los designios perennes de la vida.

Hay una cierta voluptuosidad del pensamiento por el pensamiento mismo que no le importa gran cosa la verdad y, por lo tanto, la sabiduría. Esta voluptuosidad suele darse en épocas esencialmente racionalistas en que el hombre se embriaga con el maravilloso juego de las ideas puras, con el primor deportivo del ejercicio dialéctico. Mera destreza o virtuosismo lógicos. Esta posición por muy desinteresada y alta que sea, es siempre una voluptuosidad, un sentido hedonístico de goce que no es otra cosa que egoísmo negativo y vano de la inteligencia.

La escolástica fue, en cierto respecto, esta voluptuosidad. Esta habilidad dialéctica consumada fue la subversión de la razón contra los sagrados imperativos de la vida. El pensamiento perdió su función vital para convertirse en opresor y deformador del espíritu. La escolástica es el pensamiento deshumanizado que ha perdido el sentido de su límite vital y que se ha disparado fuera de su contorno ambiental, donde residen todas sus posibilidades humanas. Dejó de ser un simple instrumento de la vida para convertirse en su tirano. El medio o vehículo pretendió trocarse en un fin en sí mismo.

La vida no se transforma desplazándose hacia la pura racionalidad que solo crea entelequias muertas. La vida se transforma y asciende categorizando las realidades palpitantes.

Categorizar no es deshumanizar arrancando al hombre de la atmósfera vital donde respira. Categorizar es eliminar la escurraja del hecho efímero y alcanzar la posibilidad humana de una perfección nueva sin deformar la auténtica e inalienable efigie del hombre.

Un esclarecido pensador español ve el ocaso de las revoluciones en la ausencia de un pensamiento racional. La racionalidad pura no es revolucionaria; es utópica y estéril. Las revoluciones no son tales por su pura racionalidad, lo son por su fuerza vitalizante y renovadora.

Declarar la caducidad de las revoluciones es declarar para siempre la caducidad de la historia y del hombre como criatura ascendente. Nada revela más la fatiga espiritual de Europa que este pensamiento que empareja o hermana la pura racionalidad con la revolución.

Solo un cerebro estrictamente lógico, producto de una cultura exhausta, desprovista de intuición vital e incapaz ya de desinteresada observación directa de la historia puede llegar a semejante conclusión negativa.

La pura racionalidad no es revolucionaria, es conservadora, estática y reaccionaria, porque exige de la vida un imposible, es decir, una deshumanización, una dislocación epiléptica, una deformación monstruosa. No hay mayor enemigo de la revolución que la utopía. Los más grandes revolucionarios fueron siempre mentes lúcidas, nombres que han estado con los pies bien plantados en la realidad de su época, espíritus profundamente prácticos de un eficaz y penetrante sentido político.

Esta posición negativa de muchas mentes europeas, denuncia a las claras el colapso en que ha caído Europa, que se siente cumplida y realizada ya, como si se hubiera cerrado definitivamente el ciclo de su destino, sin porvenir ni esperanza posibles. Algo tiene que hacer Splenger en ello. Es el alma desencantada de la Europa postbélica, de que tanto nos habla; y desencantada, no por exceso de pensamiento vitalizante, sino por exceso de racionalidad pura y entelequica.

La revolución no abstrae ni pasma las perfecciones nuevas sino que las vive, las incorpora y las mediatiza en el porvenir, las lucha y las conquista. La razón para no extraviarse ni extraviar al hombre debe incorporarse en una recia encarnadura humana. Fuera de ella se desvitaliza y desvitaliza la realidad. Debe criarse en el ánimo del hombre y en el hálito del mundo. Debe ser, ante todo, historia humana y no desglose o violencia frenética de la vida.

(*Amauta*, año II, nro. 6, pp. 1-2, Lima, febrero de 1927).

AMERICANISMO Y PERUANISMO

El carácter del arte racional y, sobre todo, de la literatura que la crítica al uso ha definido y hecho circular, está asentado sobre un equívoco, sobre el equívoco del peruanismo. Peruanismo literario nunca lo ha habido después de la Conquista, ni puede haber en el porvenir.

El único peruanismo de que se puede hablar y que corresponde a una realidad efectiva y privativa es ese peruanismo retrospectivo de las culturas incaica y preincaica, que no pueden tener ya para nosotros sino una virtualidad arqueológica, una virtualidad de pinacoteca y de museo. Hasta cierto punto este peruanismo ha contribuido, en gran parte, a que quedara soterrado, por mucho tiempo, el auténtico y vivo americanismo de hoy que está en plena fluencia. Gentes han habido y las hay aún que piensan que el secreto en un arte nacional se encuentra en las huacas y huacos de la civilización indígena. Tácita o expresamente se propugna la vuelta regresiva hacia edades definitivamente muertas. Se olvida que hemos avanzado algunos siglos y, sobre todo, que hemos pasado por la cultura occidental. El arte no desentierra momias ni se alimenta en los hipogeos o lozas funerarias; procrea formas y realidades nuevas. El arte incaico, así como todas las antiguas culturas americanas, puede ser un fermento, pero nunca un factor exclusivo y determinante de la nueva cultura. Se pretende el absurdo de resucitar el pasado remoto para realizar el porvenir. La vida ascendente y superior no es una repetición o regresión; es siempre una continuidad. Del pleonasmo europeo queremos pasar al calco regresivo y barbarizante del espíritu incaico.

Los escritores nacionales cuando más directos eran, es decir, cuando más directamente se acercaban a la realidad del ambiente, han reflejado la Colonia, remedo de España. Cuando no, reflejaban, desvitalizados, el arte y el pensamiento europeos que en sus manos se aldeanizaban y se deformaban. El Perú era y ha sido siempre una sucursal ultramarina de Castilla. Una sucursal que era un pudridero, un osario hispánico.

Da grima ver cómo se rebaja el ejercicio intelectual, los valores más finos de la cultura europea o peninsular en manos del criollismo dicharachero y zandungue-ro, para usar uno de los vocablos populares que mejor lo definen. El colonialismo

se denuncia y trasciende sin remedio. Se trata de una versión de segunda mano, ad lítteram, del estilo y la manera de los clérigos y de la chulería y majeza españolas. Si había una realidad vernacular era la tragedia del indígena frente a la injusticia y a la insolencia del conquistador y del mestizo, pero esto era general en toda América y no privativo del Perú.

Tampoco creo posible la creación de un arte exclusivamente nacional en el porvenir. Las diferencias nacionales entre los diversos pueblos indoamericanos son tan pequeñas y mezquinas que no pueden generar artes y literaturas independientes con ritmo singular o acentuación propia. Creo, sí, en un americanismo como reflejo de la nueva América que está naciendo. Creo en una nueva cultura con valores propios y universales, valores que comienzan a vislumbrarse y que servirán de integración al espíritu humano. Creo en una visión y una emoción cósmicas iniciales que son privativas de la nueva raza y que han principiado a articularse estética y filosóficamente.

Hasta hace poco América ha sido el pudridero y el hipogeo de Europa. No es preciso tener muy fino el olfato para percibir la descomposición del cadáver. América era el calco servil, la desvitalización, el ademán simiesco del modelo. Basta echar una mirada de conjunto para percatarse cabalmente. El ambiente sepulcral es incuestionable.

Pero como ocurre siempre en los vastos procesos vitales en medio de esta descomposición estaba sedimentándose, soterradamente, el espíritu nuevo que comienza a aflorar en una contextura estética, que aflorará más definitivamente a través de los siglos y, acaso, de los milenios futuros.

El americanismo que América ha cultivado ha estado fundado en un equívoco semejante al del peruanismo, en una ilusión óptica, en un espejismo. Ha sido ese americanismo de exportación de que he hablado en otras ocasiones. Americanismo epidérmico y verbal, alusivo externamente a las peculiaridades geográficas, a la fauna y a la flora del continente. Exotismo de Baedecker que complace a los paladares estragados; que llega, a lo sumo, a lo decorativo escénico, pero que siempre es mera gesticulación dentro de una expresión estética ajena.

Para citar un caso concreto de entre muchos, señalaré a Chocano, que se ha llamado y se llama el "Poeta de América", pero que no es sino una alusión verbal,

una alegoría y una geografía de la historia de América. Es el gesto, el ademán y el golpe escénicos. Realiza, a veces, un parnasianismo descriptivo y brillante que acaba de determinar la confusión de consolidar el equívoco. La simple alusión alegórica de la mera versión verbal o fotográfica de las formas objetivas de un territorio no constituyen nunca un arte privativo. Las formas objetivas por sí solas no expresan nada, están muertas si detrás de ellas no hay alma, si ellas no son el vehículo de una visión y de una emoción de la vida y del Cosmos. Las formas de la naturaleza cobran un sentido cuando el hombre pone en ellas su drama anímico, su pensamiento personal o racial que las traba y las integra en un conjunto cuando constituyen el símbolo de un espíritu colectivo. Esto no quiere decir que Chocano carezca de valores estéticos. Lo que quiero expresar es que carece de auténticos valores americanos; los suyos son valores hispánicos o europeos, malgrado el equívoco americanista.

Los pueblos americanos están llamados a formar un vasto bloque racial, con una cultura y un pensamiento de conjunto y nunca con artes exclusivos y nacionales. Pretender un peruanismo, un argentinismo o un chilenismo en el arte es sencillamente necio.

Carecemos de tal manera de la experiencia de un arte privativo que aquello que más nacional nos parece; no lo es precisamente de una manera intrínseca. Primero nos pareció nacional la Colonia que no fue, como he dicho, sino un mal remedo hispánico. Ejemplo, Ricardo Palma, a pesar de su talento literario. Después lo nacional fue la simple alusión geográfica o histórica, la impresión visual de territorio. Ejemplo, Chocano.

Es preciso establecer una nueva valoración estimativa para apreciar lo nacional que es, a la vez, lo americano. Lo americano sustancial está e irá expresándose en la literatura, en el arte, en el pensamiento nuevo. La crítica habrá de revelarlos y definirlos a medida que se produzcan. La tarea es inmensa como es inmensa toda tarea inicial de una nueva tarea. Pero es evidente que comienza a realizarse un fuerte americanismo en la obra de las nuevas generaciones. La descomposición de Europa en América ha terminado o está por terminarse y comienza a surgir una estructura mental y emocional auténticamente americanas. No creo pecar de optimista o de iluso porque los indicios son harto evidentes.

Continente joven se ha llamado a América, que ha sido hasta hoy, como lo repito pudridero de Europa. Todas las decadencias y vicios europeos pasaron el mar para descomponerse y morir por desnutrición, por debilitamiento. El espectáculo de América desde el descubrimiento hasta ahora ha sido el espectáculo de la vejez y de la desintegración. Ha hecho bien Baroja y ha dicho verdad llamándole el "continente estúpido" que nada ha creado para la civilización humana. América por muchos siglos aceptó su pupilaje infamante que no hacía sino repetir mal los pensamientos del caporal europeo. Se necesita ser un héroe para sumirse en la lectura de los mamotretos literarios americanos que tienen un sabor a hoja seca, a hoja exprimida de todos sus jugos vitales, a escurraja residual o broza insípida y atosigante.

Vuelvo a decir que América ha sido solo un tópico retórico para discursos y conferencias de paraninfo. Ella ha sido un mero accidente de calendario que marcó Colón al tropezar con ella en su viaje a las Indias.

La juventud de América comienza realmente hoy que está dando un nuevo hombre, producto transfundido de la raza autóctona y de todas las razas del mundo que vinieron a sus tierras acrisolantes a fundirse en un amplio abrazo humano. La raza primitiva y las invasoras han muerto o están agónicas y se está generando la progenie americana que no es ninguna de ellas sino que es un tipo o producto nuevo. Así se explica que la vida del nuevo continente haya estado en suspenso y que su historia no haya sido sino una vejez que se eclipsa, un lento morir secular de las otras razas. Por eso no han sido posibles un arte, una ciencia, una industria, una política americanos.

Nos encontramos en un periodo de transición, en que irrumpe este impulso moceril que reclama su puesto en la vida del mundo. Mientras que la vieja América lanza truenos dolidos y nostálgicos por la extinción de la vieja vida que le impuso Europa, la joven América apresta el brazo, el cerebro y el corazón para construir la nueva y potente vida que le reclama su destino histórico y su grandioso rol humano. Ahora se puede hablar ya de la juventud de América como un hecho vital y no como un mero accidente para uso retórico. Pero, sobre todo, no hay que olvidar que dentro del espíritu de América, lo nacional, restrictivo y negativo de cada país no cabe; lo nacional es lo americano.

(*Amauta*, año II, nro. 9, pp. 5-6, Lima, mayo de 1927).

ARTE VITAL

Hay muchas artes poéticas, ¿por qué no ha de haber un arte vital?

Estancia I

Me declaro enemigo del pensamiento puro: del pensamiento superfluo que no tiene más valor que un escueto valor especulativo.

El pensamiento es instrumento de la vida y, por ende, no puede excluirla.

El hombre piensa para comprender, y comprender es superar. Cosa comprendida es cosa superada.

La imperfección se vence por la acción y esta no puede verificarse sin antes haber sido pensada.

Si el pensamiento no sirve para superar y mejorar la vida, ¡abajo el pensamiento!

Cada vida, cada partícula de vida no es sino un pensamiento y cuando este cesa, cesa aquella.

Es preciso elastizar o amplificar el sentido de utilidad. La utilidad materialista, la utilidad utilitaria o sajona nos ahoga. Filosofía de establo; cárcel demasiado estrecha para el espíritu.

Es útil todo lo que sirve a los fines o al designio de cada ser. En este sentido, el amor, el arte y el pensamiento son tan útiles como el dinero y el alimento.

Elasticemos, también, el sentido de interés que anda rebajado y vergonzante.

Cada ser tiene sus intereses propios, según el "contorno" que sirve de receptáculo a su vida.

Hay intereses de toda jerarquía: altos y bajos, mezquinos y generosos. El interés es un valor vital como todos los demás valores.

La vida no es nunca desinteresada, lo desinteresado es lo muerto.

La vida está cargada de intereses.

Estancia II

Acabemos con la petrificación de la palabra.

La palabra no es sólida sino líquida como el agua, y como ella debe fluir.

Es más: es gaseosa, y nunca debe perecer en el significado. La palabra no *significa* sino que se la hace *significar.*

El yeso no vale como yeso, pero vale como fachada, hija de la imaginación y del capricho. Es decir, hija del Espíritu. Vale como mil, como millones de fachadas.

Hasta ahora hemos asesinado a la palabra, hablándola. Es preciso que la vivifiquemos hablándola, es verdad, pero, sobre todo, entendiéndola.

El diccionario es solo la osatura del vocablo, el espíritu lo posee y lo insufla el artista.

Tratemos la palabra como un espíritu.

Hemos hecho algebraica la palabra, matándola de esta suerte. La hemos fijado en uno de sus gestos. Es preciso resucitarla espiritualizándola, haciéndola gaseosa, lista para cualquier plasmación.

Amor no significa nada por sí. Significa cuando el corazón que la musicaliza y el cerebro que la piensa pone en el seno de ella un ímpetu estremecido.

Si cada palabra fuera una fórmula matemática, nunca podríamos rebasarla; nunca podríamos expresar ideas o emociones nuevas.

En el principio el verbo fue de Dios, pero el hombre se olvidó de que lo fuera y lo corrompió haciendo con él fórmulas o anaqueles. Nacieron entonces los diccionarios y las academias de la lengua.

La palabra fluye, pero jamás fija.

"Fija, limpia y da esplendor" no es sino una trampa o cebo paradójico, porque lo que está fijo no esplende porque carece de vibración, porque está muerto. Esplendor es vivacidad, fluidez, cambio, generosidad.

Jóvenes: haced vuestra palabra gaseosa, porque vasos sólidos solo podéis hacer con arcilla.

Con palabra solo se hace espíritu y pensamiento.

Una cosa hace falta: *gasificar* la palabra. Es decir, vitalizarla.

El dogma es sólido, pero la sabiduría es gaseosa.

Poned la palabra al servicio de la sabiduría.

Estancia III

Varón o hembra, es preciso que te expreses. Para eso has nacido.

El ojo de Dios te vigila. No hay como echarse a la bartola.

¿Tú crees que el sol se oculta cada tarde y que la aurora se desgarra cada mañana para que tú sigas pegado a la roca de los parásitos?

Debes saber que no habrá más crepúsculos y que tampoco habrá más auroras si no arrojas los pies y las alas hacia el camino.

Dios no puede quedarse en ti petrificado. Por eso debes seguirle con los pies de tu carne y con los pies de tu alma.

Y este debe ser el sentido de tu goce: sentido del camino. En el ser no hay más que camino. Sin camino no hay sol que duerma cada noche; no hay tampoco cada aurora que despierte cada día.

La parada tiene su castigo eterno: desandar lo andado y andar de nuevo. Todo camino es inexorable para nuestros pasos.

Dios no parece oneroso, pero lo es. Lo cargas sobre tus espaldas. No hay más responsable que tu espalda.

Puedes no sentir la carga, si quieres, porque eres libre; pero volverás una y otra vez a comenzar tu destino.

La carga gravitará siempre sobre ti para que llegues a sentirla hasta la matadura. Solo entonces serás responsable.

Desde la cima de la responsabilidad ya será posible que vislumbres tu estética y tu ética.

Entonces habrás alcanzado a expresarte.

Tú eres camino y tu camino es expresión.

Estancia IV

Expresado o cumplido ya, en tus múltiples responsabilidades, habrás finalizado tu ciclo militante pero, a la par, que te expresas habrás de enseñar o adoctrinar ¿qué es lo que expresas?

Tu vida es grande porque es simultánea. Simultánea en su expresión y en su enseñanza.

Entonces entra en función tu libertad y tu bondad.

Es perentorio que conozcas tu mensaje para enseñarlo. Es preciso por ello que tu conciencia asuma el señorío de tu destino y de tu mensaje.

Todos los seres y el mundo lo están esperando. Dios se revela por ti mismo y en ti mismo.

Te sentirás sagrado y humilde a la vez. Revelas y te revelan. Enseñas y te enseñan. Eres profesor y discípulo.

Estancia V

Varón o hembra, destierra para siempre la mentira, tuércele el cuello como a la elocuencia.

No podrás nunca expresarte ni enseñar mintiendo.

El mundo te pide, a gritos, lealtad. Nada más antivital y antidivino que la traición.

Si te traicionas, te defraudas a ti mismo y al universo entero.

Tu armonía es lealtad y concordancia.

No rompas el anillo cósmico que ciñe tu vida individual.

Dios no gravitará sobre tus espaldas si gravita la mentira. Has que tu responsabilidad gravite sobre la fluencia de tu ser.

Tú eres camino, tu camino es expresión, tu expresión es enseñanza, tu enseñanza es responsabilidad.

Estancia penúltima

En un "arte vital" nunca se puede decir la última estancia porque esta solo se dice en la hora de la muerte.

(*Amauta*, año II, nro. 10, pp. 49-50. Lima, diciembre de 1927).

DIOS ENCADENADO[1]

El hombre es un Dios caído porque sabe el mal, porque es capaz de pensarlo y de reconocerlo. Conoce la justicia y la conoce solo a través del mal, por el camino de la injusticia. Lo negativo y lo finito le hacen concebir lo positivo y lo infinito. Conoce la sustantividad únicamente por medio de lo objetivo y contingente. En esta alternativa trágica reside, quizá, toda la grandeza y profundidad de la tragedia humana. El nombre entrevé lo absoluto y la categoría pura solo a través de lo relativo y del accidente.

Este ser de eternidad que solo la percibe a través de lo transitorio y huidizo está colocado, como una membrana vibrante y dolorosa, como una cuerda cálida y sensible que registra todas las conmociones ciegas del Universo, entre lo infinito inmutable y lo finito perecedero.

Ser de eternidad a cada instante se afirma y, también, a cada instante se niega.

Lo efímero le sirve para conocer y aspirar a lo inmutable, que no alcanza; y lo inmutable para despreciar lo efímero, del cual no se libra.

Todas las categorías éticas y estéticas de la vida solo se alcanzan por sus negaciones, sin las cuales el hombre no las comprendería.

Así tiene conciencia de sus limitaciones insalvables, pero, también, de sus potencialidades infinitas. Y así este orgulloso rey de la creación, este Dios caído, vive sangrientamente estremecido, con un calcaño en lo absoluto y otro en lo perecedero. Es el precio y la condición de su inteligencia, precio y condición tremendamente trágicos.

En cambio, el animal, sin el alto pensamiento humano que comprende y alumbra las categorías eternas, vive tranquilo y de acuerdo con su norma y con su ley. Ser de la sucesión y de lo transitorio; ser sin justicia, ni injusticia; ser dado íntegramente a su mundo y a su instinto: que desconoce el bien, que ignora el mal, que no sufre ni goza, que no se ilusiona ni espera.

[1] Nota del editor de la revista: la colaboración que para este número de *Amauta* nos envía Antenor Orrego, uno de nuestros más queridos compañeros, nos ofrece ocasión de testimoniarle públicamente a solidaridad del grupo de escritores y artistas reunido en esta revista, ante la violencia zoológica con que lo ha ultrajado en Trujillo el filisteismo aldeano.

Ser que no se desplaza jamás de su paisaje, ser que no va ni viene, ser que se entrega a su vida como Dios manda, bien trabado y concordado, bien encajado en su necesidad, que nunca se traiciona; en el que todo está cumplido sin más acá ni más allá.

Es la campanada justa, la vibración exacta, la medida colmada de su ambiente; ser simplicísimo y natural en que la norma del Cosmos jamás se deroga; ser sin corrupción y sin santidad, sin el orgullo de su destino y de espaldas a todas las trascendencias. El presente sin mañana y pasado; el hoy sin derrota y sin esperanza, la membrana pasiva que se llena del don de la vida, la esponja del instante, la existencia de su canon natural, de su ley y de su medida, para quien todo está pesado y justipreciado y para quien todo está como está.

Ser enclavado en su serenidad, ser que gravita en el sencillo alcance de sus pupilas y cuyos pasos carecen de intenciones encendidas; ser que no traspasa el velo maya, agarrado a la rotación de las cosas, prendido a la rueda mecánica del fenómeno. ¡Ser de episodio sin historia; ser de absoluta conformidad!

¡Dan ganas a veces de ser un buen animal de Dios plantado en su vida simple, sin anhelo, sin bondad y sin malicia; pero ¡no! gritan mis entrañas ardidas, pero ¡no! grita mi corazón, estremecido con las resonancias del mundo de las esteras!...

Pero ¡no! vuelvo a gritar con el trágico grito de Kierkegaard y acabo la canción "Esperando desesperado".

¡Porque me desplazo hacia lo absoluto soy Dios, porque estoy enclavado y encadenado a la tierra soy animal; pero porque grito y anhelo, porque sufro y me desespero, porque canto y porque lloro, soy hombre, síntesis camal del Universo, centro gravitatorio de las esencias y de los accidentes, tragedia viva y asiento estremecido del Universo!...

¡Soy Dios y animal en función divina del Cosmos, reóstato de las infinitas, dispersas y sutiles corrientes de la vida!...

Trujillo, 1928.

(*Amauta*, año II, nro. 11, p. 16, Lima, enero de 1928).

EL GRAN DESTINO DE AMÉRICA[1]

¿Qué es América?

Ningún organismo –pueblos, razas, hombres– es de una manera fija y conclusa. Todo organismo deviene y se hace. Tanto está el presente en el ayer como el ayer en el porvenir. El presente es el trampolín y el *élan* del mañana. Ver históricamente, vivamente, es constatar el panorama realizado y el panorama por realizar. La vida es la cadena de los instantes verificados y por verificar. Por lo tanto como somos presente, somos porvenir.

En la historia no hay pleonasmos, no cuenta la peripecia superflua. Lo que fue hecho una vez, está siempre haciendo y creando. Cada hecho está cargado de consecuencias y él mismo es una consecuencia de otros hechos anteriores. El instante histórico engendra y es engendrado. Es paternidad y, a la vez, filiación.

En América ha faltado el ojo histórico. Por eso no ha surgido todavía una conciencia histórica, una conciencia continental. Su realizarse ha sido una realización instintiva, sin intención ni propósito alumbrado, regida solamente por el hado o el destino.

Pero es preciso acelerar y acrisolar el destino racionalizándolo, haciéndolo conciencia, rigiendo en cierto modo el pensamiento que presidió su nacimiento.

Así encontraremos el estilo de América, la versión del espíritu cósmico que toma estructura y encuentra cauce vital en su historia... Así América será coherencia, concatenación y tendrá un sentido en el universo humano.

Hasta aquí el azar, o lo que aparecía como el azar, porque aún no se había expresado en razón histórica. De hoy en adelante, la conciencia, el propósito trascendente, el sentido histórico.

No me parece que está demás el intento, por pequeño, balbuceante e impreciso que sea.

[1] Nota: Este artículo reestructurado más tarde por el autor constituye en definitiva el primer acápite de la segunda sección de *Pueblo-continente*, que, en su segunda edición, Buenos Aires., 1957, corresponde de la página 49 a la página 60.

La América, desgarrón histórico

En la historia del mundo, América es un gran desgarrón. El desgarrón de una raza virgen –desgarrón por la conquista y la violencia de la barbarie occidental o europea– que cumple un ciclo de vida y de cultura superior, sin el concurso ni la aportación de las otras razas. ¡Caso único en el que se abre el seno de un continente, como un inmenso hipogeo cósmico, para que vinieran a cadaverizarse y podrirse dejando un humus humano, rico en elementos fecundantes.

Hay una sociología y una antropología europeas, pero no hay una sociología y antropología americanas, porque el hombre occidental carece de la experiencia y de la intuición americana.

Y América ha vivido, también, sin su propia experiencia. Toda su vida histórica ha sido un abismarse de Europa en ella, una fusión de todas las razas en sus tórridas entrañas. Caso tal vez único en que una prehistoria es superior, es más que la historia, porque Europa no ha creado nada en América, no ha hecho sino repetirse y repetirse destruyendo lo que había de vivo y fuerte en ella.

Y este es el desgarrón de América. Un desgarrón que se cumple hasta en el hecho simbólico de que un navegante sale en busca de una cosa y, de súbito, se encuentra con otra. América es la aventura, el gran tropezón histórico de Colón, es la hija de lo fortuito y de lo inesperado.

América es la repentinidad del destino, el recomienzo de una vida nueva para la cual no sirven ni la experiencia, ni las leyes, ni las normas que ensayó el hombre europeo y el hombre oriental a través de los siglos. América es una nueva posibilidad humana.

Mientras el resto del mundo está en plena fusión disgregativa, América está en plena refundición vital. Mientras todas las demás culturas son una solución, América es una incógnita.

Este gran hecho se registra de una manera característica en Sudamérica y, dentro de ella, en uno de los países que es el más sepulcro del inmenso sepulcro americano: el Perú.

En ninguna parte se huele más el cadáver europeo. La carroña ha hecho en ella su sede dilecta. La descomposición es una descomposición de proporciones cósmi-

cas. Va quedando, es verdad, el humus de la fecundación y, sin embargo, América ha tomado a la libertad como casulla, manto o capa de exportación hacia la gloria y hacia la historia del mundo.

América, crisol de razas y de pueblos

Empero, América está destinada a ser un crisol. Desde hace un siglo todas las razas están derritiéndose en su hoguera. Fusión de integramiento y de reconstrucción para mañana; para hoy necesaria fusión disgregativa.

El ojo miope no ve sino el caos y la heterogeneidad momentánea. Constata que no nos entendemos ahora, pero es incapaz de vislumbrar y constatar que nos entenderemos mañana, cuando se haya verificado el vasto y encendido proceso de fusión. El indígena, el asiático, el negro, el blanco, todos han traído su aporte y están pudriéndose en esta inmensa axila cósmica para libertar sus respectivas superioridades integrantes que harán el hombre americano, cumplido ya y verificado para el porvenir de la humanidad.

Ha sido precisa esta encrucijada de América para que todas las razas no encuentren el *ultra,* el más allá del hombre sino desintegrándose. Parada o involución de un proceso que ha de seguir su continuidad después.

Ahora, América está cumpliendo su función de osario o pudridero para ser la macrocósmica entraña del porvenir.

América, síntesis de culturas

Hasta este momento las razas se han desarrollado unilateralmente, aisladas, ignorándose y despreciándose mutuamente. Hasta cierto punto era necesaria esta desconexión que, si fue negativa, cobijaba a cada raza en sus respectivas afirmaciones y posibilidades dentro de su propio destino. Realización o expresión tanto como

libertad es límite. No se puede vivir sin limitarse. La palabra y la acción expresan el pensamiento y lo matan. Vivimos muriendo. Es el sentido agonístico que dice Unamuno.

Pero a diferencia de los demás continentes, América es un nudo. En ella se cruzan los caminos de todas las razas. Es la confluencia histórica de Oriente y Occidente. Aquel nos trae el conocimiento del hombre en su totalidad subjetiva, en su yo personal, en sus concordancias con el Cosmos, en su fusión o sumersión en Dios. Gracias a Oriente, el hombre sabe que a la vez que un centro es un punto del Universo. Oriente, por sobre las razas y las diferencias, nos da el hombre universal, el hombre cósmico. De allí su profundo, su ascendrado sentido religioso, su comunión mística y física con la Naturaleza.

Ninguna filosofía como la oriental llegó a la síntesis suprema de pensamiento, al alumbramiento de los grandes y totales panoramas del espíritu, del alma interna. El pensamiento europeo es analítico, anatómico, disgregativo. No supera jamás la razón que constituye su realidad y su vida, pero que también es su cárcel. El pensamiento oriental comienza allí donde acaba el occidental. Este es racional y consciente, aquel supranacional y supraconsciente. Solo allí la facultad intuitiva se hace constatación experimental, aunque aparezca como paradoja. No hay conflicto entre la religión y la ciencia. La religión es continuidad y superación de la ciencia racional.

Europa, en cambio, aporta sus técnicas, nos aporta el hombre colectivo, el hombre en convivencia mutua, el hombre político. Su filosofía, su arte, su industria, su política y su economía son un reflejo de estas características esenciales.

Hombre político o externo y hombre subjetivo o interno, he aquí la síntesis que darán Oriente y Occidente en América.

América, equívoco de América

Estados Unidos es un equívoco de la americanidad. Europa no quiere reconocerse en él y, sin embargo, nunca se definieron con mayor nitidez los valores occidentales. Bajo una juventud y vigor aparentes, coexisten todos los valores europeos, así

positivos como negativos. Contemplar Estados Unidos es contemplar la defunción de Europa. Todos los males que han herido de muerte a Occidente se reconocen al estudiar profundamente la vida norteamericana. El industrialismo, el maquinismo, el capitalismo, las técnicas económicas y financieras, la actividad febril de los negocios han alcanzado su máxima tensión. Es la muestra de todo lo que ha podido dar Occidente. No hay ya mucho que forzar para que reviente la cuerda. Es una civilización que ha entregado toda su elasticidad. Como el Imperio romano fue la máxima y maravillosa floración enfermiza del mundo antiguo antes de extinguirse, Estados Unidos es, a su vez, el postrer esplendor maravilloso de Occidente, antes de hundirse carcomido por los disolventes de su propia fermentación.

Como lo repito, Europa no quiere reconocerse en su hija de carne y hueso. No solamente los hombres sino también las razas y los pueblos suelen estar ciegos para reconocer los signos evidentes de su propia desintegración. Europa reniega de Estados Unidos tanto como este es la constatación de su decadencia y ruina final.

Si a algo puede llamarse pleonasmo en la historia, Estados Unidos es el pleonasmo de Europa, bajo una piel o superficie todavía aparentemente progresiva y brillante. No es al acaso que Lindbergh, un norteamericano, sea el primer aviador que cruza el Atlántico en vuelo directo hacia Europa. Una civilización esencialmente hazañosa tenía que señalarse por una máxima y desorbitada hazaña mecánica. Estados Unidos aplica en grande lo que Europa inventó e hizo en pequeño. Civilización de *raids* y de récords, acabará de morirse en el país supremo de *raids* y de los récords.

América hacia su americanización

Hay un hecho que ha de marcar la primera etapa consciente de la americanización de América. Este es el grito de reforma universitaria dado en Córdoba. No vale tanto como realidad cuanto como signo de una fermentación histórica. No es un grito de claustro o de pupitre; es el grito del espíritu de América. La revolución o la agitación del aula es un mero pretexto. El incendio estaba tan latente en América que en un espacio de cuatro años la chispa inflama todo el continente. Es la subversión contra

los métodos de Europa, contra el pensamiento y las concepciones de Europa, contra los vicios y las limitaciones de Europa, contra la decadencia y la putrefacción, aunque no lo parezca.

Nunca se vio a la clase estudiantil jugar un rol tan decisivo en la historia de un continente. Los maestros en América –los mejores– eran solamente buenos maestros europeizados, pero América necesitaba más, necesitaba buenos maestros americanos.

Y asistimos, entonces, a un maravilloso autodidactismo de la juventud. Más aún, asistimos a la docencia de la juventud sobre los maestros. La juventud comienza a formar maestros, comienza a americanizarlos. El maestro se ha convertido en discípulo porque necesitaba aprender y desarrollar su sentido histórico, su sentido americano.

Y caso estupendo, la juventud arrastra tanto como un impulso cultural, un valor y una acción políticos. ¡Hecho preñado de consecuencias históricas!

Trujillo, enero de 1928.

(*Amauta*, año II, nro. 13, Lima, enero de 1928).

¿CUÁL ES LA CULTURA QUE CREARÁ AMÉRICA?

En verdad, es aventurado premonizar sobre lo que comienza a devenir. Preconcebir la historia es como preconcebir el nacimiento de una criatura. Pero es preciso armarse de valor y, sobre todo, armarse de intuición no para pronosticar, sino para descubrir. Si no es posible conocer al hombre entero a través del niño, creo que, a veces, es posible señalar uno de sus rasgos esenciales. El primer vagido de la criatura alumbrada encierra todo el misterio de sus posibilidades, pero ocurre que estamos ciegos para reconocerlas por la torpidez de nuestra inteligencia. No hay que olvidar que una cultura es destino, es decir, realidad potencial tanto como es azar y libertad. Cojamos esta realidad en potencia y completemos la ecuación con la libertad. No creo que haya otra clase de adivinación o pronóstico.

Europa ha creado una cultura esencialmente racionalista. Nada define mejor esta cultura que la escolástica y el arte gótico, en que la vida se esclaviza a la entelequia y al arquetipo racional. La suma teológica y la iglesia gótica no solo son la Edad Media: son la Europa de todas las edades. Cultura dialéctica que toma la vida por la testuz y la mancorna. La literatura pastoril o bucólica que falsifica el campo incrustándolo en el salón. Los libros de caballería que exaltan un honor y una justicia deliberantes, sensibleros, pirotécnicos, hazañosos, arrancándolos de fluir cotidiano. Atala y René, Fausto y Werther, romanticismo que se olvida de la realidad, Versalles y el Siglo de Oro francés. Paraíso artificial y literatura *fin de siècle.* Torre de marfil, almenada y de puente levadizo como el Medievo.

Por último, y lo más importante, filosofía que entroniza a la razón sobre el pensamiento. Se filosofa para construir sistemas racionales. La razón es un simple vehículo; es la protagonista. Recordemos los postulados de la Revolución francesa. La teología no tanto busca a Dios sino la razón de Dios. No basta que exista el nombre; es preciso probar que existe. No basta la intuición de la verdad, sino la discusión de ella, su racionalización. El hombre no se contenta en saberse poseedor de una verdad, no le satisface el monólogo; es fuerza imponerla a los otros, es preciso el diálogo. La dialéctica, sobre todo.

En América esta cultura se descompone y se pudre. El calco servil pone de manifiesto la abreviación del sistema que estaba oculta. Al pasar a América, se pierden las delicadezas y excelencias, y resaltan las monstruosidades.

Este choque tenía que originar una tremenda reacción. El pudridero fecunda la planta nueva. Estamos ante el albor de una nueva cultura. ¿Cuál será esta?

Ya lo he dicho, es aventurado preconcebirla. Sin embargo, rastreemos sus posibilidades.

Por hoy el rasgo saltante es la restitución de la razón a su papel de intermediario del pensamiento. Se trata de vitalizar la razón, es decir, de colocarla en su justo encaje funcional. Es el viejo pensamiento de que se debe razonar para vivir, pero no vivir para razonar. Es cuestión de la sensibilidad del hombre en un momento de la historia. El europeo sintió vivamente la necesidad de vivir en un mundo perfecto, libre de las contingencias de la materia y de la vida. Este mundo lo creó sirviéndose de la razón. Fue su racionalismo; racionalismo que presidió todo el curso de su cultura, hasta en las épocas en que parece que más lo negaba.

El prototipo de la cultura occidental o europea ha sido y es la cultura francesa, mesurada, elegante, racional, brillante, armoniosa. *Le droit,* expresa profundamente el respeto del francés a la ley, a lo consagrado, a lo racional. Descartes llega a explicarse el mundo y a justificar la vida y la ultravida con solo el auxilio de la razón. Otro caso singular y corroborante es Spinoza.

Jamás el arte de razonar llegó a una agudeza tan maravillosa, a una vitalidad tan grande. Pasma cómo un hombre sin salirse de su gabinete encuentra las soluciones fundamentales de la vida. (Le Verrier descubre un planeta sin alzar los ojos al cielo).

Cuando empleo la palabra "deformar" o "falsificar" no es que quiera expresar un sentimiento despectivo. Lo hago por método o claridad verbal. No hay que olvidar que hablo como americano y que, al expresarme, tenga por fuerza que usar los recursos o palabras de mi ambiente espiritual, de la perspectiva de mi raza o estirpe. No hay otro camino para dar una versión o impresión de la cultura occidental a través de un americano o novo mundano. Por desgracia o por felicidad –falta averiguarlo todavía– el hombre carece de la suficiente objetividad para ser juez antes que autor y actor. Por lo demás, es sabio y vital amar su límite para no dispararse fuera de sí mismo haciéndose trizas.

En este ensayo me he esforzado en comprender a Europa, aunque sé de antemano que no puedo ni podré ver nunca como un europeo. Lo mismo le ocurrirá al europeo con respecto de América. Son dos sensibilidades, sino contrapuestas, por lo menos, distintas.

En ética y en estética el americano está en el punto opuesto al europeo. Por lo general, salvo raras genialidades, no se comprenden ni se comprenderán nunca. Dudo mucho que un europeo culto pueda comprender en su justo valor vital el pensamiento de Vasconcelos y la estética de César Vallejo, pongamos por caso. En América misma no se les comprende en lo que tienen de valoración eterna. Y es que en América hay dos Américas: la América que ha asimilado la cultura occidental y que, como he dicho, es el pudridero de ella, y la América americana que comienza a revelarse en fuertes y claros temperamentos. Entre ambas hay una incomprensión absoluta, un abismo insalvable y trágico.

Donde se juzga mejor la incapacidad ética del europeo es en Nietzsche, así como en Spengler resalta más que en cualquier otro la servidumbre del pensamiento a la razón.

Nietzsche, de tan fino sentido estético, al llegar a la ética la confunde con la moral o, mejor, con las morales. Nietzsche es incapaz de concebir el sentido ético vital y eterno del hombre. En cambio, analiza con extraordinaria penetración la moral histórica, la moral como fenómeno consuetudinario. Llega, entonces, a un escepticismo negativo, aunque de *Así habló Zaratustra* se desprende un cierto sentido ético sin quererlo. El menos racionalista de los filósofos europeos estaba inficionado de un racionalismo que acaba por conducirlo a la locura.

Nunca una cultura, como la europea, dejó más elementos a la que le sucede en la historia. Hay, sin embargo, ciertos matices sutiles que América no ha comprendido ni comprenderá nunca. Empero esta incomprensión jamás alcanza la distancia abismática que hay, por ejemplo, entre la cultura occidental y las culturas antiguas. Con todo, esta incomprensión es profundamente trágica porque coexisten ambas en un momento dado y dentro de una misma raza. No es cuestión de preparación o disciplina; es cuestión de aptitud o de sensibilidad. Lo que se llama la América joven es la Europa vieja y descompuesta. Para asistir con más acuidad a la vejez de Europa es mejor estar en América.

Pero hay un hecho innegable, y es que ninguna cultura ha influido más en otra que la europea. Es un mentís rotundo a la teoría de los ciclos cerrados e intransferibles de Spengler.

Trujillo, marzo de 1928.

(Amauta, año III, nro. 14, pp. 3-4, Lima, abril de 1928).

LA OBRA POÉTICA DE NICANOR DE LA FUENTE

Veinte años frescos y ágiles como una brisa mañanera. Miel de bondad, dulcedumbre de panal en las pupilas absortas de niñez. El sol acaba de levantarse en este labio pueril que sonríe como un amanecer. Su mano aprieta, estrecha, ajonjea como una hermana efusiva del corazón recien hornado. Destila la ternura,

se desliza subrepticiamente de las falanges y se nos pega al pecho. Caliente don magnético que nos consuela y nos alegra para siempre. "Aquí, me quedo" –dice el hombre, hambriento de amor, y se queda *per omnia secula seculorum*. Y así se saldan los débitos cordiales que tanto se reclaman por los caminos de la vida.

Y el *nixa* familiar del grupo tiene el paso presto y fraternal para el amigo. Y sirve a nuestras virtudes y a nuestros pecados, a nuestros caprichos y a nuestros malos humores con la misma solicitud amorosa, con la misma sonrisa subrayada de esperanza, con la misma efusión comprensiva y tolerante que entra por los poros del alma y se la apropia.

Pero el hilo de oro de esta sencillez férvida se despedaza, se arranca, se desvanece en polvo cuando uno intenta tomarla en la palabra. Película de espíritu materializado que vuelve al éter después de tonificarnos. Esencia sutil que se reintegra otra vez a Dios, de donde vino y a donde va para atestiguar la divinidad del hombre y para documentar en los celestes registros la eterna fluencia del ser.

El paso vivificante de una aurora

En el inicio, en el orto de este espíritu cristalino, pasa el soplo vivificante del poeta de *Trilce*. Ningún gran espíritu de esta generación puede eludir el baño lustral, la influencia vitalizadora y potente de una poesía que nos reintegra a América después de haber ambulado por el mundo pidiendo limosna a todas las razas.

Aquí cabe recitar, una vez más, el abecé, de la cartilla literaria. Lugar común que se repite a menudo, pero que rara vez se repite con significación vital. Sí, hay que hablar de una influencia porque todo lo que vive está influido; pero de una influencia organizada, viva, elástica, procreadora. Recepción creatriz sin patrón servil y, sobre todo, sin mueca, sin desgonce ni luxación de la propia esencia anímica.

Veamos:

Estoy amargo como una tasa
heroica de café cargado,
y sin que nadie falte
mi padre mira hacia mi sitio
porque él sabe que no estoy allí
... me busca...
me busco yo mismo...
y el ala de una idea aventurera
bate la brisa de sus sienes canas.

("Merienda")

***

Señor
yo te señalo siempre
como un traidor,
oh, Señor
y
o
te acuso ante mi mismo DIOS.

("Oración")

***

...y mis voces quedaron ancladas
en esta pascua que me ofrece eneros
por sangrar...
...y para nosotros mayores
son hoy las empanadas del recuerdo
con su sabor a pena familiar.

("Pascua")

***

qué te habrás hecho amada
con tus columnas de constancia!
Que tu firmeza hebrea...?

("Vigilia")

***

esta noche, lucila
perales, hemos venido a la merienda tarde;
en nuestra mesa hay pan y nos vigila
el alma una saudade persistente y cobarde.

("Lucila")

He aquí el poeta ya, el poeta nuevo, apto para tomar su vuelo, y trillar y suavizar su camino con el coraje y la humildad del artista puro.

Acompáñame, lector, a sus posadas, a sus recodos, a sus paisajes, a la propia casa que él amasó con su sangre, con el sudor de su emoción, con el tremor de su pupila; con el afán de su mano.

El gesto de la palabra

Como todos los artistas vanguardistas, este, también, ha escrito, ha grabado, ha burilado el gesto de la palabra. En la poesía antigua el gesto estaba implícito, pero no expresado en recurso técnico. Recitaba el poeta, pero no recitaba el verso por sí mismo. Por primera vez la tipografía o la pluma (de ganso si se quiere) sirve como instrumento estético. Y como instrumento para fijar algo que es impalpable y huidizo como el viento, pero que constituye la tonalidad y el ademán del verbo, es decir, su alma. Porque no está en decir las palabras sino en cómo se las dice. Antaño la intención de la palabra se dejó al lector que la interpretaba y sabiendo ya, por enton-

ces, "que no hay palabra mal dicha sino mal entendida". Y para entender la palabra se necesita ver el gesto, fijarlo de alguna manera.

Esta es la razón de este graficismo tipográfico que tanto hace cacarear a las gallinas contravanguardistas. Aunque no se hubiera logrado nada, bastaba para respetarlo, el intento de enriquecer, con un nuevo vehículo o instrumento, la expresión estética. El arte *debe ser,* el arte *es* ascensión y superación en todos sentidos. Estamos caminando de la caverna al Cielo, del grito inarticulado a la *Novena sinfonía,* de Beethoven, del cubil del topo a la aurea maravilla de la luz cósmica... Y los recursos técnicos de ayer no pueden ser los de hoy, porque tenemos que seguir siempre la fuga y el frenesí creador de la vida.

Constatémoslo:

mi alegría en el alcohol
dentro del plomo de tu ausencia
se
c
o
n
s
u
m
e...
y tatuar con sangre en la memoria
la noche de setiembre y tu
n
o
m
b
r
e.

("Tatuaje")

No es lo mismo escribir:

como ha de vagar mi nombre entonces
con sus bajadas y subidas
en las columnas de los diarios

que empleando el recurso gráfico:

como ha de vagar, tu nombre entonces
con todas sus b s
a a
j d
a i
d b
a u
s y s
en las columnas de los diarios...

En el primero, el gesto de la palabra va implícito; en el segundo, está expresado gráficamente.

Veamos otros ejemplos:

...se quisiera arrancar todas las costras
sollozantes
de los ecos lejanos
una
a
una
a una.

Y esta pequeña obra maestra que copio íntegramente:

Amuleto

Solo tú, oh, dado amatista,
no te aventuras en los tapetes
de las C
A
N
vives T
conmigo siempre, I
ruedas entre mis N
ma A
nos S

el tapete más fino.
Solo tú sabes de esta cosa.
Fue madrugada mi alma desde julio
–UN AS
–UN 2
–UN 3

Muchos meses dormidos

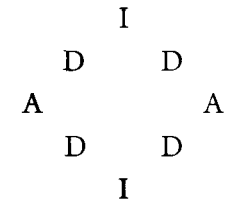
en las tarimas del olvido
muchas noches
muchos días
vomitando coágulos de distancia

¿Y para qué todo eso, oh, dado mío... ?

Llegaste con la suerte de tus dedos

para el 3 de ternura

DE LAS TRES LETRAS DE SU NOMBRE



***

Léase: fútbol, que es otro ejemplo magnífico.

Claro que en esto, a diferencia de Nicanor de la Fuente, se consuman muchos disparates. Es el mal de toda innovación que cae manos de gente que no tiene talento. Pero ello no es culpa del vanguardismo ni de los vanguardistas. En el arte lo primero: ser artista. No olvidemos este aforismo, satánico o divino, pero inexorable para toda eternidad.

El don del humor

Y viene la maravillosa sabia del espíritu que se infunde, que se inyecta en nuestro corazón impregnándolo como una esponja nueva y sedienta. Se desgaja de nuestra amargura, se cuela de nuestra acidez y de nuestra melancolía, gota a gota, cabalgada en una sonrisa. Tristeza aflorada en bondad humana y en chispeo de pupilas generosas. Sangre confortante y heroica que hiende nuestras entrañas mordidas de dolor. Luz de estrella que redime la oscuridad de fango humano. Fulgor que clarifica el barro. Espiral del humor que arrastra en la sierpe de sus ondas elásticas la ternura que se abraza calientita a nuestro yermo.

"los segundos se desternillan de risa
entre las 3 estrellas de mi longines"

("Morfina")

"los relojes desde lo alto de las torres
con los brazos cruzados por el tiempo
vigilan los pasos de las horas
pertenecen a la SECRETA nacional

también denuncian los complots
comunistas de la vida...
hacen confinar beligerancias
proletarias
y deportar ideas universitarias

COMO LOS POLÍTICOS,
LOS RELOJES MIENTEN HASTA EL SEGUNDO
QUE MASTICAN".

(Espejuelos")

***

"PASA UN FORD... CON EL RABO ENTRE LAS PIERNAS".

("Loceta")

Y este cartel fotogénico, cual cinemático fogonazo:

....para evitar incendios
en la casita del escándalo
se suplica al público
no tocar los botones
eléctricos
DE LOS SENOS

Agradezcamos este pan del alma y esta eucaristía de los espíritus. Agradezcamos esta sonrisa responsable que pasa sobre las cosas comprendiéndolas, amándolas, cirniéndolas, morterizándolas para incorporarlas en arenilla luminosa a nuestra axila oscura. Aquí la bronca desgarradura se agiliza y se avienta al Cielo para crepitar en luz sedante y consoladora. Aquí la gracia del dolor hecha Pentecostés alumbra nuestro costado con fulguraciones inauditas. De la arcilla a Dios; de Dios a la arcilla.

He allí el milagro del arte.

Imagen múltiple

Volvemos a tocar otra característica del movimiento poético de vanguardia: el don de la imagen múltiple. Del simplismo superficial, inmediato y metafórico de nuestros abuelos hemos venido a la madeja compleja, profunda y múltiple de la imagen vanguardista. Imagen fotogénica que siempre está fluyendo y que busca sintonizaciones no por lejanas menos directas. Decimos lejanas en lenguaje antiguo, porque en realidad para el cerebro no hay distancias y menos para el cerebro contemporáneo que vive simultánea y sincrónicamente con todo el Universo. Somos los hombres del aeroplano y del radio y nuestra poesía tiene que ser el velívolo de nuestras emociones y de nuestro pensamiento apresurado.

Y más aún, la poesía es un ser en sí misma. Una vez creada, ya es Naturaleza por sí y se incorpora al vasto panorama de lo que vive una existencia autónoma y libre. No se ha inventado un nuevo pecado, pero se han creado nuevos seres con vidas enteras que enriquecen la vida y la significación de la vida. Entidades de maravilla que alientan y se nutren con nosotros. ¿Verdad, don Quijote de la Mancha, que vivís con vida más enérgica que vuestro padre Cervantes? ¿Verdad vosotros, *Seis personajes en busca de un autor,* que lo encontrásteis en Pirandello?:

"sobre el metal yo desmenuzo
una preocupación recién hor
na
da".

("Merienda")

***

"la brisa
barniza de frescura
tus mejillas".

("Cosecha")

***

"en una noche de locura aldeana
yo te cedí una entrada a la platea
del cinema de mi alma"

("Hummazo")

***

Es preciso citar algunas más: "carta", "nocturno", "vigía", "claxon", "disco familiar", "fútbol", que son grandes aciertos.

Sentido político

Y hasta "nueva orden", la poesía no está negada de la política, porque la poesía es vida y la vida es política. Hay demasiada injusticia negra en el convivir de los hombres para que no insurja en la canción el grito angustioso del hombre. Hay demasiado mal olor

para que el poeta no tome su bandera y combata por su hermano. Hay demasiada tiniebla de charco en el mundo contemporáneo para que el puño del justo no se hiera regándose en el pedernal para arrancar la centena de luz. Hay demasiado grito proletario y cavernoso para que el poeta no violente su músculo por el pan, por la tierra y por la santa alegría de todos. Hay demasiados niños hambrientos y desgraciados para que el poeta desde los incendios de las barricadas no derribe las bastillas.

Y en todo tiempo la azada, la canción, el rifle justo y el cañón libertador han sido política.

Es europeísmo decadente la fábula monstruosa de la poesía pura y el pensamiento puro que quieren inhibirse de dar la batalla política de su tiempo. La encrucijada, la tragedia de hoy no se resuelven desde el gabinete frío del poeta neutro. Es preciso aventar el pecho a la calle con el canto o sin el canto. Porque el que canta es el más responsable del porvenir. Nuestra América de hoy y nuestra América de mañana es una América política, porque todo tenemos que rehacerlo y, reconstruirlo y vivificarlo. La vida amanece en nosotros.

Este poeta no teme ni se avergüenza de ser un político constructor de su América. Leamos "voluta", "crónica", "acotaciones al 1 de Mayo", etc.

Y al terminar...

He de decir que no he hecho sino el bosquejo febril grosso modo de la ingente riqueza del libro. Este mozo viene a atestiguar, una vez más, la inteligencia y el corazón de la nueva generación peruana.

¡Que Dios lo bendiga y baje a su cabeza, a sus manos, a sus pasos ya sus palabras...!

(*Amauta*, año III, nro. 15, pp. 5-7, Lima, mayo-junio de1928).

PRADA, HITO DE JUVENILIDAD EN EL PERÚ

Con Manuel González Prada llega por primera vez la posibilidad de un Perú nuevo. Hasta entonces las fuerzas coloniales habían imperado en toda su plenitud. Colonialismo disfrazado de República democrática, demagogia de escenario que

voceaba la soberanía del pueblo en prosa tartígrada y mazorral. A veces, cuando la seudoembriaguez jacobina llegaba a su colmo, el indígena resultaba una especie de entelequia de ciudadano para fines bufos de sufragio, es decir, un ciudadano presunto, hipotético y teórico, pero, en realidad, un esclavo y una bestia de carga. La letra había cambiado pero el espíritu seguía siendo colonial. Las Constituciones eran el texto liberal a la moda, pero la interpretación y la explicación las hacíamos en pura Colonia.

González Prada es la encarnación o interpretación nueva de un nuevo periodo histórico. Para el Perú más importa su nacimiento que la proclamación de la independencia política en 1821. González Prada es el primer joven que nace y se hace en el Perú. La aparición de este hombre es el anuncio de que la tierra nuestra comienza a madurar para producir, nutrir y organizar una juvenilidad humana. Hasta ese momento no habíamos producido sino la juventud biológica y fisiológica, es decir, la juventud zoológica o animal, pero no la juventud espiritual y trascendente históricamente. "Los viejos a la tumba, los jóvenes a la obra" es una frase que representa algo más que un giro retórico. Es el epitafio de toda una época y toda una casta, y el aleluya de todo un porvenir que rompía su primer broche de luz.

La aparición de González Prada no es un hecho aislado en la historia de América. El continente, ahíto ya del cadáver europeo que comenzaba a descomponerse, sedimentado ya el humus humano para la fecundación de la nueva criatura cósmica, empezaba a sentir en sus entrañas las primeras urgencias del parto. Aquí y allí, rasgados en la vasta extensión de la raza, surgen los primeros puntos luminosos y casi simultáneos que la salpican de espíritu y que son los precursores del porvenir. Bolívar, Sarmiento, González Prada, Montalvo, Martí son los sembradores y los primeros instructores del nuevo hombre.

Todo lo demás ha sido y es todavía la Colonia. La liberación del indígena y su incorporación espiritual a la vida total de América será el primer signo evidente de que hemos traspuesto, cósmicamente, una etapa definitiva. La Colonia no podía cumplir esta labor, por la sencilla razón de que vivía y se sustentaba en la explotación y en la injusticia del indígena. Era el parásito europeo que había de succionar, como un vampiro, la vitalidad del continente. Para ser un principio fecundante era preciso que se descompusiera y se desintegrara en sus elementos simples y asimi-

lables. El trópico tenía y tiene aún que obrar como un disolvente para libertar sus factores básicos apartándolos de la escurraja y haciéndolos aptos para ingerirse en el organismo de la nueva estirpe.

Con González Prada comienza en el Perú la acusación y el proceso de la Colonia. Es el primero que pone en tela de juicio las rutinas seculares y consagradas por los tiempos anteriores. Su voz salvadora denuncia ante el presente y el porvenir los vicios, las corrupciones y los crímenes de las clases predominantes. Hay en ella un acento de cólera profética que abofetea al señoritingo colonial, insementado y neutro, que vive sin imperativos éticos o ideales, en el regodeo, en la crápula y en la iniquidad.

González Prada es el tipo real y vital de la inteligencia que concurre de una manera directa y eficaz a la transformación y trasmutación de los pueblos y de los hombres. Ningún escritor peruano ha desplazado tanto pasado y ha suscitado tanto porvenir con su obra y con su vida. Los demás escritores contemporáneos y anteriores a él carecen de esa su máscula prolificidad trascendente. Poetas, vastamente socarrones o lloriqueantes, que no hacían sino glosar las seudovirtudes y los seudorromanticismos escurridizos de su época. Allí están sus obras y sus vidas que no me desmentirán.

Surge con González Prada el hombre auténticamente civil, el primer hombre político efectivo que consagra su vida al mejoramiento, a la crítica y a la dirección de la cosa pública. Los otros son los politicastros de la criolla fauna zoológica que rondan y camelan al poder y negocian con el presupuesto. Hombre desinteresado y puro, hombre todo, responsable en el país de la irresponsabilidad, sabía que tenía que consagrarse a suscitar con su obra y con su vida al hombre de la nueva generación. Jamás dejó de ser consciente de esta responsabilidad. Hombre integral y sementado en masculino y en varón desde la cabeza a los pies.

No es extraño pues que la figura de González Prada ejerza una fascinación y una eficacia vital singularísima sobre los hombres de la nueva generación peruana. En un país de solo presente ciego y egoísta, nació por fin un hombre que trabajó para el porvenir, un hombre de amplio sentido histórico.

(*Amauta*, año III, nro. 16, Lima, 1 julio de 1928).

CULTURA UNIVERSITARIA Y CULTURA POPULAR

(Conferencia en el Ateneo Universitario de Trujillo)

Vuelvo a ocupar esta tribuna por el amistoso requerimiento del Ateneo Universitario. Hacer labor de cultura es hacer obra constructiva y perdurable. Y precisa reconocer que la actual institución representativa del alumnado trujillano está cumpliendo esta salvadora, esta nobilísima tarea. Para el fragor del choque personal, se desvanecen las rencillas episódicas de la lucha, se apagan los resquemores de la puntillosa vanidad herida, se aquietan los sobresaltos de los intereses creados, pero la luz que se sembró fructifica las conciencias que se libertaron deslumbradas por la verdad siguen creando la justicia y los espíritus que despertaron y se encendieron en el jadeo de la batalla prosiguen alumbrando y alentando los pasos creadores del hombre.

Esta acción perdurable y eterna, este sustrato palingenésico de la obra humana, esta decantación positiva del espíritu es la acción permanente de la cultura. No hay pensamiento vivo, es decir, engendrado con la sangre del alma, que sea estéril. Pensamiento que se siembra es pensamiento que tarde o temprano, y pese a las contingencias efímeras de momento, se trueca en próvida cosecha.

No se explica de otra manera esa supervivencia de ciertos hombres y de ciertas instituciones que malgrado las maquinaciones del ambiente en que viven, malgrado la conspiración clandestina y sorda de las suficiencias consagradas por la ignorancia, se alzan erguidas e invulnerables, con una fuerza moral superior, porque son los verdaderos vehículos, los auténticos mensajeros de la cultura.

Y es que la cultura es historia y la historia es cultura. El que vive de espaldas a su época, de hecho, se suicida. Es un suicidio lento, invisible acaso para las víctimas, pero suicidio efectivo. El Perú está lleno de suicidas que no se dan cuenta de su fallecimiento ni de la potencia que los fulmina. Es una inconsciencia que nos enternecería, si sus gesticulaciones de moribundo no fueran una rémora para la tarea salvadora de mañana.

Para los alumnos universitarios de este momento y para su institución representativa no puedo desear sino que vivan siempre y que piensen y obren con el espíritu

de su generación. Felizmente estoy constatando con íntima efusión que no quieren incorporarse a la gavilla de suicidas inconscientes. Vosotros queréis salvaros para la cultura y para la historia. Vosotros queréis salvaros para la justicia del porvenir. Veo en vuestras pupilas este anhelo y esta resolución enérgica de vivir. Veo vuestras manos, vuestros pensamientos y vuestros actos cuajados de beligerancia. Tened en cuenta que ya no sois los primeros. Cada día vuestra responsabilidad se acrecienta. Los primeros de vosotros son ya hombres célebres y respetados en América y en el mundo. Ya tenéis nombres que pueden confortar vuestra esperanza. Vuestros hermanos un poco mayores que vosotros ya os han abierto el camino. Agrupaos y henchid el pecho para la victoria que se acerca.

Pueblo y universidad

Para que la cultura sea cultura histórica y no muerta, para que la cultura no se convierta en simple escarceo erudito de academia, en simple paganismo de palabreo técnico, para que la cultura viva en nosotros como médula de nuestros huesos y no solo en los libros y en las clases, son precisos dos elementos primordiales: por un lado, la universidad y, por otro el pueblo; por un lado, el trabajador manual y, por otro, el trabajador intelectual. Son dos elementos que no pueden caminar separados porque se complementan entre sí. Cuando se divorcian, la cultura se convierte en el instrumento de una clase dominante que explota y oprime al pueblo, es decir, a la sustancia permanente de la historia y de la libertad del hombre.

Durante el siglo XVIII y principios del XIX hemos visto adónde conduce esta conexión. La tremenda catástrofe de 1914 fue su natural y lógica encrucijada y el escenario de nuestros momentos contemporáneos está preñado y ensombrecido de tragedia.

En el Perú la divergencia ha sido aún mayor que en el resto del mundo. La universidad ha tenido una semicultura de gabinete y de pupitre, pero no ha tenido ni tiene una verdadera cultura vital. La cultura hay que vivirla en principio y vivirla en acción. No se puede, pongamos por caso, explicar y defender en el aula las llamadas

garantías individuales y atropellarlas y negarlas en la calle y en la vida cotidiana. Para el universitario –maestro o alumno– no hay término medio.

En puridad de verdad no hemos tenido una cultura porque no hemos sabido vivirla, porque no hemos sabido incorporarla dentro de las fibras de nuestra vida. Hemos confundido cultura con ilustración académica. No es lo mismo recitar un libro que crear y vivificar el ambiente espiritual de una cátedra. La ilustración es la memoria fría y yerta de la cultura, pero no es la cultura misma. No vale la pena que en los exámenes se declame de corrido el amor a la libertad, al derecho y a la justicia y en la vida se les befe y se les decapite o, por lo menos, se muestre uno diferente de sus imperativos categóricos.

Hay un dicho popular que resume este estado harpagónico del espíritu. "Meterse el diablo a predicador", dice la gente cuando la vida no está en consonancia con los principios que se sustentan, y hay otra sentencia evangélica en boca de Jesucristo que llamaba a los fariseos que acaban de lapidarlo, sepulcros blanqueados. Por desgracia, la universidad ha hecho con frecuencia el papel de diablo predicador y en muchos casos se le puede aplicar la frase evangélica.

Hablo así de la universidad peruana porque he sido y soy un universitario. Los males de la propia casa no se curan sino denunciándolos. Ocultar las enfermedades es invitarlas a que medren y nos devoren. Quien ama corrige y aplica el cauterio. Un ejemplo de este amor nos lo dan los mismos catedráticos argentinos que no vacilan en denunciar los males de su propia casa. Oigamos al doctor Sánchez Viamonte, sabio catedrático de Derecho Político, cuando se trató de conferir el grado de doctor al príncipe Humberto de Saboya. Dice así:

"Señor decano de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires.

Acabo de recibir una nota de usted invitándome a nombre del rector a la solemne recepción académica, con que nuestra universidad rendirá su homenaje a S. A. R. Humberto de Saboya, príncipe de Piamonte.

Ignoro en qué consistirá exactamente la solemne recepción académica, pero tengo entendido que se trata de entregarle al joven Humberto de Saboya un diploma universitario de doctor honoris causa y me apresuro a enviar a usted mi respuesta.

No me explico cómo ha podido consentir el señor decano en ser vehículo de esa invitación, para un acto cuya naturaleza lo presenta como único en los anales del mundo civilizado en la época contemporánea y que repugna a mi carácter de argentino y de universitario.

Concurriría presuroso si se rindiera el homenaje a la nación italiana en la persona de alguno de sus hombres eminentes –como el profesor Orlando verbigracia–, pero reputo intolerable obsecuencia cortesana, contraria a nuestra Constitución y al espíritu de nuestra democracia, y bochornosa para nuestra cultura, esta demostración de que la sabiduría y la ciencia se obtienen por nacimiento.

Después de esto creo que podrán ser reemplazados los exámenes de nuestros estudiantes por la comprobación de sus antecedentes de familia.

Ruego al señor decano que ponga esta nota en conocimiento del rector, manifestándole al mismo tiempo que puede disponer del asiento que me reserva como consejero de esa Facultad, para que lo ocupe otro universitario que haya olvidado su condición de argentino, demasiado presente en mi espíritu. Por otra parte, ni ebrio ni dormido consagraré con mi presencia la degradación de nuestra universidad. Saluda a usted atentamente Sánchez Viamonte".

Esto es lo que se llama vivir la cultura y no solo recitarla en las cátedras. Así se hace Universidad y se hace país.

Podría multiplicar estos ejemplos del celo de los profesores argentinos por sus respectivas universidades, pero para ilustración basta el ejemplo citado.

Nuestra gran empresa de universitarios –tal vez nuestra única empresa– es vivir la cultura. Basta ya de bagazo erudito que no sirve ni para mejorarnos ni para mejorar nuestra patria. Necesitamos estudiar la calidad de nuestra América y crear nuestro propio pensamiento, nuestra propia política, nuestra propia economía, nuestra propia estética, nuestra propia historia. Los textos europeos mal aplicados y mal comprendidos no sirven sino para desorientarnos –ya lo hemos estado cuatrocientos años– y para fatigar con gárrulas palabras nuestros cerebros y nuestra vida. Necesitamos maestros americanos que nos enseñen a conocer y amar nuestra América, maestros que vivan con nosotros la infinita y heroica voluptuosidad de crear un nuevo continente intelectual, maestros de una raza "por cuya boca hablará el espíritu".

Y para esta empresa debemos juntamos todos, maestros y discípulos en un solidario y fervoroso anhelo común que cada cual aporte lo que pueda y lo que tenga. No hay otro camino. Para reforzar estas palabras, vuelvo a citar al gran maestro argentino doctor Sánchez Viamonte.

"Sin renunciar del todo a la reforma de las universidades oficiales, inyectándoles siempre que podamos la sabia efervescente de la vida nueva, deberíamos crear la nueva universidad o, mejor dicho, restaurar la más antigua universidad libre, orientada y dirigida por verdaderos maestros –no profesores que solo tengan en vista la renta– y en la que se vuelva a haber discípulos –no alumnos ansiosos de obtener un título profesional–".

"Alguna vez he pensado que si reapareciese en este siglo y entre nosotros un discípulo de Pitágoras y de Platón, se quedaría sin comprender ese nuestro empeño de convertir las escuelas profesionales del Estado en emporios de cultura superior, y se preguntaría estupefacto porque aceptamos la imposición de profesores oficiales de escalafón administrativo domesticados y trabados por el corral de los intereses creados, cuando podríamos escoger libremente, a los que enseñaran con desinterés y nobleza sin someter su verdad fecunda y alta, al control presuntuoso de graves académicos conservadores, parapetados en la rígida comicidad de su solemne gesto magistral".

"Mi experiencia de alumno y de profesor me autoriza a declarar que el 90 por ciento de los estudiantes solo se interesan por la obtención del título profesional, sin adquirir más que un simple barniz de cultura, indispensable para el mantenimiento del decoro universitario, como así mismo el 10 por ciento restante se distingue y se destaca luego por lo que ha estudiado y aprendido fuera de la "universidad".

"Si la universidad oficial no es capaz de reformarse, fijémosle, de una vez por todas, su papel de organismo burocrático, expedidor de diplomas, y su función de impartir el conocimiento técnico necesario para ejercer profesiones u oficios, y creemos otro organismo espontáneo y desinteresado que reciba el calor de nuestra sangre joven, que lleve el sello de nuestra espiritualidad y que ponga a prueba en esta hora histórica la verdadera eficacia de nuestro dinamismo renovador y constructivo".

"El esfuerzo popular espontáneamente concertado tonifica, depura y fortalece la conciencia social y debemos buscar en él la influencia saludable que nos haga

abandonar definitivamente la tradicional obstinación –también hereditaria– de pedir todo al gobierno, de esperarlo todo del gobierno, de echar al gobierno la culpa de todo".

"Dejemos librada a las universidades oficiales la tarea de formar ingenieros, médicos, abogados, etc., mas disputémosle de frente la misión de formar hombres, de formar grandes hombres. Dejemos a las universidades oficiales la tarea pedestre y exigua de enseñar la ley; mas disputémosle la misión de rectificarla en nombre de la justicia sin contemplar los particulares intereses creados que traban el libre juego de la voluntad social. Dejemos a las universidades oficiales el triste privilegio de enseñar la moral en los libros, mas disputémosle la misión de enseñarla en la vida, en el amplio escenario de la vida".

Altas palabras estas que sirven para orientar la acción futura de la juventud. Así habla uno de los más eminentes catedráticos de América. ¿Cuándo tendremos así una voz entre nuestros maestros que nos señale nuestros supremos deberes de hombres y de universitarios?

El Ateneo Universitario de Trujillo ha tenido una intuición maravillosa del pensamiento del maestro argentino y se prepara, dentro de las escasas fuerzas del ambiente, a realizar una labor de cultura universitaria al lado de la enseñanza de la universidad oficial.

Creando una cultura viva, matando el texto, la letra muerta y salvando el espíritu, es la única manera de crear una verdadera nacionalidad. Ya lo sabemos esto, jóvenes, por una larga y dolorosa experiencia. Desde hace cien años estamos atestados de profesionales en los cuales no ha despertado ni se ha formado el hombre. Criaturas enclenques que han marchado por la vida agobiadas por su título, por su oficio y por su lucro. Criaturas sin responsabilidad moral que lo mismo les daba vivir con sus ideas, con la justicia o contra la justicia, con la verdad o sin ella. ¿Qué podemos esperar y exigir de criaturas irresponsables?

Las nuevas generaciones no nos podemos resignar a semejante degradación. Tal vez nuestro apasionamiento y nuestra sed de vida nos lleva a extraviarnos alguna vez, pero nuestro objetivo es el más sagrado objetivo del hombre. El que no se siente con voluntad ni con capacidad de crear que se quede en casa a dormir la fatiga que no ha sufrido y a descansar el trabajo que no ha hecho, pero ¡por los dioses inmor-

tales! que no obstaculice el camino de los que vamos, entre tropiezos y desgarrones, hacia el alumbramiento de una nueva vida.

Crear una nueva vida, he aquí nuestra suprema responsabilidad. Para crearla, es preciso vivir la cultura. Así lo han hecho todos los grandes pueblos de la historia.

Y para vivir la cultura –ya lo he dicho– es preciso que la universidad se proyecte hacia el pueblo y que el pueblo se incorpore en la universidad. No puede haber una cultura de clase o de casta porque a la postre se esteriliza y se corrompe. El cerebro rige el cuerpo y el cuerpo vivifica y tonifica el cerebro. Sístole depuradora y diástole vitalizadora; absorción y aireación que presiden toda grande obra humana. Universidad y pueblo son dos vasos comunicantes cuyo nivel superior o inferior lo determinan la mayor o menor mentalidad y moralidad de ambos. Son, si se quiere, dos factores intercambiables que presiden todo proceso histórico.

Felizmente para el Perú las últimas generaciones universitarias han iniciado el acercamiento de la universidad al pueblo y del pueblo a la universidad. La tarea no está más que empezada; es necesario acrecentarla e intensificarla. Tengo la esperanza de que por este camino hemos de lograr la realización de la cultura en la vida y en la patria y no solamente en los libros y en las cátedras. Cabalmente recordamos hoy el primer abrazo grandioso entre el pueblo y la universidad. Ya sabemos cómo quedó sellado para siempre este abrazo. Por primera vez en el Perú se produce un gesto de cultura viva en oposición al texto frío y a la letra muerta.

¡Jóvenes, vivamos la cultura y entonces amanecerá el gran día del Perú y América!...

(*Amauta*, año III, nro. 16, pp. 35-36, Lima, julio de 1928).

¿CUÁL ES LA CULTURA QUE CREARÁ AMÉRICA?

Civilidad y especialidad

Dije en un artículo que publicó *Amauta* que uno de los factores que caracterizaban a la cultura occidental era su sentido, su instinto, su vida civil. Así es en efecto. En las culturas orientales la vida civil casi no existe porque carecen de sentido histórico, de continuidad cronológica. La vida antigua se desarrolla en el presente sin retrospección al pasado ni proyecto al porvenir.

América hereda este sentido europeo de la vida civil y lo agudiza hasta un grado máximo. Lo hace hasta tal punto que lo convierte en una de las fuerzas directrices de su cultura, como lo fue en Europa.

Pero llega un momento en que la cultura occidental se especializa, cuando alcanza un ápice de su potencia universal. La *especialidad* entonces mata a la *civilidad.* Hasta el siglo XVIII el humanismo, el enciclopedismo renacentista impidieron que mediara este signo de muerte. El europeo va perdiendo poco a poco su conciencia histórica, la orientación étnica de su destino. La ciencia se industrializa y se hace ciencia aplicada. La confección de una cabeza de alfiler o la fabricación de un simple resorte de maquinaria, pongamos por caso, ocupan toda la atención y toda la actividad inteligente del obrero, del industrial o del científico. Se pierde la visión panorámica de las cosas en medro de la particularidad y del detalle. El técnico devora al ciudadano. La política se profesionaliza y se rebaja. El poeta no es más que poeta, el químico no es más que químico, el comerciante no es más que comerciante y todos dejan de ser hombres civiles. La ciudadanía se torna parasitaria y se reduce a una casta profesional: la de los políticos de oficio. El técnico y el especialista detestan a la política y a los políticos. Se define entonces lo que podríamos llamar la etapa de la *puridad,* neutra, vana, medrosa, miope, sin grandes alientos culturales. Llegan entonces la poesía pura, la filosofía pura, la historia pura y hasta la química pura. De este modo poesía, filosofía, historia y química se *impotabilizan* para la vida total. El europeo se torna impotente para los grandes panoramas políticos. La política, la ciencia, el arte y, la industria se especializan. Apenas se elevan algunas cumbres luminosas: Romain Rolland, Unamuno, Einstein. Todos los demás son especialistas,

hasta los políticos. Este hombre especializado llega hasta especializar el despotismo y crea las especialidades de Mussolini y Primo de Rivera.

América recoge o va recogiendo el instinto, el sentido de la civilidad. (No hay que olvidar que Estados Unidos, el país por excelencia de la técnica, de la especialidad y de la ciencia aplicada, no es enteramente América sino una Europa trasplantada, *superagudizada,* elevada a la máxima potencia). Este sentido de la civilidad preside toda la vida nueva de América. Las últimas generaciones son generaciones civiles que están creando la civilidad americana. El europeo ha dejado de ser un hombre civil. De otro modo, después de veinte siglos de experiencia política, no habría caído en la dictadura y en la peor de las dictaduras: en la dictadura del analfabetismo y en el despotismo bufo de opereta.

Para cerrar el cuadro, los intelectuales europeos, habiendo perdido su civilidad, son los mejor resignados a la violencia y a la tiranía. Recordemos las palabras y el espíritu de las palabras que dirigió Ortega y Gasset a un "estudiante de Filosofía en Argentina". Es un llamamiento mesurado a la disciplina de la juventud, al domesticamiento académico del estudiante. Crear una patria, hacer intensa vida civil es para el intelectual europeo de hoy incalificable indisciplina. Por no faltar a la disciplina la mayor parte de los intelectuales españoles son actualmente embajadores, guardasellos y cancilleres de Primo de Rivera.

Y esta extirpación o debilitamiento de la vida civil es un signo de muerte para las culturas y para las razas. No es la primera lección que la historia nos da en este sentido. Así como su vigorización y vitalizamiento nos revelan que un nuevo elemento y una nueva posibilidad palingenésica surgen en el vasto devenir humano.

Y es preciso volver otra vez hacia la reforma universitaria de Córdoba, cuya gran trascendencia histórica apenas es sospechada por algunos pensadores americanos. Lo de menos en el movimiento han sido sus propósitos inmediatos, la expresión cercana de sus fines. Su fuerza reside principalmente no en su realización ni en su motivación reformista sino en su proyección, en su *sentido,* que diría Keyserling. El movimiento de Córdoba hay que estudiarlo como *impulso instintivo y vital* y no como la expresión de una realidad dada y conclusa. Estamos ante un hecho que se resiste a toda racionalización sistemática, porque en su seno se encierra todo el misterio, la profundidad y la riqueza del porvenir. Uno de aquellos hechos que por

su volumen vital y por su significado son superiores a la inteligencia y a la previsión humanas y en que los hombres son meros actores o instrumentos del multifacético drama que empieza a realizarse.

¿Y el movimiento de Córdoba qué es en su esencia última sino un movimiento civil de las nuevas generaciones americanas para crear una cultura, un movimiento de la nueva América hacia su civilidad? Porque la ciudad de Córdoba no fue sino la ubicación fortuita de un impulso vital que está pugnando y madurándose en todo el continente. Prueba de ello es su fulminante repercusión y contaminación ecuménicas.

(*Amauta*, año III, nro. 17, pp. 14-16, Lima, setiembre de 1928).

¿CUÁL ES LA CULTURA QUE CREARÁ AMÉRICA?

Mexicanización y argentinización

Si se quisiera reducir a una fórmula escueta el proceso actual de la historia de América, podría confeccionarse la siguiente: México representa la incomprensión de Europa frente a América, es decir, frente a lo estrictamente americano. Argentina representa la comprensión de América frente a Europa, es decir, a lo excelsamente europeo. Vale decir, en México la capacidad asimilativa de Europa para comprender una cultura que nace pone más de manifiesto su agotamiento que en cualquier país de nuestra raza; y en Argentina la capacidad de rebasamiento, mejor dicho la voluntad de superación de la sensibilidad de América sobre la realidad europea se acusa con rasgos más netos y definidos. México represente la encrucijada de la cultura europea, la desgarradura de un espíritu que presidió los destinos del mundo por varios siglos. Argentina nos revela con resuelta claridad la continuidad de América sobre la herencia o el acervo de Occidente. En México, Europa se clausura para siempre; en Argentina, América se abre hacia el porvenir.

Y la incomprensión de Europa frente a la Revolución mexicana, que es la Revolución americana, se expresa por boca de Guillermo Ferrero al confundirla con la

sordidez de las dictaduras fascista y española con las que no tiene más relación que la epidérmica violencia externa, porque están en dos polos opuestos en su significado vital y creador. La comprensión de América frente a los valores espirituales de Europa se nos ilumina con singular claridad en la fuerte y luminosa vida argentina. No es el acaso que de la Argentina parte el movimiento cultural de más ancha proyección histórica que se ha dado hasta este momento en América.

Se puede afirmar que alrededor de estos dos núcleos gira la primera etapa del porvenir de la futura cultura americana. Movimiento de concentración de la periferia al centro y no acción expansiva del centro hacia la periferia. Rasgo característico que ha de servir como de clave para la total comprensión del nuevo espíritu americano. La casualidad o la predestinación ha puesto también geográficamente a estos dos pueblos en los dos puntos extremos del mundo indoamericano. De norte a sur y de sur a norte corren dos estremecimientos complementarios que guardan en sus entrañas el futuro huevo cósmico de una nueva raza superada.

Y como presencia compulsiva de Europa hacia la eclosión del característico espíritu de América, el destino puso a la cabeza del continente a Estados Unidos que amenaza devorarlo con sus desmesuradas fauces si a tiempo la raza del sur no toma conciencia de su grandioso destino histórico, confederándose en una potente comunidad mental, moral y económica. Acaso esta resistencia amenazadora del norte ha servido y servirá de incentivo o acicate para que América alcance su razón y vigor definitivos. Estados Unidos es a la vez para nuestros pueblos el campo de experimentación de la banalidad de una prepotencia fundada sobre los valores más deleznables y efímeros de una civilización decadente y la constatación del castigo que aguarda a las razas que hicieron la renuncia de su ser más esencial y profundo por una copia o calco servil.

La etapa de la gran revolución americana que ha comenzado en el pueblo de los aztecas y que acabará por abrazar en un inmenso incendio creativo a todos los pueblos indoamericanos puede definirse como la etapa de la mexicanización y la argentinización de América.

Trujillo, setiembre de 1928.

(*Amauta*, año III, nro. 18, pp. 8-9, Lima, octubre de 1928).

ALGUNAS NOTAS DE ANDAR Y VER

Contribución a la estimativa de Ortega y Gasset[1*]

I

Algunas notas de andar y ver

Tiene la obra de Ortega y Gasset el suficiente volumen intelectual y se ha movilizado lo suficientemente hacia América para que su presencia no provoque, en estos instantes, la acción y reacción consiguientes. A su perspicacia mental no ha de ocultarse que las jóvenes generaciones americanas, en esta oportunidad, tratan de formular la "estimativa" del escritor. Palabra que, por otra parte, él ha hecho circular con tan profusa fecundidad. No es este viaje para "Notas de andar y ver" porque, esta vez, le ha constituido en centro o foco de proyección y está caminando para ser visto, aunque él no se lo proponga. No tiene ni puede tener ahora la necesaria liberación de sí mismo, el justo extravasamiento objetivo para percibir y gustar el paisaje, le faltaría serenidad y aptitud de captación. Ahora, él mismo es paisaje y somos nosotros los americanos los que viajamos, apuntando "notas de andar y ver" a través de su espíritu y de su obra. Ortega y Gasset, en esta gira por Sudamérica, no puede hacer otra cosa que asistir a su propia estela o reverberación. Tiene que resignarse a no ver el paisaje americano, a que solo le llegue de una manera tangencial.

Posición, oposición

No hay otra manera de coger el paisaje –en cuanto puede ser cogido– que oponiéndonos a él. Si nos entregáramos a su integral influencia, no podríamos asimilarlo en

[1*] Nota de la Redacción: Este ensayo estaba destinado por Antenor Orrego a un número polémico sobre Ortega y Gasset que proyectábamos publicar a su paso por Lima, pero Lima no estaba en el itinerario de viaje del filósofo español, quien no pudo aceptar la invitación de nuestra universidad. Así, nuestro proyecto quedó aplazado.

ningún sentido. Quedaríamos absorbidos. El paisaje en sí es *impotable,* como el agua químicamente pura. Para asimilar y "estimar" a Ortega es preciso que nuestra sensibilidad se proyecte contra las resistencias que nos ofrece su obra. Tenemos, pues, que elegir, previamente, nuestras posiciones para llegar a la oposición. Para ello es perentorio, aunque suene a paradoja, destacamos hacia su instrumento emocional porque el pensamiento es vital y eficaz, históricamente, en la medida en que la sensibilidad o la emoción lo vehiculiza. Quiero decir, de acuerdo con Keyserling, que el sentimiento solo es prolífero para las culturas en cuanto carga o arrastra un pensamiento o, a la inversa, que el pensamiento solo tiene vigor cronológico o histórico en cuanto ha sido vehiculizado por nuestra contextura emocional.

Humanización, deshumanización

Estéticamente, Ortega y Gasset ve una deshumanización del arte en momentos en que más se humaniza. Nunca el hombre, como en esta época, puso más viva y palpitante su entraña en la expresión literaria y artística. El arte contemporáneo, el arte histórico, el arte constructivo de la nueva cultura que deviene es la expresión desgarrante del hombre, colocado en la dantesca encrucijada de dos épocas. El hombre de hoy tiene un calcaño asentado en la época muerta y el otro sumergido en la hirviente fluencia del porvenir. En el presente, como punto y escena beligerantes, ambas fuerzas se disputan la presa con voracidad lancinante y trágica.

La sensibilidad estética de Ortega se ha quedado en la etapa pretérita y su emoción no ha querido vehiculizar esa tragedia del pensamiento nuevo, este estremecimiento sobrecogido de la criatura recién nacida, este vagido angustiado de la historia.

No es verdad que estilizar sea deshumanizar. La obra de arte, como obra de hombre, nunca podrá, aunque quiera, salirse de la humanidad. Es nuestra común médula humana lo que hace entenderla y entendemos. Ortega, partiendo de una falsa observación, ha llegado a una falsa definición. Lo que hace el estilo es extraer la categoría humana de las cosas y de los seres para incorporarla a nuestra sensibilidad y a nuestra emoción, aún en el momento en que más parece apartarse de la realidad.

Porque en todos los seres y en todas las cosas hay una lonja o parcela a-humana o inhumana, bagazo o escurraja que nos separa de ellos y que es intransferible en absoluto. El arte es una obra de transferencia y está fundado sobre esta realidad. De otra suerte, las cosas serían impotables para nosotros. El estilo separa la escurraja y nos da la nutritiva sustancia común. No podemos absorber la naturaleza sino después de un proceso de kimificación y de kilificación. Sin estilo no podríamos incorporar a nosotros la objetividad circundante. El estilo no deshumaniza sino, más bien, humaniza. Porque no todo en el hombre es humanidad, hay en el hombre un no-hombre. Y el proceso de extraer la humanidad del hombre y de humanizar las cosas y los seres se llama estilo. Y el estilo es la obra de arte.

Por el camino de la deshumanización, Ortega tenía que llegar, si quería ser consecuente consigo mismo, a la concepción del arte puro, del arte aristocrático, del arte distinto de la vida. He aquí el escollo en que ha naufragado la sensibilidad y la mente europeas de la decadencia. Porque hay una Europa renaciente, una Europa nueva, una Europa que deviene. Ortega y Gasset es un caso sintomático de un sector europeo, así como Romain Rolland, Unamuno, Keyserling son también casos sintomáticos del otro sector.

La mente decadente de Europa quiere evadirse, en esta coyuntura, porque no puede humanizarla, porque carece de un gran estilo. La evasión es siempre signo evidente de vencimiento y de impotencia. Los pensadores como Ortega y Gasset buscan consolarse, sin saberlo ni proponérselo, con la teoría de la deshumanización, consuelo monstruoso que nos lleva directamente a la negación del arte mismo y de la vida.

El arte, la expresión más alta del hombre, no puede nunca deshumanizarse porque no puede jamás salirse del hombre sin hacerse trizas. El arte, al contrario, tiende, cada día, a humanizarse más, aguzando, afinando sus instrumentos expresivos, dilatando su panorama consciente, sensibilizando sus antenas de captación. Todo el proceso del arte contemporáneo es, precisamente, una superagudización, un hiperesteseamiento del hombre para captar, para humanizar parcelas de realidad que antes quedaban por sobre o por debajo de la conciencia. El arte de hoy, el arte que deviene no es una evasión, como cree Ortega; es, al contrario, un entrañamiento más acendrado y profundo. Todo el poder dialéctico del maestro español, toda su

elegancia verbal y toda la sugestión de su fuerza expresiva son impotentes para ahogar esta evidencia que se adelanta, imperativamente, hacia nosotros, a cada minuto, a cada instante de la historia contemporánea.

Racionalismo, revolución

Con este mismo epígrafe publiqué en *Amauta* en febrero del año pasado un artículo que era, cabalmente, una impugnación a la teoría de "El ocaso de las revoluciones" del ilustre pensador que nos visita. Voy a transcribir, resumiendo, mis puntos de vista esenciales de entonces que lo son, también, los de ahora.

Crear pensamiento, es decir, crear cultura, no es construir ociosos sistemas sutiles, desplazados de toda palpitación cósmica, sino descubrir categorías inéditas que nos revelan la esencia de las cosas, de los seres y de los sucesos; colonizar, como diría Eugenio D'Ors, para el conocimiento zonas inexploradas de sabiduría en estado de *res nullius*. No es la razón pura y deshumanizada que se alza como conductora de la vida; es la realidad fluyente categorizada que busca razones nuevas para expresar y plasmarse como superación vital.

Creo que la docencia académica y universitaria nos ha dado un Sócrates falsificado y subvertido. El héroe de la cicuta no murió racionalizando la vida, sino vitalizando la razón, que es radicalmente distinto. El hombre que cercano ya de la muerte se ocupa de aprender en la flauta una melodía nueva para morir sabiéndola no puede ser el esclavo de la razón sino su soberano.

La razón pura nos lleva a la utopía o, lo que es lo mismo, a la esterilidad y la locura. La razón vitalizada, que tiene sus raíces en la fluencia de la realidad, nos lleva a la fe, es decir, a la heroicidad porque conforta nuestra esperanza.

La razón pura florece bien en el manicomio porque el loco está desprendido de toda realidad vital, porque su cerebro no reacciona sobre la objetividad ambiente, porque su razón es la máxima agravación de una subjetividad cerrada, impermeable a todo estímulo objetivo. Conviene, por higiene mental, llegar a esta distinción con toda claridad posible.

Hay una cierta voluptuosidad del pensamiento por el pensamiento mismo que no le importa gran cosa la verdad y, por tanto, la sabiduría. Esta voluptuosidad suele darse en épocas esencialmente racionalistas en que el hombre se embriaga con el maravilloso juego de las ideas puras, con el primor deportivo del ejercicio dialéctico. Mera destreza o virtuosismo lógicos. Esta posición por desinteresada y alta que sea, es siempre una voluptuosidad, un sentido hedonístico de goce que no es otra cosa que egoísmo negativo y vano de la inteligencia. La escolástica fue, en cierto respecto, esta voluptuosidad. Habilidad dialéctica consumada que fue la subversión de la razón contra los sagrados imperativos de la vida. El ejercicio del pensamiento perdió su función vital para convertirse en opresor y deformador del espíritu. La escolástica es el pensamiento deshumanizado y vano que ha perdido el sentido de su demarcación vital y que se ha disparado fuera de su contorno biológico, donde residen todas sus posibilidades humanas. Dejó de ser un simple instrumento de la vida para convertirse en su tirano. El medio o vehículo pretendió trocarse en un fin en sí mismo.

La vida no se transforma ni se supera desplazándose hacia la pura racionalidad que solo crea entelequias muertas. La vida se transforma y asciende categorizando las realidades palpitantes.

Categorizar no es deshumanizar arrancando al hombre de la atmósfera vital donde respira. Categorizar es eliminar la escurraja o residuo del hecho efímero para alcanzar la posibilidad humana de una perfección nueva sin deformar la auténtica e inalienable efigie del hombre.

Ortega y Gasset ve el ocaso de las revoluciones en la ausencia de un pensamiento racional. La racionalidad pura no es revolucionaria; es utópica y estéril. Las revoluciones no son tales por su pura racionalidad; lo son por su fuerza vitalizante y renovadora.

Declarar la caducidad de las revoluciones es declarar para siempre la caducidad de la historia y del hombre como criatura ascendente. Nada revela más la fatiga espiritual de Europa que este pensamiento que empareja o hermana la pura racionalidad con la revolución.

La pura racionalidad no es revolucionaria; es conservadora, estática y reaccionaria, porque exige de la vida un imposible, es decir, una deshumanización, una

dislocación epiléptica, una deformación monstruosa. No hay mayor enemigo de la revolución que la utopía. Los más grandes revolucionarios fueron siempre mentes lúcidas, nombres que han estado con los pies bien plantados en la realidad de su época, espíritus profundamente prácticos y realistas de un eficaz y penetrante sentido político.

Esta posición negativa de muchas mentes europeas denuncia a las claras el colapso en que ha caído Europa, que se siente cumplida y realizada ya, como si se hubiera cerrado definitivamente el ciclo de su destino, sin porvenir ni esperanza posibles. Es el alma desencantada de la Europa postbélica de que tanto se nos habla; y desencantada, no por exceso de pensamiento vitalizante sino por exceso de racionalidad pura y entelequia.

La revolución no abstrae ni pasma las perfecciones nuevas, sino que las vive, las incorpora al porvenir, las luchas y las conquistas. La razón para no extraviarse ni extraviar al hombre debe incorporarse en una recia encarnación humana. Fuera de ella se desvitaliza y desvitaliza la realidad. Debe cribarse en el ánima del hombre y en el hálito del mundo. Debe ser, ante todo, historia humana y no desglose y violencia frenética de la vida.

Política, apolítica

Otra característica del sector decadente de Europa es el apoliticismo de los intelectuales. Se pretende abstraer al hombre de carne y hueso en su mera y escueta función especulativa. Se pretende desglosarlo de la vida o, por lo menos, de ciertos sectores de la vida. En una palabra, se pretende deshumanizarlo. Pero el hombre no puede eludir la vida, que es superior a su voluntad, a su razón contingente y a sus cálculos. Lo más que hace es deformarse a sí mismo, restringiendo o comprimiendo su expansión natural.

Ortega y Gasset vuelve a ser congruente con su teoría de la deshumanización, cuando propugna el intelectual puro, es decir, el hombre apolítico. Recordemos, de nuevo, las palabras que dirigió "a un estudiante de Filosofía en

Argentina". Pero el hombre está dentro de la historia, singularmente, el hombre contemporáneo; y el sentido histórico es sentido y eficacia políticos.

Por lo demás, el pensamiento de Ortega es representativo de cierta zona europea y de cierta zona envejecida y pretérita de América. Vuelvo a hacer aquí otra autocita:

"Llega un momento en que la cultura occidental o europea se especializa, cuando alcanza al ápice de su potencia universal. La *especialidad* mata a la *civilización.* Hasta el siglo XVIII el humanismo, el enciclopedismo renacentista impidieron que medrara este signo de muerte. El europeo va perdiendo, poco a poco, su conciencia y su sentido histórico. La ciencia se industrializa y se hace ciencia aplicada. La confección de una cabeza de alfiler o la fabricación de un simple resorte de maquinaria, pongamos por caso, ocupan toda la atención y toda la actividad inteligente del obrero, del industrial o del científico. Se pierde la visión panorámica de las cosas en medro de la particularidad y del detalle. El técnico devora al ciudadano. La política misma se profesionaliza y se rebaja. El poeta no es más que poeta, el químico no es más que químico, el comerciante no es más que comerciante y todos dejan de ser nombres civiles. La ciudadanía se torna parasitaria y se reduce a una casta profesional: la de los políticos de oficio. El técnico y el especialista detestan a la política y a los políticos. Se define, entonces, lo que podríamos llamar la etapa de la *puridad,* neutra, vana, medrosa, miope, sin grandes alientos culturales. Llegan la poesía pura, la filosofía pura, la historia pura y hasta la química pura. De este modo, poesía, filosofía, historia y química se *impotabilizan* para la vida total.

El europeo se torna impotente para los grandes panoramas políticos. La política, la ciencia, el arte, la industria se especializan. Todos, o la mayor parte, son especialistas, hasta los políticos. Este hombre especializado llega, también, a especializar el despotismo y crea las especialidades de Mussolini y Primo de Rivera".

El apoliticismo de Ortega y Gasset se ha demostrado, con luz singular, frente a la actual dictadura española. De la teoría ha pasado a la práctica o, mejor dicho, la práctica ha buscado racionalizarse y justificarse en la teoría. El caso de Ortega no es único en España ni en Europa.

Reflexiones finales

Estas "notas de andar y ver" no abrazan, no pueden abrazar todo el paisaje. Se trata solo del aspecto negativo, de las resistencias que la obra y el pensamiento de Ortega nos ofrecen a los americanos. Pocas obras españolas han tenido más repercusión y más difusión en América que la obra de Ortega, ya por acción o ya por reacción. Le debemos, sobre todo, el habernos puesto en contacto con ciertas zonas considerables del pensamiento europeo contemporáneo. Ha sido un acicateador y un suministrador inteligente de nuestra curiosidad intelectual. Pero este aspecto ya es el aspecto positivo de Ortega. Lo dejamos para otro día y para otra oportunidad.

Trujillo, diciembre de 1928.

(*Amauta*, nro. 20, pp. 23-28, Lima, enero de 1929).

¿QUÉ ES UNA FILOSOFÍA?[1]

¿Cuál es la función de pensar?[2]

Sumerso en la heteróclita disgregación de todas las ideas, de todos los sistemas y de toda la estructura cultural en que se asentaba la vida contemporánea, en medio del caos moderno el americano de hoy tiene que comenzar por el *comienzo.* Valga la redundancia. Y tiene que revestirse del suficiente valor para comenzar. Raza que renuncia a comenzar se condena a no llegar a ser jamás una valoración intrínseca en el devenir de la historia.

Después de repetir malamente a Europa, en segunda edición desvitalizada –no podía ser de otra manera–, los americanos nos estamos convenciendo que América solo saldrá de sí misma en la proporción del esfuerzo y del valor que tengamos para descubrimos. Todas las grandes y pequeñas culturas han partido de esta certidumbre. Escrito está que cada nueva agrupación humana únicamente puede salir de sí misma, nutrirse de sus propias entrañas. Su conformación biológica no ha sido hecha para asimilar alimentos extraños. No ha sido ni es vano el mito de Saturno.

Tenemos que responder originalmente a las interrogaciones fundamentales que se han hecho las razas y los pueblos de todos los tiempos. Hasta ahora las respuestas las hemos aprendido de bocas extrañas, a la manera como el escolar nemotecniza para el examen las respuestas de su programa. Hemos estado dando examen hace más de cinco siglos, desde que los invasores destruyeron las culturas autóctonas de nuestras tierras, que tuvieron sus propias respuestas. Nuestra literatura, nuestra filosofía, nuestra política, nuestra economía han sido una trabajosa y angustiante preparación de exámenes, un aprendizaje de respuestas que en nosotros se tomaban yertas y se mecanizaban porque no eran las nuestras.

De la manera como reaccionemos frente a estas interrogaciones fundamentales depende todo nuestro porvenir espiritual y material. Una cultura no es sino un

[1] Nota del editor: Este artículo no está incluido en la edición de *Estación primera.* Fue el último que publicó Antenor Orrego en *Amauta.*

[2] Introducción al libro *Helios,* próximo a publicarse.

conjunto de respuestas que una colectividad humana da en el curso de determinado ciclo histórico. América ha comenzado o va a comenzar a dar sus respuestas. Todo lo revela y lo anuncia. Respuestas en acción y respuestas en pensamiento, respuestas en arte y respuestas en política. Todo eso tiene que constituir su voluntad de ser y su voluntad de poder.

La misma peripecia de Sócrates en la cultura griega, la misma peripecia de los escolásticos en la Edad Media y la misma peripecia de Descartes en la Edad Moderna tiene que repetirse en nosotros de modo inexorable. Debe repetirse porque de otra suerte no somos ni seremos nada. Tenemos que responder y definirnos. Nuestra intuición o conjunto de intuiciones tienen que revestirse de su paramento racional para expresarse. Tenemos que crear nuestras propias razones.

Crear y verbalizar estas razones colectivas, extraerlas del caos de lo indefinido, expresar un determinado orden de sabiduría, definir por medio de ellas una determinada estructura o jerarquía vital, he aquí el objeto y la función de la filosofía.

La idea es abstracta, impersonal, antivital, extraña a la sustancia carnal y a la realidad psíquica del hombre; es decir, extraña a la vida. En cambio el pensamiento es algo concreto e individual, algo que está en la carne y en el alma del hombre que lo expresa.

La idea para antropomorfizarse y hacerse pensamiento necesita vehiculizarse a través de la realidad y del corazón del hombre. Solo a este precio puede hacerse acto o, lo que es lo mismo, un factor operante dentro y fuera del sujeto. No solo se piensa con el cerebro; se piensa con todas las potencias físicas y espirituales del hombre. El pensamiento es un todo vivo, orgánico, eficiente y perfectamente estructurado.

La idea carece de ritmo, de vibración y de elocuencia personales; es ahistórica, neutra, ambigua y, hasta cierto punto, vaga e indefinida. La idea carece de estilo, de colorido individual; no se ha sumergido en el abrevadero del hombre. Por el contrario, el pensamiento resume siempre de la historia; es una definición y una distinción entre la indeterminación y el caos de la idea.

El objeto esencial de una filosofía es expresar el estilo de un hombre y de una época, la manera de reaccionar de una raza frente a los enigmas del Universo. Esto equivale a decir que el objeto de la filosofía es el pensamiento. De lo contrario es una fría armazón lógica, indefinida, enteléquica y cadavérica.

Solo el estilo es definición y orden dentro de la vaguedad caótica del Cosmos, es el mensaje de la vida a través de cada ser y de cada forma. El estilo es el único vehículo por el que se traduce la vida, se concretiza y se hace perceptible.

La verdad solo podemos poseerla como estilo, es decir, como ritmo y vibración personales. La verdad es la expresión plena de la realidad biológica, psíquica y espiritual del hombre en determinada fase de su evolución histórica. No hay verdad impersonal y completamente abstraída del sujeto viviente y pensante.

En toda filosofía hay dos elementos que no se les diferencia y que a menudo se les confunde. Por un lado, una idea o un conjunto de ideas asimiladas, trasfundidas en el ser, estilizadas en el individuo pensante, que es lo que constituye el pensamiento vivo. Por otro, una idea o un conjunto de ideas muertas, vagas, abstraídas, desvitalizadas y ahistóricas. El primer elemento es el único que cuenta para la filosofía, es decir, para la vida misma. O para definir en una palabra: solo la idea dramatizada, estilizada, que ha corrido la peripecia individual es la que puede definir o expresar una verdad que realmente sea percibida y aprovechada por el hombre.

Comprendida esta distinción en todas sus consecuencias, es fácil comprender, también, lo vano y lo ocioso que es discutir racionalmente la filosofía en su armazón enteléquica, de idea pura y abstracta.

Lo único necesario es comprender el ritmo individual, el estilo original de una filosofía, asimilarlo en nuestro ser; incorporar en nosotros la verdad que este expresa, carnalizar en nuestra realidad el pensamiento, la peripecia dramática que representa.

Una filosofía es tanto más grande o tanto más genial cuanto es el pensador que ha estilizado la idea o el conjunto de ideas que la constituye. El llamado caos de las filosofías que confunde a los temperamentos no filosóficos es el caos de las ideas abstraídas, desvitalizadas y discutibles. Un pensamiento histórico no puede ser discutido si no es comprendido y asimilado.

Trujillo, Perú.

DOS CARTAS[1]

De Antenor Orrego a José Carlos Mariátegui

Trujillo, 16 de julio de 1924
Señor José Carlos Mariátegui
Lima

Mi buen amigo:

Apenas tengo tiempo de ponerle algunas palabras. He seguido con harta pena el proceso de su enfermedad y espero que se encuentre usted ya bien.

Le incluyo un cheque por veinticinco libras, cantidad con que los hermanos de Trujillo quieren ayudarlo en estos días dolorosos. Lamentamos que nuestra pobreza no nos permita hacerlo con mayor eficacia.

El portador de esta carta es nuestro amigo Manuel Vásquez, quien lleva los saludos de la hermandad trujillana. Dispense la brevedad de esta carta y reciba un cordial abrazo de su atto.

Antenor Orrego

[1] Nota del editor: Publicadas en el tomo I de *José Carlos Mariátegui / Correspondencia*, Lima, Biblioteca Amauta. 1984, pp. 48 y 116-117.

Trujillo, 29 de diciembre de 1925
Señor don
José Carlos Mariátegui
Lima

Querido compañero:

De nuevo he pecado por mi negligencia epistolar incurable. Pero sé que usted ha de perdonármelo. He recibido su libro. Lo estoy leyendo con la atención, seriedad y afección intelectual que merece. Por fin en el país los escritores comienzan a salir de esa frivolidad despreocupada, de esa necia banalidad ególatra al uso; de ese antiestecismo artístico que es incapaz de construir nada y que los convertía en vistosos escaparates literarios.

La labor me es simpática, precisamente, por su contenido ético, por su significación social y humana, por la valerosa seriedad con que se ha colocado usted en un país de guiñol en el que jamás se oye vibrar la noble pasión del hombre que se entrega a una fe. Tengo la seguridad que su obra se ha de proyectar –se está proyectando ya– benéficamente en nuestro país en los núcleos más puros que no tienen compromiso con el pasado, es decir, con la mentira. Porque esta es nuestra mayor tragedia nacional. El pasado nada nos ha dejado, nada que sea susceptible de asumir cierta positiva continuidad histórica. En los demás pueblos chocan pasiones contrapuestas, pero sinceras y fervorosas. En el nuestro solo chocan intereses materiales, solo hay fantasmas de todo; es la máxima mentira, la mentira absoluta y auténtica, porque todo está mixtificado y desvitalizado.

Claro está que no coincido con algunos de sus personales puntos de vista. Y es lógico porque nuestras pupilas no pueden tener una idéntica y absoluta acomodación visual para mirar las cosas, pero siento que en lo fundamental, en lo que respecta al pensamiento contemporáneo y a la acción que precisa realizar en nuestro país estamos colocados en una misma perspectiva mental e histórica. Mi sentido histórico y el suyo no parece sino que para llegar a su actual temperatura ética se hubieran propuesto los mismos problemas y los hubieran resuelto con el mismo diapasón moral e intelectual; ambos sentimos agudamente, con idéntica sensibilidad exasperada, nuestras responsabilidades históricas, sociales y éticas. Su libro es

algo de lo más serio, trabado y constructivo que se haya producido entre nosotros. Las nuevas generaciones han de agradecérselo. Tengo el propósito de escribir en *El Norte* un artículo reposado, donde trataré de fijar con toda la penetración, lealtad y acuciosidad ideológica de que modestamente soy capaz la posición suya dentro de las nuevas generaciones nacionales. Espero lograrlo en la medida que lo deseo.

Para la difusión de su libro en el norte de la República, le ofrecemos las columnas de nuestro diario. Envíenme avisos, artículos y todo lo que se ha producido o se produzca alrededor de él. Ya sabe usted que *El Norte* está adscrito a determinada atmósfera moral y espiritual del país y para servirla en todos sus aspectos es que ha sido fundado. Es un hogar nuestro, tanto mío como suyo y de los demás espíritus libres que trabajan por el advenimiento de una realidad renovada y humanamente más noble y justiciera.

Le agradezco la acogida de uno de mis libros en la editorial Minerva. Habría querido enviarle el que considero más fundamental de los tres, *Helios*, que es un ensayo para una filosofía o interpretación del pensamiento. Por desgracia, aunque está terminado ya, no estoy satisfecho aún con su trabazón o construcción interna. Estoy harto temeroso de que mi autocrítica no sepa ubicarlo en su verdadera posición ideológica; de que mi amor propio o, simplemente, mi entusiasmo de creador le impriman una acentuación mental que rebase su estructura literal, su horizonte o realidad expresiva. Nunca he tenido más escrúpulos intelectuales que frente a este libro. Necesito, pues, reposarlo, tratar de proyectarme fuera de él antes de decidirme a imprimirlo.

Pero le ofrezco mandarle *Panoramas*, recopilación de algunos ensayos y artículos publicados unos e inéditos otros. El libro alcanzará, a lo sumo, de 150 a 200 páginas en formato corriente. Si le parece bien, avíseme para darle los últimos toques y remitírselo.

Su libro ha interesado aquí bastante por los pedidos que se nos hacen; pero necesita mayor propaganda. Mándenos artículos y avisos. Alcides le informará detalladamente.

Estoy deseoso de hacer un viaje a Lima y conocerle personalmente. Espero que pronto se realice.

Antenor Orrego

Sócrates yacente

Habías reído corazones del mundo
y tu dolor fue mayor
que todas las edades...

Tu frente abrió el amanecer,
todas aves
aprendieron el origen de sus trinos.

En tus ojos, dos gotitas de universo
la Libertad cantaron las estrellas.

Amaste, porque no habías nacido
para matar el alba,
y al polvo de la cruz
tu palabra abrochaste de ternura.

Yo sé que al cielo le arrancaste
su inocencia
y como el agua corriste por la tierra.

Los árboles se constelaron de colores
y madurando en tu occipital
quedóse la raíz de los fusiles...

Y entonces te amamos de sepulcros.

En el mensaje blanco de tu izquierda
nació un caudal infinito de astros.

Y América supo
que tras de su costado
hay otra América sangrando.

A tu estancia aglomeráronse
las espigas y los nidos
y tu lágrima creció tanto como un himno.

En las ramas del aire
las palomas te trajeron
tu iris olvidado en la pared de los quepís.

Amaste tanto, y fuiste un olmo de luces.
Sin embargo, tu soledad fue mayor que todas las edades.

Claudio Saya



Artículos publicados en *La Reforma*

Trujillo (1918-1920)



PRIMERA PARTE

I. COMENTARIOS AL CABLE

El desastre del militarismo

Por todas partes aparecen graves síntomas que hacen prever ya el cercano desastre de Alemania. La defección y la derrota de Bulgaria; las propuestas de paz de Austria, sin atreverse a sostener sus proposiciones extremas anteriores; el avance victorioso de los ejércitos aliados en todos los frentes, y tal o cual noticia aislada del descontento del pueblo alemán, que originará posiblemente un movimiento revolucionario contra la dinastía de los Hohenzollern, si esta persiste en sostener al *junkerismo.*

La intervención americana ha sido pues decisiva militar e idealmente. Gracias a ella el principio democrático triunfará definitivamente y el pueblo alemán, el gran pueblo de Goethe, la cultura alemana, amasada con los eternos y universales principios de justicia, cuyo espíritu no morirá jamás, deberá su salvación a la mano justiciera de América.

Una casta militar, una taifa junkerista constituida por los grandes señores territoriales, y por los grandes empresarios industriales, habíase apoderado de todos los elementos vitales de la nación y había ahogado y sometido a la Alemania del pensamiento, del arte y del derecho, a ese pueblo sano, fuerte, vigoroso y romántico, que aman todos los hombres honrados, que han conservado su serenidad y su sentido de justicia en medio de la total conflagración de la presente guerra.

Quien esté medianamente informado de la cultura europea de nuestros días no podrá negar dos hechos irrecusables: 1) que el espíritu humano debe mucho a la cultura alemana y a los alemanes y 2) que el pensamiento alemán, singularmente durante los últimos cincuenta años, ha sufrido una regresión hacia el cándido imperialismo de los llamados pueblos predestinados hacia el "estalismo" como única razón de vida, anulando la libre expansión de la conciencia individual. De allí que sus poetas y sus pensadores más eminentes defiendan la guerra como una necesidad biológica de las naciones fuertes; la organización como supremo ideal colectivo; la absorción del hombre por el Estado; el desprecio por los pueblos débiles y pe-

queños; la condenación del espíritu democrático y de los ideales democráticos y la necesidad de organizar una formidable potencia militar y económica, como el único medio de someter al mundo.

Hasta ahora la historia no nos había presentado el caso de un imperialismo, asentado sobre una tan formidable máquina ideológica. Filósofos, poetas, profesores, publicistas, artistas, concurrieron a sistematizar y exaltar los bárbaros principios de conquista, hasta conseguir la sugestión y el extravío mental de todo un pueblo. Los funestos imperialismos de España y de Napoleón volvieron a repetirse, pero esta vez elevándose sobre un andamiaje de ideas, de sistemas y de principios científicos. La historia, deformada y subvertida por Bernardhi, crea una concepción materialista y mecánica del Universo; Hegel echa las bases del "Estado por Estado"; se exalta la guerra como una condición de vida, "la guerra por la guerra misma" y se defiende la misión providencial de Alemania, como tutora de la Humanidad.

Claro que hubo espíritus los más libres, los más vigorosos que se sustrajeron a este colosal naufragio de la cultura alemana. El junkerismo los amordazó, desde el principio de la guerra, para que no elevaran ante el mundo su noble voz de protesta. Algunos de ellos lograron traspasar las fronteras, y asisten desde Suiza, Holanda y Suecia, al remate de la inmensa tragedia del kaiserismo. La masa del pueblo envuelto en el torbellino militarista ha prestado su carne para que sirviera de pasto a los cañones enemigos, que traían con su metralla la justicia eterna de la historia.

Empero, con el desastre del militarismo alemán, cerníase el peligro del total aniquilamiento de Alemania, y con ella la pérdida de lo que tiene de eterno, de universal y de puro la cultura alemana. Francia, Inglaterra y Bélgica, heridas directamente en la contienda, en la exaltación del agravio y de la lucha, victoriosas ya, quizá no hubieran conservado la serenidad en el momento de concertar la paz, y hubiera asestado al enemigo el golpe de muerte. Pero, he aquí, que, por un providencial encadenamiento de los sucesos, Estados Unidos se ve urgido a intervenir en el conflicto, representando en los actuales momentos el principio democrático, la justicia inmanente de la historia, sin ninguno de los tradicionales prejuicios europeos y tampoco sin ninguno de sus intereses creados; interviene como un principio regulador y como un control de la apasionada exaltación de las potencias beligerantes occidentales.

El presidente Wilson ha comprendido el supremo deber de su pueblo y no tolerará jamás el aniquilamiento de la Alemania sana y eterna, de aquella Alemania supeditada y dominada ahora por el junkerismo, por esa casta militar, absorbente, utilitaria y vesánica.

La abdicación del káiser

Lo que previeron los ojos más serenos desde el comienzo de la guerra está teniendo cumplida realización. Ha comenzado la tragedia del kaiserismo y, con ella, la tragedia de los junkers alemanes. Toda la falsa ideología militarista se ha derrumbado bajo los embates de la democracia aliada. Una vez más la civilización se ha salvado de uno de los ataques más rudos y más vigorosos que se hayan dirigido contra ella. En esta ocasión ha sido combatida con sus propias armas. Detrás de los cañones de gran alcance, de los submarinos, de los gases asfixiantes y de la metralla, estaba el formidable andamiaje de la cultura alemana. Más que dos sistemas de fusiles, han chocado dos sistemas filosóficos, dos visiones de la vida radicalmente contrapuestas. La autocracia frente a la democracia; el derecho divino frente al derecho humano; la pretendida predestinación de una raza frente a una autónoma y generosa acción civilizadora de todas las razas; la guerra como una necesidad biológica frente a la solidaridad de todos los pueblos; el estatismo mecánico y opresor frente a la libre expansión del individuo; la hegemonía de un Estado frente al derecho internacional de los Estados débiles; el materialismo histórico frente al más amplio, fecundo y generoso idealismo; la Europa Central, frente a la Europa Occidental y frente a la América libre.

Tocó a la casa de los Hohenzollern, al solar hecho paradójico de Federico el Grande, abanderizar los principios retrógrados de la presente guerra, y dentro de ella al infortunado Guillermo II. Hasta qué punto este nombre funesto ha sido producto de su pueblo, y hasta qué punto ha sido el encauzador del gran crimen de la guerra la historia lo dirá cuando se serenen los vientos de tragedia que soplan hoy en todo el mundo. El hecho incontestable es que ha sido el heraldo del más monstruoso atentado histórico contra la paz.

La dinastía prusiana está defendiéndose hoy en sus últimos reductos. Hecho significativo, revelador y preñado de realidad histórica es que el káiser no haya abdicado en favor de su hijo sino de su nieto. Ello transparenta ante el mundo que el pueblo alemán se ha dado ya cabal cuenta de lo que representa la personalidad del Kronprinz, y significa, para la mirada menos sutil y perspicaz, la claudicación de todos los principios que han originado la contienda actual. El káiser no quiere ya otra cosa sino salvar la subsistencia de la dinastía y presenta, ante su pueblo como soberano, a un niño que no es culpable de los crímenes de su casa.

El káiser ha perdido su objetivo ideológico, su objetivo militar, su objetivo de dominación, y trata de salvar del naufragio el nombre de su solar y de su familia. El caudillo que se ve obligado a realizar tales actos está confundido irremediablemente ante las voces de la historia y ante el fallo de su pueblo.

Hemos llegado a esos momentos solemnes de la Historia en que los acontecimientos se abalanzan en tropel para rematar una época. Apenas si hay tiempo para pensar. Asistimos al nacimiento de un mundo nuevo. Dentro de tres o cuatro meses, los principales actores de la guerra serán ya viejos. La Historia va a salvar de un solo salto un vasto abismo para entrar en un nuevo reflorecimiento. ¡Cuántas maravillosas perspectivas se abrirán al pensamiento y a la actividad humana! ¡Qué nuevas e insospechadas rutas tenderán sus anhelos hacia el futuro, que tiembla y espera como una virgen el ansiado día de la boda!

Los cerebros aturdidos ante esta inmensa avalancha de sucesos, superior a toda humana serenidad, son incapaces de abrazar en toda su plenitud la significación ideal de este supremo instante de expectación, y los corazones pletóricos del dolor universal muéstranse impotentes para reasumir la gran emoción del momento.

La humanidad engrandecida, intensificada su capacidad cordial, depurado su sentido de justicia, amplificada la visión de su destino, asiste a la epifánica anunciación de una nueva aurora.

Ha llegado la hora de las liquidaciones; preparemos nuestro espíritu para estar a la altura de la grandeza de esta hora trágica, si no queremos quedar rezagados para siempre, indeclinablemente viejos para la Historia.

La terminación de la guerra

Los imperios centrales, renunciando a sus locos ensueños acerca de la constitución de la Europa Central, que un grupo de sus hombres preconizaba como la hegemonía definitiva de la raza germana en el mundo; renunciando a todas sus objetivos de agresión contra los países occidentales, para lo cual organizaron pacientemente, y consumaron con vesánica virulencia el mayor desafuero que hayan presenciado los siglos contra la herencia espiritual de la humanidad, acaban de firmar con los aliados un armisticio que lastima profundamente su orgullo colectivo, y que importa una declaración ante el mundo, de su impotencia para continuar una lucha, que ellos provocaron y encendieron en Europa.

Sería cobarde y poco caballeresco atacar hoy a Alemania, en momentos en que se desploma la formidable organización militarista, creada por un grupo de grandes señores territoriales, que sojuzgaron todas las fuerzas vitales de su pueblo y que acallaron las voces de los más grandes espíritus, que tuvieron desde el comienzo del conflicto una visión precisa de esta inmensa debacle, cuyas proposiciones y resonancias espirituales no podía determinar ni el ojo más avisado y sutil.

Quien quiera conservar su decoro mental y mantener con plena integridad la generosidad de su espíritu, en estas horas supremas, saturadas del aliento trágico de los siglos y de la gravedad inexorable de la historia, se verá urgido a olvidar un tanto los agravios de la lucha y a reflexionar acerca de la significación y proyecciones de los actuales acontecimientos.

He aquí las realidades históricas, que avanzan hacia el futuro, pugnando por cristalizarse definitivamente.

1. Triunfo del espíritu democrático, entendiéndose por democracia la representación en los gobiernos y en los Parlamentos de todas las fuerzas políticas y espirituales del país; y, como consecuencia, predominio de la fracción más reflexiva y vital de la opinión pública. Eclipsamiento definitivo de todas las oligarquías y de los predominios dinásticos.

Democratización de Rusia, Alemania, Austria, Hungría y de la fracción yugoslava.

2. Comienzo de una era política socialista en todo el mundo.

Reacción contra los gobiernos personales y contra la organización actual de la propiedad.

3. Derrota definitiva del materialismo histórico y filosófico. Reducción a sus verdaderos límites de las fuerzas puramente económicas. Desarrollo de la dirección espiritualista del pensamiento humano. Restablecimiento de la fuerza ética de los tratados en las relaciones internacionales y, por consiguiente, constitución de la Liga de naciones, preconizada por el presidente Wilson.

4. Reforma de los métodos diplomáticos actuales e intervención de la opinión pública en los debates. Abolición del secreto en las discusiones sobre intereses internacionales.

5. Primeros pasos hacia el desarme universal, reduciendo al militarismo a la impotencia.

6. Nueva organización de las fuerzas económicas universales.

7. Triunfo del principio de las nacionalidades, de la constitución del nuevo mapa europeo y, por consecuencia, formación de nuevos Estados.

25 de julio de 1919.

La solidaridad de la juventud argentina

En el ambiente jurídico de América hay un problema internacional, cuya irresolubilidad no puede subsistir ya, frente a las últimas conquistas espirituales de las armas aliadas. El restablecimiento de la coerción moral de los tratados y la preconización de una Liga de Naciones, como tribunal supremo para hacerla realmente efectiva, hacen imposible la subsistencia de un litigio que hiere directamente el derecho universal y pone en peligro la paz de América. Nos referimos, como fácilmente se comprenderá, al problema de Tacna y Arica.

El concepto de la neutralidad ante los problemas generales de la civilización y del derecho ha sufrido, con la presente guerra, un cambio radical. En verdad, en el estricto terreno de la especulación y de la ética internacional, la subsistencia de tal concepto era una aberración de los tiempos modernos, un derecho puramente convencional y artificioso, desarraigado completamente de la realidad histórica.

Significaba la indiferencia de los demás países frente a una agresión injusta, frente a un audaz propósito de conquista y de atropello por el fuerte, un egoísta y cobarde "dejar hacer" que amparaba el robo, el pillaje internacional y el asesinato colectivo.

Con la presente guerra se ha visto que ya no solo éticamente, sino prácticamente, es criminal la pasiva cobardía de los demás Estados ante un desafuero contra la soberanía y los derechos de otro Estado. Ha sido la causa determinante de la catástrofe sangrienta que ha hincado sus garras en el corazón palpitante de Europa.

La conciencia de América, intensificada, depurada, amplificada, con la costosa experiencia de Europa, tiene que estigmatizar necesariamente estos métodos y reaccionar contra un estado de cosas que han envejecido, para siempre, en un instante.

Por eso el deber más profundamente vital del Perú en estos supremos momentos de tragedia es afirmar su existencia y su voluntad de que se le haga justicia; es provocar, por todos los medios, a su alcance, la atención y el interés de la conciencia americana, hacia el irredentismo de Tacna, Arica y Tarapacá. Nuestra política internacional tiene, en estas horas, esta suprema responsabilidad, este supremo mandato de la nación.

De nuestra actuación como colectividad política en esta oportunidad se desprenderá nuestro futuro rol espiritual en Sudamérica, nuestra ulterior cooperación en la política americana.

Por eso la espontánea solidarización de la juventud argentina, declarando solemnemente ante el mundo la justicia de la causa peruana, equivale a hacer un llamamiento de alerta a la conciencia americana acerca del despojo de que fuimos víctimas en la guerra del 79. Nada más halagador para nuestro patriotismo, nada más fortificante para la justicia de nuestra causa, que esta adhesión libre y pura de todo interés mezquino, de la conciencia nueva de América, que ha de señalar mañana los rumbos espirituales y jurídicos del continente.

Si la conciencia vital de nuestra nacionalidad aún no está muerta, si nuestro instinto de propia conservación no está anulado, debemos aprovechar este instante propicio en que podemos rectificar todas las inepcias de nuestra actuación colectiva.

El Perú está colocado en circunstancias históricas excepcionales para hacer valer sus derechos y demostraría una completa ineptitud si no las aprovechara.

La nación argentina por órgano de su juventud se ha plegado con plenitud cordial a la causa de la justicia y es de esperar que las demás naciones americanas, para quienes no puede ser indiferente la bochornosa situación jurídica de Tacna, Arica y Tarapacá, nos acompañen también con su adhesión y con sus simpatías.

LA DEBACLE DEL MILITARISMO

EL TRIUNFO DE LOS PAÍSES DE LA ENTENTE

Alemania hacia la democracia

El militarismo kaiseriano, la organización alemana, el "estatismo" mecánico y opresor, la empresa Krupp, la ciudad de Essen, Von Zeppelin y Von Tirpitz, toda esa vasta empresa junkerista ha acabado como debía acabar, como acaban siempre todas las teocracias: por una reacción del pueblo angustiado contra el poder, que, so pretexto de ejercer una autoridad paternal y benéfica, le arrebata sus libertades públicas.

El káiser ha ido a Holanda, ha ido al exilio. Carga sobre su testa agobiada todos los estigmas de la historia, todas las desilusiones y amarguras de la derrota. El populacho, que unos días antes solo esperaba un gesto de su mano imperial para hacerse matar como un rebaño, le grita cuando le ve en desgracia, con una crueldad irónica y vil: ¿Vas a París?

Guillermo II medita a estas horas sobre el inmenso fracaso de su vida. Débil cerebro para seguir el vuelo radiante y sereno de la historia, para comprender y adentrarse en el alma de su época, para libertarse de los ominosos y lúgubres prejuicios ancestrales de su casta, no pudo alcanzar ni el vislumbre siquiera, del espíritu democrático que extendía sus alas libertadoras sobre los acontecimientos, sobre las razas y sobre las águilas imperiales. Situó su alma, sus sueños y sus anhelos en una época vencida ya por el tiempo, pretendió fundar una formidable teocracia universal y proclamó el origen divino de su autoridad, cuando los corceles piafantes de la democracia, en una gesta apocalíptica, estremecían con sus pasos gloriosos los profundos cimientos de la

Historia, demoliendo las viejas ideas y las viejas instituciones. Ni siquiera fue bastante para volverle a la razón, la trágica caída, de ese otro hermano emperador, Nicolás II, que se empeñó también en oponerse al avance de su época y que no pudo evitar su tragedia, no obstante haberse aliado con la democracia.

La Alemania militarista con el tratado de Brest-Litovsk, en la que ella se creyó la vencedora, consumó una alianza con su mortal enemigo, con la Rusia revolucionaria. Ella misma se hirió de muerte, abriendo una puerta a la propaganda democrática. Los rusos sin combatir han prestado uno de los servicios más grandes a la causa de los aliados, a la causa de la humanidad. La historia tendrá que reconocer, después este hecho paradójico, preñado de significación y de sugestiones, del cual se ha servido para hacer justicia a la civilización.

La historia de estos últimos días parecería el epílogo de una novela fantástica e inverosímil si nuestros espíritus y nuestros corazones no habrían estado preparados para recibir el soplo de lo inusitado y de lo extraordinario. En el corazón mismo del militarismo se proclama la República y se canta "La Marsellesa". El pueblo organizado por excelencia, mecánicamente, disciplinado como un vasto cuartel, se toma en un pueblo de revolucionarios, un pueblo de barricadas y de guillotina. Los ídolos de ayer son arrojados de sus espléndidos palacios y entregados al insulto y a la befa de la multitud. Se oye el grito de libertad en todas las ciudades del imperio. Se derrumba, como frágil pompa de jabón, la férrea unidad que solo pudo organizar y mantener el genio de Bismarck, proyectado hasta los tiempos contemporáneos. Los ducados de Schweig y Hollstein se declaran independientes. En Prusia, en Sajonia, y en Baviera abdican las testas coronadas y se proclama el gobierno republicano. El canciller del imperio entrega el mando supremo a un representante del socialismo, enemigo encarnizado del junkerismo.

Nos parece estar leyendo un capítulo de la Revolución francesa. La misma amplitud épica y romántica de los revolucionarios; la misma pureza ideológica, amplificada, intensificada por la herencia espiritual de los siglos; la misma grandeza de los acontecimientos y de las cosas. Ahora sí podemos decir, con plenitud de significado, aquel viejo y gastado lugar común: "La historia se repite".

Entre tanto, los pueblos calificados por el desprecio teutón, de pueblos anarquizados, de pueblos decadentes y corrompidos porque poseían íntegramente sus

libertades públicas, han sabido resistir con una grandeza moral extraordinaria en la historia de la humanidad todas las angustias y miserias de la guerra, todos los reveses y todas las deficiencias de su improvisación, hasta hacerse dignos de la victoria.

De nada ha servido una preparación de más de medio siglo; de nada el acumulamiento delirante de elementos bélicos, el despliegue de una legión de espías por todo el mundo, la ocultación de las verdaderas estadísticas de su población: la organización de una diplomacia subrepticia que minaba en secreto los cimientos de la democracia universal.

El pueblo alemán, la raza vigorosa y eterna que ha de persistir en la historia a pesar de todos los imperialismos; el pueblo de Goethe, que comprende su época y que es capaz de engrandecerla y purificarla con su espíritu, la Alemania democrática y profundamente vital, ha obtenido con la caída de los Hohenzollern el más glorioso triunfo de su historia, de la misma manera que en la Revolución francesa venció la Francia eterna, cuyo espíritu persistirá a través de los siglos y de las hegemonías pasajeras de las razas.

Se ha cerrado una época de la historia con el afianzamiento del reinado de la democracia. Esta definitiva conquista de la civilización pasa desde hoy a ser un axioma inobjetable y eterno. La humanidad reservará, en lo sucesivo, la energía espiritual que ha empleado en obtenerla, para la conquista de nuevas excelencias y de nuevas perfecciones.

España neutral

Los acontecimientos de este momento han tenido, como era lógico esperar, inmediata resonancia en todo el mundo, hasta en los países, como España, cuya política internacional se ha mostrado más reacia a una intervención armada. La universidad del conflicto, no solamente desde el punto de vista económico, que a nuestro parecer tiene únicamente un carácter subsidiario sino, principalmente desde el punto de vista espiritual, no podía dejar al margen una nación, como la española, que tiene suficiente personalidad internacional e histórica.

Los españoles tuvieron que librar desde el comienzo de la contienda, si no una guerra externa, al lado de cualquiera de los grupos beligerantes, una guerra interior de ideas y de criterios. Al principio, predominando las derechas españolas en el gobierno, su orientación internacional tenía que ser forzosamente germanófila. A ello la inclinaban un conservadorismo cerrado, que simpatizaba con la ideología y con los métodos autocráticos alemanes. Suscitóse una fragorosa polémica en la prensa y en el Parlamento. Explotóse, por parte de los conservadores el chauvinismo español y el odio histórico a Francia e Inglaterra, sobre todo a esta última. Al revisar la prensa española, el lector extranjero no comprende cómo ha podido extraviarse el juicio de todo un pueblo con las inepcias dialécticas empleadas por las derechas. Hay tal incomprensión de los acontecimientos y de las cosas, tal desconocimiento de la amplitud espiritual de la guerra, que si solo se fuera a juzgar a través de ella, diríase que el pueblo español estaba definitivamente muerto, sin el más rudimentario sentido histórico, sin el más desmedrado instinto de conservación.

Felizmente para España y para los que amamos de verdad el espíritu español, al lado de esta prensa troglodítica y momificada, había otra, el de las izquierdas que acometía con briosa vitalidad seguida por el gobierno español. Nunca surgieron en España escritores de más acrisolada honradez, de más vigorosa y fulmínea idealidad, de influencia más decisiva y más eficaz en la conciencia popular. Era la transparentación del gran espíritu español que ha presidido constantemente los excelsos destinos de la raza.

Desde América hemos seguido siempre con acongojada atención los giros de la política española, que no obstante los ultrajes inferidos por Alemania a la soberanía de la nación, hacía esfuerzos inauditos por excluir su participación en la lucha por la democracia.

Al cabo de cuentas, las izquierdas españolas han vencido. Su triunfo coincide con la victoria obtenida por las armas aliadas. Se ha organizado un nuevo gabinete presidido por el líder aliadófilo Melquiades Álvarez. La inmensa mayoría de la opinión española ha sido ganada a la causa verdaderamente vital para España. Es tiempo aún de que rectifique sus pasados errores entrando de lleno en la comunión espiritual de la vida europea.

España, pues, de hecho, no se ha excluido de la guerra mundial. Si no ha participado materialmente con hombres y dinero, en la contienda, quizá en ningún país

se ha combatido con más fervor espiritual, ha habido más empeñado y encendido rozamiento de ideas, se ha seguido con más fe y generosidad, las diversas vicisitudes de las armas. Ha sido una batalla sin cuartel, terriblemente encarnizada y tenaz.

Las tradicionales resistencias conservadoras, opuestas a una acción verdaderamente eficaz y activa de la política española, que hasta ahora ha impedido la injerencia de la nación en los negocios universales, no tendrá ya, en lo sucesivo, la influencia que ha venido ejerciendo sobre la opinión pública. España no será ya mirada, en adelante, por el extranjero como una mera reliquia pintoresca; como una interesante y sugestiva curiosidad literaria. Los chulos, los majos, las panderetas y los toros no darán ya la medida del espíritu español. Desde hoy se comenzará a apreciar más el pensamiento español, el trabajo español y la acción española, en lo que tiene de esencial y de íntimo, de vivo y de orgánico, de creador y de eterno.

HACIA LA PAZ

LA LIGA DE NACIONES

El principio de neutralidad

Se ha firmado ya el armisticio entre los imperios centrales y las naciones aliadas. Los primeros que sometieron, como era de esperar, fueron Turquía, Bulgaria y Austria. Alemania, urgida por las victorias cada vez más eficaces de las armas de la *Entente* y por el movimiento revolucionario que comenzó a fermentar en su seno, suscribió las condiciones esenciales impuestas por los aliados.

Helas aquí:

1. Evacuación por los alemanes de los territorios de la ribera izquierda del Rin.
2. Ocupación por las tropas aliadas de los territorios evacuados.
3. Repatriación de los habitantes.
4. Entrega del material de guerra y de los elementos ferroviarios de Alemania.
5. Evacuación de los territorios de Rumanía, Turquía y Rusia que ocupan los germanos.
6. Cancelación de los tratados de Brest-Litovsk y Bucarest.
7. Devolución del dinero tomado por los alemanes en Bélgica y Rusia.

Como se ve, la potencia militar de Alemania ha quedado considerablemente desmedrada. Ha sido colocada en tal situación que le será de todo punto imposible continuar la guerra. La paz del mundo está asegurada, por lo menos, por mucho tiempo, si es que no triunfan definitivamente los ideales pacifistas, hacia los cuales se encamina la civilización contemporánea, con marcha segura y meridiana.

Sería necio negar a estas horas que el motor principal de la guerra ha sido el triunfo del espíritu democrático. Los aliados han sustentado este principio, reflexiva o inconscientemente. Hasta nos inclinamos a creer que al comienzo del conflictos solo quisieron defenderse de una agresión que ponía en peligro el equilibrio europeo. Pero los hechos históricos, las proyecciones ideales que traen envueltas en su contextura interna, rebasan siempre el pensamiento y los móviles de los hombres. En la Revolución francesa a comienzo solo se vio una reacción de los gremios

obreros contra los privilegios de la aristrocracia. Es decir, se dio una interpretación mezquinamente económica a uno de los hechos más grandes que marca la marcha ideal de la humanidad. ¡Abajo los impuestos!, gritaba el pueblo de París, mientras se levantaban las barricadas. En el espíritu de ese grito estaba envuelta la proclamación de los derechos del hombre, a pesar de que la letra muerta solo pedía el mejoramiento económico de las clases trabajadoras, que soportaban, junto con la clase media, todas las gabelas de un Estado autocrático y cortesano.

Hoy, mientras hablamos de luchas comerciales e industriales; mientras discutimos tarifas aduaneras y rebajas de fletes, mientras reducimos la grandeza idealista de la guerra a móviles puramente económicos, se proclama entre el tronar apocalíptico de los cañones y los alaridos dantescos de los que caen en el campo de batalla, los derechos de las naciones, como en otra época se proclamaron los derechos del hombre.

Quien no vea esta grandiosa amplitud espiritual de la guerra, quien sea incapaz de vivir estas supremas horas de emoción universal en que la humanidad cristaliza en su corazón y en su conciencia el postulado de la democracia, quien no vea salvar a la civilización en estos momentos un abismo de tiempo y de historia, está desligado para siempre, tristemente desligado, de la palpitante realidad de las cosas y de los hechos.

Hasta ahora no habíamos vivido la democracia en toda su plenitud vital, en su íntegra realidad histórica. Era una realidad lejana a la que habían llegado algunos pueblos por la evolución natural, pero de la cual podían prescindir y prescindieron de hecho otros pueblos. De hoy en adelante, ningún pueblo, ninguna colectividad humana podrá vivir sin la democracia. Sea cual sea la forma de gobierno, monárquica o republicana, el principio democrático presidirá el espíritu de los pueblos y de los tiempos.

Del inmenso acervo de conquistas espirituales y jurídicas, que avanzan hacia la conciencia del futuro, cuya simple enumeración sería vano pretender encerrar en un artículo de periódico, escrito febrilmente y pensado más febrilmente aún, hay dos, íntimamente ligadas y que queremos señalar hoy por su inmensa significación internacional. Nos referimos a la constitución de la Liga de Naciones y a la abolición del antiguo concepto de la neutralidad.

El presidente Wilson, que en estos momentos resume en su enérgica personalidad la grandeza de una época, ha preconizado la formación de un tribunal internacional, a cuyo fallo se someterán, en lo sucesivo, todos los litigios que surjan entre los diferentes pueblos. Es el medio más eficaz para suprimir de raíz esa fiebre de armamentos, del cual han sido víctimas todos los Estados contemporáneos. La paz armada, quedará así reducida a una simple frase vacía, sin contextura, ni realidad histórica.

Como consecuencia natural, el concepto de neutralidad frente a un conflicto de los pueblos queda ya para siempre envejecido. Queremos repetir ahora lo que dijimos en un artículo anterior.

El concepto de la neutralidad ante los problemas generales de la civilización y del derecho ha sufrido, con la presente guerra, un cambio radical. En verdad, en el estricto terreno de la especulación y de la ética internacional, la subsistencia de tal concepto era una aberración de los tiempos modernos, un derecho puramente convencional y artificioso desarraigado completamente de la realidad histórica. Significaba la indiferencia de los demás países frente a una agresión injusta, frente a un audaz propósito de conquista y de atropello por el fuerte, un egoísta y cobarde "dejar hacer" que amparaba el robo, el pillaje internacional y el asesinato colectivo.

Con la presente guerra se ha visto que, ya no solo éticamente sino prácticamente, es criminal la pasiva cobardía de los demás Estados ante un desafuero contra la soberanía y los derechos de otro Estado. Ha sido la causa determinante de la catástrofe sangrienta que ha hincado sus garras en el corazón palpitante de Europa.

La humanidad marcha, pues, con paso acelerado hacia la suprema reivindicación de los derechos de las naciones, detentados por las autocracias. Luce ya una nueva y radiante aurora para la civilización.

LAS FIESTAS DE LA PAZ. SU SIGNIFICADO JURÍDICO Y HUMANO

El sentido histórico de la guerra

Como si llegáramos al final de un poema romántico, en estos momentos de álgida intensidad espiritual, los hechos se precipitan, se condensan, se depuran y adquieren una agilidad y potencia dramática extraordinarias. Nunca como en esta época se necesitaron ojos de más avizora curiosidad, de más plena y panorámica mirada Nunca tampoco se necesitó un corazón, de potencia resonante más extraordinaria para recoger esta inmensa emoción trágica, esta enorme cristalización del dolor universal.

El proceso subterráneo de la historia, la confluencia escondida de ideas, de personas y de sucesos, encadenados por una predestinación misteriosa y necesaria, por una fuerza inmanente, visible tan solo en ciertos periodos de la humanidad, flota hoy en el ámbito del mundo, sale a la superficie, y se cuaja en formas tangibles.

La muerte siega con su hoz inexorable ideas, instituciones y métodos que envejecieron en un instante y que corren presurosos hacia la disolución y el aniquilamiento. Hay una sombra trágica que extiende sus alas fatales sobre los acontecimientos y sobre las cosas.

Pero al lado de esta tragedia que determina el acabamiento irremediable de muchos mitos y de muchas mentiras hay también una hermosa e inefable emoción de nacimiento. La historia no solamente es destructora, es también esencialmente creadora. Esgrime no solamente la hoz de la tragedia sino también el fecundo cayado del sembrador que preside la germinación de la simiente. Mueren muchas cosas, pero se renuevan otras. Al lado del himno lúgubre de la muerte, junto con el de profundis de los siglos pasados, vibra el jubiloso himno de la vida, la canción de los siglos futuros.

El hombre solo puede hacerse digno, solo puede intensificar su capacidad cordial y espiritual, elevándose por encima de los hechos, esforzándose a lo menos, por hacerlo, para sentir en toda su grandiosa plenitud, esta irremediable oposición de la muerte y de la vida, de la tragedia y de la creación.

No es aventurado afirmar que uno de los mayores beneficios que haya traído el inmenso daño de la guerra es la afinación, el desarrollo, la sutilización del sentido histórico. La perspectiva humana se ha amplificado, se ha puesto en condiciones de vencer las edades y obtener una visión sintética de la historia. Hemos aprendido a mirar los acontecimientos, a separar la epidermis provisoria en que venían envueltos; extraer su sustancia perenne y a sentir su esencia espiritual e íntima. Las escurrajas efímeras que deformaban y extraviaban nuestro mirar se han separado de la sustancia eterna de los siglos, como en la cristalización de una sal se separan los elementos extraños, que le quitan su pureza. Nuestra mirada que se perdía en la cotidiana madeja de los hechos menudos y vulgares ha adquirido, en estos cuatro años de tensión trágica, una tal trasparencia que ha tornado nuestro habitual aturdimiento en meridiana claridad de visión para los grandes hechos. Hemos rectificado nuestra concepción de la vida y nuestra concepción de la historia. Percibimos ahora a grandes distancias de tiempo y de espacio, haciéndonos capaces de ligar y de reflexionar la significación espiritual de las grandes edades. Toda la trágica gravedad del momento se ha aposentado en nuestras almas, y concebimos mejor la marcha majestuosa de la humanidad hacia la conquista de mayores dones y de mayores excelsitudes. Nuestro pensamiento se ha engrandecido, ha adquirido más amplios vuelos y se ha acostumbrado a actuar en la realidad histórica. El materialismo miope y estrecho, y el utopismo descentrado, extravagante y fantástico, han quedado derrotados, abismados en la grandeza y en la intensidad de los acontecimientos.

Esta es la grande significación espiritual de las fiestas de la paz. La humanidad ha traspuesto un recodo de los siglos y ha nacido a una nueva vida. Se han proclamado los derechos de los pueblos, entre el terrorífico y espantable batir de la metralla. Meditemos sobre la grandeza de esta extraordinaria conquista comparable tan solo, si queremos buscar un símil aproximado, a la proclamación de los derechos del hombre en la Revolución francesa. Es tiempo ya de abandonar todo partidarismo que nos hizo adoptar la necesidad de la guerra y del triunfo. Los países aliados no han sido sino un instrumento realizador de la justicia inmanente de la civilización, de la lógica inexorable de los hechos. Ellos defendiéndose de una agresión, defendiendo el equilibrio europeo amenazado por la prepotencia de la Alemania imperialista, defendiendo su propia conservación y su futura estabilidad, han defendido el

gran principio democrático, que hace posible el gobierno de los pueblos por sí mismos, y no por una casta, por una familia o por una convención de intereses creados. Los intereses materiales de los aliados estaban ligados con los intereses espirituales de la humanidad, con los intereses de la civilización. Poseían una suprema cualidad que da siempre la victoria: la universalidad. Por eso han triunfado. En tanto que los intereses materiales de Alemania estaban en abierta contraposición con los intereses universales, pretendía su propio medro a costa de los demás pueblos.

En estas supremas horas olvidemos todos los odios, desechemos de nuestras almas todos los partidarismos; conservemos el decoro y la libertad de nuestros espíritus; lancemos un hurra hacia la humanidad engrandecida, y desde el fondo de nuestros corazones, que aman antes que nada la justicia, aclamemos también a la Alemania democrática y libre.

19 de noviembre de 1918.

SEMBLANZA DE WILSON

El hombre histórico

La figura contemporánea más enérgica, de más fuerte y neto relieve espiritual, de más vigoroso, audaz y prócer lineamiento, de más maciza y granítica contextura, de más afirmativa e irrefragable realidad histórica es, sin duda alguna, la del presidente Wilson. En él se acusa, de una manera patente y radiante, el soplo creador de la nueva era. Es la transparentación más luminosa y evidente del alma contemporánea. Como en un bloque humano se han fundido en su poderosa individualidad las energías espirituales de un siglo. Como una antena, polariza y distribuye las direcciones éticas de una época. Ninguna de sus inquietudes le son extrañas; ninguno de sus anhelos dejan de tener inmediata resonancia en su corazón. Hijo mayor de una etapa; síntesis palpitante de los ocultos y desconocidos designios de la historia.

Es uno de esos espíritus que suelen aparecer, de ciclo en ciclo, como suma y compendio de una civilización; como empujados por la corriente misteriosa y arcana de los siglos, como sellados por una de esas raras e insólitas predestinaciones que huellan con su planta creadora las normas corrientes, las pragmáticas consagradas.

En ellos parece que la humanidad se remozara aboliendo la obstructora sedimentación de prejuicios, de convenciones y de cánones que atajan su marcha. La naturaleza, entonces, obra sola, por virtud de su propia energía, despojándose del consuetudinario despotismo del hábito, de la tiránica sugestión del precedente, y atacando la vigencia de todas las fórmulas fijadas por la tradición ancestral. Cual hitos de las edades marcan el término de una ruta, el remate de un proceso, la culminación de una excelencia.

Son el verbo más simple, la acción más depurada, el pensamiento más unánime de una etapa. Por sus labios habla la masa anónima y oscura del mundo, el soterrado rumor del pueblo que forja incesantemente la historia. Ellos son su expresión más diáfana, más leal y más clara. Surgen siempre en un periodo intenso y trágico de la humanidad, en la liquidación de una época para esbozar enérgicamente la que sigue.

Wilson es la ecuación más alta de la historia contemporánea, es el héroe de un ideal ético de que nos habla Carlyle, el hombre eje de una civilización. Ciclópea contextura, traza heroica, forjada para la leyenda, de este maravilloso amasador de energías. Representa la sensibilidad de una época; es la culminación de una vida del mundo; toma carne y se realiza en él un ritmo de la historia.

La excelsitud de su espíritu nos hace pensar en uno de aquellos especímenes en que la casa humana se supera; en uno de aquellos hombres tipos que constituyen la prueba más patente e irrecusable de la evolución, de la ley del perfeccionamiento indefinido; en uno de aquellos ejemplares que dan la medida de la riqueza y de la intensidad espiritual del siglo en que viven.

El don de universalidad

Wilson, antes que ciudadano de Estados Unidos, es ciudadano del mundo; y más que producto espiritual de una raza, es producto de la humanidad. En él la política deja de ser limitada, exclusiva y estrechamente nacional para encumbrarse generosamente a grandes altitudes, para inspirarse en las inquietudes universales. En él,

el sentimiento de la patria se depura; se engrandece, se universaliza, y, antes que representante de sus intereses inmediatos y pasajeros, es representante de sus intereses eternos. Su acción, su pensamiento y sus palabras tienen un inequívoco cuño de eternidad. Rezuman el aliento perdurable de los siglos. Cuando Wilson habla, el mundo entero le escucha y le comprende, y no solamente le comprende sino que le siente. Se patentizan y se expresan en su espíritu los informulados anhelos, las tácitas inquietudes, las anónimas y latentes angustias, las vagas y ecuménicas aspiraciones de la humanidad hacia una nueva valoración social.

En ningún hombre de Estado se ha bosquejado con tan audaz y vigoroso relieve el don de catalisidad. Es un producto netamente popular, sin mezcla, ni mixtifiación alguna. Por más severo que sea el análisis, imposible es percibir la más tenue huella de seudoaristocratismo. Ha sentido la vida de la masa anónima, ha vivido sus angustias y sus duelos, conoce que ella moldea humilde y lentamente las evidencias de la historia. Egregiamente dice: "La vida brota de la tierra. Las naciones se renuevan desde la base, no desde la cumbre. El genio que remoza las energías de los pueblos surge de las filas anónimas. La verdadera sabiduría humana arranca de la sabiduría del pueblo. La vitalidad, como el crecimiento de un árbol, viene de abajo, se remonta por el tronco y se extiende por las ramas hasta llegar a las hojas y a los frutos".

En él la democracia no es una simple teoría o sistema de gobierno; es una realidad plenamente vivida y orgánica; es la sustancia de su vida interior y de su acción; es la sangre de su espíritu y de su pensamiento.

Cuando se trata de que Estados Unidos intervenga en la guerra, dice un escritor, "pudiendo ordenar, prefiere convencer", y así asistimos al maravilloso espectáculo en que despierta un pueblo a su misión y a su responsabilidad supremas, gracias a la enérgica sugestión de unos labios leales preñados de verdad. Cuando asume la defensa de los derechos de los neutrales, a raíz de la campaña submarina, los discursos del presidente se dirigen a todo el orbe. Cuando el gobierno alemán propone la paz por primera vez, declara que Estados Unidos solo la celebrará con el pueblo alemán y no con los representantes de una oligarquía o facción dinástica. Y por último cuando se suscita la cuestión de Fiume, lo que más irrita a Orlando es que Wilson haya dirigido su mensaje al pueblo italiano en que expone la cuestión, prescindiendo de los representantes oficiales.

Jamás estadista alguno vivió y practicó así la democracia, con tal plenitud de voluntad y de sentimiento, con tal afirmadora y parentoria rectitud, con tan fecunda y próvida firmeza.

El don de discernimiento y de intuición

Los más grandes espíritus han tenido siempre desarrollada, en un grado extraordinario, la intuición, el sentido de la justicia. Swedenborg ha escrito: "No es prueba de genio el confirmar o demostrar cuanto se nos antoja; pero quien discierne lo verdadero y lo falso puede ufanarse de ser un carácter y un hombre mental". Distinguir lo verdadero y lo falso, lo justo y lo injusto, lo provisorio y lo eterno, no como mera elucubración especulativa, sino cara a cara a la realidad histórica, cuando las pasiones, los prejuicios y las convenciones contemporáneas nos reclaman, nos perturban, nos extravían y nos incitan, es la función del genio de una época, del conductor de hombres y de pueblos, del supremo creador de realidades, del gran predestinado.

Esa es la grandiosa función del genio: libertar la realidad de la justicia, en un momento dado, del entrecruzamiento inextricable de sofismas retóricos, de casuismos dialécticos, de ergotismos académicos: infundirle aliento vital, palpitación humana; restablecer su sentido primitivo y profundo, en una palabra, vivirla en su integridad verdadera y sangrante, en su entraña viva y fecunda.

Wilson se nos aparece como el paladín, como la personificación de la justicia. Su intuición lo lleva hacia el corazón del pueblo, donde adivina el manadero inextinguible de la historia. Vive su realidad actual, se nutre en su savia, formula sus anhelos anónimos, sus oscuras y vagas angustias. Con certera mirada discierne su verdad, se yergue como un esforzado campeón, desafía todo género de tempestades, y expresa, en acciones y palabras, las inquietudes de su siglo, la justicia de una época. Sus catorce principios son el evangelio de una civilización; la síntesis admirable y el remate luminoso del largo proceso de un ciclo ético y jurídico.

El don de serenidad

La serenidad es el producto del perfecto equilibrio de las facultades espirituales; y el equilibrio de estas es el resultado de un cabal acuerdo entre la acción y el pensamiento, entre la vida interior y la obra, entre la voluntad y la conciencia.

Hay espíritus armoniosos, como un poema, que alcanzan a realizar la máxima adaptación entre su mundo subjetivo y su actuación externa; son aquellos que logran objetivar, con íntegra lealtad, las conclusiones de su conciencia. La vida de cada uno de ellos son la más fiel y la más honrada traducción de la realidad actual, y de las demás realidades superiores que se encuentran en germen en ella. No es posible encontrar la más ligera desviación, la más leve incongruencia. Su vida es una euritmia magnífica, una sinergia ejemplar y única, un ritmo constante y maravilloso.

El destino, por una arcana colusión de las fuerzas espirituales de un siglo, forzando la vigencia de las leyes ordinarias, permite la recomposición de la naturaleza humana en un todo integral. Nada es capaz de romper la solidaria reconstitución de la unidad armoniosa. Pensamiento, sentimiento y voluntad se expresan y se realizan con cabal justeza, con simultánea unanimidad. Solo en tales ocasiones es posible una síntesis espiritual, la más verdadera, la más leal, la más completa, de la realidad que nos rodea. Se consuma, entonces, a través de un espíritu, el cual actúa como una alquitara, una depuración de aquella. Sepáranse las escurrajas, las sustancias pegadizas y accidentales; los elementos extraños y espurios que han venido acumulándose lentamente en cada traducción incompleta de su esencia eterna. Se establece la relación directa entre el espíritu y la máxima verdad de una época. Aquella expresa en su cerebro y en su acción; patentiza su universalidad, es como un médium de su eficacia.

La serenidad, tanto como la intuición y la inteligencia, es una condición de las almas superiores. Es la armonía espiritual en su máxima expresión. Es el equilibrio de la razón, de la voluntad y de la intuición al actuar sobre la más alta realidad histórica. La vida que alcanza a compendiar tales condiciones es siempre la más hermosa, la más sugestiva y la más fecunda.

La época contemporánea, a consecuencia de su trágica intensidad, tan rica en almas de esta contextura, ofrece su mayor ejemplar en la figura de Wilson.

En él se magnifica de una manera maravillosa la concordancia entre su acción y su pensamiento; el maridaje entre su vida interior y su voluntad; el acoplamiento entre su conciencia y su obra; el concierto entre sus voliciones y la realidad; la concatenación entre su ideal y las circunstancias; la armonía entre su espíritu y la historia; el equilibrio entre sus anhelos y sus medios.

Armoniosa, misteriosa y mirífica coincidencia entre la madurez de un espíritu y la sazón de una realidad. Aquel es la más completa, la más depurada, la más intensa definición de esta; es su expresión suprema. Se hace carne en él, se incorpora, se materializa, en cierto respecto; se hace palpable, toma sustancia humana. Es la sublimación de la génesis racional y sensitiva de un periodo, el remate, la culminación y el epítome de un ciclo.

Wilson es la armonización, la concordancia, el equilibrio de un siglo.

El don de eficacia

La proporcionalidad entre los anhelos y los medios de realización engendra la eficacia de la obra. Es entonces cuando el ideal hecho esperanza se torna en realidad. El pensamiento se resuelve en hecho; la voluntad moldea la acción y el suceso. El pasado y el porvenir se abrazan, se estrechan, se constriñen, se funden, al conjuro de no sé qué misteriosa coincidencia, de no sé qué predestinada conjunción. El primero para ser depurado de su sustancia efímera e incorporarse definitivamente en el alma universal; el segundo para recibir su fecundación y abrir nuevas posibilidades de perfeccionamiento y selección al espíritu humano. Los acontecimientos se precipitan con fulmínea violencia cargados de significación y de patética grandeza, cual convocados por los dioses para rematar y definir una etapa. Son las horas intensas, excesivas y trágicas de una civilización. En ellas se percibe con más entera precisión el majestuoso y pavoroso vocerío de los siglos, el vivaz y ululante rumor de las civilizaciones selladas y consagradas ya para siempre.

La humanidad está preparada para recibir el advenimiento de una nueva era. Lentamente, ascendiendo su calvario de lágrimas y de duelos, ha vivido cada una de las verdades que van a ser consagradas. La libertad, de médula proteica y eterna, excediéndose siempre en prestancia espiritual, vuelve a plantearse en nueva y trágica ecuación, para arrancar una más depurada expresión de su esencia perdurable. La incógnita que yace esparcida y disgregada en todo el mundo, y que constituye la justicia de una época, se integra y se formula en el corazón, en la voluntad, en la acción y el pensamiento de un predestinado. El fátum de la máxima eficacia espiritual ha presidido el nacimiento de este hombre, que es reflejo del alma universal y, por consiguiente, la mayor autoridad moral y justiciera del humano linaje en un periodo

determinado. Su potestad ética hace posible la colaboración y el concurso de todas las razas. De allí la plena eficacia de su obra. Su acción, tanto como su palabra y su pensamiento, expresa la justicia de su tiempo, la revela en su proporcionalidad actual, en su nuevo planteamiento de valores espirituales. La justicia de hoy no es la justicia de ayer. Es una verdad fluida y relativa que solo se cristaliza con la vida. Es a su vez una ecuación proteica cuyos términos varían. El concepto abstracto solo existe como ente de razón y, por consiguiente, no influye en la creación de la historia. Cada época dicta sus términos propios, que reclaman una nueva solución; y así la justicia de ayer, atacando la libertad contemporánea, puede convertirse en la injusticia de hoy y en la tiranía de mañana. No hay, no puede haber, un dogma de la justicia que sea realmente vital.

El problema de la justicia es pues siempre el problema central de una época, el eje de la historia. Se puede medir la intensidad y fineza espiritual de una civilización por las soluciones que de ella formula.

El presidente Wilson, colocado en el más alto solio de una poderosa democracia, director supremo de un conjunto de fuerzas materiales y espirituales que podía balancear cualquier potencia del mundo, exaltado en momentos en que chocaban y se equilibraban dos concepciones radicalmente diferentes de la historia, y en circunstancias en que los intereses económicos de su patria coincidían con los intereses morales de la humanidad, dueño además de una extraordinaria sensibilidad ideológica y de un profundo sentido histórico, reunió la justa proporción de anhelos y de medios de realización para asumir la máxima eficacia de un ideal. Tal vez sea el único caso en la historia, caso estupendo y maravilloso en que las misteriosas manos del destino, o las ciegas fuerzas del azar, pusieron al arbitrio de un solo hombre la mayor suma de poder material, espiritual y moral de una época. La razón humana es impotente para seguir y explicar, paso a paso, el grandioso proceso, la ruta arcana e innumerable en que los designios de la historia se patentizan con inequívoca clarividencia. Fuerza es pensar en una predestinación, en una potencia inmanente, en una providencia histórica que rebasa la pujanza y las capacidades de nuestro pensamiento. Nos encontramos cara a cara al gran misterio del mundo y de la vida, del cual la criatura humana no parece ser sino un juguete mezquino.

El don de heroicidad

La heroicidad es producto del sentido religioso de la vida. Para el hombre heroico esta está revestida de extraordinaria grandeza, de excelsa gravedad. Es trascendental como el destino, es el destino mismo. Hay una misión sagrada que cumplir, infinitas posibilidades que realizar, es la perentoria fuerza del deber que ejerce su omnímoda potestad. La heroicidad es el sacerdocio de la vida, el supremo apostolado. Apostolado de belleza: el poeta, el artista; apostolado de verdad: el pensador, el filósofo; apostolado de acción: el estadista, el filántropo.

Para hombres de este temple espiritual, nada hay que pueda desviarles un ápice de su sendero. Son pródigos en el sacrificio, en la abnegación y en el fervor de su obra. Hacen la donación plena de su espíritu. Van forrados en la coraza de su dignidad y de su orgullo, contra las tentaciones perturbadoras del placer, de la vanidad, de la riqueza y del poder. Suelen permanecer modestos, silenciosos y desconocidos hasta el momento en que juzgan que está cumplida la sazón de su esperanza. Hay una luz interna que los alumbra, una fuerza hermética e irrazonada, que los conduce, una potencia oculta e indeclinable que los sostiene, un soplo arcano y seguro que los incita, una voz callada y perentoria que los empuja, una razón sin razón que los inflama, una vehemencia que los enfervoriza, un motivo informulable que los obsesiona, un deslumbramiento constante que los embarga, una fulminación que los enajena y los hechiza, contra todas las evidencias, contra todas las censuras, contra todas las opiniones y contra todas las certidumbres. El héroe es siempre leal a su misión.

Wilson, ciudadano modesto, profesor oscuro, abogado fracasado, candidato de pocos prosélitos, es el tipo del héroe cotidiano que afirma su propia certidumbre por sobre todas las demás, asumiendo la máxima responsabilidad de la historia en momentos en que la tragedia del espíritu humano alcanza sus proporciones más pavorosas y excesivas. Cuando todos los cerebros se desconciertan, cuando todos los corazones flaquean, cuando todas los firmezas se abaten, cuando todas las voluntades se ablandan, surge el héroe máximo, acepta voluntariamente una responsabilidad que pudo eludir, vocea en toda la amplitud del mundo sus catorce principios que mantienen incólumes, en medio del desquiciamiento general y del fragor bélico, las conquistas espirituales de una civilización.

Ha resuelto el conflicto, ha optado por uno de los términos del dilema universal, ha dado la solución al problema de la justicia de su época. Es el momento en que se incorpora su obra y su espíritu al dominio de la Eternidad. El mundo asiste a la eclosión magnífica de la universalidad, de la intuición, de la eficacia y de la heroicidad máximas de una época, tomando carne, haciéndose corpóreas en el espíritu y en la acción de un hombre.

Trujillo, 14 de mayo de 1919.

THEODORE ROOSEVELT

Al morir Roosevelt, Estados Unidos pierde una de sus más poderosas y fuertes individualidades políticas. Era un hombre emersoniano, un tipo representativo de los valores espirituales de su pueblo, que influyó enormemente en el desenvolvimiento de su país. Representaba aquella fuerza pletórica, aquel vigor rebosante, aquella potencialidad vital de Yanquilandia que, en la embriaguez de los primeros triunfos, produce siempre en todas las colectividades cierta dirección expansiva hacia el exterior, atemperada, sin embargo, por la fuerte y consolidada tradición democrática que constituía la estructura íntima del pueblo americano. Theodore Roosevelt fue el hombre público que mejor y más íntegramente representó esta etapa en el proceso espiritual de Estados Unidos. De allí que se le haya acusado, no sin fundamento, de tender hacia un imperialismo americano. Se dio entonces a la doctrina de Monroe aquella interpretación expansionista que levantó tantos recelos en Europa y, sobre todo, en las jóvenes Repúblicas sudamericanas, temerosas del extraordinario poderío de la gran República del norte. De hecho, había un peligro de absorción, pero este era más bien el resultado de un natural despliegue biológico que de una política sistemada, reflexiva, calculadamente organizada.

Un pueblo creado en los hábitos de la libertad y de la tradición democrática, cuya vida internacional estaba incorporada íntegramente a la corriente universal de la historia, no podía ser víctima de una alucinación colectiva que lo arrastrara a una política funesta y desastrosa, que a la larga había de enajenarle las simpatías del mundo y de América.

Por muy acentuada que fuera una individualidad en el gobierno, hubiera sido impotente para encauzar al espíritu liberal de la nación por un sendero que cohibía su amplia orientación humana.

El expresidente Roosevelt fue el genuino representante de este breve momento en la historia de Estados Unidos, de esta dirección que fue quizá necesaria para afianzar y depurar el espíritu democrático de la nación. Una tendencia genuina representativa de un ideal nacional y humano no llega a cristalizarse definitivamente, sino después de un largo y trabajoso proceso, en viva lucha, en encendido rozamiento con las otras tendencias antagónicas que quieren supeditarla. Tales son las leyes de la vida y de la historia.

La última guerra dio ocasión para que se manifestara en todo su vigor y plenitud la esencia, liberal y democrática, constitutiva de la fundamental estructura del pueblo americano. La actuación de una colectividad ante un acontecimiento histórico no es un hecho circunstancial, debido exclusivamente a la fortuita oportunidad del azar como aparentemente podría creerse. Es el resultado de una larga preparación espiritual; obedece a causas profundas, que obran de una manera necesaria y decisiva. El más nimio incidente puede provocar su revelación, sirviendo de pretexto el hecho, externo, pero la significación perdurable y viva permanece la misma, como resultado de un proceso continuo y creador.

Es innegable que Roosevelt favoreció abiertamente la política de los grandes *trusts*, pero sería necio negar también que es entonces cuando Estados Unidos alcanza su máximo desarrollo industrial y económico, elementos preponderantes de su grandeza actual.

Hombre poderosamente afirmativo, de una individualidad descollante y rectilínea, cuando llegó a Europa poniéndose en contacto con sociedades curiosas y refinadas; aureolada su persona con áureas leyendas de cazador de fieras en Sudáfrica; rodeada de anécdotas pintorescas y hazañas exóticas de *cowboy*, se puso de actualidad en París, y los grandes rotativos comentaban sus frases y sus gestos, y fiscalizaban su vida íntima para satisfacer la insaciable curiosidad de sus lectores. Fue el héroe del día en la Ciudad Luz, cuya curiosidad es tan difícil de suscitar, paseando su arrogancia de triunfador en los radiosos bulevares de la gran urbe. Su popularidad fue inmensa.

Cuando se produjo la guerra europea, Roosevelt, gran estadista, libró desde el comienzo una activa campaña para inclinar la opinión americana del lado de los aliados. Comprendió el rol decisivo que debía jugar Estados Unidos en el conflicto.

LIQUIDACIÓN DE LA GUERRA

Alemania acepta el tratado de paz.– La consagración legal después de la violencia de las armas.– El criterio alemán y el criterio aliado.– Consolidación de las conquistas espirituales modernas.– Posibilidad de una solidaridad jurídica internacional.

Con el tratado de paz se cierra, para siempre, la historia de los gobiernos personales. La última gran organización que pretendía reasumir en un hombre, el derecho divino de autoridad, ha caído para no levantarse jamás. El Imperio alemán fue el último y supremo esfuerzo, esfuerzo maravilloso y estupendo, del espíritu autocrático para subsistir en la historia como principio de gobierno. Igual que el espíritu pagano con Juliano, el Apóstata, que ensayó el grande y pasmoso esfuerzo de su reconstitución. Pero todo fue inútil, la realidad histórica viviente era entonces el cristianismo. Ella estaba predestinada a vencer, y venció. Esta vez ha vencido la democracia, llevando en su seno el germen espiritual de las futuras realidades históricas, que a su vez, con el transcurso de los siglos, han de vencerla y aniquilarla. Tal es el ritmo, la ineludible fatalidad de la historia.

Suele suceder que al término de una época, antes de ser aniquilada una civilización, se verifica una especie de balance ideal en la que el pasado inmediato presenta ante la conciencia de los hombres, haciendo un esfuerzo extraordinario, todas sus excelencias espirituales y materiales, como si invocara su derecho a vivir. Tal sucedió con el paganismo, en las postrimerías del Imperio romano, y tal ha sucedido con la autocracia, que, en el momento mismo de morir, alcanza, en la organización alemana, su mayor auge, lucimiento y poderío.

Los países aliados han sido el instrumento providencial, el vehículo material del Destino que blandía ya su hoz inexorable sobre el crimen de los gobiernos personales. El asesinato de Sarajevo no fue sino el pretexto accidental de la guerra. La pugna ideológica y sentimental existía en la entraña viva de la historia, en la ineludible oposición de dos concepciones diferentes de la vida que, tarde o temprano, tenían necesariamente que chocar.

Con la publicación del tratado de paz ha coincidido la reversión de las mismas razones que invocaban los aliados en la guerra, para atacarlos. La política alemana

después del armisticio ha sido una política de rebote para desprestigiar la actuación de la Entente.

Los mismos que proclamaban la autocracia como el gobierno perfecto, que justificaban la invasión y la conquista de Bélgica por el derecho del más fuerte, que defendían el secreto de las deliberaciones como necesidad diplomática, que aceptaban la violación de los tratados como necesidad de Estado; que preconizaban el imperialismo de una raza como derecho de expansión vital, olvidan toda su ideología en el momento de la derrota e invocan para defenderse los mismos principios que proclaman sus adversarios. No cabe ya mayor vencimiento. El pueblo que pretende hacer valer las razones de su enemigo para evitar su ruina, reconoce tácitamente el merecimiento de su derrota y la justicia de su vencedor. Es que acaba de convencerse que el mundo ha condenado sus pecados. Tal es la triste situación de Alemania que hoy más que nunca inspira una inmensa piedad, porque no ha sabido caer con grandeza, último recurso de su orgullo, ya que su derrota era inevitable.

No es tiempo aún de formular un juicio definitivo del tratado de paz. Sería pecar por demasiada precipitación. Hay sí un hecho cierto, un punto de partida que es una evidencia para el mundo entero. El crimen de desencadenar una guerra, premeditada y preparada subrepticiamente, fuerza es que tenga una sanción ejemplarizadora. La conciencia humana exige una reparación y un desagravio. Menester es que en nuestra edad sean abolidas todas las posibilidades de una aventura bélica como la de Atila o la de Gengis Kan. Nuestra sensibilidad moderna no es ya la del habitante de las cavernas que tiñó en sangre, disputaba ferozmente las entrañas palpitantes de su víctima. Entonces la impunidad de una guerra era hasta cierto punto tolerable. Hoy no. Nuestro sentido contemporáneo de la justicia pide una sanción para los pueblos delincuentes, como para los individuos que se han hecho culpables de un crimen.

No hay razón para exculpar al uno y castigar al otro. Nuestra sensibilidad ha sido en ambos casos profundamente agraviada, y es natural que exija una reparación. Con este criterio ha de juzgarse el tratado de paz y la conducta de los países vencedores, si se aspira a ser justo y sereno. Ante una realidad histórica, ante un hecho incontrovertible, no valen efusiones y quejumbres sentimentales. La consagración de una conquista espiritual es, muchas veces, dolorosa y cruenta, como es siempre doloroso el castigo de un criminal.

Algunos ingenuos germanizantes que no se resignan a la derrota, o algunos literatos de biberón que hacen profesión esnobista de originalidad y que, por lo mismo, gustan siempre de ir contra la corriente general, discurren que los principios jurídicos preconizados por los aliados durante la guerra habían fracasado vergonzosamente. Esto no obsta para que, acto seguido, en nombre de estos mismos principios fracasados, condenen las condiciones impuestas a los imperios centrales. Cuando lo lógico y lo leal sería confesar que, ante el criterio alemán de la guerra que justificó el derecho de conquista, como el derecho del más fuerte, el tratado dictado por los aliados resulta de una blandura y de una inanidad inconcebibles.

Pero no es así felizmente para la civilización contemporánea, para las realidades espirituales que acaban de consagrarse para siempre. El hecho de que se invoquen principios que se creen fracasados para condenar el tratado es la prueba más evidente de la sustancia real de esos mismos principios, de la fuerza y vitalidad de su presencia, de que la nueva época histórica que comienza está saturada de su espíritu. Ha quedado asentado de una manera innegable un nuevo orden jurídico, un nuevo criterio internacional, una nueva valoración de la justicia. Alemania y los germanizantes lo están evidenciando a voces junto con su derrota.

Con el tratado de paz subsisten muchas injusticias. Sería necio negarlo. No han venido los aliados a abolir la flaca condición humana. Se han reparado sí muchas arbitrariedades; se han enterrado para siempre principios internacionales anacrónicos; se ha dado el golpe de muerte al régimen de violencia, como el único recurso para zanjar las diferencias entre las naciones; se ha declarado fuera de las leyes de la humanidad el principio teutón que proclamaba el derecho de conquista; se ha hecho posible la instauración de un régimen de solidaridad jurídica internacional. Bastaría solo esto último para consagrar la justicia de una causa.

Para apreciar la paz, para juzgar el tratado que la consagra con un criterio justo, hay que recordar que las condiciones del mundo en este momento no son las mismas que en 1914. De entonces acá se han consumado muchos y horrendos delitos. No olvidemos que la comisión de un crimen, sea individual o colectivo, arrastra siempre consigo una sanción expiatoria. La justicia exige una satisfacción reparadora.

25 de julio, de 1919.

CONCEPCIÓN HISTÓRICA DE LA GUERRA

Recapitulación y síntesis de su significado ideal.– Concepción materialista de los acontecimientos.– La perspectiva de las edades y las realidades de la civilización.– La visión de lo permanente y vivo.– La democracia como realidad histórica, como teoría de gobierno y como fuerza motriz de nuestra época.– El pueblo representativo y el hombre representativo: Estados Unidos y Wilson.– Los puritanos y la libertad del mundo.

Función dinámica de la historia

El hombre, esclavo del hábito mental, de la costumbre petrificada y rígida, del dogma fosilizado y exclusivo, del cliché que le da determinado número de soluciones y que favorece su pereza de pensar, concibe la historia solamente en el pasado, sin ningún impulso dinámico hacia el porvenir. Para él, la historia es crónica de sucesos, recuento de acontecimientos, catálogo de aniversarios, ameno centón de anécdotas. Hagamos historia, dice refiriéndose al relato, más o menos pintoresco de los hechos pretéritos; tratando de resucitar lo muerto; apelando al recuerdo sobre el cual ha caído ya la losa inexorable de los tiempos. A lo sumo, cuando se ha libertado ya un tanto del infantil deseo de hacer narraciones y de contar anécdotas, deduce ciertas leyes generales, ciertas miopes normas conservadoras y pesimistas, esforzándose por aplicar lo viejo a lo nuevo, lo muerto a lo vivo, lo petrificado a lo orgánico. De aquí el origen de la concepción materialista de la historia.

El hombre nuevo, el idealista y el reformador, el cerebro en perpetua creación, el que tiene ojos para lo venidero, aquel que no encasilla su pensamiento en normas y leyes muertas, el enemigo jurado de la rutina y del dogma porque sabe pensar y porque quiere pensar; aquel que vive su época y que vibra con el espíritu inmortal de los tiempos; concibe la historia como un todo orgánico y vivo, al hecho de hoy como engendrador y reformador del hecho futuro, sigue con ojos clarividentes y con el corazón ardoroso y sereno el vuelo radiante de la civilización, se acongoja en sus caídas momentáneas y se alboroza cuando transpone un recodo de los siglos ganando una nueva linde hacia la suprema perfección. Para él, la historia es dinámica porque es viva; *ensaya y construye en su cerebro un nuevo Universo, experimenta*

nuevas formas de existencia, forja nuevas realidades y formula la canción de sus esperanzas. Loco o sabio, solo por él y mediante él, es posible alcanzar una nueva excelencia; es el verdadero creador de historia.

Para el primero, que se refugia pertinazmente en el pasado, que quiere conservar porque no sabe crear, el mundo se hubiera quedado en la época troglodítica, en la etapa de las cavernas y de la Edad de Piedra. Para el segundo, la civilización camina hacia una realidad más intensa, más depurada y más noble. Considera la guerra como un rezago de los tiempos primitivos, tiene fe en la perfección infinita del espíritu humano, y sabe amar la justicia hasta el punto de sacrificarse por ella.

Lo efímero y lo eterno

Todo hecho en sí está constituido por dos elementos. El uno pegadizo, circunstancial, aparente, perecedero que le da forma inmediata en el momento de producirse, que le hace visible a los ojos vulgares que apenas pueden percibir lo puramente formal, la hojarasca, el ripio, la caparazón grosera y externa. Es la escurraja del suceso que muere tan pronto como se hace palpable.

El otro es la aptitud vital, el alma del hecho, lo que persiste y vive, lo que se mentaliza y crea, lo que engendra nuevos hechos y forja la historia. Es la esencia productora, el vigor latente, el valor intrínseco, la energía en potencialidad, la fuerza esencial, el óvulo reproductor, la semilla de la vida, la matriz de los siglos, el dinamismo de los acontecimientos, el fecundador de los instantes, el proceso de la eternidad. Es a la vez hijo del hecho anterior y padre del hecho futuro. Nace y engendra; es eslabón y cadena. Es el elemento que se incorpora a la historia: constituye su sustancia y su médula perdurables.

El hombre estrechamente actualizado que percibe solo la apariencia externa, la formalidad tangible y visual, incapaz de abrazar el conjunto vivo y dinámico, opera sobre esta apariencia, deduce leyes erróneas, formula normas falsas, puesto que trabaja con materiales muertos, con la escoria y la ceniza de los hechos.

En cambio el hombre que tiene el sentido del futuro, que vive el hecho en sí, que lo ha percibido en su íntegra y esencial plenitud, apartando la efímera momentaneidad de su realización, prescindiendo de la ocasional deformación de las circunstancias fortuitas que provocaron su nacimiento, que es capaz de abstraer en la alquitara

de su cerebro la fuerza creadora y esencial, la energía dinámica y perdurable, trabaja con materiales vivos, abraza el conjunto orgánico, tiene una visión sintética, va hacia los resultados panorámicos y, comprendiendo la historia, la vive y la crea

El ritmo de la historia

Hombre actual y moderno, hombre de hoy y de lo cotidiano aparencial, que te hallas envuelto y aturdido en el torbellino de los hechos, en el ciclón de los sucesos, en el vórtice de los acontecimientos, cierra por breves momentos tus pupilas contemporáneas, olvida tu visión inmediata, puramente formal de lo que acaece; mantente por encima de los acontecimientos, no te dejes dominar por ellos, enfréntalos a tu entendimiento y a tu reflexión, abraza ese conjunto vivo y maravilloso que se llama historia, agranda tu perspectiva y restablece la verdadera relación y posición de las cosas, velada hoy por la información del rotativo, por los comentarios del café y de la plazuela, por los discursos académicos, por las metáforas y tropas de los gobernantes, por la espuma del champán de los banquetes, por los literatos que buscan la ocasión de hacer grandes frases, por los parabolistas adocenados que persiguen el necio aplauso de la multitud. Mira con los ojos de tu espíritu, olvídate del espacio y del tiempo, haz esfuerzos por asir lo permanente. La historia tiene una ondulación eterna, un viaje y un retorno incesantes; como el mar está sometido a la ley de las mareas, tiene sus altas y sus bajas. Las horas como grotescos polichinelas danzan febrilmente en su estadio musical.

Se entabla la lucha permanente. Unos hombres, unas colectividades, unos Estados embriagados por la ambición y por la riqueza, tentados por el poder, pierden su fe en la eficacia del espíritu, se tornan materialistas, conservadores y tradicionales. Quieren insuflar vida, por propio interés, a lo ya muerto; se oponen a la marcha vital de los acontecimientos, luchan contra el espíritu permanente de los tiempos, quieren resucitar concepciones de vida que yacen en los sepulcros.

Otro grupo de hombres, de colectividades y de Estados representa la continuidad viva de la civilización, el impulso espiritual que desarrolla y crece el germen de nuevas vidas, el ensayo de nuevas y más perfectas formas de justicia, la sensibilidad para percibir las nuevas cosas, las nuevas ideas y el nuevo espíritu.

Entre tanto el mar de la historia se agita; en su seno maternal y fecundo germina el futuro, se percibe una ebullición anunciadora, el cielo se encapota, se desatan por

los ámbitos de la tierra vientos asoladores, ruge el espíritu de los tiempos, emergen trombas airadas y ululantes, se hincha el vientre próvido, se encrespan las ondas, trepida la tierra: ha nacido el nuevo ser.

Queda aniquilado el pasado, muerto para siempre y en definitiva. El mar se aquieta, recomienza otra vez una nueva creación, es la ley eterna de la vida, los instantes caen gota a gota y se abisman en su seno. Lo nuevo de hoy será viejo mañana. La humanidad ha ascendido un escalón, ha traspuesto una linde del infinito, se ha acercado más a la Eternidad. Continúa la ondulación eterna, el compás perenne, el ritmo esencial y creador, el rumor musical y escondido: el ritmo de la historia.

El choque de las dos concepciones. Alemania y los aliados

Alemania había llegado al pináculo de su grandeza y de su poderío. Su extraordinario desarrollo industrial acumuló una inmensa riqueza pública, lo cual le permitió desplegar una excepcional influencia económica en el mundo. Conquistó los mercados, llegando casi a supeditar a los demás países. El comercio alemán iba camino de vencer a todos sus concurrentes.

Por otro lado, la especialización científica y la especialización del trabajo realizaron maravillas de aplicación en todos los ramos de la actividad humana. Sacrificó al individuo, mató al hombre integral en aras de la sociedad y del Estado. Este no fue ya un medio para los fines del hombre. El hombre se convirtió en un medio para los fines del Estado. Trocáronse los papeles; se atacó la naturaleza humana, se pecó contra el espíritu y se creó una sociedad convencional, un organismo falso y artificioso. El pueblo se convirtió en una vasta grey, se dejó gobernar paternalmente por los Hohenzollern, no quiso intervenir en la gestión de la cosa pública, dejó que el poder real absorbiera todas sus libertades políticas a cambio de una amplia libertad civil. El pueblo, la sustancia vital de la historia, estaba corrompido, vencido y resignado, con la peor y más funesta de las resignaciones, con la resignación voluntaria y dichosa que cree encontrar su felicidad y su grandeza en la esclavitud.

El poder, la riqueza, la influencia y, el ensorbecimiento necio corrompieron, a su vez, a las clases directoras de Alemania. Olvidaron la cualidad esencial del estadista: la visión del porvenir, la comprensión del espíritu de su época, el sentido histórico,

el sentido de la realidad. Cerraron los ojos a los acontecimientos, no quisieron ver su esencia permanente y viva; les dieron una interpretación errónea, dedujeron leyes falsas; partieron de postulados aparentes y artificiales.

Los aliados representaban esta vez la continuidad de la historia. Los intereses de ellos eran los intereses espirituales de la humanidad. Tenían el más poderoso aliado: el espíritu del tiempo. Él siempre ha sido el vencedor.

La historia había conquistado ya todos los derechos individuales. Cruenta lucha costó obtenerlos. Faltaba la consagración definitiva de ellos, la proclamación de los derechos de los Estados, sin los cuales aquellos eran meras sombras, simples metáforas literarias sin correspondencia con la realidad. Un Estado fuerte no tiene derecho para encadenar a otro Estado a sus fines así como un hombre no tiene derecho para esclavizar a otro hombre.

Además, el Estado no es un grupo de hombres privilegiados, sino todo el conjunto de sus miembros. El gobierno para ser un gobierno vital debe representar la voluntad de todos ellos; debe obrar conforme a sus inspiraciones. En esto consiste la democracia. El hombre privado, por más dichoso que sea, no será enteramente libre si no interviene directamente en la gestión de los negocios públicos; solo así garantiza efectivamente sus facultades individuales.

Hacia 1914 esta realidad histórica estaba ya madura; había llegado a la plenitud de su sazón. El pueblo que se opusiera a ella, con ideales imperialistas, tendría que perecer; la justicia inmanente de los hechos es inexorable.

Y el choque se produjo. Bastó el nimio incidente de Sarajevo para encender la guerra. Corrió la sangre humana, redentora y generosa siempre.

El caso Bismarck

Bismarck, El Canciller de Hierro, como se le llama, preparó esta guerra. Fue el hombre representativo de Alemania. Concibió el Estado fundado sobre la fuerza; fue el verdadero continuador de la política de Maquiavelo. Su genio echó las bases de la sabia organización alemana. Materialista, amoralista, sin ninguna ética personal, tenía sin embargo talento político, supo conocer a los demás pueblos. Dividió a los enemigos de Alemania, mediante hábiles intrigas diplomáticas y los venció, uno a uno.

Muerto él, continuó gobernando desde su sepulcro; no hubo quien recogiera el cetro de su genio. El impulso que dio a Alemania ha durado hasta nuestros días. La torpeza de sus sucesores en el gobierno precipitó a Alemania en la catástrofe.

Se enciende la hoguera

Ante el formidable poderío militar de Alemania, revelado de súbito en agosto de 1914, el mundo tembló. Los más grandes espíritus de la época vacilaron en su fe idealista y temieron por los intereses eternos de la civilización. La continuidad vital de la historia corría el más grave y trágico peligro de los tiempos.

Todos los pueblos de la Tierra comprendieron que la guerra no era una guerra europea solamente: era una guerra mundial. Traía involucrada la herencia espiritual y ética de los siglos. Los más apercibidos, los que poseían un sentido histórico más perspicaz y más vivo sumaron sus fuerzas a la de los aliados y se apretaron para la lucha.

El monstruo martillaba los ejércitos de Francia; sus cañones deshacían las líneas de defensa. Parecía imposible toda resistencia.

El mundo se interrogaba. ¿Se salvará el legado de la civilización? ¿Perecerán las realidades espirituales que parecían haber conquistado la humanidad? ¿Después de este choque brutal resplandecerá más limpia y más pura la justicia... ?

La realidad-cumbre; la realidad-fuerza

En toda época histórica hay una realidad que por la intensidad de su afirmación, por la fulmínea perentoriedad de su presencia, por la proteica y próvida fecundidad de su sustancia, resume y compendia a todas las demás realidades secundarias que se agrupan en torno de ella, sacando de su seno, pleno de vitalidad, la eficacia de su persistencia. Es la realidad generatriz, el vivero ideal de las acciones, que ocupa el primer plano de la historia. Es la solución de continuidad entre dos épocas. En su médula íntima trae todo el bagaje de las conquistas espirituales anteriores y el germen íntegro del proceso futuro. En ella se explica y remata el pasado; nace y germina el porvenir. Es, a la vez, clave y proceso, contemplación y acción, remanso y torrente, reposo y dinamismo, término y comienzo. Como un sol esparce su luz y su calor a todo un sistema de satélites. Como un centro extiende sus radiaciones idealistas y llena con su espíritu un siglo o un conjunto de siglos.

Los pueblos que viven esta realidad, que la incorporan a su estructura política, que la sancionan en su espíritu y en sus instituciones, que la consagran en sus fines colectivos, son los únicos que aseguran su continuidad histórica, su persistencia a través de los siglos, su perennidad vital.

El supremo deber del estadista es tener la exacta visión de esta realidad y de todas las demás realidades secundarias que se desprenden de ella. De allí la enorme gravedad y responsabilidad de su misión. Su mano apta, segura y clarividente debe señalar a su pueblo la ruta luminosa de su destino.

¿Cuál es esta realidad fuerza, cuál esta realidad cumbre de nuestra época? ¿Cuál es la cristalización ideal más inmediata hacia la cual se encaminan los ensayos de la civilización? ¿Será la solidaridad jurídica de todos los pueblos; será el socialismo con una nueva organización de la propiedad; serán nuevas formas y conceptos de vida que aún no vislumbramos?

Por lo pronto el resultado más tangible de la guerra es la democracia de colectividades, que se han mantenido reacias hasta hoy a poner el gobierno en manos del pueblo. Es imposible negar esto. La realidad democrática parece, pues, la respuesta a la primera interrogación. Las otras dos respuestas no se dan tan fácilmente, se encuentran envueltas en el limbo del misterio. La historia y los siglos responderán.

Hasta ahora no habíamos vivido la democracia en toda su plenitud vital, en su íntegra y conjunta realidad histórica. Era una realidad lejana a la que habían llegado algunos pueblos por evolución natural, pero de la cual podían prescindir y prescindieron de hecho otros pueblos. Faltaba su consagración universal; existía como una teoría de gobierno y nada más. Una realidad para que pase a ser un axioma humano necesita ser plenamente vivida, necesita que su espíritu se incorpore al espíritu de todos los hombres, que llegue su emoción a los nervios de toda la humanidad.

Cuando una realidad se introduce así en la conciencia histórica de los hombres, ya no faltan argumentos para convencernos de su verdad. Flota en el ambiente, que respiramos; su esencia impalpable la sentimos en nuestro corazón; su sustancia eterna forma parte de nuestro espíritu. La dialéctica y la lógica no son sino un medio para llevar al espíritu de los demás el convencimiento, la certidumbre de la verdad que hemos encontrado. La apología, la exégesis, la crítica de esa verdad se hace innecesario cuando todos los hombres la han vivido en su plenitud. Nuestra conciencia

llegada a este punto no hace sino afirmar. Por eso los grandes visionarios, los grandes intuitivos son hombres profundamente afirmativos, que no hacen sino afirmar la verdad que viven, salvando el abismo de los siglos y de la cual no pueden participar los demás hombres, contemporáneos suyos, porque necesitan razonarla. Ellos no razonan su fe, sino que la consagran con su corazón. ¿Quién discute ahora el mal de la esclavitud y el beneficio de la libertad? Estas dos verdades, lector, las tienes en tu corazón, ya no las razonas. Son dos realidades históricas que la humanidad las ha vivido plenamente, son dos postulados que se han incorporado en definitiva en la conciencia de todos los hombres. Solo en las universidades, en las academias y en las cátedras se ocupan de demostrarlas. Ahora nos hace sonreír por su ingenuidad y por su simplicidad todo el aparato lógico, toda la máquina de argumentaciones que emplearon los dialécticos para convencer a sus contemporáneos del mal de la esclavitud y del beneficio de la libertad. Mañana probablemente harán sonreír a nuestros nietos todas exégesis en favor de la democracia como forma de gobierno, todas las argumentaciones que emplean y han empleado los profesores para probar la excelencia de ella, como sistema político.

Estamos en la era de la realidad democrática; ya no necesitamos razonarla para admitir su presencia; ahora ya es carne de nuestra carne y hueso de nuestros huesos. Es un axioma de nuestra conciencia, es un postulado de nuestra razón, es la médula de nuestra esperanza, es la sustancia de nuestra vida.

El pueblo y el hombre predestinados

Una casta de hombres de espíritu libre, de alma pura, piadosos, frugales, idealistas, sencillos, enamorados de su independencia, en contacto directo con la naturaleza, con severas exigencias éticas en su vida colectiva; penetrados de la gravedad de la existencia; viviéndola como un sacerdocio con lírica y enfervorizada unción, abandonaron las costas de Europa en busca de libertad, en busca de un cielo más propicio, de una tierra más liberal y más tolerante para su espíritu y para su vida, y plantaron su tienda en las costas de América. Estos hombres eran los puritanos a quienes hostilizó la Europa sectaria, intolerante, inhospitalaria, estrechamente abanderizada a una profesión religiosa, que, buscando un cobijo a sus creencias, a su fe, a su libertad, a su espíritu y a su vida, echaron las bases de la más grande democracia de la historia.

Estos hombres en la contemplación de largas noches estrelladas, en la azul inspiración de los cielos profundos, en la serenidad apacible y sedante de los lagos dormidos, en la melancolía incierta y fecunda de los crepúsculos policromáticos, en la majestad rumorosa, musical y polirítmica del mar se habían puesto en contacto con la Naturaleza, habían interrogado al misterio de la vida y así supieron encontrar el espíritu de Dios. Quien hubiera tenido pupilas de visionario habría visto las cabezas de estos hombres, pobres, anónimos, oscuros y buenos, circundadas con la aureola de la predestinación, nimbados con el resplandor de su grande y excelso destino.

Estos hombres en su peregrinación llevaban la posibilidad de la historia, la persistencia del espíritu de los siglos, el nervio central de la civilización, el germen de la realidad fuerza de nuestra época. Inconscientes de la excelsitud de su misión, su instinto vital, su intuición de la justicia y su sentido religioso de la vida los guiaron y acompañaron siempre.

Este reducido grupo de hombres, al contacto de la nueva tierra, rompieron con la tradición europea, olvidaron las convenciones, los prejuicios, los lazos artificiales que los unían a su antigua vida. Ensayaron una nueva patria, un nuevo gobierno, una nueva concepción de la sociedad. Trabajaron, soñaron, sufrieron y, al cabo, crearon un nuevo hogar, una vida original e intensa, libre de toda traba, con infinitas posibilidades de crecimiento y de perfección.

La pequeña familia se engrandeció y se amplificó después. De los cien mil puntos de la Tierra acudieron hombres de todas las razas y se fundieron en el núcleo central. Se convirtieron en un vasto crisol humano, purificando de sus escorias ancestrales e insuflando juventud y vigor a las razas cansadas.

Este pueblo fue el sitial más glorioso, más luminoso e inmaculado de la libertad. Las prerrogativas de la sangre no fueron ya un título para la pública consideración. El hombre fue hijo de sus obras y de sus aptitudes. La voluntad popular hizo el gobierno y ejerció realmente la soberanía de la nación. Se creó la aristocracia de la inteligencia y de la energía espiritual.

Era el terreno abonado para la democracia. El exiguo arbustillo, débil y desmedrado al comienzo, extrajo de la tierra sus sustancias primarias. Ahondó sus raíces en la historia, bebió la linfa clara y purísima de la Reforma y de la Revolución francesa, se nutrió con las supremas y gloriosas rebeldías del pensamiento y de la acción, echó

una fronda ideal, bajo cuya sombra se cobijaron y encontraron patria todos aquellos espíritus libres que representaban una protesta contra las antiguas y valetudinarias instituciones e ideas europeas, y a quienes, inhospitalarias y hostilizantes, arrojaban sus patrias de origen. La nueva tierra les ofrecía su seno ubérrimo y su cielo libre.

Fortificada, engrandecida la tierra de los puritanos, siglos más tarde, debía emprender la suprema cruzada de la libertad. Estos hijos de europeos devolvieron a Europa centuplicada y depurada la herencia espiritual que recogieron de ella. La historia en sus ocultos designios había encaminado hacia esta tierra sus pasos rebosantes de eternidad.

En este hogar y en este cielo debía nacer el hombre representativo de nuestra época, el puritano insobornable y justiciero, sabio y sencillo, el hombre de la naturaleza y el hombre del pensamiento, el visionario iluminado, la pupila auscultadora y panorámica del momento, la voluntad-compendio, el pensamiento-síntesis: el hombre histórico. Fue el señalado por el dedo de Dios. En su testa apostólica traía la íntegra predestinación de su raza, reasumiendo, en sí, con una dignidad y una serenidad religiosas, la suprema responsabilidad de la guerra. Fue el epítome de las virtudes puritanas. Ningún jefe de Estado habló como habló este hombre desde su solio presidencial de Washington; ningún verbo vibró con tanto vigor y con tanta vida cuando pronunció la gastada y socorrida palabra: "justicia". El vocablo en sus labios readquirió toda su juventud, gravedad y frescura primitivas. Parecía salir de los labios de un niño que no ha mentido nunca, y que por primera vez descubre con religioso estupor la plenitud de su significado. Es que lo había vivido con su corazón, con su vida y con su esperanza. Los viejos políticos europeos suspicaces y corrompidos, incapaces de admitir una honrada convicción, maestros consumados en el lenguaje equívoco de la diplomacia y de la mentira, echáronse a buscar al punto cuál podía ser el negocio que el Tío Sam pretendía realizar. Burláronse para sus adentros de lo que creyeron ladina hipocresía de pastor protestante. Pronto tuvieron que rectificar; tal era la dignidad y la firmeza de Wilson. ¿Era entonces un loco; era un apóstol? Era el hombre del momento histórico, era el hombre providencial, el hombre predestinado, el hombre eterno.

Solo los limpios de espíritu, los niños de corazón, los hombres nuevos, los que no habían pecado contra la historia, comprendieron y sintieron desde el primer momento la emoción de su palabra. Los demás ironizaron, despreciaron y se burlaron.

No, no era puramente académico, no era solo un teorizante de aula, no era un catedrático retórico: era un profesor de vida, era un poeta, era el supremo artista de su pueblo, era un hombre. Decía la verdad sencillamente, tal como la sentía en su corazón. Para una tan gran crisis de materialismo, para una tan gran catástrofe de concupiscencias, era el hombre escogido, era el cirujano providencial, era el supremo cauterizador, era el puritano idealista.

Cuando el historiador quiera estudiar los caracteres representativos de esta época, los rasgos distintivos y originales que informan su espíritu, tendrá que acudir forzosamente a la historia de Estados Unidos y a la psicología de Wilson. Esta es la gloria de este hombre y de este pueblo singulares.

Conclusión

La concepción alemana del Estado y de la vida fue el resultado de una interpretación materialista de la historia: "La necesidad hace el derecho"; "la fuerza crea el derecho"; "el hombre es un medio para los fines del Estado"; "no hay más ética internacional que la fuerza incontrastable de los cañones y del dinero";"los tratados son pedazos de papel"; "el Estado más fuerte tiene el mandato divino de subyugar a los otros Estados";"la justicia es una mera palabra retórica sin realidad en la historia del mundo";"los pueblos que se dicen compasivos o justicieros son pueblos decadentes o hipócritas", "la selección en la vida y en los hombres elimina al débil, que está irremediablemente condenado a perecer";"la hegemonía de Alemania en el mundo por sus grandes virtudes colectivas debe ser reconocida por todos los Estados".

Este era el enemigo de las más grandes conquistas espirituales de la humanidad. Veinte siglos de cultura y de pensamiento no habían servido sino para llegar a esta trágica y pedantesca encrucijada; a este negro, desconsolador y angustiante pesimismo. Había que oponerle otra grandeza, y otro poderío fundados sobre la justicia, asentados sobre el derecho y sobre la ética. Este pueblo fue Estados Unidos, y el hombre que reasumió su espíritu y dijo su pensamiento y su fe fue Mr. Woodrow Wilson.

Por millonésima vez se inclinó el fiel de la balanza del lado de la justicia. Triunfaron las fuerzas morales, los elementos imponderables del Universo. Se afirmó una vez más nuestra fe idealista de la historia.

Trujillo, enero de 1919.

EL AMBIENTE ESPIRITUAL DE EUROPA
DESPUÉS DE LA GUERRA

El sentido histórico y las fuerzas conservadoras.– El fenómeno bolchevique y su rápida universalización.– El tratado de Versalles y las mayorías nacionalistas.– El socialismo como realidad contemporánea.

Introducción

Rara vez hay una perfecta concordancia entre la acotación convencional que señala el comienzo o el término de un año; y la fluida vitalidad de la historia al rematar un proceso espiritual, al pararse en una confluencia de energías, al estallar en una universal conflagración, al engendrar un nuevo proceso civilizador. Nada hay más indiferente que ella a las fechas, a las divisiones y subdivisiones del calendario. La frivolidad de los hombres, a veces, se entretiene en señalar coincidencias, y el azar, otras empareja concordancias cronológicas que parecen justificar la supersticiosa candidez humana. Pero, en realidad, la historia, matriz creadora, mortero infatigable, de ideas, de personas, de cosas y de acontecimientos, evade todos los cálculos, se escapa a todas las acotaciones, elude todos los programas, rebasa todos los planes, supera todas las esperanzas, se burla de todas las predicciones y, frecuentemente, devora todas las realidades.

Unas veces es cruel, otras veces piadosa. Unas veces se reviste de áureos paramentos románticos, como un epílogo de novela sentimental; otras porta una aljaba trágica y esgrime lúgubre guadaña; unas veces es irónica, como una golosina delante de un dispéptico y otras tierna y amorosa como la lluvia al prodigarse en una sementera agostada; unas veces es castigadora; otras renumeradora justiciera como la diestra de Dios. Solo de tiempo en tiempo un gran corazón y un penetrante entendimiento la adivinan y traducen su arcano meciendo en ritmos sutiles o en alada emoción. Solo entonces también se nos abre una breve rendija, a través de la cual podemos vislumbrar el pensamiento, la acción y la vida futuros pero a trueque, siempre, de repasar nuestra mezquina proyección subjetiva, nuestras indigentes esperanzas.

Nuestro ojo limitado y unilateral no alcanza a integrar en su percepción la inmensa perspectiva que aguarda ser revelada, el primoroso tejido inconsutil que se entrama con el presente y con el pasado. La torpidez de nuestros nervios no llegan a registrar en su vibración a tanta lejanía, los mensajes de esa realidad que se precipita hacia nosotros. Nuestro cerebro, reptando penosamente en lo presente y efímero, no es capaz de percibir la nueva y caliente sucesión ideológica. Nuestro corazón, aferrado a lo actual, es impotente para anegarse en la orquestal sinfonía del porvenir.

Irremediablemente somos los hombres de hoy; los siempre encadenados al raudo pasaje de las cosas, al estallar efímero de nuestras vehemencias. Nuestras realidades inmediatas devoran nuestra eternidad, reducen y desmedran nuestra proyección subjetiva en la historia. Nuestra "presencia" jamás trasciende a lo que se ha de crear y nuestro amor es un punto estático y aislado en el "devenir". Impotente para inflamar íntegramente la cadena. Somos un centro, y nuestro frívolo interés momentáneo y circunstancial nos imposibilita para hacer conciencia los radios que confluyen en nosotros.

Y esta es la posición trágica del hombre en la historia o, más bien dicho, el sentido trágico de la historia; la esencia trágica de la libertad humana, que es el resorte de los acontecimientos, el nervio de la acción política.

El hombre se olvida que es la correlación de una serie, la concatenación de un proceso vital y se empeña en estabilizarse, en petrificar una sucesión. Se olvida de que no es más que un vehículo del eterno avanzar, una simple relación entre dos infinitos, un simple "presente" de realización y pretende detener la dinámica universal construyendo un código de normas con la experiencia del pasado para embridar a la vida. Intenta siempre sacrificar el porvenir a su tranquilidad; su función creadora a su reposo, su libertad a su comodidad. Se trueca en un reto permanente a la Naturaleza, en una conspiración contra el futuro. De allí su tragedia, la permanente esencia trágica de la historia.

A veces, esta antinomia constante se plantea de una manera más violenta por acumulación sucesiva de las dos presiones contradictorias: la de reposo o de conservación y la de movimiento o de creación.

Cuando la capacidad de resistencia de la una desarrolla una fuerte potencia contradictoria al fluir vital, estalla entonces en flamígeras explosiones de dolor, de sangre,

de odio, de rencor, de muerte y de lágrimas, pero también en próvido caudal de amor, de renovación, de libertad, de justicia y de vida. Tal la última gran guerra cuyas apocalípticas luminarias aún empalidecen nuestros rostros enmuecados y trágicos.

¿Cuáles son las fuerzas vitales que han triunfado en esta colisión histórica? ¿Cuáles las realidades que ha engendrado esta tragedia? ¿Qué nuevas formas de justicia y de libertad se han planteado? ¿Hacia qué superaciones espirituales se encamina la humanidad? ¿Cuál es el sentido dinámico de los acontecimientos?

Lector: acompáñame a reflexionar humildemente y en conjunción cordial. Tal vez por milagrosa acomodación de nuestras pupilas alcancemos a redimir nuestra presente limitación, nuestra momentaneidad efímera, comprendiendo y viviendo una parcela de porvenir, vislumbrando y sintiendo, por anticipado, las superaciones de nuestros hijos y la de los hijos de nuestros hijos.

Sentido histórico

A pesar de la poderosa sugestión del hábito; a pesar de nuestra fuerte inclinación al reposo que nos predispone a repetir las mismas formas vida, que nos hace fiar incondicionalmente de la experiencia, que nos esclaviza a la actualidad efímera, la humanidad posee un sentido sutilísimo de orientación, una como vaga conciencia del porvenir hacia la cual confluyen todas las energías vitales evolutivas.

Gracias a ella, el hombre se liberta de la garra rutinaria de los acontecimientos, de las concupiscencias y de los pasajeros intereses de la actualidad, para elevarse al discernimiento espiritual de la historia, hacia la vivaz clarividencia del progreso humano.

Esto es lo que en nuestra edad contemporánea se ha llamado "sentido histórico".

Esta facultad, en los países de vitalidad más potente, se reconcentra y se compendia, en un grupo selecto de hombres que mantienen a despecho de las fuerzas conservadoras y extáticas, el impulso dinámico de la civilización. Llenan ellos una alta misión espiritual. Son las antenas que registran las vibraciones más lejanas y remotas que devienen incesantemente con ineludible necesidad. Ellos anuncian perpetuamente la inminencia del futuro.

En algunos pueblos este sentido de orientación, por el avanzado grado de cultura, está tan generalizado que constituye una conciencia social, una conciencia colectiva. Por eso mismo están destinados a cumplir una realidad más intensa, más noble y más generosa.

A medida que una colectividad es más consciente de la historia; a medida que discierne más sutilmente los fines del Estado a que pertenece, aumenta su capacidad para recibir y engendrar nuevas formas de vida y de desarrollo, posee por consiguiente un sentido histórico más aguzado y vital. Puede afirmarse que de él depende directamente el grado de perfectibilidad humana.

La realidad política mundial

Los hombres contemporáneos estamos asistiendo a una estupenda eclosión de las energías vitales históricas. Nos sentimos como perdidos y envueltos en este sacudimiento de creación en que se agitan, se concretan y se definen nuevas formas y concepciones de vida. Actores presenciales de la tragedia aún percibimos en nuestros nervios la tensión emocional de la guerra. Sentimos todavía los postreros forcejeos del pasado, herido y fulminado de muerte. No es raro, pues, que los hombres de hoy, aun los más inteligentes, se sientan perdidos en esta vorágine espiritual y material sin escapar de un criterio pesimista que solo ve un general desquiciamiento. Acaso las fuerzas tradicionales jamás recibieron un golpe más rudo, vigoroso y definitivo. El ambiente tenebroso por el humo de la épica refriega, aún no deja ver lo que supervivirá después de la catástrofe. Nuestro juicio en su turbación confunde y clasifica entre las ruinas lo que acaso esté destinado a ser más perdurable.

Estamos, pues, en las condiciones más desfavorables para formular un juicio cabal y justiciero de la realidad contemporánea. Nos falta la suficiente serenidad y la perspectiva visual justa para establecer la nueva valoración. Reconozcamos esta limitación insalvable con hidalga humildad y asignemos a las generaciones venideras la plenitud del derecho para verificarla.

Hecha esta leal salvedad, a fuerza de seres racionales y libres intentemos un examen suscinto de las fuerzas ideológicas y espirituales que actúan en la realidad política contemporánea.

La faz espectacular de la guerra ha terminado, pero lo que ella ha engendrado de trascendental y permanente comienza a agitarse apenas. Lo que el conflicto trajo de suceso y de envase visual acaba de expirar con el tratado de paz, pero lo que él ha traído de idea y de dolor eternos, y lo que esta idea y este dolor involucran de libertad de acción y de realidad futuras comienzan a forjar historia. El agente externo, material y visible del cataclismo ha cesado de actuar, pero el agente espiritual, íntimo y determinante ha iniciado su dinamismo creador. Tratemos de sorprender su sinuosa fluidez.

El bolcheviquismo

Así como todas las fuerzas históricas ascendentes que actuaron al comenzar la guerra se sintetizan, se concentran y se compendian en la democracia americana, para oponerse a un sistema político feudal el bolcheviquismo, después de la guerra, sube al primer plano y es como el punto convergente de las energías vitales que engendran la realidad política mundial. De allí su inmediata y ecuménica resonancia. Hasta las más remotas organizaciones sienten las convulsiones del monstruo que amenaza devorarlo todo.

¿Por qué prende como una chispa la vesania bolcheviquista y se difunde como pólvora inflamada por todo el orbe?

¿Por qué esta universalización fulminante del rencor y del crimen?

¿No habrá un principio eterno, una médula vital, una sustancia espiritual perdurable, una energía libertadora, en este batir desalado de las pasiones, en esta floración sanguinaria de tragedia?

¿Es posible que la conciencia humana se haya relajado hasta el punto de sufrir la sugestión del asesinato organizado, del morboso delirio de destrucción?

¿Es posible que el crimen suscite fervorosos proselitismos?

Analicemos los elementos que generan el movimiento.

El estado espiritual ruso desde la iniciación de la tragedia se presenta como una esfinge, sobre cuya realidad nadie puede discernir claramente. Se entrecruzan en él las más inconciliables y opuestas direcciones ideológicas.

Se pueden distinguir tres planos espirituales diferentes. Una nobleza corrompida, opresora, dispendiosa y feudal, de conciencia histórica nula, que vegeta en la holganza. Representa el absolutismo de la Edad Media en su manifestación más inepta, grosera y retrógrada.

Una masa popular constituida, en su mayor parte, por campesinos ignorantes, en la que varios siglos de humillante sumisión ha creado el hábito de la servidumbre, pero en cuyo espíritu se han ido almacenando, lentamente, considerables reservas de rencor, de odio y de dolor. La injusticia había engendrado una vaga conciencia de liberación que era sofocada fieramente por los amos apenas osaba traslucirse. Era el rebaño encadenado a la esclavitud de la gleba, el lujo y los vicios de la casta señoril. Tributaba dinero, servicios y pleitesía al terrateniente noble, regalón y opulento.

Por último, en un plano superior, la aristocracia del pensamiento, la clase intelectual, perfectamente consciente de la tragedia de su raza y atenta a todos los rumores de la historia contemporánea. De sensibilidad exasperada, agudizada por el humillante espectáculo cotidiano. Cada acto de su vida es un reto violento a la barbarie, ambiente a la nefanda concupiscencia del trono feudal. Es la incitadora a la rebelión, la atizadora de la explosión revolucionaria. Por ella el mundo supo el crimen de la organización rusa. Ella solidarizó el dolor del "mujic" al dolor universal. Prisiones en las mazmorras de San Petersburgo y de Moscú, destierros en las yermas y heladas sabanas de la Siberia, persecuciones y delaciones del sayonismo imperial, éxodo obligado a las patrias extranjeras, confiscación de bienes y de hacienda. Todo se ensayó para domeñar la firmeza apostólica de estos magníficos ejemplares humanos que gritaban el crimen de los zares a todos los vientos. La opresión oficial engendró una aguda exaltación mística que culminó proceramente en la figura apostólica, redentora, apoteósica y grandiosa de León Tolstói.

El alma rusa estaba saturada de dolor; no esperaba sino la ocasión propicia para estallar. Esta ocasión vino con la guerra. La formidable organización armada mantenedora del trono marchó al frente. El pueblo necesitaba demoler la organización

de la casta feudal y absoluta. Para ser el vencedor era menester que la Rusia oficial fuera la vencida. Alemania la venció. La realidad política y social moscovita no era la misma que la realidad europea. El problema estaba planteado en diversos términos que en los demás beligerantes y, por eso, la solución más provechosa para la libertad y la justicia humanas tenía que ser la caída del imperio de los zares. Así sucedió. Comienza entonces la era bolcheviquista.

La reacción popular contra la nobleza había de ser, por fuerza, sangrienta y terrible, como inhumana y larga había sido la opresión. Tomaba su desquite. Las revoluciones son siempre excesivas en su acción vengadora, y tras de su grandiosa significación espiritual, vienen aparejados el crimen, los odios y los rencores acumulados por los siglos. Así son y así tenemos que aceptarlas. De una masa de esclavos que acaban de romper sus cadenas no se puede esperar, en el momento de la embriaguez sanguinaria, la mesura, la dignidad, la hidalguía y la severidad ética, de un hombre libre. No tiene derecho a exigirla un mundo que toleró y se hizo cómplice de un crimen contra la civilización en pleno señorío de la democracia, cuando los pensadores y los escritores rusos denunciaron la trágica angustia de cien millones de hombres, con indignada y conmovida grandeza.

Pero no es el aspecto nacional, episódico en cierta manera, no obstante su amplitud humana, lo que más nos interesa en el movimiento bolcheviquista. Si solo hubiera sido una reivindicación nacional, no se habría propagado tan rápidamente. Es su carácter de redención del proletario mundial y, en general, del oprimido lo que le universaliza; es su catolicidad ideológica y sentimental lo que le ha hecho y le hace influir en la política europea. Reclama una nueva organización del trabajo y una mejor distribución de la riqueza producida. La inteligencia y el trabajo son elementos activos en tanto que el capital es elemento pasivo. El bolcheviquismo traduce, pues, un estado de la conciencia universal, más o menos vago, más o menos latente, según los pueblos y las razas.

Como todas las grandes revoluciones el bolcheviquismo tiene su parte impura y mezquina, su parte de odio, de rencor y de venganza, aun si cabe, de envidia, que se traducen en esa ferocidad sanguinaria, en esa crueldad monstruosa e inútil, en ese horrendo desencadenamiento del crimen y del asesinato, en ese trágico fanatismo del rencor.

La historia es casi siempre cruel e implacable.

El nacionalismo

El tratado de paz ha sido el tratado impuesto por las mayorías nacionalistas europeas, que no creen en la posibilidad de una Liga de Naciones o que por lo menos desconfían en la realidad de una cercana solidaridad internacional. Cada país se ha puesto en guardia contra una nueva agresión. Inglaterra conserva su marina; Francia desarma a Alemania y la reduce a la impotencia; Italia reclama Fiume para controlar a Austria.

Clemenceau es el genuino representante de esta política. Él la encarnó y la hizo corpórea en el Congreso de Versalles con la poderosa sugestión de su espíritu. Actor de la guerra del 70, traía la autoridad moral y el inflamado patriotismo del veterano. El tratado de paz ha sido el triunfo del oficialismo europeo, es decir, de las fuerzas nacionalistas que se aprestaron denodadamente a la lucha y que salvaron al mundo del predominio militarista germano. La voz de Wilson, la voz popular, la voz del porvenir, no fue vencida, pero fue supeditada. Se redujo a ejercer un fuerte y eficaz control moral impidiendo el desborde nacionalista, en el momento supremo de ajuste de intereses.

El nacionalismo ha muerto con el tratado, ha muerto con su triunfo. Ha rematado y cumplido su misión histórica. En lo sucesivo será ya imposible que vuelva a encarnarse en las mayorías europeas. Representará, si subsiste, una política retrógrada, una política mezquina y fosilizada que no respondería ya a la realidad europea. Una de las fuerzas más enérgicas de la guerra que hizo posible la victoria de los aliados ha muerto, y ha muerto triunfando, cuando alcanzó su más pura concreción. Asistimos a sus postreros resplandores; a las exequias de una orientación política que, al comenzar la refriega, parecía signada a más dilatada y potente vida.

El retiro de Clemenceau del gobierno es un hecho simbólico.

Socialismo

Hemos llegado a la fuerza central histórica de la época, que comienza con el tratado de Versalles. Mientras el bolcheviquismo no representa sino una etapa de crisis, una

exaltación delirante y momentánea de las fuerzas vitales, el socialismo es una energía permanente y profunda de transformación social.

A la iniciación de la guerra pareció que se iba a enfrentar al nacionalismo para impedir la beligerancia. Ese debió ser su papel, pero el mundo no estaba suficientemente maduro para la acción socialista. La guerra a los gobiernos fue imposible. Desencadenada la lucha los socialistas se incorporaron a las filas y combatieron bajo la bandera nacionalista demostrando un sagaz y penetrante sentido histórico.

La precipitación de muchos escritores y pensadores proclamó la quiebra del socialismo. No, no era la quiebra; era solamente una tregua, era la realidad imponiéndose a la teoría; la vida abroquelando a la doctrina. Fue entonces cuando los socialistas probaron al mundo que no eran sectarios, sino hombres libres; que no eran prosélitos, sino creadores de justicia. El socialista vistiendo el uniforme y cargando la mochila del soldado ha sido el espectáculo más conmovedor y de más trágica grandeza espiritual de la guerra. Ya que no pudieron impedirla, la abstención era un crimen. Los socialistas no dudaron; se decidieron a combatir. A la postre ellos serían los triunfadores.

Hoy el socialismo está transformando la realidad contemporánea; en tanto que el nacionalismo, su aliado circunstancial de ayer y su enemigo de ahora, está presenciando sus propios funerales.

La historia es siempre de aquellos que saben comprenderla y que están preparados para recibirla. Esta guerra ha sido una profunda lección.

La realidad socialista de nuestra época es de una irrecusable evidencia.

La derrota de Clemenceau

Apenas habrá un hecho más significativo y revelador del sentido de la política francesa actual que la derrota de Clemenceau y el triunfo de Deschanel. Es como la clave del estado espiritual de Francia después de la guerra.

Para un espíritu superficial, nada más lógico que el triunfo del viejo paladín de la *revanche*. Con su férrea energía, pudo organizarse la potencia militar francesa y

solo entonces se entrevió la victoria de los aliados. En los momentos más álgidos y angustiosos, fue el francés de mayor valor representativo. Fue una de aquellas individualidades en los que la historia parece depositar el destino de los hombres en un momento determinado. Ante uno de estos casos en que un solo individuo, por la inmensa sustantividad nacional que representa, carga sobre sus hombros la responsabilidad histórica de una época, fuerza es pensar, aunque sea nada más que por ensayar una explicación en no se qué destino preestablecido que signa, con premiosa y evidenciada claridad, la vida y la acción de un hombre.

Las fuerzas ciegas y las arbitrariedades del azar parecen, entonces, abatirse, adquirir un sentido, disciplinar su realización caprichosa y, someterse sumisamente a una lógica de hechos y de realidades, y producirse dentro de un ordenamiento reflexivo. Acaso, esto no sea sino obra de nuestra razón que busca siempre un encadenamiento ideológico, una síntesis lógica de la historia y de las cosas. Por eso mismo, nada demuestra mejor la sustantividad histórica de un hombre que su capacidad para suscitar, en nuestra razón, esta necesidad de explicación y de ordenamiento lógicos.

Tal es la perfecta concordancia de Clemenceau, con el espíritu, las necesidades y el destino de su patria en 1914. Fue el verdadero caudillo de la guerra contra Alemania. Nadie osó objetarle este destino que le asignaba la historia. Fue el jefe unánime, único y supremo, porque asumió entonces la mayor fuerza moral de su patria. En torno de su individualidad, se unificó, tomó sustancia definitiva y se hizo carne la confianza de Francia en la victoria, hasta entonces desmedrada y vacilante.

El triunfo lo ha demostrado: esta guerra es el resultado, sobre todo, de agentes imponderables, de fuerzas morales. Sin ellas no es posible ni la organización de una potencia militar eficaz, ni la cristalización de un objetivo nacional.

Clemenceau fue esta fuerza moral, fue el organizador y el unificador de la fe francesa. Por eso se convirtió en el director supremo y en el conductor de la victoria.

Nada más natural, pues, para una comprensión vulgar, que el pueblo francés. Como recompensa, lo elevará a la suprema magistratura de la República. Para quien entienda la realidad política de un pueblo, como agencia distribuidora de premios y castigos, la derrota de Clemenceau aparecerá, sin duda, como una ingratitud de Francia. No lo es sin embargo. La recompensa del gran caudillo de la guerra no pue-

de estar fuera de la guerra; está en la victoria, en la realización del ideal político de toda su vida. A pocos hombres ha sido dado obtener tan alto galardón.

El destino de un pueblo, su misión histórica y las necesidades y deberes espirituales que de ella se desprenden no pueden sacrificarse a una concepción sentimental y romántica, de recompensas y de honores protocolarios, del gobierno.

Solo debe gobernar un pueblo, el hombre que sea más capaz de hacerlo; el que reviste en sí más dignidad espiritual, mayor conciencia histórica; aquel que asuma la más rica y pura comprensión de la realidad política que le circunda; aquel que sea más capaz de conducirlo a una realidad más perfecta, hacia la superación de su propio destino.

Clemenceau, el caudillo del nacionalismo francés, no es ya este hombre; sería incapaz de traducir en su gobierno la palpitante realidad universal, absolutamente distinta, hasta antagónica, si se quiere, a la realidad nacionalista de 1914 a 1919. La Francia como pueblo vital no puede ser extraña a esta ansiedad contemporánea que pugna por revelarse.

La dirección política de un pueblo, como lo repetimos, no puede adjudicarse a un hombre a título honorífico o de recompensa. El gobierno nunca es una prebenda. Pertenece a las capacidades, no a los servicios. Los deberes espirituales de una colectividad están por encima de una gratitud burguesa y de protocolo; por encima de todas las morales de conventillo y de cenáculo.

El pueblo francés lo ha comprendido, y lo ha comprendido demasiado. ¡Tanto que Clemenceau no puede ser el presidente de Francia!

II. IMPRESIONES DEL VIVIR COTIDIANO

PRIMERA PARTE

Muerte de un poeta

El estupendo poeta mexicano Amado Nervo, ha muerto en Montevideo. Acababa de ser acreditado ante los gobiernos de Argentina y de Uruguay como ministro plenipotenciario de su patria. Frescas están aún las rosas con que el hogar argentino exornó su frente apolínea a su llegada. Vibrante aún el homenaje admirativo de la intelectualidad porteña. Fragantes y vivas las devotas salutaciones y la premiosa cordialidad de las damas al acoger al espíritu amigo que prodigó sin tasa la miel ática de sus versos. Apenas la gran urbe habíase apercibido de la presencia en su recinto tentacular de un predestinado de la belleza. Aún resonaban el pífano gentil, y el acento tribunicio y galano de Leopoldo Lugones al dar la bienvenida al hermano.

En la nutrida producción poética de Amado Nervo, la sencilla originalidad de su inspiración, el don del pensamiento musical –alma y vida de toda su obra–, la libertad de su técnica en la cual vertió su emoción con extraordinaria fluidez, solamente alcanzada en las máximas cumbres del arte; su religiosa representación mística del Universo que hace vibrar a través de sus versos cierto aleteo de misterio; su panteísmo que humaniza e insufla vida espiritual a todas las cosas, la constante interrogación al misterio cotidiano de la vida; su trascendental preocupación del más allá; su constante inquietud de la muerte que a veces se condensa en un alarido angustioso; el don de ser universal y de ser humano; su perenne embriaguez dionisiaca que, en el máximo fervor, se resuelve en éxtasis, denuncian a las claras, aun para la más vasta y tórpida sensibilidad, su excelsa estirpe espiritual.

No fue Nervo un preciosista de la forma, no podía serlo un tan alto espíritu que sentía las infinitas modulaciones del dolor, las entrañas palpitantes del Universo, la trágica fatalidad cotidiana. La forma salía plasmada por la emoción y era siempre artística; no era un vaso de artificio que constreñía su robusta fluidez musical. Repugnaba a este espíritu esa orfebrería ociosa, que sacrifica el ritmo interno del pensamiento a un acento, a una cesura, a una pausa dogmática y estúpidamente fijada de antemano, como si se

pudiera uncir el libérrimo dinamismo de la belleza a la tiranía de un yugo que no tiene sino una virtualidad externa y, por lo tanto, falsa y arbitraria. En su obra el pensamiento crea la forma, y esta es, aunque parezca paradójico, esencialmente interna. Es la exteriorización del espíritu y no su constreñimiento. Es su fluido y orgánico moldeamiento y no su despótica limitación. Por eso, Nervo fue un inagotable y maravilloso creador de formas, porque fue inagotable también su originalidad musical y emotiva. Jamás consumó la bellaca necedad de encarcelar su inspiración en esquemas métricos; jamás envileció su alta dignidad de poeta inventando acrobacias rítmicas; jamás ejercitó la muy moderna y horrenda sugerencia de los puntos suspensivos para celar su indigencia espiritual.

Su poesía límpida, cristalina, sin complicaciones ni histrionismos verbales, refleja la vida en toda su compleja, grave, trascendente y heroica sencillez. Artista de hoy y de ayer, sediento de eternidad y de infinito, absorto en la contemplación del enigma del mundo, anhelante de divinidad, no supo de modas literarias y ejerció con grandeza su magisterio espiritual. Rubén Darío y él señalan en América los más audaces, los más encumbrados y los más universales esfuerzos de la poesía.

La noble serenidad de Nervo, su religioso misticismo, no excluyó, sin embargo, singularmente en algunos de sus últimos libros una suave, sonriente y donosa ironía desprovista de toda áspera acritud. Burla sutil, bondadosa y elegante de gran señor que apenas se insinúa en la comisura de sus labios tolerantes, incapaces del sarcasmo o del insulto procaz.

Pensador de ágil mentalidad, nos ha dejado hermosas páginas repletas de sugerencias en que la prosa alada, vibrante, rica en expresión y en matices, libre, flexible, original, revela al escritor de temperamento que consigue dominar la rigidez de la palabra sometiéndola a las exigencias de su pensamiento. Pulcro artista de la frase, insigne repujador de la palabra, infatigable creador de giros y de expresiones nuevas, jamás, lo mismo que en sus versos, sacrifica a la elegancia la fidelidad de la emoción. Su urgencia lírica, desprovista de toda falsa retórica, de todo retorcimiento sensiblero, se plasma diáfanamente en la frase.

Muere Amado Nervo cuando su obra había alcanzado la sazonada madurez de una noble y radiante serenidad y cuando su gloria parecía haber obtenido una definitiva consagración.

La premiosa exigencia de la labor periodística me impide rendir el admirativo homenaje que merecen su vida admirable y su genio.

El federalismo

Día a día el movimiento federalista hace prosélitos. Su acción dinámica, que arranca del hondón vital y eterno de la nacionalidad, contagia a los más altos espíritus, a las más depuradas conciencias y a las más avizoras sensibilidades del país que son como los hitos luminosos de la gesta futura. De la matriz étnica, celosa guardiana del precioso acervo sentimental y mental nuestro, que yace soterrado por un ramplón esnobismo europeo y por un no menos ramplón esnobismo nacionalista, surge este movimiento, preñado de vida y de robustez genética, que no es solo una epidérmica innovación política y administrativa, sino, principalmente, una real y vigorosa renovación estética, sentimental e ideológica: una como retrospección histórica para coger de nuevo y desarrollar en un sentido genuino y castizo la continuidad de los siempre viejos y siempre nuevos motivos espirituales. Quien no vea esta magnífica eclosión, saturada de palpitaciones autóctonas, en la que habla, y grita, y gime e impreca, el alma popular, el seno de la tierra, las alas del viento peruano, está atacado de irremediable ceguera.

En nosotros la cultura europea en lugar de venir a fortificar, a depurar, a desbastar los elementos fundamentales y primitivos de nuestra nacionalidad, a constituir una nueva y definida modalidad racial por la conjunción de tantos pueblos, vino a anular lo que teníamos de más íntimo, de más característico, a borrar lo que había de más expresivo, de más acusada coloración, a injertar un yo colectivo, ajeno, artificial y grotesco. Por eso somos un pueblo sin originalidad, sin rasgos que nos sean propios, sin personalidad definida, un hacinamiento de hombres que no podemos llevar nada a la corriente central de la cultura del mundo. Antes, bien, profesamos cierta fobia aguda contra los espíritus más enérgicos, que reaccionan contra la rutina general, los únicos que nos podían redimir de nuestra insignificancia. En el concierto de las naciones somos como aquellos anónimos transeúntes con quienes tropezamos en la calle, que se parecen a todos y que, por parecerse a todos, no nos dejan ninguna impresión duradera.

A la irrupción extranjera nos rendimos incondicionalmente y abdicamos, en obsequio a ella, los más preciosos atributos del hombre y de los pueblos libres. Vestimos la humillante librea del lacayo hace ya algunos siglos, y todavía no tenemos la

voluntad de vivir con plena autonomía espiritual, poseyendo un riquísimo filón que explotar en nuestro provecho.

Creíamos primero que el espíritu de nuestra nacionalidad estaba en el hampa de Lima, y nos dimos a cultivar un cierto criollismo pintoresco, plebeyo, maloliente, dicharachero, ramplón, remojado en libaciones de chicha y con un acentuado sabor a anticuchos. Algunos de nuestros mejores ingenios esterilizáronse en esa chulería mental. Nuestro pueblo se vio forzado a admirar, pervirtiendo su sensibilidad estética, en el libro, en el teatro, en el periódico, los más repugnantes y vulgares engendros de nuestros hostales y de nuestros bebederos.

Después, por esnobismo literario y científico, nos hemos dado a un seudonacionalismo, importado y deformado por nosotros, hostil a toda cultura universal, clásica y eterna. Queremos proceder por exclusión, tapiando a piedra y lodo, nuestra comunicación con el mundo. Encerramos con nuestros huacos, con nuestros quipus, con nuestros huainos, con nuestras reliquias coloniales y con nuestras ruinas históricas, sin percibir lo que hay en ellas de perdurable, vivo y universal; sin alumbrar lo que puede servirnos de guía en el proceso evolutivo de nuestra nacionalidad. Nacionalismo superficial, epidérmico, formulista, sin aliento cordial, retórico, erudito y libresco. Un gran escritor ha dicho que lo profundamente nacional es también, sin paradoja, profundamente universal. Ello es verdad. Basta para comprobarlo, saber que los grandes forjadores de nacionalidades, los hombres más representativos de su raza, han sido espíritus ampliamente universales.

El federalismo nacido a espaldas de las bibliotecas y de los libros, en la entraña de la masa popular, en la ciudad que fue en otra época la metrópoli de una civilización vigorosa y original; fuera de Lima, esclava de las modas extranjeras, afeminada, mediocre, rastacuera, esnobista, retórica, veleidosa, palaciega y cortesana, representa la liberación de una nacionalidad, el aleteo magnífico de un cóndor que, enjaulado en las llanuras enervantes, soleadas y perezosas de la costa, remonta el vuelo hacia los picachos de los Andes que taladran el cielo azul, con audacia emocionante.

El federalismo tiene que ser un destructor, un creador a la vez. Su piqueta ha de pulverizar las viejas mentiras convencionales, los caducos lugares comunes que pasan por axiomas, los encanijados métodos políticos con que se nos gobierna, y sobre sus ruinas ha de construir un edificio moderno con bases y estribaciones históricas

y permanentes. Cuando Lima le arguya que las provincias no están preparadas para gobernarse, que le devuelva el reproche, diciéndole, que en cien años ella no ha demostrado otra cosa.

AL MARGEN DE LA VIDA DIARIA

Nuestro espíritu universitario

La universidad, por ser el remate y la culminación de toda enseñanza, debe cultivar en sus aulas el sentido de la realidad. Debe enseñar a vivir a las generaciones jóvenes en idea y en acción. El sentido especulativo solo se comprende y se justifica con un fin pragmático y dinámico. Lo demás no es sino ocioso bizantinismo de eruditos: homosexualismo de biblioteca, impotencia para coludirse con los vírgenes, palpitantes y fecundos senos de la vida. Es allí donde debe aprender a libertarnos de los libros, a someterlos a nuestro espíritu, y no nuestro espíritu a los libros. Estos deben ser nuestros servidores, y no nosotros los de ellos. Nada más hermoso y vital que afirmar la irreductible independencia de nuestra alma, frente a cualquier esterilizante influencia libresca.

He aquí el *leit motiv,* el resorte informativo de toda la enseñanza universitaria. En nuestras universidades se ha tendido a mecanizar la función docente, a profesionalizar la enseñanza en la peor acepción de la palabra. De allí que tengamos, salvo vigorosas individualidades que vencieron toda presión, una generación de abogados, médicos, ingenieros, que en lugar de ser dueños de una profesión son esclavos de ella. Antes de formar académicos, necesitamos que se formen hombres; hombres de espíritu robusto que reaccionen contra la mezquina realidad circundante, que tengan un pensamiento, una ideología, una sensibilidad, ante los más perentorios y urgentes problemas nacionales y humanos. Todos estamos de acuerdo con que no tenemos una nacionalidad, en que es menester crearla; y, sin embargo, nuestros más altos institutos de enseñanza se empeñan en no forjar creadores de nacionalidad.

No es ni siquiera la especialización profesional, el método de la rígida papeleta alemana. Eso es cultura, y en ella hay espíritu, a pesar de sus enormes deficiencias,

a pesar de la unilateralidad de su función. Lo nuestro es bien triste. Más del 80 por ciento de los alumnos van al claustro con el único propósito de *ubicarse* utilitariamente ante la vida, los lleva un exclusivo propósito de lucro; y más del 80 por ciento de nuestros profesores van con idéntico objeto, van también a *ubicarse.*

En los países europeos más adelantados las universidades son los focos de toda revolución ideológica; en ellas encuentran eco las voces de renovación espiritual. Entre nosotros son exclusivamente académicas, conservadoras, tradicionalistas, a pesar de sus pujos revolucionarios. Sirven de pedestal a enormes prestigios de oropel, y las voces realmente vitales que traen una emoción personal acerca de la vida y de los problemas nacionales, quedan en el anónimo, sin ser escuchadas.

Los alumnos se empeñan en no ser alumnos, y los profesores se empeñan también en no serlo. Estos, ubicados definitivamente sin tener que sufrir ya ninguna competencia, sin la amenaza del concurso, se movilizan en su ideología de treinta años atrás, y solo están atentos a cobrar los emolumentos del presupuesto; aquellos, sin ninguna curiosidad mental, solo aspiran a vencer el curso, a ganar tiempo, a optar el grado y a *ubicarse* también, definitivamente; ambos tienen una sola y misma visión de la vida. Profesores sin el espíritu de su alto magisterio y alumnos sin vocación, sin amor, sin ninguna inquietud ideológica, a caza desesperada del tiquete de *doctor,* que, a la vez que satisface cierta cándida vanidad pedantesca, les abre las puertas de la burocracia.

No pretendemos formular una oposición irreductible, por necedad platónica, entre los medios de subsistencia material que se adquieren por una profesión y las necesidades éticas e ideales de todo hombre bien nacido. Sabemos que cada uno debe vivir del ministerio que le toca desempeñar. Impugnamos solamente el mezquino concepto utilitario como único fin, al que se subordina todo. Para nosotros, la más alta manifestación del vigor espiritual de un hombre consiste en saber armonizar sus intereses materiales e ideales; en lograr concordarlos de manera tal que aquellos sean una derivación necesaria de estos. La anulación de cualquiera de ellos por el otro es debida, sin duda, a deficiencia cerebral. Los unos por idiotez sanchopancesca y los otros por locura.

En nuestras universidades se pretende llegar a una renovación por medios disciplinarios; se pretende crear espíritu por presión mecánica. Es decir, lo artificial

creando a lo vital, la máquina a la vida, el dómine engendrando al discípulo. Y lo único que hace falta es que hayan profesores, y como consecuencia que hayan alumnos. Que aquellos amen su magisterio y que luego contagien el amor a la ciencia y a una vida noble a sus discípulos. Que enseñen a pensar antes que a preparar exámenes; que forjen nombres antes que burócratas.

Pocos hay en nuestra universidad que quieran ser realmente profesores. Se les señala con el índice; la conciencia estudiantil sabe quiénes son.

El doctor Mariano H. Cornejo y el gobierno peruano

El doctor Mariano H. Cornejo acaba de recibir, y con él el Perú, una de las más altas distinciones que desde un tiempo a esta parte haya recibido hombre público sudamericano alguno. Ha sido designado, desde Europa, como representante del Perú ante el Congreso Internacional Jurídico que ha de reunirse en París, y que servirá como cónclave o reunión preparatoria para discutir el establecimiento de la Liga de Naciones.

Su patria no ha querido hacerle justicia. Mientras el oficialismo peruano repartía las representaciones diplomáticas en el extranjero, como se reparten canongías burocráticas, los hombres más eminentes de Europa habían puesto sus miradas en el único hombre que en el Perú ha encarnado, con vivaz energía de espíritu, la sensibilidad universal en la hora presente.

Sin el doctor Cornejo, el Perú habríase quedado al margen de la historia. No habría participado en este jubileo glorioso de la humanidad nueva. Su misión ha sido una misión profética y providencial. Hubo un momento en que el Parlamento peruano, refugio de minúsculas ambiciones políticas, sarcófago de momias prehistóricas incapaces de seguir y comprender el pensamiento de su tiempo lamentable osario de vetustos y apolillados sistemas gubernativos lecho geológico antidiluviano poblado de curiosas formas fósiles, se iluminó de pronto con radiantes resplandores. Era la gran palabra de Cornejo que, de un golpe, introducía una época; era la sugestión de este hombre genial que traía las voces y las

inquietudes universales, era la sutil sensibilidad del estadista que operaba sobre las realidades históricas permanentes, era el cerebro del pensador que tocaba las puertas de la Eternidad.

¿Cómo no iba parecer loco este hombre que glosaba con verbo inflamado el dolor universal ante una asamblea de burócratas? ¿Cómo no iba a parecer loco este gran poeta de la historia que cantaba la justicia, que cantaba una humanidad nueva que estaba a punto de florecer, ante una asamblea de ciegos y sordos? ¿Cómo no iba a romper los tímpanos hechos para escuchar voces de organillos ambulantes, la apocalíptica amplitud de esta voz de clarín?

Si alguna vez fue prolífica, y vivaz y fecunda la oratoria parlamentaria en nuestra patria; si alguna vez atalayó, como un vigía de aquilina mirada las luces del porvenir; si alguna vez se levantó encarnada en un hombre para fijar un derrotero, y para reasumir con briosa sugestión el pensamiento y la fe de una época, fue cuando el doctor Cornejo pronunció su admirable discurso en la sesión del Senado que decidió el rompimiento de las relaciones diplomáticas con Alemania. Fue entonces cuando se salvaron nuestra democracia y nuestra continuidad histórica.

Pocos tuvieron conciencia del enorme significado que entrañaba la decisión del Parlamento. Los más creyeron que solo se trataba de una simple postura de conveniencia para obtener el apoyo de los aliados en nuestro pleito de Tacna y Arica, y en nuestro futuro desarrollo comercial e industrial. Mas por encima de todo eso, existía una razón superior, un más elevado beneficio espiritual: la participación ética del Perú en los graves problemas humanos cuya solución estaba pendiente de la guerra. Por primera vez se europeizó, se universalizó nuestra política internacional; entramos de lleno en la corriente central del mundo.

Era la obra de un gran estadista de fina sensibilidad que daba la voz de alerta y se adelantaba a los acontecimientos, era la penetrante y maravillosa intuición del pensador que anunciaba la gesta gloriosa y triunfal de la justicia.

Fue un honor para la juventud universitaria de Trujillo señalar ante el país al hombre que reasumía en sí los más avanzados vislumbres de la historia universal, en los precisos momentos en que los acontecimientos iban a precipitarse para consagrar la epifánica apoteosis de la nueva era y para consolidar la gloria del insigne pensador peruano.

El gobierno ha querido prescindir, ha postergado de hecho a un hombre que por excelsa grandeza de su espíritu ya no pertenece a ninguna bandería política, a ningún conciliábulo electoral, a ninguna áulica camarilla; a un hombre cuya gloria pertenece al país, pertenece a América, pertenece a la humanidad.

No es que la gloria del doctor Cornejo necesite consagraciones oficiales de los gobiernos. Ella ya es perdurable de por sí y será fecunda para las generaciones venideras. Somos todos los peruanos; es la patria que protesta de que se le prive de los servicios que podría prestarle uno de sus hijos más eminentes, más esclarecidos y más gloriosos.

Las conquistas espirituales del hombre[1]

Los gobiernos personales y la democracia

Las libertades y derechos del hombre han ido avanzando e imponiéndose, poco a poco, en la historia para obtener su máxima culminación en la guerra europea. Puede afirmarse que esta es, más que la colisión de cañones y maravillosa de las ideas y de las ansias de reivindicaciones jurídica y moral de toda la humanidad. El pasado se precipitó con fulmínea violencia en la inmensa hoguera que encendieron con inusitados y macabros resplandores las injusticias de todos los tiempos. La guerra ha sido el crisol en donde se han fundido las lágrimas y las opresiones ancestrales. De ese magnífico hervor idealista está surgiendo el futuro nimbado con espléndidas irradiaciones.

Hay épocas en que parece que se acumulan todas las angustias de los hombres, todos los dolores sufridos por la insolencia brutal de los fuertes, todas las injusticias que organizan y consagran la ley y los siglos. Es entonces cuando el espíritu humano parece haber llegado al máximo de su resistencia para el sufrimiento, y estalla en apocalípticos clamores haciendo tambalear las convenciones consolidadas por los

[1] Nota de editor: El título y subtítulo de este artículo fue corregido por el autor en los originales dejados en poder de sus familiares.

intereses creados, estremeciendo las conciencias de los poderosos y apercibiendo la sensibilidad de los apóstoles y de los héroes.

La humanidad presa de inmenso estupor ha asistido a una de esas grandes y ciclópeas explosiones del espíritu en la historia.

Todas las organizaciones envejecidas que no tenían un fermento de eternidad se han desquiciado con el estrépito de las edades, que convocadas por el clamor de los hombres han acudido a dar el fallo inexorable. En cambio todas las reivindicaciones sazonadas por las lágrimas de los oprimidos, todos los pensamientos nuevos que tenían la agilidad y la frescura de los tiempos han cobrado más amplio vuelo y marchan a fecundar el porvenir.

El resorte vital de esta grandiosa fermentación histórica, el punto generatriz de este maravilloso dinamismo que conmueve hoy las bases de la sociedad es, sin duda, el problema obrero en su múltiple e íntegra complejidad. La esencia del movimiento democrático es la liberación y la participación directa del trabajador en la organización y gobierno de la sociedad futura. Todos los Estados europeos se han convertido en campos de experimentación y de ensayo. En aquellos en que, como en Rusia, la brutalidad del gobierno personal había revestido proporciones de clamorosa injusticia, ha soplado una trágica racha de destrucción y de exterminio. Los más grandes y generosos apostolados se encuentran en tórrido contubernio con el estallido de los más viles y abyectos instintos de la bestia. Tantos siglos de esclavitud han extirpado en las masas de siervos todo rastro de nobleza y de hidalguía de espíritu. La nobleza en el hombre antes que prescripción ética, es hábito de sentirse libre. La libertad va a redimir moralmente a esos millones de mujic, embrutecidos y envilecidos por la opresión secular de los amos y de los señores.

El deber del obrero en estos momentos es vivir con plenitud las enseñanzas y las sugestiones de la historia. La guerra de cañones y de metralla ha cesado ya en el mundo, pero continúa más encendida y encarnizada que nunca la guerra de ideas y de espíritus, de la cual la primera no ha sido sino un bautismo de sangre. Los muertos en las cortinas de fuego claman desde sus sepulcros para que su sacrificio no sea estéril.

Ha recrudecido la lucha secular de la libertad. Desde Espartaco, que alzaba en los circos romanos el apolíneo vigor de su cuerpo y la gallarda heroicidad de su alma, hasta nuestros días, en que se han dado cita las congojas de los siglos al conjuro de la

metralla, el poema de la libertad se ha escrito con sangre. Menester es abolirla en lo sucesivo, como un resto del salvajismo ancestral que no debe persistir en la humanidad futura. Aspiremos a que de hoy en adelante la justicia no esté supeditada a la fuerza, la razón a los armamentos de cada Estado. No debemos admitir más tribunal que el de la conciencia universal, juez supremo e inapelable.

Las organizaciones obreras juegan en este momento un papel decisivo. La historia ha puesto sobre sus hombros una inmensa responsabilidad. Si no se ha hecho digna para recibir por la grandeza de su espíritu y de su corazón la próvida semilla del porvenir, la humanidad en marcha regresiva caerá de nuevo en los viejos métodos que han producido la catástrofe mundial. De este negro pesimismo nos libra felizmente nuestra indomeñable fe en el sentido idealista de la historia. Por eso los cerebros de los más grandes hombres de la época están preñados de esperanzas. Nunca ha repercutido en el mundo esta palabra con más pleno significado y con más grandiosa realidad histórica.

Al comienzo de la guerra se creyó que el conflicto era el fracaso de las más fervorosas reivindicaciones sociales. Una ola de pesimismo invadió todas las conciencias. Solo unos cuantos espíritus escogidos levantaron la amplitud de su voz para afirmar su fe en medio del desquiciamiento general. Los acontecimientos posteriores han venido a confirmar las esperanzas de los mejores, y a demostrar que tenían razón. Hoy la humanidad, presa de estupor, presencia el desarrollo de un espectáculo inusitado. Han surgido de la fecunda matriz de la historia problemas que nunca se soñó en plantear seriamente; otros han perecido envueltos en el torbellino dantesco de la guerra, y los más esperan la hora propicia, aguardan su sazón definitiva para emerger con inequívoca y radiante claridad.

En algunos Estados el socialismo ha subido al poder y ensaya su adaptabilidad al gobierno de las colectividades. Por primera vez se ha puesto cara a cara de la realidad histórica. En los numerosos tanteos que realiza, uno ha de ser el que acierte, sino con su organización definitiva, con la más duradera y cercana traducción de la conciencia universal. Esa será la fórmula que encierra mayor número de soluciones a los más vitales problemas de la hora presente. En tomo de esa realidad se agruparán y tomarán asidero las instituciones jurídicas que pugnan por revelarse y que no son sino hasta hoy vagos anhelos de justicia.

Parta el ojo avizor, la aparente precipitación anárquica de las ideas y de las instituciones no es sino la anunciación de una nueva era pletórica de vida. No es la primera vez que se presenta este fenómeno en la historia de la humanidad. Los más audaces saltos de la civilización han estado precedidos de espantables convulsiones. El pesimismo o materialismo histórico se basa en una ilusión óptica, en un error de perspectiva, que, por ser generalizado, se hace sumamente peligroso. Pocos son los que por encima de los hechos sensibles, en los que solo se ve el desquiciamiento de las sociedades, el naufragio de las seculares consagraciones legales, perciben también el nacimiento de las nuevas ideas y de las nuevas instituciones que vienen a reemplazar a las que se abisman con estrépito en el pasado.

De esa ilusión de perspectiva, agravada por los intereses creados que quisieran mantener determinado estado de cosas, surgen esas terribles tragedias históricas, en los que una casta o sistema de convenciones sociales empeñan encarnizada y desigual batalla contra el torrente arrollador de la civilización y de los siglos.

Acaso tengamos que llorar nosotros mismos la pérdida irremediable de tantas cosas que nos son singularmente queridas, pero es supremo deber de nuestro espíritu procurar desligarnos de su hechizo y mantenernos en actitud de hidalga, comprensiva y generosa acogida para mantener la lealtad, el decoro y la integridad de nuestra conciencia.

La vida interior

La capacidad mental, volitiva y sensitiva de un hombre que mide por la intensidad de su vida interior y por su facultad de resolverla en acción. Nada hay que revele mejor la selección y vitalidad de un espíritu que su aptitud de obrar activamente sobre todo lo que le rodea; de abrazar el mundo exterior, transfundirlo en su yo, reducirlo a su sustancia subjetiva, en toda su compleja aptitud. Encontrar la esencia íntima de las cosas; extraer de ellas su significación ideal, percibir la luz interna que las alumbra, comprender la génesis primitiva de su existencia concretandola en movimiento, es llegar a la entraña del ritmo universal, es captar la realidad lejana, invisible,

secreta y sellada para los ojos vulgares. Un perfume, una nota, una línea, un verso, un colorido; lo más grácil y lo más sutil, lo más endeble y lo más precario, lo más exiguo y lo más aéreo, lo más proteico y lo más perecedero, bastan a los espíritus vigorosos y originales para construir una vasta ideología, para escribir un divino poema; para descubrir un principio científico de infinitas aplicaciones, para calcular una probabilidad remota, para llegar hasta la esencia de la vida y de la muerte.

Muchas veces el suceso, la aparatosa precipitación de una realidad, el remate sensible de un hecho o de una serie de hechos, es el resultado de causas arcanas percibidas ya con mucha anticipación por un espíritu. Es la faz más vulgar, más visible, más palpable de un proceso que subrepticiamente ha ido desarrollándose hasta su revelación externa. Quizá se habla con mucha impropiedad cuando se dice que un espíritu se adelanta a su época. No es que realmente se adelanta. Solo está traduciendo el momento presente, expresando energías que obran en la actualidad, revelando fuerzas latentes que actúan hoy y que se ocultan a todas las demás pupilas. Quizá, también, lo que se llama la realidad lejana, no sea sino la realidad inmediata que está produciéndose, y que tiene que producirse necesariamente; y que lo que se llama la realidad inmediata no sea sino un apariencia, una falsa y estrecha visión de la realidad, debida a la limitación de nuestra potencia mental; a la torpeza de nuestros sentidos especulativos que no perciben la trabazón íntima de las cosas.

Cuando un espíritu en un choque con el mundo exterior, con la objetividad del Universo, encuentra una especie de hilo de Ariadna que lo conduce a su comprensión total o parcial, a la concreción plena de un aspecto de las cosas; a la cristalización reveladora por la percepción de un hecho fugaz, de una circunstancia fugitiva de un incidente a parecer insignificante, es que ha estabilizado un momento preñado de realidades. Tal vez la mejor definición del arte sea: la eternización momentánea de las cosas, la perennidad de lo perecedero momentáneo, la eternización de un instante. Newton ve caer de un árbol una manzana; Galileo percibe la oscilación de una lámpara, y ambos llegan, por la observación física, a formular las leyes mecánicas del ritmo universal, del ritmo pitagórico, formulado ya por la vía especulativa por el gran filósofo heleno. Newton y Galileo eternizaron estos dos instantes de la naturaleza, captaron su momentaneidad perdurable porque fueron dos grandes artistas; porque poseían la aptitud de subjetivar el mundo, de introducirlo en su

espíritu: porque poseían una intensísima vida interior. Igual proceso se realiza en el cerebro de un pensador cuando un hecho vulgar lo eleva hasta la metafísica, y explica la sustancia arcana de los seres y de las cosas; en el corazón de un poeta cuando expresa el amor y el dolor universales con música jamás oída; en la paleta del pintor que fija y eterniza un colorido que percibieron sus ojos; en el corazón y en el cerebro de un músico a quien un sonido le da la clave de una armonía suprema; en la mano de un escultor que aprisiona el movimiento eurítmico de una línea o de una forma.

Vencer la apariencialidad de las cosas; exprimir, con manos anhelosas su esencia *recóndita y sutil; tocar el resorte mágico que ha de poner en movimiento un mundo* de vibraciones, de emociones y de ideas; herir el seno del misterio y conquistado para la vida; forjar a martillazos eternos el instante que corre presuroso, y fijado para siempre deteniendo con gesto de vencedor el zarpazo de la muerte. Nada de esto podremos alcanzar si nuestra vida no ha llegado a su máximo ápice espiritual, al súmmum de su potencia reveladora; si nuestra alma no ha logrado transfigurar el accidente basto, grosero, epidérmico y efímero de los seres para elevarlos a la suprema concreción de su esencia, a la divina revelación de su sustancia imperecedera; si nuestro corazón no ha envuelto el Universo con su calor y le ha amado como a una mujer; si nuestro cerebro no lo ha introducido en sus celdas pequeñas e infinitas y se esfuerza en comprenderlo; si nuestra voluntad creadora no trata a cada paso de reformar el instante fugitivo, de engendrar una nueva realidad, de proyectar un nuevo anhelo y de ganar un nuevo porvenir.

27 de julio de 1918.

Manuel González Prada

El pensamiento más vigoroso, más amplio y más comprensivo de nuestra patria; la voluntad más firme, más recta *y* más enérgica; la conciencia más pura y más noble; el espíritu más combativo, más fecundo y más universal; el gran forjador de la nacionalidad peruana, acaba de morir.

Con Manuel González Prada, desaparece la figura más excelsa, la vida más genial y más venerable de nuestra raza. Nacido en un país esclavo de todos los convencionalismos tradicionales, tuvo, por fuerza, que ser un rebelde. Ninguna pluma antes que él, hizo vibrar con más intensidad los sentimientos populares; ningún pensamiento agitó más hondamente la conciencia peruana; ninguna palabra se levantó con más elocuencia, con más autoridad, con más amplitud, con más poder sugestivo, la que de este recio sembrador de ideas y de entusiasmos. Las generaciones intelectuales posteriores son hijas espirituales del gran escritor.

Cuando la historia depure nuestros grandes valores vitales, cuando se hayan extinguido las mezquinas pasiones del momento, cuando la perspectiva de la pupila peruana haya rectificado las proporciones reales y verdaderas de nuestros hombres, solo entonces se podrá fijar con justicia la influencia de González Prada en el espíritu de la nación.

Estas cuartillas escritas con la precipitación de la labor periodística solo aspiran a traducir nuestra íntima congoja espiritual ante la desaparición del maestro, para unirla al coro de voces que se levanta hoy de toda la República.

En los más tristes días de ignominia nacional, la pluma y el corazón de este hombre extraordinario supieron librarse de las bajas y ruines compadrerías que afrentaron a la mayor parte de sus contemporáneos. Excepcional temperamento de luchador, provisto de todas las armas para alcanzar el éxito: voluntad enérgica, corazón indomeñable, espíritu fuerte y bueno, sensibilidad para percibir todas las vergonzosas claudicaciones colectivas; potente cerebro para almacenar una copiosa cultura universal, forjó su vida noble, día a día, modelándola y enriqueciéndola con cálido fervor de artista.

La más profunda visión histórica; la más aquilina mirada de pensador; la más grande probidad mental; la más austera y abnegada dirección de una vida rica y múltiple en sugestiones espirituales, de su generación, constituyen prócer figura del maestro, que ha realizado una de las labores más fecundas, más bellas, más armoniosas y más puras.

En *Horas de lucha* y en *Pájinas Libres* se encuentra condensada la vida de medio siglo de nuestra historia. Nadie atacó con tanta decisión, con tanta libertad y con tanta nobleza y amplitud de miras, las carcomidas y viejas instituciones nacionales,

que pretendían inmovilizar el alma peruana. Su pluma tuvo indignaciones que nos han redimido de más de un estigma hereditario.

Queremos dejar de lado el gran artista que hubo en este espíritu vigoroso, para contemplar solo al nombre, al tribuno de las reivindicaciones, al caudillo de las generaciones jóvenes, al apóstol mental de nuestra raza, que dejará una huella perdurable y única.

Viaje a Europa de un artista trujillano

Macedonio de la Torre va a hacer, por su propio esfuerzo, lo que pocos muchachos trujillanos han hecho; lo que, tal vez, muchos de nosotros no haremos nunca. Dentro de breves días emprenderá viaje a Europa.

Su inquietud espiritual, su fervor artístico, su anhelo de completar y orientar su cultura estética, su moceril e ilimitada ambición, su amor a la gloria y su gran corazón juvenil lo requieren y le empujan allá.

Abandona la burguesa tranquilidad de un hogar, el aplauso fácil, benevolente y barato de la amistad; el éxito inmediata y enervante del campanario; la senda conocida, alisada y sin encrucijadas, en el que se esterilizan tantas vidas juveniles y en la que se anulan e invalidan tantas radiantes energías.

Le conocí cuando los dos éramos muy niños. Era los áureos días del colegio. Tiempos de cándida e íntima camaradería, de problemas algebraicos, de pesadas bromas a los buenos inspectores, de riñas y querellas sin rencor, de emulaciones para ganar los premios y de tantas pequeñas cosas que hacen después tan grato el recuerdo de la vida escolar. Nadie, pues, como yo ha seguido tan de cerca y con más vivo y cariñoso interés el desarrollo y la revelación de su extraordinario temperamento de artista. Nadie, tampoco, confía más en la próvida coronación de su esfuerzo, de su obra y de su vida.

Su vocación artística, acrisolada por las hostilidades de este mezquino ambiente nuestro, se ha mantenido empenachada en lírico fervor, en heroica firmeza idealista, ante la escéptica frialdad de los resignados, ante la tórpida incomprensión de los señores rurales, ante las risas y las burlas de los mercaderes y ante la estúpida, irritante

y necia compasión de los mentecatos, que jamás tuvieron una viril ambición y que esperan envejecerse haciendo una digestión apacible, abundante y dichosa.

Para gentes que no tienen otra ocupación que engordar, ni más inquietud que llenar la bolsa de pesetas roñosas, ni otra pasión que la de hostilizar sistemáticamente toda delicadeza de espíritu, la aparición de un puro artista, entregado de corazón a su arte, es algo insólito que desquicia la pétrea rigidez de sus vidas rutinarias. Nuestro país no está acostumbrado a estas espléndidas munificencias de la casualidad.

De allí que de la Torre, que traía todas las ventajas de espíritu para forjar una vida excepcionalmente fecunda y brillante, encontró, a su paso, todas las desventajas materiales, todas las pequeñas y hostilizantes vallas que esterilizan la voluntad más enérgica, que vencen la más fulmínea y encendida vocación de arte. Entre nosotros lo primero con que tiene que luchar un artista es esa atosigante presión del ambiente, ese enervador y sugestionante reclamo de la tierra que nos invita a hacer una vida cómoda, regalada y fácil, entre parientes, conocidos y amigos; que nos muestra el camino recorrido por todos, sin riesgos, sin aventuras peligrosas y sin incertidumbres.

Macedonio de la Torre es ya un experto caballero de aventuras. Un buen día, cuando era aún niño, se embarcó para Buenos Aires, y en la gran urbe argentina hizo su aprendizaje de bohemio durante dos años. No fueron pocos los provechos que le reportó este viaje. Amplió su cultura, fustigó su voluntad, acicateó su ambición y, sobre todo, aprendió la difícil ciencia de vivir. Al revés de lo que siempre sucede, cuando regresó a su hogar más eran las ilusiones y las esperanzas que los desengaños. Los sufrimientos y las privaciones vigorizaron su espíritu y le hicieron entrever el camino que debía recorrer. Desde entonces se entregó, con plenitud cordial, al cultivo y desarrollo de sus facultades artísticas.

La reforma de la enseñanza superior

Colocado dentro de la universidad o fuera de ella, a ningún espíritu lealmente patriota, o lealmente interesado en la cultura superior del hombre, le puede ser indiferente la reforma de los métodos y del espíritu de la enseñanza universitaria. Quien

afirme o sienta lo contrario, o es un hipócrita redomado, que por un frecuente esnobismo literario quiera hacer como que desprecia a la universidad; o es un pobre hombre de insuficiente sensibilidad espiritual, incapaz de percibir la perentoria urgencia de uno de los más graves y trascendentales problemas de la nacionalidad moderna. Honrada y decorosamente, nadie puede, pues, sustraerse de participar en el movimiento de reformas que ha encontrado eco en el ambiente estudiantil de nuestros cuatro institutos de enseñanza superior.

En los Estados en que esta enseñanza llena realmente el rol a que está llamada, la vida civil, la vida política, la vida científica y artística del país es la prolongación de la universidad. A la vez que es una disciplina mental, es, sobre todo, una disciplina ética, una orientación de moralidad para el ejercicio de la función, es esencialmente experimental, es el resultado de la historia. La creencia en su eficacia para el gobierno y desarrollo de los pueblos se fortifica mostrándola y discerniéndola en los casos y precedentes en que ha triunfado. La universidad debe ser la depositaria y la discernidora de esta experiencia histórica, sin la cual no es posible conseguir la consolidación y la estabilidad de ningún organismo o institución política. He aquí la más alta misión espiritual que está asignada a la universidad, aparte de la no menos alta que debe ejercer en la esfera puramente individual o personal.

Para cumplir esta misión con plena eficacia, precisa que se ponga a tono con la cultura contemporánea, con la sensibilidad y con el espíritu contemporáneo; precisa que se caldee en el ambiente universal en que respira y vive la humanidad; precisa que actualice, rectifique y enriquezca su conciencia política, jurídica y científica.

Los jóvenes vamos a las aulas a buscar vida espiritual intensa; a dilatar, ennoblecer y enriquecer nuestra conciencia; a conocer y comprender el espíritu de la época que vivimos; a buscar maestros que guíen y encaucen nuestra curiosidad y nuestra urgencia vital. No vamos a fosilizar nuestro cerebro con una erudición empachosa y muerta; no vamos a engullirnos clasificaciones anacrónicas, yertas y antipedagógicas sin la más tenue conexión con la realidad espiritual que vivimos; no vamos a aprender solamente frases pomposas que nos permitan confeccionar discursos grandilocuentes que no hemos vivido nunca y que no tengamos la decisión de vivir después con nuestro ejemplo; no queremos hacer retórica; queremos hacer vida; no queremos mentir; no queremos estrangular nuestra generosa lealtad juvenil; no

queremos esterilizar la vigorosa y expansiva fecundidad de nuestros años mozos; no queremos despilfarrar los fervores de nuestra juventud en disciplinas envejecidas e inútiles que no tienen fuera del claustro y del grado ninguna eficiencia espiritual. Más valiera, si la enseñanza superior va a reducirse solamente a eso, que se quite esa trampa o cebo en que caen irremediablemente los jóvenes que se asoman apenas a la vida, que trasponen el umbral de ella con tantas y tan perentorias urgencias espirituales, que después han de sufrir el más rudo fracaso, con funestos resultados posteriores en los temperamentos y caracteres débiles.

Que la universidad no llena, entre nosotros, la altísima misión espiritual a que está destinada se comprueba con el hecho bastante revelador de que los jóvenes de espíritu más enérgico, que no se resignan a estancar su cultura en una época medieval, se ven en la necesidad de prescindir de las disciplinas universitarias, ocurriendo al único camino que les queda: el aleccionamiento autodidáctico, a la propia didactalía, al esfuerzo pura, exclusiva y heroicamente personal. El estudiante, que no va solamente tras un título académico al terminar sus estudios se ve en el caso de recomenzar nuevamente, su cultura, desaprendiendo lo aprendido; esforzándose por arrojar al canasto del olvido toda la erudita balumba de clasificaciones; toda la hojarasca libresca de los textos que no le sirven después, ni para vivir, ni para pensar, ni para ser mejor. Este divorcio absoluto, esta radical desconexión, esta ausencia de relación sincrónica, esta falta de acoplamiento o de correspondencia entre la realidad espiritual y la universidad, entre el ambiente del aula y la actualidad histórica, entre lo que se aprende y lo que se vive, entre la enseñanza y los imperativos de acción, entre lo que se piensa en la cátedra y lo que se piensa en nuestra época, este desnivel de planos mentales es lo que no quieren los alumnos que subsista más. Preciso es que la enseñanza universitaria sufra una completa inmersión en la cultura moderna, que su espíritu docente tenga una real y proficua sustancialidad contemporánea, que repare y haga desaparecer esa incongruencia mental y cordial con el espíritu de su época. La universidad no puede reducirse a ser exclusivamente un copioso archivo o museo de métodos, de enseñanzas, de ideologías, de sistemas o de disciplinas, sino un incesante laboratorio de renovación y de creación espiritual. Una cátedra no es un catálogo, crónica u osario de las teorías o principios de una ciencia, sino algo vivo y orgánico, algo que fluye y se produce constantemente con

potente vitalidad, algo que siempre está abierto a la discusión, al pensamiento libre y a la iniciativa individual. El maestro debe tender no tanto al desarrollo prolijo de la disciplina que dicta, cuando a hacer vivir por sus alumnos el espíritu capital de ella, a provocar su asimilación en la personalidad, a incorporarla en su vida interior, a suscitar su atención y su interés espiritual.

Regionalismo, federalismo, nacionalismo, universalismo

He aquí cuatro términos que andan barajados frecuentemente, tratándose de expresar con ellos conceptos distintos y hasta antagónicos. En realidad, no son sino traducciones más o menos extensas, más o menos restringidas, más o menos comprensivas, de una misma tendencia profundamente nacional. Se ha querido oponer la una a la otra, sin echar de ver que en la contextura esencial de cada una hay notoria unidad mental y sentimental. La oposición no es sino puramente verbalista; culpa de las palabras que al encausar el pensamiento lo limitan, lo estrechan, lo anquilosan y lo esterilizan, incapaces de expresar la fluida vitalidad de su nacimiento y de su desarrollo. ¡Cuántos sectarismos irreductibles no han tenido otro origen que una diferencia meramente verbal; y cuánta sangre y cuántos dolores han causado todos los sectarismos!

El sentimiento regionalista más fuerte tiene su sede en Cuzco. Allí nació como reacción de la provincia contra la absorbente influencia de la capital. El caciquismo favorecido tácitamente por los órganos oficiales, ejercita una omnímoda presión sobre el indígena. En algunos casos esta presión adquiere el carácter de una tiranía, insolente, despótica y brutal. Herida la sensibilidad del desheredado, se rebela contra el causante de sus desdichas. El enemigo es Lima.

Agréguese a esto la inepcia de las autoridades; el favoritismo flagrante y desvergonzado; los impuestos que pesan sobre el indígena como una fatigosa carga y la succión por el centralismo de los recursos más vitales de la región, y se tendrá una sinopsis, más o menos completa, de las causas generadoras del movimiento regionalista en el sur.

La esencia hondamente vital y nacional, en germen aún, que informa este movimiento es el sentimiento de independencia espiritual, no siempre contenido en las justas lindes, sino que se extralimita hasta un odio cerrado, estrecho, sistemático, negativo, indistinto e irreflexivo a todo lo limeño. Es el mal de todos los proselitismos y de todas las reacciones.

Como consecuencia, nace la aspiración a desligar de Lima, un tanto, la vida administrativa, política y aún espiritual. Algunos preconizan nada más que una descentralización administrativa, y otros van hasta la implantación de un sistema federativo.

En el norte este sentimiento de autonomía es más reflexivo, más ecuánime, menos restrictivo y menos proselitista. Tiéndese más bien hacia un nacionalismo integral y solidario, mediante la afirmación de la independencia administrativa, intelectual y política de las provincias. Compréndese que la tutoría ejercitada hasta hoy por el centralismo ha tocado a su fin, y que es más conveniente para robustecer la nacionalidad, la formación de diversos núcleos de actividad, en su múltiple significación. Mientras más acusados los matices espirituales de cada región, más fuerte, más vigoroso y más original se levantará el sentimiento de nacionalidad. Que no se diga que Lima es el Perú, ni que el Perú es Lima. La primera es demasiado pequeña para resumir la rica complejidad de una nación, y el segundo es demasiado grande para no desbordar de los estrechos límites de una ciudad. Pobre nacionalidad sería, y triste porvenir le aguardaría, si el Perú no llevara en su seno el germen fecundo de diversas y hasta encontradas tendencias espirituales, y si siempre habría de estar sometido al tutelaje omnímodo de un organismo central.

Sea cual sea la forma en que se encarne este sentimiento de independencia, lo cierto es que constituye una realidad; tal vez la realidad peruana más fuerte, más fecunda, más vital y más genuina. Ella ha de traducirse en acción, cuando ya suficientemente sazonada, despliegue su energía latente aún.

En otra ocasión insistimos en la estrecha correlación que existe entre nacionalismo y universalismo que, con inexplicable superficialidad de juicio, se ha querido contraponer pretendiéndose establecer la exclusión del uno por el otro, o viceversa. La fisonomía característica de una nacionalidad solo llega a afirmar y precisar sus contornos, por diferenciación, por rozamiento con otras nacionalidades. Mientras

más se extiende y se universaliza, más netamente se pondrá en relieve el carácter privativo de cada país. Solamente un sentimiento nacional fundado y engendrado en una amplia universalidad asegura una rica y compleja latitud y garantiza su vital supervivencia. Lo profundamente nacional conduce pues hacia un fecundo universalismo, sin el cual la nacionalidad carecería de su estribación más vigorosa y vivificadora. Ambos hechos sociológicos son correlativos y necesarios. Proceder por exclusión sería propender neciamente a la formación de un núcleo colectivo estrechamente circunscrito, en su actividad espiritual, a un cerrado sentimiento de campanario. No nos cansaremos de repetir que la patria se consolida únicamente en próvida conjunción con las otras patrias. Es un sentimiento de relación que se depura y se fortifica en su inmersión en la conciencia universal. Cuanto más vaya sumergido en ella, será tanto más rico y humano; y, por consiguiente, históricamente, más vigoroso y más perdurable. La prueba irrecusable de este aserto lo tenemos en algunos pueblos asiáticos de cultura inferior que profesan un nacionalismo exclusivo, y que, por eso, se han quedado al margen de la historia.

Bien está que cultivemos nuestros recuerdos y tradiciones históricas, pero está mejor que, al lado del culto al pasado, impulsemos a nuestra patria hacia la corriente universal de la cultura.

Abraham Valdelomar

Anteayer en Ayacucho

Uno de los más grandes y originales escritores de la última generación intelectual peruana, el más artista sin disputa alguna, ha caído, súbita y trágicamente, fulminado por la muerte, cuando acababa de ser elegido secretario del Congreso Regional del Centro, como representante por Ica, su ciudad natal.

Frescos están aún los recuerdos de su paso por Trujillo en mayo del año pasado. Emprendía entonces una atrevida y audaz gira intelectual por toda la República que popularizó su nombre y su labor literaria. Visitó primero el norte, después recorrió

las principales ciudades del sur y la vecina República de Bolivia, de donde acababa de llegar cuando fue elegido diputado regional.

Valdelomar fue un escritor de vigorosa y acentuada personalidad y era uno de los pocos que por su fuerza espiritual estaba capacitado para continuar la obra intelectual de González Prada y de Ricardo Palma, tal vez, con un espíritu moderno más amplio, con un más dilatado miraje acervo más nutrido de ideas y de sensaciones. Cultivador del humorismo en su más alta, sutil y refinada manifestación, escribió ensayos maravillosos en los que campea el más galano y donoso ingenio. Entre los escritores de su época nadie trajo una mayor libertad espiritual, un aire de más acusada y original modernidad.

Dueño de un estilo inconfundiblemente suyo en el que fluía la expresión con fácil y fresca espontaneidad captando la idea, aprisionado la sensación, ciñendo amorosamente la visión que percibían sus pupilas, cogiendo al vuelo el rasgo original y pintoresco de las cosas, amoldándose al esguince de la línea, adaptándose a la vibración del color, arrancando la íntima música de su espíritu en su choque con la naturaleza, traduciendo el misterio cotidiano de la vida, expresando su tragedia personal y su febril estupor ante la muerte, relacionando su vida con la vida universal.

Placíale que le llamaran artista, y era un gran artista en verdad, un gran artista de la palabra y de su vida.

Como un homenaje a su memoria, publicamos el siguiente capítulo inédito de una novela aldeana suya que no ha llegado a terminar.

Hoy reincide de nuevo y se marcha a más lejanas tierras, con el espíritu más cercano a la realidad, con la fe más acrisolada y depurada por la experiencia, con el corazón más rebosante de esperanzas y ambiciones.

Jamás encontré un temperamento de artista tan poliforme, tan múltiple, tan rico en dones espontáneos y naturales, tan entregado con más desinteresado y puro amor a la realización de su obra. No quiero hoy ocuparme de su personalidad artística, de su singular concepción del arte y de sus ideales estéticos, comentados y glosados en largas, inolvidables, íntimas exquisitas y fervorosas charlas fraternales. Tal vez algún día intente un ensayo sobre este espíritu tan original, tan intenso, tan varío y tan complejo.

Las reformas constitucionales y el doctor Cornejo[1]

El hombre que ha ejercido más influencia en la conciencia pública peruana, durante el último lustro, es sin duda, el doctor Mariano Cornejo. Aceptado o negado, es un hecho de irrefragable realidad. Nadie se levantó en la mediocrísima esfera política del país con más potente y evidenciada fuerza espiritual, con más enérgica impulsión renovadora, con más instintiva y copiosa riqueza ideológica, con una sensibilidad más fina y más moderna. Ha emprendido la heroica desbarbarización de nuestro ambiente político con abnegada generosidad.

Al estallar la guerra europea nos encontró la terrible tragedia universal en grado tal de insensibilidad histórica, en grado tal de barbarie política que fuimos incapaces de sospechar las grandiosas proyecciones humanas del conflicto. El gobierno no se preocupó, ni poco, ni mucho, de suscitar como se hace en todos los pueblos de alta cultura, el debate de una cuestión de tan amplia trascendencia universal, que es el único camino para obtener la cristalización de la conciencia pública con respecto a los asuntos que más vivamente atañen a un Estado. Los gobiernos que tienen verdadera vocación de su mandato, que son conscientes de la gravedad del ministerio que invisten, no se resignan a desempeñar un oficio meramente pasivo y de reflejo, sino que tratan de provocar la discusión y el discernimiento. En el Perú nada de esto se hizo cuando en los momentos más intensos de la lucha todos los pueblos civilizados ponían el oído atento al sangriento fragor de los cañones. Parecíamos una tribu o clan primitivo, desligado radicalmente del concierto mundial. La historia para nosotros no tenía sustancialidad contemporánea. Nos habíamos quedado rezagados y como insensibles a los acontecimientos. Ni siquiera nos sorprendió su épica violencia. Nuestra modorra tropical fue incapaz de aprisionar el más tenue temblor de la tragedia. Mientras todos los pueblos quedaron como en suspenso ante la emoción que palpitaba en el ambiente del mundo, nosotros permanecimos ajenos a ella, como formando una casta aparte del hombre de nuestro siglo, como un conglomerado de idiotas que asisten a un espectáculo sin sentir ni comprender lo que pasa en el escenario.

[1] Nota del editor: El autor suprimió el último párrafo de este artículo en los originales dejados en poder de sus familiares.

Hasta los pueblos que parecían más apartados de la civilización contemporánea, hasta aquellas colectividades que parecían tener más rudimentaria conciencia internacional. Tomaron partido, se envolvieron en el fragor de la contienda, participaron espiritualmente en ella.

El Perú parecía querer excluirse de vivir su época, daba la impresión de haber ubicado su conciencia histórica en no sé qué remota etapa, por virtud de un diabólico encantamiento. En esos momentos se levanta una voz en el Senado, la del doctor Mariano Cornejo, y suscita en la conciencia del país quizá el debate más fecundo y hondamente vital de su existencia política. Fue la inmersión de la sensibilidad peruana en el torrente espiritual humano. Cesamos de ser simples espectadores para incorporarnos de alguna manera en el clamor universal, y dejó ya de sernos indiferente la emoción de la lucha. Recobramos nuestra dignidad de pueblo civilizado, para el cual no ha sido vano el correr de veinte siglos. Este beneficio del doctor Cornejo a su patria nunca será bastante exaltado.

El movimiento del 4 de julio ha puesto al doctor Cornejo en el gobierno. Su primer paso ha sido la elaboración de las reformas constitucionales que van a ser votadas plebiscitariamente por el pueblo. Las reformas propuestas no son todas las que el proyectaba, ni tienen el carácter radical y profundo que les infundió su autor. Para quien conozca las estrechas limitaciones de nuestra realidad política, fácil le será imaginarse la intensa lucha que ha tenido que librar el doctor Cornejo para hacer prevalecer, en parte, sus elevados puntos de vista. Hay quienes censuran su actuación por no tener el carácter radical que se esperaba, sin reparar que el doctor Cornejo se ha visto obligado, no precisamente a renegar de sus más avanzados ideales de reforma, sino a transigir, hasta cierto punto, como estadista de certera visión, con nuestra barbarie política que aún discute ideas e instituciones que en otros países están ya ampliamente aceptadas. La pasión camarillesca del momento impide apreciar en su cabal justeza la fecundísima labor del gran tribuno parlamentario. Su presencia en el gobierno será siempre un poderoso control para los avances del poder y una segura garantía de renovación política. Creo y he creído siempre que el doctor Cornejo, voluntad ágil, militante y creadora, es, en esta etapa de nuestra vida republicana, el más alto exponente del espíritu nacional. Estoy íntimamente persuadido que es el único espíritu en el país capaz de hacer la traducción en el gobierno o en la política de la realidad que nos circunda.

Por una incomprensible paradoja que nunca me he explicado satisfactoriamente, el maestro universitario entre nosotros ha persistido en conservar su carácter de dómine, su tiesa postura de magíster, que lo aleja, de hecho, de sus alumnos; que hace imposible la necesaria comunión espiritual del profesor y del discípulo para engendrar una cultura, para hacer amar una disciplina. Amor, fervor, intercambio cordial, contacto de simpatías, mutuo respeto mental; he allí lo que falta en nuestro ambiente universitario; he allí que es necesario crear, y a lo que debe tender principalmente el espíritu de las reformas que se han planteado.

16 de agosto de 1919.

GLOSARIO LÍRICO

Se acerca Ella

Oigo tus pasos en mi corazón.

Tus pasos que arrastran mi realidad que no es aún, que encadenan mis ensueños y que encienden mis esperanzas.

Mi mocedad ha sido una espera de sus rumores divinos.

Oigo tus pasos creadores, tus pasos amados que surgen desde la Eternidad, junto con mis pensamientos, al conjuro de mi corazón.

Tus pasos que se deslizan hacia mi vida, como las corrientes subterráneas de la linfa hacia la fuente; como los radios de un círculo hacia su centro; como los colores de la Naturaleza hacia mis ojos; como los anhelos del mundo hacia la eternidad.

Cuando percibo su música inédita y divina, se atropellan a mis labios mis canciones, y siento que mi mocedad ha cumplido su espera.

Todas las posibilidades de mi ser; todas las posibilidades de mi amor; todas las posibilidades de mi acción; lo que fui en mis antepasados, lo que he sido en una realidad que no viví; la potencia latente y vital de mi ser que soñó Dios, las probabilidades de mi conciencia que el azar de mi nacimiento desechó; todo se encuentra en ti, en la gloria de tus ojos, en la flama de tu corazón, en el regazo de tu ternura, en la sustancia de tus besos que me son familiares y desconocidos.

La espera del futuro

Soy el hombre eterno.

Mis anhelos tienden sus antenas al porvenir.

Mi cerebro y mi corazón abrazan el Universo, y lo introducen, compendiado y completo, en mis pensamientos y en mi voluntad.

La escoria efímera de los hechos, como la ceniza de los leños que alimentan la fogata, se queda esparcida en la senda.

El fuego, el espíritu de cada día, se va conmigo, caldea todas mis horas, y estalla en rojas rosas de porvenir.

Nada provisorio, nada pasajero permanece en mí.

Soy el fatal, el necesario reflejo de la Eternidad.

Mis músculos se hinchan; la alquitara de mi cerebro no cesa de trabajar; los latidos de mi corazón se ensanchan como las ondas.

Voy hacia la plenitud de mi realidad.

¡Amada mía, mi futuro te espera!

Yo te conozco

¿En qué limbo te he visto?

Antes de nacer ya te conocía.

El timbre de tu voz resucita lejanas y amables imágenes en mí conciencia.

¡Si tus pasos son pasos que ya he escuchado!

¡Si mis nervios reproducen una emoción que me es familiar!

¡Si el perro de mi hogar, efusivo y leal, ha movido tantas veces la cola haciéndote zalemas cuando te acercabas!

¡Si has dado tantas veces los "buenos días" a mi madre!

¡Si juntos hemos cogido flores en el jardín en tantas mañanas luminosas!

¡Si juntos hemos llorado –¿recuerdas?–, cuando el gato negro, goloso e inexorable, cazó al jilguerito que queríamos tanto, ese día que olvidamos la jaula abierta!

¿Dónde cogí el mal de tu amor?

¡Si te conozco, mujer; si te tengo en las entrañas; si eres mía; si he besado tus manos; si me he anegado en tus ojos, si he sellado ya tus labios con los míos!

Previsión de la llegada

¿Por qué me sorprendo cuando te acercas?

¡Si tenías que venir; si no podías dejar de venir!

Esa era la certidumbre de mi vida.

Mi juventud y mi corazón, y mis pensamientos te esperaban.

¿Por qué este estupor necio ante la proximidad de tu presencia?

Y, sin embargo, amada, eres tan nueva.

¡Tan frescos, tan jugosos y tan cándidos son tus labios!

Eres virgen para mi mirada y para mis anhelos.

Pleno está en ti el misterio.

Eres un ánfora de sorpresas y de novedades,

Tu alma va a revelárseme, y la mía va a revelarse a la tuya.

Hay en todo mi ser una emoción de acogimiento y de iniciación.

Algo comienza.

Mi pasado no se pierde sino que se intensifica y adquiere su íntegro sentido.

Si todo yo no he sido sino una preparación para tu llegada.

Si yo me explico en ti, y tú te explicas en mí.

Ahora comprendo tantas cosas que para mi corazón eran tan buenas.

Es el momento oportuno.

Madura está mi juventud; sazonados están mis anhelos, mis sueños y mis pensamientos.

Mis brazos se abren.

Mira, la puerta está abierta. Entra.

La Virgen eterna

Lo mejor de la canción se queda dentro.

El alma musical permanece aleteando, como un ruiseñor, prisionero en la caja de mi corazón.

El arpegio se hiela en la palabra; la inconsútil tela azul se desgarra en las férreas puntas del vocablo; el trino se quiebra constreñido en la expresión.

Cuando mis labios se hinchan para cantar, no queda sino un mezquino rumor de la melodía.

Las notas divinas se quedan escondidas, orgullosamente ruborosas, detrás de la puerta entornada.

Solo tú posees la llave.

Cuando escuchan tus pasos tácitos y familiares, se agolpan al dintel para recibirte, como una teoría de canéforas, y depositan a tus pies flores balsámicas.

Y, sin embargo, amada mía, sería tan bueno regalar a nuestros hermanos, los hombres, la íntima melodía en toda su prístina pureza.

¡Cómo nos lo agradecerían!

El mal quedaría vencido y reinaría la bondad en el mundo.

¡Con qué ternura y con qué amor sentirías entonces a tu Dios!

La obra mejor

Desde hoy tú ya no podrás ser más la que fuiste.

Mis pensamientos se han hecho carne en tu carne, y mis melancolías se han hecho música en tu corazón.

Mis anhelos te han modelado para una eternidad.

Mi cerebro te ha pensado, mi emoción te ha hecho ritmo, mi amor te ha hecho realidad.

Presa has quedado para siempre de mí ser, el hálito de mi psiquis te envuelve.

Mi energía esencial te arrancó de la nebulosa de la vida, te plasmó en mis sueños y en mis ansias, y te volvió a crear.

Eres mía porque eres mi obra.

En ti admiro la habilidad de mis manos y el soplo creador de mi espíritu.

Soy el artista de ti, porque en ti me he expresado, porque tú eres mi mejor y más bella definición, ¡carne de mi carne y huesos de mis huesos!

La historia de nuestro dolor

Mi dolor te ha juntado a mí; te ha hecho mi amada y mi hermana.

Mis lágrimas y las tuyas, en caliente abrazo, han regado el surco de nuestras vidas y han creado nuestra actualidad y nuestro futuro.

Empezamos a tener historia, y ella será la historia de nuestras desdichas.

Cuando estés sola a la orilla del mar, rimando la vieja melancolía de sus ondas, rimarás mi dolor; y cuando yo esté errante, en ciudades ignotas, tus lágrimas serán mis canciones.

Nuestras angustias son los hilos que a cada instante hilvanan nuestra eternidad. Dios las recibe en sus manos y las junta, porque juntas nacieron, con la misma alma musical, con el mismo aleteo tremulante y melodioso.

Compendio del Universo

Cuando estoy en tus brazos, el Universo es tu corazón.

Tú lo compendias en un suspiro, en un sí, en un no, en una lágrima, en un gesto, en un beso.

Reclinado en tus senos, una tenue palpitación de tu ser me da la clave de la armonía universal.

Mirando tus ojos, en tus pupilas se ahogan mis esperanzas, mis ambiciones y mi orgullo.

Naufraga mi voluntad y la realidad supera al ensueño.

Condensas el Infinito y me anonadas.

Vencido, entonces, como un niño inerme, me resigno a tus besos piadosos y maternales.

Ni una protesta, ni una rebeldía; me amas a discreción y con la pleniud de mi rendimiento.

Se abate mi soberbia masculina; el dios-hombre se abisma en tu amor, y mi amplia frente creadora, acostumbrada a mirar a Dios, se desploma en tu regazo.

Se apagan todas las vibraciones de mi vida; se cortan los hilos vitales de mi ser; se suspende la fluida continuidad de mi existencia, se hace el supremo reposo, y tú te levantas como una soberana inexorable.

EL ESPÍRITU ORIGINAL

Para el niño el mundo es una sorpresa. Sus ojos, joyel de todas las virginidades, renuevan el espectáculo cotidiano y le hacen perpetuamente amable. Todas las cosas tienen su candor y son inmaculadas mientras nos acercamos a ellas con un corazón sencillo. El vientre de la naturaleza se conserva siempre puro cuando en vez de nuestra coima es nuestra novia. Solo el vicio es viejo; solo él carga todos los cansancios y todos los hastíos.

Para el frecuentador de burdeles la alborada es una negra sima de desengaños; para el niño es un trino. Si nuestro espíritu es juvenil, la vida nos incitará a vivirla con plenitud armoniosa, nos invitará a la conquista, y cada esfuerzo será paladeado con emocionada delectación. El camino será melodioso; las tristezas trocaránse en canciones y los obstáculos serán los trampolines de nuestra energía. Rimaremos nuestro dolor, y allí donde debieran haber nacido abrojos, medrarán los rosales. Nuestra cosecha de optimismos, depende de nuestra siembra de candores, y nuestras posibilidades de dicha pueden medirse por el acervo de nuestras purezas. Cuando seamos capaces de beber el agua cristalina en el cuenco de nuestras manos que no han sido mancilladas por una mala acción, solo entonces seremos dueños del mundo y de los hombres, y habremos encontrado la fuente y el origen de la vida.

"Todo es nuevo bajo el Sol" para aquellos que tienen límpida el alma. Cada vida es una experiencia hacia una posibilidad más perfecta. He allí lo divino de nuestra existencia. Cuando nuestras pupilas son puras, somos creadores a cada instante; nada se repite; el espectáculo nunca es redundancia; nuestro corazón jamás se fatiga; las cosas parecen que acabaran de desprenderse de las manos de Dios. Estaremos entonces en la aptitud de admirar la gracia de la ola que se deshace abismándose en la playa; la curva leve y melodiosa de un ala que hiende el espacio; los adioses melancólicos del crepúsculo que nos dicen; "buenas noches": la erguida arrogancia de una flor que ha apresado en su corola los colores del iris; la sonrisa de un niño que delata nuestro origen divino.

Jamás se extinguirán nuestros deseos y nuestra vida será una perpetua novedad. Beberemos siempre con sed de nuestro vaso paladeando la frescura de su linfa. La vida será nuestra novia y en la intacta castidad de su amor, nos dará sus labios perennemente nuevos.

Nuestros nervios no conocerán el hastío y a la primera luz de la mañana vibrarán cual un arpa, como si acabaran de nacer. Se aposentará en ellos el ritmo del universo, sumergiendo en éxtasis a nuestra alma. El mundo caerá rendido a nuestras plantas porque le habremos sorprendido en toda su prístina desnudez. Nuestras pupilas habrán penetrado en su secreto y nuestra pureza habrá abierto la puerta sellada de sus entrañas.

Rehagamos nuestra vida diariamente y la luz del Sol que se rehaga también en nosotros. Cuando nos sintamos como el día anterior, habremos envejecido. Con cada vigilia es necesario que muera un hombre y que nazca otro. Tenemos que sorprender a la naturaleza en todos sus instantes, y para eso es menester nacer todos los días. Vivir vale tanto como descubrir, y el instante en que no sorprendamos algo nuevo habrá terminado nuestra misión y se habrá cerrado la curva de nuestro destino. Seremos entre los demás hombres y entre los demás seres meros pleonasmos, inútiles y enfandosas repeticiones: nos habremos convertido en ripios de la vida. El presente fecundo y el radioso futuro se habrán muerto para nosotros, y solo la memoria, machacando recuerdos, injuriando la integridad y la fidelidad de nuestro pasado, proyectará una mezquina y desmedrada sombra de nuestra personalidad. Antes de resignarnos a esta desdicha que se yerga nuestro orgullo para abismarnos en la muerte definitiva y armoniosa. Morir en pleno éxtasis es mejor que morir estrangulado por el hastío y por la impotencia. Nada más hermoso que deshacerse

cuando todavía nuestra esperanza corre tras una nueva posibilidad y cuando nuestro corazón entona una férvida canción de amor.

Solo podremos superarnos cuando volvamos la mirada hacia el origen divino de nuestro ser; hacia el primer vagido de las cosas, libertándolas del grueso orín que ha acumulado nuestros prejuicios, nuestras mentiras, nuestras hipocresías, nuestras insinceridades y nuestros hastíos. El pecado de Adán fue el primer bostezo ante la maravilla del Paraíso. Pecó contra la juventud eterna de la vida, y se hizo viejo. El símbolo del pecado original es un anciano con las pupilas fatigadas, incapaces de descubrir el candor de la naturaleza, como si hubiera agotado ya todas sus virginidades.

Hombre, quiere decir creador, y no ha de despojarse, sin desmedro de su ser, de su varonil atributo de invención. Su corazón es el gran artífice de todas las probables perfecciones. El Universo se trasfunde en él, y del áureo yunque de su espíritu sale engrandecido y renovado. ¿Quién podrá medir todas las posibles creaciones de su energía? ¿Qué mago podrá prever hacia donde será el giro de su porvenir? Su realidad futura es incierta como el vuelo de un ave, porque carece de modelo, porque a nadie tiene que imitar, porque su fin lo lleva en sí mismo. Modelo de modelos, él ensaya y crea a cada instante un dios y le adora en su corazón.

Y el hombre será verdaderamente un conquistador en el momento en que haya recobrado otra vez la cándida frescura de su sensibilidad, como cuando Dios lo puso en el Paraíso aquella primera mañana de la Tierra, encendiendo todos sus deseos y prestando alas a todas sus ansias. Será el día de su apoteosis triunfal cuando arroje a fustazos airados y vengadores del sacro santuario a los siete pecados capitales.

LA BONDAD PLENA

Era una mañana fresca, cándida, alborozada, trasparente y jubilosa, como una sonrisa de niño. Tenía yo tal juventud de alma en aquella hora y en aquella ocasión que me pareció la primera mañana del Universo. Todo me hacía la impresión de lo nuevo, de lo jamás acaecido, de lo nunca visto, de lo recién nacido. Esta casta luz no había alumbrado pupilas pecadoras, ni se había maculado con el trágico rojo de la

sangre de Abel, ni había penetrado en el ambiente podrido, en el clandestino contubernio de una taberna. Apenas había besado la superficie de una fuente cristalina, los ojos de una doncella, los pétalos de una rosa, las gotas de rocío, la tierna hierba exuberante, y había extendido sus alas raudas en el prístino espacio de los cielos.

Por primera vez me sentí rey de la creación, con la plenitud de mi poder, porque pude captar la belleza íntegra de la hora. Mi mudo estupor de salvaje o de niño apenas podía proferir sonidos inarticulados de asombro. Descubría a cada momento, una nueva juventud, una nueva frescura, un nuevo rubor, una nueva pureza, una nueva castidad; y, al cabo, me descubrí a mí mismo. Las cosas me revelaron, la naturaleza me creó en este instante, y sentí que algo mío se quedaba en ella, y algo de ella se quedaba en mí. ¡Nunca he vuelto a mirar como en aquella mañana!...

Las cosas y los seres se concertaban con mi espíritu para darme esta plena emoción de virginidad. El verde impoluto de las hojas que sonreían a la luz; las yemas jugosas y tiernas que esperaban el beso del sol; un nido que aguardaba unas alas protectoras; la línea indecisa y suave de la colina que se esfumaba en la lejanía; la tierra maternal y perfumada presta a la germinación, y el albergue inconmensurable y puro de los cielos que acogía con premioso requerimiento, a mi alma.

Me uní a la naturaleza con arrobada voluptuosidad; me abismé en sus senos próvidos y sentí que iba anonadándome en ella, lentamente, sin que sufriera mi orgullo. Mi voluntad, mi ardorosa, olímpica y brutal afirmación individual que hasta aquí había construido mi vida, y que era el resorte íntimo de mi ser, coincidía ahora en conjunción armoniosa con la voluntad infinita, tentacular y misteriosa del Universo. No sabría decir si era el poseedor o si era el poseído. Yo que siempre me sentía una unidad libre y aislada en el mundo, naufragaba sin rebeldía y paladeaba como un niño goloso el placer de anularme, el indescriptible e inefable gozo de degradar mi orgullo. Ya que por esto no podía divinizarme, divinicé a la naturaleza, me acerqué a Dios y mis labios se hincharon con las líricas efusiones de un himno panteísta. Derrotado, sin rencor y sin despecho, en mi posición individual dime a la adoración del todo. Como un canalla vividor y cobarde, rendí pleitesía al vencedor, y no al héroe. Como un plebeyo mal nacido desleal y traidor, medrador y cortesano, encendí mi turíbulo para el éxito y la fortuna. ¡Cómo tuve palabras tan suaves, tan delicadas, tan sedosas, tan adormecedoras y, a la vez, tan bajas, tan abyectas y tan serviles para

adular al vencedor! ¡Con qué delicadeza, con qué zalemas, con qué lisonja tan despreciable desempeñaba mi ruin oficio! ¡Cómo bruñía todas las asperezas, alisaba todas las acritudes y acariciaba las pantorrillas de mi señor!... Me convertí en un perfecto y vil ayuda de cámara.

Después me avergoncé; había pecado contra mi espíritu. Mi orgullo muerto, rey, destronado de la creación, exaltóse, por fortuna, y me lanzó un escupitajo, lleno de indignación y desdén. Sentí como si una formidable y restallante bofetada cruzara mi rostro. Fue una bofetada redendora. Tal un grande y noble señor que infama la faz de un cortesano para redimirlo.

NUESTRO ANIVERSARIO

Esta casa celebra hoy su fiesta hogareña, su íntima, cordial y alborozada fiesta de familia. Empezamos hoy una nueva jornada en la dinámica, febril, onerosa, pero, también, excelsa labor del periodismo. Con este motivo todos los que aquí diariamente confundimos nuestro espíritu y nuestras actividades, queremos ratificar nuestro pacto de solidaridad y de mutua cooperación, a la vez que renovar nuestros compromisos con el público.

En ninguna tarea se patentiza mejor que en la del diarismo, la necesidad de establecer una estrecha y solidaria concordancia de voluntades, un fraternal y fervoroso acoplamiento de espíritus, un generoso y cálido consorcio de lealtades, sin el cual resultaría estéril todo esfuerzo personal y aislado.

Empero, no solo es necesaria la mancomunidad de los que juntos trabajan cotidianamente. El diario tiene una ideal prolongación que se extiende más allá de su recinto material, más allá de chivaletes, de cajas y de mesas de redacción, tal vez a centenares de leguas, allí donde se posan dos pupilas sobre sus columnas de lectura y de información. Es un hogar ilimitado que se fortifica y se dilata a medida del favor de sus lectores, de cuya vida espiritual participa y de cuya cooperación recibe no solamente su subsistencia material, sino también y, principalmente, sus más profundas, valiosas, leales y ennoblecedoras sugestiones en pro del bienestar y mejoramiento social.

La nueva dirección de este diario hace punto de honor y resorte principal de sus propósitos al asumir tan delicado encargo, presidiendo el espíritu de este hogar periodístico, la aspiración de amplificar su proyección ideal, sus límites incorpóreos, no por invisibles menos reales, la aspiración a dilatar y extender ese círculo de solidaria cooperación espiritual con sus lectores, reflejando lo más fiel, honrada, elevada y libremente que nos sea posible los intereses de más vital urgencia para todos.

Pensamos que solo a este precio vale la pena acometer una empresa que está sembrada perennemente y a cada instante de inquietudes, de responsabilidades, de preocupaciones y de fatigas.

Como no pretendemos imponer a nadie nuestra manera de apreciar y de juzgar las cosas y los sucesos, no rehuiremos tampoco la acogida en nuestras columnas de las opiniones que, aunque difieran de las nuestras, sean emitidas honrada, libre y desinteresadamente. Harto sabemos que todo pensamiento o iniciativa lanzados al público, sujetos quedan a la discusión y al discernimiento de los demás, que lo acrisolan, lo integran, lo acrecientan y lo purifican de todo personal apasionamiento y de toda impura y estrecha mistificación que a veces es imposible eludir.

Punto capital de nuestra nueva orientación será, como lo expresamos en anterior ocasión, el reflejo de nuestra realidad industrial y económica, que es, a nuestro parecer, el resorte principal y esencial de nuestro futuro en todos los demás órdenes de la actividad colectiva y social. Sin duda el acrecentamiento de nuestra riqueza, el fomento y la intensificación productiva de nuestros dones naturales es el problema central, alrededor del cual giran los otros problemas, no solamente locales, sino también nacionales. A él debe prestar, por consiguiente, la prensa su más preferente y atenta cooperación.

Deliberadamente, para mejor cumplir nuestros propósitos y conservar nuestra independencia, hemos querido prescindir de toda orientación política que nos abanderizaría, por fuerza, a un género de intereses y de compromisos.

Con este espíritu renovamos, en esta fecha significativa para nuestro hogar que cumple el octavo aniversario de su fundación, los firmes propósitos de servir los intereses del público.

En esta ocasión saludamos con toda cordialidad a nuestros lectores, espiritual prolongación de nosotros mismos, esperando, que, como hasta hoy, continúen prestándonos su valiosa y eficaz cooperación en el desempeño de nuestra delicada misión.

LA INDIVIDUALIDAD

"Es menester vivir en acecho de Dios".
Maeterlinck

Los libros son nuestros servidores, no nuestros amos. Menguado espíritu es aquel que se deja esclavizar por unas líneas impresas, así estuvieran allí palpitantes las palabras de Dios. La admiración intelectual, la efusión de espíritu ante una obra de genio, debe cesar donde el fervor se torna servidumbre. Los grandes hombres son los libertadores de nuestro espíritu. Trabajaron para ampliar nuestra conciencia del Universo, no para enfeudarla a un sistema o a una ideología. La belleza y la verdad son hembras hermosas y orgullosas que no se dan sino al fuerte varón, que jamás llevó librea.

Sigamos nuestro impulso original y todo se nos dará por añadidura. La vida supera siempre a los libros. Todo lo que estos nos puedan decir no es sino un mezquino comentario, una simple metáfora de la realidad. La fuente viva e inextinguible la llevamos en nosotros. Somos los supremos creadores de nuestra vida y los libros por sí solos jamás enseñaron a vivir.

El espíritu humano se resiste siempre a seguir el camino trazado de antemano. Nadie nos podrá decir una palabra sobre nuestro destino y sobre nuestra verdad. Es fuente sellada a la que no llegan sino los pasos profundos de nuestra individualidad y de nuestra intuición personal. Con frecuencia nuestra conciencia misma no registra la más tenue vibración de nuestros pasos futuros. Ellos surgen y se producen de repente, y solo son presentidos vagamente en los profundos y herméticos repliegues de nuestro corazón, forjando nuestra vocación y nuestra fe que vencen los más angustiosos azares del camino.

Cada uno de nosotros es el resultado de una nueva combinación espiritual. Es imbécil querer repetir, tomando por modelo, una vida que se extinguió o que se desarrolla paralela a nosotros. Las almas no se repiten jamás; cada una es un ejemplar que trae predeterminado infinitamente el círculo de sus posibilidades. Cada hombre polariza un tal cúmulo de energías naturales, unidas de manera tan inédita que sería del todo punto imposible encontrar una coincidencia perfecta desde que

nació el primer hombre. Cada espíritu es una definición del Universo y un epítome de las fuerzas esenciales de la vida. Hostil a todo mecanismo sistemático, se crea y se produce a cada instante; fluye sin cesar con proteica multiplicidad, atropellando soberbiamente todas las normas rutinarias y pedantescas. Su reino no es el de los dogmas que pretenden encerrarlo en una argolla de hierro. La presión de su ubérrima energía hace estallar fatalmente el círculo inexorable; y se desborda libremente fluyendo en el cauce que se crea él mismo. Cauce hecho de voluntad, de intuición, de amor y de esperanza. Esa es su realidad, esa es su vida y su verdad, y hacia ella camina tácitamente, expresándose tan solo cuando los acontecimientos le obligan a surgir, como aflora la roca a la superficie en las convulsiones geológicas.

El conocimiento del Universo será siempre inagotable porque en cada hombre se expresa. Cada criatura trae una emoción singular para el espectáculo que miran sus pupilas y que siente en su corazón. Una sensibilidad es una creación del mundo y un cerebro es un nuevo ordenamiento de valores. Nunca se repite un dolor porque nunca es igual una reacción que produce el choque de nuestros nervios con las cosas, de nuestros deseos con nuestras limitaciones. Nunca tampoco se repite una filosofía, porque nunca es semejante la colisión de nuestro cerebro con el mundo exterior: de nuestra inteligencia con nuestra experiencia.

Somos un compendio de la vida, y no hay mejor manera de intensificarla y dignificarla que esforzándonos por asumir el máximo de conciencia universal. Escudriñemos celosamente todos nuestros actos y cuanto se relaciona con ellos. Cuando hayamos logrado surgir con perfecta claridad todos nuestros móviles, habremos cumplido con nuestra misión y ello no será felizmente mientras nuestro espíritu conserve su frescura juvenil. De lo contrario seremos viejos e inútiles y nuestra alma será ya una redundancia.

Las más sutiles palabras de los sabios apenas nos harán entrever el tesoro que llevamos dentro, y que solo nosotros podemos desarrollarlo y cultivarlo con plenitud. Cada uno trae consigo los elementos de su realidad, que va creando y transformando todos los días, a medida que los hilillos invisibles de su ser se prenden en las entrañas de la vida universal. Desconectad cualquiera de ellos y habréis roto la armónica palingenesia de vuestra existencia; la melodiosa transformación de vuestro espíritu.

El hombre es una interpretación de lo que le rodea. Las cosas, al ponerse en contacto con su sensibilidad, dejan en su espíritu una huella inconfundible, y ellas, a su vez, se enriquecen con una nueva traducción de su sustancia. El cuadro que tenemos en nuestra habitación vive con nuestra vida personal, y el conjunto de nuestras emociones que se producen al contemplarlo lo rodean de una vibrante aureola que es la prolongación de nuestro ser. El hombre llega a esta concepción mística de las cosas solo cuando ha afinado bastante sus sentidos y sutilizado lo suficiente su cerebro para penetrar en su esencia más íntima y escondida.

Nuestras pupilas son dos ventanas de nuestra alma abiertas hacia el Universo. Son los canales invisibles por donde fluye incesantemente el alma de la vida exterior. Son los instrumentos de subjetivación de las cosas. Por ellas se incorpora en nosotros la naturaleza, y el más ligero parpadeo cierra o abre un sistema de vasta y rica sabiduría.

LAS LIMITACIONES

"Una existencia patética antes que la tranquilidad. No deseo más descanso que el del sueño de la muerte. Temo que todo deseo y toda capacidad que no haya satisfecho en mi vida, con su supervivencia, me atormenten. Espero que, después de haber expresado en esta tierra todo lo que en mí esperaba, satisfecho moriré completamente desesperado".

André Gide.

El espíritu humano para sentir la divina embriaguez de la conquista necesita la limitación. El ave no podría extender airosamente sus alas y embriagarse de azul, sino tuviera que vencer la resistencia del aire. Para llegar a Dios, menester es atravesar toda suerte de sirtes procelosas. Nuestra energía está hecha para dominar el reposo inerte de la materia e incorporarla al dinamismo universal. Cada paso debe ser un obstáculo y cada obstáculo vencido es un acercamiento hacia la divinidad.

Nuestras limitaciones son las disciplinas de nuestro espíritu. Ellas depuran su impulso creador, agigantan su aptitud para el vuelo. Son los trampolines que lo conducen al infinito.

Gracias a ellas, cada ser libra su propia batalla y es puesto en condición de ser un conquistador de la naturaleza, sin deberle a nadie su victoria. Ganamos un reino, y nos ufanamos de haberlo ganado porque se nos dio ocasión para la lucha. Ganar sin combatir sería humillante para nuestro orgullo; y la vida que creamos es nuestra, porque la peleamos; y así podremos prodigarla hermosamente en abnegación y en sacrificio porque somos los dueños del tesoro.

Los héroes han sido siempre los más esforzados en conquistar su vida y, por eso, la ofrendan con más excelsa generosidad, porque tienen la clara conciencia de ser los señores de su predio. En cambio, las almas menguadas son medrosas para donarla, porque nada tienen que ofrecer. El avaro guarda celosamente sus monedas porque las ha allegado malamente, comprende que su obsequio carecería de grandeza.

El niño sabe que sin el hilo de que pende su cometa, esta no se merecería en los aires e iría a estrellarse en tierra. Precisan las limitaciones como el hilo del cometa, para que nuestro espíritu se ponga en aptitud de arrancar el fuego celeste. La tragedia griega de Prometeo así como nos habla de la fatalidad de nuestra limitación nos habla también de la apoteosis de nuestro triunfo.

La potencia creadora de un espíritu puede evaluarse por su capacidad de exaltación ante la resistencia. El alma de los héroes no se fragua sino en su choque contra la inexorabilidad fragorosa de las potencias naturales; contra el agreste estatismo de la materia, que conspira a mantenerse en su chata y bravía primitividad. La tragedia de la muerte no es sino la inmensa derrota del espíritu que se declara impotente para vencer la inerte gravedad de la carne. Por eso, en todos los siglos los problemas que se suscitan acerca de nuestro final acabamiento serán los problemas más siniestros, más emotivos, más profundos y más trascendentales. Si nos es dado alcanzar un concepto de Dios, nada nos parece mejor que caracterizarlo en un ser, formidable luchador contra las energías esenciales, perdurable exaltador de su aptitud creadora, nunca fatigado y vencedor siempre. Sería este el concepto ético por excelencia de la divinidad.

Sin nuestras limitaciones, la historia de la humanidad no tendría sentido. La libertad del hombre es el resultado de su limitación, por eso estamos conquistándola perennemente, y por eso también es el concepto más vivo, la sempiterna realidad más actual y más enérgica. El grado de libertad que hemos alcanzado es el resumen de la historia; ella compendia las resistencias que hemos vencido a través de los siglos.

El espíritu humano ha roto ya innumerables yugos, y ellos han servido más que para esclavizamos, para exaltar nuestra potencia libertadora. Las cadenas en las almas fuertes realizan y hacen posible el milagro de la libertad. La servidumbre es un mal pasajero, una momentánea dependencia de nuestro espíritu, en tanto que la libertad es un bien eterno, perennemente vivo y creador. Todos nuestros actos de liberación van acumulándose, como en un sedimento divino y vivificando nuestro ser. Siempre tendremos por delante, sea cual sea la perfección que hemos alcanzado, una libertad que conquistar y una limitación que vencer.

Los zarpazos de la vida son zarpazos contra nuestras limitaciones. Estas constriñen su amplificación armoniosa y acrisolan su ímpetu creador. El salto es tanto más vigoroso y bello cuanto más alto, ancho y peligroso es el vallado.

El más grande artista es aquel que ha desentrañado mayor número de bellezas infundiendo el soplo de su espíritu y eternizando la pasajera sucesión de las cosas. El más grande hombre será aquel fuerte varón que someta a su poder la mayor suma de fuerzas naturales, y el que gane con más ahincada pertinacia la aptitud de luchar contra la fatalidad de la agreste energía.

Así habrá ampliado su conciencia creadora del Universo y será el supremo soberano del mundo.

AÑO NUEVO

Iniciamos hoy una nueva jornada en las labores del diarismo; una nueva etapa en este apostolado cotidiano de la información; del comentario febril; de la nota fugaz y breve, de la glosa marginal ante los sucesos, las personas y las cosas, que enajenan la actualidad y la atención pública.

Los periodistas estamos encadenados al instante que pasa raudamente; tenemos la obligación de aprehender el leve rastro o la leve huella que traza al realizarse, para darlo reflejado a nuestros lectores. Hemos de exprimir su significación justa, su sustancia más íntima, su médula más entrañada y sutil; estamos obligados, en cierta manera, a condensar los acontecimientos para transfundir su esencia en el espíritu de los que nos leen.

No nos está permitido desentendernos de nada. El periódico, para cumplir su alta misión social, ha de ser inmediata resonancia del ambiente en que se desenvuelve, presta repercusión de lo que sucede cada día. Es como un registro de la historia, en el cual esta va marcando sus vibraciones más profundas y verdaderas.

El favor de la colectividad es tiránico. Para ganarlo y conservarlo, es menester acrecer, día a día, la esfera de nuestra actividad, dilatando incesantemente nuestra percepción de las cosas y de los sucesos, para suscitar el interés y la atención generales.

La más ligera desconexión del que escribe con las exigencias espirituales o materiales de su público determina, ineludiblemente, el fracaso irremediable de una empresa periodística. Nada hay más quebradizo o frágil que su difusión, influencia y afianzamiento sociales. Esta inestabilidad de su acción sobre la masa, este precario señorío sobre la opinión, constituye el carácter más privativo y singular del periódico, y lo que determina, también, la perentoriedad y urgencia de sus labores.

Para cumplir esta tarea, hace falta ejercitar una gran suma de energía, de abnegación, de esfuerzo constante, de lealtad, de valor y de vocación decidida. Prendas son estas sin las cuales se hace imposible el desempeño de este noble magisterio moderno, tan vario y tan múltiple, tan intenso y tan complejo.

La vida moderna, diversificada en mil actividades, solicitada por múltiples fuerzas espirituales, tiene su transparentación más propia y característica en el periódico, que debe esforzarse por traducir íntegramente esa realidad, como que es genuino producto de ella.

De allí que en los países en que se desarrolla con más intensidad la vida contemporánea, aquellos en que la conciencia histórica es más viva y vigorosa, el periodismo ha alcanzado un extraordinario grado de desenvolvimiento. Es un poder público cuya influencia y eficacia sirve de control y supera a todos los demás poderes del Estado. Por eso se dice una profunda verdad cuando se afirma que la aptitud vital de un pueblo, se mide por la potencialidad espiritual de su prensa, que constituye el reflejo y la condensación más evidente de su energía nacional. Allí palpitan y se traslucen las fuerzas que permanecen latentes, o que actúan más decisivamente en el conglomerado social. Adquieren allí una segunda vida, y, acaso también, una mayor depuración y lucimiento al ser expresadas.

El periodismo constituye, pues, por propia virtud, una poderosísima fuerza social que bien dirigida y encausada es factor determinante de la mayor o menor sustancialidad material o espiritual de un Estado.

Al iniciarse este año, quisiéramos que la prensa nacional se penetrara hondamente de este nobilísimo magisterio que tiene que desempeñar en nuestra patria, elevándose y haciéndose digna de los graves deberes que le asigna la hora presente.

Trujillo, 1 de enero de 1920.

DON BENITO PÉREZ GALDÓS

Fallecimiento del insigne escritor

El ilustre anciano que ha creado en España el teatro y la novela contemporáneos acaba de fallecer en Madrid, en pleno ápice de su gloria, cuando su estupenda obra espiritual había conseguido aureolarse de la fervorosa admiración y del devoto respeto de propios y extraños.

Don Benito Pérez Galdós representa en España el valor de una época. Desde Lope y Calderón no se había presentado en el teatro y la novela una más vigorosa, rica y fuerte sustantividad nacional. Espíritu profundamente castizo, plantea en su obra el conflicto dramático entre la realidad española tradicional y la realidad española contemporánea, que pugna por revelarse. Este conflicto, en cada una de sus obras, es transportado íntegramente con un calor y un arte maravilloso. Allí vive la realidad española con sus virtudes y con sus vicios, y allí se expresa y se define con más diáfana nitidez y con más singular y comprensiva transparencia. Quien no conozca la obra de Pérez Galdós desconoce, tal vez, la faz más sugestiva del ambiente español de hoy, el proceso espiritual que ha generado la España contemporánea.

En la obra de Pérez Galdós libran encendido combate las fuerzas tradicionales y las fuerzas dinámicas. Es una obra representativa que expresa un momento espiritual, el más interesante y decisivo, de la conciencia española. Por su grandeza ideológica y emocional, por la amplitud enorme de su expresión y revelación psicológica

e histórica, pertenece Pérez Galdós a aquella casta de espíritus que, como Ibsen, Shakespeare, Cervantes y Romain Rolland, en nuestra época, son los expresadores por excelencia de un ciclo de la cultura humana.

La urgencia de las labores del diarismo nos impiden consagrar al gran escritor español una atención más dilatada y reflexiva. Para llenar esta deficiencia, trascribimos un ensayo del distinguido crítico español Manuel Bueno, que dará a nuestros lectores una idea aproximada de la significación espiritual del ilustre anciano que acaba de fallecer.

LOS BAILES DE ANTONIA MERCÉ

El milagro rítmico y el valor expresivo de su arte.– La estética del movimiento, de la línea y de la nota.– La línea melodiosa y el sonido pictórico.– La sugerencia estética y psicológica de la danza.– Su valor representativo en el caso de la Mercé.

El arte de la danza puede definirse como la sugerencia musical de la línea y del movimiento. O, dicho en otras palabras, la danza es la traducción pictórica de la música; la reproducción gráfica, corpórea, carnal y dinámica del sonido. La nota se resuelve en la línea, y la línea se define en movimiento. La vibración auditiva se trueca en vibración visual. Se realiza un fenómeno de traslación entre un sentido y otro. Hay correspondencia absoluta, conjunción correlativa inmediata y perfecta, entre ambas modalidades de percepción, es decir, entre lo que se oye y lo que ve. De allí que se puede hablar, con rigurosa propiedad, de "línea melodiosa" y de "sonido pletórico".

La música es el sonido sin imagen. La escultura es la imagen sin sonido: la línea en perfecto reposo, en potencia estática. La pintura es la insinuación del movimiento sin sonido.

La danza realiza el sonido en imagen, y la imagen en movimiento. Por eso es el arte más completo, porque participa de la esencia estética de las tres artes anteriores. Es un arte de síntesis porque en él se manifiestan íntegramente los elementos primarios de la expresión estética; allí se sustancializan, se auxilian, se complementan, se acoplan y se engloban armónicamente.

Toda nota o conjunto de notas es, pues, susceptible de ser traducida en línea y movimiento.

Sin esta concordancia absoluta, sería imposible, no existiría el arte de la danza.

De allí que una bailarina será tanto más genial cuanto mayor sea su aptitud para expresar esta concordancia o correlación, que existe, de modo inmanente entre el sonido, la línea y el movimiento.

He querido hilvanar estas reflexiones sobre estética, antes de hablar del arte de Antonia Mercé, a riesgo de fatigar al lector, cediendo a una premiosa urgencia de generalización porque el arte de esta mujer admirable –como todo gran arte– estimula hacia las consideraciones generales y primarias de la estética, hacia la sintetización de los valores expresivos.

El público que asistió al teatro Ideal las noches del sábado y del domingo presenció la maravillosa transustanciación de la expresión musical en expresión pictórica. Las notas acudían al llamamiento de la artista con su íntegra resonancia y con su íntegro valor de sugerencias. Las tomaba en sus manos y las plasmaba en vibración; las recogía en sus ojos y las resolvía en luz; las transfundía en su cuerpo y las devolvía en línea, en contorno y en movimiento; las acogía en su seno y las transformaba en ondulación y en esguince; las recibía en sus labios y las hacía aflorar en sonrisa.

El valor musical de cada sonido tenía su representación gráfica en el cuerpo de la bailarina. El plano auditivo transmutándose en el plano visual, en íntimo, estrecho y armónico acoplamiento. La demolía haciéndose estatua, la estatua haciéndose imagen.

En realidad, la mujer era toda la orquesta corpórea. Era la perfecta traducción plástica de la música.

Tomaba las notas, las mimaba, los ajonjeaba con delectación, les daba todo su amor y ternura de mujer, las acariciaba como a hijas de su carne, las estrechaba contra su pecho, las llevaba a sus labios, las cobijaba en el regazo de sus pupilas verdes, las amparaba en sus manos, les abría el refugio de su corazón, las abrazaba, las ceñía, las besaba...

Era la apotesis de la línea y del sonido emparejándose en férvida fraternidad. La mujer existía para la música y la música para la mujer.

Ondulaba el torso armonioso; rimaban los brazos sutiles, expresivos y flexibles

como alas; se desprendían del suelo los pies ágiles, prestos, ligeros y melodiosos; se alzaban y turgían los senos eurítmicos.

Por primera vez hemos presenciado una caracterización estética, una estilización de la danza española. En este sentido, el arte de la Mercé es de un enorme valor representativo. Los motivos psicológicos de la raza tienen allí su expresión más pura, primaria y fundamental. Alcanzan un excepcional poder de síntesis y de simplificación.

En el arte de la Mercé no hay nada mecánico, académico o de puro valor decorativo. Es la intuición de una individualidad poderosa que salva la tiranía de la técnica. La adivinación de un temperamento en perpetua urgencia creadora. La libertad fervorosa de un espíritu que persigue su manifestación expresiva con vivaz expontaneidad.

Muchas de sus danzas, en las que llega a un máximo de poder expresivo, son la revelación más transparente y real de lo que tiene de genuino y privativo el espíritu español. Muchos densos y graves infolios cargados de erudición, de notas y de pedantería, no nos darían una mejor comprensión psicológica.

La presentación de la Mercé en Trujillo ha sido un éxito pleno y rotundo. Raras veces hemos escuchado ovaciones más espontáneas comprensivas y fervorosas.

LA INICIACIÓN DE UN GRAN PINTOR

El concurso artístico del centenario

En nuestro medio, carente casi por completo de vigorosas y fuertes manifestaciones artísticas, causa pasmo y exultante admiración aquellos casos aislados que, a pesar de la circundante chatura estética, se producen con tan personal y espontánea vitalidad. Esta milagrosa suscitación en ambiente en que nada estimula a la creación original, sería del todo inexplicable si no pensáramos en la poderosa intuición, en el vivaz ímpetu vocacional del artista que salva todas las limitaciones, que arrolla todas las inmediatas y circunstanciales vallas, del momento, para llegar, siquiera en cierta medida, a su expresión contextural. Ser artista y persistir en serio siempre en esta rural parcela de tierra peruviana sin el estímulo del dinero, sin el estímulo de la admiración y de los

honores, y, por último, sin el estímulo de la comprensión, por el mero instinto de crear, significa haber alcanzado un grado heroico de abnegación y de generosidad de espíritu. Sugiérenos estas reflexiones el caso del joven universitario, casi un niño –pues apenas cuenta 17 años– Alfonso Sánchez Urteaga, que ha presentado para el concurso artístico del centenario, un cuadro que vale más que como obra hecha, como revelación de poderosísimas y excepcionales facultades pictóricas.

Se trata de un tipo local, el de una india mochera, que va montada en un asno. Un asunto que pasa todos los días ante nuestros ojos. El escenario: una campiña de ras nuestras soleada, extensa y sin ondulaciones casi; un cielo costeño, bañado de luz y de un azul desmedrado y vago.

El tipo está observado con tan sorprendente justeza estética, con tan personal y libre originalidad, con tan seguro y acertado ojo de pintor, con tan aguzada y sutil penetración psicológica, con tan bravía y moceril frescura artística, con tan gallarda espontaneidad, que suscita, de súbito, en el espectador inteligente, inaudito pasmo y desusado rendimiento admirativo.

Es milagrosa –sobrehumana, estoy tentado a decir– la fulmínea precocidad de este niño, que sin previa cultura pictórica, sin previo estudio del dibujo y del color, haya alcanzado a trasladar al lienzo una personal y sutil impresión estética. Añádase a esto las dificultades materiales que ha tenido que vencer hasta el extremo de que, careciendo de los útiles necesarios, por no haberlos en plaza, se ha visto obligado a fabricar los colores que éranle absolutamente precisos para su obra.

No quiero decir que el cuadro de Sánchez sea una obra maestra. Mentiría si tal afirmara. Ya he dicho que vale, sobre todo, como la anunciación o revelación de una poderosa individualidad artística. Se comprenderá fácilmente qué deficiencias de educación y de técnica tiene, que son muchas.

Mas no quiero inmiscuirme en cuestiones y habilidades del oficio. Enemigo he sido siempre de la tecniquería profesional y preceptiva, que, salvo raras ocasiones, prescinde a menudo del espíritu, y se entrega a profesionales y pedantes inquisiciones de gremio o de escuela. Estímome demasiado a mí mismo para descender a tan mecánicos y viles menesteres. Allá los policías y gendarmes del arte que se ocupen –ya que no pueden otra cosa– en descubrir las trasgresiones contra la ley y las técnicas disciplinas consagradas.

Por mi parte yo no aprecio en el artista, cualquiera que sea, sino su posición espiritual ante el mundo, su ritmo interno ante el amor y la muerte, su ímpetu trágico ante el misterio del ser y del no ser, su capacidad emocional para sugerirme nuevos motivos de belleza y de vida. Que cada uno busque expresarse como pueda: aprendiendo o no aprendiendo, estudiando en las academias o desdeñándolas. Eso es cuenta de ellos. Muy poco o nada me interesa tal cosa. No busco al profesional o al obrero; busco únicamente al artista y al hombre.

Entre todas las obras presentadas al concurso, es intrínsecamente el cuadro de Sánchez, sin duda, el más alto valor estético. Por su vigorosa originalidad, por su precisa y directa observación del tipo y del ambiente, por su aguzado sentido del color, por su bravía sinceridad y frescura emocional, y hasta si se quiere por las dificultades técnicas o mecánicas que ha tenido que vencer. Véase especialmente cuánta espontaneidad de observación y de vida se concentra en la mirada del asno.

En la calificación no cabe siquiera vacilar, sin pretender por esto ofensa o agravio a la competencia del jurado. Quiero solamente cumplir un deber de periodista; de mero y oficioso informador.

12 de agosto de 1924.

UNA REACCIÓN QUE SE HACE NECESARIA

Los explotadores y traficantes de la cultura

En un año, más o menos, han visitado Trujillo una docena o más de conferencistas y personas que se decían traer alguna misión o representación intelectual. En realidad, salvo raras y contadas excepciones, eran aventureros y vividores sin talento que, aventados por la miseria y por la incapacidad de trabajar decorosamente, buscaban un medio cómodo y fácil de ganar dinero, ejerciendo, con el más cínico desenfado, lo que muy bien puede calificarse de "cleptomanía pública". No encontramos otra expresión más enérgica y apropiada para designar esta suerte de plaga o de peste in-

telectual que está infectando todo el país, y que es menester combatir a todo trance, si se quiere hacer labor sana, moralizadora y patriótica.

Esta laya de vividores y arribistas sin escrúpulos, válidos de unas cuantas gacetillas informativas que los periódicos de Lima consignan con excesiva y culpable benevolencia, y validos, sobre todo, de su falta absoluta de decoro y de su harto sobrada desvergüenza, sorprenden la credulidad pública y la estafan en la forma más irritante y gratuita.

Para los estafadores y rateros, nuestras leyes penales señalan severas represiones; con cuanta mayor razón debería castigarse a estos estafadores públicos, a estos "rateros legales" que, amparados por una licencia municipal, se presentan en un escenario a decir unas cuantas necedades vulgares, a ensartar unos cuantos lugares comunes y a declamar unas cuantas perogrulladas y cursilerias sentimentales.

Los falsificadores de moneda y los explotadores desalmados ejercen su vil oficio a escondidas y clandestinamente, y, a la postre, van a dar a una cárcel; pero estos monederos falsos de la cultura y estos traficantes del espíritu exhiben su descaro públicamente y se hacen pagar muchas veces con espléndidez su ineptitud, su cinismo, su desvergüenza, su ociosidad y sus vicios. Verdaderos parásitos y carcomas sociales que deberían ser confinados y recluidos en casas de aislamiento, en lazaretos, en desinfectorios y establecimientos de profilaxia moral.

El vicio moderno del reclame ha tenido, preciso es decirlo, en la prensa nacional, una manifestación tan espúrea, tan degradada, tan inmoral y tan maléfica que, ahora, para ejercer un magisterio intelectual y cultural, se necesita de todo, menos de honradez, de moralidad y de talento. A su amparo ha medrado esa legión de aventureros, de vividores, de caballeros equívocos, de andantes y ambiguos personajes y de traficantes sin escrúpulos que ahora han tenido a bien elegir a Trujillo como estación obligada, campo de operaciones, plaza propicia y mercado de cotización.

Y esta áurea leyenda sobre Trujillo ha corrido tal fortuna fuera que toda la gentalla literaria, reclamista y desocupada, sin pizca de talento, sin pizca de vergüenza y sin pizca de dinero, se cree en la obligación de realizar una gira productiva a este radiante El Dorado de la caña de azúcar y de los millonarios magníficos y espléndidos.

Es verdad que gran parte de esta leyenda ha sido forjada por la cáfila de mentecatos que por amor propio, después de haber fracasado, van a Lima a contar

primores y éxitos rotundos, pero no es menos cierto que la prensa local ha contribuido, a sabiendas, unas veces por benevolencia mal entendida, otras por lástima o piedad, y las más por compromiso o por librarse de la pedigüeña tenacidad de un importuno, acogiéndo en sus columnas sueltos e informaciones con sobrada ligereza.

Llamamos la atención de nuestros colegas de la prensa y encarecemos su celo para reaccionar enérgicamente contra esa grotesca leyenda de pazguata liberalidad que, sobre Trujillo, se ha forjado ahora con tan fulminante y próspera fortuna. Es preciso hacerla por moralidad e higiene social; por el prestigio, el decoro, la seriedad y el honor del periodismo trujillano.

Como lo advertimos al comienzo, no queremos referimos, en manera alguna, a dos o tres casos excepcionales que salen de la vulgaridad de traficantes, y que por lo mismo, merecen nuestro respeto.

LA POESÍA TRUJILLANA

"Fogatas", de Eloy B. Espinoza

De aquella crepitante y fraternal compañía nuestra, este era el hermano menor, el benjamín, que, como el bíblico, monopolizaba por su excesiva juventud la tolerante complacencia y la suave afección de todos nosotros. Era el más gárrulo, el más paradójico, el más alocado, el más libre, el más irónico y el más fino y donoso humorista. En aquellos memorables y frecuentes deambulares nocturnos ante la paz dormida de la ciudad y ante la faz negra, agorera, majestuosa y lúgubre de la noche provinciana, sus risas nuevas, risas ruidosas como una pandereta, estallaban buidas y penetrantes, cual afilado y sutil estilete. A veces llegaba a exasperar nuestro mal humor, pero siempre era disculpado en gracia a su despreocupación, a sus pocos años y a su fresco y airoso ingenio.

Era generoso y bueno. Era hidalgo y fraternal. Quiero narrar una escena característica. Fue una noche de plena bohemia y de canción azul. Estábamos Valdelomar,

Garrido, yo y dos o tres más. Cruzábanse gallardamente las paradojas, ágiles y gentiles. Fluían las ironías, benignas, sonrientes y elegantes.

Los espíritus hacían elásticas acrobacias, los cerebros pirueteaban con las ideas y los labios formulaban donosos retruécanos y airosas bizarrías verbales. Llegó un momento en que dialogamos yo y él. Los demás eran nuestro auditorio. Estuve acre y extremado. Estuve violento y amargo. Estuve injusto e hiriente. Exasperóse él y retornó a mis demasías con gentiles y buidos donaires. Subió de tono la gresca moceril. Acentuóse la acritud de los decires. Chocaron nuestros enfados. Vibraron en el aire las sillas, esgrimidas con más coraje que rencor, y así pudimos descargar aquella súbita tempestad que atormentaba nuestros nervios exasperados.

Poco después me abrazaba, lírico y generoso y mientras se dolía de una cuita pueril y cordial esforzábame yo en hacerle olvidar, enternecido como un niño, con no sé cuales reflexiones optimistas, alegres y circunstanciales.

Nada quedaba de la anterior escena. Ni odio, ni rencor, ni reproches, ni tristeza, ni lágrimas, ni mal...

Este niño hidalgo, este mozalbete precoz, ha publicado un libro de versos. En él ha puesto las prematuras voces musicales de su desbordante y pletórica armonía interior. Irrumpe en esas páginas, polifónico y potente, el raudal melodioso de su alma nueva y cándida, de su alma exasperada por los interrogantes ilógicos de la vida, de la vida maternal y todoparidora, que vierte en este vaso vibrante el néctar capitoso del amor, del dolor y de la muerte...

No quiero hacer una nota crítica. Soy nada más que un oficioso introductor fraternal. Giran las puertas suntuosas del palacio lírico y las baldosas del pórtico extienden su albeante e invitadora suavidad al visitante del espíritu. Gustemos el sabroso y principesco manjar:

Iba alegre camino del colegio,
y corría, y corría;
entonces no tapaba mis rodillas,
como hoy el pantalón.
Muy alegre llegaba a mi colegio,
y me reía, y me reía;

graves maestros sentados en sus sillas
me tomaban la lección.
Solo fue dulce la fruta que comí de niño
yo mismo la cogía,
y sin usar esas cosas sucias de metal,
con mis manos la comía.
Sumergía mi cara entre la fruta
y comía con boca, ojos y nariz.

Riamos, cantemos;
se fue la neblina;
por fin salió el Sol.

Riamos, cantemos;
la noche se viene,
el Sol se va pronto.

Riamos, cantemos
pues ya salió el Sol.

Encendamos las fogatas,
con la luz amedréntanse las fieras
y se quedan en sus negras madrigueras.

Echemos leña nueva,
no importa que el fuego consuma muchos leños,
hay que tener vivos siempre nuestros sueños.

Aticemos nuestro fuego,
que se alce crepitante y ¡en todas las cumbres
se divise el esplendor de nuestras lumbres!

Azorada y vencida la noche se ha ido;
ensalcemos a la aurora dorada,
cantemos la risa, el amor, y el olvido.
Es de mañana, olvidemos la tarde,
que sea nuestra vida una llamarada,
y extingámonos cual lámpara que arde.

Esta abrileña arrogancia, esta jugosa frescura moceril, esta trasparente adolescencia estalla fluida y directamente de la vida. Por sobre los condimentos librescos, por sobre las presiones eruditas, por sobre esa democracia literaria que encanalla toda creación, se desborda esta alma vibrante y apasionada, esta alma tierna y dolorida, esta alma tremante y candorosa. Ved lo que dice en el prólogo de su libro:

"Mis versos solo son los chispazos producidos por el chocar de la vida con mi espíritu. No los considero perfectos; sería demasiada modestia; creo que apenas son un leve indicio de lo que podré hacer más tarde. Escritos en diversas épocas, mucho tiempo ha, son en su mayor parte distintos y algunos no están ya conformes con mi idea actual de las cosas".

¡Cuánta realidad y cuánto fervor vital en estas sencillas y complejas palabras...".

28 de junio de 1920.

EL PINTOR JOSÉ SABOGAL

Un caso de enérgica vocación artística

Fue una mañana en la redacción de este diario. Un querido camarada de periodismo, inteligente y fervoroso admirador del artista, hizo su presentación con frases cordiales y generosas. Le estreché la mano viril con esa entrañada efusión que se suscita en mí, siempre que me encaro a un hombre que es capaz de ser bueno, enérgico y libre.

No me era desconocido el nombre del pintor. Sabía de un muchacho oscuro que había luchado ásperamente contra la miseria y contra el destino; contra todos

esos pequeños males, terribles por insignificantes, que cercan una vocación, que la constriñen reciamente, que la acorchan, la vulgarizan y la vencen cuando no está sostenida por una maciza y desafiante contextura espiritual.

Este mozo de reposado continente; de hablar mesurado y discreto; de parcas sonrisas; de gestos seguros y tranquilos; de modales enérgicos y rotundos sin insolencia; y de fuerte sugestión personal, era un triunfador de la vida y un domador de la fortuna y de la suerte. Envolvía su persona una invisible aureola de fuerza varonil y de masculino vigor. Aquí la biografía no solo estaba demás, sino que era un testimonio insuficiente y mezquino. Sus hechos, sus obras y sus posibilidades, signados estaban en su continente. Él era el mejor y más vivo testimonio de sí mismo. Tal fue mi impresión personal e instantánea.

Nada tuve que rectificar después. Hablamos un rato, y me invitó, luego, a que viera sus telas. Accedí de buen grado y nos marchamos al hotel.

A través del arte precisé y fijé más el espíritu del artista y del hombre.

Manchas nerviosas, radiantes, fulmíneas y raudas, en las que el color, el movimiento y la vida tundíanse en ardoroso espasmo, en delirante y juvenil urgencia de concreción y de realidad; en desbridada, orgiástica, perentoria y galopante necesidad de expresar.

Perdíase, sumíase el dibujo en el movimiento. Espiritualizábase la línea, licuándose la rígida dureza material y corpórea, Tornábase mórbida como el ala; grácil como el pensamiento; dinámica como la emoción.

Cabriolaba el color como un cabritillo en la ladera serrana. Arrancábase de la tela y prendíase en las pupilas con ansia de abismarse en el seno donde se creó; allí donde únicamente adquirirá la plenitud de su alumbramiento, de su realidad y de su ser.

Descomponíase la gama infinita y sutil. El matiz desplegando toda la pompa de su colorido y de su magia de luz, como enjoyada novia ante la presencia del amado. Los ojos acogían arrobados y estáticos el beso penetrante, capitoso y voraz. ¡Deliquio nupcial, arrobo de amante, sacro estremecimiento de amor!

Tipos, paisajes, impresiones, notas, apuntes, de auténtica estirpe local. La tierra serrana, bravía, pujante, nueva y montaraz, enjoyada y de gala por la mirada del pintor, desbordando de las telas su desbocada esplendidez. La luz domada por los ojos del artífice; el color disciplinado y vencido por el pincel. Gallardos y airosos juegos de la facultad creadora probando su pujanza y su fuerza varonil y triunfante.

Mientras examino los cuadros, el artista me mira con buida curiosidad auscultando mi impresión. Quisiera interesar y obligar mi atención sobre tal o cual detalle que cree desapercibido por mí. La cortesía le constriñe, le embaraza, y se queda en silencio. Solo sus ojos subrayan tácitamente este o aquel colorido; esta o aquella luz...

La obra entera de Sabogal está impregnada de esa vigorosa serenidad, de ese enérgico reposo que denuncia una excepcional potencia creadora. Contextura de esforzado y de triunfador que marcha ya sin los primeros aturdimientos y vacilaciones del niño, con una gran confianza en sí mismo y una recia decisión de vivir.

Sabogal, se marcha, en breve, a Cuzco. Le tientan los motivos seculares y eternos de la raza, la áurea civilización imperial y la radiante pompa de los incas. Va a la fuente inextinguible y viva a abrevar su sed de creación y de amor.

He estrechado, de nuevo su mano franca y leal de artista, y ante su dignidad de creador he rendido mi homenaje admirativo, ancho, pleno y fervoroso.

18 de noviembre de 1920.

GLOSARIO LÍRICO

El retorno

Esta noche estoy solo conmigo, madre mía, con mis músculos de hombre y con mi pequeño corazón infantil, abrazado a tu inmortalidad que no quiere marcharse de la tierra; de esta tierra a la vez tan áspera y tan dulce, tan positiva y tan incierta...

Mi pequeño corazón ha retozado en tu regazo tibio, como en otros días blancos; y mi amor te ha tenido a mi lado, acariciando tus manos, mientras tus labios fingían reproches y enfados, a la par que tus pupilas de madona me besaban grávidas de miel.

He llamado a la Muerte: la he adulado con tres o cuatro zalemas de esas que tú me enseñaste cuando estaba chiquito para comprarme. La he colmado de decires sabrosos, como hacía con mi niñera. Al fin, la he sobornado. Le he dicho: "Oye, gentil damita negra, deja a mi madrecita por unos momentos".

Ella me ha dicho: "Bueno, hijo, que fastidioso eres" y se ha ido (me ha llamado: "hijo". ¿Por qué, madrecita, todos seremos hijos de la Muerte?)

Es así como esta noche henchida de tu silencio, estoy solo conmigo madre mía; con mis músculos de hombre y con mi pequeño corazón infantil, abrazado a tu inmortalidad.

Ausencia

Yo y mi Julio, madre mía, hemos venido del campo fatigados. Habíamos corrido todo el día por las llanuras luminosas y perfumadas con la misma despreocupación que cómo cuando tú te quedabas en casa procurando la sopa reparadora.

Al llegar al umbral del hogar, falaces los dos, hemos apretado el paso para ganar tu regazo de miel. Hemos disputado la puerta, como dos paladines. Y hemos injuriado malamente, como dos chiquillos. De pronto, ha paralizádose nuestro ardimiento. Ambos nos hemos helado mirándonos... ¡Tú no estabas!...

LA REVOLUCIÓN AMERICANA Y SU SIGNIFICADO HUMANO

Los hombres-símbolos del gran movimiento

I

Cuando un pueblo va a alcanzar una nueva etapa de superación en su realidad vital, se desconecta convulsivamente de su pasado; forcejea, como una criatura que va a nacer, en el claustro materno, y como ella canta su esperanza y los oscuros anhelos del nuevo ser en los primeros vagidos de alumbramiento. El pasado se inmoviliza como un sueño, se entrega rendido al Nirvana de los siglos que lo arrullan con una sinfonía de eternidad. El dinámico rumor, el hirviente y trágico crujido del presente no se explica ya con la valoración histórica tradicional. Algo hay que debe descuajarse y perecer para siempre. Algo que va a ser derogado, abolido en definitiva. Las horas que llevan en sus entrañas el germen palpitante de la nueva realidad van salmodiando el inevitable y fúnebre de profundis de la historia ante el pasmo solemne y uncioso de las edades. Los primeros vislumbres de la aurora que ha de lucir y abrazar después íntegramente el horizonte se anuncia, como la llama, por crepitaciones fulmíneas y a través de una humareda aglutinada y negra, preñada de centellas, de luminarias y de féericas radiaciones.

En estas circunstancias, la estructura institucional, política y social parece que pierde su continuidad fluyente. El pasado no es ya sino un pleonasmo en relación con la realidad que comienza a vislumbrarse. Los organismos oficiales del poder perciben, bien que muy tenuemente al principio, que sus estribaciones seculares en el pueblo se debilitan, que sus raigambres se aflojan y se descuajan. Un soterrado rumor de tormenta que sacude todas las conciencias va acreciendo su caudal lentamente hasta convertirse luego en torrencial y huracanado ímpetu. La gran masa se deja ganar por esta nueva fuerza misteriosa, imprecisa aún, pero henchida de esperanzas, grávida de porvenir. Tácitamente sin confesarlo, sin razonarlo casi, arrastrada por un vago y seguro instinto de vida, estalla en fervorosos y encendidos proselitismos. Ella, entonces, se constituye en la gran fuerza ejecutora del nuevo designio; toma en sus manos ciclópeas la sustancia de la historia, la modela, la plasma, la crea y la consolida ante los siglos.

Empero, la nueva realidad, la nueva fuerza que existe latente y dispersa en la masa, se aglutina, se polariza en determinados espíritus que, por su excepcional energía vital son sus traductores más puros y acrisolados. Son los hombres-símbolos de toda gran renovación que imprimen su ritmo vital al conjunto, al panorama de la humanidad; verdaderas antenas de la historia, auténticos oriflamas de lo infinito. Ellos resumen y compendian una época.

Producida la concordancia entre los espíritus superiores y el instinto de la masa, la revolución es ya un hecho de evidente presencia que ha de arrollar por ley biológica fatal, a todos los hechos yertos del pasado, incapaces de seguir creando nuevas formas de vida, nuevas impulsiones de vitalidad.

Apréstanse entonces las fuerzas tradicionales a obstruir el paso triunfador del tiempo sin avenirse a resignar el poder, sin querer aceptar su vencimiento. Es el oficialismo organizado que lucha contra una fuerza imponderable, contra una potencia ubicua e intangible que está en todas partes y que no está en ninguna, que cerca el horizonte pero que no se la puede asir porque tiene millares de cabezas, que se denuncia con la misteriosa elasticidad de toda reacción vital.

El ojo del hombre, limitado y unilateral, no alcanza a integrar en su percepción la inmensa perspectiva que aguarda ser revelada, el primoroso tejido inconsútil que se entrama con el presente y con el pasado. La torpidez material de sus nervios no llega a registrar los mensajes de esa nueva realidad que se precipita hacia él. Su cerebro reptando penosamente en lo presente y efímero no es capaz de percibir la nueva y caliente sucesión espiritual. Su corazón, aferrado a lo actual, es impotente, para anegarse en la orquestal sinfonía del porvenir.

Irremediablemente somos los hijos del presente; los siempre encadenados al raudo pasaje de las cosas, al estallar efímero de nuestras vehemencias. Nuestras realidades inmediatas devoran nuestra eternidad, reducen y desmedran nuestra proyección espiritual en la historia. Nuestra "presencia" jamás trasciende a lo que se ha de crear y nuestro amor es un punto estático y aislado en el "devenir" global, impotente para inflamar integralmente la cadena. Somos un centro de vitalidad, y nuestro frívolo interés momentáneo y circunstancial, nos imposibilita para hacer conciencia los rayos que confluyen en nosotros.

Y esta es la posición trágica del hombre en la historia; o, más bien dicho, el sentido trágico de la historia; la esencia trágica de la libertad humana, que es el resorte de los acontecimientos, el nervio de la acción política.

El hombre se olvida de que es la correlación de una serie, la concatenación de un proceso, y se empeña en estabilizarse, en petrificar una sucesión. Se olvida de que no es más que un vehículo del eterno avanzar, una simple relación entre dos infinitos, un simple "presente" de realización y pretende detener la dinámica universal, construyendo un código de normas con la experiencia del pasado para embridar a la vida. Intenta sacrificar el porvenir a su tranquilidad; su función creadora a su reposo, su libertad a su cómodo vivir. Se trueca en un reto permanente a la naturaleza, en una conspiración contra el futuro. De allí su tragedia; la permanente esencia trágica de la historia.

Así se explica que todos los grandes movimientos hayan sido combatidos siempre en nombre de la experiencia del pasado, en nombre de los intereses de un grupo social, en nombre de la costumbre y de la rutina que tienden a retenernos en punto estático y pasivo.

II

La revolución americana fue uno de esos excelsos movimientos de superación vital; una de esas súbitas explosiones liberadoras contra la opresión del poder organizado, contra el oficialismo dominante y entronizado de la reyecía española. Trajo una realidad que no podía caber dentro de la pétrea osatura del Coloniaje, y que, por lo mismo, tenía que romper la vieja y crujiente armazón que forjaron los heroicos y bravos aventureros de la Conquista. España no solo ejerció el monopolio económico y material de las colonias; ejerció también el monopolio de la cultura y del espíritu. América, al alcanzar su mayoría de edad, alcanzó igualmente una realidad que no podía conectarse con la realidad española de entonces; que podía transfundirse en la estructura establecida. Los fines de una vida superior impulsábanla a destruir el organismo que instituyera la metrópoli. El conflicto había de estallar, como estalló, entre la energía nueva de crecimiento y el estatismo inerte y anquilosado del señorío peninsular.

En vano el Gobierno español pretendió luchar contra el dragón de cien mil cabezas; en vano quiso ahogarlo en la sangre paladinesca y prócer de tantos mártires;

en vano los brillantes y lúcidos tercios de Castilla atravesaron la trágica y ondulante llanura verde azulada del Atlántico. América era aliada del tiempo y, como siempre, en las grandes contiendas humanas, es este el que vence a la postre por una fuerza misteriosa e inexorable que arrastra, tras de sí, rendida a la fortuna.

El criollo americano ama la libertad. El criollo americano ama el espíritu de su siglo. El criollo americano ama la democracia. El criollo americano ama su vida superada.

El organismo español es un poder conservador, un poder de inercia y de reposo; un poder de monopolio y de privilegio; un poder estático y neutro; un poder aferrado en su orgullo principesco y tradicional.

El destino había de elegir, y el destino no es ciego; tiene ojos penetrantes y zahoríes; el destino no preside el estallido perpetuo y milagroso de la vida. Está siempre del lado de la razón más profunda y verdadera: es también una razón de justicia inmanente, una razón de continuidad vital y de superación creadora.

La revolución americana no es levantamiento faccioso de burócratas y medradores descontentos contra el partido que ha hecho presa y se regodea en el poder; no es el cambio de turno de una taifa presupuestivora que asalta las regalías y prebendas fiscales; no es el caudillaje cuartelario que improvisa héroes de opereta y grotescos mártires de escenario. Malhaya el que pretende hermanar estas farsas ridículas y simiescas con el gran movimiento liberador del alma americana; ¡menguado turiferario el que intente prostituir alguna vez la palabra "revolución" para denominar un motín faccioso de soldadesca rapaz o de montonera sanguinaria y venal...!

El movimiento revolucionario americano se compendia en unos cuantos espíritus, en unos cuantos hombres símbolos, creadores de historia, plasmadores de pueblos, pastores sumos de colectividades, guías máximos de la raza. Son los depositarios de la nueva fe, los heraldos vibrantes de la nueva esperanza, las urnas vivientes del nuevo amor. Son aquellas individualidades fuertes y magnéticas que agrupan y condensan en su tomo, como polos de atracción, los afloramientos dispersos de la corriente central que corre subterráneamente y que solo espera el instante propicio y preciso en que el destino hiere y hace vibrar sus heroicos timbales de llamada.

Estas poderosas individualidades surgen siempre en aquellas épocas que están saturadas de vida, cargadas de creación y de milagro, henchidas de impulsión gestadora y de predestinación. Estos espíritus son los que engendran a su época y a la vez son engendrados por ella. Padres e hijos, al propio tiempo, del ambiente en que actúan y de la realidad que crean. Plantean ecuaciones vitales ante las cuales la lógica ordinaria de los hechos nada explica quedándose desconcertada y en suspenso.

Las pautas de valoración corriente no abrazan esta prestancia creadora que rebasa y colma sus medidas. Son móviles eternos, muy superiores en excelencia ética a los normas comunes de la conducta humana, los que rigen estas voluntades que corren hacia la culminación de los fines que ha concretado su vida. La sensibilidad de estos hombres cual cordaje de superagudizada potencia perceptiva, registra y recoge las más tenues y amortiguadas oscilaciones. Es semejante a la máquina sísmica que marca con anticipación las trepidaciones de las capas geológicas y que se adelanta a la exteriorización espectacular de la catástrofe.

Nadie percibe mejor que ella la marea cordial de un pueblo que trepa sobre el acantilado de la playa, que recoge en un punto su ímpetu, que hincha y enarca sus lomos poderosos, que brama de coraje y de fuerza y que va a precipitarse sobre la llanura, como una bestia desbridada y salvaje, sin ley ni gobierno que rija y modere su instintivo y ciego acometimiento. Solo el pensamiento que es capaz de animar la materia inorganizada y pasiva barrena de luz el seno oscuro de los tiempos sorprende la crisálida del porvenir que aguarda su ambiente y su hora para estallar en su epifánica anunciación y encauzar con provecho de la vida estas desbordadas y apocalípticas energías.

El pensamiento, elemento activo, impulsor y dinámico por excelencia, es el único capaz de vencer la pasividad inerte, el pétreo sueño geológico de la materia que tiende a inmovilizarse en formas definitivas y eternas. El pensamiento, plantado como un dios en medio del vasto panorama inmóvil, acecha, desde las neuronas de un cerebro, la primera chispa generadora que ha de prender alas, y pies, y latido a las moles yertas de la tierra. El pensamiento es el ser; mejor dicho, es todo el ser. Dentro de sus entrañas alienta la vesícula sementadora; en ellas germina la mies primicial, allí palpita la primera célula capaz de amar, el primer arranque de divinidad en la materia, el primer incendio vital que inflamará luego el cósmico conjunto. Toda la

grandeza y el misterio de la vida residen en el pensamiento. Solo en él se explica la generación espontánea de las especies que rebasa los matrices de la química y que burla la precisión mecánica de todos los instrumentos de investigación. Solo el pensamiento explica al hombre y con él a toda la sustancia organizada. El pensamiento es, pues, la vida; es a lo menos el protogenerador de ella. La historia no es sino el registro de los giros que ha seguido el pensamiento humano; el memorándum del inmenso proceso vital.

La revolución americana es una creación del pensamiento en su génesis de liberación. Como el Renacimiento, como la Reforma, como la Revolución francesa, como todas las grandes explosiones de libertad, tiene una ingente amplitud humana. Traduce una etapa de madurez o de sazón alcanzada por la conciencia universal. No es solo de un alcance parcial o de circunscripción geográfica. Fue una superación general de la vida del hombre; un rebasamiento de la conciencia histórica. Fue la primera cruzada de la democracia, que ha tenido su culminación y remate en la última guerra de 1914. He allí la razón porque la forma monárquica no pudo medrar en este estadio de la libertad humana. Los pocos países que lo intentaron violentaron el sentido profundo de la revolución y tuvieron luego que renunciar a ella reparando su extravío. Allí está la historia de Brasil. Allí la historia de México. Son hechos irrecusables que demuestran la esencia democrática del movimiento.

Al recorrer de los años las Constituciones americanas han inspirado a las democracias europeas, a las democracias del resto del mundo y ha sido la concepción de la libertad en los pueblos americanos la que ha servido de eje ideológico y ético en la última guerra mundial. En este instante, pues, de la historia el sentido ético político más avanzado de la civilización humana es un sentido americano, porque es un sentido superado de la libertad sobre las formas anteriores.

Los Bolívar, los San Martín, los Hidalgo, los Torre Tagle son ya universales. Son los donadores de una conciencia superada de libertad; de una forma más perfecta y más libre de la vida política. Ellos son aquellos hombres símbolos de la revolución que interpretaron, tradujeron y consolidaron la nueva realidad, en el momento mismo en que sus alas creadoras batían impetuosas los aires del continente. Tal es su gloria y tal su eternidad.

III

Amanecía el 29 de diciembre de 1820. Las ásperas y ondulantes crestas de los Andes que se recortan en el plano azulado de oriente, aparecen como nimbadas con una cenefa de perlados resplandores, que se ciñe y se amolda a las depresiones y turgencias de los carros. Diríase que detrás de esos broncos espaldares iban a surgir, de pronto, colosales lámparas cósmicas que fueran a dar batalla a las tinieblas. A poco la suave y tamizada luz del alba acababa de romper las nutridas sombras de la noche, que corrían a refugiarse en las hendiduras y quiebras de los altosanos y en los huecos y covachas de la llanura. La luz derramábase gozosa, en lampos de resuelta claridad, con jocunda y desbridada alegría por el vasto predio de los chimús, poblado de imperiales y legendarias tradiciones. La inmensa sabana, de tierno y jugoso verdor que se extiende con muelle y perezosa languidez hasta más allá de la vega del río de Moche, acogía, con el pasivo y voluptuoso rendimiento de una doncella, los besos gorjiantes, luminosos y voraces de la mañana. ¡Oh, glástico y entremecido abrazo de la tierra y de la luz!

Entre las ruinas milenarias que duermen su sueño de siglos cuyos altos y macizos paredones muestran melancólicos la zarpa del tiempo y los templos derruidos ya y que fueran erigidos a la gloria del Sol y de la Luna, duérmese, mecida por la cantilena del mar, la ciudad colonial de rancias preseas hidalgas, de lúcidos y señoriles airones, de solemnes y orgullosas moradas solariegas, de heráldicos blasones principescos, de gallardas y bizarras tradiciones caballerescas, cuna de estirpes ilustres, prez y gala del Virreinato, emporio de distinción y de castellana arrogancia, asiento de reales mercedes y de sonoros mayorazgos, cien veces ilustre y nobilísima ciudad, que el gran aventurero y capitán mayor de la conquista, Francisco de Pizarro, bautizó con el nombre de su ciudad natal. Inútil advertir que he nombrado a Trujillo.

Esta aurora no era como todas las auroras. Algo nuevo portaba en su piafante cabalgata triunfal. Una nueva luz fulgía y llagada el bruñido acero de sus bravos guerreros.

Era que la mies de la gran revolución americana estallaba en henchidas yemas en las tierras labrantías de este solar señoril. Era que el clarín de la libertad repercutía en las hidalgas y blasonadas mansiones. Era que las ruinas de la civilización chimú estremecíase después de tantos siglos de yerta inmovilidad.

La ciudad hacía girar sus forradas puertas para acoger y hospedar al espíritu eterno de América. Brindóle leal y valeroso acogimiento, cual cumplía al honor nunca mancillado y a la clara prosapia del blasón. El espíritu del siglo tomó asiento en el señoril y castellano estrado.

Y así es como Trujillo, de hidalguesco y resonante abolengo, fue la primera ciudad del Perú que se pronunciara por la Independencia de la patria, desafiando el orgulloso poderío de la soberbia testa coronada de las Españas. Renunciaba por la libertad a los blasones de su pasado. Pocos pueblos dan esta lección de valerosa grandeza. Pocos son los que sacrifican su posición circunstancial y sus bienes convencionales y efímeros ante sus deberes de eternidad y de creación. Pocos son los que libertan su voluntad y su pensamiento de una determinada organización jurídica, consolidada por los siglos y la tradición para crear y auspiciar el nuevo derecho y el nuevo deber.

El marqués de Torre Tagle, caballero de prócera traza, de heráldica estirpe y de más clara varonía espiritual, es el hombre que reasume el espíritu de la ciudad. El es la figura central, el hombre símbolo de ese momento, poblado de los sones heroicos y de las tocatas triunfales de la democracia. El futuro llegó y encontróle en su puesto de hombre, con el espíritu libre y con el corazón ancho y nuevo, rebosante de acogimiento y de creación. La historia llegó sin sorprenderle en el pasado; cuando ya era un aliado del porvenir... Las manos finas, de hinchadas venas azules, en un amplio ademán lapidario hicieron correr la cuerda que suspendiera el nuevo y arrogante pendón de la patria.

Al marqués de Torre Tagle en ultratumba

Marqués:

Después de una centuria de tu gesta gloriosa, en tu misma heráldica ciudad de antaño que aún conserva la patina soberbia de su estirpe, y que aún está perfumada por las leyendas de sus blasones heroicos: bajo este mismo cielo gozoso y profundo, bajo el palio sangriento y miliunanochesco de estos trágicos crepúsculos, bañados de púrpura y de eternidad; frente a frente de este bronco espaldar de los Andes,

de audaces y ásperos lomos, cuyas crestas buidas otean la extensión azul del mar y atalayan tu grandeza, como centinelas del infinito, mi moceril y azulado ensueño, se inclina y medita.

Mi corazón nuevo se abre a todas las dianas de la gloria y mi pensamiento, rampante como tus leones heráldicos, en urgencia de concreción y de unidad, de eternidad y de milagro, impetran tu sombra gloriosa y emulan tus pasos creadores, que vencieron al tiempo, que hicieron capitular a la muerte y que prendieron y encadenaron a su calcaño el porvenir...

Marqués:

Dame tú la receta de Dios y de infinito, dámela, divino farmacéutico de la inmortalidad, que quiero defenderme contra la muerte, tú que no probaste nunca, tú que no conociste y que no conocerás, por jamás de los jamases, el sigiloso y silencioso beleño del olvido...

Marqués:

¡A cien años de distancia, mi amor se adelanta a encontrar el tuyo y peregrina anhelante hasta tu tumba, donde se ha quedado dormida para siempre la muerte...!

Trujillo, 29 de diciembre de 1920.

AL MARGEN DE LA VIDA DIARIA

EL MAL DEL TINTERILLAJE EN EL PERÚ

La lepra de la cobardía moral

Hay un síntoma social de tan ruin estofa, de tan vil jaez que sirve, las más de las veces, para determinar el grado de corrupción moral de una nacionalidad. Me refiero a esa oscura hipocresía que gallardea impúdicamente en todos los organismos del Estado; a esa lepra del tinterillaje que siempre está buscando razones legales para cohonestar un acto de violencia, un conciliábulo de dispendio fiscal, una arbitrariedad clamorosa o simplemente una bellacada política. Para ello no importa retorcer el sentido de las leyes, corromper el espíritu de las instituciones, deformar la esencia real de los hechos, mixtificar hasta la vida misma; no importa ni la calumnia con toda su asquerosa y revulsiva cobardía.

Acaso, en ningún país de Sudamérica como en el Perú, se da con tal grado de virulencia esta peste de mentira leguleyesca, esta roña de justificación abogadil que eternamente urde expedientes curialescos de buena prueba para echar una zancadilla a la justicia.

Desde el alto empleado de los ministerios hasta el mínimo subprefectillo o gobernador de poblacho serrano, practican el tinterrillaje con cinismo tal que para ojos puros, que miran el estado de nuestra organización sin prejuicio alguno, el oficialismo peruano tiene que presentarse, por fuerza, como una formidable conspiración de tinterillos que siempre están a la busca de argumentos leguleyescos para justificar ante la gran masa de gente trabajadora, su iniquidad y su parasitismo.

Y esto proviene directamente de la falta absoluta de valor moral, de enseñoreamiento predominante de la hipocresía, viveza o cundería criolla, que con todos estos nombres puede denominársele. La capacidad o ineptitud de un funcionario, prefecto o subprefecto, gobernador o rábula, suele medirse en nuestro país por el mayor o menor bagaje de razones tinterillescas o de ladinas justificaciones que puede desplegar ante un acto arbitrario de violencia o ante una estupefaciente pillada de la hacienda pública.

Lo que importa es justificar a toda costa, encontrar razones y argumentos curialescos, probar lo que no se puede, ni es decente probar, el tinterillaje ¡Viva el tinterillaje!

Jamás un acto de valor, de hidalgo valor, ante los propios pecados y extravíos, aún ante las propias torpezas. Calumniar siempre, armar una grotesca tremolina de falsos hechos y de hipócritas y canallas argumentaciones. La cobardía siempre; la cobardía, sobre todo. Ser siempre un tinterillo, un curialista o un leguleyo, pero jamás un hombre, es decir, un ser valeroso de sus actos, responsable de sus pecados, de sus faltas, de sus abominaciones y de sus virtudes.

A diario vemos reproducirse ante nuestros ojos estos casos de la cobardía o del leguyelismo nacional, y sin embargo no se encrespa en indignación nuestra sangre, tan pasiva, tan resignada, tan tristemente cobarde...

Nada tenemos que envidiar a los clásicos y solemnes pícaros de la novela española. ¡Oh, Lazarillo de Tormes; oh, Rinconete ladino; oh, regocijado Gil Blas, en el funcionarismo peruano tenéis vuestra más cierta y amorosa familia, y aindamáis, vuestros parientes de América son más aguzados y sutiles tinterillos que vosotros! Para mayor contentamiento vuestro, habréis de saber que no son ya viles pecheros, oscuros villanos o anónimos escuderos. ¡En mi patria, en mi arcádica patria, han alcanzado vuestros descendientes una alta posición y un eminente escalamiento social. Son presidentes, ministros, jueces, sacerdotes, escritores, prefectos, subprefectos y... todo!

21 de enero de1921.

LA FIESTA DE LAS MÁSCARAS

I

Deflagra delirante la risa bajo la máscara. Crepita la alegría loca, se contorsiona la canción, malabariza el amor y gesticula el espíritu. El antifaz nace como quiere hurtar la tragedia a la luz. El actor se calza su coturno, esgrime su maquillaje, carga

con su personaje a cuestas, se aúpa a la escena y hace cabrillar las lentejuelas de su elocuencia. Detrás de las bambalinas se ha quedado el dolor dormido. Entre los bastidores acecha la lágrima, como un salteador de caminos. En el camarín reposa el amor de sus fatigas. La sala burbujeante expecta: llora cuando ríe, ríe cuando llora...

Momo pasa mixtificando al hombre. Arlequín pelotea la vida en sus manos. Pierrot y Colombina hacen espectáculo de sus propias almas. La máscara porta jadeante el agobio de su personaje. El apuntador, desde su mísera concha, dando manotadas contra sí mismo, acota las palabras ajenas, recita el drama que no ha llorado.

En la más alta y lejana galería hay un solitario que atalaya al actor y a la sala. Está encima de la máscara y del espectador. Otea desde su serenidad la crepitante zarabanda de abajo. El espectáculo se concreta, adquiere su íntegra palpitación humana solamente por sus ojos y por su corazón. Por entre la malla nutrida de las serpentinas, a través del laberinto humano y de la grávida atmósfera, su cerebro ordena, su conciencia interpreta, sus labios expresan. Los miembros de la farsa, abismados en su comedia, suelen no percibir su presencia que se denuncia sin embargo por evidentes y eternas señales. Convive con ellos como buen compañero, cálzase a veces la máscara, pero su grandeza atraviesa los antifaces y los plasma a su semblante.

Prosigue el gárrulo jadeo de la sala. Las serpentinas despliegan silenciosos y ardorosos mensajes. El apetito, buen acróbata, se precipita por los frágiles hilos. Prosigue la farándula en su empeño de epitomizar a la vida. Mas he aquí que hay un corazón en la más lejana y alta galería que liberta a la verdad de la máscara y que hace de la mentira misma música eterna.

II

El alcohol, peligroso columpio del infinito, abre sus alas irisadas y hace añicos los antifaces. Momo bebe. Momo está borracho. Arlequín se ingurgita sendos vasos de *wiskhy and soda* en el restaurante de la esquina y masculla procacidades. Pierrot y Colombina hacen literatura y, una vez más, la mansa Luna tiene que sufrir el cursi besuqueo de un romanticismo rimado.

Las máscaras ruedan debajo de las mesas, maltrechas, abolladas y maculadas de vino. El actor se confiesa en público y vocea a gritos su secreto.

La parodia rasga su veste y se exhibe al desnudo. La parodia se ha traicionado. La parodia, ella misma, ha forjado su vencimiento.

Las palabras son ásperas como guijas. Desorbitados y excesivos los gestos. Violento, encendido y tenso, el ambiente. Estalla la grosería subrepticia y clandestina. Se encrespa el apetito, como una tromba.

Suenan las fanfarrias, urgentes de desatino y de exceso.

Momo pasa borracho...

III

La mujer, frágil abismo, perenne sorpresa nuestra, dulce hidra terrible, máscara eterna, despliega hoy su carne melodiosa. Suntuosa morada la de su cuerpo, suntuoso palacio donde la línea musical alcanza su máxima potencia de expresión humana y hacia cuya forma se refieren todas las formas.

Momo ha cesado de gesticular; se ha tornado grave y pensativo. Momo tiene fáciles las lágrimas. Momo está enamorado.

PRÓLOGO

Preceden estas palabras a las páginas de un libro próximo a publicarse, cuyo autor es amigo mío cordialísimo desde los lejanos días de mi infancia. Dulce amigo hogareño, nos amparó muchas veces la misma lumbre de la velada familiar que procuraron solícitas las buenas manos de mi madre.

No estoy autorizado para dar al público el nombre del autor y del libro. No he de pecar de indiscreto hoy agraviando a quien debo guardar todos los respetos de mi espíritu.

Este libro es un homenaje sentimental al azulado y moceril ensueño de ayer. Exhúmanse en sus páginas aquellas aúreas y garridas horas de juventud en que el grave y pensativo garzón lanzaba su esperanza, tremante cual las vibrátiles cuerdas de un violín, a la conquista de la gloria y del mundo. El hombre de hoy, lanceado y malherido ya por la vida, no se resigna al olvido, y conserva aún la suficiente niñez de espíritu, el necesario celemín de locura para publicar un libro y vocear un sueño. Todos los que hemos nacido con esta maldita, con esta inaudita necesidad de expresión –estigma divino, marca celeste–, con este mal azul de lunáticos y de obsesos, que hinca despiadadamente sus garras sutiles en nuestra carne dolorida y que nos tortura hasta que hayamos trasvasado a las carillas nuestra más extrañada inquietud, nuestro más recóndito secreto, para luego echarlas al viento indiferente, somos, sin remedio, incurables, a pesar del tiempo, a pesar del dolor, a pesar del olvido y creo aún que a pesar de la muerte...

Este prólogo es la cancelación de una antigua deuda espiritual en que han ido capitalizándose los intereses por insolvencia del deudor; es el pago de una de aquellas deudas que no tienen valoración en corrientes y banales servicios... La mano de este hermano mayor fue la primera mano que extrajo miel de su corazón para regalarme, como deleitoso presente a mis primigenios pensares, aturdidos y ruburosos de comenzar a vivir, olientes aún a porvenir, a yerba fresca a la luz de alba, a brisa mañanera, a nido de alondra...

Gusté esta primera miel, cual vino generoso, en el momento preciso en que mi juventud se lanzaba, ebria de todas sus posibilidades, hacia la vida, hacia la comprensión y el amor de los hombres. Esta mano amor me dio entonces y amor le retribuyo hoy. Ha crecido mi tesoro, puedo separar de mi cosecha, para regalo de este buen hermano, el más sabroso y henchido panal. Paladéelo el a grandes sorbos cordiales y que su corazón no se fatigue de ser dadivoso, y que su acción y su pensamiento de cada día, y su vida de cada hora afirmen ante la ciega negación de las gentes, cuán sazonados, cuán gustosos y cuán grávidos de miel son los frutos que hace estallar el amor, concreción de Dios mismo, ligamen de cosmos, capullo de universos.

No quiero empequeñecer, con gárrulo tamboril, con ditirámbica trompetería, por fuerza mezquina y mentirosa, este homenaje cordial al primer acreedor de mi espíritu, que aceptó, con hidalga fe, un giro para el porvenir incierto. Tal vez la nu-

trida gavilla de hoy, el henchimiento de las eras del presente, débese en gran parte a ese primer crédito que concitó el esfuerzo inicial del creador. Gracias sean dadas a esa pupila que miró cuando fue necesario que mirara; gracias sean dadas a esa mano generosa que supo alargar a tiempo su amor y que estrechó esa otra mano de niño que se ocultaba, ruburosa y tímida, palpando su corazón anhelante, y demandando el corazón de todos los hombres.

En esta tierra agrícola, en esta sociedad rural de mercuriales preocupaciones y de cuidados fenicios, han sabido nacer antes –muy raros–, y han nacido ahora, en granada y milagrosa aparición, ciertos héroes del espíritu que han traducido en ritmo dolorido, en nobilísima emoción y en pensamiento redentor, el tintineo desenfadado y ambulante del oro, la cotización desvergonzada de voluntades y de corazones, el soborno de la dignidad que rueda maltrecha por el arroyo urbano, la tragedia oscura de la carne humana que se ofrece a la lujuria voraz, la lúgubre miseria de tantas almas, apiladas en contubernio vergonzante, incapaces de amar la frágil belleza de una rosa, y de mirar el inaudito y celeste misterio de una estrella.

Estos héroes que mercan cada día nutridos frutos de eternidad, que forjan cada hora tantas evidencias de permanente valoración, arrastran consigo en su vuelo celeste a la masa cartaginosa, pese a su ceguera subterránea, pese a su pequeña dureza, pese a su incrédulo escepticismo, pese a su frialdad y su desamor...

El autor de este libro tuvo también su edad heroica, su etapa azul, sus días de cruzado y de paladín. Dentro de las circunstancias que le tocó vivir afirmó siempre su orgullosa condición de hombre, y frente a los egoísmos negativos y a la petrificada indiferencia de esta sociedad mercurial fue capaz de ser un espíritu libre.

Si en algunas almas esta eclosión de fe alcanza su punto y su sazón en determinado lapso: en otras, las más acendradas, las más aptas para recoger el dolor humano, persiste a despecho de todas las desesperanzas, durante un ciclo íntegro de vida. Doblemos nuestra rodilla y exaltemos nuestra reverencia admirativa ante la epónima heroicidad que persevera, por siempre jamás, en este ministerio angélico, en este destino divino consagrado a redimir nuestra lepra terrena.

El hombre de este momento conserva aún la suficiente frescura de su alma para engendrar en mi juventud inquieta una vivaz repercusión de simpatía y de amor.

Como en aquellos ya lejanos días de mi adolescencia asombrada sirvióme un

poco de capitosa miel, retórnole hoy el ágape fraterno y sírvole, a mi vez de mi manjar, para sellar nuestra hermandad, en la vida y en la muerte, con un efusionado abrazo, en que se estrechen nuestras dos másculas virilidades de hombres.

SEGUNDA PARTE

I

Narcisismo

El autor, desde hace algunos días, se ha dedicado a la fotografía o, mejor dicho, al diletantismo fotográfico, que no da lo mismo, divertimento bastante oneroso y bastante difundido también. Lo primero, porque es un esparcimiento de millonarios, y para millonarios, esparcimiento pródigo y ruinoso, esparcimiento de despilfarro y de bolsa abierta. Lo segundo, porque, según escrupulosas estadísticas, el 80 por ciento de la población urbana en el Perú, son diletantes fotográficos. Gallarda paradoja esta, en una época de carestía y de cuitas alimenticias. Si fuera un espíritu rigurosamente lógico y si no considerara que el absurdo es la trama vital del universo, concluiría con la inflexible honradez intelectual de un doctor escolástico, que en el Perú el 80 por ciento de la población está constituida por millonarios. Afirmación que, por otra parte, podría parecer al mundo bastante verosímil tratándose de El Dorado tradicional y, por antonomasia, del país en que hasta los cuernos de la Luna están formados por venas auríferas y argentíferas, según las últimas conclusiones de la geología moderna.

Pero el autor es un sentimental. La pasión entra por mucho en su proceso ideológico. Es de aquellos que creen que se razona también con el corazón, y que la tan cacareada objetividad racionalista no pasa de ser sino una postura intelectual, una mueca, elegante y de convención, un comodín del pensamiento. Algo así como el bello y gallardo comentario de una abstracción que no tiene vínculo alguno con la arbitraria y desalada realidad. Empero, esta manera de discurrir no es tan revolucio-

naria como parece. No es tan innovadora y *fin de siecle* como se pretende. Su textura más íntima está conectada directamente con una remota y maciza tradición. Fluye de un asentimiento universal y popular. Bien lo expresa aquello de la razón de la sinrazón, o el dicho tan extendido que el corazón tiene sus razones que la razón ignora, y otros tantos apotegmas definitivos de la sabiduría patriarcal. No otra cosa quiere decir lo que he expresado de una manera más académica, más exornada, más pulcra y más literaria. Así se comprenderá mejor por qué el autor da tanta importancia en su ideología al absurdo, al azar, a la circunstancia, al capricho y al misterio. Y por qué, a pesar de la estadística y de la lógica, y a pesar de la geología no cree que en el Perú el 80 por ciento de sus pobladores sean millonarios.

Dentro de la fotografía el autor prefiere y practica con ardorosa pasión el autorretrato, cosa ya un tanto difícil, que está sembrada de insuperables dificultades técnicas y de "procelosas sirtes", como se diría en literatura romántica.

No obstante, el autor se ha retratado a sí mismo. Se ha retratado profusamente y de mil maneras. Se ha retratado valiéndose de procedimientos heroicos.

Se ha retratado en poses jocundas y felices. En poses románticas y doloridas. En poses pensativas y trascendentales. En poses interesantes y profundas.

Hay poses en que todo ríe. Hay otras en que todo piensa. Y otras hay, por fin, en que todo duele.

Raras veces se habrá dado un caso de adoración gráfica tan extensa y copiosa, una autolatría tan ilustrada. Los menores gestos del autor, del fetiche yo, han quedado allí inmovilizados y eternizados para siempre y para... la historia.

El autorretrato, al decir de ciertos moralistas, es un arte pecaminoso, un arte de vanidad y de exhibición, un arte de reclame, un arte inspirado y alentado por el malo; por ese malo, socarrón, insidioso, clásico y teológico.

No parece verdad lo que afirman los moralistas; ni veo ocasión de censura en esta amable y encantadora ocupación.

La adoración de sí mismo es una virtud muy antigua, asentada en una larga y venerable tradición y en varias brazadas de historia. Alcibíades ya lo practicaba en Atenas cortando la cola a su perro Eróstrato, incendiando las naves del templo de Éfeso; y Narciso, mirando su lindo rostro de bazar en las claras y áticas linfas de Grecia. Una inclinación tan repetida, tan universal, tan ecuménica y tan constante

por fuerza ha de tener su asiento en lo más profundo y verdadero de la naturaleza humana.

El precedente, señores, es una gran fuerza biológica y social; una gran fuerza de cohesión y convergencia. Sin ella no fueran posibles las instituciones, ni se engendraría jamás el espíritu corporativo. Tan verdad es esto que en nuestros tribunales sirve hasta para condenar y empapelar a la inocencia: en política basta para justificar un gobierno y en literatura equivale a la palanca de Arquímedes, que, como se sabe, es suficiente ella sola para mover al mundo.

La propensión mía no es sino una forma moderna y evolucionada del amor a sí mismo. Una aplicación de la fotografía a la que puede llamarse narcisismo trascendental, que es una fuerza tan vital, tan dinámica y tan fecunda como el amor a la mujer, como la gravitación cósmica, como las corrientes eléctricas alternas o como la potencia periférica del aire comprimido.

No os quiero dar hoy un negativo falso, un negativo tieso y de cliché, un negativo monafacético y clasificable, un negativo parcial, retocado y definitivo, un negativo expresado. El rostro humano y, sobre todo, el rostro espiritual es susceptible de múltiples interpretaciones. En el curso de estos artículos en que zumba la broma, en que trizca y se esparce la benigna sonrisa, en que se quiebra y se arista la lógica, en que se insinúa detrás de las bambalinas la trascendental seriedad, en que juega la ternura como gacela enamorada, en que ríen las lágrimas, en que el actor se despoja del coturno, en que lo absurdo y lo arbitrario, como *clowns* de circo, se aúpan al primer plano y acrobatizan gentilmente, y en que el error y el capricho se erigen en señorones de pro, y se incorporan dentro de una lógica rigurosa, irán fluyendo, por sugerencia, los autorretratos, que el narcicismo del autor se complace en amontonar en su secreter espiritual. Día a día la faz humana se determina y el retrato de hoy es falso para la realidad de mañana. El rostro, amigos, nunca acaba de expresarse, y esto quizá justifica bellamente la inquietud de Narciso, que cada día encontraba en la fuente un rostro nuevo y en cada aurora acechaba, trémulo de sorpresa y de estupor, los misteriosos resortes de la reciente creación estética que se realizaba en sí mismo.

21 de agosto de 1920.

II

Mi hermano Julio

Mi hermano Julio es un señorito contemporáneo; un caballero muy actual y muy siglo XX. No solamente no comprende el pasado sino que le guarda una cordial aversión. Hay días en que tiene una correcta y elegante neurastenia, un interesante cansancio, una despreocupación "bien" y una distinguida melancolía. Gusta del gayo vivir, del buen vestir y del mejor yantar. Es un aristócrata sin pergaminos; un gran señor sin fortuna. Mi hermano Julio es orgulloso como yo. Es loco y soñador como yo. Es pródigo y pobre como yo. Bien se ve que hemos mamado la misma leche y hemos sido rivales y copartícipes del mismo pezón.

Parco en palabras, en ademanes, en gestos y en efusiones. Pergeño seco y frío el de mi hermano. Parece un caballerete engolado, cargado de dignidades y privilegios. Tiene un eterno y perentorio aire de hacerse servir. Es un heredero *in partibus infidelium*; un mayorazgo sin tierras y sin regalías. Cuando llegó al mundo los pecheros habían saqueado la heredad familiar, y el rey, nuestro señor, no podía ya administrar justicia ni tenía alientos para emprender nuevas y bravas aventuras de conquista. Por haber nacido unos años más tarde, perdió la oportunidad de ser un arrojado y gallardo paladín. Así es la historia, va demasiado a prisa. Nos deja así siempre rezagados.

Mi hermano Julio sabe ser ocioso con elegancia. Cultiva el don divino de la pereza. Cuando se tiende al sol campesino y abandona su teórica fatiga a la tierra húmeda y próvida parece un soberano en posesión de sus dominios. ¡Qué bello, olímpico y lapidario gesto el de mi hermano!

Se exaspera con mi puerilidad, con mi ingenua candidez, con mis frecuentes distracciones y con mi desmañada y tórpida disposición manual. Desdeña un tantico el desmedro de mi estatura y mis cualidades físicas para él poco satisfactorias, no así para la amada de mi corazón, quien, por ser mujer, no puede libertar su sentido estético de su pasión amorosa, y, como tal, ve en mí un heleno armonioso, un garrido apolonida. Admira, en cambio, mi facultad de bien razonar, mi don de crear ideas y mi aptitud de expresión. Espera en mí un hombre glorioso, una criatura bien amada del destino, un inmortal predestinado al bronce y al mármol, y cree que he de sacar el nombre de

nuestra familia del montón aglutinado y anónimo. Hasta ahora no estoy muy seguro de si mi hermano tiene razón, aunque a veces creo que sí la tiene. Y ¿por qué no?

En mi hermano Julio la casualidad ha coincidido con la ley y con la sangre. El destino se ha acordado con la circunstancia. Es el hermano del espíritu y del amor, y es el hermano que me da la ley y el seno materno.

Con mi hermano Julio han sido posibles unos meses de égloga y de pastoril olvido. Unos meses absurdos y locos. Unos meses de campo agreste, de brava libertad, de sosegado vivir y de montaraz apetito. Nuestra ilusión hizo de un paraje insalubre el mejor cobijo de nuestro aburrimiento, de nuestra desesperanza y de nuestro callado dolor cotidiano.

Mi hermano Julio me ayuda a vivir, me ayuda a sufrir y a ser desgraciado. Su tácita ternura facilita mis lágrimas.

Me ayuda, también, a ser feliz, confirma mi ambición, justifica mi derecho a la grandeza, comprende mis locuras y constata mi porvenir. Ambos, en noches lunadas, comentamos silenciosamente el futuro y glosamos, corazón adentro, nuestro destino.

En noches oscuras y lóbregas, como boca de lobo, cerramos simplemente la puerta, encendemos luz y dejamos la melancolía y el sentimentalismo agazapados, como malos bichos, en el vestíbulo.

Mi hermano Julio es tolerante. Comprende y perdona muchas cosas que los demás hombres no comprenden ni perdonan. Carece del sentido de la ley y tiene un penetrante sentido de la justicia. Es capaz de ser justo contra su razón y contra sí mismo, lo cual denuncia una índole buena, una prócera y libre serenidad, un comienzo de superhombre o de Zaratustra, como pensaba Nietzsche.

Carece del sentido político tan extendido y tan profuso en la humanidad. En esta faz negativa de mi hermano voy extenderme un tanto. En algunos hombres se da la curiosa paradoja de que lo más interesante en ellos es aquello que no tienen. Con mi hermano ocurre algo parecido. Para él, el espectáculo del gobierno y de los gobernados es un juego de muñecos, una mascarada de títeres, un Parlamento de figurones mecánicos. La colectividad es una mentirosa entelequia, un concepto teórico y abstracto, una romántica primicia de la Revolución francesa, de la cual se desprenden muchas cosas malas, muchas cosas torpes y estrechas, muchas cosas antihigiénicas y malolientes. Piensa que no hay sino el individuo con su felicidad y sus dolores. Para él, la política es una empresa de explotación. Los códigos y las leyes-

son, instrumentos de ese vasto y prepotente sindicato de ladinas gentes que, desde el comienzo del mundo y antes de que se escribiera el Génesis, han vivido y se han alimentado con el trabajo y las fatigas de los otros. Si mal no recuerdo, las crónicas dicen que nuestro padre Adán ya hacía política en el Paraíso.

Este aspecto de mi hermano me disgusta. Yo soy un hombre con desmesuradas e indeclinables aspiraciones al poder. Por consiguiente dicho está que soy un romántico apologista de la soberanía y de los desechos populares. La colectividad es una entidad tan positiva, tan sustancial y tan carnosa como yo, como mi vecino y como tú, lector. Es, pues, una persona; un perfecto sujeto de derecho. ¡Cómo negar esta creación de la realidad, esta creación ubicua, multitentacular y multipresencial! Por todas partes nos cerca, se nos impone y nos grita: ¡Aquí estoy!

Soy, pues, un amigo del pueblo, tanto que violento mi natural manso y sosegado, y tórnome, desde este mi gabinete apacible, en demagogo atronante y exasperado, en paladín de motín, de revolución y de barricada. Vibra mi pluma en altas indignaciones y rasga, con nerviosa vesania, las cuartillas inocentes y albas. Llego a justificar muchas cosas execrables. Justifico, por ejemplo, a los jacobinos cercenando los cuellos blanquiazulados, tersos y elegantes de los nobles franceses. Justifico, también, la delirante justicia de la guillotina en su macabra y abundante cosecha de aristocráticas cabezas.

Después de las anteriores y leales confesiones nadie osará poner en duda mi fe popular, mis convicciones democráticas, menos aún el pueblo que nunca se engaña, que tiene una sutilísima intuición, y el cual no me negará su mandato –seguro estoy de ello– cuando lance al estadio eleccionario mi candidatura a la diputación regional por Trujillo o por Otuzco. Tengo el honor de anunciar desde hoy la segura y vergonzosa derrota de mis posibles rivales de entonces.

He tratado de convencer a mi hermano de la realidad del fenómeno político. He aguzado y sutilizado mi facultad persuasiva. He puesto a contribución el vasto arsenal de mi erudición sociológica, histórica y filosófica. He tratado de recordar y repetir lo que nos decía a los alumnos de Derecho Constitucional el doctor Uceda. He apelado desesperadamente a todos mis recursos dialécticos. Nada. ¡Labor estéril, ímprobo empeño! Ni mi talento, ni el doctor Uceda me han servido esta vez.

He aguardado pacientemente a que la buena nueva hiciera su camino en el empedernido corazón de mi fraternal catecúmeno. He esperado que se produjera el

milagro, el golpe de gracia de la teología cristiana que comentan lata y unciosamente los padres de la Iglesia, el súbito resplandor de la verdad, que deslumbraba, embargaba y vencía a los gentiles, y que tornábalos de enemigos jurados, en ardorosos defensores de la fe. Todo ha sido inútil y baldío. Visto está que mi palabra es lo menos evangélica posible y que para convertir a mi hermano hace falta un nuevo Cristo de la democracia y de los derechos del pueblo.

Decididamente, mi hermano carece del sentido político.

El caso de mi hermano me ha sumido en trascendentales cavilaciones. He comprendido la irremediable y trágica limitación del hombre. "Nada extraño a ti, nada que esté fuera de tu corazón será comprendido y realizado". "Cada individuo trae un determinado círculo de posibilidades; dentro de este círculo se crea su realidad personal y jamás podrá dar un paso fuera de ella".

Súbita y luminosamente se hizo esta verdad en mi espíritu. Penetró en mi corazón, como penetra el agua en la tierra reseca y sedienta. Fui yo el tocado por la gracia teológica, por "el resplandor de la verdad" y heme aquí, que de maestro truécome en catecúmeno.

Este fenómeno se llama, en lenguaje corriente y familiar, ir por lana y salir trasquilado.

La verdad, señores, tiene caminos ignorados y sorpresivos; nos coge desprevenidos, castiga nuestra vanidad y deroga de un golpe fulminante veinte siglos de civilización, de ideas hechas y de prejuicios. ¡Dama astuta y ladina, la verdad!...

24 de agosto de 1920.

III

Mi retiro campesino

Amigos míos de la ciudad, camaradas de bar, de "tanda *vermouth*", de cocteles y de club; compañeros de *Flirt*, de retretas y de foxtrot, colegas de universidad, de academia y de periodismo; literatos paradójicos, originales y fin de siecle, víctimas de

vuestra civilización y de vuestro refinamiento; malignos y caros amigos míos, no quiero seguir murmurando con vosotros, no quiero hacer ya "exquisitas blasfemias" en vuestra compañía, no quiero comentar en vuestros cenáculos el último escándalo literario, la última novedad editorial o el último secreto de alcoba. Harto estoy de vuestra complejidad, de vuestra neurastenia, de vuestra mixtificación, de vuestro cinismo y de vuestra elegancia.

Oye el recuerdo de vosotros y que vuestras voces frívolas mundanales y urbanas no vengan a turbar mis ardorosas y castísimas nupcias con la naturaleza; mi desposorio místico con la tierra ubérrima y rozagante, en este retiro florido y pastoril, en este refugio encalmado en que se aquieta la fiebre del hombre y en que se remansa el disparado anhelar humano. ¡Mullido y perfumado tálamo; acogedor, como una madre, deleitoso y sabroso como la miel de setiembre!...

Amigos míos, habéis alterado la vida, habéis extraviado el sendero que os señala la sabia y potente naturaleza, a fuerza de artificio y de mentira, a fuerza de convención y de protocolo, a fuerza de literatura y de filosofía. La vida es más sencilla y más clara, más evidente y más determinada, más rectilínea y más resuelta, menos problemática y menos hipotética, menos delicada y menos elegante que esa quintaesencia destilada de vuestros alambiques ideológicos, que esa receta de farmacopea que os empeñáis en justificar con vuestro mal humor, con vuestro cansancio, con vuestra dispepsia y con vuestra neurastenia.

Vuestra civilización ha reducido y estrechado la vida, la ha desgajado del dinámico devenir universal para introducirla en una vaina exigua y enjuta; la ha comprimido y la ha epitomizado como una píldora homeopática, como una clasificación de universidad, como un capítulo de novela psicológica, como un específico de droguería, como un paisaje de jardín zoológico. Vivís y sentís por dosis, respiráis con balones de oxígeno, miráis con anteojos y bebéis con goteros.

Habéis falseado el sentido vital, habéis perdido el ímpetu primitivo, habéis borrado el recuerdo de vuestro origen. A ser vigoroso preferís ser elegantes; a ser vitales preferís ser alambicados; a ser sencillos preferís ser complejos; a ser resueltos preferís ser equívocos; a ser másculos preferís ser andróginos; a ser justos preferís ser equitativos; a ser inexorables y crueles, como la naturaleza, preferís ser piadosos y filántropos. Al calor solar preferís la suave y mediocre temperatura del invernade-

ro; a la luz del día, determinada y cegadora preferís la gasolina o la bombilla eléctrica, es decir, la penumbra, la media tinta, la luz macilenta, desmedrada y tísica; a la selva misteriosa, enmarañada y sorpresiva, preferís el parque urbano, geométrico y disciplinado; a la vianda nutricia y sana el guiso espoleante y las complejidades de cocina; al agua fresca que mana gustosa de la roca virgen, el agua de Vichy y la soda.

No quiero ya esta falsificación que me deja sediento y anhelante: que malgasta mi gallarda, avasalladora y enérgica impulsión moceril; que no satisface mis anhelos de eternidad; que me desvía de Dios y de mi destino, y que en lugar de mi rostro, abierto, franco y expansivo como la luz, me pone una careta, indefinida y ambigua, un antifaz de vividor y de cortesano, un maquillaje mentiroso, frágil y ficticio.

Renuncio a todos vuestros honores; a toda vuesta hinchazón mundana y distinguida; a toda vuestra estética de manual y de museo; a toda vuestra elegancia de bazar, de gabinete y de salón; a toda vuestra sabiduría dosificada, académica y de pupitre; a toda vuestra literatura de similor y de juegos florales; a toda vuestra ironía cínica, elegante y teatral; a toda vuestra filosofía de cátedra, de conferencia y de paraninfo. Torno, limpio y puro a la tierra sagrada y próvida; al campo creador y feraz; a la arboleda rumorosa y musical; a las flores primorosas y frágiles; al surco milagroso y pensativo; al agua vital y generosa; a la luz difusa y resuelta; al sol crudo y sin pantallas; al crepúsculo sin marco y sin literatura; al hombre entero y sin amputaciones sentimentales; a la nube procelosa y sin meterología; al pájaro libre y trashumante; al buey sano y sin neurastenia; a la vaca maternal y generosa; al cabritillo despreocupado y travieso; al perro efusivo y vigilante: al asno paciente y trabajador; a la senda áspera y polvorienta sin baldosas y sin el mal gusto municipal: a la ladera musgosa y sin monumentos; vuélvome a la íntegra, a la pura y absoluta naturaleza, rasco la costrilla de civilización y de cultura, desinfecto mis lacras ciudadanas, lavo mis estigmas seculares, procuro olvidar y abolir veinte siglos de filosofía y de historia, de literatura y de envenenamiento sistemático para restablecer en mí la pureza primitiva, la bronca sencillez de la Edad de Piedra.

Si gustaseis vosotros este sabor eglógico a tierra mojada, a leche caliente y humeante, a yema tierna y acabada de nacer; si gustaseis este sabor a carne silvestre y montaraz, a patata reciente y que acaba de salir del surco, a fresa sazonada y jugosa; si gustaseis esta paz y esta serenidad pastoril de mi casa de campo; estas pupilas cla-

ras y simples, estas mejillas rosadas y carnosas, estos labios voraces y cándidos, estas crenchas abundantes y ondulantes como sierpes; estos brazos saludables y fuertes, estos talles persuasivos y elásticos de las hijas de mi vecino Tomás, que son encanto y gala de los campos, joyas de este cerril apartamiento, tentación de los golosos labradores de veinte leguas a la redonda, honra y prez y orgullo de esta comarca; si gustáseis, digo, todas estas excelencias espontáneas y naturales, renegaríais de vuestra ciudad, de vuestros clubes, de vuestros afeites, de vuestras específicos y de vuestra elegante sabiduría, y os reconciliaríais con la vida, con la fuerte y veraz naturaleza; dulcísima desposada mía, deleitosa compañera de mi pensamiento, casta compartidora de mi lecho, urna sacra de mis amores y de mis besos. ¡En sus albos brazos se ha rendido mi vida, en sus labios ha mielificado mi ternura varonil, en su regazo sedante ha reparádose mi fatiga, en sus senos próvidos se ha dormido mi corazón...!

Envío

A vosotros, amigos míos, carísimos, José Eulogio, Federico, Leoncio, Francisco, Crisólogo, Juan, Carlos, Óscar, Eloy, César y Manuel, que sois los mejores dispuestos a volver a la naturaleza, que estáis en el camino de la gracia, de la fe y de la revelación, os encomiendo la propagación de mi espíritu, la difusión universal de mi Evangelio; os encargo la ejecución de esta cruzada eglógica y la predicción fervorosa de la vida pastoril. No flaqueéis, caros hermanos míos; ilustres precursores os han precedido. ¡Fray Luis de León, el manso; Juan Jacobo, el veraz, y Robinson Crusoe, el másculo son los apóstoles honorarios de este retorno a las selvas y a la vida simple. ¡Qué los manes de estos claros varones rurales os reconforten y os acompañen en vuestra empresa redentora y heroica! Así sea.

IV

Mi amigo, el doctor

Nosotros somos reaccionarios, me dijo un día confidencialmente, y con un sabor paladinesco y heroico que no puedo olvidar mi amigo el doctor. Yo, al punto, no supe qué alcances teosóficos fuera capaz de portar esta frase en labios tan trascendentales, tan colmados de saber, tan henchidos de enseñanza y de los cuales mana la sabiduría como un arroyuelo. Sin embargo, sentíme ajonjeado íntimamente por esa radiante expresión en que se me emparejaba, de manera generosa e inesperada, con tan celebrada personalidad.

Mi amigo, el doctor, tuvo este arranque lírico y efusivo, como casi todos los arranques, un viernes, 28 de febrero a la una de la tarde, cuando el sol esplendía con rutilante y jocunda claridad.

¡Qué día más jubiloso aquel! La fortuna vino y echóseme a los pies, rendida y a mi discreción, como un lebrel. Podía, si hubiera querido, tirarle brutalmente de las greñas y darle un puntapié, que no había de rebelárseme. ¡Conozco el secreto de las damas!... ¡Qué plenitud de alegría, de gorjeo, de trino y de canción! Mecíame, suavemente, como una hamaca, una adulzorada armonía interior. Las cosas resplandecían grávidas de luz, los cielos sonreíanme con esa su sonrisa cósmica y eterna, y el éxito apretábame cálidamente la mano, como a un triunfador. La fecha ha quedado marcada, en el banal almanaque de mi vida, con un aspa roja y gorda. ¡Cómo no, si es la única fiesta grande de mi espíritu en que las campañas de mi corazón tocan a tedeum y a oficio mayor! Por primera vez encontréme, cara a cara, con la felicidad, hembra esquiva, huidiza y caprichosa si las hay... Mágico poder el de una palabra. Fue el "sésamo ábrete" de mi dicha, el abracadabra de mi ventura que yacía agazapada, engrillada por la mala fortuna, acechando la libertad como un condenado, en la oscura y tenebrosa caverna de mi vida. Mi amigo el doctor me hacía justicia; hacía justicia a mis singulares talentos, a mi irreductible y generoso apostolado de veinte años. ¿Qué otra significación podía tener ese sabio y sugerente hermetismo de sus palabras...?

He querido rememorar esta frase lapidaria, por vía de información oficiosa, para que mis biógrafos sepan a qué atenerse e impedir que se susciten después de mi muer-

te, cuando emprenda el definitivo viaje a lo incierto, polémicas históricas, fragorosas y estériles. Fue este el primero, el más emocionado y florido laurel de mi carrera...

Y basta de digresiones.

Mi amigo el doctor tiene un concepto de la vida un poco truculento y heterodoxo para la moral corriente. Para él, la vida es un espectáculo de voracidad. De una voracidad inexorable y cruel. Dura, indeclinable, frenética y sin piedad. Una cuestión de apetito, de sustento y de engorde. Muchas veces me ha dicho con énfasis conmovedor: "El estómago, amigo mío, es de una elocuencia convincente". La abnegación, el espíritu de sacrificio, la caridad, todos los valores espirituales desinteresados son para él nada más que palabras vacías de la retórica cristiana puestas en circulación por el manso y feble alucinado de Galilea, quien profesó y predicó una utopía tan cándida que hace llorar. De la misma manera que cuando contemplamos la confiada pureza de un niño, tan desarmada ante la falacia y la malignidad del mundo.

Cualquiera diría que mi amigo el doctor es un nietzcheano que se hubiera embriagado, como tantos, con el vinillo capitoso y ardiente que fluye de las páginas de *Así habló Zaratustra.*

Pero no, su concepto de la vida es en él ingenito y nativo. No tiene más antecedentes eruditos que un fragmento de *El origen de las especies,* leído en el Almanaque Bailly-Balliere y unas sentencias paradójicas de Nietzsche publicadas en un periódico de Chiclayo.

Por lo demás, mi amigo el doctor desdeña todo el pensamiento contemporáneo. Le cree flojo y sin consistencia ideológica. Para todas las novedades intelectuales tiene una frase lapidaria y gráfica que le consagra como un habilísimo estilista. La frase ha corrido gran fortuna en el coro de sus contertulios habituales –entre los cuales se cuentan varios hablistas de nota– y que envuelve un tremendo sentido despectivo: pirotecnia modernista. En ella reasume todo su olímpico desprecio por el arte y el pensamiento de nuestros días.

Su orgullo mental no ha querido seguir adelante, no admite el progreso a partir de determinada fecha para él ominosa; es un caso heroico de resistencia al tiempo.

Y así, en literatura, quedóse enclavado en la inflamada grandilocuencia de Victor Hugo. En filosofía improvisa sustanciosas reflexiones positivistas sobre el

positivismo de Comte; y en jurisprudencia solo admite un concepto materialista de la ley. Escribe en estilo crepitante; perora en tono patético que, por lo movido y gesticulador, cierta crítica demasiado meticulosa ha denominado "acrobatismo oratorio", pero que en realidad es lo más victorhuguesco posible. Glosa con acendrado amor filial aquello de "Pienso, luego existo" y comenta, en su cátedra, con pasmante y plasmante sabiduría, el *Digesto* romano y las *Siete partidas*, de Alfonso, el Sabio.

Decía que, para mi amigo el doctor, la vida es un espectáculo de voracidad, un espectáculo de cazador hambriento y de presa perseguida. Asienta científicamente su filosofía en la teoría de la selección de las especies. Según él, las más vigorosas y las más amorales sobreviven y triunfan a costa de las desmedradas y débiles que tienen la tontería de regirse por principios éticos. Mi amigo el doctor formula así su filosofía; pero mi colega, Perogrullo, con su prodigioso talento sintético, la formula de la manera siguiente: "Los grandes se comen a los chicos; los fuertes a los débiles; los listos a los tontos". Resumen admirable y al alcance de todos los entendimientos, según mi no tan desautorizada opinión.

Claro está que mi amigo, el doctor, en el espectáculo de la vida, no quiere hacer el papel de víctima; se siente vigoroso, avisado y superior, y, por lo tanto, con derecho a ser el devorador y no la presa. Esta decisión fue tomada enérgicamente un día de lluvia, cuando aún estaba en pañales, y en que tuvo, por vez primera, la revelación de sus talentos superiores y de su alto destino. Como se ve, el niño de teta, el pequeño mamoncillo era ya un intuitivo gavilán de cetrería.

En su juventud no pudo resistir a la tentación de ingresar a la universidad, que fue para él como el hechizo adorable de una chica jugosa y fresca, de senos erguidos y de henchidas pantorrillas.

Además, la universidad debía proporcionarle las poderosas armas académicas que son en el mundo voraz, como el pico acerado y las garras elásticas y tajantes del gavilán. El sentido fundamental de su vida debía conducirle, por fuerza, hacia el entrenamiento del aula. Allá fue y allá se doctoró con una tesis de avanzado y atronante radicalismo. Fulminaciones eclesiásticas, revuelo de frailes, imprecaciones de las hermanas terciarias. Todo un escándalo consagrador de sacristía. Fácilmente, erguido y con paso firme, entraba mi amigo el doctor por las doradas y

gárrulas puertas de la fama y de la gloria. Al día siguiente el prestigio y la sugestión de su nombre habíanse elevado quince codos sobre la tierra. Dispénsenme los lectores esta manera bíblica y lacustre de medir las alturas. Se trata de un inocente y cándido homenaje...

En su época, aún de estudiante aventajado, de "contenta" y de premio mayor, cuando el bigotillo naciente apuntábale tímidamente todavía en los labios enérgicos y el aula, cual hembra enamorada, acariciábale como al niño prodigio de la sabiduría y como al hijo mimado de la fortuna; cuando su nombre rebosaba de promesas vibrando con sonoridades de predestinación por los amplios y adustos aleros del claustro sabio, y el venerable rector sonreíale, paternal y orgullosamente, como un príncipe anciano a su mayorazgo, mi amigo el doctor quiso mostrar, por simple adiestramiento y gimnasia de gloria, al asombro del mundo, una faz inédita de su compleja personalidad.

Y fue paladín enfervorizado y apóstol provisorio de la clase proletaria. Sus discursos, de elegante y amplia majestad tribunicia, eran vibrantes clarinadas de rebelión. La tiranía local tan altiva entonces dobló la cerviz y, empavorecida, agazapóse como un bicho en su madriguera. El verbo de mi amigo fulminaba, hendía, tajaba, como una cimitarra mahometana. Su ardimento apostólico semejábale a un jacobino redivivo de 1779. Sus apóstrofes caían como catapultas sobre las agobiadas almenas de la injusticia...

Fue la época de su apogeo y de su apoteosis. El aura popular mecíale blandamente, como una madre a su niño en la cuna...

Pero bien poco duróle esta gloria mundanal. La fortuna es caprichosa. Salomón dijo, y a mi parecer dijo bien, que todo en este mundo es vanidad de vanidades. El ascendiente popular de mi amigo el doctor desvanecióse como una pompa de jabón en el aire. Todas las grandezas humanas se abaten. Son súbitas como el estallar de un cohete de luces en el espacio vasto. La Historia no miente nunca: es la única voz inalienable y que no está tocada de falacia...

Mi amigo forjó sutiles teorías objetivas para explicar su caída, pero yo creo que el hombre debe echar la culpa de sus desgracias a él mismo. En sí porta su fracaso y su éxito. El azar no tiene nada que ver con él. La vida es causalidad, determinismo, conexión, congruencia, encadenamiento sucesivo, concatenación de "porqués", eslabón de motivos...

Mi amigo debió su caída, sin duda, a la mala y desmañada aplicación de su teoría. Dejó adivinar su juego antes de coger la presa. A mi ver, su demasiada voracidad precipitóle imprudentemente. Otra habría sido su fortuna si habría obrado con cautela. El pueblo apercibido del cazador, como era natural, negóse a ser la pieza de la caza.

Un día, silbóle, befóle y hasta pretendió apedrearle.

Mi amigo el doctor, después de esta su pasajera desgracia, aficionóse grandemente a la Historia y, con ello, a la benedictina rebusca de papeles viejos. Un día, mientras ojeaba un infolio empolvado y azaeteado por la polilla, dio con su manuscrito de máximas, de autor desconocido. Impresionóle hondamente la lectura por las prodigiosas concordancias que encontró con su espíritu, y a tanto alcanzo su pasmo admirativo que copió para gustarlas, a sorbos largos y lentos, en soledosa y sabrosa delectación, algunas de las máximas que tenían conexión más directa con su experiencia personal y con su propia visión de la vida.

La copia dice literalmente de esta guisa:

Máximas

El robo es una obra de arte y digno de admiración cuando está hecho hábilmente, de manera tal que quede maniatada la ley y eludido el castigo. Con dinero, ríete del juicio moral de los hombres.

***

La honradez conduce a la pobreza y la pobreza es una ignominia.

***

La honradez solo es admisible cuando es calculada y sale a escena.

***

Aquel que es rigurosa y efectivamente honrado, es rigurosamente un tonto efectivo.

***

La piedad es un antojo romántico y poco práctico.

***

La caridad es una elegante manera de mostrar la riqueza personal y humillar al enemigo. Es la más cruel y fina venganza; y, también, la menos peligrosa porque no suscita represalias. Es igualmente el mejor soborno del espíritu.

***

En la vida no hay sino el cazador y la pieza. El talento del hombre está en arreglarse para ser siempre el primero.

***

Bien y mal, dualidad estúpida y cándida inventada por el cristianismo y que cohíbe la voracidad del hombre fuerte y superior.

***

La civilización tiende cada día a libertarnos de la moral. Es el triunfo de la libertad sobre el escrúpulo.

***

Los pacatos y los débiles llaman cinismo a la libertad.

***

La moral es cuestión de costumbre y de convención. La hipocresía de la sociedad obliga a cada lobo a adaptar una careta para engañar y atraer fácilmente a la presa. Es un balancín que disimula un hoyo profundo.

***

Tal es la ética de mi amigo el doctor. Hoy sabe que la filosofía mal aplicada conduce a la catástrofe. La eficacia y el éxito solo pertenecen a aquellos que son los dueños de sus nervios y los señores de su corazón. La experiencia enseña levantando vedijas dolorosas; inconveniente pequeño, si bien se mira el fruto sazonado y nutricio. Es preciso domeñar los juveniles entusiasmos y refrenar la impaciente precipitación.

Hoy mi amigo el doctor está maduro para la acción y para la vida. En síntesis, es ya un perfecto hombre eficaz.

El fracaso hace generalmente eficaces a los hombres. ¡Grande y egregia enseñanza!... Tan egregia que podía ser el tema de un drama ibseniano: y entonces mi amigo el doctor tendría ocasión de ingresar a la inmortalidad en la egregia compañía de Peer Gynt, de Brand, de Nora, de Oswaldo y del propio Ibsen, padre putativo de todos ellos.

POST SCRÍPTUM

La personalidad de mi amigo el doctor es riquísima en sugestiones ideológicas. Otro día, si me sobran tiempo, entusiasmo y buena salud, he de volver sobre otras fases de esta compleja y desconcertante realidad vital que se produce tan cerca de nosotros. Tiéntame singularmente el aspecto político de mi amigo; y no sería extraño que este fuera el tema del próximo ensayo, si las hermanas terciarias, la Unión Católica de Señoras y las personas piadosas en general, no me olvidan en sus oraciones para que me conserve tan bueno, tan inteligente y tan robusto como ahora, al firmar este artículo.

28 de agosto de 1920.

Índice general

TOMO I

Presentación (Luis Alva Castro)

Notas marginales (Aforísticas). Trujillo, Tip. Olaya. 1922.

El monólogo eterno (Aforística). Trujillo, El Norte,1929; segunda edición, Trujillo, Círculo de Estudios Antenor Orrego, edición en homenaje al 85 aniversario de su nacimiento, 22 de mayo de 1957.

Pueblo-continente Santiago de Chile, Editorial Ercilla, 1939; segunda edición, Buenos Aires, Ediciones Continente, 1957; tercera edición, Lima, Centro de Documentación Andina (CEDI), 1987.

Estación primera (Artículos publicados en *Amauta*). Recopilación y notas de José Caciano Chiri, Lima, Talleres de Obras Gráficas, 1961.

Artículos publicados en el periódico *La Reforma* de Trujillo (1918-1920).

TOMO II

Hacia un humanismo americano. Lima, Librería Editorial Juan Mejía Baca, 1966.

Editoriales y artículos publicados en el diario *El Norte* de Trujillo.

Discriminaciones. Lima, Universidad Federico Villarreal, Facultad de Educación y Ciencias Humanas, 1965.

TOMO III

Mi encuentro con César Vallejo. Bogotá. Tercer Mundo Editores, 1989.

Artículos periodísticos publicados en *La Tribuna*, *Antorcha* e *Impacto*. Lima (1930-1956).

TOMO IV

Efigie del tiempo. Artículos publicados en el diario *La Tribuna*, de Lima, de 1957 a 1960.

TOMO V

Meditaciones ontológicas . "El hombre y la dimensión de su trascendencia" (Primera parte), Lima, 1956. "Refracción de las horas y los días" (Segunda parte).

Ensayos publicados en revistas y periodicos del Perú y de América Latina.

Prólogos. discursos. entrevistas

Antenor Orrego, amauta y profeta indoamericano. Trujillo, 1976.

Hacia la segunda mitad del siglo XX, se juntó en Trujillo, Perú, una generación de intelectuales y artistas destinada a tener vigencia universal y permanente. César Vallejo rompería los moldes de la estética tradicional e incluso del idioma para fundar una nueva poesía. Víctor Raúl Haya de la Torre formaría un movimiento para unir a la América Latina y constituir sociedades libres y justas. El mentor de todos estos jóvenes, ninguno de los cuales llegaba a los 30 años, fue Antenor Orrego (1892-1960). Se preguntó él por el origen, el destino y el misterio de nuestra América. Estos libros —su obra completa distribuida en cinco volúmenes— revelan ese secreto.

Luis Alva Castro

ISBN: 978-612-46097-1-8

EDITORIAL PACHACÚTEC